

BESTSELLER INTERNACIONAL

# WILBUR SMITH



LA PRESA DEL TIGRE

CON TOM HARPER

 emecé grandes novelistas

## La presa del tigre

# **La presa del tigre**

Wilbur Smith  
con Tom Harper

Traducción de Julio Sierra

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

La presa del tigre

Smith, Wilbur

La presa del tigre / Wilbur Smith. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2019.

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Julio Sierra.

ISBN 978-950-04-4018-9

1. Narrativa Sudafricana. I. Sierra, Julio, trad. II. Título.

CDD SA823

Título original: The Tiger's Prey

Primera edición: HarperCollinsPublishers 2017

HarperCollinsPublishers, 1 London Bridge Street, London SE1 9GF

Copyright © Orion Mintaka (UK) Ltd 2017

Wilbur Smith afirma su derecho moral a ser identificado como autor de esta obra.

Traducción de: Julio Sierra

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Foto del autor: Longanesi & C

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: noviembre de 2019

Digitalización: Proyecto451

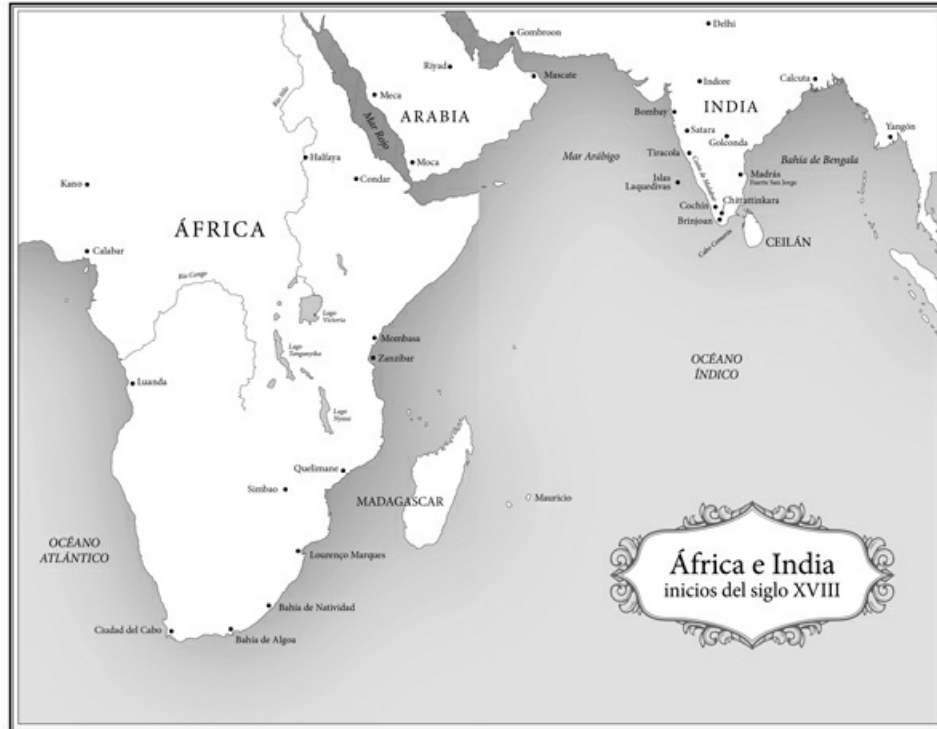
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-4018-9

*Dedico este libro a Niso, mi esposa,  
que ilumina mi vida día y noche.*

*Te amo más de lo que las palabras pueden expresar.*



El *Dowager* navegaba con un velamen excesivo. Una tibia brisa del monzón revolvió las aguas del océano y producía crestas blancas que el sol, en un cielo transparente como un zafiro, hacía brillar. Las velas estaban muy hinchadas y a punto de desprenderse, la tensión de las escotas en las gavias y los juanetes llegaba al máximo. El casco, muy cargado, se balanceaba entre las altas olas mientras avanzaba por el océano Índico. La nave luchaba por su vida.

El capitán, Josiah Inchbird, miraba a popa desde el alcázar, atento a la nave que los seguía. Había aparecido al amanecer, larga, baja y veloz como un lobo hambriento. Troneras pintadas de rojo se alineaban en su casco negro. La nave se les estaba acercando cada vez más.

Observó los paños del velamen que flameaban en lo alto. El viento se había hecho más fuerte y las velas tensaban sus costuras. No se atrevía a ir mucho más rápido sin arriesgarse a un desastre. Por otro lado, el desastre era seguro si no corría ese riesgo.

—Señor Evans —llamó a su primer oficial—. Todos a izar las velas de estay.

Evans, un galés de ojos hundidos, de treinta y tantos años, echó un vistazo al velamen y frunció el ceño.

—¿Con este viento, señor? El barco no resiste mucho más.

—Maldición, señor Evans, ize esas velas *ahora mismo*. Colgaré la ropa sucia de las vergas si con ello consigo otro medio nudo más.

Inchbird había pasado veinte años navegando por esas aguas, ascendiendo poco a poco en la cadena de mando, mientras hombres de menor capacidad, pero con mejores relaciones, lo habían dejado atrás a cada paso. Había sobrevivido a viajes en los que la mitad de los hombres de la tripulación habían sido sepultados en el mar, arrojados con sus hamacas por la borda, en los pestilentes puertos de la India y las islas de las Especias. No iba a poner en peligro su embarcación ahora.

—¿Qué está haciendo?

Una voz de mujer, serena y con autoridad, se hizo oír en el alcázar. Algunos tripulantes se detuvieron, a medio camino de ascenso por los flechastes. Después de tres semanas en el mar, la imagen de una mujer en el alcázar era todavía un espectáculo del que disfrutaban.

Inchbird se tragó la palabrota que le vino naturalmente a los labios.

—*Senhora* Duarte. Esto no es asunto suyo. Será mejor que permanezca bajo cubierta.

La mujer levantó la vista hacia las velas. Su largo pelo oscuro se arremolinó con el viento para enmarcar un rostro de suave cutis aceitunado. Su cuerpo era tan delgado que parecía que una ráfaga fuerte podría arrojarla por la borda. Pero Inchbird sabía muy bien, por experiencia propia, que ella no era para nada débil.

—Por supuesto que es asunto mío —replicó ella—. Si usted pierde esta embarcación, moriremos todos.

Los hombres seguían mirando desde el cordaje. Evans, el primer oficial, gritó, moviendo una cuerda con la mano:

—Adelante con la tarea, muchachos, o sentirán el mordisco de la punta de mi soga.

De mala gana, empezaron a moverse otra vez. Inchbird sintió que su autoridad se desvanecía mientras la mujer lo miraba fijo.

—Vaya abajo —le ordenó él—. ¿Tengo que decirle lo que los piratas les hacen a las damas que capturan?

—Atención en cubierta —vociferó el vigía desde la cruceta—. Están izando la bandera del barco. —Luego lanzó un grito tan fuerte que todos lo escucharon desde la cubierta—: ¡Jesús



bendito!

No tuvo que decir nada más. Todos pudieron verla, la bandera negra que flameaba en lo alto del palo mayor del enemigo y, un segundo después, la bandera roja en la proa.

«¡Sin cuartel!», era la advertencia que les lanzaba.

En el *Fighting Cock*, el capitán Jack Legrange detuvo su mirada en las banderas que ondulaban con el viento y sonrió con avidez. Habían estado siguiendo a la distancia al buque mercante durante tres días, desde que lo descubrieron en Madagascar. La nave había zarpado casi al final de la temporada y se había perdido los convoyes que la mayoría de las embarcaciones usaban como protección contra los piratas que infestaban el océano Índico. El viento había amainado durante la noche y él había desplegado más velas, apostando a que su nave podía aprovechar mejor el viento que el pesado buque mercante. La apuesta había valido la pena: en ese momento, estaban apenas a una legua detrás del buque y se acercaban rápidamente.

Recorrió con la mirada su embarcación. La nave había empezado como un barco negrero de Bristol, haciendo la ruta desde África Oriental hasta las colonias en América y el Caribe. Legrange había sido el primer oficial, hasta que, un día, el capitán lo descubrió robando y lo hizo azotar. La noche siguiente, con la sangre que todavía le empapaba las vendas, amotinó a un grupo en los camarotes de proa y colgó al capitán de su propio penol. Luego condujeron la embarcación a una ensenada desierta, donde eliminaron los camarotes de proa y el alcázar, le quitaron todos los tabiques y mamparos, y abrieron una docena de nuevas troneras en cada lado. Vendieron los esclavos sanos para tener alguna ganancia, reservándose algunas de las más lindas para su propia diversión; aquellos menos saludables habían sido arrojados por la borda con el peso de sus cadenas, junto con los oficiales de la nave y aquellos integrantes de la tripulación que se habían negado a unírseles. La embarcación ya era una nave de guerra propiamente dicha, era un depredador que podía cazar de todo, menos los mercantes más grandes que hacían la ruta de las Indias Orientales.

—Carguen los cañones de proa —ordenó—. Veamos si el barco puede ir más rápido con una palmada en el trasero.

—Si aumentamos el velamen, aunque más no sea un poco, perderemos los masteleros —dijo el marinero junto a él.

Legrange sonrió.

—¡Precisamente!

Sus hombres empezaron a cargar los cañones de proa; cañones largos de treinta y dos libras montados a cada lado de la proa. El artillero acarreó un brasero de hierro desde abajo y encendió los carbones para preparar el tiro. Querían la presa con su carga intacta, pero si amenazaba con correr más que ellos, Legrange prefería verla arder hasta el nivel del agua antes que escapara.

—¿Y aquel, capitán? —preguntó el marinero.

Lejos, sobre el lado de estribor, otra vela se movía contra el horizonte. Legrange la divisó con su catalejo y el barco entró en foco. Era una balandra; una nave liviana, de cubierta entera, que se movía rápidamente con velas de gavia y de foque. Podía ver que su tripulación se amontonaba sobre la barandilla, observando y señalando con el dedo. Un hombre tenía un catalejo dirigido al *Fighting Cock*. Probablemente estaba cagándose encima, pensó Legrange, y dando gracias a Dios por que el pirata tuviera una presa más rica para perseguir; al menos, por el momento.

Se rio entre dientes y bajó el catalejo.

—Terminaremos nuestra tarea con el gran mercante de la India primero. Luego alcanzaremos

esa balandra y veremos qué tiene a bordo para nosotros. Pero por ahora, no nos molestará.

Tom Courtney bajó su catalejo. La nave pirata, con las banderas negras y rojas que flameaban en sus mástiles, se alejó hasta convertirse en una forma diminuta sobre el horizonte.

—El buque mercante está desplegando más vela —observó—. Todavía podría correr más que ellos.

Una luz destelló desde la proa del barco pirata. Un segundo después, escucharon el estruendo sordo de un disparo de cañón que se desplazaba sobre el agua.

—Todavía fuera de alcance —precisó el hombre al lado de Tom cuando un chorro de agua se alzó detrás de la popa del buque mercante. Era más alto que Tom, sus hombros se hincharon de músculos cuando se movió. Una trama de cicatrices cubría su cara negra con espirales y líneas, marcas rituales de la tribu africana en la que había nacido. Conocía a Tom desde que era un niño pequeño, y a su padre, Hal, antes de eso. Sin embargo, su piel de color ébano no mostraba arruga alguna, y ni un solo pelo gris asomaba en su cráneo afeitado.

—No por mucho tiempo, Aboli. Tiene por lo menos un par de nudos para alcanzarla.

—El mercante debió haber sido más prudente y rendirse. Ya sabemos qué les hacen los piratas a aquellos que se resisten.

Tom miró detrás de sí. Había dos mujeres sentadas bajo el toldo en la cubierta de proa, sin hacer el menor intento de esconder el hecho de que estaban escuchando cada palabra que los hombres decían.

—Supongo que debemos dejar al mercante en manos de su destino —señaló con recelo. Aboli sabía lo que el otro estaba pensando.

—Cuarenta cañones contra nuestros doce —advirtió—. Y por lo menos el doble de hombres.

—Sería una locura intervenir.

Una de las mujeres en la cubierta se levantó y apoyó sus manos sobre las caderas, con sus ojos azules echando chispas. Su belleza no era convencional: su boca era demasiado amplia, su barbilla demasiado fuerte y su piel perfecta había adquirido un color marrón dorado debido al sol tropical. Pero había en ella algo vivaz y activo, una energía flexible en su cuerpo e inteligencia en su rostro, que había enamorado a Tom desde el momento en que la vio.

—Qué tontera es esa, Tom Courtney —intervino la mujer—. No vas a dejar que esos pobres infelices sean asesinados por piratas, ¿no? —Le arrebató el catalejo a Tom y lo llevó a su ojo—. Creo que hay una mujer a bordo. Bien sabes lo que le pasará si los piratas se apoderan del barco.

Tom intercambió una mirada con el hombre al timón.

—¿Qué piensas, Dorry?

Dorian Courtney frunció el ceño. Los dos hombres eran hermanos, aunque pocos lo habrían adivinado. Su piel se había bronceado con un profundo color marrón por los años pasados en los desiertos árabes. Llevaba un turbante verde sobre su pelo rojo, y un par de pantalones sueltos de marinero con una daga curva en el cinturón.

—No me gusta demasiado a mí tampoco. —Dijo esto con un tono indiferente, pero todos conocían la amarga experiencia que yacía debajo de sus palabras. A los once años, había sido secuestrado por piratas árabes y vendido como esclavo. Le había tomado diez años a Tom encontrarlo, diez años durante los cuales había creído que estaba muerto. Entre tanto, Dorian había sido adoptado por un benévolo príncipe de Mascat, y como parte de esa familia se había convertido en guerrero. Cuando Tom y Dorian finalmente volvieron a encontrarse, en las tierras salvajes de África Oriental, Tom no lo reconoció. Habían llegado a estar a un pelo de haberse

matado entre ellos.

—No será fácil, Klebe —señaló Aboli. Klebe era el apodo que usaba para Tom. Quería decir “halcón” en la lengua de su tribu. Aboli tenía sus propias razones para odiar a los traficantes de esclavos. Hacía algunos años había tomado dos esposas de la tribu lozi, Zete y Falla, que le habían dado seis hijos. En una ocasión en que Aboli se había ausentado como parte de una expedición comercial, unos traficantes de esclavos árabes asaltaron la aldea y secuestraron a su gente. Habían tomado como esclavos a Zete y Falla y a sus dos hijos mayores, y habían matado a los más pequeños. A cuatro de los hijos e hijas de Aboli, todavía casi bebés, les habían aplastado los sesos contra un tronco de árbol, pues eran demasiado pequeños para que valiera la pena llevarlos en la marcha forzada hasta los puertos del tráfico de esclavos en la costa oriental.

Aboli y Tom los habían perseguido por toda el África, siguiendo el rastro más allá del agotamiento. Cuando los alcanzaron, liberaron a Zete y Falla, con los dos hijos que habían sobrevivido, y su venganza cayó de manera salvaje sobre los traficantes de esclavos. Los muchachos, Zama y Tula, ya casi se habían convertido en hombres, tan imponentes como su padre, aunque todavía sin las cicatrices rituales en sus rostros. Tom sabía que estaban desesperados por ganarse el derecho a llevarlas.

—Ese buque mercante lleva una carga pesada —observó Dorian, como si se le hubiera ocurrido precisamente en ese momento—. Es un buen cargamento para cobrar la recompensa por su recuperación.

Aboli ya estaba preparando su pistola.

—Ya sabes lo que tu padre habría dicho.

—Haz el bien sin mirar a quién, pero al final no te olvides de cobrar tus honorarios. —Tom se rio—. No obstante, no me gusta entrar en combate con las damas a bordo.

Sarah había ido bajo cubierta y reapareció en ese momento, llevando una espada con empuñadura de oro, con un zafiro azul brillante en el pomo.

—¿Vas a usar esta, Tom Courtney, o debo hacerlo yo? —demandó ella.

El ruido de otro disparo les llegó por sobre el agua. Esta vez vieron que el proyectil arrancaba un trozo de madera tallada de la popa del buque mercante.

—Santo Cielo, señora Courtney, creo que los piratas preferirían abandonar todo el oro de la flota de tesoros del Gran Mogol antes que desafiar sus deseos. ¿Qué dices tú, Yasmini? —Dirigió esta pregunta a la encantadora jovencita árabe de oscuros ojos almendrados detrás de Sarah. Era la esposa de Dorian, vestida con una simple túnica larga y un pañuelo blanco en la cabeza.

—Una buena esposa obedece a su marido en todas las cosas —respondió con recato—. Prepararé mi botiquín, pues sin duda será necesario antes de que hayan terminado.

Tom tomó la espada azul, la espada de Neptuno. Había pertenecido a su padre, y antes a su abuelo. Pero, originalmente, se la había regalado *sir* Francis Drake a su bisabuelo Charles Courtney después del saqueo de Ranchería en el Reino de Tierra Firme. Con esa espada, Tom había sido nombrado caballero navegante del Templo de la Orden del Santo Grial, al igual que sus antepasados antes que él, y la había usado para enviar a una incalculable cantidad de hombres a la muerte que ellos bien merecían. Estaba hecha del más fino acero de Toledo y el ligero peso de la hoja estaba perfectamente equilibrado por el zafiro estrella en el pomo.

Tom sacó la hoja de su vaina y se deleitó con la manera en que la luz del sol danzaba inquieta en la incrustación de oro.

—Carga los cañones, Aboli. El doble de perdigones. —Las bolitas de plomo se dispersarían en una nube que causaría estragos sobre todo lo que estuviera en su camino—. Señor Wilson, bájelo tres puntos a barlovento.

Los cañones de proa del pirata rugieron otra vez. Una bala pasó de largo; la otra arrancó un trozo de madera tallada de la popa, arrojando una nube de astillas. Sangre tibia corrió por la mejilla de Inchbird, sangre que salía del lugar donde una de ellas lo había alcanzado.

—Están apuntando a los mástiles. —El pirata había alterado el curso ligeramente, poniéndose en ángulo de modo que los mástiles del *Dowager* se presentaran en una fila, como si fueran bolos.

—Ese es un blanco difícil a esta distancia —objetó el primer oficial.

Como para desmentirlo, un chasquido llegó desde lo alto. Todos los ojos se volvieron hacia arriba... justo a tiempo para ver un montón de maderas y lienzo que caía a plomo hacia ellos. Algunos hombres se lanzaron a un lado. Otros fueron demasiado lentos. El mastelero de mesana golpeó al timonel y le hizo añicos el cráneo. La embarcación empezó a virar a sotavento. La gavia cayó sobre el cuerpo del hombre como una mortaja.

—Córtenlos y arrójelos al agua —gritó Inchbird—. Debemos liberar el timón. —Varios hombres corrieron con hachas y empezaron a cortar los palos hechos añicos.

Otro disparo ahogó sus palabras, e Inchbird se tambaleó en la atmósfera perturbada mientras la bala de cañón volaba sobre la cubierta, a poca distancia de su cara. Podía sentir que la embarcación disminuía la velocidad al salirse de la dirección del viento, girando bruscamente. El casco crujió; las velas se rasgaron y las cuerdas se cortaron.

Junto a la rueda del timón, la tripulación había cortado la vela y estaba tirando de ella. El lienzo brillaba con la sangre del timonel. Debajo de la vela, la rueda se había convertido en astillas donde el palo la había golpeado. Tardarían horas en reemplazarla, y no tenían ese tiempo.

Por el lado de babor, el pirata se acercaba rápidamente, virando para ponerse a su lado. Tan cerca ya que podía ver a los hombres que se reunían en la cubierta. Algunos blandían sus alfanjes en alto; otros tenían largas y afiladas picas.

Inchbird apretó los dientes.

—Listos para repeler a los atacantes.

El timonel del *Fighting Cock* puso su nave al lado del *Dowager*. Los hombres que estaban arriba rizaron las velas, mientras que el resto de los piratas se concentraban en un costado, haciendo equilibrio sobre la borda y aferrándose a los estayes y a los obenques. Las embarcaciones se mecían y se chocaban entre sí, haciendo que sus penoles y otros palos se tocaran. En ese momento, apenas un poco de mar los separaba.

Legrange saltó por encima de la barandilla. Esto era casi demasiado fácil, pensó con suficiencia. Al mirar hacia la cubierta del barco mercante, pudo ver que estaba desierta. La tripulación debía estar abajo, tratando desesperadamente de esconder los objetos de valor. Un esfuerzo inútil: pronto los tendría gritando y haciendo que le dijeran dónde habían escondido hasta el último real de a ocho.

Levantó la bocina.

—Ríndanse y prepárense para recibarnos a bordo.

Sus hombres gritaron, burlones. Legrange recorrió con la mirada la hilera de cañones del barco mercante, y vio que todos habían sido abandonados. Serían una adición útil al arsenal del *Cock*. O, muy probablemente, podía reparar al *Dowager* y añadirlo a su flotilla. Con dos embarcaciones, todos los océanos serían suyos. Sonrió con ganas ante esa idea.

Un destello de color atrajo su mirada: un brillo anaranjado, como si un rayo de sol brillara sobre metal cerca de la culata de uno de los cañones. Lo miró atentamente. No era la luz del sol. Era la llama de una mecha lenta que se dirigía al orificio de la recámara del cañón. Rápidamente

recorrió con la mirada la hilera de cañones y se le heló la sangre. Cada cañón estaba cargado y listo para disparar, apuntándole a él.

—¡Al suelo! —gritó. Los cañones sin artilleros dispararon una andanada a quemarropa. La metralla mezclada con los clavos de carpintero pulverizó la borda y derribó la primera fila de sus hombres en un caos de sangre y carne humana. Una nube de astillas se abrió paso hasta la línea de hombres que estaban detrás y los lanzó hacia la cubierta. El horrible silencio que siguió se rompió inmediatamente cuando la tripulación del *Dowager* salió en tropel de sus escotillas y escalerillas armados con mosquetes y pistolas, y trepó hasta el alcázar para hacer fuego sobre los sobrevivientes de la carnicería. Tan pronto como los piratas se ponían de pie, las balas de los mosquetes los derribaban otra vez. La tripulación del *Dowager* gritó aliviada cuando las embarcaciones empezaron a separarse.

La presa de Legrange se estaba escapando. Pero el *Fighting Cock* había llevado a más de doscientos hombres; el *Dowager*, incluso al máximo de sus fuerzas, tenía menos de cien. Aun con todas las pérdidas que los piratas habían sufrido, todavía superaban en número a su presa. Lo único que necesitaban era coraje.

Con un aullido de pura furia, Legrange agarró el extremo que colgaba de una cuerda que se había soltado con la andanada. La envolvió alrededor de la muñeca y, con la pistola en su mano libre, saltó otra vez sobre la barandilla.

—Sin cuartel —bramó. Se balanceó hacia el otro lado del agua, a través del humo que todavía permanecía en el aire, y aterrizó en la cubierta del *Dowager*. Uno de los marineros, al verlo venir, dejó caer su mosquete usado y tomó una espada. Legrange le disparó a quemarropa en la cara, dejó la pistola y sacó otra de su cinturón. Otro marinero trastabilló hacia él. Legrange le disparó también y luego tomó su espada.

A lo largo del costado del *Dowager*, los arpeos de hierro y los pies descalzos golpearon con sordos ruidos en la cubierta cuando los hombres de Legrange lo siguieron en el abordaje. Salpicados con la sangre y las tripas de sus compañeros de tripulación, salían balanceándose del humo que impregnaba el aire. La tripulación del *Dowager* fue casi de inmediato dominada. Incluso después de la andanada, los piratas todavía los superaban ampliamente en número... y estaban de un humor salvaje después de lo que acababa de ocurrirle al resto de los suyos. Uno por uno, los tripulantes del *Dowager* fueron eliminados, hasta que apenas quedó un grupito amontonado abajo, en la cubierta de popa.

Algunos de los piratas, al ver que habían ganado la batalla, corrieron abajo para empezar el saqueo. El resto rodeó a los hombres del *Dowager* en la popa, pinchándolos con sus alfanjes, pero sin hacer esfuerzo alguno para matarlos. Sabían que el capitán iba a querer tomarse su tiempo, como una lenta venganza por el desafío que habían mostrado al resistirse.

Legrange atravesó la cubierta ensangrentada dando zancadas, caminando sobre los cadáveres de los caídos.

—¿Quién de ustedes es el capitán? —inquirió.

Inchbird se adelantó arrastrando los pies. Su camisa estaba empapada de sangre por una herida en su brazo.

—Josiah Inchbird. Soy el capitán.

Legrange lo tomó del hombro y tiró de él hacia adelante para arrojarlo sobre la cubierta.

—Usted debió haberse rendido —le dijo entre dientes—. Usted hizo que tuviéramos que esforzarnos. No debió hacerlo.

Sacó el cuchillo de su cinturón y presionó la hoja contra la mejilla de Inchbird.

—Voy a desollarlo vivo, y luego les daré sus tripas a los tiburones mientras usted los ve cómo

se las comen.

Los hombres a su alrededor rieron. Inchbird se retorció y suplicó.

—Tenemos especias y calicós de Madrás en la bodega, y pimienta en el lastre. Lléveselo todo.

Legrange se inclinó para acercarse más.

—Por cierto que eso es lo que haré. Voy a desarmar su barco pieza por pieza, cada tablón y cada mamparo, hasta encontrar hasta el último real de a ocho que usted haya escondido. Pero no voy a castigarlo por eso, sino por su desafío y por lo que usted les hizo a mis hombres.

Un alboroto que venía de la escalerilla lo distrajo. Dio media vuelta y vio a dos de sus hombres que salían de debajo de la cubierta arrastrando a un prisionero entre ellos. Los hombres en la popa aullaron y silbaron cuando vieron que era una mujer, que se agarraba el escote del vestido donde se lo habían rasgado. La dejaron caer de rodillas delante de Legrange.

—La encontramos en el camarote del capitán, tratando de esconder esto. —Uno de los piratas abrió una de sus palmas y dejó caer sobre la cubierta un puñado de monedas de oro. Los demás silbaron y lo aclamaron.

Legrange le tomó la barbilla entre sus manos y le levantó la cara para obligarla a mirarlo. Unos ojos oscuros le devolvieron la mirada, desafiantes y llenos de odio. Él pronto iba a cambiar eso, y sonrió encantado ante esa idea.

—Traíganme el brasero —ordenó. La tomó de los pelos y la obligó a ponerse de pie, luego le dio un fuerte empujón. La mujer trastabilló hacia atrás, tropezó con una soga y cayó sobre la espalda. Antes de que pudiera moverse, cuatro de los piratas saltaron, le abrieron los brazos y las piernas como las alas de un águila, y la sujetaron en el suelo.

Legrange caminó hacia ella. Le cortó las faldas con la hoja de su espada, y sus hombres las apartaron. La mujer se retorció, pero los hombres la sujetaban con fuerza. Legrange abrió las faldas más todavía, dejando a la vista sus muslos color crema, y la mata oscura de pelo donde estos se unían. Los hombres no dejaban de gritar y vitorear.

Miró a Inchbird.

—¿Es su esposa? ¿Su amante?

—Una pasajera —gruñó Inchbird—. Suéltela, por favor, señor.

—Eso dependerá del trabajo que me dé.

Aparecieron dos hombres con un brasero sobre un trípode de hierro. Las brasas brillaban débilmente. Las removió con la punta de su espada hasta que el acero se puso rojo. Levantó la hoja humeante y la sostuvo sobre ella. Fijó su mirada en los profundos ojos marrones de ella. Ya no eran desafiantes..., en ellos solo había terror.

Una delgada sonrisa apareció en los labios de él. Bajó la hoja hacia el punto de encuentro de los muslos de la mujer, dejándola en el aire, muy cerca de su sexo. Ella permanecía muy quieta, sin atreverse a luchar por miedo a tocar la espada. El humo seguía elevándose desde el acero enrojecido.

Lo lanzó hacia ella y la mujer gritó, pero fue un amago. Había detenido la hoja a un pelo de los labios separados de su vulva. Él se rio. No se había divertido tanto desde que la última de las niñas esclavas había muerto por sus atenciones.

—Lléveselo —gimió ella—. Tome el cargamento, el oro, lo que usted quiera.

—Lo haré —le prometió Legrange—. Pero primero, me daré un gusto. —La punta de su espada se había enfriado. La volvió a meter en el brasero hasta que brilló más caliente que nunca, luego la sostuvo delante de los ojos de ella. El sudor formó gotas sobre la frente de la mujer.

—¿Ves esto? No te va a matar, pero te hará doler más de lo que jamás imaginaste que fuera

posible.

—Váyase al infierno, donde usted debe estar —dijo ella entre dientes, casi sin voz.

Su desafío solo sirvió para estimular más el apetito de Legrange. Le gustaba una mujer con espíritu; era mucho más satisfactorio cuando finalmente se quebraba. Se lamió los labios y sintió gusto a sangre. Desde abajo de la cubierta, escuchó gritos y el choque de armas, pero estaba demasiado abstraído en lo suyo como para prestar atención. Probablemente, sus hombres se estaban peleando por el botín. Se ocuparía de ellos después.

Se limpió la boca con el dorso de la mano libre y habló suavemente:

—Voy a quemarte, mujer. Voy a quemarte, y luego voy a poseerte, y después te entregaré a mis hombres para que terminen de la manera que mejor les plazca.

—Recojan sus remos —ordenó Tom en voz muy baja. Los ocho remos se deslizaron goteando hasta el interior del esquife del *Centaurus* mientras se colocaba debajo del casco negro de la embarcación pirata. Tom soltó la caña del timón. No miró hacia arriba. Toda su concentración estaba fija en llevar el bote junto a la nave tan silenciosamente como fuera posible. En la proa, Aboli y Dorian apuntaban sus mosquetes a la cubierta del *Fighting Cock*, donde un ominoso cañón giratorio estaba sujeto con abrazaderas a la borda. Si alguno de los piratas se había quedado a bordo de la nave pirata y no había cruzado hasta la presa, podía convertirlos en carne molida con esa arma.

Tom se dio vuelta para mirar al *Centaurus*, que permanecía a una media milla de distancia. Los piratas no lo habían notado, o estaban demasiado ocupados con su pillaje para preocuparse por él todavía. Había dejado a solamente dos hombres a bordo con Sarah y Yasmini. Si fallaban aquí, entonces las mujeres estaban condenadas. Apartó esa idea de su mente.

La proa del esquife tocó la nave pirata con apenas un susurro. Aboli lo detuvo y señaló hacia arriba. Tom sacudió la cabeza. Cerca de la marca del nivel del agua, una hilera de escotillas recorría el casco: demasiado bajas para ser troneras. Se dio cuenta de que eran probablemente escotillas de ventilación, un vestigio de sus días como barco negrero.

Tom sacó el cuchillo de su cinturón y lo empujó para meterlo en una de las uniones de la escotilla más cercana. Cuando había esclavos a bordo, habría estado cerrada con candado en el interior, pero los piratas no se iban a preocupar por detalles como ese. La hoja del cuchillo tocó el pestillo interior. Lo empujó hacia arriba.

El pestillo cedió. Abrió la escotilla y espío en la oscuridad de la cubierta inferior. Nadie opuso resistencia. Mientras Aboli mantenía inmóvil el bote, se metió por la escotilla. Los demás lo siguieron, pasando primero sus armas. Aboli, con sus anchos hombros y poderoso cuerpo, pasó por la escotilla con mucho esfuerzo.

La cubierta inferior era estrecha y estaba cerrada. Tom se agachó, y aun así la cabeza golpeó contra una viga. Se movió entre las pilas de provisiones y productos de los saqueos que los piratas habían guardado ahí, abriéndose camino hacia la luz que entraba por los enrejados de la cubierta principal. Dorian y Aboli lo seguían de cerca con el resto de los tripulantes del *Centaurus*. Entre ellos estaban Alf Wilson, que había navegado con el padre de Tom, y los dos hijos de Aboli, Zama y Tula. Sus ojos brillaban en la oscuridad, endurecidos por la furia ante las pruebas que veían del pasado negrero de la nave. Ninguno de ellos ignoraba que, en otras circunstancias, ellos podrían haber estado encadenados a los anillos de hierro que todavía se veían en las paredes de madera, llevados al otro lado del océano para ser vendidos como animales a los colonizadores en América y el Caribe, suponiendo que sobrevivieran al viaje.

Imaginaban que todavía podían sentir el olor residual del sufrimiento y la miseria humana emanando de los tablones.

Tom trepó por la escalerilla de popa y metió con cautela la cabeza por la escotilla. Estaban debajo del alcázar, cerca del palo de mesana. Afuera, bajo el sol ardiente, solo se veían hombres muertos desparramados sobre la cubierta principal. Todos los que estaban vivos habían saltado sobre el *Dowager* para saquearlo.

Tom les hizo señas a sus hombres para que lo siguieran a la cubierta de cañones. Señaló uno de los cañones largos, cuya boca salía por la tronera abierta y se apoyaba directamente sobre el casco de la otra embarcación.

Dio una rápida orden:

—Muevan eso.

Zama y Tula se lanzaron hacia los aparejos con los que el cañón estaba fijado a la estructura de la nave. Alf Wilson y los demás se sumaron a ellos, y juntos lo arrastraron hacia atrás. Crujió ruidosamente sobre sus rieles, y la tronera quedó como un cuadrado abierto de luz. Tom metió allí la cabeza. Las dos embarcaciones se movían juntas, sus cascos hacían ruido cuando se tocaban. Una delgada franja de agua clara brillaba entre ellas.

Se desabrochó el talabarte.

—Sujétame, Aboli.

Con Aboli agarrándole las piernas, serpenteó a través de la tronera hasta que pudo tocar el costado de la otra nave. En esa sección posterior, no había ninguna tronera. Se encontró ante las ventanas de popa, que daban al camarote del capitán. Podía ver siluetas que se movían detrás de los cristales, saqueando el interior para llevarse cualquier cosa de valor. Se quedó inmóvil, pero estaban demasiado concentrados en su tarea como para advertir su presencia en las profundas sombras entre las naves.

—Dame una mano con esto —gritó uno de ellos—. Es muy pesado.

Su voz salió clara a través de una ventana rota. Tom seguía mirando. Otro hombre se acercó para ayudar. Juntos, levantaron una caja fuerte y la sacaron por la puerta.

El camarote quedó vacío. Tom se estiró lo más que pudo, agradeciendo por los fuertes brazos de Aboli que lo sostenían. Metió la mano por el agujero irregular en el vidrio, con cuidado para no cortarse la muñeca, y liberó el pestillo. Empujó y la ventana se abrió.

—Suéltame —le susurró a Aboli. Se agarró del alféizar de la ventana y entró con todo el cuerpo. Una pila de almohadones detuvo su caída. Las fundas estaban rasgadas y los rellenos habían sido desparramados por los piratas en su búsqueda de objetos de valor.

Aboli pasó la espada azul de Tom por la ventana. Tom la sujetó en la cintura y verificó la carga de sus pistolas mientras sus hombres iban entrando uno por uno. Cuando estuvieron todos adentro, el camarote estaba tan lleno que apenas si podían moverse.

Un rugido de risas resonó desde el alcázar arriba. Tom se preguntó qué estaría ocurriendo.

La puerta se abrió. Apareció un pirata. Debió haber estado saqueando el comedor, pues tenía un puñado de cucharas de plata en una mano y un candelabro en la otra.

—¿Qué están haciendo ustedes? Esto es mío. —Y luego, cuando se dio cuenta de que era un grupo extraño el que estaba reunido allí—: ¿Quién demonios son ustedes?

No había espacio para mover una espada en el camarote. Aboli estiró el brazo, cuchillo en mano, y le cortó el cuello. El pirata cayó al piso agarrándose la garganta. La sangre salía a chorros por la herida. Las cucharas y el candelabro hicieron ruido al caer al suelo.

—¡Síganme, *Centaurus*! —Tom se agachó para salir por la puerta hacia la cubierta inferior. Era una escena de total destrozo: hombres que sacaban rollos de tela de la bodega, que saqueaban



los cofres de los marineros y derramaban costosas especias por los tablonés. Más lejos, hacia adelante, algunos habían abierto un barril de ron y estaban bebiendo del agujero del espiche.

Ninguno tenía su arma en la mano. La mayoría no vio a los hombres salir del camarote, o no se dio cuenta de quiénes eran.

El pelotón de abordaje del *Centaurus* corrió hacia ellos. Dorian y Aboli eran guerreros experimentados, veteranos de incontables encuentros. Zama y Tula, que habían crecido con los relatos de las guerras de su padre, peleaban con la ferocidad de los jóvenes que saborean su primera batalla. Alf Wilson y el resto de la tripulación habían seguido a los Courtney en más peleas de las que querían acordarse. Todos sabían precisamente qué tenían que hacer.

Los piratas apenas se dieron cuenta de lo que les estaba ocurriendo, antes de que la mayoría ya hubiera caído sin siquiera pelear. Algunos trataron de protegerse con cualquier cosa que tuvieran a mano —libros de navegación, jarras de metal o fardos de tela—, pero fueron derribados rápidamente. Por el rabllo del ojo, Tom vio a Dorian avanzar con movimientos afilados, precisos. Uno de los piratas tenía un cuchillo en la mano. Dorian lo desarmó con un simple movimiento de su espada, giró la hoja y la deslizó entre las costillas y a través del corazón del pirata. Con una torsión de la muñeca, la espada salió limpiamente, a tiempo para golpear con el pomo de acero en la cara del hombre más cercano. El hombre se tambaleó hacia atrás, y Dorian dio un paso adelante y lo atravesó.

Pero algunos de los piratas habían logrado escapar por la escalerilla.

—Todos a cubierta —gritó Tom. Algunos de los piratas arriba debían haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Si los piratas cerraban las escotillas, Tom y todos sus hombres quedarían atrapados entre cubiertas.

Tom corrió por la escalerilla, saltando tres escalones cubiertos de sangre a la vez. Apareció un hombre arriba. Tom tomó una de sus pistolas y disparó con la mano izquierda. A esa distancia no podía fallar. El hombre cayó hacia él. Tom lo esquivó, cubrió los últimos escalones de un salto y cayó sobre la cubierta principal.

Con sus sentidos agudizados por el fragor de la lucha, percibió la escena total inmediatamente: el grupo de prisioneros acorralados en la parte posterior, rodeados por piratas armados; el capitán de rodillas, sangrando en la cara y los brazos; y la mujer en el suelo, sujeta y de espaldas, con las faldas abiertas, con un pirata barbudo sosteniendo su espada entre los muslos de ella.

Tom levantó su segunda pistola y disparó. Demasiado rápidamente: la bala no dio en el blanco y terminó dándole a uno de los hombres de atrás. El capitán pirata se alzó de golpe. Con un gruñido de rabia, levantó su espada para atravesar a la mujer debajo de él.

Se escuchó otro disparo. Dorian se había ubicado junto a Tom. Salió humo de la pistola en sus manos; el capitán pirata dejó caer la espada y trastabilló hacia atrás, con la muñeca sangrando.

Tom le dirigió una gran sonrisa a su hermano.

—Buen tiro, Dorry.

—Le estaba apuntando al corazón. —Dorian metió la pistola usada en el cinturón, y volvió a tomar su espada con la mano derecha. Un pirata arremetió contra él con una pica. Dorian esquivó el golpe, sorprendió al hombre, que trastabillaba, y arremetió con su espada. Le dio en el centro del pecho y la punta manchada de sangre apareció a una palma de su salida entre los omóplatos.

Aboli ya se había abierto camino hacia el alcázar. Tom lo siguió escaleras arriba. Otro tumulto feroz hervía en la cubierta de popa. Con gritos de «¡Viva!» y «¡Dowager!», la tripulación del buque mercante se había vuelto contra sus captores. Estaban desarmados, pero los piratas se hallaban desprevenidos. Algunos se habían alejado para unirse al saqueo; otros habían estado

demasiado ocupados mirando los jugueteos de Legrange con la mujer. Algunos de ellos habían dejado sus armas, y en ese momento los habían atrapado por ambos lados. Los marineros arrancaron las espadas de los piratas, o forcejearon con ellos tan próximos que no podían usar sus armas. Tom se movió entre el tumulto, buscando ansiosamente al capitán pirata.

Su pie tropezó con algo. Bajó la vista rápidamente. Era la mujer a la que había visto antes, hecha un ovillo, sujetando sus faldas rotas alrededor de sí. Cerca, vio un brasero con las brasas encendidas. Había quedado ahí, completamente ignorado, mientras la pelea se desarrollaba a su alrededor.

Aun en el calor de la lucha, Tom sintió una punzada de alarma. El fuego era el peor miedo de todo marinero. Era lo único que podía reducir una embarcación a ceniza negra en minutos.

Aboli lo había visto también. Tomó el brasero de una pata y lo arrojó por la borda, hacia la nave pirata. Las brasas calientes se deslizaron por sobre la cubierta. Una llegó a detenerse junto a una pila de cuerdas, pero con todo el alboroto a bordo del *Dowager*, nadie se dio cuenta.

Tom se plantó por encima de la mujer, en actitud amenazadora hacia cualquiera que se acercara, sin dejar de buscar con la mirada al capitán enemigo en medio de todo aquel desorden. Los hombres del *Centaurus*, la tripulación del *Dowager* y los piratas que quedaban estaban todos envueltos en un combate mortal. Más piratas salían como ratas de la cubierta inferior. Seguían llegando, peleando con una ferocidad que él rara vez había visto. Eran hombres que tenían todo para perder.

Y entonces, como un cambio en el viento, los piratas empezaron a ceder. El espacio se abrió delante de Tom, un espacio para arremeter y atacar. Avanzó, derribando hombres mientras escapaban de él. Por un momento, no se dio cuenta de por qué corrían. Entonces lo olió. No era el olor fuerte y acre de la pólvora lo que los hacía huir presa del pánico, sino el asfixiante y poderoso olor de la madera y el alquitrán en llamas.

Atrapados entre enemigos decididos y una embarcación en llamas, los piratas retrocedieron corriendo para apagar el fuego que se iba extendiendo en su propia embarcación. Tom atravesó a uno justo cuando estaba por saltar desde la borda del *Dowager*. Cayó en la brecha entre las embarcaciones y quedó aplastado entre sus cascos. Tom miró al otro lado. El humo negro se alzaba desde el *Fighting Cock*; las llamas lamían la borda y comenzaban a subir por los estayes.

—¡Suéltlenlo! —gritó Tom. Si el fuego saltaba hacia el *Dowager*, todos se quemarían y se ahogarían. Zama empezó a cortar las cuerdas de los arpeos con su hacha de abordaje. Dos de los hombres del *Dowager* tomaron unos alfanjes que habían caído sobre la cubierta y lo imitaron.

Las llamas eran cada vez más altas. Las embarcaciones todavía seguían unidas. Tom miró hacia arriba y vio que los penoles del *Dowager* estaban enganchados a los aparejos de la nave pirata, con lo que se formaba un puente alto entre las dos embarcaciones.

—Dame esa hacha. —Se la quitó a Zama y trepó por los flechastes. Dorian lo siguió.

Pasó por entre las arraigadas y llegó a la verga. Como dueño de su propio barco, rara vez iba hasta lo más alto, pero no había perdido esa habilidad. Corrió hasta el extremo de la verga y empezó a cortar el enredo de líneas y cabos que la atascaban. El fuego ardía debajo de él, y las llamas eran tan altas que parecían lamerle las suelas de las botas. El humo le hizo llorar los ojos. Dorian se reunió con él, arrodillado sobre la verga para cortar un motón que se había atascado con las cuerdas para izar las velas.

De todos modos, las embarcaciones seguían firmes en su abrazo mutuo.

—¿Por qué no se separa?

Dorian señaló una pieza del aparejo que se había enredado entre unos soportes. Tomó el hacha de abordaje de Tom y se dirigió al aparejo.

Algo golpeó la verga. Tom sintió la vibración incluso antes de ver el agujero abierto en un lado del palo, muy cerca del pie de Dorian. Hacia abajo, por entre el humo, Tom vio al capitán pirata que bajaba el mosquete que acababa de disparar.

«Quiere matarnos a los dos», pensó. Sin vacilar, se movió hasta el extremo de la verga y saltó sobre los obenques del *Fighting Cock*, se dio vuelta y buscó un estay. Bajó deslizándose tan rápido que se quemó la piel de las palmas de sus manos, y se acurrucó para aterrizar en la dura cubierta. Entre el humo y el caos, nadie se fijó en él. La tripulación corría de un lado a otro con baldes, tratando de apagar el incendio; otros estaban intentando bajar una chalupa, que colgaba torcida de sus amarras.

Legrange estaba recargando el mosquete. Tom se arrojó sobre él. Ambos cayeron al suelo, el mosquete quedó atrapado bajo el cuerpo de Legrange. Este corcoveó y trató de librarse de Tom, pero su peso inmovilizaba al pirata mientras él buscaba el cuchillo en su media.

Debajo de él, Legrange movía las manos a ciegas, rasguñando la cubierta, tratando de encontrar un arma. Encontró un espeque que había quedado olvidado bajo la cureña de uno de los cañones. Con toda su fuerza, balanceó su brazo hacia atrás y apuntó con el hierro a la cabeza de Tom. Tom vio el movimiento justo a tiempo. Se echó hacia atrás, de modo que la palanca le pasó junto al hombro, pero eso le dio a Legrange todo el espacio que necesitaba para liberarse. Salió rodando desde abajo de Tom y saltó para ponerse de pie. Tomó el mosquete caído y lo apuntó a Tom. Apretó el gatillo.

El pedernal hizo saltar chispas del acero. Tom se encogió, pero el mosquete había fallado el disparo. Con un aullido de cólera, Legrange dio vuelta el mosquete y se lanzó otra vez contra Tom, blandiendo el arma por el cañón.

El viento hizo desaparecer el humo. Detrás de Legrange, Tom vio que las dos naves empezaban a separarse. Dorian había liberado al *Dowager*. Tenía que llegar a él, pero Legrange le bloqueaba el camino, blandiendo el mosquete como un garrote. Tom se inclinó hacia atrás, agachándose para evitar los furiosos golpes del pirata. El fuego se hacía más grande; la mayoría de los hombres había abandonado todo intento de luchar contra él y, en cambio, trataban de salvarse ellos. Legrange volvió al ataque, demasiado rápido como para darle a Tom la oportunidad de recoger un arma de las muchas que había tiradas en la cubierta.

Tom dio otro paso hacia atrás y se acercó a un costado de la nave. Saltó sobre la borda, evitando apenas otro fuerte golpe del mosquete.

Haciendo equilibrio sobre el estrecho borde, lanzó una mirada al agua debajo de él. La embarcación se estaba moviendo empujada por el viento. Si caía, se dio cuenta de que sería empujado debajo del casco y cortado en pedacitos por los percebes afiladísimos que cubrían la parte inferior. Siempre y cuando los tiburones no lo atacaran antes.

Legrange lo sabía también. Se detuvo un momento para saborear la situación. No sabía quién era Tom, ni de dónde había venido o cómo había llegado a bordo, pero sí sabía que le había costado su presa... y probablemente también su barco. Gruñó furioso y arremetió contra Tom con el mosquete para forzarlo a caer por la borda.

Tom previó el golpe, y saltó hacia atrás desde la borda. Para asombro de Legrange, no cayó entre las olas abajo sino que se lanzó al espacio, volando desde el costado del barco como si le hubieran crecido alas.

Legrange no había visto la tensa driza unida al penol del barco, allá en lo alto, de la que Tom se había agarrado. Tom alcanzó el límite de su arco y empezó a volver balanceándose, tomando velocidad mientras el casco de la embarcación rolaba y le daba más ímpetu. Recogió las rodillas sobre el pecho y luego las estiró cuando volvió hacia Legrange. Los dos tacos de sus botas

chocaron contra la frente del pirata y empujaron su cabeza hacia atrás con tanta fuerza que Tom oyó claramente que sus vértebras se rompían. Legrange se tambaleó hacia atrás mientras se le aflojaban las piernas. Cayó entre las altas llamas que avanzaban extendiéndose por la cubierta hacia él. Lo envolvieron en un instante. Por un segundo, Tom tuvo una visión infernal de Legrange envuelto en el fuego. Su barba, pelo y ropa estaban en llamas y la piel de su rostro se ampollaba y se arrugaba.

Tom se balanceó sobre el agua, colgado de la driza, y cuando llegó al límite de su arco, se soltó y cayó en el agua. Con fuertes brazadas sobre la cabeza cubrió fácilmente la distancia hasta el *Dowager*, antes de que los tiburones pudieran olfatear la sangre en él. Dorian estaba esperando en el nivel más bajo para darle el empujón a bordo.

—¿Dónde están Sarah y Yasmini? —preguntó Tom casi sin aliento, antes de recuperar totalmente la respiración. Desesperadamente, recorrió con la mirada las aguas alrededor del *Dowager* y, luego, exhaló un gran suspiro de alivio cuando vio que estaba muy lejos de los restos en llamas del *Fighting Cock*.

Tom dirigió su atención otra vez a la nave pirata. Columnas de fuego envolvían sus mástiles y las llamas corrían por sobre las vergas, devorando el lienzo y envolviéndola en llamas. Los hombres se arrojaban al agua, con llamas saliéndoles de la espalda. Los piratas que habían quedado atrapados a bordo del *Dowager* no lo estaban pasando mejor. La tripulación estaba de un humor despiadado: no les habían dado cuartel, y no lo daban ellos tampoco en ese momento.

—Deberíamos bajar un bote —sugirió Dorian, señalando a los piratas que flotaban en el océano. Por sobre el agua llegaban los gritos mientras los tiburones los iban rodeando.

—No sería piedad rescatarlos para que los puedan colgar en Ciudad del Cabo —observó Tom.

Precisamente en ese momento, una enorme explosión los dejó sin aire en los pulmones, para luego devolvérselo con una respiración furiosa. Una ola inmensa movió la embarcación y envió a los hombres al otro lado de la cubierta, trastabillando. Restos en llamas caían como lluvia sobre las aguas revueltas. Pero el *Fighting Cock* había desaparecido. Lo único que quedaba eran maderos carbonizados flotando en el agua.

Tom se irguió. Ya no tenía ningún sentido buscar sobrevivientes. Cualquier hombre en el agua habría quedado inconsciente y se habría ahogado por la fuerza de la explosión.

—Seguramente la santabárbara fue alcanzada por el fuego. —Un hombre curtido se acercó a ellos en ese costado del barco. Había perdido la chaqueta y perdía sangre de su brazo y de una herida abierta en la mejilla. Aun así, Tom reconoció el aire de mando que se manifestaba en su rostro.

—¿Usted es el capitán del *Dowager*?

—Josiah Inchbird. —El hombre inclinó la cabeza hacia los restos del *Fighting Cock*, hacia el extenso espacio de restos flotantes que se extendía por la superficie del agua—. Adiós para siempre a la nave y a los ladrones que navegaban en ella.

Tom esperó a que el hombre hiciera algún comentario sobre el combate, que reconociera la ayuda que había recibido. Pero Inchbird no dijo nada más.

—Fue una suerte que estuviéramos cerca cuando lo atacaron —señaló deliberadamente—. Salvamos su barco.

Inchbird entendió lo que quería decir inmediatamente.

—Usted no va a recibir recompensa alguna por el rescate —advirtió con brusquedad.

—Los piratas habían tomado su nave. Usted ya se había rendido —observó Dorian.

—Nunca me rendí.

—Entonces nos dio una impresión convincente de haberlo hecho.

—Si usted quiere insistir en el tema, puede llevarlo al tribunal del Almirantazgo en Londres.

Tom tragó saliva. Hacía quince años que había dejado Inglaterra, quince como fugitivo de la justicia, buscado por el asesinato de Billy, su hermano mayor. Billy, un hombre de corazón duro y rápido para la furia, había tratado de matar a Tom en una emboscada de medianoche en los muelles del Támesis. Tom lo había matado en defensa propia, al no reconocerlo en la oscuridad, pero eso valdría poco en una corte inglesa. Si volvía, lo único que iba a encontrar sería el nudo de la horca.

Inchbird no podía haber sabido eso, pero percibió la debilidad de Tom.

—Si usted desea continuar con el caso, gustosamente lo llevaré a Londres en mi barco.

—Arriesgué mi vida para salvar su nave. —Un murmullo de agitación se hizo oír entre los marineros sobre cubierta. El *Centaurus* se había acercado y Aboli estaba ayudando a Sarah y Yasmini a subir a bordo—. Arriesgué mi tripulación, mi embarcación y mi familia —insistió Tom.

Inchbird suavizó el tono.

—Usted debe comprender, señor, tengo las manos atadas. Si cedo algo ahora, sin consultar con los dueños, nunca volveré a tener otro mando. Si fuera por mí, gustosamente le daría a usted todo lo que hay a bordo por lo que usted hizo. Pero para eso, usted tendrá que hablar con el sobrecargo.

Tom asintió con la cabeza. El capitán era responsable del barco, pero el contenido de la bodega dependía del sobrecargo.

—Entonces mejor hablo con él.

Sarah y Yasmini subieron por la escalerilla al alcázar. Sarah apoyó las manos en las caderas y observó el estado caótico de la cubierta.

—El problema con los hombres —señaló, dirigiéndose a Yasmini— es que siempre dejan las cosas en total desorden. —Se volvió hacia Inchbird—. Me disculpo si mi esposo ha causado alguna molestia en su nave.

Inchbird hizo una extraña reverencia.

—Precisamente estábamos hablando de ese mismo asunto.

—Su marido nos salvó a todos —interrumpió otra voz. La mujer a quien Tom había rescatado de Legrange apareció por la escalerilla. Su voz era grave y ronca, matizada con un acento que Tom no pudo precisar. Se había quitado el vestido que Legrange le había roto con la espada y llevaba un vestido diferente. Era uno simple de percal azul que hacía juego con el mar que los rodeaba, ajustado debajo de sus abundantes pechos. Llevaba el pelo atado hacia atrás con una cinta, con un mechón suelto por encima del cuello. No podía tener mucho más de veinte años, pero había fuerza y sabiduría en su rostro más allá de su edad. Todos los hombres sobre cubierta tenían la mirada fija en ella. Una hora antes habían visto expuestas sus partes más íntimas, pero ella recibió la atención de ese momento con inmutable ecuanimidad.

—Espero, capitán Inchbird, que usted no haya olvidado sus modales —dijo—. Estos hombres salvaron nuestras vidas, y ni siquiera sé sus nombres.

Tom hizo una ligera reverencia.

—Mi nombre es Tom —se presentó—. Mi hermano, Dorian; su esposa, Yasmini; y mi esposa, Sarah. Me alegro de haberle sido útil.

—Soy Ana Duarte. Y esos piratas nos habrían robado todo. —Un tenue temblor le recorrió el cuerpo—. Comprendo por qué el capitán Inchbird no puede ofrecerle recompensa por salvar su barco. Pero no quiero que usted piense que somos desagradecidos. De lo que sea que los piratas dejaron de nuestros bienes, por favor tome lo que usted considere una recompensa justa.

Tom esperó que Inchbird protestara. Sin embargo, el capitán se había quedado curiosamente en silencio.

—Le agradezco la preocupación, señora, pero me temo que al sobrecargo no le va a gustar mucho que usted sea tan poco cuidadosa con esos bienes. Sobre todo si él piensa lo mismo que el capitán Inchbird aquí presente.

Ella inclinó la cabeza.

—Son mis bienes.

—¿Suyos?

—Soy el sobrecargo.

—¿Usted? —Tom no podía disimular su asombro.

Sarah le dio un codazo en las costillas.

—Tom Courtney, eres un gran tonto. Has comerciado por toda la costa de África con cada jefe de tribu, con cada forajido y caníbal que podías encontrar para venderle tus cosas. ¿Y ahora te quedas atontado ante una mujer que puede comerciar?

Ana y Sarah compartieron una mirada, un entendimiento intuitivo que hizo que Tom se sintiera opaco y tonto. Atrapado entre ellas, no advirtió la extraña mirada que le dirigió el capitán Inchbird cuando Sarah pronunció su nombre.

Sarah lo tomó del brazo por el codo y lo arrastró.

—Ven —lo invitó dulcemente—. La señorita Duarte ha sufrido bastante por hoy sin tenerte a ti mirándola como un bobo. Escojamos un par de fardos de tela para pagar la pólvora y los proyectiles que usamos, y luego dejemos que estas buenas personas continúen su viaje en paz.

Lo cierto fue que les tomó el resto del día y el siguiente antes de partir. Sarah y Yasmini se ocuparon de los heridos, mientras que Tom, Dorian y Aboli ayudaron a los hombres de Inchbird a reparar los daños en el *Dowager* e improvisar un mastelero nuevo. La nave había perdido casi la mitad de su tripulación, y se necesitaba a los hombres del *Centaurus* para ayudar a recomponer sus aparejos y entablillar sus mástiles antes de que pudiera navegar otra vez.

—Pero podemos llegar a Ciudad del Cabo, si el buen tiempo continúa —calculó Inchbird—. Allí puedo encontrar hombres para completar la tripulación y regresar a Londres.

Quedaba mucho por hacer, pero Tom se daba cuenta de las ganas de Inchbird de que lo dejaran solo con su barco, y él respetaba eso. Se despidieron y zarparon. El viento refrescó. Cuando cayó la noche, Sarah y Tom estaban en la borda del *Centaurus* mirando la puesta del sol, hacia el continente africano escondido en el oeste.

—Estás pensando en esa mujer, la Duarte —dijo Sarah.

—No es así —reaccionó Tom.

—Si tuviéramos un hijo, ella es el tipo de mujer que yo querría que fuera su esposa.

Tom la abrazó. Desde que se habían casado, él y Sarah habían tratado desesperadamente de concebir. Hacía algunos años, ella había quedado embarazada mientras comerciaban por el río Lunga; Tom había sentido que su vida estaba a punto de completarse. Pero había tenido un aborto, y desde entonces, a pesar de todos sus esfuerzos, su útero había permanecido estéril.

—¿Alguna vez has deseado haberte quedado en Inglaterra? —preguntó ella—. ¿Haberte casado con una bonita muchacha de Devon y haberte instalado en High Weald con una docena de niños?

Él le acarició la mejilla.

—Nunca. De todos modos, el dueño de High Weald era Black Billy. —De acuerdo con las leyes de primogenitura, la fortuna entera pasaba al hijo mayor. Billy, ya casado con la heredera

más adinerada de Devon, había acelerado el paso de su padre a la tumba para poner sus manos en la herencia, aunque no había vivido para disfrutarlo—. La propiedad habrá pasado al hijo de Bill, Francis. —Tom hizo una pausa, recordando a un bebé con la cara colorada acunado en los brazos de su madre—. Supongo que ya debe ser adulto, y señor de High Weald.

Sarah se acomodó la falda contra la brisa cada vez más fuerte.

—El tiempo nos trata con crueldad a todos nosotros, Tom Courtney.

Él tenía la mirada fija en el horizonte, donde los últimos rayos del sol lamían el mar. Las olas susurraban a lo largo del casco del *Centaurus* mientras se abría paso en el agua con rumbo suroeste, hacia Ciudad del Cabo en la punta meridional de África. La ciudad que era lo más cercano a un hogar que él había tenido desde que había sido expulsado de High Weald. En Ciudad del Cabo, volverían a acondicionarse y a reabastecerse; a vender sus mercancías y a comprar otras, y luego, muchos meses después, comenzaría otro viaje.

Suspiró. No tenía resentimiento alguno en su vida, pero no había olvidado cómo habían sido sus primeros años: la enorme casa antigua, la capilla con tantos Courtney sepultados en su cripta, los criados que habían cuidado a su abuelo y cuyos hijos algún día iban a servir a generaciones de Courtney aún por nacer. El sentido de la pertenencia, de que por muy lejos que el árbol genealógico pudiera extenderse, seguiría con raíces fuertes y profundas en ese lugar. Él se había apartado de eso y todavía no había encontrado un nuevo terreno donde volver a plantarse él mismo.

Abrazó a Sarah y la besó en la cabeza.

—Me pregunto qué habrá sido del bebé Francis —dijo pensativo.

\* \* \*

La lluvia azotó la gran casa. Un viento fuerte aullaba por entre sus torrecillas y gabletes, cerrando de golpe los postigos abiertos sobre sus bisagras. Todas las ventanas estaban oscuras, excepto la última habitación en el piso superior.

Allí, en el dormitorio principal, una única vela se consumía y titilaba sobre la repisa de chimenea, lanzando sombras monstruosas por toda la amplia habitación. El viento soplaba por la chimenea, haciendo sonar las brasas apagadas sobre el hogar. Dos siluetas permanecían sentadas en los sillones ubicados junto a la chimenea, aunque el fuego se había apagado hacía horas, cuando lo último que quedaba de carbón se acabó. Una mujer daba puntadas en su bordado, mientras un joven fingía leer un libro en aquella escasa luz. Lo había dejado abierto en la misma página durante los últimos quince minutos.

La mujer dio un gritito. Su hijo levantó la vista.

—¿Estás bien, mamá?

Ella chupó la sangre en su dedo.

—Es tan difícil ver con esta luz, Francis.

Alice Leighton —alguna vez Alice Grenville, después Alice Courtney— miró a su hijo, conmovida por la preocupación en el rostro de él. Todavía no tenía dieciocho años, y su cuerpo era ya el de un adulto, grande y fuerte. Pero había una blandura en su corazón que hacía que ella se preocupara por su futuro allí, en el ancho y perverso mundo. Su pelo negro azabache enmarcaba una cara apuesta con piel suave de color ámbar y ojos oscuros, lustrosos. Un rebelde mechón negro se rizaba sobre su frente, casi tocándole el párpado izquierdo. Ella había visto la manera en que las niñas en el pueblo lo miraban. De la misma manera en que ella había mirado a su padre,

alguna vez, hacía mucho tiempo.

Los postigos se movían y golpeaban, como si fuera el mismo diablo que golpeaba la puerta. Francis cerró su libro y revolvió en el hogar con el atizador. Lo único que revolvió fueron cenizas.

—¿Sabes dónde está mi padre?

Su padre —su padrastro, técnicamente, aunque era el único que había conocido— había pasado la mayor parte de la última semana encerrado en la biblioteca, revisando papeles que no les permitía ver. La única vez que Francis había tratado de entrar para verlo, *sir* Walter lo echó, insultándolo y cerrando de golpe la puerta.

Alice dejó su bordado. Su pelo oscuro estaba salpicado con un gris prematuro, los ojos hundidos, su piel grisácea se estiraba sobre las mejillas. Francis todavía recordaba cuando ella era hermosa y alegre. Sus primeros recuerdos de ella eran así: su madre que regresa de algún baile o fiesta, y entra a su cuarto de niño para darle un beso de buenas noches, la piel de ella radiante y sus ojos llenos de brillo. Casi podía sentir el olor del perfume de ella cuando se inclinaba sobre su cama, su piel muy suave contra su mejilla y los diamantes relucientes en su garganta a la luz de la vela. Los diamantes habían sido los primeros en irse.

Un estruendo resonó por toda la casa vacía, las tablas del suelo temblaron y los carbones apagados tintinearón sobre el hogar. Francis se puso de pie de un salto.

—¿Eso fue un trueno? —dijo Alice con aire vacilante.

Él sacudió la cabeza.

—Tampoco fueron los postigos. Vino desde abajo.

Fue por la larga galería y bajó por la escalera principal. La cera chorreaba de la vela y le quemaba los dedos. Ya no había candelabros de plata en High Weald. Se detuvo a los pies de la escalera y olfateó el aire. Conocía bien el olor del humo de un arma de fuego, de ir a cazar y de mirar las maniobras de las milicias locales, pero nunca antes lo había oído en la casa.

El temor creció en su pecho, y su corazón empezó a latir con fuerza. Cruzó corriendo el salón hacia la puerta de la biblioteca.

—¿Padre? —gritó—. ¿Padre, está todo bien ahí?

La única respuesta fue el tintineo de la lluvia sobre las ventanas. Probó con el picaporte, pero la puerta estaba con llave. Se arrodilló y miró por el ojo de la cerradura. La punta de una llave en la cerradura impedía mirar hacia adentro.

—¿Padre? —llamó de nuevo, más fuerte esta vez. Su padre había estado bebiendo casi sin pausa las dos últimas semanas. Quizás había perdido el conocimiento.

Dejó la vela a un lado, metió la mano en el bolsillo para sacar su navaja y la abrió. Luego la metió suavemente en el agujero de la cerradura y empujó la llave, hasta que escuchó que caía sobre el piso dentro de la habitación. La vieja puerta tenía un espacio de un par de dedos debajo de ella. Encontró una fusta colgada en la percha para sombreros, en la esquina del pasillo de entrada. Metió la punta de la fusta por debajo de la puerta y pudo arrastrar la llave afuera.

Con la llave, abrió la puerta. La vela empujó las sombras a medida que avanzaba por la larga habitación. Recordaba que cuando era niño, se deslizaba patinando sobre las tablas bien enceradas del suelo. En ese momento estaban desniveladas y con astillas; nadie las enceraba hace años. Largos estantes vacíos cubrían las paredes; los libros habían sido vendidos, como casi todo lo demás. Podía ver marcas sobre el yeso, donde los escudos y las espadas habían mostrado alguna vez el orgulloso escudo de armas y los blasones de los Courtney. Como la platería y la cristalería, todo había sido vendido.

En el otro extremo de la habitación, había una vieja mesa de roble, cubierta de papeles, y una



botella de vino abierta. Ni vasos ni decantador. Su padre yacía hundido en la silla detrás de la mesa, como si se hubiera quedado dormido. Una mancha roja oscura se extendía por los papeles.

Francis se detuvo. Entonces, rápidamente, corrió hacia su padre y lo sentó erguido en la silla. Con más fuerza de la que había planeado: la silla se volcó y cayó. Su padre se desplomó y quedó tendido de espaldas al chocar en el piso, un brazo extendido hacia la pistola, que estaba cerca.

Francis contuvo la náusea que subía por su garganta.

—¿Padre?

Sir Walter Leighton había sido apuesto, alguna vez, antes de que sus adicciones lo destruyeran. Incluso en la muerte, su cara todavía tenía un vestigio de esa energía irresistible que Francis recordaba tan bien; el hombre que lo lanzaba al aire cuando era niño, que le apostaba una guinea por saltar una cerca con su caballo, o que proponía un repentino viaje a Londres. En ese momento, sus ojos azules sin vida miraban fijamente a Francis, como si le estuviera suplicando el perdón. Desde el frente, se lo veía totalmente entero. Únicamente más atrás uno podía ver los bordes irregulares y ensangrentados de la herida, donde la bala de la pistola le había volado los sesos a través de la parte posterior de la cabeza.

Un grito breve y estridente se escuchó detrás de él. Se dio media vuelta para enfrentarlo. Alice estaba allí, de pie, las manos sobre la boca, mirando fijamente el cuerpo sobre el piso.

—Te dije que esperarás arriba —atinó a decir Francis, horrorizado de que tuviera que ver aquello. Corrió y la envolvió en sus brazos, sujetándole la cara sobre su hombro para impedir que mirara.

Alice sollozó en la camisa de él.

—¿Por qué lo hizo?

Francis la llevó a uno de los sillones orejeros de cuero, donde la tapa del escritorio le impedía ver el cuerpo, y la hizo sentar. Ella se acomodó el chal, ajustándolo sobre su cuerpo, y no trató de seguirlo cuando él fue a la mesa.

Francis tomó el papel que estaba encima de la pila y lo sostuvo a la luz. Era la carta de un abogado, una firma en Londres de la que él nunca había oído hablar. Leyó las rimbombantes frases legales, esforzándose por comprender. Un párrafo le atrajo la atención.

«Si usted no salda estas deudas antes de la medianoche del diecinueve de octubre, no tendré más alternativa que enviar a oficiales de justicia para embargar dicha propiedad, incluyendo todos los muebles, artefactos y accesorios, como resarcimiento de las mismas».

«Están hablando de High Weald», se dio cuenta Francis. «Es esta noche». Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea. Era más tarde de lo que pensaba. La campana de la torre de la pequeña capilla sobre la colina ya había dado las once, aunque no la había escuchado debido a la tormenta. Cayó en la cuenta del horror. «Estarán aquí dentro de una hora», pensó.

Miró otra vez el cadáver de su padre. La cólera aumentó dentro de él, superando la pena que había sentido. Hacía mucho tiempo, no podía recordar cuándo, se dio cuenta por primera vez de que su padre era un jugador empedernido. La manera en que la platería desaparecía de los armarios sin ninguna explicación, para luego reaparecer de manera igualmente misteriosa unos meses después. Las reuniones de naipes en el salón a las que nunca se le permitió entrar, que seguían hasta tan tarde que aún podía escucharlos cuando se despertaba a la mañana siguiente. Los cambios de humor de su padrastro: agotado y silencioso durante semanas y semanas seguidas, y luego, brillante y alegre, llevaba regalos a la casa para Francis y Alice. Los hombres extraños que llegaban a la puerta de calle a toda hora, observados por Francis desde atrás del pasamanos del descanso, escaleras arriba. Después las peleas, cuando Alice le gritaba detrás de la puerta cerrada del dormitorio.

Pero él nunca se dio cuenta de que era tan grave. Se escucharon furiosos golpes que llegaban de afuera y, por un momento, pensó que ya habían llegado los oficiales de justicia. Pero eran solo los postigos otra vez. Una mirada al reloj le indicó que faltaban quince minutos.

—Tenemos que irnos —gritó. Arrastró a su madre para ponerla de pie y la llevó arriba otra vez, cerrando con llave la puerta principal al pasar. La cara de ella estaba pálida, su mano, fría como el hielo—. Prepara tus cosas, cualquier cosa que podamos llevar.

Sin fuerzas, ella fue hasta su ropero y sacó algunos vestidos y enaguas. Francis fue a su habitación y llenó una valija con sus pocas pertenencias. Casi podía escuchar el tictac de los segundos que pasaban.

Volvió corriendo al cuarto de su madre y la encontró sentada en la cama con dosel, rodeada de su ropa.

—Vamos —dijo con vehemencia—. Estarán aquí en cualquier momento. —Empezó a meter la ropa en una valija—. Si por lo menos mi padre...

—No lo llames así —susurró ella—. *Sir* Walter no era tu padre.

—Lo sé. Pero tú siempre me dijiste que debía llamarlo...

—Estaba equivocada. Me casé con él porque yo era viuda y tú necesitabas un padre. Después de que William murió, mi familia renegó de mí; ni siquiera asistieron a su funeral. Mi padre me odiaba por haberme casado con un plebeyo, incluso de una familia tan rica como los Courtney. Además las circunstancias de la muerte de William, el escándalo que la acompañaba... Él nunca me perdonó.

—Nunca me lo dijiste.

—Eras un niño inocente que ya había sufrido demasiado. *Sir* Walter Leighton era cariñoso y simpático y me hacía reír. No me di cuenta de su verdadera personalidad. Así como no conocí a tu padre hasta que fue demasiado tarde.

—Pero siempre me dijiste que mi padre, mi verdadero padre, William Courtney, era un buen hombre. Un hombre amable, noble.

La cara de ella se arrugó.

—Oh, Francis, era todo mentira. No podía soportar que cargaras con la tristeza de saber qué clase de hombre era William Courtney. Un bruto sin corazón que casi se puso a bailar una jiga cuando su propio padre murió, que me apaleaba hasta llenarme de moretones, y que te habría golpeado también a ti si hubiera vivido. Casi mató a Thomas, su propio hermano.

Francis sintió que las piernas se le aflojaban. Se dejó caer sentado en la cama. Los ojos se le llenaron de lágrimas de furia.

—No. Fue Thomas quien lo mató a él. Tú me lo dijiste, madre. Tú me lo dijiste.

—Sí, eso es verdad. Tom mató a William —admitió—. Pero fue en defensa propia.

—¿Tú estabas ahí? —demandó Francis—. ¿Lo viste?

—William fue a Londres y nunca más volvió. Se decía sobre el asunto que Tom lo había matado, pero yo sabía que si eso era cierto, era porque lo habían provocado. Tom no podía haber matado a su hermano a sangre fría.

A Francis le faltaba el aire.

—Sí, lo mató a sangre fría.

Unos ruidos súbitos y estruendosos llegaron desde la planta baja. Esta vez no había ninguna duda: era el ruido de un puño pesado sobre una puerta pesada. Francis escuchó voces amortiguadas y el ruido de alguien que trataba de mover el picaporte. Alice lo apretó contra ella.

—Ya casi eres mayor de edad. Es hora de que conozcas la verdad de las cosas.

—Estás mintiendo. —La apartó y tomó la valija. Otra serie de furiosos golpes se escucharon

desde la planta baja—. Ya he perdido a un padre esta noche. Y ahora estás tratando de destruir la memoria del otro.

—Abran —gritó una voz, tan fuerte que se impuso sobre la tormenta—. Abran en nombre de la ley.

Francis se dirigió a la puerta del dormitorio.

—Tenemos que irnos. Si nos encuentran aquí, se llevarán todo.

—Yo me quedo. —Alice se envolvió en su chal con fuerza—. No dejarán a una pobre viuda de duelo sin ningún socorro o refugio. Y con Walter muerto, no pueden reclamar sus deudas tan fácilmente. En cuanto a esta casa, que se la queden. Salvo tú, mi querido, ella solo me ha traído tristeza y pérdidas.

Fijó la mirada en ella. La emoción ahogaba sus ideas; quiso hablar, pero no pudo articular ni una palabra.

—Abran —insistió la voz otra vez desde abajo.

Francis corrió. Bajó por las escaleras de servicio, atravesó la cocina en silencio y fue hacia el establo. Los caballerizos y mozos de cuadra habían sido despedidos; los purasangre que había montado cuando era niño habían sido vendidos a nuevos propietarios hacía mucho. Solo quedaba un caballo, Hyperion, el alazán castrado que su padrastro le había regalado cuando cumplió trece años. Solo en su casilla, relinchó cuando oyó a Francis que se acercaba.

Francis encendió una lámpara y lo ensilló, moviéndose con rapidez. No pasaría mucho tiempo antes de que los hombres del oficial de justicia fueran a la parte trasera de la casa, buscando alguna manera de entrar. Tomó una capa impermeable de un gancho en la pared y llevó afuera a Hyperion.

Alguien estaba allí de pie, esperándolo.

—¿Madre? —Su cólera desapareció al verla a ella, una aparición gris fuera del establo. El vestido empapado colgaba de su cuerpo esbelto, como una niña perdida en la lluvia. Tenía consigo una pequeña bolsa de terciopelo.

—No podía separarme de ti sin decirte adiós.

La abrazó.

—Adiós, madre.

—¿Adónde vas a ir? —Tuvo que gritarle cerca del oído para que la escuchara por sobre la lluvia.

Él no había pensado en eso hasta ese momento, pero en cuanto lo hizo, supo la respuesta.

—La única familia que me queda en el mundo es mi tío Guy, en Bombay. Iré a la Compañía de las Indias Orientales en Londres y pediré trabajar con ellos y un pasaje en una de sus embarcaciones. —Se volvió para echar un vistazo a la gran casa, tan cargada de recuerdos—. Quizás haga fortuna, y así podré regresar algún día para reclamar High Weald.

Ella retorció el cordón de la pequeña bolsa de terciopelo con sus dedos, tratando de esconder el dolor en su corazón ante la idea de que su único hijo se fuera tan lejos.

—Es un buen plan. Pero ten cuidado con tu tío Guy. Aunque parezca extraño, cuando tú tenías dos años eras el accionista más grande de la Compañía de las Indias Orientales fuera de los miembros del directorio. Tu abuelo Hal había acumulado más de veinte mil acciones, y cuando William murió, poco después de su padre, las acciones pasaron a tu nombre. Había que tenerlas en fideicomiso, aunque Guy aconsejó que las vendiéramos. Seguí su consejo, pero desde entonces siempre me he preguntado si él fue honesto con nosotros. Si hubiéramos guardado esas acciones en un fideicomiso, Walter nunca podría haberlas tocado. Una vez que las convertimos en efectivo...

Suspiró. Fueran cuales fuesen las fallas de William, él la había dejado convertida en una de las viudas más ricas en Inglaterra. En los quince años pasados desde entonces, su segundo esposo había convertido esa herencia en nada más que deudas y pesares. ¿Cómo podía pedirle a Francis que se quedara? No había nada para él allí. *Sir* Walter se había asegurado de que así fuera.

—Toma esto. —Le entregó la bolsa de terciopelo. La lluvia había empapado la tela, pero él sintió que había algo duro y pesado dentro. La abrió.

Después de la pobreza de los últimos meses, era como una visión del paraíso. A la luz de la lámpara del establo, vio que se trataba de una medalla grande de oro que retrataba a un león con una abundante melena. Sostenía un globo terráqueo en sus garras, con estrellas de diamante que brillaban en el cielo de esmalte azul arriba.

—¿Qué es esto?

—La orden de San Jorge y el Santo Grial. Los Courtney la han llevado por más generaciones de las que puedo contar. Ahora te pertenece.

—Pero... —Luchó contra el impulso de recibirla, como un hombre hambriento ante un banquete—. Esto debe valer una fortuna. Los diamantes solamente... Si la vendiéramos, podríamos conservar High Weald.

—No. —Ella le sostuvo la mirada—. Este es el honor de los Courtney. Vayas donde vayas,agas lo que hagas, nunca la pierdas.

Los gritos se oían más cerca, por un costado de la casa. Ella le cerró la mano sobre la bolsa y lo besó.

—Vete. El hombre que debes ver en Londres es *sir* Nicholas Childs. Era amigo de tu abuelo, y todavía es un hombre fuerte en la Compañía de las Indias Orientales. Si hay alguien en este mundo que puede ayudarte, es él.

Francis había estado en Londres muchas veces cuando era niño, pero siempre con sus padres, viajando en un carruaje de buena suspensión, con un cochero que les abría paso con un chasquido del látigo, y criados para ocuparse de todo en cada parada. Esta vez, el viaje fue de casi una semana, largos y lentos días luchando contra caminos cenagosos y el despiadado clima de otoño. Dormía en zanjas, ataba a Hyperion ocultándolo detrás de los setos, aterrizado de que alguien los descubriera y encontrara la bolsa de terciopelo rojo debajo de su camisa. Una mañana, cerca de Salisbury, lo despertó un grupo de hombres del *sheriff*, que lo tildaron de vagabundo y ladrón de caballos, y lo persiguieron a través de varios campos hasta que finalmente escapó. En Richmond, gastó sus últimas monedas en una bolsa de avena para Hyperion y un jarro de cerveza barata para él. Para cuando llegaron a Londres, el caballo estaba casi cojo y Francis se hallaba cubierto de barro.

El caballo se aterrizó en la ciudad: la cantidad de gente y el ruido, los carros y carruajes que traqueteaban sobre el empedrado. Tuvo que desmontar y llevar a Hyperion de la brida, susurrándole tranquilizadoras palabras en las orejas. En las concurridas calles, la mayoría de las personas lo ignoraban, pero vio la manera en que otros lo miraban, un muchacho desharrapado con un caballo tan elegante. Sus mejillas se sonrojaban cuando se daba cuenta de la sospecha en sus caras; nunca se había sentido tan solo.

Por fin, encontró una caballeriza. El mozo de cuadra le echó una mirada a Francis y decidió que debía pagar por anticipado. El precio era de cinco chelines. Francis se tocó los bolsillos.

—No tengo nada.

—Entonces yo tampoco tengo nada para usted.

—Por favor. —La noche estaba cayendo, y la idea de seguir dando vueltas por esa ciudad hostil era demasiado—. Puedo encontrar dinero mañana.

Una expresión astuta se dibujó en la cara del mozo de cuadra al ver el nivel de desesperación de Francis.

—Podría vender el caballo.

Francis se sobresaltó, horrorizado. Abrió la boca para rechazar la propuesta, pero no le salían las palabras. ¿Qué había imaginado? Si iba a hacerse una nueva vida en la India, nunca podría llevar a Hyperion consigo. Las lágrimas llenaron sus ojos, pero se negó a llorar.

—¿Cuánto?

—No es para mí. Encontraré un comprador. Él puede quedarse aquí, hasta que lo encuentre.

Francis envolvió sus brazos alrededor del cuello del caballo y apretó la cara contra la crin. Hyperion relinchó, contento de tener a su alrededor otra vez los olores y sonidos familiares de los establos.

—¿Puedo al menos tener una cama por esta noche?

El mozo lo miró de arriba abajo.

—Puedes dormir en el establo.

Francis durmió mal y se despertó temprano. Se lavó lo mejor que pudo en el agua del bebedero y se quitó el barro de sus ropas con un cepillo de caballo. No sirvió de mucho. Mientras caminaba por Cheapside, vio su reflejo en la vidriera de una tienda e hizo una mueca. Los mechones de su pelo oscuro se salían en todas direcciones, sus ojos estaban rodeados de bolsas moradas como moretones, y la incipiente barba adolescente de una semana le oscurecía las mejillas. Su ropa estaba hecha jirones, y aunque el cepillo de caballo había sacado lo más grueso de la suciedad, el barro había dejado grandes manchas por toda la tela. El dedo gordo del pie salía por un agujero en su zapato derecho.

Estaba por ir a ver a uno de los hombres más ricos de Londres. *Sir* Nicholas Childs era el hombre que había levantado la Compañía de las Indias Orientales a partir de una pequeña empresa de mercaderes aventureros para convertirla en un monstruo que controlaba la mitad del comercio mundial. Francis había escuchado ese nombre desde épocas en que apenas podía recordar, aunque si alguna vez él o su padastro lo mencionaban, su madre siempre cambiaba de tema.

Parecía que medio Londres conocía la casa en la calle Leadenhall, y rápidamente recibió las instrucciones para llegar a ella. En la planta baja, no había nada demasiado notable. Postigos de madera y un par de pesadas puertas tachonadas ocultaban el interior de la mirada de los transeúntes; el único adorno era un par de columnas orientales con recargadas tallas, que flanqueaban la entrada, y un portero de librea. Pero si uno levantaba la vista, comenzaba a notar detalles que indicaban algo más grande. En el primer piso, un balcón de madera daba a la calle, con galerías de vidrio detrás; encima de él, un escudo de armas real, grande y orgulloso, reposaba sobre la carpintería del segundo piso. Encima de eso, tan arriba que uno tenía que estirar el cuello, la cornisa había sido pintada con un llamativo mural, con embarcaciones que navegaban a toda vela sobre un mar brillante lleno de olas, acompañadas por delfines y coronados con la estatua de un humilde marinero isabelino que observaba los chapiteles y las chimeneas de Londres.

Cualquiera que no lo supiera podría haber confundido la casa con el depósito de un proveedor naval instalado por error en la ciudad. Pero lo cierto era que se trataba de las oficinas centrales de uno de los hombres más poderosos de la tierra.

Francis vaciló, juntando valor. Se acercó al portero.

—Por favor, informe a *sir* Nicholas Childs que Francis Courtney desea verlo por un asunto urgente.

La ansiedad hizo que las palabras le salieran más fuerte de lo usual. Deseó no haber parecido demasiado infantil. El portero apuntó su nariz hacia él.

—*Sir* Nicholas Childs está ocupado hoy. Y *sir* Francis Courtney murió en el reinado del buen rey Carlos.

—Soy su bisnieto. Y por favor, debo hablar con *sir* Nicholas.

Trató de abrirse paso a través de la gran puerta tachonada. Un brazo fornido le bloqueó el camino y lo empujó de vuelta a la calle.

—*Sir* Nicholas no recibe visitas. —El portero enfatizaba cada sílaba con un golpe de su dedo sobre el pecho de Francis—. Y si usted sigue obstruyendo esta puerta, lo haré detener por vagabundo.

Francis se retiró al otro lado de la calle, a la sombra de una cafetería. A través de las ventanas, podía ver a hombres sentados alrededor de las mesas, hombres que mantenían serias

conversaciones, que se enfrascaban en la lectura de los periódicos y que bebían humeantes tazas de café. Solo había un vidrio entre ellos, pero parecía ser otro mundo.

Una ola de rabia impotente le recorrió aceleradamente el cuerpo, sacudiéndolo hasta los huesos. Había habido veces, en los últimos años, en las que había sentido que no tenía nada. Nunca se había dado cuenta de lo mucho que tenía. En ese momento vio, con la claridad amarga de la desesperación, cuán vacío de esperanza había quedado. Nada era posible sin dinero. La falta de él había matado a su padrastro, lo había separado a él de su madre, y a él le había costado su hogar, su caballo... todo excepto la ropa que tenía puesta y el emblema alrededor del cuello.

Miró a los hombres dentro de la cafetería otra vez y se imaginó a sí mismo entre ellos, entreteniéndolos a sus colegas mercaderes con relatos de inversiones recuperadas, ganancias obtenidas, vastas fortunas hechas en las Indias. Fuera lo que fuese necesario para convertirse en uno de ellos, él lo haría. Navegaría hasta el otro lado del mundo, sufriría cualquier privación y se arriesgaría a cualquier peligro. Incluso mataría a un hombre, o a muchos hombres, si tenía que hacerlo para tener éxito, aunque la sola idea lo hizo temblar. Juró que obtendría su fortuna, o moriría en el intento.

Se dispuso a esperar. Cada vez que la puerta de la cafetería se abría, los olores del interior hacían que se le hiciera agua la boca. A medida que pasaba la mañana, la gente empezó a pasar llevando humeantes tartas de carne y pasteles calientes. Se sintió débil. La bolsa que llevaba colgada del cuello se hacía cada vez más pesada. Tan valiosa, pero ni pensar en venderla. Pensó en regresar a la posada para ver si el caballero había vendido a Hyperion, pero no quería perder un posible encuentro con *sir* Nicholas.

No tenía idea de cómo iba a reconocerlo. Su madre había dicho que Childs era amigo de su abuelo Hal, de modo que debía ser ya muy anciano. Observó los movimientos de entradas y salidas en la casa de la calle Leadenhall. Hombres viejos con immaculadas pelucas, hombres más jóvenes inclinados bajo el peso de carteras llenas de libros y documentos. Cada vez que la puerta se abría, el portero salía y lo miraba furioso, pero no cruzaba la calle. Una vez, Francis creyó ver a un hombre observándolo desde las sombras del balcón del primer piso, pero se retiró hacia adentro antes de que Francis pudiera verlo bien.

Ese día de octubre fue pasando. Las sombras se alargaron; la cafetería quedó vacía. Las campanas de la iglesia empezaron a llamar para la oración vespertina. Francis empezó a preguntarse dónde iría aquella noche, y dónde podía comer. Había olvidado sus sueños de fortuna y comercio del mediodía. Lo único que quería era una comida. Tocó la bolsa de terciopelo que abultaba ligeramente bajo su camisa. Había visto que había una casa de empeños cerca de la posada. Seguramente podía conseguir un buen precio allí. Solo por unos pocos días, hasta que tuviera el dinero de Hyperion. La idea lo hizo sentirse avergonzado por su debilidad.

Absorto en sus pensamientos, Francis no vio al portero que corría hacia él hasta que estuvo a medio camino en la calle. Llevaba un pastel caliente envuelto en una servilleta.

—Lo he estado observando todo el día. Usted no ha comido nada.

Francis casi le arranca el pastel de las manos. Metió la cara en él, demasiado hambriento como para disfrutar de los sabores dulces del azúcar y las almendras que le llenaban la boca.

Estaba tan ocupado comiendo que no vio a los dos hombres que habían acompañado al portero al cruzar la calle. De pronto sintió que fuertes manos lo tomaban por los brazos, que otra mano le tapaba la boca, y que el portero le ponía un bastón contra la garganta. Empezó a ahogarse. El pastel comido a medias cayó al suelo para quedar pisoteado por pesadas botas.

Trató de liberarse, aunque le resultó imposible. El portero y sus hombres lo cargaron para cruzar la calle y meterlo en el edificio; ni siquiera podía gritar. Si algún transeúnte se dio cuenta,

la prudencia le indicó que era mejor seguir caminando.

La casa era mucho más grande por dentro de lo que había parecido desde la calle. Los hombres arrastraron a Francis por un largo corredor, saturado con los olores de clavo de olor y pimienta, y luego subieron muchos escalones. Francis escuchó las risas y las conversaciones, pero todas las puertas estaban cerradas y nadie salió a mirar.

Los hombres lo llevaron hasta una gran puerta en el último piso, con una manija de bronce con la forma de un león gruñendo. El portero golpeó respetuosamente. Incluso él pareció vacilar antes de abrir la puerta, como si estuviera por entrar al cubil de una bestia temible.

El interior estaba oscuro, el aire era caliente y húmedo como el de un invernadero. En el hogar había un pequeño fuego y una vela ardía sobre el enorme escritorio junto a la pared del fondo, sin embargo, apenas si iluminaban la habitación con cortinas. Las paredes parecían estar inclinadas, con inmensas pinturas de embarcaciones y batallas que colgaban desde el suelo hasta el techo en marcos dorados muy ornamentados. El aire olía a podrido, como si un trozo de carne hubiera sido dejado allí por demasiado tiempo y olvidado. Francis buscó en la oscuridad, pero no vio a nadie, aparte de un gran bulto detrás del escritorio, como un montón de ropa sucia abandonada.

Sus captores lo soltaron y se quitaron las gorras. Sorprendido, Francis casi pierde el equilibrio y al trastabillar hacia adelante, faltó poco para que se cayera. Se frotó la garganta.

Una tos húmeda y ronca sonó detrás del escritorio. El bulto oscuro empezó a moverse. Era un hombre, se dio cuenta Francis, a medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad. Era un hombre de gran tamaño y una enorme barriga con una manta sobre las rodillas y una bata de seda sobre los hombros. Su cuello había desaparecido debajo de una cascada de papadas temblorosas. Tenía la cabeza afeitada, pero torpemente, de modo que los pelos blancos crecían como las espinas de un cardo. Venas rotas manchaban sus mejillas caídas. Solo sus ojos, hundidos profundamente entre pliegues de carne, seguían siendo brillantes y vivaces.

—¿Quién eres? —le preguntó. No se puso de pie. Por cierto, pensó Francis, probablemente le resultaba imposible. Más adelante se enteró de que los anillos de hierro que colgaban de los brazos de su silla estaban ahí para que lo transportaran en las escasas ocasiones en que dejaba esa oficina. Se decía que cuando tenía que mover el vientre se necesitaban tres hombres para levantarlo y sentarlo en el retrete, y limpiarle el trasero cuando terminaba. Uno de los guardias se acercó a Francis y le dio un puñetazo en el estómago.

—Contesta cuando *sir* Nicholas te habla —le gritó.

Francis trató de hablar, pero el golpe lo había dejado casi sin aliento y no pudo articular palabra.

—¿Quién te envió? ¿Fue Norris y sus hombres de Dowgate?

—¿Quién? —repitió Francis, apenas respirando—. No conozco a nadie con ese nombre.

—No te hagas el tonto conmigo, muchacho. —*Sir* Nicholas hizo un movimiento de cabeza, y Francis recibió otro fuerte golpe en el abdomen, obligándolo a doblarse hacia adelante—. Has estado observando esta casa todo el día. ¿A quién estabas espiando?

—Yo no estaba...

—¿Fueron esos malditos entrometidos? Ellos saben cuáles serán las consecuencias si intentan robarme mi negocio. Les quemaré las naves y los veré pudrirse en una prisión de la India si los atrapo.

—Por favor —dijo Francis, mientras otro golpe caía sobre los riñones—. Soy Francis Courtney. Me envía mi madre.

La rabia había hecho que la cara de *sir* Nicholas se pusiera color carmesí.



—¿Qué insolencia es esta? *Sir Francis Courtney* murió hace casi cincuenta años.

—Era mi bisabuelo. —Francis buscó a tientas la bolsa de terciopelo dentro de su camisa. El guardia lo vio y pensó iba a sacar un arma. Le pateó las piernas desde abajo y lo hizo caer al suelo, y luego apuntó un puntapié a las costillas.

Francis sacó la bolsa. El guardia se la sacó de las manos. Con un tirón del cordón la abrió, y la medalla de oro del león que sostenía un globo terráqueo en sus garras cayó al suelo. El guardia había levantado otra vez el puño.

—Detente —ordenó *sir Nicholas*—. Dame eso.

Dos de los hombres sujetaron a Francis, mientras el portero recogía el león de oro y lo ponía sobre el escritorio. *Sir Nicholas* lo sostuvo, dejando que la luz de la vela centelleara en los rubíes y los diamantes engarzados.

—¿Dónde conseguiste esto? —le preguntó a Francis.

—Pertenece a mi familia. Mi padre me lo dejó.

*Sir Nicholas* hizo girar la medalla entre sus dedos. Les hizo señas a sus hombres para que soltaran a Francis.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar *sir Nicholas*, pero más pensativamente esta vez.

Francis se enderezó, decidido a hacer caso omiso del dolor que le recorría el cuerpo cuando se movía. Había ensayado las palabras todo el día, aunque nunca imaginó que las pronunciaría en esas circunstancias.

—Soy Francis Courtney, hijo de William Courtney y nieto de Hal Courtney, barón de Dartmouth y caballero navegante de la Orden de San Jorge y el Santo Grial. Hace veinte años, mi abuelo dio su vida defendiendo de los piratas a las embarcaciones de su Compañía. Ahora, lo único que pido es un poco de ayuda, una oportunidad de unirme al servicio de la Compañía y demostrar mi valía.

Childs le clavó la mirada, como si fuera un fantasma.

—Déjenos solos —les ordenó a sus hombres.

Se retiraron. Childs estudió al muchacho. Ya hacía décadas que gobernaba la Compañía de las Indias Orientales como su dominio personal, que estiraba sus tentáculos desde esa oficina en la calle Leadenhall hasta los rincones más lejanos del globo. Reyes y parlamentos habían llegado y pasado, algunos de ellos llegaron a asegurar que la Compañía era demasiado poderosa, que había que retirarle el monopolio. Los había visto pasar, había quebrado a sus competidores y los había sobrevivido a todos.

Los Courtney, también, habían venido y se habían ido. Por un tiempo habían sido sirvientes útiles y lo ayudaron a acrecentar la fortuna de la Compañía. Cuando eso dejó de ser así, los había despachado con la misma facilidad con que lo había hecho con sus enemigos, sin el menor atisbo de cargo de conciencia. Desde su hogar en la sede de Bombay, había ordenado que Tom Courtney fuera asesinado por su hermano William. Para su sorpresa, Tom se adelantó y venció a William, pero eso no le había molestado a Childs. Tom había huido y era un asesino buscado por la justicia, y el siete por ciento de las acciones de la Compañía de las Indias Orientales de William habían pasado a su hijo, todavía bebé. Childs apenas si tuvo dificultades para convencer a la viuda de que se las vendiera en los términos más ventajosos, consolidando su control todavía más. Prácticamente se había olvidado del joven Francis Courtney.

Y en ese momento lo tenía ante sí, ya casi convertido en adulto. Un verdugón amoratado le adornaba el cuello donde los hombres habían tratado de estrangularlo; su rostro estaba pálido, pero firme con el inamovible orgullo que Childs había visto hacia veinte años en su abuelo Hal. Pensó que este era un muchacho que podía ser útil, o peligroso.

—Mi muchacho —adoptó un tono más amable y paternal—, acércate para poder verte mejor. Era una actuación. Su cuerpo podía estar fallando, pero sus ojos azules seguían siendo tan claros y precisos como su mente. Francis dio algunos pasos inseguros hacia adelante.

—Lamento que te hayan tratado tan bruscamente —se disculpó Childs—. Mis enemigos tienen muchos espías, y nada los va a detener con tal de destruirme a mí y a esta noble compañía. Espero que no hayas quedado demasiado lastimado. ¿O sí?

Francis se frotó un costado. Ya podía sentir la piel que se tensaba a medida que se formaban los moretones.

—Estoy un poco hambriento, su señoría.

—Por supuesto, por supuesto. —Childs tocó una campanilla que estaba en la esquina de su escritorio y gritó para que el criado trajera comida—. Ahora, mi muchacho, toma una silla y cuéntame todo. ¿Cómo es que llegaste hasta aquí? Si me hubieras escrito, yo podría haberte brindado una recepción más amable.

Francis se sentó dolorosamente en la silla.

—Mi padrastro murió la semana pasada. No me dejó nada más que el león de oro.

Childs se secó la frente con un pañuelo.

—Lamento mucho lo ocurrido. Tu madre nunca te lo dijo probablemente, pero siempre tuve mucho interés en tu crianza y educación. La manera en que tu padre murió... me temo que siento un poco de culpa por eso. Verás, yo fui el último hombre que vio a tu tío Tom antes de que cometiera el acto homicida. Siempre me he preguntado si habría algo que yo pudiera haber dicho o hecho para cambiar su curso. ¿Podría yo haber percibido lo que él planeaba y haber hecho algo para impedirlo?

Se interrumpió con un ataque de tos y se limpió la boca con el pañuelo. Este terminó manchado con sangre.

—Estoy seguro de que usted está más allá de todo reproche, señor —lo tranquilizó Francis.

Una idea preocupante lo dominó al recordar aquellos últimos momentos agitados con su madre.

—¿Puedo confiar en usted, señor?

—Por supuesto, mi muchacho. Como en tu propio padre.

—Antes de salir de casa, mi madre hizo una sugerencia de lo más estafalaria. Dijo... creía... que mi tío Tom podría ser inocente del crimen. Dijo que mató a William, pero que fue en defensa propia.

Childs agitó su cabeza con tal fuerza que todas sus papadas temblaron.

—Está equivocada. El pesar la ha confundido, pobre mujer. Vi a William Courtney en la Cámara de los Lores el día en que murió. La preocupación que expresó por su hermano, el amor y el cariño que le tenía... nadie podía dudarle. Ese mismo día, me dijo que pensaba adelantarle diez mil libras a Tom para organizar una expedición a fin de rescatar al hermano de ellos, Dorian, que había sido secuestrado por piratas, aunque después se supo que el muchacho estaba muerto. Pero eso no era suficiente para Tom Courtney. Emboscó a William en el camino del Támesis tarde por la noche para exigirle una porción más grande de la herencia de su padre, y cuando William se negó, Tom lo atacó sin piedad.

Francis se estremeció al imaginar la escena.

—¿Usted está seguro?

—Recibí un informe completo de un barquero que presencié la tragedia entera. Incluso después de tantos años, recuerdo cada detalle.

Un criado golpeó la puerta y entró con una bandeja de plata. Puso los platos sobre el

escritorio de Childs, dispuso fuentes de carnes asadas y llenó dos copas con vino de Burdeos de un botellón de cristal. Lo único que Francis podía hacer era esperar hasta que el criado se retirara antes de lanzarse sobre la comida.

Childs comió casi tan vorazmente como Francis. El jugo de la carne le chorreaba por las papadas y goteaba sobre la pechera de su camisa.

—¿Deseas vengar a tu padre? —Parte de la comida salió de su boca cuando Childs hizo la pregunta. Continuó sin esperar una respuesta—: Por supuesto que sí. Eres un Courtney, y conozco muy bien qué clase de sangre corre por tus venas.

Francis tomó un trago de vino.

—Sí, señor. Pero no comprendo...

—Tu presencia aquí hoy es muy auspiciosa; es casi como si el destino guiara tus pasos. Verás, hace una semana un barco de las Indias atracó en Deptford. El *Dowager*, al mando del capitán Inchbird. Traía un relato de lo más extraordinario. A veintidós días de haber zarpado de Bombay, cerca de la costa de Madagascar, fue atacado por un pirata que casi se apodera de todo. Fue una lucha feroz, según dicen todos, pero mientras estaba resistiendo al enemigo con valentía, una pequeña balandra se unió a la refriega. Su capitán era no otro que Tom Courtney.

Francis sintió que la habitación giraba a su alrededor. Los cuadros en la pared parecían caer sobre él, y el vino le latía en la cabeza.

—Eso no puede ser, señor. Tom Courtney murió en África cuando yo era niño. Mi tío Guy lo confirmó.

—Tu tío estaba equivocado. Tom Courtney está vivo y coleando, comerciando a lo largo de la costa de África. Inchbird cree que reside en Ciudad del Cabo cuando no está navegando.

Childs dejó el cuchillo y el tenedor.

—Me pediste un puesto en la Compañía. Por el cariño que yo sentía por tu abuelo y nuestra larga asociación con tu familia, te daré gustosamente un puesto de oficina con tu tío Guy en Bombay, y el pasaje gratis en una de nuestras embarcaciones. Y puedo darte más. La nave hará escala en el Cabo en su camino a Bombay. Puede permanecer ahí unas semanas, aprovisionándose y cargando agua. Si lo deseas, tendrás tiempo para desembarcar. Podrías encontrar a tu tío, si es que está ahí.

Francis masticó un trozo de cerdo mientras trataba de asimilar esta última información. Childs se inclinó hacia adelante. El vino le había manchado los labios con el color de la sangre.

—Cuando Tom Courtney huyó de Inglaterra, ofrecimos cinco mil libras por su captura. Yo, personalmente, garanticé la recompensa. Todavía sigue vigente. Cinco mil libras —repitió Childs—. Una gran suma para cualquier hombre, y mucho más para un joven de tu edad que apenas empieza a abrirse camino en el mundo. Y si lo inviertes sabiamente en Bombay, podrías duplicar o triplicar esa suma para cuando regreses.

Francis trató de imaginar todo ese dinero. Se imaginó regresando a High Weald en un carruaje de cuatro caballos y tomando posesión de la casa. Instalando a su madre en sus propios aposentos, borrando lo pasado para convertirlo en el lugar brillante y feliz que él recordaba de su infancia.

El vino lo calentaba por dentro. Sabía que no debía beber tan rápido con el estómago vacío, pero no pudo resistirse. Estaba seguro de que había más cosas sobre las que debía preguntar, preguntas importantes sobre Guy y Tom y su herencia, pero el tono de Childs no permitía discusión alguna. Cuando le sirvió más vino, Francis lo bebió muy agradecido.

—Esta es la venganza que has estado esperando toda la vida —insistió Childs—. La oportunidad de resolver asuntos pendientes para nosotros dos.

El medallón de San Jorge todavía estaba sobre el escritorio, medio escondido debajo de un

montón de papeles. Francis lo levantó, sin advertir el destello de decepción que pasó por la cara de Child. Se puso de pie, algo inestable después de tanto vino.

—Por el honor de mi padre, *sir* Nicholas, encontraré a Tom Courtney y lo llevaré a la justicia.

Tom y Dorian estaban sentados fuera de la taberna, tomando lentamente sus bebidas y mirando los barcos anclados en la bahía de la Mesa. Tom estaba bebiendo un vino moscatel dulce, pero Dorian era leal a su religión adoptada y evitaba beber alcohol. Estaba bebiendo jugo de naranja diluido. Detrás de ellos, la cima de la Montaña de la Mesa trazaba una línea recta sobre el cielo, mientras que las cumbres menores del Pico del Diablo y la Cabeza de León se extendían para convertir la bahía en un anfiteatro natural. Debajo de los bosques en las laderas más bajas, más o menos unas cien casas de piedra y pintadas de blanco salpicaban el terreno. Llegaban hasta el mar, donde los depósitos y las tabernas bordeaban la orilla. En el extremo norte, la bandera tricolor holandesa flameaba sobre el fuerte de cinco puntas que no dejaba duda respecto de dónde residía el poder en la colonia.

Un enorme barco que hacía la ruta comercial de la India estaba entrando al puerto. Por su bandera y por el estado de su aparejo, Tom supuso que llegaba directamente de Inglaterra. Hizo un cálculo rápido de lo que su llegada podría representar. Los precios del marfil aumentarían, ya que los mercaderes ingleses buscaban mercancías para llevar a India; a cambio, querían vender cuchillos y artículos de acero de Inglaterra. La nave llegaba tarde esa temporada, y se había vendido la mayoría de las existencias de marfil, pero Tom había guardado algunos buenos colmillos de su último viaje precisamente para una ocasión como esa. Sonrió cuando pensó en las ganancias que tendría.

Pronto, Dorian y él regresarían a la casa de huéspedes donde se hospedaban durante sus temporadas en Ciudad del Cabo. Tenía unas diez mil libras depositadas en la sucursal de un banco de Ámsterdam, pero nunca las usó para comprar su propia casa. Las autoridades holandesas imponían restricciones feroces para impedir que los extranjeros adquirieran propiedades en la colonia, pero algunas monedas de plata en las manos adecuadas podían allanar el camino para conseguirlo. Nunca lo había intentado. Año tras año, esperaba el monzón en la casa de huéspedes, impaciente hasta que comenzara la nueva temporada.

—¿Estás aburrido, Tom? —preguntó Dorian.

A manera de respuesta, Tom movió el brazo en un círculo completo que abarcaba las montañas y el mar, las nubes suaves como algodón y el sol que se hundía hacia el horizonte.

—¿Cómo podría jamás estar aburrido con todo esto para disfrutar?

—Te conozco demasiado bien, hermano —dijo Dorian, riéndose—. No has disparado una pistola dominado por la furia desde el día en que rescatamos al *Dowager* de ese pirata Legrange. Y eso fue hace casi un año.

La temporada pasada de caza de marfil en el interior africano había sido tranquila. Tom y Dorian habían llevado una expedición casi doscientas leguas río arriba por el río Zambeze, pero no encontraron a ninguno de los traficantes de esclavos con los que habían guerreado en el pasado. Y hasta la caza había sido menos abundante que los años anteriores. El *Centaurus* había regresado con la bodega apenas medio llena de marfil.

—Los enfrentamientos son malos para los negocios —señaló Tom, sin mucha convicción.

En ese momento, parpadeó sorprendido al ver en el horizonte lejano, donde el último reborde de sol se estaba poniendo, un repentino destello de un verde más brillante de lo que nunca podría imaginar. Lo sobresaltó; aunque había oído hablar antes de ese fenómeno, era la primera vez que

lo presenciaba.

—¿Viste eso? —preguntó Tom cuando ambos se pusieron de pie de un salto, asombrados, la mirada fija en el horizonte distante.

—¡Sí, por cierto! —Dorian estaba tan excitado como su hermano—. El guiño de Neptuno. —Era uno de esos misterios, como el fuego de San Telmo, que una rara vez puede ver a menos que viva toda la vida en los océanos salvajes del mundo.

—Alguien me dijo que el hombre que lo ve adquiere una sabiduría especial —dijo Tom con entusiasmo cuando volvieron a sentarse.

—Me alegro por ti —bromeó Dorian—. Te vendría bien acumular toda la sabiduría que puedas adquirir.

Para desquitarse, Tom le dirigió una amplia sonrisa y volcó los restos de su vino sobre la cabeza de Dorian.

—Por semejante impertinencia, puedes comprarme otra copa de vino —lo amonestó Tom.

Cuando Dorian regresó del bar con la copa de Tom llena, se sentaron tranquilamente para disfrutar del final de la puesta de sol en silencio y buena compañía, y observar el barco mercante de la ruta de las Indias mientras anclaba en la bahía.

Cuando el ancla cayó al agua oscura, los botes de provisiones abandonaron la playa para amontonarse alrededor de la nave, ansiosos como corderos en busca de una teta.

—No bajarán la carga a tierra hasta mañana —calculó Tom—. Podemos esperar hasta entonces para ver qué podemos venderles nosotros.

Dejó una moneda por las bebidas y juntos regresaron subiendo la ladera de la montaña por el *Die Heerengracht*, el «Sendero de los Caballeros» que corría entre la plaza de armas y los jardines de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Sumidos en su conversación, no se dieron cuenta de la mujer de vestido azul que bajaba por el sendero hacia ellos hasta que estuvo casi a su lado.

—¿Tom Courtney? —preguntó ella, y él la miró sorprendido.

—¿Ana Duarte? —preguntó él a su vez, y su rostro se puso rojo de placer.

—¡Se acuerda de mí!

—¿Cómo podría jamás olvidarme de usted? Es más, mi hermano y yo estábamos recordando precisamente hace un instante el día en que nos conocimos. Pero no sabía que usted estaba aquí, en Ciudad del Cabo.

—Mi barco llegó hace dos días de Madrás.

—Espero que haya sido una travesía más fácil que la anterior.

Ella tocó una cruz de plata que colgaba de su cuello.

—¡Por suerte, sí!

De pronto, Tom pensó en el destello verde. Aunque él no era supersticioso, se preguntó si quizás fue un presagio de ese inesperado encuentro.

—Debe venir a cenar con nosotros —sugirió Dorian—. Sarah y Yasmini estarán encantadas de verla otra vez.

—Me va a gustar mucho verlas. —Sonrió—. Es más, esperaba que eso ocurriera. Tengo una propuesta para ustedes.

La casa de huéspedes de los Courtney estaba en el otro extremo del pueblo, precisamente junto a los muros del jardín de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. El ama de llaves malaya, la señora Lai, la mantenía impecable. La comida que preparaba era simple pero deliciosa, una

mezcla única de especias de las Indias con los sabores de las recetas inglesas con las que Tom insistía.

Tom sirvió el vino de un decantador de cristal. Dorian, como de costumbre, bebió solamente jugo de fruta fresco.

—¿No toma vino usted? —notó Ana.

—Soy musulmán.

—¿Hay muchos musulmanes en Inglaterra?

—Es una larga historia.

—Pero una buena historia —intervino Tom.

—Entonces me va a gustar escucharla —dijo Ana.

Así fue que Dorian explicó que había sido capturado por piratas árabes cuando era un niño de once años, fue convertido en esclavo y luego comprado por un príncipe de Omán debido al color rojo de su pelo, igual que el del profeta Mahoma, y criado en su familia como un hijo adoptivo. Ana lo instó a que le contara más, de modo que le contó cómo se había hecho hombre siendo un guerrero del Islam y cómo, finalmente, había abrazado esa fe.

Ana escuchó totalmente absorbida por la historia de esa vida. Cuando él terminó, ella le preguntó suavemente:

—¿Hay algún hombre alrededor de esta mesa que no tenga un precio por su cabeza?

Tom se sorprendió.

—¿Usted cómo lo sabe?

—Tengo mucho contacto con empleados de la Compañía de las Indias Orientales en Madrás. Por ellos me enteré de que el gobernador de Bombay es un hombre llamado Guy Courtney. Investigué un poco y me enteré de que ustedes estaban emparentados.

Tom y Dorian intercambiaron una mirada llena de significado.

—Guy es nuestro hermano —admitió Tom—. Hasta donde él sabe, Dorian murió en Omán, y yo desaparecí en alguna parte de las tierras salvajes africanas.

—¿Y no le han informado que ambos están vivos y coleando?

—Esa noticia no le daría mucho placer a Guy. Francamente, él preferiría que ambos estuviéramos muertos.

Ana tomó un trago de vino, como si esa información fuera la cosa más natural del mundo.

—No preguntaré qué fue lo que se interpuso entre ustedes —murmuró ella.

—Fue una mujer —explicó Dorian en un tono neutro.

—Y la mujer era mi hermana —intervino Sarah, haciéndose oír por primera vez—. Éramos pasajeras en aquel viaje fatal, cuando Dorian fue secuestrado por los piratas. Yo todavía era una niña, pero mi hermana mayor, Caroline, estaba en la flor de la edad. Pobrecita. Era demasiado liberal con sus encantos. Se fue a la cama con Tom encantada de hacerlo.

—Creo que fue efectivamente en la santabárbara —sugirió Dorian con una gran sonrisa—. Era el único lugar del barco donde podían encontrar privacidad.

—Fue mi culpa —explicó Tom, avergonzado de que esta historia saliera a la luz delante de Ana—. Debí haberme dado cuenta de que Guy estaba enamorado de ella.

—Guy no estaba enamorado de Caroline —aseguró Sarah sin emoción—. Guy solo quería poseerla, como se posee un caballo o un cargamento o un cofre de oro. Apenas se hubiera casado con ella, ya no tendría ningún valor para Guy. No te olvides de que yo viví con ellos con Guy como mi tutor durante años después de que se convirtieron en marido y mujer. Yo veía la manera en que él la trataba. —Cerró los ojos—. Dios sabe que no la quería.

—Y aunque se casó con ella, no podía perdonarlo a usted, ¿no? —le preguntó Ana a Tom.

—Era más que eso. Había... —Tom se interrumpió. Había algunas cosas de las que no podía hablar con Ana.

«¿Qué he hecho?» se preguntó. «A un hermano lo maté, y el otro quiere verme muerto. Los dos errores más grandes de mi vida, y no hay nada que pueda yo hacer para repararlos».

Pensó otra vez en el destello verde en el horizonte la noche anterior. «Dios, concédeme la sabiduría».

Ana asintió seriamente con la cabeza.

—Todas familias tienen sus secretos.

—Pienso que usted es muy valiente —opinó Sarah, suavizando el ambiente con su brillante voz— por venir a comer con estos dos sinvergüenzas buscados por la ley.

—¡Ustedes me salvaron la vida, todos ustedes! —afirmó Ana, dirigiéndose a todos en la mesa—. Ustedes no estaban en peligro. Su nave podía haber seguido su camino y habernos dejado a nosotros en manos de nuestro destino. Noventa y nueve hombres de cada cien habrían hecho eso.

—Noventa y nueve de cada cien hombres no tienen a Yasmini y a Sarah diciéndoles lo que deben hacer. —Dorian sonrió con ganas—. La decisión no fue nuestra.

La conversación continuó. Después de la cena, se retiraron al salón, donde Sarah los entretuvo con el clavecín, tocando las arias del *Libro de entretenimiento para damas* de William Babell. Tom había pedido que le enviaran el nuevo clavecín desde Inglaterra.

—Tom lanzó al río el primero que tuve —le confió Sarah a Ana entre una pieza y otra.

—Para ser justos, deberás mencionar que estábamos atascados en un banco de arena en una nave sobrecargada, perseguidos por una legión de espadachines árabes que quería asesinarnos, y yo estaba al borde de la muerte —explicó Dorian, sentado en el suelo sobre un almohadón cubierto de bordados.

—Estoy segura de que la señorita Duarte jamás iba a imaginar que pudiera haber sido de otra manera —intervino Yasmini.

Sarah tocó una pieza más y terminó con un saludo muy teatral. Los demás aplaudieron. Sarah se sentó junto a Tom.

—Señorita Duarte —empezó Tom—. Cuando nos encontramos ayer, usted dijo que tenía una propuesta para nosotros.

Ella se acomodó la falda. Era la persona más joven en la habitación, al menos unos diez años, pero se conducía con calmada seguridad.

—¿Qué sabe usted de la India? —le preguntó a Tom.

Tom hizo girar el vino en su copa, observando detenidamente el sedimento.

—Lo que se escucha en la costa. Los mercaderes dicen que es un país peligroso desde que el viejo emperador falleció.

—Desde que el viejo Aurangzeb murió hace dos años, la India se ha convertido en un campo de batalla —concordó Ana—. Sus tres hijos están peleándose por la sucesión, y mientras se pelean entre ellos, cada príncipe y cada nabab le hace la guerra a su vecino. En el oeste, desde hace treinta años los marathas han estado luchando contra los mogoles desde sus fortalezas en la montaña. En la costa de Malabar, el pirata Angria ha creado su propio reino, gobernado desde la impenetrable fortaleza de Tiracola. En el sur, los nabab están en abierta rebelión. El Imperio mogol se está desmoronando.

—Malo para el comercio —señaló Dorian.

Tom esperó mientras Ana vacilaba, como si no estuviera segura de cómo continuar.

—Antes de explicar mi propuesta, debo decirles algo de mí misma y de mi familia. Mi padre era un comerciante portugués de una familia que se había instalado en Goa; mi madre era india, la

hija de un *mansabdar* del lugar. Ninguna de las familias aprobaba ese matrimonio, así que huyeron juntos al asentamiento británico en el Fuerte San Jorge, en Madrás. Comenzaron con nada, pero trabajaron mucho. Pronto tuvieron una próspera empresa que comerciaba telas. Compraban percales a los tejedores en los alrededores de Madrás y los enviaban a Europa. Al principio, se los vendían a la Compañía de las Indias Orientales, pero la Compañía era mezquina y nos estafaban con los precios. Así que mi padre resolvió encontrar otra manera de hacerlo. Firmó un contrato con un capitán de navío danés para llevar su cargamento.

«Guy Courtney, el presidente de la Compañía de las Indias Orientales, se enteró de esto. ¿Sabe usted cómo llaman a estos hombres, los mercaderes privados que amenazan su monopolio? *Intrusos*. —Ella casi escope la palabra—. La Compañía de Indias Orientales cree que estos mercaderes particulares no son más que serpientes en el jardín amurallado del Edén que ellos imaginan haber construido. Así que el presidente les informó a los piratas cuando nuestra embarcación se disponía a zarpar. Cayeron sobre ella cerca del cabo Comorín. No hubo sobrevivientes.

«Mi padre había puesto todo lo que tenía en ese viaje. De todos modos, conocía los riesgos. Si hubiera sido un desastre natural, él habría soportado el mal momento. Pero el presidente Courtney quería regodearse. Nos convocó a su casa y nos dijo a la cara lo que nos había hecho, como una advertencia a nosotros mismos y a los demás. No había nada que pudiéramos hacer, ninguna esperanza de justicia. El presidente de la Compañía es el juez y el jurado.

«Mi padre murió algunos meses más tarde, desilusionado y en bancarrota. —Un temblor le sacudió la voz; Sarah le puso una mano sobre el brazo—. Me hice cargo de los negocios. Esa es la razón por la que estaba a bordo del *Dowager*. El capitán me cobró unos honorarios terribles por aceptar mi cargamento, pero pensé que estaría segura en un barco mercante de la ruta de la India.

—¿Usted cree que los piratas que conocimos habían sido avisados de su viaje?

—No. Eso fue solo un golpe de mala suerte.

Presionó las puntas de sus dedos entre sí.

—Esta es mi propuesta. Soy comerciante, como ustedes. Quiero transportar mis artículos al mercado con el menor costo para vender al mejor precio. Para navegar sin peligro desde Madrás a Ciudad del Cabo, se necesita un permiso de los británicos, un permiso de los holandeses, un permiso de los piratas y un permiso del emperador mogol. Incluso si comprara mi propio barco, no podría permitirme defenderlo. La tripulación para manejar las armas de fuego, el dinero a cambio de protección que tendría que pagar... Es imposible.

—¿Usted quiere que nosotros transportemos sus mercancías?

—Esto no es solo por mí. El océano Índico está plagado de piratas. Las Compañías de las Indias Orientales, la holandesa y la inglesa, pueden pagar los barcos para enfrentarlos, pero ellas hacen que sus proveedores paguen por la protección que les dan. Pero hay otros mercaderes, sindicatos y comerciantes en Londres, en Ámsterdam, en Ostende, en una docena de ciudades que yo nunca he visto, que podrían financiar el comercio y ofrecer mejores condiciones si ellos pudieran hacerse cargo del transporte.

—La Compañía de las Indias Orientales tiene un monopolio sobre el comercio de la India —señaló Tom—. Lord Childs ha amenazado con colgar a cualquiera que encuentre violando ese monopolio.

—Tiene un monopolio comercial «de ida y de vuelta», desde Inglaterra hasta las Indias. El comercio del país, entre los puertos del océano Índico, está abierto a todos. Divida el viaje en dos, trasbordando los cargamentos en Ciudad del Cabo, y el monopolio no es aplicable. Así fue como convencí al capitán Inchbird para que llevara mi cargamento. Los comerciantes europeos les



pagarían generosamente a ustedes para que asuman los riesgos del océano Índico, y los agentes en India les venderían sus mejores mercancías a ustedes porque ustedes pagarían más que la Compañía, y todavía tendrían una ganancia importante.

—La VOC, es decir, la Compañía Holandesa de Indias Orientales, controla todo el comercio en Ciudad del Cabo.

—Y estaría encantada con cualquier empresa que debilitara a sus odiados rivales ingleses.

—Eso todavía sigue queriendo decir que *nosotros* tendríamos que lidiar con los piratas — reflexionó Tom.

—He visto cómo ustedes se ocupan de los piratas. ¿Y por qué solo la India? —Ella se volvió hacia Dorian—. Usted dijo que su padre adoptivo era el califa de Omán. Debe haber hombres en los puertos árabes, en Lamu, Mascate, Moca y Gombroon, que confían en usted. Usted habla su lengua y le reza a su Dios.

—El *viejo* califa era mi padre adoptivo. El *nuevo* califa es mi hermano adoptivo, y me odia tanto como Guy odia a Tom. —Dorian se acarició su barba roja—. Pero... hay otros hombres que conozco.

—Si usted se ocupa de esto de la manera correcta, bien podría ser dueño del comercio de un océano entero.

La propuesta quedó allí, en suspenso entre ellos.

—Lo pensaremos —replicó Tom—. Mañana le daré nuestra respuesta.

Dorian caminó con Ana para acompañarla de regreso a su alojamiento. Desde la galería de la casa de huéspedes, Tom los observó mientras bajaban por la colina. Había comido y bebido bastante, pero su mente no estaba embotada. Necesitaba aire y espacio para pensar.

—Voy a dar una vuelta por los jardines —le dijo a Sarah.

—No permitas que los leones te devoren. Lleva tu espada.

—No la necesito —replicó él—. A los leones los mato con mis dientes, ¿no lo sabías?

Al salir de la casa, Tom no se percató de la silueta solitaria que se ocultaba en las sombras de la casa al otro lado del camino. Caminaba con paso enérgico, silbando bajo para sí *Damas españolas*, hasta que llegó a la puerta más cercana y entró a los jardines botánicos de la VOC. La puerta era puramente ornamental. En los otros tres lados, los jardines estaban abiertos, solo con una zanja no muy profunda para impedir que entraran animales salvajes al terreno que se elevaba hacia las laderas del Pico del Diablo. La broma de Sarah sobre los leones no había sido realmente una broma.

La VOC había construido los jardines para que los disfrutaran todos los residentes de Ciudad del Cabo. Habían gastado mucho dinero cuando los estaban haciendo, pero últimamente estaban descuidados. Cuanto más lejos iba Tom, más abandonados se veían. Los setos eran cada vez más altos, obstruyendo la luz de la luna sobre los senderos, que estaban cubiertos de maleza. Los estanques estaban desapareciendo, convertidos en pozos pegajosos llenos de barro y escombros. Las pocas flores que habían sobrevivido crecían en algunos grupos dispersos.

Pero Tom hacía caso omiso de su entorno. La propuesta de Ana había encendido fuego en su mente. Veinte años atrás, la habría aceptado allí mismo en el salón. En ese momento, más viejo y más sabio, se conocía a sí mismo lo suficiente como para hacer una pausa antes de lanzarse de cabeza.

Pero ¿por qué no? Los Courtney eran una familia inquieta. Su naturaleza los llevaba a trasladarse a nuevas tierras, a nuevas aventuras. «Hemos estado arando en el mismo viejo surco

hace demasiado tiempo», pensó. «Esta es la oportunidad que he estado esperando. ¿Por qué no?».

En medio de la noche, escuchó las enloquecidas risas de una jauría de hienas, que buscaba comida en los montones de basura de la colonia.

«Debido a Guy», le respondió la más cautelosa parte de su mente. «Porque si haces esto, estarás pisándole la cola a la Compañía de las Indias Orientales, y tarde o temprano Guy se va a enterar. Porque las últimas dos veces que se encontraron, él trató de matarte, y si se encuentran una tercera vez, sabes muy bien que uno de los dos probablemente muera».

La grava crujió en el sendero detrás de él. Tom se dio vuelta. Una persona estaba detrás de él. La sombras de los setos descuidados le escondían la cara, pero se filtraba suficiente luz para hacer brillar la espada desnuda en su mano. Tom estaba desarmado.

—¿Usted es Thomas Courtney? —preguntó una voz inglesa.

—Soy yo. —Tom empezó a relajarse. Dio un paso adelante, pero el hombre arremetió contra él con la espada en la mano derecha.

La mañana después de que el *Prophet* ancló en la bahía de Ciudad del Cabo, Francis Courtney se subió a un bote para ir a tierra. Iba de pie en la proa y miraba atentamente los altos picos que daban sobre la bahía, el suave oleaje y las pocas casas aferradas al borde de este enorme continente. Cuando era niño, solía sacar las viejas cartas de navegación en la biblioteca y examinaba detenidamente los extraños nombres y las costas distantes. En sus libros escolares, dibujaba sus propios mapas y se imaginaba explorando esos países no descubiertos. Y, por fin, ya estaba allí. Fue a la oficina del capitán de puerto para registrar su llegada.

—¿Nombre? —preguntó el empleado. La tinta goteó de su pluma.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó los papeles falsos que Childs le había dado.

—Mi nombre es Frank Leighton.

Al salir de la oficina del capitán de puerto, caminó a lo largo de la costa hacia el fuerte. Este se levantaba a un tiro de mosquete del pueblo, dominando el puerto y las dos áreas de desembarco. Francis lo miró detenidamente, tratando de imaginar a su bisabuelo trabajando en el calor. Al crecer en High Weald, Francis había estado rodeado por el recuerdo de sus antepasados: sus efigies en la cripta de la capilla, sus escudos de armas en los vitrales, sus retratos que tapizaban las paredes. Uno por uno, esos retratos habían desaparecido. Recordó la primera vez que, corriendo por la larga galería, vio un espacio vacío en la pared, y el dolor cada vez que otro cuadro desaparecía para cubrir las deudas de *sir* Walter.

De todos modos, ahí estaba. Su bisabuelo, el hombre en el retrato con el rostro serio y la gran melena de pelo negro, había pisado ese mismo suelo. Y también, de acuerdo con las historias que su madre le contó, su abuelo Hal. Los imaginó en ese momento tal como debieron haber sido: ya no en el plano de óleo y lienzo, sino como seres vivos, como hombres que respiraban.

Lo atravesó un temblor. Sintió la presencia de sus ancestros, como si todos los retratos en la larga galería hubieran cobrado vida, hubieran salido de sus marcos para apiñarse alrededor de él, imponiéndole todo el peso y la expectativa del apellido Courtney.

Si mataba a Thomas, ¿sería mejor que el hombre al que mataba? Un hombre que había asesinado a su propia familia.

«Se lo debo a mi padre», se dijo a sí mismo, tratando de no pensar en la recompensa de cinco mil libras que *sir* Nicholas Childs le había prometido. Parecía un motivo mezquino para un acto de semejante enormidad.

Se dio cuenta de que el centinela en la puerta del castillo había empezado a interesarse en él. Francis dio media vuelta y volvió rápidamente a la costa, donde encontró una taberna. Tan temprano por la mañana estaba casi desierta, pero necesitaba un trago.

La cerveza era de color rojo profundo, sin espuma y ácida. Francis tomó un trago y pensó en las mañanas en que había bajado para encontrar a su padrastro ya a medio camino de una botella de vino.

Una mujer se acercó y se sentó sobre un taburete a su mesa. Tenía labios rojos brillantes y casi suficiente polvo sobre sus mejillas como para borrar las arrugas que las cubrían.

—¿Buscas algo, querido? —Ella jugueteaba con la cinta que ataba el cuello de su blusa—. Puedo ayudarte en lo que quieras.

Francis se ruborizó furiosamente cuando se dio cuenta de lo que ella estaba ofreciendo. Por un momento, apenas si pudo hablar. Al haber crecido en High Weald, rara vez aventurándose a alejarse, nunca se había encontrado con una persona como esta, aunque ocasionalmente había oído hablar de ellas en susurros especulativos con otros muchachos.

—Estoy buscando a Thomas Courtney —balbució. Y entonces vio el reconocimiento que iluminaba los ojos de ella—. ¿Usted lo conoce?

Puso una moneda sobre la mesa. La mujer la tomó. La lustró sobre la falda y, luego, la metió en un monedero que escondió dentro de su corpiño. Francis esperó.

—¿Y bien?

—¿No me vas a comprar una bebida? —preguntó ella, seductora—. Un caballero correcto siempre le compra un trago a una dama.

Torpemente, Francis llamó a la camarera, que le sirvió a la mujer otro vaso de cerveza. Le dirigió una mirada de lástima a Francis cuando lo puso sobre la mesa.

—¿Primera vez, querido? —dijo la prostituta, sorbiendo ruidosamente su cerveza—. ¿Un muchacho grande y apuesto como tú? No lo creo.

—Estoy buscando a Thomas Courtney —insistió Francis.

—Él no te va a hacer las cosas que yo puedo hacer por ti. —Por debajo de la mesa, ella le rozó la pantorrilla. Francis la retiró rápidamente.

Ella sonrió ante la incomodidad de él.

—¿Tienes más de esas monedas de plata en tu monedero? Por otra más de esas, no solo te diré dónde encontrarlo. Te lo traigo.

Francis se dio cuenta de que había sido un tonto al darle dinero sin conseguir algo antes. Tomó otra moneda, pero la mantuvo firmemente apretada debajo del pulgar.

—Esta es tuya. Cuando me hayas llevado hasta él.

La prostituta pareció desilusionada.

—Aprendes rápido. Yo podría enseñarte algunas otras cosas que nunca olvidarás. Por otra moneda, por supuesto.

—Llévame a él —insistió Francis.

—No tengo que hacerlo. Puedo verlo desde aquí.

Ella apuntó hacia la vidriera de la taberna, sucia con hollín de lámpara y salpicaduras de sal. Más allá se veía el puerto y el espigón de madera que se adentraba en la bahía. Los botes del *Prophet* habían amarrado junto al muelle, y una cuadrilla de estibadores negros los estaba descargando. En medio del trajín, tres hombres de pie hablaban y revisaban los documentos del lote de mercancías. Francis reconoció a los dos primeros, el capitán del *Prophet* y el capitán de puerto. El tercero era el más alto y tenía hombros tan anchos como cualquiera de los estibadores que se movían alrededor de él. Tenía el pelo negro y grueso recogido atrás en una coleta de

marinero. Sonreía mientras hablaba, pero sus duras facciones indicaban que este era un hombre que no se sometía a nadie.

—El alto es Tom Courtney —señaló la prostituta, con algo más que un poco de admiración en su voz.

Francis sintió como si la sangre se le estuviera congelando en las venas. Durante mucho tiempo, Tom Courtney había sido una figura casi mítica, el demonio que acechaba sus pesadillas. En ese momento, lo tenía a poca distancia, hablando y bromeando con los otros hombres. Completamente inconsciente de la venganza que lo aguardaba.

La prostituta leyó la expresión en el rostro de Francis.

—Tú lo odias —interpretó la mujer—. Quieres matarlo, ¿no? —le preguntó y, luego, cuando Francis empezaba a protestar, continuó—: No lo discutas. He visto antes esa mirada que tienes en tus ojos, aunque más bien en hombres que habían bebido mucho más de lo que has bebido tú.

Francis no podía apartar su mirada de Tom.

—¿Y qué?

—Tom Courtney no es un marinero cualquiera recién desembarcado. Es el hombre más peligroso de la colonia. Las historias que cuentan de él... —Ella sacudió la cabeza.

Su padrastro había fallado en muchas cosas, pero se había asegurado de que Francis supiera cómo pelear con la espada y con los puños. Más de una vez, las deudas de *sir* Walter lo habían llevado a batirse en duelo al amanecer; sabía cómo defenderse. *Sir* Walter había sido un instructor feroz; había entrenado a Francis hasta que sus nudillos sangraban y sus dedos entumecidos apenas podían cerrarse sobre la empuñadura de la espada.

«Algún día, esto te salvará la vida», había insistido.

—Puedo defenderme muy bien —le aseguró Francis a la mujer con frialdad.

—Por supuesto que puedes, mi querido —aceptó ella con una mirada lasciva—. ¿Pero para qué correr el riesgo? ¿Tienes siquiera una espada? No eres el único enemigo que Tom Courtney tiene en Ciudad del Cabo. Hay otros que yo conozco que estarían muy dispuestos a ayudarte.

De mala gana, Francis apartó la mirada de la ventana y miró a la mujer.

—¿Qué me estás ofreciendo?

—Cómprame otro trago y te lo diré.

Cuando oscureció, Francis subió la colina. La espada en su cinturón golpeó contra el muslo, y puso la mano en la empuñadura para estabilizarla. Su sólida presencia lo tranquilizaba. A Tom Courtney lo mataría de esa manera, no sería la muerte distante, anónima de una bala de mosquete o de pistola, sino el final íntimo de una hoja que atraviesa el corazón. De la misma manera en que Tom había matado a William.

Lanzó una mirada nerviosa a los hombres a su alrededor. Eran figuras oscuras, su piel gris en la luz de la luna. Los largos machetes de hoja recta se movían con facilidad en sus puños.

Detrás de Francis, Jacob de Vries iba colina arriba, cortando las flores junto al camino con su machete. Los machetes —de hojas pesadas, más parecidos a espadas— habían estado destinados a las plantaciones de azúcar de Barbados, pero los caprichos del comercio los habían traído a Ciudad del Cabo, donde Jacob había encontrado algunos otros usos para ellos.

Estudiaba a Francis, preguntándose acerca de este inexperto muchacho inglés. Cuando la prostituta los presentó, medio dudó, pensando en una trampa. El muchacho era tan escuálido, con su barba joven que apenas cubría sus mejillas inmaduras, que parecía que un trago fuerte podía derribarlo. Pero Jacob lo había puesto a prueba con la espada que había encontrado para él, y

descubrió que era más que un buen espadachín: era rápido, como buen joven, siempre alerta, y tenía algunos movimientos que habían sorprendido incluso a Jacob. Y el fuego en sus ojos, cuando hablaba de Tom Courtney, no podía ser fingido.

Jacob conocía muy bien ese sentimiento. Hacía dos años, estaba llevando un cargamento de esclavos desde Mozambique cuando su embarcación encalló en un banco de arena. Tom Courtney lo había salvado, pero como honorario lo obligó a liberar a todos sus esclavos. Había perdido una fortuna, y a una hermosa niña esclava en particular que él hubiera querido para sí. La maldita Sarah Courtney se la llevó, le enseñó buenos modales y le regaló un pasaje a Inglaterra, donde pudo vivir como una liberta.

El deseo renacía en él cuando Jacob pensaba en la joven. Estaba totalmente desnuda cuando llegó a bordo, con sus pechos firmes y depilada en el estilo de su tribu, sin nada librado a la imaginación. Pensó en lo que le habría hecho a ella, y en lo que le haría a Sarah Courtney en cuanto Tom desapareciera y ya no pudiera protegerla.

Llegaron a lo alto de la colina. Había algunas casas por allí, pero una estaba vacía. El dueño se había ido a Ámsterdam y no regresaría en varios meses. Jacob y sus hombres se escondieron en las sombras del muro del jardín, observando la casa de huéspedes enfrente. Se escuchaba la música de un clavecín; en el interior, todas las lámparas estaban encendidas. A través de las ventanas, Jacob vio a Tom, a su hermano y a sus esposas sentados en el salón. El hermano llevaba un turbante en la cabeza, como un cafre. Jacob se preguntó si el turbante permanecería en su lugar cuando le separara la cabeza del cuello.

Tocó a Francis en el hombro. El muchacho saltó, sorprendido. No era una buena señal, pensó Jacob.

—¿Entramos ahora?

Francis sacudió la cabeza. Jacob se preguntó si estaría cambiando de idea. Si fuera necesario, podía deshacerse del muchacho con un golpe de su machete. Jacob conocía lugares donde se podían dejar cuerpos, de modo que para cuando alguien los encontrara, los chacales y los buitres solo habrían dejado los huesos.

Pero esperar no iba a hacer daño alguno. Y, efectivamente, algunos minutos después, la puerta se abrió y Dorian Courtney salió, acompañando a una mujer a la que Jacob no reconoció. Una mestiza, por su aspecto. Quizá podía encontrarla después, una vez que hubiera terminado con Sarah.

Por el momento, Jacob no podía creer en su suerte. Aunque no lo iba a admitir, la posibilidad de luchar contra ambos hermanos Courtney—incluso superados en número— lo había preocupado. En esa ocasión, podía enfrentarlos uno a la vez.

Esperó hasta que Dorian y la mujer se perdieron de vista, entonces tomó el brazo de Francis.

—Ahora —susurró.

Pero justo cuando estaba a punto de moverse, una luz iluminó otra vez el sendero. Tom salió a la puerta. Jacob se agachó rápidamente, pero Tom estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos como para notar el movimiento. Cuando Jacob se atrevió a mirar otra vez, vio que se dirigía hacia el alto muro del jardín de la Compañía. Iba desarmado.

Jacob se rio feliz entre dientes. Miró a Francis otra vez. «Seas quien fueres», pensó, «tienes una suerte propia del diablo».

—¿Es él? —preguntó Francis. El sudor le corría por la cara y tenía los ojos muy abiertos. Jacob se preguntó si tendría las pelotas como para hacer lo que se proponía. No importaba. Tom Courtney iba a morir esa noche de todos modos, sin importar quién empuñara la espada.

Siguieron a Tom, manteniendo una distancia segura detrás. Otra vez, la suerte estaba con ellos.

Tom se internaba cada vez más en el jardín, lejos del pueblo y de cualquiera que pudiera escuchar. Caminaba rápidamente y nunca miró atrás.

Las hienas que buscaban comida en la basura dejaron oír su risa en la noche. Francis sacó la espada, tratando de imaginar la expresión en los ojos de Tom al recibir el golpe mortal. Francis había soñado con este momento muchas veces, pero ahora que lo vivía sentía más miedo que furia. Nunca antes había matado a un hombre. La espada le pesaba en el brazo, y se le aflojaban las piernas.

«Hazlo», se dijo a sí mismo, «hazlo por la memoria de tu padre».

«Y por la recompensa de cinco mil libras», agregó la voz de *sir* Nicholas Childs en su cabeza.

Jacob percibió esa vacilación y empezó a adelantarse con el machete listo. Francis le hizo señas para que retrocediera.

—Es mío —señaló, solo moviendo los labios.

Jacob se encogió de hombros y asintió moviendo la cabeza. El muchacho le había pagado. Había que dejarlo que tuviera su oportunidad. Si fallaba, Jacob estaba listo para terminar la tarea.

Francis llevó su brazo hacia atrás. Había imaginado este momento mil veces en el largo viaje desde Inglaterra. Pero en ese momento, cuando en realidad estaba ahí, no resultó ser como había pensado. En su mente, había pronunciado el nombre de Tom y había visto la sorpresa en sus ojos, que se convertía en horror cuando Francis le decía quién era y la razón por la que debía morir. Había saboreado el terror mientras Tom comprendía que se iba a hacer justicia; le había permitido ponerse de rodillas y suplicar por su vida, antes de terminar finalmente con él.

Pero en ese momento, allí, lo único que quería era que se terminase todo. Tenía la boca seca; no podía pronunciar el desafío.

No importaba, se dijo a sí mismo. El hecho era lo único que importaba. Apuntó la espada al medio, entre los hombros de Tom, sosteniendo la espada con la hoja horizontal, tal como su padrastro le había enseñado, para que pudiera deslizarse entre las costillas. La sangre le zumbaba en los oídos. Dio un paso adelante.

Bajó el pie con demasiada fuerza. La grava crujió. Tom se dio vuelta. Por primera vez en su vida, Francis estuvo cara a cara con el hombre que había matado a su padre.

—Thomas Courtney —preguntó, tratando de que la voz no le temblara.

Se mostró sorprendido.

—Soy yo.

Francis arremetió. Tom saltó hacia atrás, justo a tiempo. La punta de la espada le rasgó la pechera de la camisa; el frío acero le pinchó la piel, pero fue solamente un rasguño. El movimiento dejó a Francis demasiado adelantado, perdía el equilibrio. Tom podía haberle arrancado la espada de la mano, pero ya otra silueta se estaba acercando al primero, con una pesada hoja recta lista para dar un golpe en la cabeza de Tom. Este retrocedió, para quedar en una mancha de luz de la luna que brillaba a través de un agujero en el seto.

A la luz de la luna, vio que eran cinco atacantes. Conocía a Jacob de Vries, y otros tres eran rostros conocidos, hombres rudos a los que había visto antes en compañía de Jacob. El quinto era el joven que lo había atacado con la espada. Nunca lo había visto antes. Sin embargo, sus facciones le resultaban inquietantemente conocidas.

No tenía tiempo para pensar en eso. El muchacho volvió al ataque, una lluvia de golpes rápidos y bien entrenados que casi le quitan el arma. Los otros rufianes estaban desplegados en abanico, impidiéndole escapar. Lentamente, ajustaban el cerco alrededor de él.

El muchacho era evidentemente el cabecilla. La destreza y la ferocidad de su ataque lo señalaban como un hombre de temer.

—¿Quién demonios eres? —lo desafió—. ¿No te conozco?

La única respuesta que obtuvo fue otra estocada con la espada. Tom saltó hacia atrás. Demasiado tarde, vio que el rostro de su agresor se iluminaba, triunfante. El suelo se hundió debajo de Tom. Cayó por un terraplén embarrado y adentro de uno de los estanques vacíos. El joven estaba encima del terraplén, respirando con dificultad, mirando hacia abajo, a su adversario desarmado.

Detrás de él, Jacob se volvió hacia uno de sus hombres.

—Quédate aquí con el muchacho, asegúrate de que termine el trabajo.

Le habría gustado ver la muerte de Tom, pero tenía que volver a la casa antes de que Dorian regresara. Si Jacob le ponía un cuchillo sobre la garganta de su esposa, Dorian quedaría inerte. Quizá lo haría mirar lo que le iba a hacer a ella, antes de volver su atención a Sarah. Miró con desprecio a Tom.

—Es hora de que le haga una visita a tu linda mujercita. Dejaré que el muchacho acabe contigo.

Con una última mirada de triunfo a Tom Courtney, se dirigió de regreso a la casa de huéspedes. Dos de sus hombres lo siguieron, el tercero se quedó con Francis.

En el fondo del estanque vacío, Tom trataba de ponerse de pie en el barro traicionero. Había matado a muchos hombres y, tal vez, era inevitable que algún día el ángel de la buena fortuna lo abandonara. Su padre había muerto prematuramente, al igual que su abuelo. Y todavía seguía sin tener la menor idea de quién podría ser este enemigo implacable.

Sin embargo, mientras él viviera, no iba a dejar que Jacob de Vries le pusiera un dedo encima a Sarah. Metió las manos en el barro para empujarse hacia arriba y allí, medio enterrado, sintió algo duro y afilado. Lo envolvió con los dedos y lo sacó del barro. Era un trozo pesado de caño de tres pulgadas que alguna vez había llevado el agua para alimentar el estanque.

Francis bajó deslizándose por el terraplén embarrado del estanque, manteniendo el equilibrio como un bailarín, con la espada lista para partírle el cráneo a Tom. Este se puso de rodillas, levantó el caño de metal y detuvo el golpe. El metal chocó con el otro metal, y Tom pudo detener la hoja afilada muy cerca de su cara.

Tom empujó y le hizo perder el equilibrio a Francis. Los pies de este resbalaron, y cayó en el barro negro. Tom pudo ponerse de pie y corrió hacia él con el caño listo para atacarlo. Pero antes de que pudiera golpearlo, uno de los otros hombres se lanzó por el terraplén blandiendo un machete. Tom se dio vuelta para enfrentarlo y se agachó bajo la hoja, que pasó zumbando sobre él. Luego agarró la muñeca de la mano del hombre que tenía el machete y usó el impulso de su golpe para impedirle recuperar el equilibrio, retorciéndole el brazo detrás de la espalda hasta que la articulación del hombro se salió súbitamente de su lugar. El hombre gritó de dolor y cayó de rodillas. Tom movió el caño de agua en su mano derecha y lo golpeó en la sien. El hombre cayó boca abajo en el barro.

Tom tomó el machete de donde había resbalado de la mano del hombre y se volvió para enfrentar a Francis. Pero Francis estaba cubierto de barro y había perdido su espada cuando cayó. En ese momento, se negaba a enfrentar a Tom otra vez y, tambaleándose, subió por el terraplén, sollozando de terror y vergüenza. Tom le arrojó el caño de agua desde atrás y le dio en medio de la espalda, lo que produjo un ruido sordo. Francis gritó de dolor, pero siguió corriendo. Desapareció en la oscuridad, y Tom lo dejó ir. Su única preocupación en ese momento era Sarah.

La amenaza de Jacob de Vries resonaba en sus oídos cuando empezó a correr: «Es hora de que le haga una visita a tu linda mujercita».

Tom salió como una tromba por las puertas del jardín y luego corrió por el sendero que conducía a la casa de huéspedes de la señora Lai. Dos de los secuaces de De Vries permanecían de guardia en la puerta abierta de la casa de huéspedes. Vieron que venía Tom, pero en la oscuridad no lo reconocieron y, con el machete en la mano, lo tomaron por uno de su pandilla.

—Te tomaste tu tiempo, Hendrick —lo saludó uno de ellos—. Jacob ya está comenzando con la bruja Courtney.

Un agudo grito femenino resonó desde la casa. Los dos de guardia se rieron y se turnaron para espiar por la puerta. Uno de ellos murió sin ver el golpe de machete que lo mató. El segundo guardia escuchó el golpe y el ruido del cuerpo al caer, y empezó a darse vuelta. Pero fue demasiado lento. El machete de Tom le cortó un lado del cuello, atravesando las vértebras de modo que su cabeza, todavía unida a los hombros de manera parcial, cayó hacia adelante sobre el pecho.

Mientras Tom saltaba por encima de los cuerpos y atravesaba corriendo la entrada con su corazón latiendo desenfrenadamente, un disparo de pistola resonó delante de él. No se detuvo, pero se lanzó a la sala de estar. Sarah estaba mirándolo de pie al otro lado de la habitación, envuelta en una delgada nube de humo de arma de fuego. Detrás de ella, la señora Lai, en cuclillas, sollozaba aterrorizada y se agarraba a las faldas de Sarah.

En la mano derecha, Sarah tenía su pequeña pistola Derringer de llave de chispa todavía con el brazo extendido. Sobre el piso, a sus pies, estaba el cuerpo despatarrado de Jacob de Vries. Estaba tendido boca abajo. La parte posterior de su cráneo había sido destrozada por la salida de la bala. Los sesos de color manteca habían salpicado las coloridas alfombras chinas de la señora Lai.

Sarah y Tom se miraron fijamente por la centésima parte de un segundo y, luego, ella dejó caer la pistola vacía y corrió a los brazos de él.

—¡Tom Courtney! —gritó, y su voz era mitad sollozo y la otra mitad risa histérica—.

Prometiste amarme, honrarme y protegerme. ¿Pero dónde estabas cuando las papas quemaban?

—Oh, mi querida, mi querida amada. —Dejó caer el machete y la abrazó contra el pecho—. Nunca volveré a dejarte. ¡Nunca! ¡Nunca! —En ese momento, ambos estaban hablando al mismo tiempo.

Entonces se produjo un nuevo tumulto en la puerta principal y Dorian la atravesó, empujando a una figura desaliñada y cubierta de barro delante de él.

—¡Sarah! ¡Tom! —gritó aliviado Dorian—. Gracias sean dadas a Alá, ustedes están a salvo. Escuché un disparo de pistola y luego vi a esta criatura que bajaba corriendo por la colina. —Le dio a su prisionero una patada en la parte posterior de las rodillas, lo cual hizo que cayera al suelo—. Pensé que estaba en algo turbio, así que lo traje conmigo.

Tom vio que era el joven espadachín que lo había atacado en los jardines botánicos.

—¡Sí! Es uno de la pandilla, si no el cabecilla —aseguró Tom sombríamente. Todavía con un brazo protector alrededor de Sarah, se acercó al hombre en el suelo.

—¿Quién eres? —preguntó en un tono sanguinario—. Dame una buena razón por la que no debamos matarte como hicimos con tus secuaces.

El hombre en el suelo lo miró. Entonces, con un esfuerzo obvio, se las arregló para controlar su terror y frunció el ceño.

—Sí, Thomas Courtney. Usted es un asesino nato. Asesinó a mi padre, ¿por qué no hacerme lo mismo a mí, su hijo?

Tom se estremeció ante la acusación, y la ferocidad de su expresión se convirtió en incertidumbre. Necesitó unos segundos para recomponerse.



—Dime entonces, ¿quién era esta persona a la que me acusas de haber asesinado? —preguntó.

—Mi padre era William Courtney, su medio hermano y mi padre.

—William... —Tom se quedó con la boca abierta—. ¿Me estás diciendo que Billy, Black Billy era tu padre?

—Sí, señor. William era mi padre.

—Entonces eso quiere decir que eres Francis. Francis Courtney.

Otra vez, Tom recordó el destello verde del Guiño de Neptuno. «Un alma que regresa de entre los muertos», pensó. Se agachó y tomó a Francis por la muñeca para ponerlo de pie.

—Parece que tú y yo tenemos mucho para hablar. —Su tono era suave, pero teñido de remordimiento—. Por lo menos, te debo una explicación.

Francis se despertó acostado en un colchón de plumas. Después de meses en el mar, encogido en un estrecho catre, sintió que estaba en el paraíso. Por un momento, le pareció que había regresado a High Weald y estaba esperando que los criados le trajeran el desayuno.

Se dio vuelta. Un espasmo de dolor le atravesó un costado, y recordó todo. No estaba en High Weald. Se dio cuenta de que le dolía todo.

Abrió los ojos. Una mujer de piel color café estaba sentada a su lado, con un chal que le cubría el pelo. Detrás de ella, un negro enorme con la cara llena de cicatrices vigilaba la puerta.

—¿Dónde estoy?

—En la casa de Tom y Dorian Courtney —informó el negro.

Francis se movió para sentarse... demasiado rápido. Otro ramalazo de dolor le atravesó la cabeza. Trató de bajar de la cama, pero el malestar era demasiado intenso.

—Tom Courtney me matará si me encuentra aquí —dijo casi sin aliento.

—Tom Courtney le ha perdonado la vida. ¿Quién cree usted que nos ordenó ocuparnos de sus heridas y tratarlo como el caballero que yo dudo que usted sea?

—Beba —ordenó la mujer. Puso una taza de algún brebaje de sabor horrible sobre sus labios. Francis lo probó, tuvo una arcada y apartó la taza. El negro con cicatrices en la cara se acercó a la cama. Le apretó las fosas nasales para obligarlo a abrir la boca.

—La señorita Yasmini dice que beba, ¡así que beba! —La mujer inclinó la taza entre sus labios, y Francis eligió la alternativa fácil y bebió. El efecto fue rápido. El dolor de sus lesiones disminuyó milagrosamente y fue reemplazado por somnolencia. La cama era tan blanda. Cerró los ojos.

Yasmini había limpiado sus heridas; eran superficiales. Las había vendado con un ungüento que había preparado con hierbas silvestres que recogía con sus propias y delicadas manos. Con la gracia de Alá, se curarían limpiamente.

—Me pregunto si es realmente el sobrino de Dorian y Tom —se cuestionó Yasmini.

—Si no lo es, entonces ha venido de muy lejos por una mentira. —Aboli agitó su gran cabeza afeitada—. Conocí a William Courtney desde el día en que nació. Este muchacho es su viva imagen. También está esto.

Le mostró el adorno que estaba sobre un tocador: un león de oro con ojos de rubí, que sostenía el mundo en un cielo cuajado de diamantes.

—Esto pertenecía al padre de Klebe. El muchacho lo llevaba debajo de la camisa. Prueba sin dudas que él es quien dice ser.

»Pero dicen que Tom mató a William, su hermano. Esa es la razón por la cual no puede regresar a Inglaterra. Tom nunca se perdonó a sí mismo por lo que ocurrió con William. No

cometerá el mismo error con el hijo —explicó Aboli.

Alguien golpeó la puerta. Apareció Tom.

—¿Cómo está el paciente?

—No lograste matarlo —respondió Yasmini con aspereza—. Si puedes contenerte y no lo agredes otra vez, vivirá.

Tom se acercó a la cama y miró a Francis, que estaba profundamente dormido. Tenía el pelo negro denso y áspero de su padre Billy, pero sus facciones eran suaves, bellas, casi como las de una niña. De ninguna manera como las de su padre. Tom esperaba que su naturaleza fuera también diferente. Black Billy había sido duro, dominante y cruel.

Tom contó los años que hacía desde que había visto por última vez al bebé chillón que era Francis en la escalinata de High Weald. El muchacho debía tener ya diecisiete años... La misma edad que tenía Tom cuando abandonó el hogar.

O más bien, cuando lo obligaron a abandonarlo para nunca regresar a High Weald ni a Inglaterra. Era un hombre buscado, con la sangre de su hermano en las manos y en su conciencia. Nunca olvidaría el horrible momento en que levantó el ala del sombrero de la cara del hombre que lo había atacado violentamente en un callejón oscuro en los muelles del Támesis, y al que se había visto obligado a matar en defensa propia... y descubrió que era su propio medio hermano.

Recogió la medalla de la Orden de San Jorge, el león dorado que tenía al mundo en sus garras, y sintió el peso de su magnificencia. Aunque Tom había sido nombrado caballero navegante, nunca había usado la medalla. William se había asegurado de que así fuera.

—Avísenme cuando despierte —les ordenó a Aboli y a Yasmini, y se volvió para irse.

«No pude salvar al padre. Quizás pueda redimirme con el hijo», pensó.

Cuando Francis despertó otra vez, la mujer se había ido, pero el negro todavía vigilaba la puerta. Parecía no haberse movido; Francis casi se preguntó si no estaría tallado en madera.

Se incorporó, tentativamente, y descubrió que si se movía lentamente el dolor era tolerable. Sacó las piernas fuera de la cama y se puso de pie, apoyándose en la pared para mantener el equilibrio. Aboli no trató de detenerlo.

—La medicina de Yasmini está surtiendo efecto —observó.

Francis lo miró a él y luego a la pequeña ventana. ¿Era suficientemente grande? Solo tenía puesto un camisón prestado. Iba a parecer un demente, corriendo así por Ciudad del Cabo. ¿Lo arrestarían?

Aboli señaló un rincón de la habitación, donde una camisa y un par de pantalones estaban doblados sobre una silla.

—Si usted desea irse, es mejor que se vista.

—¿No me va a detener?

Aboli se apartó de la puerta.

—Usted está seguro aquí. Pero si está decidido a irse...

—¿Seguro? —repitió Francis—. Tom Courtney mató a mi padre. —Había querido impresionarlo, pero Aboli simplemente asintió con la cabeza—. ¿Usted no lo niega?

—Conocí a su padre desde que nació —informó Aboli en un tono mesurado—. Puedo decírselo con el corazón, él era un hombre malvado. Una semana antes de que William muriera, Tom fue a High Weald a fin de pedir ayuda para el hermano de ambos, y William lo atacó. Habría matado a Tom, pero Tom era un mejor espadachín y al final fue él quien puso la espada sobre el cuello de William. Pero cuando Tom trató de dar el golpe final, no pudo hacerlo. Su mano no lo

obedeció. Una semana después, en Londres, William lo emboscó a Tom en los muelles sin provocación; observó a sus hombres hacer su trabajo y cuando fallaron, sacó su pistola para dispararle a matar él mismo. Yo estaba ahí. Tom habría muerto en ese instante si no hubiera atravesado el pecho de su padre con su espada.

Continuó, sin prestar ninguna atención al impacto que sus palabras tenían sobre el muchacho.

—E incluso entonces, creo que si su padre hubiera mostrado su cara, si Tom hubiera sabido quién era realmente, Tom no habría sido capaz de dar el golpe.

—¿Por qué está usted diciendo estas cosas? —demandó Francis—. ¿Para ponerme en contra de mi padre?

—Es la verdad —afirmó Aboli—. Usted puede aceptarla, o no. Usted decide. Pero si usted se aferra a una mentira, esta al final lo destruirá. —Hizo una ligera reverencia—. Lo dejaré solo para que se vista.

Después de que Aboli se fue, Francis se quedó un largo rato sentado en el borde de la cama. Las tormentas que se habían desencadenado dentro de él se habían evaporado; en ese momento ya ni siquiera sabía quién era él. Miró la ropa sobre la silla, no estaba seguro de tener la fuerza para ponérsela. Las palabras de Aboli le daban vueltas en la cabeza y hasta pensó que se le iba a partir en dos.

Había algunas cosas que no podía recordar de la noche anterior, pero un hecho estaba marcado en su memoria. Tom pudo haberlo matado, pero no lo hizo.

Y ese único hecho cambiaba drásticamente todo lo que Francis había creído. Recordó lo que su madre le había dicho: «Tom no pudo haber matado a su hermano a sangre fría». Él no le había creído. Y en ese momento, en que había estado a merced de Tom Courtney y todavía seguía con vida, tuvo que considerar que tal vez ella podía haber estado diciendo la verdad.

Sentado allí, se vio a sí mismo con nuevos ojos. Asociado con ladrones y prostitutas, tratando de asesinar a un miembro de su propia familia. ¿En qué se había convertido? Y a cambio, Tom Courtney le había respondido con misericordia y generosidad.

«Si usted se aferra a una mentira, esta al final lo destruirá», recordó. ¿Pero tenía él la fuerza de dejarla ir?

Cuando Francis bajó, Tom estaba en el salón sentado en su sillón, observando atentamente la Orden de San Jorge en sus manos. Francis se había vestido con un par de pantalones de Dorian y una camisa de Tom que colgaba de él como la vela mayor de una nave. Se detuvo en la escalera; Tom pensó que tal vez huiría por el solo hecho de verlo. Pero Francis sabía que no podía hacer tal cosa. Se tragó su miedo y continuó bajando.

Llegó a la parte inferior de las escaleras. Los dos hombres se miraron fijamente, sin saber muy bien qué decir. Tom rompió el silencio.

—A veces es más fácil enfrentarse a un hombre con una espada en la mano —dijo con voz ronca—. Uno no tiene que pensar qué decir.

Francis asintió con un movimiento de la cabeza. Entonces, de repente, las palabras salieron con fuerza de su boca.

—Le estoy agradecido por sus cuidados... Yo... usted habría estado en su derecho si me entregaba a las autoridades. O algo peor.

—Me alegra que podamos reunirnos en términos más tranquilos —señaló Tom. Miró fijo al muchacho, como si este pudiera desaparecer como un fantasma—. ¿Eres realmente el hijo de Billy?

Francis se irguió.

—Lo soy.

—¿Entonces, cómo fue que llegaste a estar en los jardines de la Compañía con una escoria como Jacob de Vries?

—Nos conocimos en una taberna. Una... prostituta nos presentó. —Francis parecía avergonzado—. Tal vez debo contarle toda la historia.

Tom llamó a Dorian y a Aboli para que se les unieran. Francis miró detenidamente y con asombro a los dos hombres, a Aboli con su cara cubierta de cicatrices y a Dorian con su turbante y vestimenta árabe. La sorpresa fue mayor cuando se enteró de quién era Dorian.

—¿Todo lo que me dijeron es mentira? Yo siempre creí que usted estaba muerto.

—Es una larga historia —replicó Dorian—. Que conocerás a su debido tiempo. Pero primero, creo que estabas a punto de decirle a mi hermano cómo fue que nos encontraste aquí.

Sentado sobre los gastados almohadones, Francis les contó todo. Tom se paseaba de un lado a otro; maldijo en voz alta cuando se enteró de cómo *sir* Walter había arruinado High Weald.

—Pobre Alice. Todo empezó el día en que maté a Billy.

—No habría estado mejor con William —apostilló Aboli—. Tú viste cómo la trataba. Por la manera en que la golpeaba, podría haberla matado a ella y también a Francis. No —añadió, previendo las protestas de Tom—. El muchacho debe saber toda la verdad sobre su padre.

—Ya lo sabía —replicó Francis—. Antes de partir, mi madre me contó sobre mi padre y sobre la manera en que se comportaba. Ella dijo que usted actuó para defenderse. —Sacudió la cabeza, avergonzado—. No le creí.

—Sí —exclamó Tom, recordando aquella noche infernal—. Pero no todo fue culpa de Billy. Estoy seguro de que él no habría sabido dónde encontrarnos si lord Childs no lo hubiera arreglado.

Francis palideció, sorprendido.

—¿*Sir* Nicholas Childs? Entonces estoy doblemente desprotegido. Fue él quien me envió, quien me dijo dónde podría encontrarlo a usted. Me prometió cinco mil libras si lo asesinaba.

—Por cinco mil libras, incluso yo podría haberlo considerado —intervino Dorian, bromeando, pero Tom continuó seriamente.

—Nunca habrías visto el dinero. Childs es una araña que teje telarañas que llegan hasta los rincones más remotos del mundo. Permanece sentado en su guarida, la oficina en la calle Leadenhall, y devora a cualquier hombre que amenace aunque más no sea un penique de su fortuna. Yo lo ayudé a ganar veinte mil libras en recompensas, pero él ordenó que me mataran porque le negué una participación en una diminuta balandra. Es un monstruo.

—Ahora lo veo.

—Hombres más sabios que tú han quedado atrapados en sus manipulaciones. Incluso tu padre Billy, creo, no se dio cuenta de que era solamente un peón en las maquinaciones de Childs. Billy quería matarme, pero fue Childs quien le dio los medios. Sin ninguna duda, si Billy hubiera tenido éxito, Childs habría encontrado la manera de usar su culpa contra él.

Francis frunció el ceño.

—¿Entonces, qué hago? Lord Childs me dio cartas de presentación para mi tío Guy en la factoría de la Compañía en Bombay, pero... —Se interrumpió cuando vio la reacción de Tom—. ¿Qué ocurre?

—Guy es otra historia por completo.

—Pero Francis es un Courtney y debe saber la verdad de nuestra familia —intervino Dorian con delicadeza—. Son estos secretos y verdades a medias los que nos separan, y los que les dan a

hombres como Childs la fuerza para usarnos y ponernos unos contra otros.

Antes de que Tom pudiera responder, alguien golpeó la puerta. Entró Ana Duarte.

—¿Estoy interrumpiendo? Creí que habíamos acordado reunirnos esta mañana para seguir hablando de mi propuesta. —Y entonces, al advertir la presencia de Francis, preguntó—: ¿Y él quién es?

Una expresión curiosa apareció en la cara de ella. Sus labios se separaron; miró fijamente a Francis como si fuera el único hombre en la habitación. En un gesto inconsciente, su mano se movió para ajustar el escote de su vestido.

Tom reaccionó y los presentó.

—Este es nuestro sobrino Francis. Llegó de Inglaterra, digamos, de manera algo inesperada anoche. Francis, ella es Ana Duarte. Una socia comercial nuestra, o quizá me estoy anticipando demasiado.

Francis saludó con un movimiento de cabeza, como si estuviera en un sueño, el sueño más lúcido que jamás había experimentado. Todo lo concerniente a Ana parecía presentársele con minuciosa claridad. Un rulo de su pelo que se escapaba por detrás de su oreja; la curva juguetona de sus labios; las profundidades de sus ojos color miel fijos en los suyos.

El silencio se prolongaba. Todos esperaban que él dijera algo, pero no confiaba en su voz.

—Francis se dio un golpe en la cabeza anoche. Quizá no se ha recuperado del todo —explicó Tom.

La preocupación nubló los ojos de Ana.

—¿Está lastimado? ¿Qué ocurrió?

—Tom tuvo que derribarlo para impedir que tratara de asesinarlos —dijo Dorian.

Ana miró a los dos hermanos. Vio los cortes y las contusiones en sus caras y brazos. Había percibido el olor a pólvora quemada en el aire y la mancha de sangre en la alfombra que todos los esfuerzos de la señora Lai no habían logrado eliminar.

—Confío en que lo hayan persuadido para reconsiderar las cosas, ¿no?

Dorian dirigió su mirada a Francis.

—Creo que sí. Pienso que fue todo un malentendido.

Francis se puso de pie con mucho cuidado, no muy seguro de que sus piernas le respondieran. Se le había secado la boca.

—Fui mal aconsejado.

No, se dio cuenta, eso no estaba bien. Sintió que los demás lo estaban mirando, sobre todo Ana. Era hora de que él asumiera la responsabilidad.

—Escuché las mentiras de otros hombres, y no a aquellos en los que debería haber confiado. Lamento el peligro que traje a su familia, y si hay algo que pueda hacer para enmendarme, lo haré con gusto. He aprendido mi lección.

Tom le puso el brazo alrededor de los hombros.

—Ven. Antes de que llegaras anoche, la señorita Duarte acababa de sugerir que nos convirtiéramos en socios comerciales. Saliste de Inglaterra para buscar tu fortuna: tal vez podamos ayudarte a encontrarla.

Francis asintió con un movimiento de cabeza y siguió a los demás al comedor, sosteniendo la puerta para que pasara Ana.

Había olvidado por completo la conversación que había interrumpido la llegada de la joven. Solo mucho más tarde pensó en ello y se preguntó: ¿por qué Tom había actuado de forma tan extraña cuando mencionó a su tío Guy?

A la brillante luz del sol, la superficie del mar parecía tan suave y resplandeciente que podría haber sido tallada en roca sólida. Incluso cuando las olitas se encontraban con la tierra, ondulaban pero no se rompían. Justo frente a la playa dos buques mercantes de la ruta de las Indias Orientales se balanceaban perezosamente en sus anclas.

En el estuario, un anillo de islotes bajos se agrupaban alrededor de una cuenca pantanosa. Fuertes contruidos de piedra coronaban cada una de las cimas. Las torres escalonadas y los múltiples aleros de una gran pagoda se levantaban desde una arboleda de higueras de Bengala, antiguas y retorcidas. Al otro lado de un estrecho canal, apenas más ancho que un disparo de mosquete, estaban las orillas del gran subcontinente indio.

Christopher Courtney escuchó el cañonazo del mediodía disparado en el fuerte. Se secó la cara, sudando con su mejor chaqueta y los gruesos pantalones. Todos los comerciantes de Bombay concluían sus negocios temprano en la mañana antes de retirarse a la relativa frescura de sus casas. A esta hora, él era el único hombre afuera.

«Dos monzones son la edad de un hombre», decía un viejo proverbio de Bombay... Para alcanzarla, Christopher solo tenía que sobrevivir dos años. En el caso de algunos hombres, eso era optimista. El aire fétido que se levantaba de la marisma salina, junto con el olor nocivo del pescado podrido que los nativos usaban como fertilizante de los cocoteros, se cobraba las vidas de algunos recién llegados incluso antes de que salieran de sus barcos. El resto se quedaba en el interior tanto como podía, contando sus ganancias y los días hasta poder escapar a Inglaterra.

Christopher había sobrevivido ya a quince monzones, toda su vida, dejando de lado los tres años que pasó en Zanzíbar. En efecto, mientras otros hombres se marchitaban y morían, él había florecido. Alto y delgado, tenía una mandíbula firme y ojos marrones profundos; no se parecía ni remotamente a su padre, decían los demás en tono de aprobación, aunque nunca en presencia de su progenitor.

A pesar del calor, estaba temblando. Un centinela encorvado lo dejó pasar por la puerta y cruzar el patio hasta la casa del gobernador. Era una reliquia de la época en que los portugueses habían sido los dueños de las islas: un imponente edificio de tres pisos todavía con un escudo portugués esculpido sobre la puerta. Se alzaba más alto que los muros del fuerte, que había sido construido alrededor de la casa cuando los ingleses se apoderaron de la isla.

Por más que era su hogar, la respiración de Christopher se aceleró con ansiedad cuando entró. Subió las escaleras y golpeó tímidamente las robustas puertas de teca que protegían la oficina del gobernador.

—Entre —rugió la voz familiar.

Guy Courtney estaba sentado frente a su escritorio, mirando a tres ventanas altas desde las cuales podía observar cada barco anclado en el puerto. Había papeles apilados prolijamente en el escritorio: libros de cartas y libros de consulta, manifiestos y conocimientos de embarque, toda la tinta y todo el papel que impulsaba el comercio de la Compañía, no menos importantes que los vientos que empujaban sus barcos. En la pared a su izquierda, el padre de Guy, Hal, miraba desde una pintura al óleo, con la mano apoyada en la empuñadura de una gran espada dorada. Un enorme zafiro sobresalía del pomo, pintado con tal detalle que parecía brillar en el lienzo.

Un sirviente negro estaba de pie junto a Guy, abanicándolo con una pluma de pavo real con mango de plata. Guy no levantó la vista.

—¿De qué se trata? —espetó.

Christopher se aferró al ala de su sombrero. Respiró hondo otra vez.

—He venido a pedirle permiso para casarme, padre.

Guy se quedó inmóvil.

—¿Casarte? —repitió la palabra como si apestara a estiércol—. ¿Qué diablos te metió esa idea en la cabeza?

—Soy mayor de edad.

—Eso no significa casi nada. ¿Quién es la chica que se ha apoderado de tu tonta imaginación?

—Ruth Reedy.

—¿Quién?

—La hija del cabo Reedy. De la guarnición.

—¿Esa moza? ¡Es poco más que una putita de la taberna! —La expresión de Guy cambió. Echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír—. Por un momento, pensé que hablabas en serio. Había escuchado comentarios de que los habían visto juntos, pero supuse que simplemente la estabas llevando detrás de los establos, como lo hacen una docena de otros jóvenes de tu edad. Tal vez te sobrestimé.

—La amo.

Guy estudió a su hijo con los ojos entrecerrados. El chico siempre había sido testarudo, como su padre. Era rápido y tenía una fuerte voluntad, tenía todos los ingredientes de un buen comerciante. Mucho potencial. Guy había dedicado mucha atención a su educación. Le había dado unas buenas palizas, con las que trataba de eliminar los elementos negativos de la naturaleza del muchacho y hacer que fuera adecuado para el futuro que solo él podía darle. Y aun así, el jovencito no había aprendido.

Quizás la bondad diera resultado donde la fuerza había fallado. Suavizó el tono.

—Yo sé lo que es ser joven. Cuando tenía tu edad y era un tonto, me enamoré tanto de una niña que casi di mi vida por su honor. Fue más adelante que descubrí que era una puta común, una bruja que se entregaba a cualquiera que tuviera algunas rupias.

Incluso después de tantos años, el recuerdo lo hacía ponerse rojo de furia. Se esforzó por mantener la calma. Le había hecho pagar muchas veces después de que ella se convirtió en su esposa.

—Sus errores no son mi responsabilidad, padre.

—Pero yo soy responsable de los tuyos. No te casarás con esta mujer. Lo prohíbo, como tu padre y como gobernador de la sede de Bombay. Bien sabes que cualquier casamiento contraído en esta colonia debe ser aprobado por mí para ser válido.

—¿Se lo negará usted a su propio hijo?

—Si mi hijo está loco, sí. —Guy se acomodó en su sillón—. ¿Quieres casarte? Me voy a ocupar de eso. Ya eres mayor de edad, y es correcto que tengas una esposa. He sido negligente: si yo hubiera actuado más temprano, quizás habríamos evitado totalmente esta imbecilidad. Después del monzón, viajaremos juntos a Inglaterra, y te conseguiré una novia adecuada. *Sir* Nicholas Childs tiene una sobrina que está disponible, o quizá la nieta del conde de Godolphin.

Encontraremos una pareja que asegure tus perspectivas futuras de manera digna de admiración.

«Y mis perspectivas también», pensó, aunque no necesitaba decirlo. ¿Para qué servía un hijo si no era para promover los intereses de su padre? Ya, en su mente, estaba contando las acciones adicionales que podría adquirir con un buen matrimonio. Quizás un lugar en el directorio, incluso un nombramiento real como embajador plenipotenciario.

Christopher simplemente mantenía su mirada fija en él. Siempre había sido un muchacho taciturno, pensó Guy, a pesar de todos sus esfuerzos paternos. Era un desagradecido que no podía imaginar cuánto había sacrificado Guy por él.

—Me dicen desde Londres que *sir* Nicholas Childs no está bien de salud —continuó Guy—. Algún día, quizá puedas sentarte en la gran oficina en la calle Leadenhall.

Ni siquiera esta posibilidad optimista produjo reacción alguna en el muchacho. A Guy se le ocurrió pensar que quizá Christopher ni siquiera había estado acostándose con la hija del cabo. Tal vez había estado guardándose, siguiendo algún modelo equivocado de perfección matrimonial. Cuando Guy tenía su edad, después de todo, había creído en un amor puro y casto. Antes de que su hermano Tom le arrancara todas sus ilusiones.

—Sé que tienes necesidades. Soy culpable de no ocuparme de ellas. —Sacó una moneda de oro del cajón con llave de su escritorio y se la arrojó a Christopher—. Un adelanto de la dote de tu futura novia. Ve al burdel junto a la aduana, el que está limpio, ese a donde van los oficiales, y consíguete una jovencita que pueda atenderte. —Se rio entre dientes—. Pero por favor, no te enamores de ella, por el amor de Dios.

Christopher miró detenidamente la moneda como si nunca hubiera visto una antes. La levantó, de modo que la luz dorada bailó sobre su rostro.

—¿Usted está haciendo todo esto? ¿Por mí?

Guy sintió un raro destello de orgullo paternal.

—Lo único que siempre he querido es un gran futuro para ti.

La moneda resbaló de entre los dedos de Christopher para caer en el escritorio. Cayó de canto, girando y girando sobre sí misma, para formar una esfera brillante.

—Usted es un monstruo, padre. Un ogro cruel y calculador que solo tiene una caja fuerte donde debería estar su corazón. Usted es capaz de sacrificar la felicidad de su único hijo para convertirme en un peón de sus ambiciones. No voy a jugar ese juego.

La moneda se detuvo y cayó cuando Guy se puso de pie y empujó, furioso, el escritorio.

—¿Cómo te atreves a desafiarme?

Christopher se mantuvo firme.

—Ya no soy un niño pequeño, a quien usted puede golpear y someter a su voluntad. Haré mi vida como yo quiera, no como usted la diseña. Me iré donde me plazca y me casaré con quien yo quiera.

Las venas en el cuello de Guy latían con fuerza.

—Ten cuidado, Christopher. No hay ningún lugar en ninguna de las orillas de este océano donde no llegue mi poder.

—No le tengo miedo.

—Deberías tenerlo—replicó Guy peligrosamente—. Yo podría destruirte.

Christopher fijó su mirada en él.

—¿Usted puede escucharse? ¿Qué clase de hombre le dice tales cosas a su hijo? A veces pienso que usted no puede ser mi padre.

Sus palabras tocaron un punto sensible que él nunca había tocado antes. Con un aullido incoherente de rabia, Guy agarró un abrecartas de plata de su bandeja de correspondencia y se lo arrojó a Christopher. Pasó volando cerca de su oreja y se clavó, temblando, en el marco de la puerta.

Christopher no se alteró. Observó desafiante a su padre, su cuerpo rígido con furia controlada. A Guy se le cruzó por la mente que nunca había notado lo alto que se había vuelto su hijo.

—Adiós, padre. No volveremos a vernos.

—Espera —gritó Guy. Pero Christopher ya se había ido.



La luz del sol lo golpeó como un relámpago ante sus ojos. Aturdido, tambaleándose después de la enormidad de lo que había hecho, atravesó trastabillando la plaza. Ruth lo encontró junto a la orilla, donde anclas oxidadas y trozos de sogas desechados ensuciaban la playa. Aunque había pasado menos de una hora desde que lo había visto por última vez, lo abrazó y se aferró a él como si hubieran estado separados durante años.

Ella había llegado con su padre nueve meses antes. Christopher había observado la llegada del barco mercante de las Indias Orientales que la trajo. Desde las murallas del castillo, la había entrevisto en el bote de remos que la condujo a tierra: tenía apenas dieciséis años, con piel de alabastro y abundante pelo rojo, un color que él jamás había visto en una niña. Cuando el bote pasó junto al castillo, ella había levantado la vista, sin duda preguntándose acerca de su nuevo hogar, y vio la mirada de Christopher. En ese momento, él tuvo una sensación en las entrañas que nunca había sentido antes; el deseo casi no le permitía respirar.

Por supuesto, una niña inglesa que llegaba a Bombay era como una rosa en el desierto, y no había pocos hombres que quisieran arrancarla para sí. Pero todos se retiraron cuando se enteraron de que el hijo de Guy Courtney estaba interesado.

Incluso entonces, les tomó un tiempo. Christopher se sentía incómodo; no sabía cómo hablarle a una muchacha que no fuera una criada. Muchas noches las pasó despierto, masturbándose, imaginando el gusto de los labios de Ruth, furioso por su falta de valor.

Pero Ruth era paciente. Ella comprendía cómo se sentía Christopher, de una manera que ni la madre ni el padre de él jamás lo habían hecho. Ella vio el amor en el corazón de él, y lo persuadió para que lo sacara. En una reunión en la casa del gobernador, donde se admitía a las familias de los soldados ya que había muy pocas mujeres, ella lo buscó para bailar. La primera vez que él le tocó la mano, todo su cuerpo se convulsionó. Christopher había bailado toda la noche con una erección, seguro de que todos debían estar riéndose de él. Pero Ruth no se rio. Lo ayudó en toda la pista de baile, y cuando se acercaban el uno al otro, ella iba apenas un poco más allá, de modo que se apretaba contra él, y él sentía cada curva del cuerpo de ella a través de su delgado vestido de algodón.

Después de eso, la veía casi todos los días: en los momentos robados detrás de los almacenes o en la playa de Back Bay, más allá de las plantaciones de cocoteros. Se tomaban de la mano y caminaban por la arena mientras ella le contaba sobre Inglaterra, el país del que él venía pero que nunca había visto. Ella había visto tantas cosas, cosas sobre las que él solo había leído en libros o había escuchado hablar entre los colegas de su padre de la Compañía. Ella le hablaba con respeto, conversando fácilmente mientras él permanecía con la lengua trabada por su belleza.

Se besaron y él pensó que la vida no podía ser más dulce. Más adelante, ella había permitido que él le desabrochara el corpiño y le tocara los pechos mientras ella metía la mano en los pantalones de él y jugueteaba con su palpitante masculinidad. Pero no lo dejaba ir más lejos.

—No puedo hasta que esté casada —insistía ella; y él metía la cara entre sus pechos y prometía:

—Me casaré contigo.

En ese momento, en la orilla, ella vio la expresión desolada de Christopher y le cubrió la cara con sus manos.

—¿Qué dijo? Corazón, ¿estás enfermo? ¿Dio el permiso?

—Lo prohibió. —Christopher se sentó con fuerza sobre el casco medio podrido de un bote que la marea había arrastrado más allá de la línea del agua. Una nube de moscas se levantó en señal de protesta.

Las lágrimas nublaron los inocentes ojos azules de ella.

—¿Qué haremos? No puedo vivir sin ti, mi amor. Antes preferiría morirme.

Christopher cerró los ojos. La ennegrecedora luz le impedía pensar. Se frotó las sienes, pensando en la conversación con su padre. Su amor por Ruth era tan puro, tan verdadero, ¿cómo podía su padre negarlo? ¿Cómo se *atreve*a? Por un momento, la impotencia se volvió tan sombría que llegó a pensar en atarse una de esas anclas oxidadas a una pierna y arrojarse en el puerto. Pondría fin a todo, se libraría del peso sofocante de su amor frustrado y haría que su padre lo entendiera. Pero esa no sería una victoria.

—Me iré de Bombay —anunció repentinamente.

—¡Déjame ir contigo!

Él sacudió la cabeza.

—Mi padre me ha dejado sin nada. Debo ganar mi fortuna de la manera difícil, y no será un lugar adecuado para una mujer. Quédate aquí, quédate con tu familia, y espera mi regreso.

—No puedo.

—Debes quedarte. Sé que será difícil, pero debes hacerlo por el bien de ambos. —Se puso de pie y la abrazó con fuerza, aspirando el perfume de su pelo. El deseo de ella lo envolvía, pero era más fuerte su necesidad de demostrarle a su padre que estaba equivocado—. Quédate aquí, y dejemos que piense que ha ganado. Cuando regrese, mi victoria será completa, como también nuestra felicidad.

Ella lo besó en los labios.

—Prométemelo, Christopher. Prométeme que seremos felices.

—Te lo prometo, mi amor. Si me esperas, haré una fortuna tal que ni siquiera mi padre podrá tocarnos.

—Esperaré. Lo juro, aunque estés ausente veinte años, te esperaré. Me sentaré en este lugar todos los días y miraré el mar a la espera de tu regreso.

—Como Ulises y Penélope —dijo Christopher, acariciando la mano de ella.

Ella arrugó la frente.

—¿Quién?

—No importa. —Él se quitó la chaqueta, que estaba pesada por su sudor. Una vez que lo decidió, se sintió repentinamente impaciente. Quería irse ya. Les dio sombra a sus ojos y dirigió su mirada al puerto. Los buques mercantes de las Indias Orientales todavía descansaban en sus amarras, pero había movimiento en la cubierta de un pequeño barco mercante de cabotaje. Su tripulación se alistaba para hacerse a la mar.

—Esa nave zarpará con la marea. Partiré en ella e iré a donde me lleve. —La besó otra vez, y Ruth se emocionó con la sensación de sus fuertes brazos que la envolvían.

—Espérame, mi amor.

—Te lo prometo.

Él no tenía equipaje para llevar consigo. Todas sus pertenencias estaban en su habitación en la casa del gobernador, y no podía regresar a ella. Christopher fue hasta el embarcadero y llamó a un bote de remos para que lo llevara hasta el mercante de cabotaje. Leyó su nombre, *Joseph*, tallado en el espejo de popa mientras los barqueros lo conducían remando a la nave.

Subió a bordo. La mayoría de los tripulantes eran indios, hombres de piel oscura que trabajaban casi desnudos para acomodar la carga. El único hombre blanco sobre cubierta parecía ser el capitán, un hombre corpulento con pelo rapado y el tatuaje de una sirena en su antebrazo musculoso. Interrumpió la supervisión de la carga y vino a él.

—¿Bien? —rugió.

—Quiero unirme a su barco.

El capitán lo miró de arriba abajo. Su rostro se puso serio.

—Te conozco. Eres Christopher Courtney, el hijo del gobernador.

Christopher asintió moviendo la cabeza.

—Es un pobre imbécil —dijo el capitán.

Estaba tan cerca que su saliva salpicó la cara de Christopher.

Christopher no se inmutó.

—¿Bien? —insistió el capitán—. ¿Vas a dejar que insulte a su padre y te vas a quedar ahí parado? ¿Qué clase de hombre haría eso?

—Si me importara lo que piensa mi padre, no estaría aquí.

El capitán le dio una bofetada punzante en la mejilla.

—Basta de impertinencias. Respetarás a tus superiores en este barco, o te las verás conmigo.

Enseñó los dientes, desafiando a Christopher a que devolviera el golpe. Christopher contuvo el impulso y se obligó a quedarse quieto. Si había aprendido algo de su padre, era cómo soportar una paliza.

El capitán escupió sobre la cubierta. El escupitajo cayó cerca del dedo del pie de Christopher.

—¿Alguna vez has trabajado en un barco?

—No, señor.

—¿Alguna vez has estado en el mar?

—No, señor.

—Entonces ¿por qué debería incluirte en mi tripulación? Este no es uno de esos mercantes dorados de la ruta de las Indias de tu padre, con una tripulación de holgazanes. Cada hombre aquí se gana su sustento, o por Dios que lo saco de este barco tan rápido que ni siquiera va a escuchar el ruido del agua al caer.

—Sé cómo trabajar duro, señor.

—Tú no sabes siquiera qué es un trabajo duro. —Tomó la mano de Christopher y la dio vuelta con la palma hacia arriba—. Mira esa piel blanca como un lirio. Para lo único que alguna vez has usado estas manos es para jugar con tu propio pene. —Se dio vuelta—. Sal de mi barco, antes de que te arroje al mar.

—Espere. —Christopher agarró uno de los fardos de tela que estaban en la cubierta—. ¿Qué es esto? ¿*Culbeleys*? ¿Seda mezclada con lana de Carmania? Y esta es *jurries*, la tela de algodón más duradera. Este...

—Saca las manos de mi carga. —El capitán agarró a Christopher de la pechera de la camisa, lo levantó por encima de la cubierta y lo arrastró a un lado. Lo empujó sobre la borda.

—Ocho rupias —dijo Christopher, casi sin aliento—. Ocho rupias el metro. Eso es lo que la Compañía de las Indias Orientales pagaría por *culbeleys*. Seis rupias por *jurries*.

Se tambaleó sobre la borda. La cara del capitán se alzaba amenazadora sobre él, enmarcada por un enrejado de aparejos y el cielo azul detrás.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Trabajé como empleado de mi padre. Yo escribía los asientos en sus libros de contabilidad. Sé lo que pagará la Compañía por cada cargamento en cada puerto de esta costa. —Enormes manos le apretaban el cuello; apenas si podía respirar—. Esos conocimientos podían ser útiles para usted.

El capitán lo soltó. Cayó en la cubierta, frotándose el cuello. Una pesada bota lo pateó en las costillas.

—Levántate.

Christopher hizo caso omiso del dolor y de la náusea en su estómago, y se puso de pie. El capitán lo estudió como a un tiburón hambriento.

—Te tomaré como mi aprendiz. Tu sueldo será de cuatro rupias al mes, menos deducciones por raciones y bebidas. —Vio la expresión en la cara de Christopher y se rio—. ¿Crees que vales más que eso, tú, un vagabundo de dedos delicados? Búscate otra nave.

Christopher apretó los puños. «Sabías que no iba a ser fácil», se dijo a sí mismo. «Debes aprender un oficio antes de ponerte a hacer tu fortuna».

—Acepto.

El capitán parecía casi desilusionado. «Quiere golpearme otra vez», se dio cuenta Christopher. La idea no lo asustó. Al haber crecido con Guy, daba eso casi por supuesto.

El capitán trajo el libro de registro de la tripulación y Christopher firmó con su nombre. Sus letras en inglés prolijamente dibujadas eran como islas refinadas contra el mar de marcas, cruces y caracteres indios que los otros marineros habían dejado en la página.

En el calor, la tinta se secó en la página casi más rápido de lo que podía escribir. El capitán cerró de golpe el libro.

—Tú me perteneces ahora, y que Dios te ayude si te atrapo eludiendo tu deber. A bordo de mi barco, el nombre de su padre no cuenta para nada. Puedes tener piel blanca y bonita letra al escribir, pero te azotaré tan duro como a cualquiera de estos negritos si me llegas a contrariar. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

El capitán lo miró furioso. Christopher agachó la cabeza mansamente, bajando los hombros en una postura sumisa que había adoptado con frecuencia durante las invectivas de su padre. El capitán dejó escapar un gruñido.

—Y ahora, a trabajar.

En menos de diez minutos, Christopher descubrió en lo que se había metido. Desnudo hasta la cintura, solo con sus pantalones de la mejor lana, se sumó a los demás marineros sobre el cabrestante para levantar el ancla. El sol azotaba su espalda desnuda; las barras del cabrestante le dejaron las manos en carne viva. Alzó la vista para mirar el horizonte y así apartar su mente del dolor. En tierra, vio un alboroto sobre la costa: un grupo de hombres con uniformes de la Compañía gesticulaban en dirección al *Joseph*. ¿Sería su padre? Quizás lo había reconsiderado.

Un fuerte golpe cayó sobre su espalda. Se dio vuelta con un sacudón y casi lo derribó la barra del cabrestante, que giró hacia él desde atrás. Retomó su puesto en la barra del cabrestante. De reojo, vio al capitán que observaba desde una banda, haciendo oscilar el trozo de cuerda que había usado para golpearlo.

—No hay arrepentimiento que valga, Manitos de Lirio. Llegas a desertar y hago que te paseen por la quilla.

—No dejes que te provoque —cuchicheó una voz detrás de él. Hablaba portugués, la lengua franca de la costa de Malabar. Christopher estiró el cuello hacia atrás, empujando todavía el cabrestante con dificultad, y vio a un joven delgado de piel oscura y ojos brillantes, empujando la barra cerca de él. Debía ser menor que Christopher, pero sus manos estaban callosas y su cuerpo joven era puro músculos.

—El capitán Crawford es un demonio —susurró otra vez, apenas audible por encima de los crujidos del cabrestante—. Pero siempre hay maneras de evitarlo. Cuanto más te resistas, más tratará de domarte.

Recogieron el ancla y la suspendieron en su lugar. Soltaron las velas, que lentamente se fueron

llenando con la brisa de la tarde que venía del mar. Christopher tiró de las sogas como le ordenaron, siempre con una caricia del látigo de Crawford para alentarlos. Se negó a mirar atrás.

Esa noche, hizo su cama sobre cubierta, cerca de la proa. Estaba tendido sobre el duro entablado, sintiendo los dolores que atormentaban su cuerpo, con la mirada puesta en las estrellas. Aquella mañana, había despertado en su cama de plumas en la casa del gobernador, con criados atentos a cualquier cosa que él necesitara. En ese momento, no tenía ni siquiera una manta para acostarse sobre ella.

Una silueta oscura se acercó y se sentó a su lado. Unos dientes blancos brillaron en la oscuridad. Era el joven que le había hablado en el cabrestante.

—Me llamo Danesh —se presentó.

—Christopher.

—¿Realmente tu padre es el gobernador de Bombay?

—Sí.

—Debes odiarlo mucho.

Christopher recordó la mirada en los ojos de Guy.

—Sí. Así es.

Danesh le dio una manta.

—Antes de que terminemos, odiarás mucho más a Crawford.

Las tres semanas siguientes fueron las más difíciles de la vida de Christopher. Al segundo día, Crawford lo envió a lo alto para arrizar una vela. A medio camino por los obenques miró hacia abajo y se dio cuenta de que nadie lo había seguido. Los otros hombres esperaban en cubierta, mirándolo, haciendo apuestas entre sí.

Una ráfaga del viento hizo que la nave se inclinara. Muy suavemente, pero Christopher lo sintió como si fuera un huracán. Se echó hacia atrás; las olas parecían correr hacia él. Los hombres sobre cubierta gritaban y abucheaban, Crawford gritó algo, pero apenas podía entender las palabras sobre la sangre que golpeteaba en sus oídos. Sus manos empezaron a resbalarse.

La nave se inclinó en sentido contrario. El estómago se le sobresaltó otra vez. Su mirada empezó a deslizarse hacia abajo, pero sabía que si miraba al mar otra vez, iba a soltarse y caería. Se esforzó por llevar su mirada hacia arriba, fijando la vista en la cofa y obligándose a moverse, una mano por vez, subiendo. Cada paso era terror puro; cada vez que sus manos se cerraban sobre las sogas, las agarraba como un bebé que aprieta el dedo de su madre.

Por fin, llegó a lo más alto. Ese nombre no le correspondía, porque era solamente lo más alto del palo mayor —el mastelero y el mastelerillo de juanete eran todavía más altos—, pero a él le pareció haber conquistado la montaña más alta.

Abajo en la cubierta, nadie lo aclamó. Conmocionado, se dio cuenta de que no estaban asombrados por lo que él había logrado. Más bien, habían querido verlo caer. Eso era todo lo que valía su vida: una diversión para amenizar la guardia.

Y todavía podrían tenerla. Aquella experiencia terrible no había terminado. Ya estaba arriba, tenía que avanzar a lo largo de la verga principal, con nada bajo sus pies salvo el cabo debajo de la verga. De mala gana, los otros marineros se unieron a él. Corrían sobre la verga, manteniendo el equilibrio como monos, inmunes a los movimientos del barco. Algunos empujaban a Christopher deliberadamente, le pisaban los dedos o lo chocaban con los hombros al pasar junto a él.

«Quieren que me muera», pensó.

Sus dedos resbalaban y se enredaban cuando se esforzaba para deshacer las ataduras que sujetaban la vela. El cabo debajo de la verga se balanceaba a sus pies, una cuerda tan delgada que parecía que uno estaba parado en el aire. Luego venía el descenso, el terror cada vez que bajaba un pie, buscando a tientas los puntos de apoyo, porque no se atrevía a mirar hacia abajo.

Cuando finalmente llegó a la cubierta, se aferró a los obenques pues no confiaba en que sus piernas lo mantuvieran en pie. Casi vomitó por un costado del barco. Pero en lo más profundo, una pequeña luz de satisfacción brillaba dentro de él. «Lo logré», pensó. Desde el otro lado de la cubierta, Danesh lo felicitó moviendo los labios: «Bien hecho».

El golpe de la soga del látigo sobre sus hombros alteró sus pensamientos. Se dio media vuelta, dolido y vulnerable, para ver que Crawford lo miraba con malicia.

—No te ordené que bajaras.

Christopher se tragó la réplica que le vino a los labios. Automáticamente, bajó la cabeza y esperó a que el mal humor de Crawford pasara.

—Te quiero en el puesto de vigía. Hay piratas en estas aguas. Si uno de ellos aparece a menos de una milla de nosotros, te desollaré vivo.

Christopher se estremeció como si lo hubieran azotado otra vez. Miró hacia la cofa, a una altura imposible. ¿Realmente podía llegar a ese lugar otra vez?

Crawford siguió la mirada de él, y una sonrisa maligna se dibujó en sus labios.

—No verás nada desde allí. Te quiero sobre la cruceta.

A gran altura por encima del palo mayor, la cruceta era un poco más que un enrejado de madera que sobresalía por arriba del mastelero. Tan pequeña, que Christopher apenas pudo verla desde cubierta. Con solo mirarla, se sintió mareado.

No se movió. Crawford se lamió los labios y enrolló la soga. La dobló, evaluando su resistencia.

—¿Estás desobedeciendo una orden?

Christopher contuvo las lágrimas que le hacían arder los ojos. No le daría esa satisfacción a Crawford.

—No, señor.

—Entonces levanta tu culo blanco antes de que tenga que ordenártelo otra vez. Y te quedarás allá —añadió— hasta que yo te dé permiso para bajar.

Christopher empezó a trepar.

Había odiado antes, pero odiaba esto más que nada en su vida. Incluso más que a su padre. En realidad, ya rara vez pensaba en Guy. El trabajo continuo del manejo de una embarcación, siempre haciendo algo, siempre el último en terminar sus tareas, no le dejaba tiempo para pensamientos insustanciales. Cuando caía rendido después de su turno, se hacía un ovillo en el castillo de proa, atento a sus dolores y frotando aceite en las ampollas, que se formaban grandes como monedas de oro en sus manos.

El resto de la tripulación lo rechazaba. Como hombre blanco, era extranjero; como marinero, lo despreciaban. Solamente Danesh le mostró alguna amabilidad, e incluso trataba de que no lo vieran con Christopher demasiado a menudo. Nunca había estado tan solo. Con el tiempo, comenzó a esperar con ansias que lo enviaran a la cruceta, aunque nunca podía mirar hacia abajo. Sentado entre las velas, se sentía como un dios en las nubes, muy por encima de los hombres mortales y sus miedos y odios insignificantes. En esos momentos, trataba de imaginar su futuro con Ruth, la casa en la que iban a vivir y los hermosos regalos que él iba a comprarle. Pero con

demasiada frecuencia, esos pensamientos se volvían oscuros cuando empezaba a soñar acerca de la manera en que se iba a vengar de Crawford, de su padre y de cada hombre que alguna vez le hubiera hecho daño.

Una tarde, durante la guardia de cuartillo, bajó a buscar agua. Le gustaba ir a la bodega. Los olores de los hilos para embalar y la tela recién embalada le recordaban los almacenes de la Compañía donde jugaba cuando era niño.

—Chris —dijo Danesh entre dientes desde la oscuridad—. Mira esto.

Algo brillaba en la palma de su mano. Una llave de bronce.

—¿Para qué es eso?

—El armario de proa —susurró Danesh—. La robé del camarote de Crawford mientras estaba inspeccionando las jarcias.

El armario de proa era donde se guardaban las bebidas alcohólicas. Se suponía que era para uso de la tripulación, pero se rumoreaba que Crawford se reservaba la mayor parte para venderla por su cuenta.

Christopher miró preocupado por encima del hombro.

—¿Y si nos descubre?

—No va a notar la falta de algunas botellas. Podemos venderlas en el puerto. Apúrate.

Danesh puso la llave en el candado y lo abrió. El fuerte olor de los licores salió por la puerta abierta.

—Quédate aquí para vigilar. Si nos atrapa, nos va a desollar vivos.

Danesh le dio la llave a Christopher y se metió en el depósito. Christopher permaneció en su lugar, vigilando. Sabía que debía escapar, dejar a Danesh librado a su suerte y negar todo conocimiento si lo atrapaban. No había sido su idea. Pero Danesh era lo más cercano a un amigo que tenía en el barco. Si lo perdía, ya no tendría nada.

Se oían los ruidos sordos de los pasos arriba en la cubierta; los movimientos de la nave hacían que las sombras pasaran por el cuadrado de luz que entraba por la escotilla.

—Apresúrate —advirtió Christopher—. Creo que se acerca alguien.

Danesh reapareció, con cuatro botellas de brandy entre los brazos. Las dejó en el suelo.

—Crawford guarda tanto como para emborrachar a un elefante —murmuró—. Una carga más será suficiente para nosotros dos.

—No —replicó Christopher entre dientes—. Vámonos ahora. Nosotros...

La escalerilla crujió bajo el peso de unos pasos. Apareció un par de zapatos, luego un par de piernas gordas con medias blancas, después un par de pantalones, y luego un torso corpulento que estiraba los ojales de la camisa.

Con gran rapidez, Danesh se zambulló detrás de la cadena del ancla, que enrollada era tan grande como para ocultar a un hombre. Christopher, petrificado, se mantuvo firme en su sitio.

Crawford agachó la cabeza por debajo de la escotilla y se apartó de la escalerilla.

Lentamente, observó el armario abierto, las botellas a los pies de Christopher y la llave en su mano.

—Pensé que podría encontrar a alguien aquí cuando me di cuenta de que me faltaba la llave.

Christopher no dijo nada.

—¿Cómo la conseguiste? ¿Quién te ayudó?

Christopher miró a Crawford directamente a los ojos, fijando la mirada para no desviarla y traicionar a Danesh. Crawford lo interpretó como arrogancia.

—¿Crees que eres mejor que yo porque tu padre es el gobernador de Bombay? ¿Crees que eso te da derecho a robarme?

La cara de Crawford se puso oscura de rabia, como nubes que amenazan con el trueno. Christopher conocía esa expresión. Se preparó para lo que venía.

—Contra maestre —gritó Crawford—. Traiga al señor Courtney a cubierta, y reúna a toda la tripulación para presenciar el castigo.

Manos rústicas lo arrastraron hacia arriba por la escalerilla. Para cuando llegaron arriba, toda la tripulación estaba reunida alrededor de un barril pequeño que habían ubicado detrás del palo mayor. Crawford fue a su camarote y regresó con una soga, más fina y flexible que la soga del látigo que usaba generalmente. La hizo pasar por entre sus dedos, luego ató dos nudos en el extremo.

—Preparen al prisionero —ordenó.

Doblaron a Christopher sobre el barril. Los flejes de hierro, que habían estado al sol, quemaron de un lado a otro su pecho descubierto, pero sabía que eso era solo una muestra del dolor que vendría después. El contra maestre le sujetó las manos, mientras que uno de los marineros le sujetaba los pies, de modo que quedó estirado sobre el barril como una prenda sucia.

Detrás de él, Crawford se arremangó la camisa. Metódicamente, desenrolló la cuerda. La hizo sonar sobre la cubierta, dos veces, y se irguió. Plantó sus pies con firmeza, llevó el brazo hacia atrás y el primer latigazo le dio a Christopher con un sonido como el de un disparo de mosquete. El dolor fue atroz. Mordió el trapo entre sus dientes, decidido a no gritar. Antes de que siquiera pudiera tomar aliento, un segundo latigazo cayó entre los omóplatos. Luego un tercero, luego...

Casi perdió la cuenta. El dolor llegaba como en olas, una tras otra, con tal rapidez que pronto se desdibujaron para convertirse en un único momento de sufrimiento. Crawford había abandonado todo sentido de la disciplina: aquello era una paliza, salvaje y descontrolada, como si quisiera aplastar cada hueso en el cuerpo de Christopher.

Pero Christopher se obligó a seguir contando. En medio del sufrimiento, contaba cada latigazo. Así era como había sobrevivido a las palizas de su padre, y así fue como sobrevivió a esta, obteniendo fuerzas del número de golpes que había soportado. Sumaba los golpes anotados en un libro de contabilidad imaginario, para cobrárselos con interés algún día. Mientras pudiera contarlos, iba a sobrevivir.

Los golpes se hicieron más débiles. Crawford movía el brazo con la furia intacta, pero se estaba cansando. Dejó caer la soga, el extremo estaba deshilachado y apelmazado con la sangre y la piel de Christopher. La tripulación volvió a sus tareas. Los hombres que lo habían inmovilizado dejaron que Christopher se marchara. Ambos estaban salpicados con su sangre. Cayó del barril y se hizo un ovillo en el suelo. Cerró los ojos y se tragó el dolor.

Alguien le puso un jarro de ron en los labios, y bebió con avidez. Danesh. No hizo desaparecer el dolor, pero lo atenuó un poco.

Danesh le limpió la espalda. Crawford le negó agua dulce, de modo que tuvo que usar un balde que había bajado por la borda. El agua salada casi dolía más que el látigo. Una neblina negra cubrió la visión de Christopher; quería moverse, pero sus miembros no obedecían.

—Cuarenta y nueve —gruñó.

—¿Qué quieres decir?

—Cuarenta y nueve latigazos. —Christopher mostró una gran sonrisa, sus labios se agrietaron con el esfuerzo—. No pudo siquiera llegar a cincuenta. Debilucho. —Y se desmayó.

Una semana después, el *Joseph* echó el ancla en el puerto de Trivandrum. La tripulación estaba alegre: era la primera oportunidad de bajar a tierra desde Bombay, y planeaban disfrutarla al



máximo. Crawford puso una mesa y una banqueta en la cubierta principal, y los hombres hicieron cola para recibir su paga.

Christopher esperó hasta que todos los otros hubieran terminado de garabatear sus marcas en el libro para alejarse con algunas monedas en los puños. Por fin, cuando llegó su turno, se acercó y puso la mano. Crawford lo miró con desprecio.

—¿Qué quieres?

—Mi paga.

—Por supuesto. —Crawford hizo un gran aspaviento al contar las monedas. Las empujó al otro lado de la mesa, pero cuando Christopher estiró la mano para tomarlas, le tomó la muñeca y la dobló hacia atrás hasta que las monedas cayeron.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Lágrimas de dolor aparecieron en los ojos de Christopher. Creyó que se le iba a romper la muñeca.

—Estoy tomando mi paga.

—¿Me estás robando otra vez? Esas monedas son mías.

—Usted dijo cuatro rupias por semana.

—Te alistate como mi aprendiz. Eso quiere decir que todos tus pagos son para mí. —

Crawford le soltó la muñeca a Christopher, de modo que trastabilló hacia atrás, hacia el grupo de marineros que miraban. Nadie lo sostuvo y cayó directamente al suelo. Crawford recogió las monedas de la mesa y las puso de vuelta en la caja. La cerró ruidosamente y se puso de pie, con la mano que le temblaba sobre el cuchillo en su cinturón.

—¿He hablado con claridad?

Christopher seguía caído sobre la cubierta, agarrándose la muñeca. El odio lo consumía. Lo único que quería era clavar el cuchillo en las tripas de Crawford y verlo sangrar en la cubierta. Sintió los ojos de toda la tripulación que lo miraba, disfrutando de su humillación, y los odió también.

Se levantó, haciendo caso omiso del dolor que le producía la muñeca, y miró a Crawford. El capitán parecía sorprendido de verlo allí de pie.

—Comprendo —dijo Christopher pesadamente. No confiaba en sí mismo como para decir algo más.

Crawford estaba a punto de provocarlo otra vez, pero algo lo hizo detenerse. Incluso durante las pocas semanas de su viaje, Christopher había cambiado. Ya no era el joven inmaduro que había subido a bordo en Bombay. Sus hombros se habían ensanchado, y sus brazos se habían hecho más gruesos. Ya no estaba tan encorvado. Pero la diferencia era más obvia en su rostro. Más duro, más firme, con esos ojos negros que inquietaban con la intensidad de la mirada. Aunque Crawford nunca lo iba a admitir, lo asustaban. Se dio vuelta.

—Bajen los botes —ordenó—. Nos vamos a tierra. Tú no —le gritó a Christopher—. Te quedas a bordo haciendo guardia con el barco fondeado. Le pasa algo a mi barco mientras yo esté ausente y te ataré al mastelero y te dejaré ahí para que te coman los cuervos. ¿Comprendes?

Christopher vio que Danesh le dirigía una mirada comprensiva. Ninguno de los otros miraron en su dirección siquiera. Lo único que podía hacer Christopher era mirar cuando subieron a la chalupa y se dirigieron a tierra. Danesh también se fue. Un grupo de mujeres esperaba en la playa para darles la bienvenida, arrastrando a cada hombre hacia la taberna más cercana. Cualquiera fuera la paga que habían recibido, ya habría desaparecido por la mañana. Eso no era consuelo para Christopher.

Se sentó a la sombra del toldo, tallando una pieza de madera con el cuchillo. Tenía la

embarcación toda para él y se deleitaba en la soledad. Toda su vida lo habían mantenido en soledad, un hijo único que tenía prohibido relacionarse con los otros niños en la colonia, porque su padre los consideraba inferiores. De los pocos amigos que se había hecho, la mayoría se había muerto o había regresado a Inglaterra. Su madre se mantenía en sus aposentos, por miedo a provocar la ira de su padre. Estaba acostumbrado a estar solo.

Pero entonces se dio cuenta de que nunca iba a hacer su fortuna de esta manera. Incluso si sobrevivía a los ataques de Crawford, pasarían años antes de que tuviera siquiera suficiente dinero para comprarse ropa barata. No podía pedirle a Ruth que esperara tanto tiempo.

Había otra lección que había aprendido de su padre. Sentado en la casa del gobernador, en silencio e inadvertido, había visto a muchos hombres entrar y salir de la oficina de su padre. En la casa silenciosa, se podían escuchar las conversaciones. Había escuchado a hombres que insultaban a su padre en términos que él no podía haber imaginado, y salir de la oficina con sus cabezas altas, convencidos de que habían obtenido una victoria. Y había visto a esos mismos hombres, semanas o meses después, cuando embarcaban rumbo a Inglaterra en la pobreza o la desgracia, hombres derrotados que lo habían perdido todo. A uno lo habían llevado a bordo encadenado, todo porque lo habían descubierto en un acto contra natura con un muchacho cipayo que tocaba el tambor.

«Nunca olvides. Nunca perdones. Y véngate de tu enemigo en el momento en que más lo afecte». Había descubierto un nuevo axioma.

Reflexionó sobre esto, hasta que el sol se hundió y la tierra desapareció. Las luces en el puerto brillaban contra la oscuridad.

Encendió las lámparas del barco en la proa y en la popa, y revisó la cadena del ancla. Fue a la cocina y se sirvió el estofado que el cocinero había dejado en la olla. Rebuscó en los armarios y encontró una botella de *arak*, el licor local. Tomó tres o cuatro tragos, disfrutando del fuerte gusto. Eso le dio coraje.

—No me libré de mi padre para servir a otro tirano —masculló para sí. Se metió por la escotilla a la cubierta más baja. Gran parte del cargamento del *Joseph* era de artículos a granel, fardos de tela y sacos de arroz demasiado grandes para sus propósitos. Buscó a tientas hasta que sintió el tacto suave de un paquete de seda. Eso le servía.

Tan cerca del nivel del mar, podía escuchar el agua que lamía los maderos. Cada crujido de la embarcación tenía su eco abajo a través del mástil. Algo golpeó el casco. Probablemente era solo una ola, o un trozo de madera flotante, pero lo puso en alerta. El sudor le picaba en las manos; el licor ascendió como bilis en su garganta.

Se llenó los bolsillos con nueces de betel de un saco, cargó el fardo de seda sobre los hombros y se escabulló hacia arriba por la escalerilla. La chalupa seguía en tierra, pero había un pequeño chinchorro que podía manejar él solo. Sacó el cuchillo y empezó a cortar las sogas que lo sujetaban.

—¿Dónde crees que vas? —gruñó Crawford. Estaba de pie, iluminado desde atrás por el farol de popa, proyectando una larga sombra sobre la cubierta—. ¿Me estás robando otra vez? ¿No te golpeé lo suficiente la última vez?

Había subido al barco sin que Christopher lo escuchara. Si lo había hecho porque no confiaba en Christopher, o porque había vuelto para terminar con el muchacho sin testigos, Christopher nunca lo supo. El capitán se acercó y le dio un puñetazo en la cara con tanta fuerza que voló hacia atrás, contra los aparejos.

—Tendrá que golpearme más fuerte —le dijo Christopher. Un salvajismo peligroso se había apoderado de él—. Usted golpea como una niña o una anciana.

Con un gruñido, Crawford atacó. Christopher se mantuvo firme. Levantó las manos, olvidando por un momento que todavía tenía el cuchillo en una. En la oscuridad, corriendo como un toro enfurecido, Crawford tampoco lo vio.

Prevaleció el instinto. Christopher esquivó la trayectoria del puñetazo lanzado por Crawford, y cuando el corpulento hombre lo agarró, él empujó hacia adelante.

El cuchillo se metió en la barriga de Crawford casi antes de que Christopher se diera cuenta. La sangre caliente le salió a borbotones. Crawford gritó y se retorció; trató de apartarse, pero lo único que consiguió fue abrir más la herida. Sus tripas cayeron sobre la mano de Christopher.

El muchacho se apartó de un salto, sacando el cuchillo. Crawford se puso las manos en el abdomen para sostener sus entrañas, bramando como un toro herido.

El sonido debió haberse oído desde lejos. Seguramente, pronto alguien en tierra o a bordo de alguna de las otras naves lo iba a escuchar y se acercaría a investigar. Y lo iban a encontrar a Christopher con un cuchillo en las manos, cubierto de sangre. Tenía que terminar.

No tenía otra opción. Christopher apretó el mango, levantó el cuchillo y lo metió entre las costillas de Crawford, directo al corazón.

Crawford cayó... muerto. Christopher miró el cadáver que estaba tendido a sus pies, sin poder creerlo. El cuchillo se le cayó de la mano; le temblaba todo el cuerpo.

«Eres un asesino», le susurró en la cabeza una voz fría como la de Guy.

No podía apartar los ojos del cuerpo. Esa cosa que había sido un hombre, en ese momento era apenas un pedazo de carne muerta.

«Esto lo hiciste tú», insistió la voz.

Pero cuanto más lo miraba, más olvidaba su culpa. El calor regresó a sus venas y dejó de temblar. El hombre que lo había azotado, lo había golpeado, que se había burlado de él y lo había estafado, estaba muerto. Ya nunca más podría hacerle daño a Christopher.

—Yo lo hice —se dijo. Todo su cuerpo sintió un escalofrío, como cuando uno toma un baño caliente en un día frío—. ¿Cómo he vivido tanto tiempo acobardado, sin darme cuenta nunca de mi propio poder?

Se limpió las manos ensangrentadas en los pantalones de Crawford, luego dio vuelta el cuerpo y rebuscó hasta que encontró el monedero del hombre. Las monedas tintinearón dentro, *sus* monedas. Tomó el monedero y se lo metió en sus pantalones.

Otra cosa captó su mirada. Una llave, atada a un cordón de cuero alrededor del cuello de Crawford. Demasiado pequeña como para ser de la cerradura del armario de licores, pero la había visto antes de ese día. Era la llave del cofre del dinero, brillante con la sangre que la había salpicado desde la herida en el corazón de Crawford. Christopher la tomó, rompiendo el cordón en su apuro. Lo envolvió alrededor de la muñeca y se dirigió rápidamente al camarote del capitán. El cofre del dinero estaba guardado debajo del catre de Crawford. Incluso después de que el capitán le había pagado a la tripulación, tuvo que usar todas sus fuerzas para llevarlo a cubierta. Una buena señal.

Corrió a la bodega y encontró una botella de aceite de lámpara. La salpicó sobre los fardos de tela de la bodega y añadió pólvora del pequeño barril que tenían para los pedreros de proa. Se movió rápidamente, llevado por una libertad y una energía que nunca había conocido. Se dijo a sí mismo que era una precaución sensata para ocultar el cuerpo de Crawford, de modo que nadie de la tripulación en tierra pensara en buscarlo a él. La verdad era que lo hizo por un puro impulso diabólico.

A medio camino de la escalerilla, se dio vuelta y arrojó la lámpara a la oscuridad. El vidrio se hizo añicos; el fuego alcanzó las telas empapadas de aceite y se extendió. Las llamas se

apoderaron de la bodega.

Christopher miró, hipnotizado por su propio trabajo. «Yo hice esto», pensó otra vez. La destrucción que había desencadenado corrió por sus venas como una dosis de opio.

Una ráfaga de aire caliente que llegó desde la bodega le dio en la cara, y supo que era el momento de irse. Trepó por la escalerilla, cruzó la cubierta y, por pura rabia, le dio una última patada al cadáver de Crawford. No había tiempo para poner en el agua el chinchorro, pero allí estaba el tronco de árbol ahuecado en el que había llegado Crawford, atado cerca de la proa. Bajó el cofre con una soga, descendió al botecito y tomó los remos. Remó con todas sus fuerzas, manteniéndose por delante del círculo de luz que se extendía detrás de él a medida que el fuego envolvía a la embarcación.

El bote encalló en arena. Saltó al agua cargando el cofre en el hombro y corrió chapoteando hacia la playa. Cuando llegó a la seguridad de la línea de árboles, miró atrás. El *Joseph* ardía como una fogata de la Noche de Guy Fawkes, iluminando la oscuridad y dorando el mar de la noche. En la costa, los vecinos del lugar salían corriendo medio desnudos de sus camas y quedaban con la boca abierta ante esa imagen. Varios hombres de la tripulación del *Joseph* estaban entre ellos, algunos con sus mujeres todavía aferradas a ellos. Christopher se preguntó cómo harían para regresar, cuánto tiempo les tomaría encontrar otra embarcación.

Caminó hacia el interior hasta que llegó a un sendero que zigzagueaba por entre los árboles. No se atrevió a ir al puerto, no con la tripulación del *Joseph* todavía ahí, pero había estado observando la costa y sabía que había muchos pueblos y aldeas en el interior donde podía buscar refugio.

Estaba a punto de dirigirse al norte, cuando vio una luz que se acercaba por entre los árboles. Arrastró el cofre fuera del sendero y se agachó detrás de los arbustos.

La silueta se fue acercando cada vez más. Llevaba una lámpara hecha con una calabaza ahuecada. Se detuvo precisamente delante del escondite de Christopher, examinando las huellas y las marcas de arrastre que había dejado en el polvoriento sendero.

—¿Christopher? —llamó.

Era Danesh. Con una sensación de alivio, Christopher salió de entre los arbustos. Danesh retrocedió con horror. No lo reconoció. Lo único que vio fue a un demonio medio desnudo cubierto de sangre y polvo.

—¿Christopher? —Se quedó mirándolo—. Te vi venir a tierra. —Observó la sangre y la salvaje mirada en sus ojos—. ¿Qué hiciste?

—Lo maté. —Decirlo en voz alta no era tan fácil como decírselo a sí mismo. Pero entonces miró a Danesh y le pareció ver un nuevo respeto en los ojos de su amigo.

—¿Y el barco? —preguntó Danesh.

—Desapareció. Lo quemé hasta el nivel del agua.

La expresión de Danesh era sombría.

—Ese barco era nuestro trabajo. Nuestra paga.

—*Tu* paga. Crawford no me dio nada, ¿recuerdas? —Volvió a los arbustos y sacó el cofre—. Pero lo hice pagar. Con esto, podemos comprar nuestro propio carguero. Fletaremos una nave. Basta de tirar de las cuerdas y de sentir el mordisco de la punta de su látigo. Ahora nosotros daremos las órdenes. Algunos buenos viajes, y podremos comprar una embarcación más grande. Después dos. —Ya podía verse entrando al puerto de Bombay en un importante buque mercante, las troneras adornadas con deslumbrante pan de oro. Vio a Ruth esperándolo en la costa, cayendo en sus brazos cuando él pisaba tierra, y la impotente rabia en la cara de su padre al darse cuenta de que había sido derrotado. La expresión de Danesh había cambiado.

—¿Y la llave? ¿La trajiste?

Christopher desenrolló el cordón de su muñeca y puso la llave en la cerradura. Esta se abrió, la tapa se inclinó hacia atrás. Oro y plata brillaban dentro.

—Con esto... —Danesh sacó un puñado de monedas y las dejó escurrirse por entre sus dedos—. Un hombre podría vivir como un rey.

—Cuidado —dijo Christopher, riendo—. No debemos gastarlo todo de golpe. Si lo invertimos, pronto tendremos una fortuna diez veces más grande.

El puñetazo le llegó sin advertencia. Un golpe limpio a la mandíbula, que lo envió tambaleándose hacia atrás. Danesh era de una textura más bien ligera, pero había estado trabajando en barcos desde que tenía diez años. Su cuerpo delgado y fibroso tenía mucha fuerza, y Christopher estaba exhausto. Trastabilló, tropezó con una raíz y cayó. Antes de poder siquiera levantar sus puños, otro golpe lo dejó momentáneamente inconsciente.

Danesh tomó el cinturón de soga de los pantalones de Christopher y lo pasó por las asas del cofre a fin de hacer una tosca correa para cargarlo. Cuando le quitó el cinturón, encontró el cuchillo y el monedero de Crawford metido en sus pantalones. También los tomó.

Christopher estaba volviendo en sí. Escupió un poco de sangre y se levantó sobre un brazo. Un amenazador movimiento de Danesh hizo que se detuviera.

—Creí que eras mi amigo —se lamentó.

La mirada que recibió solo indicaba desprecio.

—Eres un niño —replicó Danesh—. El oro no tiene amigos.

Cargó el cofre en el hombro y comenzó a alejarse por el camino. Christopher no trató de seguirlo. Quedó tendido allí, mirando la luz que se alejaba, hasta que quedó en la oscuridad.

—¿Vas a atacarme?

Christopher abrió los ojos. En el otro lado del camino, un hombre apoyado en un báculo de madera estaba mirándolo. Su cuerpo era flaco y sólido, la barba crecida en sus mejillas era gris.

—¿Vas a atacarme? —repitió. Hablaba portugués, aunque su cara y vestimenta eran indias.

Christopher se frotó las sienes. Tenía la mandíbula hinchada, y cada movimiento le causaba un destello de dolor que le corría hasta el cuello para meterse en la cabeza.

—¿Parezco tan peligroso? —gimió.

—Hay muchos bandidos en estos caminos. Algunos están tendidos a la espera, fingiendo que los robaron o atacaron, y cuando el buen viajero se detiene para ayudarlos, lo asaltan.

—No creo que pueda siquiera ponerme de pie.

El hombre no se movió para acercarse.

—¿De dónde vienes?

—Mi barco se incendió. Llegué nadando a tierra.

El hombre asintió con un movimiento de cabeza, pensativo. Observó la sangre seca que se resquebrajaba en el pecho de Christopher y los moretones que oscurecían su cara.

—Puedo llevarte a Trivandrum para reunirte con tu tripulación. Seguramente estarán preocupados por ti.

Christopher sacudió la cabeza. Señaló con el dedo a su izquierda, la dirección contraria a Trivandrum.

—Voy para el otro lado.

—Ah. —Las comisuras de la boca del hombre se alzaron en una seca sonrisa—. Yo también.

—¿Me llevaría con usted?

Lo pensó por unos tres segundos. Entonces se movió. Tan rápido que Christopher vio solo un borrón: dos saltos y el báculo que se movió hacia su cabeza. Levantó las manos, aunque no lo protegían demasiado. La punta del báculo se detuvo a poca distancia de sus ojos. El anciano estaba junto a él, pero fuera del alcance de sus pies. Ni siquiera le faltaba el aliento.

—Si estás mintiendo..., si tratas de ponerte violento..., te mato —le advirtió.

Christopher lo miró con atención.

—¿Quién es usted?

—Un hombre que puede defenderse. —Tocó el moretón en la barbilla de Christopher con la punta de su báculo—. Pero parece que tú eres un hombre que no sabe defenderse.

Christopher se tocó el cinturón.

—Ni siquiera tengo un cuchillo.

—Hay más de una manera de matar a un hombre, y no todas son tan brutales. Tenemos bandidos en este país que pueden estrangular a un hombre solo con un taparrabo.

Lo dijo con tal tranquilidad que Christopher se dio cuenta de pronto, con total certeza, de que hablaba desde su experiencia personal.

—¿Usted es un bandido?

—¿Ahora me insultas? —Lo dijo en tono de broma. Le alcanzó la punta de su báculo para que Christopher pudiera levantarse. —¿Cómo te llamas? —preguntó.

Christopher abrió la boca. «Christopher Courtney», estaba a punto de decir. Pero Christopher Courtney había robado y matado a un hombre. Christopher Courtney era un fugitivo. Y lo peor de todo, Christopher Courtney era el hijo de Guy Courtney.

Recordó los largos y sofocantes domingos por la mañana en la iglesia en Bombay, en los que espantaba moscas y escuchaba la aburrida perorata del ministro. Pensó en una de pocas lecciones de la Biblia que habían captado su imaginación: la historia del hijo del rey David, que derrocó a su padre y lo expulsó de su reino.

—Me llamo Absalom.

El anciano lo miró atentamente a los ojos, como si pudiera leer las mentiras y la culpabilidad detrás de ellos.

«Tonterías», se dijo Christopher. «Son solamente mis ojos; una parte del cuerpo no diferente de mis pies o mis codos».

—Soy Ranjan. —El anciano apartó la mirada, y Christopher sintió que le quitaban un gran peso de su alma—. Te llevaré hasta el próximo pueblo.

Caminaron en silencio. El sol subió un poco más; el camino empezó a llenarse de gente. Junto al camino, recipientes de vino de palma colgaban de las palmeras como arañas gigantes, recibiendo el dulce licor. El anciano no dijo una palabra, mientras que Christopher reflexionaba sobre todo lo que había ocurrido. Una y otra vez, repasaba aquellos momentos con Crawford y su exultación despiadada cuando el cuchillo le abrió el abdomen. Deseó estar otra vez en el barco, solo para poder hacerlo otra vez.

El pueblo era un lugar humilde, algunas chozas con paredes de barro y techos de hojas de palmera. Unas vacas flacas se paseaban entre las viviendas. En la playa, los pescadores lanzaban sus redes, mientras que el pescado se secaba colgado de las líneas tendidas entre los árboles.

—¿Qué vas a hacer aquí? —indagó el anciano.

Christopher sacudió la cabeza. No había pensado en eso. Podría probar con los pescadores, aunque el navío de mayor tamaño en la playa no era más grande que la chalupa del *Joseph*. Pero la idea de volver al mar lo horrorizaba.

—¿Tienes comida? ¿Dinero? ¿Amigos? —preguntó el anciano.

—Nada —respondió.

—Entonces ven conmigo.

Siguieron caminando, muchos kilómetros más, más allá de pueblos de pescadores, pagodas y largas playas arenosas. Cerca de la puesta de sol, llegaron a su destino. Era un pueblo de dimensiones considerables, una pequeña ciudad del interior, mucho más grande que los pueblitos por los que habían pasado. Había un mercado grande, y muchos espléndidos templos.

Ranjan llevó a Christopher a un grupo de construcciones en el otro lado del pueblo. Desde afuera, pensó que debía ser un templo. Ranjan tenía un aspecto tan ascético que bien podía ser un monje.

Un joven que llevaba apenas un simple taparrabo abrió la puerta. Christopher entró y miró a su alrededor con asombro. Por todos lados, había jóvenes con el pecho descubierto, que estaban luchando. En un rincón, se enfrentaban con largos báculos de madera muy similares al báculo del anciano. En otro, empuñaban espadas curvas en forma de hoz, cuyas hojas hacían un ruido áspero y metálico al chocarse, como en algún íntimo ritual de apareamiento. Algunos de aquellos hombres luchaban apenas con las manos y los pies, moviéndose con tanta elegancia que la devastadora fuerza de sus patadas y puñetazos no era detectable fácilmente.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Christopher, muy sorprendido.

—Esto es la *kalari*, una escuela para guerreros. Enseñamos *kalaripayattu*, un antiguo arte marcial. Algunos dicen que es el más antiguo del mundo.

—¿Usted conoce este arte?

—Soy el *aasaan*, el maestro.

Los movimientos, más rápidos que el pensamiento; el choque de las armas; los olores de aserrín, sudor y sangre lo tenían asombrado. Pensó en todas las palizas que había sufrido en su vida: su propio padre, Crawford e incluso Danesh. Había aprendido a aceptarlas, porque no podía defenderse.

Los hombres en este ruedo sí podían defenderse.

—¿Usted puede enseñarme este arte?

—Algunos de estos hombres han estado entrenándose desde que eran niños —le advirtió Ranjan.

—Puedo aprender.

Ranjan lo miró a los ojos. Otra vez, Christopher tuvo la sensación de que veía cosas que ni siquiera sabía que existían.

—Sí —asintió pensativo—. Sí, creo que puedes aprender.

La vida en el barco había sido dura; la vida en el *kalari* era todavía más dura. En el barco, las palizas eran ocasionales: ahí, eran el único propósito. Christopher dejó de contar los moretones, los músculos doloridos y las fisuras en las costillas que le hacían difícil respirar. Nunca se quejó y no faltó ni un día al entrenamiento.

Su cuerpo cambió. Los músculos que habían empezado a desarrollarse en el mar se hicieron más fuertes, se perfeccionaron a otro nivel. Su abdomen se tensó. Caminaba más erguido. Ya no era el adolescente de hombros caídos que había escapado de Bombay, o el marinero de piernas arqueadas que había llegado a tierra trastabillando. Alto desde cualquier punto de vista, se alzaba encima de la mayoría de los indios que entrenaban con él. Algunos se quejaron al *aasaan*, diciendo que eso le daba una ventaja injusta, pero él los apartó, diciendo:

—Solo los dioses pueden escoger su adversario.

Christopher aprendió rápidamente. Aprendió los ocho pasos y las ocho posturas. Aprendió las ciento ocho *mamras*, las partes esenciales del cuerpo; los puntos *vaikalyakara*, que podían paralizar a un adversario, y los puntos *bindu*, donde un solo golpe podía matarlo. Aprendió a cantar los mantras para desatar sus poderes, y la manera de leer el rostro y la postura de un hombre para anticipar su siguiente movimiento. Aprendió a luchar con el báculo, con la espada y con el *thotti* en forma de hoz.

Luego, al final de cada día, aprendió a curarse él mismo, a frotarse el cuerpo con aceite, a masajearse los lugares esenciales para eliminar dolores y moretones y, así, estar en condiciones de poder pelear de nuevo al día siguiente.

Una vez por semana, todos los estudiantes se reunían en el patio de ejercicios, alrededor de la plataforma elevada en el centro. Los mejores estudiantes iban a luchar en esa tarima, un remolino de golpes y estocadas que se movían tan rápido que Christopher apenas podía seguirlos. Más adelante, cuando aprendió los golpes, empezó a reconocerlos. Así pues, cuando miraba las peleas, su cuerpo se crispaba, imitando los movimientos en su mente, desesperado por dominarlos.

En general, los otros alumnos ignoraban a Christopher, pero Ranjan lo seguía de cerca. Un día, llevó a Christopher al taller de un tallador de madera. El olor del aceite y de las virutas de madera llenaba el ambiente. Sobre los bancos, dioses animales a medio terminar miraban desde sus bloques, sus rostros mezclados con la madera sin tallar.

Christopher se quedó mirando, a la espera de que el *aasaan* explicara para qué habían ido a ese lugar. El tallador golpeaba con su cincel, cada golpe quitaba una minúscula astilla de la madera dura.

Sin levantar la vista, el tallador habló... en un dialecto local que Christopher no podía comprender.

—¿Qué dijo?

—Dice que las figuras ya existen en la madera. Su trabajo consiste simplemente en sacar las capas exteriores y revelar lo que está adentro. Con cada golpe del cincel, se convierte cada vez más en lo que es. —Miró a Christopher—. ¿Crees que la madera tiene sentimientos?

—No.

—De acuerdo con nuestra fe hindú, cada cosa viviente tiene conciencia. Incluso las plantas pueden sentir. Si eso es cierto, ¿crees que a la madera le gusta que la tallen?

El tallador golpeó con el martillo. La hoja afilada mordió la madera.

—Debe ser muy doloroso.

—Y de todos modos, cada golpe la ayuda a convertirse en ella misma. El sendero es duro, Absalom, pero el destino... —Acarició la cara de Ganesh, el dios elefante, tallada de manera tan natural que Christopher pensó que la trompa podría desplegarse y tomarlo del cuello.

—El destino es la verdad de quiénes somos.

Cuando no estaba entrenando, Christopher se ganaba el sustento con distintos trabajos. Al principio, esto suponía cortar árboles para leña o cuidar las huertas donde cultivaban alimentos para el *kalari*. A veces, cuando tenían demasiado de una cosa y no suficiente de otra, Ranjan lo enviaba al mercado para hacer trueque. Aparte de cuando estaba luchando, esos eran los momentos favoritos de Christopher. Se tomó el trabajo de aprender la lengua local y la aprendió rápidamente, charlando con los comerciantes, que pronto llegaron a reconocerlo. Nunca sonreían cuando él llegaba a sus puestos. Sabían que regateaba con ferocidad. No estaba contento hasta haber reducido el precio hasta el último *dam*.



Un día, en el mercado, un indio se le acercó. Anillos con piedras preciosas le cubrían los dedos; unos sirvientes con abanicos le apartaban las moscas. Christopher se movió para darle paso, pero una mirada del indio lo hizo detenerse. Uno de los criados dio un paso adelante. Bien vestido, con una esmeralda en la punta de un alfiler en su turbante y bordados de oro en la túnica, era evidentemente un mayordomo en la casa del hombre rico. Sus labios gruesos se hacían más notables por las manchas rojas de jugo de betel alrededor de ellos.

—Este es mi señor Parashurama —anunció. Guardó una clara distancia, como hacían todos los indios de casta superior, temeroso de contaminarse al entrar en contacto con un extranjero—. Es el comerciante más rico de este pueblo.

Parashurama le sonrió.

—He oído hablar de usted. Dicen que es usted un luchador temible en el *kalari*.

Christopher hizo una reverencia.

—Otros hombres dicen que usted consigue precios que harían llorar a cualquier comerciante.

—Mi padre me enseñó que siempre se puede conseguir un mejor precio.

—Efectivamente. Pero no todos saben cómo conseguirlo. Un hombre como usted podría serme útil.

—Mi amo tiene un cargamento que hay que llevar a la ciudad de Neyoor —explicó el mayordomo—. Los caminos no son seguros, y cuando llegue espera conseguir el mejor precio. Quizás usted sea el hombre indicado para hacerlo.

—¿De qué es el cargamento?

—De sal.

—A cambio —propuso Parashurama—, le daré el cinco por ciento de lo que usted consiga con la venta.

—Veinte por ciento —replicó Christopher.

El mayordomo frunció el ceño. Parashurama se rio.

—Realmente, su reputación es merecida. Acordemos en el diez por ciento. —Cuando advirtió que los labios de Christopher se preparaban para regatear, añadió—: Y si usted me sirve bien en esto, podría tener más trabajo para usted. Comercio con muchos artículos, y hay cargamentos más valiosos que la sal.

—Debo preguntarle a mi maestro —dijo Christopher. Pero cuando habló con Ranjan, el anciano solo abrió las palmas de sus manos a manera de bendición.

—No soy tu amo, y tú no eres mi esclavo. Mientras decidas quedarte conmigo, yo te enseñaré. Cuando decidas otra cosa, puedes irte.

—¿Estoy listo?

El anciano se estudió las palmas.

—¿Cuál es el primer precepto?

—Nunca elijas pelear; solo lucha si no puedes alejarte.

—Si recuerdas eso, no te podrán hacer daño.

A decir verdad, el viaje transcurrió sin incidentes. Christopher estaba casi desilusionado cuando llegaron a la casa en Neyoor que le habían indicado. Regateó con firmeza; en un momento, ordenó a los criados que volvieran a cargar las mulas y estaba a medio camino hacia la puerta de salida cuando el comerciante lo hizo volver para continuar las negociaciones.

Al día siguiente, regresó y se presentó en la casa de Parashurama. Le entregó la bolsa con monedas que había traído.

—¿Cuánto conseguiste por la sal?

—Veinte rupias —respondió Christopher.

El mayordomo contó las monedas con desconfianza, mordiendo cada una para verificar su autenticidad y pesándolas en un pequeña balanza.

—Correcto —confirmó finalmente, de mala gana.

Parashurama le sonrió a Christopher.

—Mi mayordomo, Jayanthan, no confiaba en usted. El primer saco de sal contenía una carta para el comerciante en Neyoor. Le pedí que me enviara a su corredor más rápido con una respuesta, para informarme el precio que le había pagado por la sal.

Las mejillas de Christopher ardían.

—¿Usted no confiaba en que yo le hiciera una cuenta justa?

—Ahora sé que puedo.

Apartó dos monedas y se las dio a Christopher.

—Este es tu pago... por ahora. Pronto te encontraré de nuevo. Siempre tengo trabajo para los hombres en los que confío.

Durante los siguientes meses cumplió con su palabra. Diferentes cargamentos y diferentes pueblos; a veces otros hombres iban con Christopher, a veces iba solo. Una o dos veces, lo amenazaron grupos de hombres, pero al ver la espada de Christopher, invariablemente se echaban atrás. Cada una de ellas, Christopher quedó decepcionado. Podía sentir el poder que crecía dentro de él, tenso como la cuerda de un arco; necesitaba un momento de liberación. En las peleas en la tarima, luchó con tal ferocidad que esa semana casi dejó ciego a un hombre.

—¿Cuál es el segundo precepto que te enseñé? —preguntó Ranjan.

—*Channiga* —respondió Christopher, hoscamente.

—¿Y qué es *channiga*?

—Paciencia.

\* \* \*

Un día, Jayanthan, el mayordomo del hombre rico, fue al *kalari*.

—Mi amo tiene otra tarea para ti.

En la casa de Parashurama, el comerciante vació una bolsita en su mano. Los rubíes destellaron en la suave luz que llegaba a través de las persianas de madera tallada.

—Necesito que lleves esto a un comerciante tamil en Madura, al otro lado de las montañas. El viaje llevará muchos días, y los caminos por las montañas están infestados de bandidos.

Christopher apenas lo escuchó. Su atención estaba puesta en los rubíes. Le hacían guiños como una prostituta en la entrada de un burdel. Una idea perversa floreció en su mente: podía matar a estos dos hombres en ese mismo momento y lugar, y fugarse con las gemas. Entonces tendría las rupias suficientes para casarse con Ruth. Todo su cuerpo le dolía con la tentación, con la conciencia de su propia capacidad.

«¿Cuál es el tercer precepto?», resonó en su cabeza la voz de Ranjan.

«Autocontrol», respondió su propia voz interior.

Se obligó a mantener una máscara pasiva en el rostro para esconder sus ideas.

—Jayanthan irá con usted —señaló Parashurama, sin saber cuán cerca de la muerte había estado—. Solamente ustedes dos. Podría enviar una caravana de muchos hombres, pero eso llamaría la atención, y a todos los bandidos entre aquí y Delhi los atraería el olor. Dos hombres pueden esperar pasar desapercibidos donde veinte no podrían.

Christopher hizo una reverencia.

—Haré honor a su confianza.

Partieron al día siguiente, rumbo al interior. El camino no era más que un sendero en terreno salvaje, revuelto por las últimas lluvias del monzón y los pocos carros que lo habían usado. Los tamarindos daban sombra al camino, y los sonidos de aves e insectos se mezclaban con el ruido seco de los telares, donde los tejedores tenían sus talleres junto al camino.

Christopher había vivido casi toda su vida en la India, pero esta era la primera vez que se había aventurado a más de unos pocos kilómetros de la costa. Incluso trabajando con Parashurama, sus viajes siempre habían sido a las colonias a lo largo de la franja costera. Pronto, los pueblos fueron cada vez menos y más pequeños. El ruido seco de los telares fue reemplazado por castañeteos y silbidos de aves que nunca había escuchado antes.

Esa noche durmieron en el patio de un templo junto al camino. Al día siguiente, el sendero empezaba a subir hacia los Ghats, la gran cadena de montañas que corren como una muralla por la costa occidental de la India. El aire se hizo más fresco, el paisaje cada vez más salvaje. Cruzaron un bosque virgen de árboles de grandes troncos y bambúes, enredaderas gigantes y orquídeas. Los musgos crecían exuberantes, mientras que las flores rojas de la ceiba común salpicaban los costados del camino como gotas de sangre.

No estaban solos en el camino. Algunos campesinos iban junto a ellos, esforzándose bajo las pesadas cargas: fardos de tapetes de fibra de coco, canastas de fruta. Cada vez que se acercaban, Jayanthan tomaba a Christopher por el hombro y susurraba fuerte:

—Hay que estar atentos.

De todas maneras, apenas los campesinos se daban cuenta de la alta casta de Jayanthan, se echaban al suelo y apoyaban sus caras en la tierra hasta que él y Christopher hubieran pasado.

—Por lo menos *ella* no puede ser un bandido —observó Christopher, señalando a una mujer que llevaba a un burro cargado de mangos. Llevaba un recatado sari blanco y un corpiño también blanco, con una serie de brazaletes de cobre en el brazo.

Como si lo hubiera escuchado, la mujer se dio vuelta para mirar. A diferencia de los campesinos, no inclinó la cabeza ni miró para otro lado apenas se dio cuenta de su estatus. Le sostuvo la mirada a Christopher, con sus ojos francos y muy abiertos. Sus labios se abrieron en una sonrisita pequeña y asustadiza que parecía prometer posibilidades que Christopher solamente podía empezar a imaginar. El deseo latió en sus entrañas.

—Bruja descarada —dijo Jayanthan—. Deberían azotarla por su insolencia.

Sin apurarse, la mujer llevó a su burro al borde del camino y los dejó pasar. Christopher trató de mirarla a los ojos otra vez, pero ella estaba acomodando la cincha y los cestos de su burro y no volvió a mirarlo.

Pasaron junto a un santuario pequeño a un costado del camino, en el que había una estatua de Ganesh, el dios elefante, cubierto de guirnaldas de flores marchitas.

Jayanthan observó la espada en el cinturón de Christopher.

—Espero que estés listo para usar esa arma. Ese santuario señala el sitio donde un viajero fue asesinado por bandidos.

Como si esa hubiera sido una señal, un grito agudo rompió el silencio detrás de ellos. Un momento después, una mula de carga apareció rebuznando en la curva del sendero. Christopher sacó la espada y saltó hacia atrás rápidamente.

—Espera —gritó Jayanthan—. Tu deber es protegerme.

Christopher hizo caso omiso. Volvió corriendo, sus pies levantaban nubes de polvo. En la curva del camino, encontró a la mujer que habían visto antes. Estaba tendida en el suelo, con la falda alrededor de las caderas, el corpiño había sido arrancado de sus hermosos pechos jóvenes.

Un hombre musculoso de piel oscura la sujetaba con una mano mientras se arrodillaba entre las piernas de ella y, con la otra mano, abría la tela para revelar su pene erguido y en tensión.

Con el grito de guerra que había aprendido en el *kalari*, Christopher se lanzó al ataque. Pero el violador no estaba tan dominado por la lujuria como para haber perdido todo sentido de la precaución. Vio venir a Christopher y se puso de pie de un salto. Con una mirada rápida, vio la espada en la mano derecha de Christopher y se alejó corriendo.

Christopher era rápido, pero el hombre lo era todavía más. Después de seguirlo una docena de pasos, Christopher se dio cuenta de que no podía atraparlo con una simple persecución. Se detuvo y dejó caer la espada al suelo. Con ambas manos libres, Christopher se levantó la túnica.

Envuelta alrededor de su cintura, escondida a la vista de cualquiera, llevaba una *urumi*. Era una cinta fina de acero de doble filo, tan flexible como un látigo.

Era la última arma que había aprendido a usar en el *kalari*, y la más difícil de dominar. Usada de manera incorrecta, podía decapitar al hombre que la empleaba.

El asa de marfil se ajustaba perfectamente a su mano. Con un movimiento rápido de muñeca, liberaba la hoja. Parecía dotada de vida propia. Se extendía y se desplegaba mientras serpenteaba por el aire. El violador estaba en el límite de la extensión de la *urumi*, pero la punta ágil del acero alcanzó a enroscarse alrededor de su tobillo desnudo como una serpiente y se tensó en un nudo corredizo. Cortó a través de la piel, la carne y los tendones, y luego aplastó los huesos del tobillo. Con un grito de dolor, el hombre cayó y quedó tendido cuan largo era.

Christopher caminó hasta donde yacía gimiendo. No se apuró y se tomó su tiempo, dejando que la hoja de la *urumi* volviera a su mano deslizándose por el polvo del sendero y enrollándose como una cobra viva. Se detuvo junto al cuerpo del hombre y le sonrió.

—Mi amigo, creo que sabes que te llegó la hora. Puedes despedirte ya de este mundo. —Le habló en inglés, y aunque el hombre no entendía, el tono y el sentido de las palabras eran obvios. Lloriqueó y gimoteó pidiendo piedad, pero Christopher, siempre sonriendo, sacudió la muñeca y la *urumi* se desenrolló y se envolvió en la garganta del hombre. Su carne se abrió como una segunda boca. La respiración de los pulmones escapó por la tráquea cortada. Casi inmediatamente después, la sangre saltó de la arteria carótida, bombeando al ritmo de su corazón. Salpicó sobre los pies de Christopher, pero él no hizo ningún movimiento para evitarla. Esperó hasta que la hemorragia cediera y se detuviera completamente antes de ponerse en cuclillas junto al cadáver y hurgar en su ropa. En un cinturón debajo de la túnica, encontró una bolsita de cuero. Aflojó el cordón que la cerraba y vertió el contenido del monedero en su mano abierta. Las monedas eran en su mayoría de cobre, pero con la plata suficiente como para hacerlo sonreír otra vez.

La mujer agredida se acercó a donde él estaba en cuclillas y se inclinó sobre Christopher para ver lo que había encontrado. Ella se estaba ajustando la ropa y estirando la falda. Christopher la miró. Vista desde tan cerca, era muy bonita. Tenía el pelo espeso y brillante por el aceite con el que había peinado sus cabellos. Uno de sus pechos todavía sobresalía de la blusa rota. Vio que Christopher lo miraba y sonrió mientras lo cubría sin apresurarse.

—Gracias, *sahib*. Que todos los dioses le sonrían. Le estaré eternamente agradecida por salvarme de este animal. —Su voz era baja y de tono dulce. Ella le puso la mano sobre el hombro y lo apretó. Y Christopher la deseó.

Pero ella parecía no darse cuenta del efecto que estaba teniendo en él.

—¿Dónde está su compañero? —le preguntó.

—Oh, ¡santo cielo! —blasfemó Christopher. Se había olvidado de Jayanthan. Se puso de pie de un salto y volvió corriendo por la curva del sendero, y casi chocó con Jayanthan, que avanzaba hacia él casi sin aliento.

—¿Cómo te atreves a abandonarme? —lo enfrentó furioso—. Cuando mi amo se entere...

—Esa mujer estaba a punto de ser violada por un bandido —le recordó Christopher fríamente—. ¿Qué hubiera querido que yo hiciera?

—¿Y si eso hubiera sido una trampa? ¿Y si el bandido hubiera tenido amigos listos para saltarme encima en el momento en que tú me dabas la espalda? No debes olvidar tu deber porque están violando a alguna bruja campesina de baja casta.

Christopher necesitó todo su autocontrol para no responderle. La sangre del hombre muerto seguía tibia sobre sus piernas, y el placer de matar era feroz en su interior. Podría haberle arrancado la lengua a Jayanthan con la *urumi*, solo por hablarle de manera tan desconsiderada.

En lugar de eso, le dio la espalda y regresó a donde la mujer recogía los mangos que se habían caído de la canasta y los volvía a cargar en el burro. Le ofreció uno a Christopher.

—Acéptelo —lo invitó—. Es todo lo que puedo darle, por ahora.

Él le agradeció afectuosamente y partió en cuatro la fruta con su cuchillo. Luego puso rápidamente uno de los cuartos en su boca y comió con entusiasmo.

—Dulce —comentó—. Tan dulce como la joven que me lo dio.

Ella sonrió, esquivó, y bajó la vista para mirarse los pies.

—Me llamo Tamaana.

—Chris... —Empezó a decir él, y luego se detuvo y cambió—: Absalom. —Perplejo ante su belleza, casi le había dicho su nombre verdadero. Miró a Jayanthan, pero el mayordomo no parecía haberse dado cuenta.

Ella miró la selva vacía alrededor de ellos y se estremeció.

—¿Caminará conmigo hoy para protegerme, por favor, Absalom?

—No —respondió Jayanthan.

—Sí —aceptó Christopher.

—No —repitió Jayanthan. Su voz se elevó a un tono alto y pretencioso—. A ti te pagan para acompañarme a mí y obedecer mis órdenes.

Christopher abrió las piernas lo más que pudo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si deseas continuar solo, por supuesto puedes hacerlo. De todos modos, yo acompañaré a la dama.

—Cuando nuestro amo se entere de esto... —farfulló Jayanthan, tocando el sitio sobre su pecho donde colgaba la bolsa con los rubíes.

Tamaana se ubicó entre ellos.

—No deseo causar problemas con su amigo.

—No es mi amigo y no es mi amo. —Christopher tomó la brida del burro y empezó a caminar—. Voy a donde me ordenaron que fuera.

—¿Y él? —Ella hizo una mueca ante el cuerpo muerto en el charco de sangre. Las moscas ya habían empezado a tomar posesión del cadáver.

Christopher se encogió de hombros.

—Dejémoslo ahí como una advertencia a otros.

\* \* \*

Caminaron juntos por el resto del día: Jayanthan marchaba en silencio adelante, Christopher y Tamaana iban detrás de él. Jayanthan ni siquiera miraba a Tamaana. Ella era de una casta más baja y, por lo tanto, prácticamente invisible. Christopher apenas podía evitar mirarla. No podía dejar

de pensar en lo que había visto, la madura redondez del pecho de ella que escapaba de su corpiño roto, y los rizos oscuros que se reunían entre sus muslos cuando el violador le levantó la falda hasta la cintura.

«Piensa en Ruth», se dijo a sí mismo. «Piensa cuánto más dulce será cuando estén juntos finalmente como marido y mujer».

Pero era difícil pensar en Ruth cuando tenía a Tamaana junto a él. Pensar en Ruth lo puso sombrío y se encerró en sí mismo, pero Tamaana lo sacó de allí con su parloteo y sus sonrisas. Ella no era mucho mayor que él, pero era precoz y vivaz, con una simpatía y una franqueza que provenía de su crianza humilde. Su padre era agricultor en un pueblo pequeño cerca de la costa, le contó. Él, por su parte, se había enterado por un viajero de que había escasez de comida en las montañas, donde el nizam de Hyderabad había estado haciendo la guerra. Por esa razón, la hija del agricultor había sugerido llevar una carga de mangos para ver si podían conseguir un mejor precio.

—¿Viajaste sola? —se maravilló Christopher.

—Necesitan a mis hermanos para trabajar en la granja.

—¿Y tu marido?

No pudo evitar mirarla cuando dijo esto. Se ruborizó cuando ella lo miró. Le dirigió una sonrisa que no era precisamente tímida.

—No tengo marido. Mi padre no podía permitirse una dote. Y, en verdad, necesita que yo lo ayude a trabajar en la granja.

Christopher la miró atentamente.

—No puedo creer que alguien tan hermosa como tú no pueda encontrar marido.

Ella bajó la vista.

—Debo hacer lo que mi padre ordene.

Cuando cayó el sol, llegaron a un templo, en un lugar solitario, no muy lejos de los altos picos de la montaña. Un cerco amurallado se alzaba alrededor de una pequeña pagoda, aunque el patio estaba abandonado y lleno de maleza y zarzas. Ennegrecidos círculos de fuego daban prueba de que otros viajeros habían acampado allí antes que ellos.

Jayanthan puso su manta dentro de la pagoda. Christopher cortó un sector de maleza cerca de la puerta e hizo su cama ahí.

—Prefiero dormir afuera —le explicó a Tamaana—. Adentro, atacan las alimañas y los insectos.

No prendieron un fuego para evitar llamar la atención. Cenaron un plato simple de arroz y legumbres y uno de los mangos de Tamaana. Christopher insistió en pagar por él.

—Si no, no te quedará nada para vender una vez que hayamos cruzado las montañas.

Christopher tardó mucho tiempo en dormirse. Estaba acostado en la hierba, escuchando los ruidos de la noche. Más allá de la muralla, las criaturas de la selva se hacían oír. Indudablemente había tigres en esas montañas, y solo el Señor sabe qué otras cosas. Los bosques escondían mil lugares donde vigías invisibles podrían haber seguido sus movimientos, esperando el momento de atacar.

Algo crujió. No en el bosque, sino dentro de la muralla. Buscó la espada. Tenía el pulso acelerado. No tenía miedo: su cuerpo anhelaba la oportunidad de luchar otra vez.

—¿Absalom?

Tamaana se acercó, caminando por entre la hierba que le llegaba hasta la cintura, sujetando la falda de su sari para evitar las zarzas. Se sentó al lado de Christopher, tan cerca que sus hombros casi se tocaban.

—No podía dormir. Seguía viendo... —Se estremeció—. No puede imaginárselo.

—Ahora ya estás a salvo —la tranquilizó Christopher.

Se apoyó sobre él, acomodando la cabeza en la curva de su brazo. Él se mantuvo rígido, confundido. Sintió un impulso irresistible, abrumador, de besarla.

Apretó los dientes. «Ruth», se dijo. «Debes ser fuerte por Ruth».

—¡La manera en que se enfrentó a ese monstruo que me atacó! Nunca he visto nada parecido. Es un arma terrible la que empuña. ¿Dónde aprendió a usarla tan hábilmente?

—Aprendí en el *kalari*.

Ella se movió, giró un poco sobre sí. Su mano se deslizó hacia la rodilla de él para no perder el equilibrio.

—Debe haber estudiado allí muchos años.

—No tantos. Crecí lejos de aquí, en Bombay.

Ella parecía intrigada.

—¿Entonces no es indio?

—No. —La pregunta no lo sorprendió. Con su pelo y ojos oscuros, realmente tenía el aspecto de un nativo. Las largas horas al sol en el *kalari* habían terminado la transformación, haciendo que su piel adquiriera un color marrón oscuro. Solamente su altura lo destacaba de otros hombres.

—Mi padre es inglés, pero he vivido en este país casi toda mi vida.

La mano de ella subió de la rodilla de él al muslo. Sus dedos se adaptaron naturalmente a la grieta entre las piernas de él.

—¿Inglaterra es un país caluroso?

—No. Mi padre dice que hace frío y llueve constantemente.

—¿Como aquí en la época del monzón?

—Tal vez.

La mano de ella se había movido otra vez. Ya descansaba directamente entre sus piernas. Sus dedos se deslizaban con habilidad a través del fino algodón, frotando y provocando. «Por Dios, que se detenga», ordenó su mente, pero su cuerpo lo traicionó. Su virilidad se levantó ansiosamente, endureciéndose por su tacto.

—Esto no está bien —protestó él, casi sin aliento—. Hay... otra persona.

—Comprendo —aceptó ella, aunque no cambió de lugar su mano—. ¿Y tú estás casado? —lo tuteó.

—No.

—¿Entonces por qué puede estar mal esto? —Ella empezó a mover su mano más rápido, masajeándolo hasta que Christopher pensó que iba a estallar de deseo.

—¿Has estado alguna vez con una mujer?

—No —admitió él.

Ella se desprendió el corpiño. Las dos mitades cayeron abiertas, dejando a la vista sus pechos, amplios y perfectamente formados.

Tomó la mano de Christopher, le abrió los dedos y la puso sobre uno de ellos. En el aire fresco de la noche, el pezón estaba firme y erguido. Él lo apretó entre sus dedos, y ella suspiró.

—Espacio —susurró ella. A horcajadas sobre él, le desató el taparrabos y apartó los pliegues. El pelo largo de ella le rozó el pecho; los labios de ella le cubrieron la cara con besos. Ella movió su cuerpo, pegado al de él.

«Ruth», suplicó un rincón pequeño de su mente, pero él lo ignoró. Su deseo era impostergable, era un fuego violento que le quemaría la piel, no lo podía controlar.

Con un grito suave de posesión, giró sobre ella. Tamaana quedó tendida debajo de él y abrió

los muslos para luego envolverlo con sus piernas. Cruzó los tobillos sobre el trasero de él y buscó su sexo con la parte inferior de su cuerpo. Lo encontró erguido, duro y caliente, listo para ella. Ella casi pierde el aliento cuando lo envolvió con los labios resbaladizos de su vagina, y él respondió a su movimiento empujando también. Pareció durar un instante y para siempre, y entonces Tamaana sintió las convulsiones del cuerpo de él sobre ella y las vibraciones del pene de Christopher cuando bombeó su esencia generativa en su útero. Le clavó los talones en el trasero, llevándolo más hacia sus profundidades, decidida a absorber hasta la última gota de lo que él tenía para brindarle.



Christopher se despertó tarde. En el *kalari*, siempre se levantaba antes del amanecer para ocuparse de sus tareas antes de que comenzara el entrenamiento del día. No podía recordar la última vez en que había dormido más allá del alba.

Saboreó ese lujo. Los recuerdos de la noche regresaban con tanta intensidad que sintió que volvía a endurecerse otra vez. ¿Había ocurrido realmente, o era un sueño? No. Podía sentir el olor de la piel de ella, los olores de coco, almizcle y sudor.

Una sonrisa le iluminaba la cara. Su cuerpo brillaba después de la noche anterior, y el sol se sentía tibio sobre su piel. Estiró un brazo, pero Tamaana ya no estaba con él. Tal vez no había querido que Jayanthan los encontrara juntos. Con una punzada de lujuria residual, se incorporó y miró a su alrededor.

La manta de ella estaba ahí, extendida sobre la hierba aplastada. El burro todavía seguía atado al mismo árbol, masticando el pasto. Pero ella parecía haberse ido.

Un cuervo voló, cruzando el patio, y planeó para detenerse en la pagoda. Se preguntaba por qué Jayanthan no había aparecido para despertarlo. Normalmente, nunca perdía una oportunidad de señalarle a Christopher sus defectos.

De mala gana, fue a buscar a Jayanthan. Subió los escalones a la pagoda y vio por la puerta al cuervo, que picoteaba algo en el suelo. Desde donde él estaba, no podía ver bien de qué se trataba. Una nube de moscas envolvía al cuervo con sus zumbidos. Unas ratas se escabulleron en la oscuridad cuando entró al edificio, y recordó la advertencia que le había hecho a Jayanthan: «Estos edificios son nidos de toda clase de bichos».

Después del sol brillante en el exterior, necesitó un momento para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Luego necesitó otro momento más para comprender lo que estaba viendo.

Jayanthan estaba echado sobre la espalda, pero no estaba dormido. Su garganta estaba cortada en un largo tajo vertical desde la punta de la barbilla hasta el esternón. El corte estaba tan abierto que Christopher pudo ver las vértebras que se asomaban. La bolsita con los rubíes había desaparecido. Lo rodeaba un charco de sangre que se secaba, cubierto de moscas. En el borde, una huella de un pequeño pie desnudo estaba impresa con sangre en el suelo de piedra. El mismo tamaño de los pies que se habían apretado contra sus glúteos la noche anterior.

Con un gruñido de furia, Christopher salió corriendo. Se ató la correa de la espada, agarró la *urumi* y corrió hacia el camino.

La neblina de la mañana había aplastado el polvo, y no había nadie afuera tan temprano. Podía leer las huellas de los pies desnudos de Tamaana con claridad. Las siguió hacia la montaña, cada paso marcado por su odio. La *urumi* vibraba en su costado, e imaginó las cosas que le haría cuando la atrapara.

No muy lejos camino arriba, sus pisadas doblaban hacia un sendero de cabras que seguía a lo largo de una estribación de la montaña. Christopher se detuvo. El sendero era pedregoso, demasiado duro como para que los pies ligeros de Tamaana hubieran dejado alguna huella. ¿Se había ido por ese camino? ¿O era simplemente un engaño para apartarlo del camino verdadero?

Ella lo había engañado todo el tiempo. La granja de mangos, el padre viejo y pobre que no podía permitirse la dote. Todo era mentira. La violación había sido una simulación. Jayanthan había tenido razón, aunque Christopher estaba demasiado enojado como para sentirse culpable. El violador debía haber sido el cómplice de Tamaana. Indudablemente la intención era que él escapara apenas Christopher apareciera, quizás para volver a encontrarse con ella en la noche. Por lo menos, esa parte del plan había fallado.

Se preguntaba por qué ella no lo había matado cuando tuvo la oportunidad. ¿Sentimentalismo? Recordó la sensación de su cuerpo alrededor de él, el contacto de su piel, y apretó los puños con rabia por su traición. La haría sufrir cuando la alcanzara.

Revisó el camino más arriba, pero no había más huellas. Debía haber tomado el sendero de las cabras. Lo siguió, serpenteando por la empinada ladera de la montaña. No era un rastreador experto, pero en una depresión pequeña, donde la tierra todavía estaba húmeda, vio una huella de pie desnudo, recién impresa. Aceleró su marcha y dobló la *urumi*.

El sendero doblaba un saliente en la montaña para dar repentinamente a un barranco pequeño. Y allí estaba ella. Sola, parada sobre una roca, desarmada. Debió haberlo escuchado acercarse, pero no había hecho ningún intento de escapar de él. Había perdido el sari y llevaba solamente el corpiño y un par de pantalones cortos de cuero que él no había visto antes.

—Me seguiste —dijo ella. Parecía divertida.

En su enojo, él casi la ataca de inmediato. Pero algo en la pose de ella lo detuvo. Había en ella un poder, un sentido de la satisfacción por lo que había logrado, que traspasaba la furia de él y lo ponía en guardia.

—¿Dónde están los rubíes? —preguntó.

—A buen recaudo. Tu amigo Jayanthan fue un leal sirviente. Cuando me vio venir, trató de tragarse las gemas de su amo para que yo no me apoderara de ellas. Tuve que abrirle la garganta para recuperarlos.

—Te haré pagar por eso.

—Tú habrías hecho lo mismo. Vi la manera en que lo mirabas ayer. Yo sé lo que había en tu corazón.

Christopher no lo negó.

—Pero ahora te tengo atrapada.

—¿Te parece? —Chasqueó la lengua. Cinco hombres se alzaron desde atrás de las rocas que los habían ocultado. Hombres rudos, sin afeitar, vestidos con andrajos. Todos portaban afiladas hojas.

—Creo que yo te tengo atrapado a *ti*.

—Vas a necesitar a más hombres que estos —replicó Christopher. Mientras hablaba, observó las caras de los hombres alrededor de ella, evaluándolos: quién sería el más rápido, el primero en moverse, el más difícil de matar. No vio nada que lo hiciera detenerse.

—El primer hombre que se me acerque perderá la cabeza —advirtió Christopher. Tamaana estaba a unos diez pasos de él, justo fuera del alcance de la *urumi*. Se adelantó un poco. Casi a la distancia precisa. Preparó sus músculos para atacar.

Tamaana llevó la mano hacia atrás y sacó una pistola larga y con cañón de bronce del cinturón de sus pantalones. Con un solo movimiento, le apuntó a Christopher y la amartilló.

Él se detuvo de golpe. Ella vio la impotencia en su cara y se rio.

—Ni siquiera el mejor guerrero del *kalari* puede luchar contra una bala.

—Entonces, ¿por qué me trajiste aquí? ¿Por qué no me mataste cuando dormía, como hiciste con Jayanthan?

—Porque no quiero matarte. —Christopher se acercó un poquito más—. Pero lo haré si te acercas un poco más.

—¿Por qué?

—¿Es realmente tu ambición ser un chico de los mandados por el resto de tus días? ¿Servir a hombres gordos a los que podrías matar de un solo golpe, dejándolos creer que son superiores a ti simplemente porque tienen dinero? Vi cómo manejas esa *urumi*. Un luchador como tú podría ser el

hombre más temido de la costa de Malabar.

—¿Y convertirme en qué? ¿En un bandido?

—En un hombre libre.

Tamaana bajó la mirada al cañón de la pistola. Sus brazos eran delgados, pero la pistola nunca tembló.

—¿Qué decides escoger?

—¿Estás seguro de que estamos haciendo lo correcto? —se preguntó Tom en voz alta.

Él y Dorian estaban sentados en la popa de la pinaza, Tom tenía el brazo apoyado sobre la caña del timón para abrirse paso entre la flota de buques mercantes anclados en la bahía de la Mesa. Sarah, Yasmini y Ana estaban sentadas frente a ellos en la bancada, mientras que detrás de ellas, Alf Wilson hacía que la tripulación moviera los remos en perfecta sincronía. El padre de Alf había nacido en Bristol, pero el cutis oscuro le venía de su madre, una mujer de alta alcurnia del Imperio mogol de la India. Tom podía adivinar cuán entusiasmado estaba Alf al regresar al país donde había nacido.

—Si estuviéramos realmente seguros de lo que estamos haciendo, entonces estamos haciendo algo incorrecto, sin dudas —se burló Dorian—. La duda es la que le da consistencia a la aventura.

Sarah alzó una ceja, mirando a Tom.

—No es propio de ti tener dudas, mi querido esposo.

—Simplemente estaba pensando en voz alta. —En verdad, no había tenido tiempo para las dudas desde aquella noche extraordinaria en que Francis había aparecido sin invitación y como un desconocido en la casa de huéspedes, decidido a matarlo, y Ana había propuesto una empresa conjunta. Desde entonces, su vida había sido una actividad incesante: comprar un barco y equiparlo, llenar su bodega con un cargamento que pudiera obtener una ganancia importante en la India y tomar una tripulación para manejarlo. Tom había supervisado casi todo, se levantaba antes del amanecer y se quedaba hasta tarde en el puerto y, luego, subía la colina en la oscuridad para examinar detenidamente las cuentas a la luz de un farol.

—Algunas mujeres quedan viudas cuando sus maridos van al mar —había dicho Sarah—. Yo debo esperar con ansias que zarpe para recuperarlo.

Tom la había tomado en sus brazos.

—Cuando estemos en el mar, tendré ojos solo para ti.

—Tendrás ojos para el horizonte, para el clima, para el velamen y para el bienestar de tu tripulación —replicó ella—. Pero, al menos, no podrás alejarte demasiado de mí.

—Habrán muchas horas para estar juntos antes de que llegemos a la India —prometió él con un brillo en los ojos.

En ese momento, movió la caña del timón para dirigir el bote más allá de un barco mercante de la ruta de las Indias Orientales muy cargado. Sus troneras doradas brillaban con el sol de mediodía, lo cual hizo que recordara el *Seraph*, el barco que lo había llevado a África la primera vez, cuando navegaba con su padre Hal, a la caza del pirata Jangiri. Se preguntó cuánto le habrían costado a la Compañía de las Indias Orientales todos los dorados de sus barcos y qué fracción infinitesimal de sus ganancias representaba eso.

—Es mucho dinero —dijo Yasmini.

Él sabía que no estaba hablando de los barcos mercantes. Estaba hablando de lo que habían gastado esas últimas semanas. La embarcación les había costado cara. No había demasiado para elegir en Ciudad del Cabo, y su propietario había presionado tanto a Tom que casi decide

retirarse. Habían vaciado la cuenta en el banco de la calle Heerengracht y descubrieron que todavía necesitaban más. La guerra de sucesión española, que se había eternizado en Europa durante casi diez años, había inflado los precios de los cordajes, la pólvora, las municiones y cientos de otros artículos diversos.

—Pero mira lo que hemos conseguido con el dinero. —Enderezó el curso. La pinaza salió de abajo de la popa del barco mercante y allí estaba, directamente delante de ellos: una nave de tres mástiles de estilo holandés que llamaban *schoeners*, que significa “hermoso”. En inglés, la palabra se había convertido en *schooner*, es decir, “goleta”. Era un nombre acertado. Más larga y más delgada que el gran mercante de las Indias, estaba adornada con elegantes líneas, desde el bauprés inclinado hasta las delicadas tallas sobre el camarote de popa. Desde el momento en que había llegado a Ciudad del Cabo, Tom supo que tenía que ser suya. La había bautizado *Kestrel*, en recuerdo de los cernícalos que había cazado en su juventud en Devon. Al igual que ellos, este barco podía navegar con la más leve de las brisas.

Estaba anclada más allá del resto de la flota, solo con la compañía de la fiel balandra *Centaurus* de los Courtney. Estaba fuera del alcance de la batería del fuerte, una prudente precaución que Tom había aprendido de su padre.

Llevó la pinaza al lado del *Kestrel*, y treparon la escalera de mano. Aboli ya estaba a bordo, supervisando los últimos preparativos. Francis estaba a su lado, escuchando atentamente y escribiendo todo en el libro de registro.

Corrió hacia un costado de la nave cuando vio asomar la cabeza de Tom por la borda.

—Bienvenido a bordo, tío. Está todo listo y el viento es bueno. Aboli dice que solo estamos esperando que dé la orden de levar anclas.

Tom sonrió ante el entusiasmo del muchacho. Lo había enviado a vivir a bordo del *Kestrel* apenas se secó la tinta de la compra, antes de que alguien hiciera preguntas sobre Jacob de Vries y los otros hombres que habían desaparecido el día que llegó Francis. De Aboli, no había recibido más que buenos informes. El muchacho era un discípulo capaz y bien dispuesto, que aprendía rápido. Aunque jamás había puesto un pie en un barco antes del viaje a África, Tom se daba cuenta de que tenía todas las condiciones para ser un marinero formidable.

—Tiene la mente de Black Billy para los negocios —le dijo Aboli a Tom una noche—. Pero todo su corazón viene de la madre.

Tom se dio cuenta de que Francis ya no lo estaba mirando a él. Miraba atentamente por sobre su hombro, sin pensar en el barco y su carga. Su rostro se iluminó con una alegría poco disimulada. Ana había subido a bordo.

«Debo vigilar a esos dos», pensó. El informe de Aboli sobre Francis también había reseñado algo más que el aprendizaje náutico del muchacho.

—Se ha enamorado, *Klebe*. Cada vez que Ana viene a bordo, él se olvida de todo, excepto de ella.

—Pero es apenas un jovencito —había exclamado Tom—. Ana es una mujer adulta. —Aunque en verdad, cuando pensó en ello, se dio cuenta de que ella era apenas algunos años mayor—. ¿Y Ana comparte esos sentimientos?

—Ella todavía no lo ve a él como él la ve a ella —había respondido Aboli—. Pero será un viaje largo. Quizás él tenga motivos de esperanza.

Tom suspiró. Ni Francis ni Ana estaban a su cargo; ambos eran mayores de edad y libres de casarse con quien decidieran. Pero sentía una cierta responsabilidad por Francis, no muy diferente de la que hubiera sentido por un hijo suyo. Y sabía por experiencia propia que las aventuras amorosas dentro de los confines claustrofóbicos de una embarcación podían tener consecuencias

no deseadas.

Sarah había llegado a su lado.

—Francis —le pidió dulcemente—. ¿Podrías llevar el equipaje de la señorita Duarte a su litera?

—No deberías ponerlo en el camino de la tentación —masculló Tom una vez que los otros habían descendido.

—Que yo lo haga o no carece de importancia —replicó ella—. Lo que tiene que pasar, pasará. Y tú, precisamente, deberías saberlo.

Dorian se acercó a ellos caminando rápidamente.

—Es una espléndida nave —aprobó—. Buena suerte, hermano, hasta que nos encontremos otra vez.

—Hasta entonces.

El plan de ellos, deliberado durante muchas semanas, era que Tom y Sarah, con Francis y Ana, fueran con el *Kestrel* a Madras. Dorian y Yasmini, con Aboli, llevarían al *Centaurus* por los puertos árabes de Gombroon y Moca en la costa de África. Se encontrarían en las islas Laquedivas, el pequeño archipiélago a unas cien millas frente a la costa sur de la India, y navegarían juntos de regreso a casa.

Tom abrazó a su hermano.

—Hasta pronto.

—Regresa sano y salvo.

—Tengo que hacerlo —repuso Tom—. Nos ha costado demasiado como para no hacerlo.

Sintió un estremecimiento cuando vio alejarse a su hermano menor. Durante casi diez años, había creído que él estaba muerto. Separarse otra vez, aunque fuera por poco tiempo, le producía un temblor que llegaba al corazón. «¿Y si esta fuera la última vez que lo veo?», se preguntó.

—¿El tío Dorian ya se fue?

Francis había aparecido por la escalerilla. Tom se preguntó cuánto tiempo habían estado abajo él y Ana.

—Llegas justo a tiempo para decirle adiós.

El bote soltó la amarra con Dorian, Aboli y Yasmini que saludaban con la mano desde la popa. Tom dio la orden de levar anclas, y la tripulación corrió hacia el cabrestante. Sintió el habitual ruido sordo de la cubierta debajo de sus pies cuando el ancla se liberó y la nave se puso en marcha.

Adoraba la libertad del mar. De todos modos, el peso de sus deudas estaba muy presente en su cabeza. Nunca en su vida había estado endeudado con nadie y se sentía incómodo por ello. Anhelaba terminar el viaje, recoger sus ganancias y pagar lo que le habían prestado. Solo entonces iba a poder respirar con tranquilidad otra vez.

El océano les sonreía. Aunque la estación ya estaba avanzada, Tom no podía recordar un viaje más fácil. Los mares embravecidos que le habían dado su otro nombre al cabo de Buena Esperanza, el cabo de las Tormentas, no eran visibles de ninguna manera. El *Kestrel* hizo honor a su nombre y navegaba delante del viento como si el mar debajo de su quilla fuera leve como el aire. Todos los días, Tom descubría algo nuevo sobre la embarcación que lo dejaba encantado.

Pasaba mucho tiempo con Francis, enseñándole todo lo que podía, tal como su padre le había enseñado en su primer viaje. Lo adiestró en la navegación: cómo determinar la altura del sol y calcular la latitud; cómo usar la corredera para medir la velocidad y la brújula para calcular la

dirección, y cómo marcar el avance en la tabla de la rosa de los vientos junto al timón.

—Pues nadie todavía ha creado una manera de medir la longitud, aunque muchas de las mentes más brillantes lo han intentado —le explicó a Francis—. El sol puede decirnos cuán al este o al oeste hemos ido, pero no cuán al norte o al sur. Eso solo podemos calcularlo por nuestra velocidad y nuestro rumbo.

En las tardes, durante la guardia de cuartillo, practicaban con espadas. A Francis su padrastro le había enseñado bien, y tenía la agilidad natural de su padre. Bajo la tutela de Tom, se convirtió en un luchador realmente temible.

También se ejercitaban con armas más pesadas. El *Kestrel* llevaba diez cañones de nueve libras y, todos los días, Tom entrenaba a sus hombres en su uso. Apenas se atrevía a esperar llegar a la India sin incidentes y estaba decidido a no correr ningún riesgo. Entrenó a la tripulación hasta que pudieron disparar tan rápidamente como un buque de guerra inglés, una andanada cada dos minutos. Francis trabajó con la tripulación hasta que pudo limpiar, cargar, apuntar y disparar un cañón tan bien como cualquier hombre a bordo.

—Porque si llega el momento, vamos a necesitar que cada uno de los hombres maneje los cañones —comentó Tom una noche—. He apostado mi fortuna en este viaje. No voy a permitir que algún pirata me lo arrebate.

—¿Cree que vamos a encontrar piratas? —Tom vio la expresión en la cara de Francis y tuvo que contener una sonrisa. El muchacho no podía esconder su entusiasmo por probarse en batalla.

«Está bien», se dijo Tom. «Tú eras así a su edad». Recordó rogarle a Big Daniel Fisher, el primer oficial técnico de su padre, que le permitiera enrolarse... y su alegría cuando su padre finalmente lo permitió.

—No se trata solamente de piratas —advirtió—. Si Guy se entera de nuestra pequeña expedición de «intrusos», va a llamar a toda la flota de la Compañía de las Indias Orientales para lanzarla en contra de nosotros.

Francis entrecerró los ojos en la luz intensa del sol.

—¿Por qué el tío Guy lo odia tanto? Nunca me lo dijo en Ciudad del Cabo.

—Es una historia larga. —Tom vaciló, preguntándose qué debía decir. Había pocas cosas en la vida que prefería evitar, y hablar de su hermano era una de ellas—. Cuando teníamos tu edad...

Una vela se hinchó. Una de las escotas se había soltado y el extremo de la cuerda comenzó a golpear por toda la cubierta. Instantáneamente, Tom sintió el cambio de velocidad por las vibraciones del casco.

—Debo ocuparme de eso. —Le dio una palmada en el hombro a Francis—. Algún otro día, prometo que te lo contaré.

Francis no volvió a preguntar. En parte, porque intuía la renuencia de Tom a tocar el tema. Pero sobre todo, porque su cabeza estaba llena de pensamientos sobre Ana. Hacía mucho tiempo había aprendido a estar receloso del sexo débil. Para cuando llegó a una edad en la que podía ser considerado casadero, su pobreza se había hecho demasiado obvia. Algunas muchachas habían mostrado algún interés en él, impresionadas por la grandiosidad de High Weald, pero eso rara vez perduraba más allá de su primera visita, cuando veían las paredes desnudas y las habitaciones vacías en el interior.

Pero con Ana, no sentía nada de eso. Ella lo había visto sin pretensiones ni privilegios, y eso no la había repelido. Le hablaba de manera amable, con claridad y con naturalidad. Aunque eso conllevaba su propio tormento, porque él no podía darse cuenta de qué sentimientos respaldaban sus palabras. Francis atesoraba los recuerdos de la amabilidad de Ana, y por el contrario, si alguna vez ella era cortante o parecía no verlo, él se tambaleaba al borde de la desesperación.

Cada vez que ella aparecía en cubierta, él apenas si podía concentrarse en muy poco más. Registraba torpemente el rumbo en la tabla de la rosa de los vientos y equivocó su posición al consultar el cuadrante de Davis para medir el ángulo del sol.

—Nos has puesto en alguna parte en la latitud de Groenlandia —lo reprendió Tom una tarde, cuando el cálculo de Francis fue inusitadamente incorrecto.

—Lo siento, tío.

—¿Has oído hablar del almirante *sir* Cloudesley Shovell? Hace dos años, calculó mal su posición y encalló su flota en las islas Sorlingas. Perdió cuatro naves y cerca de dos mil vidas, incluida la suya, lo que por lo menos le evitó al Almirantazgo la molestia de tener que hacerlo fusilar.

Francis bajó la cabeza.

—Ya veo.

Tom suavizó su tono.

—Debes comprender, Francis, que hay solamente tres hombres a bordo que pueden ubicar el sol con exactitud. Si algo llegara a pasarme a mí y a Alf Wilson... una tormenta, un ataque pirata, algo pesado que se nos cae encima... tú serías el único hombre que podría llevar el barco a un lugar seguro.

—No había pensado en eso, señor.

—No aseguré esta nave. El asegurador en Ciudad del Cabo trabaja en la VOC, y me habría cobrado más de lo que pagué por ella. Toda mi fortuna, y más aún, está comprometida con este buque. Si se hunde, nos hundimos todos.

—Me preocupa la influencia de su padrastro —le dijo Tom a Sarah esa noche, acostados en su cama en el camarote de popa. El barco había venido equipado con un catre individual con bordes altos, pero Tom le había ordenado al carpintero que lo ampliara para acomodar a dos personas. Estaban tendidos lado a lado, los dos desnudos en el húmedo calor tropical—. Un jugador como él debe haber sido un esclavo de sus apetitos. ¿Y si Francis aprendió los mismos hábitos?

—Entonces tendrá que desaprenderlos. —Sarah rodó en su lado, y puso la cabeza sobre el pecho de él y escuchó sus latidos.

—Y tiene la sangre de Billy corriendo por sus venas —continuó Tom.

—Y a mi padre lo único que le importaba eran las ganancias que podía obtener, y mi madre nunca podía estar en la misma habitación que un pastel de crema sin devorarlo. ¿Y yo soy un monstruo incontinente?

Tom miró el techo bajo. Allá arriba, escuchó el paso medido de los hombres de guardia yendo de un lado para otro sobre la cubierta.

—¿Qué es lo que hace a un hombre? —se preguntó él en voz alta—. ¿Es lo que está en su sangre, o es lo que aprende de quienes lo rodean?

Sarah se apoyó en el brazo de él. Ya tenía poco más de treinta años, pero en todo caso, estaba más sensual que nunca. Su piel dorada seguía siendo perfecta, sus pechos suaves y firmes y sus ojos tan despejados y azules como el cielo de Devon.

—Francis, de lo que sea que esté hecho, y sea lo que fuere que haya aprendido, será el hombre que deba ser. Y lo único que puedes hacer, Tom Courtney, es ayudarlo a encontrar el camino correcto.

Su pelo largo se extendió sobre el pecho de él y le hizo cosquillas. Ella siguió con un dedo las líneas que marcaban los músculos de Tom y continuó ininterrumpidamente hacia abajo. Él

descubrió que sus pensamientos se desviaban hacia otras cosas. Sarah lo besó en los labios. Sus ojos centellearon.

—Debo confesar, sin embargo, que no estoy del todo libre de la influencia de mi madre. En algunos aspectos, soy bastante insaciable.

La suerte lo acompañó casi hasta el cabo Comorín, la punta más meridional del subcontinente indio. Una vez allí, estarían protegidos de los vientos del monzón, que pronto iban a hacer imposible toda navegación sobre la costa occidental.

—Y apenas dejemos atrás el cabo, el camino es sencillo alrededor de Ceilán y hasta Madrás —aseguró Tom, señalando la carta náutica desplegada sobre la mesa de su camarote. Tocó madera para prevenir la mala suerte. Había llegado justo antes de empezar el monzón, y el viento había ido empeorando toda la tarde. No estaban a salvo todavía.

—Hay minas de zafiro en Ceilán —intervino Ana—. Las piedras más hermosas, las más preciosas del mundo. Se dice que el rey Salomón se las regaló a la reina de Saba para conquistarla.

Al otro lado de la mesa, Tom vio un cierto estremecimiento en Francis y adivinó lo que estaba pensando. Miró a Ana y se preguntó si lo había comentado deliberadamente para darle ideas a Francis.

—¿Podríamos detenernos en Ceilán? —preguntó Francis.

—Tal vez en el viaje de regreso —respondió Tom. Quiso hacer un chiste, pero sonó brusco—. En este momento no podemos permitirnos correr atrás de la zanahoria.

—Se pueden hacer fortunas con las piedras preciosas —agregó Ana. Tom la miró a los ojos, y no vio mañas ni jugarretas. Solo el deseo de una comerciante de obtener ganancias en cualquier lugar—. Hace algunos años, el gobernador de Madrás, *sir* Thomas Pitt, compró un diamante que pesaba casi un cuarto de libra, cuatrocientos diez quilates.

Hasta Tom se mostró interesado en ese momento. Dejó escapar un silbido por lo bajo.

—Lo había sacado de contrabando un peón indio de las minas de Golconda. Tuvo que esconderlo en una herida que le supuraba en la pierna para que los guardias de la mina no lo encontraran. Pitt pagó veinte mil libras, y cuando la piedra se corta y se pule, se vende por más de cien mil.

—¿Golconda está cerca de Madrás? —preguntó Francis.

—Más de trescientos kilómetros tierra adentro. Pero todas las piedras de mejor calidad van a Madrás.

—Entonces esperemos tener buenas ganancias con nuestro cargamento para llevar algunas a Ciudad del Cabo —dijo Tom—. Apostaré...

Se interrumpió. Algo había cambiado: lo sintió a través de los maderos de la embarcación. Empezó a ponerse de pie, incluso antes de que llamaran a la puerta.

—Con su perdón, señor —se disculpó el marinero—. Cambió el viento, y el clima se está poniendo feo. El capitán dice que se acerca una tormenta.

Tom salió corriendo hacia la cubierta. En el poco tiempo que habían estado abajo, un cambio terrible se había producido en el mar. Las olas se hacían cada vez más grandes alrededor de ellos; el viento silbaba entre los aparejos con un gemido agudo. Una luz extraña y enrojecida cubría el océano mientras el sol trataba de atravesar las nubes enfurecidas que se concentraban en el horizonte.

—Recojan todas las velas menos las velas de estay de mesana y mayor —ordenó Tom—.



Carguen los puños de la vela mayor del trinquete, pero mantengan la verga a media altura para maniobrar. Preparen las anclas flotantes y manténganlas listas.

Los hombres corrieron cada uno a lo suyo, trepando por los flechastes para recoger las velas. Tom llamó a Francis.

—Mide el nivel en el pozo. —El pozo era una depresión en el centro de la nave, donde se junta toda el agua de los pantoques. Incluso en mares en calma, el agua entraba hasta en las mejores embarcaciones. Con la tormenta, Tom lo sabía, la presión sobre las maderas de la nave sería tremenda. Las olas golpearían el casco y moverían los tablones; inevitablemente, habría filtraciones. Si no la bombeaban de inmediato, el agua podía hacer más pesada la embarcación, lo que dificultaría cualquier maniobra, además de hacerla más vulnerable a las olas que se estrellaban sobre las cubiertas. Y hasta podía llegar a hundirla.

Francis regresó, con el palo que usaban para medir el pozo.

—Quince centímetros, señor.

—No es grave. —Pero Tom no quería correr riesgos—. Una vez que las velas estén recogidas, duplica los hombres en las bombas y relévalos cada media hora.

—Sí, señor. —Francis corrió a cumplir las órdenes. Tom se dio vuelta y encontró a Ana y Sarah envueltas en sus chales.

—¿Estamos en peligro? —dijo Sarah con serenidad. El viento le hizo volar el pelo en mechones alrededor de su cara.

—Teniendo en cuenta nuestra posición, debemos tener unas cien millas de alta mar por delante —respondió Tom—. El *Kestrel* es una buena nave. Con un poco de suerte, podemos movernos rápidamente antes de que pase la tormenta.

—¿Y ahora? —preguntó Sarah—. ¿Qué podemos hacer la señorita Duarte y yo?

—Vayan bajo cubierta y cierren las escotillas. Y rueguen que esta tormenta se suavice.

El viento aumentó. El mar empeoró. Las olas eran tan altas que ya no se podía ver más allá de ellas. El *Kestrel* corcoveaba y se bamboleaba, su cubierta se inclinaba tanto que Tom apenas si podía mantenerse en pie. Llegó la noche, aunque el día había sido tan oscuro que no hubo demasiada diferencia. Nadie durmió. Tom recorría la cubierta, ayudando al timonel a mover la rueda contra el mar agitado, atento a los palos y las poleas que pudieran caer. La tormenta se había producido tan rápidamente, no había tenido tiempo de bajar los masteleros. No se atrevía a esperar salir de aquello sin que el mar se llevara alguna parte de su embarcación.

Y así fue. En algún momento de la guardia de media, bastante después de la medianoche, una tremenda sacudida golpeó la nave con un ruido que atravesó el aullido del viento. Alf Wilson apareció corriendo desde la oscuridad.

—Perdimos el bauprés.

—Córtalo *ahora*. —Tom ya podía sentir que el barco giraba mientras el bauprés caído colgaba de la proa. Si ponía el costado del barco hacia el viento, las olas lo harían rodar como a un barril. El timonel luchó contra el movimiento, tratando de corregir el curso, pero no podía bajar la velocidad. El mar estaba tan embravecido que iba a romper el timón.

Tom dirigía a los hombres él mismo, combatiendo las olas que caían sobre la proa. Era imposible resistirlas. Si no hubiera sido por la soga atada alrededor de su cintura, ya habría caído por la borda. El mar agitado le golpeaba la cara y le hacía arder los ojos. Apenas podía ver para golpear con el hacha el enredo de cabos que todavía mantenían al bauprés unido al barco. Otra ola cayó sobre él.

Giró su hacha hacia el estay de proa, la línea larga que va desde el mastelero hasta el bauprés. Estaba estirado y tirante, a punto de romperse. Si no lo cortaba, iba a arrastrar el mástil entero.

Su hachazo lo cortó. Liberado de la tremenda presión, el cabo suelto fue un latigazo en el aire. Tom saltó para salirse de su camino, y la cuerda pasó a escasa distancia de sus ojos para golpear al hombre detrás de él en la cara. El hombre gritó y cayó, precisamente cuando otra ola se alzó alrededor de él. El agua espumosa lo arrastró a un costado.

Estaba atado a un cabo de seguridad, pero si caía por la borda, no le serviría de protección. Las olas lo azotarían contra el casco. Tom corrió, resbalándose sobre las tablas. Lanzó sus brazos alrededor de la cintura del marinero y lo arrastró hacia atrás, justo cuando caía la siguiente ola.

Un ruido sordo estremeció la cubierta. Por un terrible momento, Tom pensó que habían perdido un mástil. Miró hacia arriba, esperando verlo caer hacia él. Pero el mástil todavía estaba ahí. Una vela rasgada flameaba desde la verga.

—¿Golpeamos algo? —No debía haber ningún arrecife ni rocas en estas latitudes, pero la tormenta los había movido con tanta fuerza que él ya no sabía dónde estaban.

—El bauprés, señor —gritó Alf—. Debe haber golpeado el casco cuando lo cortamos y quedó suelto.

Tom se dirigió a popa. Francis salió por la escalerilla y lo siguió tambaleándose. Tenía las manos cubiertas de ampollas.

—El agua está subiendo. —Tuvo que gritar cada palabra para ser escuchado sobre la tormenta—. Está entrando más rápido de lo que podemos bombear.

—Sigan intentando. Dependo de ustedes.

La noche parecía interminable, y la tormenta nunca amainó. El amanecer apareció casi inadvertido en el horizonte. Tom solo lo notó cuando se dio cuenta de que podía ver la lluvia. Se frotó los ojos cubiertos de sal mientras observaba el daño de su embarcación. Además del bauprés, había perdido los masteleros del juanete mayor y del de proa, y su principal verga de gavia. Las velas que había puesto se habían convertido en jirones: el *Kestrel* avanzaba en ese momento con los palos desnudos, aunque apenas disminuyó la velocidad. El viento soplaba con más violencia que nunca.

—Podría haber sido mucho peor —se consoló. La nave estaba a flote, y toda la tripulación había sobrevivido. Tenían suficiente lienzo y palos como para arreglar los daños y llegar a Madrás. El agua en el pozo todavía seguía subiendo, pero con la luz del día, podrían empezar a tratar de emparchar las grietas en el casco. Francis había estado abajo en la bodega toda la noche, turnándose con las bombas y alentando a los hombres incansablemente. Tom estaba orgulloso de él.

El día se fue aclarando. Por momentos, cuando el barco se bamboleaba sobre la cresta de una ola, podía ver una imagen nebulosa de un horizonte. Quizá la tormenta estaba pasando.

—¿Qué es eso? —preguntó el timonel.

Tom miró.

—¿Dónde?

Ambos esperaron a que la embarcación bajara entre ola y ola. Cuando alcanzó la cresta de la ola siguiente, vio una mancha blanca en el horizonte.

—Olas que rompen —gritó el primer oficial—. Olas que rompen adelante.

Tom tomó el catalejo.

—Eso es imposible. Debemos estar a cincuenta millas de cualquier costa.

El horizonte desapareció cuando el *Kestrel* entró en el espacio entre las siguientes olas. Un momento después, la nave fue devuelta arriba, a la siguiente cresta. Esta vez no había dudas.

—Tierra. —Por cierto, la tierra seguía invisible, apenas sombras contra el cielo oscuro. Pero no había ninguna duda acerca de la línea de las olas que rompían, mordiendo el horizonte como una hilera de dientes apretados.

Tom no podía saber si se trataba de un arrecife inexplorado o del borde de una costa que no debía haber estado ahí. En ese momento, aquella era la menor de sus preocupaciones.

La puerta del camarote se abrió y apareció Sarah con una galleta marinera y un trozo de cerdo salado. Se movía con agilidad, compensando los movimientos de la embarcación.

—No has comido en toda la noche. Debes comer. —Vio la expresión de su cara—. ¿Qué te ocurre?

—Hay tierra adelante —explicó—. No puedo decir cómo. Las corrientes deben habernos empujado más al norte de lo que me di cuenta. —Sacudió la cabeza, consciente de que estaba malgastando minutos preciosos—. No hay dudas. Esa tierra está ahí, y si no actuamos pronto, seremos arrastrados contra la costa.

Sarah leyó la expresión de su cara. En todos los años que hacía que lo conocía, a través de todos los terrores que habían enfrentado, rara vez lo había visto tan angustiado.

—¿Es muy serio?

—Estamos atrapados frente a una costa a sotavento, en mares agitados, y no tenemos velas. Es tal vez la peor situación en la que un barco puede encontrarse.

Corrió a cubierta.

—Debemos hacer virar el barco.

Alf Wilson lo miró a los ojos.

—¿Con este tiempo? Nos quedaremos sin mástiles, o peor.

—Si no lo hacemos, seremos empujados a esa orilla y nos haremos añicos.

Nadie podía discutir eso. Los marineros corrieron hacia arriba por lo que quedaba de los aparejos, tratando controlar alguna vela. El viento hacía que su trabajo fuera casi imposible. El lienzo se doblaba y se rompía, resistiendo todos los esfuerzos por controlarlo. La gavia mayor fue arrancada y desapareció en la tormenta.

—El siguiente será un hombre que caerá por la borda —dijo Alf.

—Si no logramos sujetar una vela allá arriba, nos ahogaremos todos.

Sin velas, no podían esperar dar una bordada contra el viento para llevarlos lejos de la costa. Incluso con velas, sería una maniobra muy difícil. Tendrían que hacer virar la embarcación a través de un mar con olas como montañas y ante un vendaval. Y no les quedaba demasiado tiempo.

—La costa está cada vez más cerca —alertó Alf. Con la baja visibilidad causada por la tormenta, Tom no se había dado cuenta de cuán cerca estaban ya. En ese momento pudo ver una tira de arena blanca y algunas palmeras que se doblaban como cuellos de cisne en el vendaval.

«Ruego a Dios que no haya rocas o arrecifes entre nosotros», pensó. Observó el patrón de las olas, y el peligro aumentaba.

Un marinero chocó con un ruido sordo sobre la cubierta. Por un momento, Tom temió que hubiera caído. Se levantó, frotándose las manos en los lugares donde se las había quemado al deslizarse por el estay de popa.

—Vela lista, señor.

Arriba, Tom vio que la vela mayor del trinquete finalmente se desplegaba. Colgaba torcida, desperdiciando viento donde no la habían ajustado. Tendría que servir lo mismo.

—Cambia el rumbo.

—No tenemos cómo maniobrar —advirtió Alf.

—Lo haremos girar usando el ancla de sotavento —decidió Tom. Esta maniobra era el último recurso, una manera brutal de forzar la proa del barco contra el viento. Ya no tenían otra opción. En la proa, los hombres ataron un segundo calabrote al ancla y lo ajustaron en la banda de sotavento.

—¿Está usted seguro? —preguntó el primer oficial—. Si perdemos el ancla, quedaremos a merced del viento.

—Tenemos que alejarnos de esa orilla. —Tom levantó la voz—. Echen el ancla.

El ancla cayó por la borda. Al mismo tiempo, el timón giró con fuerza. Lentamente, lentamente, la proa comenzó a virar. El barco se inclinó cuando quedó de lado en relación con las olas, balanceándose mucho.

—Cortar el cable.

Los hombres cortaron con hachas el cable de proa del ancla. La nave se sacudió libremente. El cable de popa recibió la tensión, manteniendo el barco en su virada.

Pero no fue suficiente. Contra el ataque violento del viento y las olas, no tenía la velocidad que necesitaba. La proa empezó a deslizarse en la dirección del viento.

Dos hombres más se sumaron al timonel. Juntos, tiraron de la rueda, luchando para mantener la embarcación orientada. De pronto, cayeron sobre la cubierta. La rueda giraba sin parar, ya nada la sujetaba.

—Perdimos el timón —gritó el timonel.

—Y la vela —informó Alf. La vela mayor del trinquete se había rajado por el centro y flameaba como una camisa abierta.

Sin posibilidad de maniobrar, el *Kestrel* se deslizaba hacia la costa. Los olas golpeaban el casco, dejando el costado de la nave a merced del mar. Tom miró a babor y vio una pared inmensa de agua que caía sobre ellos.

«Agarrémonos», pensó.

La ola golpeó con toda su fuerza un costado del *Kestrel*, escorándolo peligrosamente. El mundo cambió. La cubierta subió hasta quedar casi perpendicular al mar, mientras que los mástiles se inclinaron tanto que tocaban las olas. Aquellos que no habían tenido tiempo de agarrarse de algo sintieron que el suelo desaparecía debajo de ellos. Cayeron en el mar que entraba por sobre la borda. Algunos lograron agarrarse del aparejo, otros fueron arrastrados. Tom vio cuando el madero pesado del ancla golpeó a un hombre en la cabeza. El marinero cayó y no reapareció.

Un cañón del lado de estribor se soltó de sus amarres. Rodó por la cubierta y chocó contra la borda opuesta. Los otros cañones tensaban sus ataduras.

—Corten los mástiles —gritó Tom. En un momento, el barco se bambolearía de lado a lado y, luego, el peso de la altura de los mástiles actuaría como un péndulo homicida, aumentando su giro hasta darlo vuelta, como si fuera una tortuga.

Algunos hombres todavía tenían sus hachas. Se dirigieron hacia el palo mayor, patinando y deslizándose sobre la cubierta llena de espuma. No tomó mucho tiempo. Apenas desaparecieron dos de los estayes, la gravedad y el mar hicieron el resto, arrastrando al mástil en un revoltijo de cordaje y lienzo. Los hombres tuvieron que saltar para alejarse y no arriesgarse a caer en la trampa del mástil caído.

El *Kestrel* empezó a bambolearse otra vez. La cubierta volvió a los noventa grados y siguió moviéndose. Cada vez más, y más... Las olas se agitaban sobre el costado.

El mástil destrozado los salvó. Colgando en el agua, actuaba como un gigantesco estabilizador

que equilibraba la embarcación y la enderezaba otra vez. Fue un breve respiro.

«Perdí el barco», pensó Tom. El lado de estribor se había desplomado; el mar entraba a raudales. Pronto estaría hundido. Aun así, le resultaba insoportable dar la orden.

Francis lo tomó del brazo. Tom no lo había visto aparecer en cubierta.

—El pantoque está inundado; las bombas ya no alcanzan.

Esas palabras aplastaron las últimas esperanzas de Tom.

—Abandonen la nave —ordenó—. Al chinchorro.

Ni pensar en bajar el bote. Las olas habían barrido los pescantes. Apenas Tom cortó las cuerdas que lo sujetaban, se deslizó sobre la cubierta inclinada y al agua. Precipitadamente, los hombres se apresuraron a meterse en él antes de que el mar se lo llevara.

Sarah había salido del camarote. Algo brillaba en sus manos, brillante incluso en la oscuridad de la tormenta. La espada de Neptuno, en su vaina dorada. Tom sintió una oleada de gratitud. Ella sabía que si había algo que él querría salvar del naufragio, eso era la espada.

—Sube al bote. —Le tomó la mano para conducirla al otro lado de la cubierta inclinada a fin de que no se cayera. Una fuerte corriente apartó el bote; ella saltó y casi lo vuelca al caer en él, sin soltar la espada.

—Ahora tú —le dijo Tom a Francis. Otra vez, lo ayudó a cruzar la cubierta hasta los restos astillados de lo que alguna vez fue la borda.

—Salta.

Francis se detuvo.

—¿Dónde está Ana?

Tom miró a su alrededor. La cubierta estaba vacía.

—Ya debe estar en el bote. —No había tiempo para demorarse. Tom levantó a Francis y lo empujó al bote, luego saltó él. Cayó encima de Francis en un montón de brazos y piernas, mientras el bote corcoveaba y se bamboleaba. Francis se lo sacó de encima y se puso de pie.

—¿Dónde está Ana? —preguntó otra vez.

Tom recorrió los rostros alrededor de él. Ana no estaba en el bote.

—Bajó al camarote conmigo —dijo Sarah.

Francis estaba angustiado.

—¿Y subió?

—Dijo que iba a buscarte a ti.

El barco crujió. Con un quejido como de una bestia herida, el palo de trinquete se partió y cayó al mar, tan cerca del bote que casi lo hace añicos. Tom puso una mano en el hombro de Francis y le gritó en la oreja:

—Ya no puedes salvarla.

—Debo hacerlo.

Una ola levantó al bote a gran altura en el aire, tan cerca del casco del barco que casi se tocaron. Antes de que Tom pudiera detenerlo, Francis saltó. Tom gritó y vio horrorizado cómo Francis se lanzaba al mar agitado. Sus brazos estirados se agitaron en la espuma; una ola se alzó sobre el buque y lo sepultó. Tom se lanzó, pero la misma ola envolvió el chinchorro y lo arrastró lejos de la nave.

Sin embargo, Francis había sobrevivido. Cuando la espuma disminuyó, Tom vio que estaba con los brazos aferrados a los obenques, colgado de ellos y tratando de trepar contra el agua que se escurría de la nave.

—Debemos volver y ayudarlo —le gritó Tom a Alf Wilson.

Incluso mientras hablaba, otra ola llevó el bote todavía más lejos. Faltaba la mitad de los

remos, y los otros estaban rotos. Si trataban de luchar contra el mar, el bote se daría vuelta y se ahogarían todos.

Francis debía arreglárselas solo.

Francis subió por sobre el lado hecho añicos del *Kestrel* y se arrastró hasta el otro costado de la cubierta inclinada, rogando que ningún otro cañón se soltara. Se agachó junto a la escotilla y miró hacia abajo. Las olas habían arrancado la escalerilla. Abajo, vio que el agua había subido y corría por toda la bodega. Eso le heló el corazón. ¿Podría alguien haber sobrevivido ahí abajo? Lo dudaba. Lo único que veía era el agua negra.

—¿Ana? —gritó.

Ninguna respuesta.

La embarcación se inclinaba cada vez más a medida que el casco iba cediendo. No tenía tiempo. Respiró hondo sobre la abertura y se agachó para entrar al agua. En el barco ladeado, el agua llenaba la parte más baja hasta el techo, pero todavía había aire en la parte más alta. Avanzó agarrándose de las cuadernas del barco y manteniendo la cabeza apenas sobre el agua.

«Si se da vuelta, quedaré atrapado», pensó Francis. Se obligó a no entrar en pánico. Sacó la mano para tranquilizarse y sintió...

Carne. Fría y mojada, pero sin duda carne de una persona. En la oscuridad, no podía siquiera decir si era Ana. Arrastró el cuerpo hacia él y lo palpó por todas partes hasta que encontró la cabeza. Puso el dedo en el cuello y percibió un leve pulso.

El barco se tambaleó otra vez, hundiéndolo más en el agua. Los últimos espacios con aire desaparecieron. Francis apenas tuvo tiempo de respirar una única vez antes de verse sumergido.

«Ve a la escotilla», se dijo a sí mismo. El agua lo empujó contra el techo bajo. Con el otro cuerpo sujeto bajo el brazo, se zambulló, se forzó a abrir los ojos contra la irritante agua salada para encontrar el camino a la escalerilla. Vio la luminosidad de la escotilla abierta y pateó desesperadamente para llegar a ella. Restos flotantes chocaron violentamente contra él; casi se saca un ojo con un gancho de hierro suspendido de una viga. Pero estaba cerca y, en ese momento, finalmente, el océano lo ayudó. El agua que subía lo levantó a través de la escotilla, por sobre la escalerilla rota, y lo dejó en la cubierta.

Por fin pudo ver a quién había rescatado. Era Ana, aunque eso importaría poco si no completaban su escape. Sabía que apenas tenían unos segundos. El barco se estaba hundiendo.

—Tenemos que abandonar este barco —gritó Francis. Pero el agua alrededor del casco estaba llena de restos del naufragio. Si trataban de nadar entre los restos, muy probablemente los harían pedazos. Pero el palo mayor se convirtió en un puente por encima de ellos, y los aparejos eran como raíces que lo ataban en su lugar. Ana se agitó entre sus brazos. Abrió los ojos.

—¿Qué...?

—No hay tiempo. —Francis le golpeó la espalda. Grandes bocanadas de agua de mar le salieron de la boca—. ¿Puedes moverte?

Ana asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

—Entonces salgamos de esta nave. —Francis sostuvo a Ana para que subiera al mástil. No necesitó que se lo dijera: empezó a arrastrarse sobre el palo, por encima de las aguas revueltas. Francis la siguió.

Fue como montar a un caballo salvaje, sin domar y sin montura. El mástil estaba en continuo movimiento, girando sobre sí mismo y bamboleándose con cada ola que encontraba. Francis

envolvió el tronco con brazos y piernas, avanzando poco a poco. A veces se movía por arriba, otras veces colgaba con la cabeza abajo, como un mono colgado de una rama. Las olas golpeaban debajo de él.

Adelante, vio la plataforma de la cofa del palo mayor, que se extendía desde el mástil. Atravesó arrastrándose la boca de la cofa y allí, por fin, encontró protección. Se acuclilló contra un costado con Ana, apoyados en las barandillas y protegidos, al menos un poco, de la tormenta.

Pero no podían quedarse allí. La nave todavía se movía sin rumbo, sacudida por los vientos en contra; en cualquier momento, el mástil podría girar sobre sí mismo y atraparlos debajo del agua. Estaban libres de lo peor de los restos del naufragio, pero cualquiera de las olas era suficiente para aniquilarlos. Francis observó la tormenta, buscando el chinchorro, rogando que Tom y los otros hubieran sobrevivido. No podía verlos.

—¿Sabes nadar?—le gritó Francis a Ana.

Ella sacudió la cabeza. Francis no vaciló. La tomó en sus brazos y saltó al agua. Podía ver la orilla, a unos pocos cientos de metros, pero no fue directamente hacia ella. En cambio, usó toda su fuerza simplemente para permanecer a flote en el mar agitado. Metió el brazo por debajo de los hombros de Ana para mantener la cabeza de ella fuera del agua. Dejó que la resaca los llevara, alejándolos del barco destrozado hasta que los restos fueron alejándose. Solo entonces empezó a nadar.

Después de todo lo que Francis había sufrido, apenas si sentía las olas. No luchaba contra ellas, en cambio, dejaba que lo empujaran hacia abajo, luego pateaba para volver a la superficie y respirar cuando las olas lo soltaban. De pronto, sintió arena firme bajo los pies. Las olas, que habían hecho tanto daño, finalmente tuvieron piedad: lo levantaron y lo lanzaron sobre la playa.

Con lo último que le quedaba de fuerza, arrastró a Ana lejos del agua y a un lugar seguro, antes de que el mar pudiera llevárselos otra vez. En la playa, pero lejos del agua, una franja de palmeras brindaba protección contra la lluvia, pero se mantuvo lejos de ellas. El viento doblaba los troncos como si fueran juncos, arrancándoles el follaje y los frutos. La caída de un coco era tan fatal como una bala de cañón.

A Francis le dolía el cuerpo, y tenía las piernas tan débiles después de luchar contra el mar que apenas si podía mantenerse de pie. Los vientos de la tormenta lo golpeaban. Lo único que quería era enterrarse en la arena y esperar a que pasara la tormenta. Pero no podía hacerlo. Tom seguía allí fuera. Y también Sarah, y el resto de la tripulación.

Francis dejó Ana donde estaba tendida, apenas consciente. A medias gateando, a medias corriendo, recorrió la playa. La lluvia tibia le picaba la cara. El viento levantaba la arena, que le lastimaba la piel. Nunca pensó en detenerse. Buscó en la playa, gritando el nombre de Tom con cada dolorosa respiración. Observó las olas que rompían, y dudaba que el pequeño chinchorro pudiera haber sobrevivido en tamaña agitación.

Adelante, más allá en la playa, vio un montón de restos desparramados sobre la arena. Cuando corrió y se acercó al lugar, vio que se trataba del chinchorro, golpeado y dado vuelta, pero todavía en una pieza. Las formas oscuras alrededor de él eran personas, que yacían en los lugares donde habían caído del bote. Corrió entre ellos, dándolos vuelta a todos hasta que encontró a Sarah y luego, por fin, a Tom.

—Gracias a Dios que ustedes están aquí.

—¿Y Ana? —preguntó Tom, mirando el mar con temor.

Francis señaló el lugar donde la había dejado.

—Está a salvo.

—¿Dónde estamos? —habló Sarah con voz quebrada. Tenía la garganta destruida por el agua

salada que había tragado. Al lado de ella, sobre la arena, Tom vio el brillo de la espada de Neptuno. A pesar del naufragio, ella de alguna manera se las había arreglado para mantenerla consigo. Tom se encogió de hombros.

—Vivos... y eso es lo único que de verdad importa. —Hizo un esfuerzo para no pensar en los desgraciados que se habían ido con el barco. Después habría tiempo para eso.

Sarah trató de ponerse de pie, pero el esfuerzo era demasiado. Su cara se puso blanca, cayó hacia adelante sobre las manos y las rodillas, y vomitó en la arena.

—Espera aquí —ordenó Tom.

Tom y Francis fueron a buscar a Ana... aunque cuando llegaron a ella, ya había vuelto en sí e insistía en que estaba suficientemente fuerte como para caminar por sí sola. Se puso de pie, se tambaleó y cayó en los brazos de Francis.

—Pensé que moriría.

—Yo no lo iba a permitir.

La tormenta lo había cambiado, se dio cuenta Tom. Francis se movía con un nuevo sentido de fuerza interior. Cuando ayudó a Ana a recuperar el equilibrio, Tom vio la manera en que ella lo miraba a Francis. Era una expresión que era mucho más que gratitud. Ella ya no lo veía como a un niño, sino como a un hombre. De pronto, Tom sintió que se estaba entrometiendo.

—Debemos regresar con los otros.

El día fue pasando. Los vientos se serenaron, la lluvia se convirtió en llovizna, pero las olas nunca dejaron de golpear la playa, cada una rompía con un ruido como el de un trueno. El chinchorro había desaparecido, la marea lo había arrastrado y lo había hecho añicos. Tom estaba exhausto, pero siguió explorando la playa hasta haber encontrado a todos los hombres de la tripulación del *Kestrel* que habían podido llegar a tierra. Para su alivio, Alf Wilson estaba entre ellos. Los reunió en la playa, lo más lejos del agua que se atrevió, y se apiñaron para protegerse mutuamente de la lluvia.

Mar adentro, podía ver el casco del *Kestrel* y las olas que rompían sobre él, tan hundido que a menudo desaparecía en el mar agitado. Con una sola mirada, Tom supo que nunca volvería a navegar. La quilla se había roto, y el casco estaba destrozado. El palo de trinquete era un tocón; el palo mayor y el de mesana habían sido arrastrados al agua. La mitad de su tablazón parecía haber sido llevada por la corriente hasta la playa. Las aves marinas se habían posado sobre los restos alrededor del barco, como buitres picoteando un cadáver.

Apenas podía soportar mirarlo. Luego pensó en los hombres que había perdido y se sintió avergonzado. Habría cambiado dos veces la embarcación y todo su cargamento para poder tenerlos de regreso.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Francis.

—Encontraremos una salida —aseguró Sarah. Había recuperado el color. Ya podía moverse y vendó las heridas de los marineros lo mejor que pudo con tiras de tela arrancadas de sus prendas y tablillas cortadas de la madera que flotaba.

—Nunca encontré que quedarme sentado sintiendo pena por mí mejorara las cosas. —Tom estaba de pie y dio algunos pasos por la playa. Señaló las cicatrices en las palmeras, donde se habían cortado los cocos con cuchillos.

—Alguien ha cosechado esos. Debe haber un pueblo cercano.

Un poco más lejos en la playa, encontraron un arroyo que llevaba al interior de la isla. A lo largo de sus orillas, convertidas en barro por muchos pies, corría un sendero.

—Francis y yo iremos a explorar. —Tom enganchó la espada de Neptuno en su cinturón—. Sarah y Ana esperarán aquí con Alf y los hombres.



—No —dijo Sarah con firmeza—. Hoy hemos estado demasiado cerca de perdernos el uno al otro. Ana y yo iremos con ustedes.

Tom sabía que no tenía sentido discutir. Dejó a Alf al mando de lo que quedaba de la tripulación y ellos cuatro siguieron el sendero a lo largo del arroyo. Guiaba a través de un bosque de palmeras y árboles de jaca, de un verde brillante contra la tierra roja. La lluvia había liberado los aromas del bosque, y el aire estaba cargado con los olores de vegetación y tierra húmeda.

No habían ido demasiado lejos cuando Francis dejó escapar un grito. Adelante, vieron una cerca de espinas que rodeaba una casa baja con muros de barro y un patio. Más allá, más casas se levantaban a lo largo del arroyo, cada una a cierta distancia de las otras en su propio recinto, de modo que todo el pueblo se extendía casi un kilómetro. Adelante, en el arroyo, una mujer metida en el agua hasta la cintura estaba lavando ropa. Flaca y desnuda salvo por un paño pequeño atado alrededor de las caderas, parecía insensible a la fuerte lluvia.

—¿No tienen ningún sentido de la modestia en este país? —se extrañó Francis.

—Estamos a una gran distancia de la sociedad de Londres aquí —señaló Tom.

—Para su religión, la desnudez no es una vergüenza —explicó Ana—. Y, en este clima, no hay mucha necesidad de ropas.

La mujer los escuchó hablar y levantó la vista. Con un grito, recogió sus prendas y se dirigió a tierra.

—Espere —la llamó Tom. La mujer corrió a una de las chozas, gritando de modo ininteligible. Antes de que Tom pudiera seguirla, un hombre salió con paso firme, vestido de manera muy similar a la de la mujer. Otros, al escuchar el alboroto, salieron de sus chozas. Pronto todo el pueblo se había reunido alrededor de ellos, parlotando y señalándolos.

Un anciano marchito con pelo blanco y una larga barba se adelantó. Evidentemente, era el líder o jefe. Ana le habló en portugués, y luego en una lengua india. El jefe permaneció impassible. Respondió lentamente.

—¿Puedes comprender lo que dice? —le preguntó Tom a Ana.

—Hablan un dialecto malayo —contestó ella—. Es muy similar al tamil, así que puedo entender lo que está diciendo.

—Dile que necesitamos comida. Pregúntale dónde está el puerto más cercano.

Ana habló. Cuando terminó, el jefe dio unas órdenes. Un niño flaco salió corriendo hacia los árboles. Varias de las mujeres fueron a buscar comida. Otra mujer entró en la choza más cercana con un poco de algo que parecía barro seco. Lo frotó sobre el suelo de tierra pisada y luego sobre todas las paredes.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Francis.

—Está limpiando la casa.

—¿Con barro?

Ana mostró una sonrisa irónica.

—No es barro. Es bosta de vaca.

—¿Bosta? —exclamó Francis, asombrado—. ¿Limpian sus casas con mugre?

—La vaca es sagrada para esta gente —explicó Ana—. Incluso su excremento purifica la casa.

La mujer salió. El cacique les hizo señas para que entraran.

—Nos invita a entrar.

Tom espío. La puerta era baja, y no había ventanas. La única luz era la que atravesaba las rajaduras donde la bosta se había descascarado de la estructura de mimbre. Pero el lugar estaba seco, protegido de la lluvia, y un fuego pequeño ardía en un círculo de piedra.

De todos modos, parecía más una jaula para animales que una casa. En un país desconocido, entre desconocidos, los instintos de Tom le advirtieron acerca de quedar encerrado.

—Prefiero sentarme afuera.

Ana les explicó esto a los lugareños, pero o bien no comprendían, o bien se trataba de algún grave error de etiqueta. Se amontonaron alrededor de los Courtney y los empujaron para que entraran. Más de uno tocó espada de Neptuno en el cinturón de Tom, maravillados ante la complejidad del trabajo y el zafiro enorme en la empuñadura.

Se sentaron en el suelo mientras los lugareños esperaban en la puerta, haciendo caso omiso de la lluvia que les mojaba la piel. Niños desnudos se abrían paso por entre las piernas de sus padres para poder ver a los desconocidos. Unas mujeres les trajeron bolas de arroz y lentejas servidas sobre anchas hojas de enredadera. Tom devoró la comida. Su estómago pedía más, pero al mirar las costillas salientes y los miembros largos y flacos de los niños, supuso que ya les habían dado más de lo que podían permitirse.

Cuando terminaron de comer, Tom se dirigió a la puerta. La gente no le dio paso.

—Dicen que tenemos que quedarnos aquí —tradujo Ana.

—¿Por qué?

—Por lo que escuché, creo que han enviado a alguien a buscar a su jefe local —dedujo Ana—. Quizás él pueda ayudarnos.

Tom volvió a su lugar. Frustrado, golpeteó con los dedos el suelo de tierra.

—¿Por lo menos te han dicho dónde estamos?

—No. ¿Tú no puedes saberlo a partir de nuestro último curso y dirección?

Tom se encogió de hombros.

—Esa tormenta nos empujó tanto que no podría ubicarnos dentro de cincuenta millas. Podría ser Ceilán..

—No es Ceilán—interrumpió Ana—. Su lengua es diferente.

—La India, entonces. La costa de Malabar.

Ana asintió con la cabeza.

—Creo que sí... y eso nos beneficia. Los británicos y los portugueses tienen factorías comerciales a lo largo de toda esta costa. Encontraremos alguna.

—¿Nos ayudarán? —se preguntó Francis.

—Nuestro barco no quedó en aguas profundas —intervino Sarah—. Quizás, cuando la tormenta se calme, podamos rescatar la carga y comprar su ayuda, si no quieren dárnosla libremente.

—Me temo que la mayoría de nuestras mercancías se estropearon —calculó Tom—. Pero podemos recuperar el marfil. Además, Dorian y Aboli tienen al *Centaurus*, y una buena carga para su propio comercio. Cuando no lleguemos al lugar de reunión, regresarán a Ciudad del Cabo. Si podemos encontrar quien nos lleve de vuelta ahí, todavía podremos sobrevivir con apenas algunos golpes.

Esperaron. La lluvia repiqueteaba sobre el techo. Los lugareños no se movían.

—Dan la impresión de estar esperando algo —comentó Francis.

—Su jefe supremo —sugirió Ana. Estaba sentada al lado de Francis, apoyada en él, buscando calor—. Estas personas viven aterradas por sus amos. No harán nada sin su permiso.

—Espero que este jefe supremo tenga un equipo de ropa seca que me quede bien —dijo Sarah. La piel le picaba después de horas con el mismo vestido mojado, lleno de sal, sin nada para poder cambiarse.

—Y un barco para llevarnos a casa —añadió Francis.

—Y una pata de carnero —sugirió Tom, adormilado. Estaba apoyado contra la pared de barro. El fuego había empezado a calentarlo. No había dormido en dos días. Sus párpados empezaron a caer.

«Mantente despierto», se dijo a sí mismo. «Todavía no estamos a salvo».

Se pellizcó la mejilla para mantenerse despierto. Pero no sintió dolor. Ya no podía resistir más. Cayó en un profundo agujero oscuro dentro de su propia mente.

Despertó al sentir unas manos que lo sacudían. Había estado soñando con Sarah y por un momento pensó que era ella.

Abrió los ojos de golpe. Ya no estaban solos en la choza. Un grupo de lugareños había entrado y tiraban de él para ponerlo de pie. Buscó a Sarah y a los demás, pero ya no estaban ahí. Súbitamente estuvo del todo despierto. Se puso de pie de un salto y sacudió los hombros para sacarse de encima aquellas manos. Luego salió, agachándose al pasar por la puerta.

Sarah, Ana y Francis estaban sentados en el centro de un amplio círculo de aldeanos. Delante de ellos, había siete hombres extraños montados a caballo. Sus rostros eran adustos y con cicatrices, llevaban armaduras y turbantes envueltos alrededor de cascos de acero. Todos estaban fuertemente armados. Llevaban pistolas y espadas cortas en sus cinturones. Cuatro de ellos tenían lanzas, los otros tres, espadas.

Tom se puso delante de Sarah y Ana para protegerlas.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó.

El jinete principal espoleó su caballo para que se adelantara. Se movió en círculos alrededor de los cuatro, mirándolos con altivez. Llevaba una pluma amarilla metida en la cinta del turbante, y la incrustación en el peto era de oro. Una delgada cicatriz blanca le bajaba serpenteando entre los ojos y a lo largo de la nariz. Le daba a su rostro un aspecto torcido, como si le hubieran partido la cabeza en dos, y luego se la hubieran vuelto a unir torpemente.

Le gritó algo al jefe de la aldea, que respondió con una voz aguda y nerviosa, haciendo reverencias y juntando las manos delante de los ojos.

—El arrogante se llama Tungar —tradujo Ana—. Es un *subeldar* en el ejército de la gobernante local, la *rani* de Chittattinkara.

Tungar miró con envidia el zafiro en la espada de Neptuno. Tom puso la mano sobre la empuñadura y le devolvió la mirada.

—Dile que naufragamos. Dile que solo pedimos un poco de comida y un salvoconducto para ir al asentamiento europeo más cercano.

Ana habló, pero Tungar mostró poco interés en lo que ella quería decirle. Antes de que ella hubiera terminado, la interrumpió bruscamente.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Tom.

—Dice que todos los viajeros en este país deben pagar un tributo a la *rani*.

—Dile que hemos perdido todo lo que poseíamos en el naufragio.

Ana tradujo, pero Tungar se burló de Tom como respuesta, luego se inclinó hacia adelante en la montura y señaló con la fusta de equitación la espada de Neptuno.

—No. —Tom sacudió la cabeza con firmeza—. La espada, no. Es una reliquia de familia. Sin embargo tenemos un cargamento de marfil en el naufragio. Cuando el mar esté más calmo, nos zambulliremos para buscarlo y le entregaremos parte de él a su reina.

Tungar desplegó su látigo cuan largo era. Luego lo movió como si fuera una serpiente viva. La punta del látigo le envolvió la muñeca a Tom y le movió de un tirón la mano en la empuñadura de

la espada. Luego, Tungar hizo retroceder al caballo con sus espuelas, manteniendo tirante el látigo. Dos de sus hombres saltaron de sus monturas y corrieron para apoderarse de la espada. Tom los pateó, y con un giro se alejó de ellos. Dos hombres más desmontaron y dieron vueltas alrededor de Tom, apuntándole con sus lanzas al pecho. Desafiante, Tom sacó la espada de su vaina con la mano izquierda y amenazó a los agresores con la hoja. Pero Sarah le gritó:

—¡Deja que se la lleven, Tom! Dios sabe que no vale la pena morir por ella. Son seis contra uno. Te van a destrozarse como a un perro rabioso.

Tom bajó la espada y luego se la arrojó a Tungar. La punta de la hoja brillante se clavó en el suelo y allí quedó vibrando. Con un simple movimiento de la muñeca, Tungar desenrolló el látigo de la muñeca de Tom y espoleó a su caballo para que avanzara.

Se inclinó y sin desmontar, tomó la empuñadura de la espada y la liberó. Luego espoleó al caballo y se dirigió directamente a Tom con la punta de la hoja apuntándole a la cara. Tom permaneció inmutable. Sarah gritó otra vez y corrió para tratar de interponerse. Pero Ana y Francis la agarraron de los brazos y se lo impidieron.

En el último momento posible, Tungar levantó la hoja en posición vertical y golpeó con el brillante zafiro azul del pomo en el medio de la frente de Tom al pasar junto a él. Tom cayó de rodillas, con las manos en la herida, mientras la sangre corría por su cara y goteaba sobre el polvo del suelo.

Tungar retrocedió con su caballo y lo detuvo junto a Tom. El hombre mostraba una amplia sonrisa, sin molestarse por esconder su triunfo mientras se burlaba de Tom.

—¿Qué está diciendo ahora el cerdo arrogante? —Sarah lloraba amargamente.

—Dice que su ama, la *rani*, que su nombre sea alabado por la eternidad, estará encantada con su obsequio. Que puede incluso recompensarlo con la corteza del pan que ahora está mendigando, antes de dejarlo seguir su camino.

Tungar perdió el interés. Habló bruscamente a sus hombres y estos lo siguieron. Antes de marcharse, le gritó algo a Ana, y luego hizo galopar al caballo. En medio del ruido de cascos, condujo a sus hombres afuera del pueblo, a lo largo del río.

Sarah se agachó al lado de Tom.

—¿Estás herido?

Tom secó la sangre en su frente. Iba a tener un importante moretón, pero la herida no era profunda.

—Las he tenido peores.

Aun así, hizo una mueca de dolor cuando se puso de pie.

—¿Qué te dijo cuando se fue?

—Dijo que hay un asentamiento de hombres de sombrero a unos pocos kilómetros por la costa. Quizás el jefe del pueblo puede hacer que uno de sus hombres nos acompañe.

—¿Hombres de sombrero? —Tom sacudió la cabeza para aclarar sus ideas.

—Así es como llaman a los europeos. Ellos usan turbantes y nosotros usamos sombreros.

—Supongo que tiene sentido —reconoció Tom.

Ana negoció con el anciano del pueblo para obtener los servicios de un guía que los llevara al asentamiento europeo. Tom le ofreció al guía la bandolera que había servido para la espada azul como recompensa. A él ya no le servía, pero el guía estaba encantado con el regalo.

Dejaron el pueblo y fueron a buscar a Alf Wilson y los tripulantes sobrevivientes a la playa donde el *Kestrel* había naufragado.

Luego el guía los condujo hacia el norte por el bosque costero, por senderos casi a oscuras y tramos de playa abierta contra la que el oleaje chocaba ruidosamente. Cada tanto se veían

forzados a caminar por los arroyos y remansos que marcaban el litoral.

Todos estaban hambrientos y debilitados, agotados, aunque encontraron algunos mangos podridos bajo los árboles donde los recolectores los habían descartado.

Finalmente, llegaron a la orilla de un ancho río que desembocaba en el mar. En la margen opuesta, se alzaba un sólido fuerte de piedra. En el mástil, ondeaba el estandarte de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, rayas rojas y blancas con la bandera británica en la esquina.

Fuertes olas rompían y cubrían de espuma la playa delante del fuerte. Sobre las arenas de coral, más allá de la línea de la marea alta, reposaban varios botes de proa alta y estrecha diseñados para moverse sobre el fuerte oleaje. Más allá de la fortaleza, había una media docena de almacenes que servían para guardar las mercancías de la Compañía, rodeados por un grupo de chozas con techo de hojas de palmera.

—Nunca imaginé que me iba a sentir tan feliz al ver esa bandera —señaló Tom.

El guía silbó, y varios barqueros nativos corrieron a los botes en la playa y los empujaron hasta el río para hacerlos cruzar. Para cuando llegaron a la otra orilla, un grupito de curiosos del fuerte se había reunido para darles la bienvenida. Tom vio las casacas rojas de más de diez soldados de la Compañía de las Indias Orientales, las casacas azules de los comerciantes ingleses y tres o cuatro damas que observaban desde abajo de sus sombrillas. Parecía que por fin habían llegado a la civilización y que su terrible experiencia estaba casi terminada.

Un tipo robusto con un ajustado chaleco escarlata salió de entre los allí reunidos. Aun con el calor del monzón, llevaba peluca. La llovizna formaba hilos de polvo que bajaban por su cara y su ropa, dejando blancos senderos de caracol.

—¿Quién diablos es usted? ¿Qué están haciendo aquí? —les preguntó en inglés.

—No usen mi verdadero nombre —les susurró Tom a los otros—. Estos podrían ser hombres de Guy. Ustedes saben lo que ocurriría si Guy se entera de que hemos llegado a la puerta de su casa.

—Tom Weald —le respondió al hombre gordo—. Mi sobrino, Francis; mi esposa, Sarah; nuestra compañera de viaje, Ana Duarte.

Tom era consciente de lo andrajosos y desaliñados que se veían todos. El hombre los miró detenidamente con repugnancia no disimulada.

—Lawrence Foy —se presentó—. Soy el gobernador de la factoría británica aquí en Brinjoan.

—Nuestra embarcación naufragó por la tormenta —explicó Tom.

—¿Embarcación? —Foy miró a Tom con desconfianza—. ¿Qué embarcación es esa?

—El *Kestrel*. Navegando desde Ciudad del Cabo con destino a Madrás.

—No conozco ningún barco de la Compañía de ese nombre —se quejó Foy—. Espero que no sean intrusos, ¿no?

Tom eludió la pregunta.

—Por el momento, señor, somos apenas poco más que náufragos.

Foy olfateó.

—Por Dios, señor. Usted huele terrible.

—Agradeceríamos un cambio de ropa —admitió Tom.

Foy frunció sus labios. Tenía una expresión de incomodidad en su cara, como si quisiera expulsar una flatulencia pero se viera imposibilitado de hacerlo. Tom sonrió interiormente. Sin duda se estaba preguntando si había alguna manera, sin pecar de indecoroso, de poder librarse de estos invitados no deseados.

—Es mejor que vengan y lo expliquen —dijo finalmente, gruñendo.

Los condujo al fuerte. La disciplina era relajada, se dio cuenta Tom cuando miró a su

alrededor. No había ningún centinela apostado en las puertas, y el único vigía que pudo ver estaba sobre las murallas, acurrucado bajo un toldo para protegerse de la lluvia. La casa del gobernador en el patio interior estaba hecha de madera, con un techo de hojas de palmera que podía arder como una fogata en la temporada seca.

—Supongo que usted tiene relaciones amigables con los habitantes locales —aventuró Tom. Foy espantó una mosca.

—Nos dan algún problema de vez en cuando, pero una buena palmada en las muñecas les muestra el error de su comportamiento.

Tom pensó en los jinetes que le habían quitado su espada en el pueblo, pero se mantuvo en silencio cuando entraron en la casa. El suelo bajo los pies estaba áspero por la arena, y el aire era sofocante. Un niño indio, desnudo salvo por un taparrabo, estaba sentado en un rincón y agitaba un abanico de hojas de palmera entretejidas. Hacía mover suaves corrientes de aire, sin que produjera enfriamiento perceptible alguno.

Foy se desplomó en una silla. Sobre su escritorio había una bandeja de dátiles. Se metió tres en la boca, pero no se los ofreció a sus invitados, que seguían de pie. El estómago de Tom se revolvió de hambre.

—Veamos —comenzó Foy con la boca llena de fruta—. Usted dice que sufrieron un naufragio. ¿De qué era la carga?

La pregunta sorprendió a Tom.

—Me resulta difícil pensar que eso sea relevante, señor.

—Sin embargo, es muy relevante. —Foy le dirigió una mirada penetrante. Debajo de sus modales de párroco de provincia, Tom se dio cuenta de que allí se ocultaba una inteligencia malévola y cruel.

—Marfil. Encaje. Algunas manufacturas.

—Artículos *européos*.

—Los compramos en Ciudad del Cabo.

—Eso dice usted. ¿Tiene usted libros de registro? ¿Manifiestos de carga? ¿Recibos que pueden confirmar su historia?

Tom trató de controlar su enojo.

—Todos nuestros papeles se perdieron con la nave.

—¡Qué conveniente! —Foy escupió los huesos de los dátiles al suelo—. Usted sabe lo que la Compañía les hace a los intrusos. Yo podría encerrarlo y enviarlo encadenado de vuelta a Inglaterra. Podría enviarlo a Bombay y entregarlo al gobernador Courtney. Bombay está muy lejos de las cortes inglesas. Allí, la palabra del gobernador es ley absoluta.

Foy se quedó en silencio y pensativo por algunos momentos, y luego se inclinó sobre la mesa.

—A menos que, quizás, pudiéramos llegar a un acuerdo.

«Quiere un soborno», se dio cuenta Tom. Se relajó. Esta era una situación en la que había estado muchas veces y comprendía perfectamente.

—¡Ay! después del naufragio nos hemos quedado sin nada. —Tom adoptó una expresión de tristeza. Foy juntó las puntas de los dedos sin tocarse las palmas.

—Esa es una gran pena.

—Sin embargo —continuó Tom—, llevábamos un importante cargamento de marfil. Si la tormenta no le arrancó el fondo a nuestro barco, todavía puede estar ahí. Está en aguas poco profundas. A cambio del préstamo de un bote, podríamos darle la cuarta parte de todo lo que recuperemos del desastre.

—¿Qué clase de propuesta es esa? —Foy compuso su cara de tal manera que Tom pudo ver

que lo había tomado como un gran insulto—. Podría recuperarlo yo mismo y reclamar la totalidad de su cargamento.

—Pero usted tendría que viajar al Tribunal del Almirantazgo en Londres para reclamarlo — explicó Tom, recordando su conversación con el capitán Inchbird acerca del *Dowager*—. Tengo amigos poderosos en Londres. Mientras se lleva adelante el caso, podríamos pedir un derecho de retención sobre todas sus exportaciones. Una temporada entera de su comercio podría perderse.

Foy hizo un ruido como de gruñido, increíblemente igual al de un perro.

—¿Se atreve usted a amenazarme, señor?

—¡De ninguna manera, señor! Solo deseo mostrarle a usted cómo podemos llegar a un arreglo mutuamente beneficioso.

Foy frunció el ceño, con la mirada fija en los papeles sobre su escritorio. Se metió otro dátil en la boca y lo masticó ruidosamente.

—La mitad —propuso Foy.

—La mitad —acordó Tom—. Y usted nos dará comida y alojamiento hasta que encontremos el modo de regresar a casa.

—Pueden hospedarse con la guarnición y comer en la mesa de la Compañía. Deduciré los gastos de nuestro arreglo final. —Movi6 la mano con irritación—. Ahora, si usted me disculpa, tengo correspondencia a la que debo atender.

Tom se preguntó si estaba a punto de escribirle a Guy para informarle sobre estos acontecimientos. Se detuvo en la puerta.

—Usted mencionó al gobernador Courtney en Bombay. ¿Lo conoce usted?

Foy resopló.

—Me enorgullece decir que somos íntimos. Guy Courtney es mi jefe... no, es mi amigo. Fue él quien me consiguió este puesto, después de que le hice un pequeño servicio en una disputa con los comerciantes de Surat.

Tom se agradeció interiormente por no haberle dado a Foy su verdadero nombre.

—¿Está bien?

—En tremenda buena salud. Parece sentirse muy cómodo con este condenado clima.

—¿Y su familia? Tiene un hijo, ¿no?

Al lado de Tom, Sarah se puso tensa. Lo pateó en el tobillo, pero Foy estaba demasiado bien dispuesto a exhibir su conexión con Guy como para darse cuenta.

—Ay, su hijo es una gran desilusión. Una gran desilusión —repitió—. Desafi6 a su padre y se escapó, se hizo a la mar. No se ha sabido nada de él desde entonces. Creo que Guy culpa la influencia de su madre.

Tom quería preguntar más. Pero Foy, tardíamente, percibió el interés en la voz de Tom. Le dirigió una mirada celosa.

—¿Usted y Guy se conocen?

—Hace mucho tiempo —respondió Tom—. ¿Alguna vez visita esta factoría?

—Lamentablemente, hasta ahora no nos ha honrado con su presencia. —Esto era evidentemente un tema de cierta preocupación para Foy—. Pero su cuñado está con nosotros. Aquí, en este fuerte precisamente.

Un escalofrío recorrió a Tom. ¿Lo había reconocido? ¿Cómo podía haberlo sabido Foy? ¿Y por qué dijo «su cuñado»? Tom y Guy se habían casado con dos hermanas, pero ellos eran hermanos por encima de todo lo demás.

—¿Cómo dice? —dijo Tom con una mirada vidriosa. Recorrió con los ojos la habitación, buscando un arma, algo que pudiera usar. ¿Podría tomar el mosquete del centinela en la puerta? Si

se hacían disparos, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que toda la guarnición llegara a ellos?

Foy se secó la frente, completamente ajeno al efecto que sus palabras habían tenido en Tom.

—El capitán Hicks y su esposa han estado aquí, en Brinjoan, desde enero. Aunque no creo que Guy los haya enviado aquí para su beneficio personal.

Tom hizo una pausa. «¿Qué quiere usted decir?», quiso gritar. Pero antes de que pudiera traicionarse, Sarah intervino.

—Por supuesto —dijo alegremente—. El capitán Hicks se casó con Agnes Beatty, la hermana de la esposa de Guy, Caroline. La querida Agnes. Ella y yo éramos grandes amigas cuando crecíamos juntas en York.

Tom se apoyó sobre el escritorio.

—¿Usted quiere decir que Agnes Beatty está aquí?

—Agnes Hicks, como se llama ahora. La vi esta misma mañana. Su marido es el capitán de nuestra guarnición. —Foy miró a los Courtney con una nueva mirada. Evidentemente, eran gente más importante de lo que había supuesto, aunque no podía decir precisamente cuán importante. Ese hecho lo puso un tanto nervioso. Toda su carrera se había basado en las influencias de Guy Courtney, y sabía cuál sería la reacción de su patrono si hacía algo que lo decepcionara. Igualmente, aunque no era tan íntimo con Guy como fingió ser, sabía muy bien que no sentía un gran amor por su familia. Esto requeriría todo su tacto.

Primero, tenía que deshacerse de sus invitados. Mostró una gran sonrisa.

—Usted pidió alojamiento. Estoy seguro de que el capitán Hicks y su esposa estarán encantados de recibirlos en su casa. Los llevaré allí de inmediato.



La curiosidad natural de Tom lo llevó a observar las fortificaciones mientras Foy los llevaba afuera. Las murallas eran fuertes, hechas de piedra, con bastiones triangulares que proporcionaban áreas de fuego conectadas... pero estaban construidas sobre arena.

—¿Tienen agua dulce en el fuerte? —preguntó.

—Sacamos nuestra agua del río. —Foy, sudando en exceso otra vez, señaló un sendero deteriorado que llevaba a un lugar en la orilla del río, a unos cuatrocientos metros de distancia.

—Terminarían muertos de sed en un sitio —señaló Francis.

—¡Oh! Nunca se llegaría a eso. Los negritos estos no tienen estómago para una lucha. Al primer disparo de mosquete, correrían gritando para meterse en el bosque.

Sarah estornudó. Estaban pasando cerca de los depósitos y el olor de la pimienta negra les irritaba las narices. Las puertas del depósito estaban cerradas con candados, pues no había ninguna embarcación en la bahía.

—Ahora que comenzó la época de lluvias, la costa es intransitable. No veremos ningún comercio hasta el otoño —se lamentó Foy.

—¿La pimienta es el objeto principal de su actividad comercial? —inquirió Francis.

Foy asintió con la cabeza.

—No paga tan bien como antes, pero la Compañía de las Indias Orientales requiere que sus embarcaciones lleven cierto peso como lastre. Nuestro tratado con la gente del lugar nos da un monopolio sobre toda la pimienta que produce este país, así que tenemos mercados cautivos en ambos lados del libro mayor. Lo suficiente como para que con una administración adecuada podamos esperar tener una pequeña ganancia.

Tom podía imaginar lo que Foy quería decir con «administración adecuada». Por todo lo que se decía, los gobernadores de estos pequeños puestos de avanzada del imperio de la Compañía manejaban sus jurisdicciones como feudos personales y estafaban a sus propios empleadores tanto como estafaban a los nativos. Cualquiera fuera la ganancia que obtenía Foy, poco de ella llegaría a la calle Leadenhall.

—¿Los comerciantes locales están contentos con el arreglo? —preguntó Ana.

—¿Contentos? —Foy se mostró horrorizado ante la sola idea—. Si estuvieran contentos con el precio que les pago, lo consideraría un fracaso personal.

—Un intercambio debe beneficiar a ambas partes para que perdure.

—Repito, estas personas son salvajes ignorantes. Hace un mes, algunos de los comerciantes locales se negaron a venderme. Les caí con todo el peso de la guarnición y los envié a paseo. Y no tienen otra opción. La *rani*, su reina, lo ordena.

Tom se puso tenso.

—¿La *rani* de Chittattinkara?

Otra vez, Foy le dirigió una mirada cautelosa.

—No me diga que usted también la conoce.

—Nos encontramos con algunos de sus sirvientes cuando naufragamos. Me robaron algo valioso.

—¿Valioso, dice? —La cara de Foy se iluminó con el interés. Pero en ese momento, se detuvieron a la puerta de una casa amplia en el estilo indio llamado *bungaló*—. Llegamos.

Foy golpeó. Detrás de él, Sarah y Tom intercambiaron una mirada preocupada. Sarah no había visto a su hermana desde que tenía dieciséis años. Vaya uno a saber cómo podría haber cambiado.

Una criada india, una niña de piel oscura, abrió la puerta. Le hizo una reverencia a Foy,

bajando los ojos.

—Dile a tu ama que tiene algunos invitados inesperados.

Casi antes de que hubiera terminado de hablar, una mujer llegó a la puerta. Miró al grupo en el umbral de su casa, parpadeando.

—¿Sarah? —susurró—. ¿Puede ser que seas tú realmente?

Al reconocerla, un estremecimiento la hizo temblar. Se puso blanca; Tom se adelantó, temiendo que se desmayara.

—Agnes querida —exclamó Sarah, tratando de controlar la emoción en su voz—. No sabía si ibas a reconocer a tu vieja amiga Sarah Weald.

Foy las miró con desconfianza.

—¿Usted no tenía una hermana llamada Sarah, señora Hicks?

—Pobrecita, se murió hace muchos años. —Agnes se recuperó. Tomó la mano de Sarah y la llevó adentro—. Entremos, mi querida. Y tus amigos también. —Les hizo señas a Tom, Francis y Ana—. Sin duda tendremos tanto para hablar. ¿Usted se queda con nosotros, señor Foy?

—Qué lástima, tengo correspondencia urgente que requiere mi atención. —Se tocó el sombrero—. Buen día para todos ustedes.

Tan pronto como él se fue y cerraron la puerta, Agnes se arrojó sobre Sarah, abrazándola con tanta fuerza que casi se queda sin aliento.

—Sarah —pronunció en un susurro bajo—. ¿Es esto posible? Pensé que habías muerto en África.

—Casi muero... más de una vez. —Sarah apartó el pelo del rostro de Agnes. Estaba húmedo por las lágrimas—. Pero aquí estoy.

—¿Por qué nunca me hiciste saber que todavía estabas viva?

—No sabía dónde encontrarte. Además, no estaba segura de que las cartas que te enviaba no cayeran en manos de Guy.

Se apartó un poco e inclinó su cabeza hacia Tom.

—¿Recuerdas a Tom Courtney?

Agnes había perdido la capacidad para el asombro. Solo miró detenidamente a Tom, y luego habló en voz muy baja.

—Así que la historia que Caroline me contó era verdadera... que tú y Sarah se fugaron juntos de Zanzíbar.

Tom hizo una reverencia.

—Hace mucho tiempo que todos dejamos Plymouth a bordo del *Seraph*. —Sarah y Agnes eran niñas pequeñas en ese entonces, tan irrelevantes para la vida de Tom que apenas podía distinguir a una de la otra. Él estaba cautivado solamente por la hermana mayor, Caroline, quien finalmente se había casado con Guy. Desde entonces, el transcurso de los años había ahondado sus diferencias. Agnes tenía el pelo más oscuro y la piel más clara que su hermana Sarah, con líneas tensas en su cara que revelaban muchas preocupaciones. Estaba muy lejos de la niña despreocupada que había sido en aquellos tiempos. Quizás todos lo estaban.

Se sentaron en la sala de Agnes. Tom y Sarah le contaron todo desde el momento en que habían huido de Guy en el puerto de Zanzíbar, quince años atrás. Relataron sus aventuras en África, su casamiento en Ciudad del Cabo, todo, hasta su encuentro con Francis en Ciudad del Cabo y el naufragio en la costa de Brinjoan.

Agnes escuchaba totalmente fascinada, agarrando la mano de Sarah como si temiera que su hermana desapareciera otra vez si la soltaba.

—No puedo creer que estés aquí —dijo con voz ronca al final—. Y el hijo de William

Courtney, Francis, también, ya hecho un hombre. ¡Es un verdadero milagro!

—Fue una extraña vuelta del destino la que nos trajo hasta aquí —concordó Tom—. Pero ahora debemos pensar en cómo podemos salir de aquí. ¿Confías en tu marido?

Agnes asintió con la cabeza.

—El capitán Hicks no es amigo de Guy Courtney. En Bombay, Guy aprovechó cualquier ocasión que encontraba para desairarnos. Creo que somos una vergüenza para él. Fue Guy quien envió a mi marido aquí, a este puesto miserable.

—¿Y el señor Foy? —preguntó Francis.

—El señor Foy solo se ocupa de sí mismo. Como gobernador, está legalmente al mando de la guarnición aquí, y no deja que mi marido lo olvide. Ni tampoco su esposa. Pero mi marido y yo nos ocuparemos de que no se enteren de la verdad de nuestra relación.

—Entonces estamos a salvo —dijo Sarah—. Gracias a Dios.

Y con eso, cayó desmayada sobre el regazo de Agnes.

—Pobrecita —exclamó Agnes—. ¿Qué he hecho? Ustedes sentados aquí, hambrientos y con sus ropas empapadas, y lo único que hago es parlotear. Ustedes necesitan una buena comida y descanso total.

Tom y Francis levantaron a Sarah. La piel de ella estaba tibia y afiebrada al tacto; Tom se maldijo a sí mismo por todas las adversidades a las que la había sometido. La acostaron en una cama del piso de arriba y la taparon con una manta a pesar del calor. Agnes trajo un caldo de lentejas y limón, y se sentó junto a ella, haciendo con toda ternura que Sarah lo tomara, poniendo cucharada tras cucharada en su boca.

La puerta principal se abrió ruidosamente. En el vestíbulo la voz de un hombre llamó a Agnes. Unos momentos después, apareció en la puerta del dormitorio. Era un hombre alto y flaco, con pelo rubio rojizo rapado y piel enrojecida por el sol. Llevaba la casaca roja con bordes verdes del regimiento de Bombay.

—Foy me dijo que teníamos invitados inesperados. —Miró a las visitas y extendió la mano—. Elijah Hicks, a su servicio.

—Tom... —Tom vaciló—. Tom Courtney.

—¿Courtney? —La voz de Hicks se hizo más grave con sorpresa y desconfianza. Miró a Agnes—. ¿Lo sabías...?

—Son familia —dijo. Acarició la mejilla pálida y afiebrada de Sarah—. Esta es mi hermana, Sarah. No la he visto en casi veinte años. Y nuestro sobrino Francis Courtney, hijo de William.

Hicks no encontraba palabras. Les dio la mano a Tom y a Francis, y se inclinó ante Ana. Entonces Agnes los echó a todos.

—Sarah necesita paz, no una compañía de hombres alrededor de ella. ¡Salgan!

Dejaron a las mujeres y regresaron al salón. Hicks buscó camisas y pantalones para que los hombres se cambiaran de ropa. A Francis le quedaban bien, aunque a Tom le costó abrochar los botones de su camisa. Hicks les sirvió un vino blanco dulce. La sirvienta les trajo una fuente de pescado y arroz.

—Este maldito calor —se quejó Hicks—. Solo Dios sabe cómo hemos sobrevivido tanto tiempo en este clima.

Se sentaron, un tanto incómodos, a beber el vino y mirar la lluvia suave que caía sobre la factoría. Hicks era un hombre de pocas palabras y se sentía perdido sin saber qué decirles a estos tan inesperados visitantes.

Tom inclinó su copa en dirección al fuerte.

—La factoría no parece estar bien defendida.

Hicks frunció el ceño.

—Eso es culpa de Foy. Es tan celoso de su dignidad que supone que cualquier orden que doy debe ser necesariamente alguna estratagema para debilitarlo a él y, por lo tanto, la revoca. No puedo sugerir que debo entrenar a mis hombres, o salir a reconocer el terreno, o simplemente ponerme al día con el mantenimiento del fuerte sin que él invente algún truco para impedírmelo.

Tom se alegró de que el esposo de Agnes no fuera el culpable de las magras defensas de la guarnición. Su primera impresión fue la de un hombre de actitud sensata y una manera honesta de hablar, y sintió simpatía por él. Un buen hombre para tener de su lado.

«Y es mi cuñado», pensó, maravillado ante la suerte de que Agnes y Sarah pudieran encontrarse otra vez en estas tierras distantes después de tantos años.

—¿La gente del lugar es amigable?

—No tanto como yo quisiera. Foy los provoca constantemente. Él solo tiene ojos para sus ganancias y es demasiado ciego como para ver el daño que hace. No es capaz de ceder un grano de pimienta, aunque los hombres que la traen estén hambrientos. Obliga a los mercaderes a vender a cualquier precio, y que Dios los ayude si se niegan.

—Me sorprende que no hagan oír con más fuerza sus quejas.

—Foy cree que la *rani* los va a mantener a raya.

Tom hizo una mueca.

—Esta es la tercera vez que oigo hablar de esta *rani*. ¿Quién es?

—La reina local. Es muy joven, pero por lo que he visto tiene la mente de una serpiente. Su corte está dividida entre los que quieren comerciar con nosotros y los que nos quieren tener lejos. Ella los mantiene bajo control, pero es un equilibrio incómodo.

—Si mi experiencia con los hombres de la *rani* sirve de guía, no trata demasiado bien a los ingleses.

Tom le contó su terrible experiencia en el pueblo. Hicks asintió con la cabeza.

—Conozco a ese hombre, Tungar. Es uno de los capitanes de la *rani*. Odia a los ingleses: sus tíos solían controlar el comercio de la pimienta antes de que llegáramos nosotros.

—Me quitó algo muy valioso para mí. Una espada que ha estado en mi familia por generaciones. Debo recuperarla.

Una vez que se sintieron seguros, secos y después de haber comido, sus pensamientos volvieron instintivamente a la espada azul. Más que un arma, en su mente ella representaba todo el honor y el legado de los Courtney... lo único que les quedaba, después de haber perdido High Weald. Tom hizo un juramento allí y en ese momento: no iba a irse de ese lugar sin la espada azul en sus manos.

—Foy piensa enviar una delegación a la *rani* en tres días —informó Hicks—. Tungar nos está creando problemas otra vez, y Foy espera hacerse obedecer. Ustedes pueden probar su suerte con la *rani* entonces, aunque seguramente encontrarán que a ella le interesa más recibir obsequios que distribuirlos. Es tan celosa de su dignidad como el señor Foy.

—Entonces deberá ser un encuentro interesante —asintió Tom, pensativo.

\* \* \*

Esa noche, Tom durmió como un tronco y despertó para descubrir que la lluvia era menos intensa. Sarah se había recuperado un poco también, aunque cuando Agnes le llevó el desayuno apenas si pudo comer unas pocas cucharadas de avena con leche.

Un criado llegó con una nota de Foy para Tom. A Tom le asombró que no quisiera tomarse el trabajo de recorrer la escasa distancia desde el fuerte a la casa para entregarla él mismo.

«Confío en que usted no ha olvidado nuestro arreglo», decía la nota.

—Quiere que vaya a buscar los restos del naufragio —dedujo Tom—. Sin duda le preocupa que nos convirtamos en una carga para él si no pagamos nuestra cuenta.

—Iré con usted —ofreció Hicks.

—Estaría muy agradecido —aceptó Tom—. Si usted puede apartarse de sus obligaciones aquí.

Hicks resopló.

—Para todo lo que hago, bien podría estar cosechando cocos. El señor Foy estará encantado de ver que me alejo por un día.

Tom encontró a ocho hombres de la tripulación del *Kestrel* que estaban lo suficientemente fuertes como para hacer el viaje. Hicks los complementó con cuatro cipayos de su compañía, conducidos por un *hubladar* llamado Mohite, que tenía un bigote magnífico que se balanceaba hasta más abajo de la barbilla. Un *hubladar* era el equivalente de un sargento en el ejército de Bombay, y Tom pudo darse cuenta por el respeto mutuo entre los dos hombres que Hicks confiaba sumamente en él.

Partieron en un *gallivat* prestado, una embarcación local tan grande como una chalupa, pero con una vela triangular como un velero árabe. Tom observaba el clima con preocupación, pero la tormenta parecía haberse calmado. El *gallivat* avanzaba deslizándose con la brisa costera, su vela latina estaba inclinada hacia la borda.

—Ojalá Dorian estuviera aquí. —Tom mostraba una gran sonrisa—. Él sabría sacar el mejor partido de ella.

—Con suerte, pronto estará bebiendo café con Aboli en la costa en Gombroon y brindando por la fortuna que ha hecho —replicó Francis.

Dado que llegaron a Brinjoan por tierra, Tom no reconocía nada de la costa. Navegaron durante algunas horas, siempre mirando el horizonte. El cielo estaba bajo y gris, y no pasaría mucho tiempo antes de que el siguiente ataque de furia lanzado por el monzón hiciera su aparición.

Doblaron frente a un pequeño promontorio y llegaron a una bahía larga y poco profunda. Tom dio un grito. Allí estaba el *Kestrel*, un resto oscuro y roto. El viento y las olas lo habían empujado hacia la costa, hacia aguas tan poco profundas que la muy dañada cubierta era visible por encima del mar.

Pero no estaba abandonada. Había tres hombres parados en la cubierta, haciendo señas y gritándole a un grupo más grande de hombres en la playa. Estaban alrededor de una yunta de bueyes enganchados a unos tirantes que se metían en el mar en dirección al naufragio. Tom vio que los arrieros los hacían avanzar, golpeándolos con varas. Las bestias se movían hacia adelante. Las cadenas iban saliendo del mar, chorreando agua. Los bueyes seguían tirando, tan lejos en la parte alta de la playa que desaparecieron en un claro entre los árboles que parecían recién cortados para este propósito.

—¿Están tratando de arrastrar el barco entero a tierra? —se preguntó Francis.

Hicks había estado estudiando al grupo desde la orilla con su catalejo. Se lo pasó a Tom. A través del lente, Tom vio una forma oscura como de tiburón debajo de las olas.

Los bueyes arrastraban para sacar el objeto del oleaje y vio que era el largo tubo del cañón de nueve libras. Tan pronto como salió del agua, los hombres fueron hacia él y lo subieron con palancas a un grupo de troncos para que rodara libremente.

—¿Qué están haciendo con eso?

—Un cañón europeo es un verdadero tesoro para los lugareños —explicó Hicks—. Sus príncipes pagarían su peso en oro para tener uno, pero incluso su hermano Guy pone límites cuando se trata de venderles armas. Sin importar las ganancias, teme que las armas de fuego podrían ser usadas contra sus naves y factorías algún día.

Tom observó la playa otra vez. El cañón había llegado a los árboles. Los bueyes habían sido desenganchados y estaban siendo conducidos de vuelta a la orilla, mientras dos hombres salían caminando por el agua con los extremos de las cadenas. Evidentemente, tenían intención de rescatar todo su armamento.

Con el catalejo, Tom ubicó al jefe del grupo. Alto y ancho de hombros, se destacaba por encima de los otros hombres. Estaba desnudo hasta la cintura, con pistolas colgadas de las bandoleras cruzadas sobre el pecho y un par de espadas en el cinturón. Dirigía a sus hombres con órdenes breves y seguras, y Tom vio cómo saltaban para obedecer. Eran más que hombres bien entrenados, eran hombres que le tenían miedo.

—Parece el villano perfecto —farfulló Tom. Algo sobre ese hombre lo perturbó—. ¿Quién es?

Hicks tomó otra vez el catalejo.

—A este no lo he visto antes. Es quizás alguien nuevo al servicio de la *rani*.

—O un bandido.

—Tendría que ser un bandido valiente para saquear un naufragio en la costa de la *rani*. Y tomar un cañón no es como robarles los monederos de los viajeros. Para traer esa cantidad de hombres, una yunta de bueyes... para no mencionar la dificultad de transportar los cañones. No podrían hacerlo sin que ella lo supiera.

—Entonces parece que tendremos más cosas para pedirle aparte de mi espada cuando la visitemos.

Hicks frunció el ceño.

—No me gusta. Esto presagia alguna maldad, podría asegurarlo.

En la playa, los hombres habían visto el *gallivat*. Movían los brazos y gritaban, aunque Tom no podía saber si hacían señas de bienvenida, o estaban advirtiéndoles que se alejaran. Tomó el catalejo otra vez.

—Mantén el curso —le ordenó a Alf Wilson en la caña del timón—. Son demasiados como para que los enfrentemos y seguramente no saben que hemos visto algo raro. —No creía que los hombres en la playa tuvieran catalejo; con suerte, podrían no haberse dado cuenta de que los hombres en el bote eran europeos.

Hicks leyó sus pensamientos.

—Si queremos convencerlos de que somos gente inocente de paso, mejor que guarde ese catalejo. Los pescadores locales generalmente no llevan tales instrumentos.

—Por supuesto —replicó Tom, sintiéndose ligeramente estúpido. Esperaba que los hombres en la playa no lo hubieran visto; había poco sol para reflejarse en el lente.

De todos modos, no pudo resistirse a echar una última mirada al hombre a cargo. Quizás, incluso a esa distancia, había visto un movimiento; quizás era pura casualidad. De cualquier manera, cuando Tom se puso el catalejo en el ojo, el hombre levantó la vista, y por un momento se miraron a los ojos en el lente. Tom estaba seguro de que nunca lo había visto antes, sin embargo, cuando la cara del desconocido estuvo en foco, a Tom le corrió un escalofrío por la espina dorsal. Alguna intuición, un destello inexplicable de reconocimiento. Casi como si hubiera mirado en un espejo.

Bajó el catalejo y lo puso en su estuche de cuero. Era una idea tonta, decidió, o quizás algo

que había soñado.

Otra vez, recordó el destello verde brillante en el horizonte en Ciudad del Cabo. «Un espíritu que regresa de entre los muertos».

Sin catalejo, el hombre en la playa era apenas un poco más grande que una hormiga. Pero Tom no pudo apartar los ojos de él hasta que doblaron por la punta y desapareció de su vista.

Y durante todo el camino de regreso a Brinjoan, no pudo olvidar la advertencia de Hicks: «Esto presagia alguna maldad».

Tendido boca abajo, Christopher gateó hasta el borde de la escarpadura. Miró por encima de un tronco cortado que se estaba pudriendo y vio la caravana abajo. Un palanquín con cortinados encabezaba la columna, llevado sobre los hombros de ocho esclavos. Veinte hombres armados seguían atrás. Tamaana se recostó junto a él.

—Te dije que fuimos prudentes al esperar.

Habían visto pasar a la misma caravana tres días antes viajando en dirección opuesta. Christopher había querido atacar en ese momento, pero Tamaana había aconsejado paciencia.

—Están llevando tela a la factoría inglesa en Brinjoan —le había dicho—. Cuando vuelvan, habrán cambiado todos esos fardos pesados de tela por oro.

En ese momento, Christopher pudo confirmar la veracidad de lo dicho. Tres días atrás, casi cien porteadores nativos iban detrás del palanquín, balanceando voluminosos fardos de tela de algodón finamente hilado sobre sus cabezas. Para esta ocasión, habían sido despedidos y reemplazados por una sola mula que soportaba con gran dificultad el peso de las alforjas. A Christopher le sorprendía que la bestia pudiera siquiera moverse con tantos guardias amontonados alrededor de ella. Se echó un poco hacia atrás.

Sintió una chispa de recelo y se preguntó por qué. No era cargo de conciencia, indudablemente. En los seis meses desde que se había unido al grupo de bandidos de Tamaana, habían hecho esto más veces de las que podía contar. Habían robado y asesinado a viajeros solitarios, y desmantelado caravanas bien protegidas. Su éxito había atraído la atención de algunos, lo cual era útil (la banda había crecido y ya contaba con una docena de hombres), y también la atención no deseada. Apenas hacían tres semanas que se habían trasladado al norte, al reino de Chittattinkara para escapar de un gobernante decidido a capturar a los bandidos que infestaban sus caminos.

—¿Estás segura de que debemos atacar ahora?

Tamaana le dirigió una sonrisa diabólica.

—El lomo de esa pobre mula se va a romper si no le aliviamos la carga. ¿Estás asustado?

—Por supuesto que no.

—Entonces debemos ponerles la trampa, antes de que se escapen.

Era el lugar obvio para una emboscada. El camino serpenteaba por una estrecha hondonada cuya profundidad se debía a las lluvias. Rocas quebradas colmaban la pendiente más arriba, lo que les daba cobertura suficiente. Los guardias lo sabían. Al observar, Christopher los vio aflojar las espadas en sus vainas. El capitán —un hombre inmenso con un turbante rojo— gritó una orden. Los hombres que tenían armas de fuego —eran cuatro— encendieron las mechas para sus cargas y las sujetaron a los serpentines de sus armas. Observaron las pendientes empinadas que los encerraban, alertas ante cualquier señal de movimiento. Christopher, con mucha práctica en el arte de permanecer sin ser visto, contuvo la respiración.

La caravana dobló por una curva y se detuvo con gritos de consternación. Un árbol había

caído, atravesando el camino y bloqueándolo por completo. Los guardias formaron un círculo defensivo, mirando hacia afuera alrededor de la litera y la mula. Christopher vio al capitán que revisaba la base del árbol. Sabía lo que hacía. Si el tronco tenía las marcas de un hacha, sabría que alguien lo había talado.

No había ninguna marca de hacha. Eso había sido premeditado. Los hombres de Christopher habían pasado horas cavando las raíces hasta que el árbol cayó por su propio peso, desparramando la tierra, para que se asemejara a la erosión natural.

Eso engañó al capitán. Mientras los hombres con armas de fuego hacían la guardia, los otros dejaron sus armas a un lado para poder arrastrar el árbol y sacarlo del camino. Trabajaban rápidamente, espolcados tanto por el miedo a perder sus vidas como por las órdenes que gritaba su capitán. En minutos, habían sacado el pesado árbol del camino y, con él, el peso de su preocupación. El camino estaba libre. Christopher vio sonrisas y escuchó risas, el alivio de hombres avergonzados por sus propios miedos. Se vio una mano que salía por entre las cortinas del palanquín, que se movió, indicando que se pusieran en marcha.

La primera flecha le atravesó la garganta al capitán. La segunda golpeó a la mula. Los hombres de Tamaana tenían armas de fuego, pero siempre usaban arcos para el primer ataque. Dejaba a las víctimas desorientadas, sin delatoras nubecitas de humo que indicaran de qué lado venía el ataque.

Sin su capitán, la disciplina de los guardias se disolvió. Disparaban a ciegas, malgastando valiosos disparos y cegándose a sí mismos con el humo de sus propias armas. Antes de que pudieran volver a cargar, Tamaana y sus hombres se lanzaron a la carga, bajando por la ladera. Christopher desenrolló su *urumi* y se unió a ellos. A través del humo que llenaba el barranco, vio a un guardia que trataba frenéticamente de volver a cargar su arma. La *urumi* cantó por el aire y le abrió el pecho. Con movimientos bien practicados, Christopher la recogió, giró el mango y atrapó a otro guardia en la parte de atrás de las rodillas, cortándole los tendones. Cayó gritando.

No hacía mucho tiempo, Christopher podría haber sido uno de esos guardias. En ese momento era el cazador. Caminó en medio del humo, apenas necesitó levantar la espada mientras sus hombres terminaban de liquidar a los guardias sobrevivientes. Pronto, los únicos hombres de la caravana que seguían en pie eran los portadores de la litera: ocho hombres de anchos hombros con el torso desnudo. En la velocidad y la brutalidad del ataque, ni siquiera se movieron.

Armados, hubieran sido adversarios temibles. Pero una cosa que Christopher había aprendido sobre la India era que el sistema de castas resultaba absoluto. Un portador de literas no peleaba, así como un guerrero no ordeñaría una vaca. El nacimiento de un hombre era su destino.

Así que Christopher no se sorprendió cuando los portadores dejaron caer la litera y huyeron. Era lo que se esperaba de ellos. Christopher los dejó ir y se acercó al palanquín caído.

Las cortinas se abrieron. Un hombre bajo y gordo con una túnica de seda verde sacó la cabeza. La furia en su rostro se convirtió en máximo terror cuando vio la escena y a Christopher, de pie junto a él con la espada desenvainada.

El hombre empezó a quitarse los anillos para arrojarlos a los pies de Christopher. A Christopher le encantó verlo luchar por sacar las ajustadas sortijas de sus dedos regordetes.

—Sería más rápido si se los corto —sugirió servicialmente.

El hombre gritó y redobló sus esfuerzos. Un anillo de cornalina y rubíes engastados en oro estaba tan ajustado que arrastró una tira de piel cuando lo sacó. La herida sangró.

Christopher le puso la hoja de la espada en la garganta. El hombre se quedó inmóvil.

—Ahorre su energía. Los tomaré cuando esté muerto.

El hombre se encogió hacia atrás en su litera. Christopher arrancó las cortinas para dejar a la



vista un santuario de almohadones suntuosamente bordados que olían a perfume. Se preguntó por cuánto podría venderlos. Debía evitar mancharlos con sangre.

—Por favor —imploró su prisionero—. ¿Usted sabe quién soy?

—No —respondió Christopher.

Con su mirada estaba calculando la riqueza de ese hombre, por lo que no vio la expresión de astucia que atravesó los ojos del comerciante.

—Mi nombre es Mahendra Poola. Mis hermanos son todos comerciantes prósperos: pagarán un muy buen precio si me libera.

—No tomamos prisioneros —explicó amablemente Christopher.

—Mis hermanos viven no lejos de aquí. Solo será cuestión de algunos días para organizar el pago. —El hombre cayó de rodillas y se postró—. La época de lluvias empezará pronto, y ya no habrá más caravanas para que ustedes saqueen. ¿No le gustaría beneficiarse con un último golpe para quedar cómodamente cubierto durante el monzón?

—Viviré muy cómodamente con el oro que lleva sobre esa mula.

Los ojos del comerciante se abrieron.

—¿Por eso usted mató a mis hombres? ¿Para eso?

—¿Por qué otra cosa si no?

Christopher levantó su espada para matar, disfrutando del terror en el rostro de su víctima. Qué importaban los almohadones. Se los vendería a algún campesino de los que revuelven la basura, a quien poco le importarían las manchas de sangre. Comenzó a bajar la espada...

—Espera.

La voz de Tamaana detuvo la hoja a un par de centímetros del cuello del mercader. Era la única voz que podría haber detenido a Christopher. Se dio vuelta y vio a Tamaana corriendo hacia él con una alforja abultada en las manos. El mercader se echó a llorar.

—¿Qué?

Sin responder, sacudió al mercader hasta ponerlo de pie y le puso la pistola contra el cráneo.

—¿Dónde está su oro?

—¿No estaba en la mula? —exclamó Christopher.

Con la mano izquierda, Tamaana dio vuelta la alforja. Cayó una botellita de brandy de cerezas, que se hizo añicos en el suelo, seguida de un envoltorio de papel que cayó al suelo con un ruido sordo. Christopher rompió el papel con la espada para dejar a la vista unos lingotes planos, negros, apilados en cruz. Tomó uno. Cuando lo probó con las manos, se dobló.

—¿Plomo?

El comerciante levantó las manos para protegerse del golpe esperado. Christopher arrojó lejos el lingote.

—¿Dónde está el oro?

—No hay oro.

—¿Entonces, qué pasó con el algodón que llevaba a Brinjoan hace tres días? —inquirió Tamaana.

—El agente inglés en Brinjoan es un ladrón. Tomó mi mercadería, pero no me pagó por ella. Me dio como anticipo y parte del pago este plomo. Ay, debo esperar hasta la temporada seca para cobrar lo que me debe en oro.

—Miente —reaccionó Tamaana fríamente—. Desnúdalo. Y si no encontramos el oro entre sus ropas, lo abriremos y veremos lo que tiene dentro de él.

—No —chilló el mercader—. Muerto no valgo nada para ustedes. Vivo, puedo ser valioso.

—Quiere que pidamos un rescate por él —explicó Christopher.

—No tomamos prisioneros —señaló Tamaana, inexpresiva—. ¿Y cómo podríamos recibir un rescate sin exponernos? Su familia trataría de negociar un mejor precio, y cada vez que intercambiáramos mensajes, nos arriesgaríamos a ser descubiertos.

—Nada de negociaciones —prometió el mercader—. Ponga una cifra. Enviaré un mensaje a mis hermanos y les diré que paguen sin discutir. Pueden dejarlo en un lugar seguro, donde ustedes elijan.

—¿Y por qué harían eso sin estar seguros de que usted regresará con vida?

—Porque de otro modo, estarían seguros de *no* verme regresar con vida. —El mercader parecía haber recuperado algo de su compostura. Se quitó con esfuerzo el último de los anillos en su mano y se lo dio a Tamaana—. Soy un simple comerciante. ¿Por qué no podemos llegar a un acuerdo que nos beneficie a los dos?

—No confío en él —dijo Tamaana.

Estaban agachados detrás de una roca, hablando en susurros. La noche era oscura, con apenas una mínima franja de luna que solo daba un vislumbre de luz. Eso no era coincidencia. Cada detalle de este encuentro había sido planeado y discutido: el lugar, el momento, las instrucciones que darían. Habían considerado y rechazado más de diez opciones. Más de una vez, Christopher pensó que Tamaana simplemente pondría fin al debate matando a su prisionero, Poola. Y aún estaba a tiempo de hacerlo.

Un grito en tono grave resonó en el aire de noche. Podría haber sido un búho, pero no era del todo como un búho real. Christopher se puso tenso.

—Esa es la señal.

Habían escogido un rocoso espacio abierto en las montañas, lejos de cualquier pueblo y de los caminos principales. Habían colocado centinelas a lo largo del sendero, atentos a cualquier señal de engaño o mala fe. Había llegado el momento de saber si Poola era un hombre de palabra.

—Deberíamos matarlo de todos modos —dijo inquieta Tamaana, preocupada—. Él conoce nuestras caras y nuestros nombres. Tan pronto como regrese a su casa, hará una petición a la reina y ella enviará escuadrones de sus guardias. Entonces tendremos que mudarnos otra vez.

—Es un tonto inofensivo —la tranquilizó Christopher—. Agradecerá a sus dioses haber escapado con vida y se quedará contento. Además, si lo matamos después de recibir el rescate, eso se sabrá. Y la próxima vez que tomemos un rehén, la familia no pagará el rescate.

Tamaana se encogió de hombros.

—Ya tenemos suficiente oro.

—No existe tal cosa como «suficiente oro».

Quedaron en silencio cuando unos pasos hicieron crujir el suelo de piedra. Dos portadores aparecieron en la hondonada, casi rompiéndose las espaldas bajo el peso del cofre que llevaban entre ambos. Lo bajaron para luego frotarse los brazos doloridos y observar la oscuridad.

—Hemos venido a buscar al amo Poola —informó uno.

A su lado, Christopher sintió que Tamaana estiraba el brazo en busca de su pistola. Él le puso una mano sobre el brazo.

—Puede haber una explicación.

—Les dijimos que solo enviaran a un hombre —gritó Tamaana. Su voz hizo eco en las rocas, disfrazando así su ubicación. Los portadores miraron nerviosos a su alrededor. Incluso en la oscuridad, Christopher pudo ver que estaban aterrorizados.

—El cofre es demasiado pesado como para que lo lleve un solo hombre —explicó uno de los

porteadores con una voz aguda.

—Entonces les aliviaremos la carga.

—¿Y nuestro amo?

—Lo soltaremos cuando hayamos contado el dinero. Ahora, váyanse. —Tamaana levantó la pistola y disparó al aire. El eco hizo sonar el tiro como si fueran disparos de toda una compañía de fusileros. Los porteadores huyeron por donde habían venido.

Christopher y Tamaana esperaron. El cofre reposaba solitario en el espacio abierto, como un altar pagano. Christopher se rascó las palmas de las manos con las uñas, ansioso por abrirlo, pero no se movió hasta que uno de sus centinelas salió del sendero e indicó que todo estaba bien.

—Vinieron solos —confirmó— y salieron corriendo como si un tigre estuviera pisándoles los talones.

Christopher se acercó al cofre. Era de pesada caoba extravagantemente tallada; debía haber sido usado para guardar especias o medicinas, pues olía fuertemente a semillas de anís. Levantó la tapa e, incluso a la débil luz de la luna, vio el destello del oro.

Tomó un puñado de monedas, disfrutando el tacto del metal al resbalar por entre sus dedos. Tamaana se la sacó de la mano y cerró el cofre de un golpe.

—Después. Debemos irnos de aquí antes de que esos mensajeros recobren el aliento y regresen con más gente.

—¿Y Poola?

Por el destello en sus ojos, él supo lo que Tamaana estaba pensando. Ella probó el filo de su daga curva con su pulgar. Christopher pateó el cofre.

—Hay más dinero aquí del que jamás habríamos tomado de una sola caravana.

—Podríamos cortarle la lengua para impedirle que nos describa —murmuró Tamaana, pensativa.

—Pero igual podría escribir —observó Christopher.

—Entonces podríamos cortarle las manos para evitar eso.

—Su familia podría sentir que hemos hecho trampa al negociar —objetó Christopher. Con el ácido humor de ella, él no podía precisar si Tamaana le estaba tomando el pelo o expresando sus verdaderos pensamientos.

Sin responder, Tamaana les silbó a sus hombres. Estos arrastraron a Poola, que tropezó y trastabilló hasta el espacio abierto. Tenía los ojos vendados y las manos atadas detrás de la espalda. Aun en la tibia noche previa al monzón, estaba temblando y tiritando.

Christopher estudió la cara de Tamaana, tratando de adivinar qué pensaba hacer con él.

—¿Por qué estamos haciendo esto, si no por dinero? —preguntó en voz baja.

Tamaana asintió lentamente con la cabeza. Puso de vuelta la daga en la vaina de su cinturón. Christopher respiró tranquilo. Poola no le importaba de ninguna manera. Le habría infligido alegremente cualquier tortura si pensara que podía sacar provecho de él. Pero esta era la mejor salida.

—Se quedará aquí —le informó Tamaana a Poola—. Y ruegue que alguien lo encuentre antes que las hienas y las serpientes.

—Desátense y déjenme un arma para defenderme —rogó.

—En un rato usted se va a librar de esas cuerdas —aseveró—. Y creo que sus amigos vendrán pronto a buscarlo.

Se dio vuelta para irse.

—¿No deberíamos contar el rescate primero? —preguntó Christopher—. ¿Y si nos estafaron?

—Entonces averiguaremos dónde viven y los mataremos. Mataremos a sus esposas, a sus

hijos, a sus hermanos y hermanas, y también a sus criados. Por último, lo mataremos a él. —Pateó a Poola—. ¿Me comprende?

—Sí —gimoteó Poola—. Ellos no los estafarían, lo juro.

—Cada segundo que nos demoremos aquí corremos el riesgo de ser atrapados... y no podemos llevarnos al prisionero. Él solo nos demoraría más. Ya que estás tan preocupado por dejarlo con vida... —Inclinó la cabeza hacia el cofre de madera—. Puedes llevar eso.

Cuando Christopher trató de levantarlo, descubrió que los portadores no habían exagerado su peso. Fuerte como era él, apenas si pudo levantarlo hasta el hombro. Gritó a dos de los hombres para que lo ayudaran. Cada uno de ellos tomó una manija, pero se tambaleaban sobre el terreno irregular. Tamaana caminaba delante de ellos, regañándolos enojada para que le siguieran el ritmo.

Bajaron de la montaña y, en las laderas más bajas, entraron en la selva espesa. Ahí había pocos senderos, utilizados únicamente por animales salvajes y bandidos. El dolor en los brazos de Christopher era horrible. Le hizo odiar a Poola. Se distrajo del dolor inventando fantasías sobre las maneras en que podía matarlo.

Por fin, Tamaana ordenó un alto en un claro del bosque. El dolor de brazos de Christopher desapareció milagrosamente cuando abrió el cofre y empezó a contar las monedas de oro. Tardó casi media hora en contarlas y, para cuando terminó, todos estaban sonriendo o riéndose. El pago estaba completo. Incluso Tamaana se ablandó y se acercó para sentarse a su lado, apoyar una mano en la pierna de él y acariciarle el muslo.

—Pero no podemos descansar mucho tiempo —le advirtió—. Debemos ir a una ciudad, una ciudad grande, donde nadie se fijará en nosotros ni nos recordará. Allí compraremos suministros para que nos duren todo el monzón. Luego buscaremos un lugar seguro para esperar hasta que los viajeros y las caravanas aparezcan por los caminos otra vez.

Christopher pensó en las tardes largas y lluviosas que les esperaban, imaginando de qué manera él y Tamaana podían aprovecharlas mejor. Sintió un movimiento debajo de su túnica y tomó la mano de ella para guiarla hacia abajo. Ella sonrió y movió la cabeza, esquivando. Se puso de pie y abrió uno de los paquetes, de donde sacó y distribuyó una botella de *arak* para cada uno de los hombres. Luego tomó a Christopher de la mano y lo llevó a un claro cubierto de hierba, un poco más adentro de la selva. Golpeó el suelo con los pies y movió las hierbas con su báculo para espantar a las serpientes.

Entonces, repentina e inesperadamente, cayó de rodillas, de espaldas a él. Se inclinó hacia adelante y con ambas manos recogió sus faldas hasta las axilas. Luego miró hacia atrás y se rio al ver la expresión de la cara de él, que pasó de la sorpresa a la lujuria total. Estaba desnuda de la cintura hacia abajo. Sus nalgas eran plenas y magníficamente redondeadas. La piel era del color de los mangos maduros. Entre ellas, los densos rizos de su pelo púbico se habían abierto, y su vagina lo invitaba a entrar. Su apertura brillaba con el fluido del amor que rezumaba de las profundidades de su vientre.

Él dejó caer sus pantalones hasta los tobillos para caer de rodillas detrás de ella. Ella curvó la espalda y estiró las manos hacia atrás para tomar su pene rampante. Saltaba y se estremecía en sus manos como una criatura con vida propia. Sus dedos apenas alcanzaban para abarcar el grosor, y necesitó toda la fuerza de sus muñecas para dirigir la cabeza hinchada e introducirla entre sus labios bien dispuestos. Ella gritó en dulce agonía cuando él empujó para introducirlo completo en ella y, casi inmediatamente, ella gritó otra vez en éxtasis cuando lo sintió presionar imperiosamente la entrada misma de su útero.

Despertaron juntos y estaban tendidos uno en brazos del otro, sin saber qué los había perturbado. La noche alrededor de ellos estaba extrañamente en silencio, pero era un silencio amenazador, tenso y terrorífico.

—¿Qué es...? —empezó a preguntar Tamaana y pronto se interrumpió cuando ambos escucharon a los perros. Se pusieron rápidamente de pie y buscaron la ropa para cubrir su desnudez.

Christopher le tomó la mano.

—Están de cacería, y nosotros somos la presa.

—Debemos volver y tomar el oro.

—Tenemos que dejar la mayor parte. Demasiado peso. No haríamos ni un par de kilómetros antes de que los perros nos alcancen. ¡Vamos! —Volvieron corriendo al lugar donde habían dejado a sus compañeros y el cofre del tesoro.

Los hombres yacían desparramados en el claro, todos profundamente dormidos. Casi todos todavía seguían aferrados a una botella de *arak*. Christopher lanzó algunas palabrotas y pateó al que tenía más cerca.

—Levántense, cerdos borrachos.

—Déjalos, se merecen lo que les viene encima —le ordenó Tamaana a Christopher—. Llena tus bolsillos con todo el oro que puedas llevar. Luego debemos correr.

El cofre todavía estaba en el centro del claro. Corrieron hacia él. Christopher lanzó la tapa hacia atrás y se llenaron los bolsillos con monedas de oro.

—¡Es suficiente! —Tamaana cerró la tapa del cofre con un golpe, y ambos se detuvieron para escuchar la noche. El aullido de los perros era más fuerte y Christopher pensó que ya podía percibir el suave temblor de la tierra debajo de los pies.

—¡Caballos! —exclamó—. Eso lo confirma. Vienen por nosotros.

En todos los meses que habían estado viajando por esos caminos, nunca habían encontrado más de cinco o seis jinetes. Cualquier hombre que pudiera permitirse ser dueño de un caballo era suficientemente poderoso como para ser temido. Incluyó la cabeza otra vez para escuchar. Parecía que un escuadrón de caballería los estaba persiguiendo.

Tomó el brazo de Tamaana y la condujo al bosque. El sotobosque era denso y muchas de las plantas estaban armadas con ganchudas espinas. Antes de haber cubierto una distancia relativamente corta, ambos sangraban por las laceraciones en brazos y piernas. Él escuchó detrás de ellos los relinchos y bufidos de los caballos al ser frenados, y los gritos de sus perseguidores al descubrir a los hombres borrachos y el cofre del tesoro que ellos habían abandonado.

Christopher miró al cielo e imaginó que podía ver la primera luz del amanecer por entre las copas de los árboles. Pero había perdido todo sentido de la orientación en la oscuridad de la noche. Mantuvo los ruidos de la persecución detrás de él y siguieron corriendo mientras la luz aumentaba.

De pronto, el bosque se abrió directamente delante de ellos. Ambos corrían tan rápido como los arbustos espinosos y el engañoso sendero les permitían. Christopher se agarró a Tamaana y le puso un brazo sobre los hombros, y ambos se tambalearon justo en el borde de un precipicio que se abría delante de ellos. Este caía casi verticalmente varios cientos de metros sobre el rocoso curso de un río seco.

En la época de lluvias del monzón, era un amplio y caudaloso río. Pero en ese momento, era un abismo bordeado con dientes de afiladas rocas negras.

Tamaana se quedó mirando hacia abajo por unos segundos. Luego giró la cabeza y escuchó los ruidos atrás. Los perros se oían mucho más cerca, ladrando emocionados a medida que el olor de

la presa se hacía más fuerte.

—No voy a dejar que me alcancen. —Tamaana tomó la decisión rápidamente y trató de apartarse del abrazo de él—. Voy a saltar.

—No, mi querida. No puedo dejar que lo hagas. —Apretó las manos sobre los brazos de ella. Podía escuchar a los caballos y los perros que se acercaban detrás de ellos, y el ruido de hombres moviéndose por el bosque.

—Mejor una muerte rápida. Si nos atrapan, nos harán sufrir las torturas más terribles que uno pueda imaginar.

—Te amo —le gritó él en la cara—. Mientras estemos vivos, tenemos esperanza.

Ella apartó la mirada.

—Ya te escuché una vez. Pero no lo haré nunca más. No dejaré que me lleven.

Ella casi consigue escapar de los brazos de él, pero Christopher lanzó todo su peso sobre Tamaana y la hizo caer al suelo, justo cuando el primer grupo de perros salió del sotobosque detrás de ellos. Detrás de los perros, aparecieron hombres uniformados y armados con garrotes. Corrieron y cayeron sobre la pareja, que todavía estaba retorciéndose al borde del precipicio. Golpearon a Tamaana y a Christopher hasta reducirlos a un estado de sometimiento semiconsciente. Luego les ataron las manos por delante y les pusieron collares con candados en el cuello, unidos a cadenas de acero. Los extremos de las cadenas estaban unidas firmemente a las sillas de montar de dos de los caballos, y arrastraron a ambos de vuelta al claro, donde habían dejado a los secuaces borrachos de Tamaana y el cofre del tesoro.

Esa era la primera oportunidad que tenía Christopher de observar a sus captores. Eran obviamente soldados de élite y jinetes de primera. Todos llevaban uniformes similares con gambesón, cascos de acero y fajas color naranja en la cintura. Había en ellos un aire de confianza en sí mismos que resultaba intimidatorio. Christopher decidió de inmediato no hacer obvio su propio entrenamiento de luchador, y adoptó una actitud dócil y humilde, con ojos bajos y comportamiento servil.

Su otrora prisionero, Poola, estaba en el centro, muy distinto de la imagen de desdichado balbuceante que habían dejado apenas unas horas antes. Se había cambiado de ropa, tenía la barba arreglada, y se erguía firme y orgulloso. Mostró una sonrisa de satisfacción cuando vio que traían a Christopher y Tamaana.

—Nuestra situación ha cambiado un poco —observó fríamente.

—¿Cómo nos encontraron tan rápidamente? —preguntó Christopher mansamente.

—Siempre puedo seguir al olor del oro. —Poola pateó el cofre de madera del tesoro, que todavía permanecía en el centro del claro. Levantó la tapa y olfateó el contenido—. Supongo que ustedes se dieron cuenta de que olía fuertemente a anís, ¿no? ¿Creen acaso que mi familia puso el rescate en un cofre tan pesado simplemente para incomodarlos a ustedes? Cada vez que lo dejaban en el suelo para descansar, ustedes dejaban otro rastro de olor en el camino. A Tungar y sus perros no les resultó difícil seguirlos.

Señaló al hombre a su lado, su oponente en todos los sentidos. Poola era bajo, sofisticado y rechoncho; Tungar era alto y peligroso, con una fea cicatriz en el centro de la cara. Christopher se preguntó cómo podía haber sobrevivido al golpe que se la hizo. Llevaba una pluma amarilla en el turbante, y había un inconfundible aire de mando en él.

—¿Y quién es usted entonces? —inquirió Christopher.

—No soy ningún simple mercader —respondió Poola—. Soy consejero de Su Alteza, la *rani* de Chittattinkara, y ella no tolera que sus sirvientes sean maltratados. Ustedes están a punto de saber de qué manera ella trata a quienes la han disgustado.

Los hombres de Tungar cargaron el cofre del tesoro en el carro que habían traído consigo. Todos los hombres de Tamaana estaban encadenados detrás de caballos, al igual que Tamaana y Christopher, y la columna se puso en marcha.

Christopher no podía precisar cuánto tiempo habían caminado. Para cuando Tungar, el capitán, ordenó detenerse, a Christopher le dolían tanto los pies que apenas si podía moverlos. Los prisioneros se desplomaron amontonados a un costado del camino. La moscas revoloteaban sobre Christopher; hormigas y escarabajos se movían sobre sus piernas lastimadas y sangrantes. Hubiera dado cualquier cosa por aplastarlos, pero sus manos atadas resultaban inútiles.

Algunos de los guardias fueron al bosque. En medio de sus dolores, Christopher pudo escuchar el ruido sordo y rítmico de las hachas que cortaban madera. Quizá se preparaban para hacer un fuego y cocinar algo. Estaba muerto de hambre.

—¿Qué hará usted con nosotros? —le preguntó a Poola. Había empezado a formarse un plan en su cabeza—. ¿Nos va a llevar ante la *rani*?

Poola resopló.

—No rebajaría a Su Alteza con escorias intocables como ustedes.

—Debe llevarnos ante ella —alegó Christopher—. Tengo destrezas que ella podría considerar útiles.

—No se preocupe. Ella sabe muy bien cómo encontrar un uso para usted —le aseguró Poola de manera desagradable—. Y no requiere ningún esfuerzo de su parte... salvo un poco de paciencia.

Los guardias salieron del bosque cargando una larga rama joven, gruesa como el brazo de un hombre. Le quitaron la corteza y tallaron un extremo hasta convertirla en una muy afilada punta. Otros usaron sus hachas para hacer un pequeño agujero en el suelo al costado del camino. Los bandidos capturados observaban atentamente, e incluso con los lazos corredizos alrededor de sus cuellos, empezaron a farfullar aterrorizados. Sabían lo que sus captores querían hacerles.

Poola se erguía sobre ellos. Su mano se movió en el aire, a medio alzar, señalando con el dedo a cada uno por vez, como quien duda en el puesto del carnicero sobre qué pieza va a elegir para la cena. Sus ojos se detuvieron en Christopher un momento.

—Tú serás el último —afirmó—. Cuando hayas visto morir a tus amigos uno por uno.

Señaló al hombre que estaba junto a Christopher, un tipo moreno llamado Vijay. Vijay había estado a cargo de custodiar a Poola, y no había sido amable en sus atenciones. Luego, los hombres de Tungar cortaron la cuerda que lo unían a los otros y lo arrastraron al centro del camino. Se resistió, pero lo empujaron al suelo y lo sujetaron boca abajo. Tungar se arrodilló junto a él.

Tungar tomó la bolsa de grasa de carnero que usaba para aceitar los cartuchos de rifle y la frotó sobre el extremo de la afilada estaca. Sus hombres se rieron e hicieron gestos obscenos. Vijay se retorció y gritó tan fuerte que los guardias le pusieron un trapo en la boca.

Los guardias que le sujetaban las piernas se las separaron al máximo. Otros dos tomaron el palo afilado y lo presionaron entre sus nalgas. Christopher no pudo soportar verlo. Cerró los ojos, aunque con las manos atadas no podía taparse las orejas. Vijay había escupido la mordaza. Gritos de tremendo dolor atravesaron la selva cuando el pincho le atravesó el ano y entró en su cuerpo. Los captores sabían hacer su trabajo. Christopher pudo darse cuenta por los gritos de Vijay de que habían evitado tocar los órganos vitales. Eso habría significado una muerte demasiado rápida.

Abrió los ojos. Vijay estaba tendido en el suelo, todavía gritando, y los aullidos redoblaron cuando los guardias levantaron el palo para dejarlo en posición vertical. Se deslizó por la vara, empujando la punta cada vez más adentro de sus propias entrañas, pero los guardias habían puesto un trocito de madera en cruz para impedir que el palo lo atravesara demasiado. Se hundió sobre sí

mismo y se desmayó, hasta que quedó encorvado como un pollo en un asador. La sangre le salía por el ano y formaba un charco al pie del palo, donde las moscas revoloteaban para beberla y saborearla.

Pusieron la base del palo en el agujero que habían cavado, y lo llenaron con tierra y piedras para mantener la estaca en posición vertical. Luego se apartaron para admirar su trabajo, riéndose y bromeando entre ellos. Christopher los escuchó hacer apuestas acerca de cuánto tiempo iba a sobrevivir Vijay. La mayoría parecía calcular entre dos y tres días. Los gritos de Vijay se habían convertido en ahogados sollozos mientras la vara iba expulsando el aire de sus pulmones.

Poola se le acercó y miró a Christopher con sádica expectativa.

—Hay treinta kilómetros desde aquí hasta Chittattinkara. Haré lo mismo a uno de tus hombres cada tres kilómetros, y cuando lleguemos al palacio de la *rani*, yo mismo te levantaré a ti y a tu puta a cada lado de las puertas del palacio. Eso le mostrará a nuestro pueblo lo que les ocurre a aquellos que amenazan a los servidores de la *rani* y a nuestro comercio.

Durante los dos días siguientes, Poola cumplió con su amenaza. Uno por uno, los bandidos fueron apartados del grupo y empalados al costado del camino. Finalmente, cuando se acercaban al palacio en la ladera de la montaña, Christopher y Tamaana eran los únicos sobrevivientes.

Había pensado que presenciar una y otra vez la terrible experiencia podría haberlo insensibilizado a lo que estaba por venir. En cambio, solo magnificó su terror. Se encontró a sí mismo mirando con horrible fascinación cada vez que el pincho entraba un poco más, sus músculos anales se apretaban, y era incapaz de apartar los ojos del terrible espectáculo. Sin comida y sin descanso, empezó a tener alucinaciones. Soñó que estaba de vuelta en el estudio de su padre, con los pantalones bajos hasta los tobillos, inclinado sobre un sillón a la espera de la correa mientras su madre, sentada en un rincón con expresión severa, le decía que fuera valiente. Una vez soñó que estaba haciendo el amor con Tamaana. Los dedos de ella le acariciaban la espalda en éxtasis, pero cuando ella levantó las manos, vio que le había arrancado grandes trozos de carne sangrante.

Llegaron a las puertas del palacio al final de la tarde del segundo día. Las aves revoloteaban en el cielo, como si ya olfatearan el banquete de carroña que se les iba a ofrecer, mientras los habitantes del palacio salían a mirar el espectáculo.

Los hombres de Tungar ya habían preparado los palos, que habían sido cortados más temprano ese día y tenían las puntas ya afiladas. Desnudaron a Christopher y a Tamaana y los sujetaron acostados boca abajo en el suelo de tierra, a poca distancia uno de otro. No lejos de ellos, Poola le hablaba a la gente allí reunida. Con su voz fuerte y pomposa, hizo la lista de los crímenes cometidos por Christopher y Tamaana. La audiencia se encogía y suspiraba, pero a través del sudor que le llenaba los ojos, Christopher podía ver la expresión en sus caras. Esperaban ansiosos que comenzara el espectáculo.

Poola terminó su discurso con un cántico florido de elogio a la *rani*. Christopher giró la cabeza, preguntándose si la reina había llegado para presenciar su ejecución, pero no pudo verla. Poola inclinó la cabeza hacia Tungar, quien dio una orden a sus hombres.

Estos trajeron las estacas, moviéndolas para que la gente pudiera admirar su filo y, así, imaginar las torturas que iban a infligir. Al ver las picas, toda la fuerza de Christopher se desvaneció. Empezó a balbucear, un torrente histérico de sollozos y ruegos apenas comprensibles.

—Me arrepentiré. Me arrastraré sobre brasas calientes para besar los pies de la *rani*. Tengo habilidades. Puedo usarlas a su servicio. Puedo servirla bien, solo le pido a Dios que no me hagan



esto tan terrible.

Los espectadores se reían y abucheaban y se burlaban de él haciendo muecas. En su pánico, sin darse cuenta, había empezado a hablar en inglés. Ni siquiera Tamaana lo había escuchado jamás antes hablar esa lengua.

—Cállate —le dijo ella en su propia lengua—. Por lo menos muere con algo de dignidad.

Poola frunció el ceño y les hizo señas a los hombres para que apuraran su trabajo. Prepararon las estacas. Goterones de grasa de carnero caían de la punta.

Pero Tungar tenía otras ideas. Se acercó a Poola y empezó a hablar, señalando airadamente a Christopher. En su aturdimiento, Christopher no pudo comprender lo que estaba diciendo, aunque parecía urgente. Quizás estaban creando un nuevo refinamiento para su tortura.

La pica pinchó entre sus nalgas. Después de dos días de creciente horror, gritó apenas lo tocó. Sintió la tibieza entre sus piernas cuando sus intestinos se vaciaron. Acostado boca abajo, miró a los ojos de Tamaana. Ella se mantenía perfectamente inmóvil, sin producir sonido alguno.

—Te amo —dijo ella, solo moviendo los labios.

Ella hizo que se sintiera avergonzado. Se mordió el labio hasta que sangró, tratando de soportar el dolor a medida que la estaca avanzaba dentro de él. Los guardias estaban jugueteando con él, moviéndola lentamente hacia dentro, sacándola un poco, disfrutando cada sacudida y cada gemido. Él se preguntaba cuánto tiempo le llevaría morir.

Sintió que se deslizaba hacia afuera otra vez, más lejos que antes. Se tensó. Seguramente estaban preparando el empujón final, listo para empujarlo hacia arriba a través de sus entrañas.

Pero el empujón no llegó. Tungar les gritaba a sus hombres, Poola le gritaba a Tungar, y Christopher no podía entender una palabra. El público empezó a abuchar, pero una mirada furiosa de Tungar los hizo caer en un silencio hosco. La multitud se dispersó.

Los guardias los pusieron a él y a Tamaana de pie y los arrastraron al palacio.

Cuando entraron en las mazmorras del palacio, fueron separados. Christopher fue llevado a una de las celdas y no tenía idea de lo que le habían hecho a Tamaana. Lo encadenaron a la pared de piedra y lo dejaron ahí.

Perdió la cuenta del tiempo que estuvo tendido en aquella mazmorra. En su desgraciada situación, más la completa oscuridad, bien podría haber estado en su tumba. Solamente el dolor le aseguraba que todavía vivía. Le dolían las muñecas y el cuello por las ataduras, su trasero estaba cubierto de sangre y heces secas, y terribles calambres de hambre le atormentaban el estómago. A través de un agujero en el suelo podía escuchar agua que corría, un río que fluía debajo de la mazmorra por una alcantarilla. Con la boca casi entumecida por la sed, era la tortura más perfecta. Soñaba con bucear en ella, con el sabor dulce del agua en su boca.

Finalmente, aparecieron los guardias, y no fueron amables. Soltaron las ataduras y lo arrastraron por el palacio, todavía desnudo, a lo largo de muchas galerías con estatuas doradas y a través de patios protegidos por elaboradas persianas de madera. Por fin, cuando ya había perdido todo sentido de la dirección, llegaron a un par de puertas de bronce. El funcionario que las vigilaba arrugó la nariz cuando vio a Christopher y trató de impedir que entrara, pero los guardias reaccionaron bruscamente.

—Son órdenes de la *rani*.

Las puertas se abrieron. La sala detrás de ellas era más grande incluso que las grandes salas de recibo en el castillo de Bombay, decorada con hermosos tapices y pinturas. Sus carceleros lo llevaron rodeando una alfombra de piel de tigre en medio del salón hasta el otro extremo de la

habitación. Poola y Tungar estaban arrodillados allí ante un muy ornado trono de caoba, en el que estaba sentada una mujer joven y hermosa. Con la cabeza colgando, Christopher apenas si pudo verla antes de que los guardias lo empujaran para ponerlo de rodillas. Sin embargo, supo por su belleza irreal y la magnificencia de su corona y su vestimenta que era la *rani* de Chittattinkara.

Poola y Tungar estaban discutiendo. Poola estaba rojo, y la cicatriz de Tungar parecía latir, y ambos tenían la expresión de dos hombres que trataban de contener la ira.

—No podemos permitirnos enfrentar a los ingleses —estaba diciendo Poola—. Dependemos demasiado de ellos para nuestro comercio.

—Quiere decir que *usted* depende de ellos demasiado —replicó Tungar—. ¿Cuánto le pagarán los ingleses para aconsejarle a la *rani* que les concediera un monopolio?

—Yo quería asegurar un mercado para nuestras mercancías. Sin los ingleses, nadie más las compraría.

—Hay otros hombres de sombrero. Probablemente nos darían un mejor precio.

No le prestaban la menor atención a Christopher, que estaba acurrucado en el suelo y se preguntaba por qué lo habrían sacado de la mazmorra.

La mujer en el trono levantó la mano, y los brazaletes de oro en sus brazos tintinearón. De inmediato, los dos hombres quedaron en silencio y adoptaron actitudes de sumisión.

—Los mercaderes ingleses en Brinjoan son chacales que explotan a nuestro pueblo —afirmó—. Hemos tratado de corregirlos, pero cada vez suman insulto sobre insulto contra nosotros.

Tungar sonrió con suficiencia. Poola hizo una rígida reverencia para aceptar la opinión de ella.

—Su Alteza.

—Sin embargo, no somos un pueblo vengativo. Recurriremos a la guerra solo como último recurso —continuó la *rani*.

Entonces fue el momento de Poola para inclinarse y coincidir con ella.

—¿Es usted uno de los hombres de sombrero? —preguntó la *rani*.

Acurrucado en el suelo, Christopher no se dio cuenta de que ella se había dirigido a él. Tungar se lo hizo notar con una fuerte patada en las costillas.

—Respóndele a Su Alteza cuando ella se digna a dirigirse a ti.

Christopher volvió a ponerse de rodillas con esfuerzo y levantó la vista. La *rani* estaba sentada en su trono con la serenidad y la belleza de una diosa hindú. Brazaletes de oro y marfil cubrían sus delgados brazos; su ropaje estaba bordado con hilos de oro y perlas. Una diadema se apoyaba en su cabeza, con un rubí colgante que caía entre sus ojos como un punto *bindi*. Por sus estudios en el *kalari*, Christopher sabía que eso representaba el sexto *chakra*, el asiento de la sabiduría oculta. Sus ojos almendrados lo miraban atentamente, inescrutables e inefables.

—Sí —asintió él con un movimiento de la cabeza—. Sí, soy uno de los hombres de sombrero.

—Entonces, ¿cómo explica esto?

Los ojos de la *rani* se movieron rápidamente hacia uno de sus sirvientes, que tenía una bolsa de cuero en las manos. Atento a cada movimiento de su ama, dio un paso adelante y dio vuelta la bolsa. La *urumi* salió y cayó al suelo con un sonido como de un suave resoplido. Christopher lo miró como un gato que mira a un pájaro, calculando la distancia y el tiempo necesario para alcanzarlo.

Tungar puso un pie sobre la *urumi* y tocó la empuñadura de su espada. El mensaje era inconfundible.

—Yo me escapé de mi casa —explicó Christopher—. Un *aasaan* me llevó a su *kalari* y me entrenó en el arte de *kalari-payattu*.

—Está mintiendo —intervino Poola.

—Tráigame a cualquier inglés, y cuando me escuche hablar sabrá que somos del mismo país —aseguró Christopher. No sabía por qué eso les importaría a ellos, aunque comprendió que su vida dependía de su nacionalidad.

—¿Puede usted enseñar a mis guardianes a usar la *urumi*?

Tungar empezó a protestar, pero la *rani* lo hizo callar con un movimiento de su mano. Esperó la respuesta de Christopher.

—Puedo hacerlo —aseguró. Ella quería más—. Puedo enseñarles a mantenerse unidos en la batalla, como hacen los hombres de sombrero, y a disparar más rápido de lo que jamás lo han hecho antes. Los convertiré en un ejército como nunca se ha visto en este país.

—Es innecesario —protestó Poola—. El camino hacia la grandeza es el comercio. La guerra empobrece a todos los que se permiten hacerla.

La *rani* le dirigió una mirada que habría derribado a un elefante.

—Los hombres de sombrero han infligido muchas heridas a mi pueblo —afirmó ella—. Deben aprender que somos un pueblo orgulloso, que no les tenemos miedo a sus embarcaciones ni a sus cañones. Si no se inclinan ante mí, les daremos una lección que no olvidarán.

Tungar se pasó los dedos por la barbilla, acariciando la cicatriz que dividía su rostro.

—Su Alteza es sabia y justa.

—Pero debo estar segura de la lealtad de esta criatura hacia mí —dijo de Christopher como si él no estuviera presente. Él comprendió lo que ella decía únicamente por la manera en que todos los ojos en el salón se volvieron hacia él.

Christopher hizo una reverencia.

—Solo serviré a Su Majestad.

La *rani* se inclinó hacia adelante en su trono.

—Usted ha asaltado a los viajeros en mis caminos, ha asesinado a mis súbditos y ha maltratado a mis consejeros. ¿Puede imaginar qué castigo reservamos para hombres como usted?

Christopher pensó en los hombres a los que había visto empalados a lo largo del camino. El primero de ellos, Vijay, casi podría estar muerto ya. Tragó saliva con dolor y asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Cree que usted se merece algo mejor? —preguntó la *rani*.

—Pido piedad a Su Alteza. Déjeme demostrar mi arrepentimiento con el celo del servicio que le prestaré.

La *rani* lo consideró.

—Uno de sus compañeros bandidos todavía vive —observó.

La reina lo miró a los ojos, y en el poder de su mirada, él comprendió lo que ella quería. Esta era la prueba final, quizá su única oportunidad de demostrar su lealtad y asegurar su vida y su libertad. Con la intuición despiadada de los realmente poderosos, había apuntado a lo único que todavía significaba algo para él. Quería que matara a Tamaana.

¿La había salvado de saltar al barranco para terminar así? No podía hacerlo. Miró de soslayo la *urumi*. Si pudiera poner sus manos sobre ella, podía matarlos a todos, abrirse camino a las mazmorras, liberar a Tamaana y escapar del palacio. Debía haber establos. Podían tomar dos caballos y cabalgar... hasta China, si fuera necesario. «Otro nombre, un nuevo comienzo», pensó.

Pero entonces, la razón y la realidad cayeron sobre él en una oleada oscura y fría. Había veinte guardias en el salón. Moriría incluso antes de poder siquiera tocar la *urumi* o, peor todavía, volverían a meterlo en la mazmorra. Recordó el dolor y el terror de la estaca que entraba en su cuerpo. Recordó la oscuridad tenebrosa de la mazmorra. Supo cuál debía ser su respuesta.

—Mataré al bandido —aceptó—. Deme mi *urumi* y la mataré y le regalaré su cabeza.

La expresión de la *rani* permaneció impassible, pero algo como el fantasma de una sonrisa pasó detrás de sus ojos.

—Quiero que usted solo mate a una mujer, no a todos en mi palacio.

Chasqueó los dedos y apareció un criado, se arrodilló ante ella y le ofreció una caja de teca con incrustaciones de marfil. La *rani* levantó la tapa y reveló una daga diminuta y brillante sobre un forro de seda. El mango era un anillo hueco de oro, la hoja doblada era de acero bruñido, de apenas cinco centímetros de largo. La *rani* la sacó de la caja y la acarició como un niño acariciaría su juguete favorito.

—Esta es la *bagh-nakh*. La garra de tigre —le explicó a Christopher—. Dudo que usted haya visto una como esta en el *kalari*, ¿no?

Christopher sacudió la cabeza.

—Es hermosa —susurró, asombrado ante los grabados que decoraban la hoja y atrapaban la luz de las altas ventanas para devolver los rayos de la luz del sol reflejada.

La *rani* deslizó el anillo sobre el dedo índice de su mano derecha. La hoja se plegó hacia atrás contra la palma de su mano, y ella la envolvió con sus dedos.

—Un arma íntima para una muerte íntima —susurró ella.

Sacó la garra de tigre del dedo y se la pasó a Tungar.

—Dásela al hombre de sombrero —ordenó—. Y veamos cómo se adapta a su mano.

Christopher pasó el anillo sobre su dedo y cerró la mano derecha sobre la garra dorada. Cuando abrió la mano, se abrió sola, como si tuviera voluntad propia. Cortó el aire a la izquierda y a la derecha, y la daga siseó cuando la hizo girar en el aire.

—Tráiganme a la mujer —pidió él, y su tono era impassible. La *rani* asintió con la cabeza, y Tungar dio la orden.

Esperaron en silencio en el gran salón. Nadie se movió, ni siquiera la *rani*.

Hasta que finalmente se escuchó el golpeteo y el arrastre de pies que subían la escalera desde las salas de abajo, y cuatro de los guardaespaldas de la *rani* volvieron a entrar al salón del trono.

En medio de ellos caminaba Tamaana, aunque Christopher apenas pudo reconocerla. Las plantas de sus pies habían sido azotadas hasta quedar en carne viva y sangraban. Le habían sacado hasta la última hilacha de ropa. Tenía las muñecas atadas por delante. Su espalda estaba marcada con grandes verdugones rojos. El pelo le llegaba a la cintura y estaba enmarañado con el sudor y la sangre seca. Sus ojos, inyectados en sangre, se hundían en las órbitas. Tenía los párpados hinchados y casi cerrados. Le habían sacado casi todos los dientes a golpes y tenía la mandíbula fracturada, de modo que no podía cerrar los labios hinchados y lastimados.

Miró a su alrededor con ojos medio nublados, tambaleándose para mantener el equilibrio sobre sus pies hinchados. Sus ojos recorrieron el rostro de Christopher sin mostrar señal alguna de reconocimiento. Su respiración silbaba a través de la nariz fracturada.

—¡Tamaana! —Él la llamó por su nombre, y ella miró a su alrededor con ojos salvajes y ciegos, tratando de seguir el origen de esa voz conocida.

—Chris... ¡Chris! —masculló, incapaz de articular su nombre completo.

—¡Van a dejarnos libres! —le dijo, y la cara de ella se arrugó cuando empezó a llorar en silencio, su pecho subía y bajaba. Le temblaban los hombros.

—Lib... res... —Sus labios formaron la palabra, pero no podían pronunciarla. Él caminó hacia ella. Les hizo señas a sus guardias para que la soltaran. Dieron un paso hacia atrás.

—Sí, libres para ir a un lugar mucho más justo y mejor que este. Libres para volar como las golondrinas.

—Golondrinas... —repitió, y en ese momento estaba sollozando al reconocerlo, y se tambaleó hacia él con ambas manos extendidas. Él se adelantó para encontrarla. La garra de tigre en su mano derecha se abrió de golpe.

—No más ataduras —le dijo suavemente. Cortó las cuerdas que le ataban las manos. Ella cayó en sus brazos y él le besó los labios lastimados. Tamaana se aferró a él desesperadamente cuando Christopher presionó la punta de la garra de tigre en la garganta de ella, debajo de la oreja derecha, y luego atravesó la arteria carótida y todas las venas mayores. La sangre saltó de la herida y cayó en cascada sobre ambos. Se resistió débilmente, pero él la sujetó con fuerza contra su pecho y murmuró palabras tranquilizadoras en su oreja mientras la vida la iba abandonando.

La *rani* se inclinó hacia adelante en su trono, su expresión ávida, abrazándose a sí misma mientras presenciaba los estertores de la muerte de Tamaana. Nadie más en el salón del trono se movió ni pronunció sonido alguno.

Repentinamente, Tamaana emitió un fuerte grito entrecortado que brotó de su tráquea cortada y luego ya no respiró más, y se relajó en el abrazo de Christopher. La cabeza cayó hacia adelante sobre el hombro de él, y sus piernas se aflojaron. Él bajó el cadáver suavemente al suelo y quedó de pie junto a ella.

—Fue hermoso —gritó la *rani* y aplaudió. Christopher se asombró al ver que la soberana estaba llorando—. Ha sido una de las cosas más encantadoras y más conmovedoras que jamás he visto.

—¡Sacatrapos y esponja!

Christopher estaba en el patio del palacio y guiaba a sus hombres en su entrenamiento de artillería. Estaba irreconocible. Ya no era el desgraciado prisionero que había salido trastabillando de las mazmorras un mes antes. Tenía la barba cuidada y el pelo cubierto por un turbante blanco. Estaba vestido con una túnica limpia y tenía un chaleco acolchado atado sobre ella.

La pérdida de Tamaana todavía era un dolor constante en su corazón, pero Christopher había aprendido en el *kalari* a controlar sus sentimientos. No iba a olvidar; su venganza llegaría cuando fuera el momento oportuno. Una daga curva y una filosa espada colgaba de la faja color naranja en la cintura, una indicación de cuán lejos llegaba la estima en que la *rani* lo tenía. Pero no imaginaba ni por un segundo que estuviera seguro. Pronto descubrió que la corte estaba dividida en dos facciones: la de los aliados de Poola, que querían beneficiarse con los ingleses, y la de aquellos conducidos por Tungan, que querían guerra y sangre. Lo único que lo mantenía con vida era el compás de espera que la *rani* había impuesto, poniendo una facción contra la otra para mantener a ambas bajo control. Christopher, sin proponérselo, se había convertido en un peón en la partida que ella jugaba, pero él sabía que, llegado el momento adecuado, lo sacrificaría fácilmente. Christopher no era el único hombre en el palacio a la espera del momento para la venganza.

La vida de Christopher en ese momento dependía de cumplir al pie de la letra las tareas que la *rani* le asignaba. Como gobernador de Bombay, su padre también se desempeñaba oficialmente como capitán general del ejército de Bombay. Los domingos al mediodía había hecho desfilar a los soldados, simulando un entrenamiento, mientras que los verdaderos oficiales sudaban y lo maldecían en voz baja. Christopher había sido arrastrado a esos entrenamientos todas las semanas, sofocándose en su uniforme de domingo hecho para los inviernos ingleses más que para los veranos indios, cuando su deseo era estar dentro de su casa. Pero en ese momento, estaba

agradecido por aquel entrenamiento.

—Volver a cargar.

El grupo de artilleros se ubicó en sus posiciones, pero lo hicieron tan lentamente que deseó haber podido fustigarlos hasta arrancarles la piel de la espalda. La *rani* no lo permitiría. No todavía, por lo menos. Tuvo que contentarse con gritar e insultarlos cuando se les caía la baqueta, no encontraban el saco de pólvora o dejaban caer la bala.

—¡Santo cielo! Si los ingleses manejaran los cañones como lo hacen ustedes, entonces el Gran Mogol ya estaría viviendo en Londres, y ustedes me estarían pateando el culo por no traerles la comida a tiempo.

El rugido de una explosión lo interrumpió. El cañón se había disparado sin advertencia. Los hombres alrededor del cañón se desplomaron en un montón de carne despedazada, pateando y gritando en su agonía. El *subeldar* encargado de la baqueta había sido arrojado a unos tres metros del cañón. Estaba tendido agarrándose el estómago, convertido en un nudo de intestinos destrozados que asomaban por la herida que su propio ariete le había producido.

—Miserable canalla —se enfureció Christopher con el moribundo—. No le pasaste la esponja apropiadamente. —La esponja mojada era esencial para apagar cualquier chispa que pudiera quedar en el cañón después de haber disparado para que no se encendiera la nueva carga de pólvora cuando era empujada hacia adentro del cañón.

Como era de esperar, fue en ese momento cuando Tungar entró con un escuadrón de sus hombres. Giró sobre sí para bajar de su montura, vio el cañón roto y se acercó a él.

—Se suponía que ibas a entrenar al ejército de la *rani*, no que lo ibas a destruir.

Pero Christopher no respondió a la provocación. El cañón, los hombres que gritaban, el desagrado de la *rani*, todo fue olvidado. Miraba detenidamente la nueva espada que Tungar llevaba en su cinturón. Era un arma hermosa con un zafiro inmenso en la empuñadura.

Él conocía esa espada. La había visto en el retrato de *sir* Francis Courtney que estaba colgado en la oficina de Guy en Bombay. Había pasado horas mirándola en su juventud —horas en las que debió haber estado ocupándose de su trabajo—, imaginando que la magnífica arma colgaba de su cadera o era sostenida por su mano derecha. Más de una vez, Guy lo había golpeado por soñar despierto, pero eso no había disuadido a Christopher. Fastidió mucho a su padre para que le contara la historia de la espada, hasta que un día Guy le contó la historia de la espada de Neptuno. Escuchar esos nombres famosos —*sir* Francis Drake, Charles Courtney, su abuelo y su bisabuelo — era un cuadro de honor para sus oídos.

—¿Dónde está la espada ahora? —le había preguntado a Guy, lleno de asombro y deseo.

—Tu tío Tom la robó de High Weald, poco antes de asesinar a William —le había dicho Guy. Eso explicaba su reticencia. Guy casi nunca hablaba de Tom y se ponía furioso cada vez que se mencionaba ese nombre—. Debe haberla tenido consigo cuando murió en África. Probablemente ha caído en manos de algún capitán pirata o un jefe de bandidos.

Christopher no podía siquiera imaginar de qué manera habría llegado hasta la costa de Malabar o cómo era que había caído en las manos del bárbaro Tungar.

De inmediato, Tungar vio el efecto que el arma había producido en Christopher. Sacó la fabulosa hoja de la vaina y cortó el aire a derecha e izquierda, de modo que hizo zumbir el brillante acero para alardear con el arma en la cara de Christopher.

—La tormenta destrozó una nave de los hombres de sombrero hace algunos días. Tomé esta espada de uno de los sobrevivientes. —Christopher tuvo que apretar los puños y esconder las manos atrás para contenerse y evitar arrebatarla y atravesar la garganta de Tungar con ella. La espada era de él, del hijo mayor del hijo mayor vivo, el heredero del honor de los Courtney. Era

él quien debía tenerla. ¿Por qué si no, el destino la habría puesto en su camino? Ya su mente calculadora estaba sopesando las posibilidades de apoderarse de ella. Sería difícil conseguir estar con Tungar a solas, ya que vivía con sus hombres como en una jauría y vagaba con ellos por todos lados. Pero Christopher sabía que tenía que encontrar una manera de poseerla.

—¿Qué pasó con los hombres de sombrero? ¿Mataste a los sobrevivientes? —preguntó, tratando de mantener un tono de desinterés.

—Les enseñé a respetar a los servidores de la *rani*, pero los dejé con vida. Su Alteza todavía no está lista para movilizarse contra los ingleses. —Tungar señaló con desdén al grupo de artilleros heridos—. Ni lo estará nunca si esto es lo mejor que puedes hacer. Limpia tu desorden, antes de que te haga lamer esa sangre con tu propia lengua.

Apenas Tungar se fue, Christopher requisó un caballo de los establos y cabalgó hacia la costa. El jefe del pueblo se inclinó ante él. Sí, admitió, los hombres de sombrero habían estado allí, pero se habían ido rumbo al fuerte de Brinjoan. No quería que tales personas contaminaran su pueblo. Todo lo que tocaron tuvo que ser limpiado y purificado con bosta de vaca.

Christopher lo dejó. Sabía que debía regresar al palacio, pero primero siguió el sendero hacia la playa. La tormenta había perdido fuerza y era fácil ver los restos del naufragio. Los muñones de los mástiles sobresalían entre las olas, y el mar era tan transparente que se podía ver la masa oscura del casco por debajo de la superficie. No era un barco mercante de la ruta de las Indias — había visto muchos de esos en Bombay y podría reconocer uno apenas lo viera—, tampoco era un corsario árabe. Era una embarcación europea, o lo había sido. Era un buque mercante particular, muy posiblemente de un intruso.

Su mente repasaba todas las posibilidades. Si el barco hubiera venido desde Inglaterra, habría hecho escala en Ciudad del Cabo. Quizá la espada había viajado por ahí, comprada y vendida de tribu en tribu a lo largo de la costa africana, para llegar a Ciudad del Cabo y embarcar en esta desafortunada nave. ¿Cuánto habría pagado por ella el capitán? ¿La había ganado en una apuesta, o quizás mató a un hombre por ella?

No importaba. La espada de Neptuno era suya por derecho, y el mar se la había traído. En ese momento, pues, lo único que tenía que hacer era eliminar a Tungar, y para un hombre que había sido entrenado en el *kalari* eso sería apenas un obstáculo menor.

Inmóvil, miraba con atención la nave hundida. La tormenta la había impulsado con fuerza hasta la orilla, tan cerca que imaginó casi poder caminar por el agua hasta ella. La marea golpeaba contra el casco, meciendo los maderos expuestos como si fuera una cuna.

Protegió sus ojos con la sombra de la mano. Cuando las olas se retiraban, vio una forma angosta y larga que sobresalía por un costado.

«¡Es un cañón!», pensó. Se asombró ante su propia buena fortuna. La embarcación había estado armada. Era probable que hubiera más cañones a bordo. Todavía debían estar ahí, entre los restos o alrededor de ellos. Con una soga larga y una yunta de animales de tiro, aquello era posible.

Lo estudió durante un rato, pensando en los aspectos prácticos y las posibilidades de recuperar los cañones. Luego volvió rápidamente a donde había atado a su caballo a un árbol de jaca. Saltó sobre la montura y se dirigió al palacio.

Tungar iba a querer castigarlo por abandonar su puesto sin permiso, pero pronto iba a cambiar de humor al enterarse de lo que Christopher había encontrado. Nadie podría dudar de su lealtad entonces.

Tres días después, estaba en la misma playa. Las profundas huellas indicaban por dónde habían arrastrado los cañones hasta la parte alta de la playa. Había sido un buen día de trabajo. La *rani* iba a estar contenta. Pero él no estaba satisfecho.

Miró otra vez el pequeño bote que se movía cerca de la costa. Había estado allí gran parte del día, aparentemente a la deriva, sin rumbo fijo, sin intento alguno de acercarse a la costa. Probablemente eran pescadores, él lo sabía, pero algo lo molestaba. La sensación de ser observado, una carga en el aire, como la electricidad estática antes de una tormenta que se acerca.

«No significa nada», se dijo a sí mismo. Le llevaría los cañones a la *rani*, y ella lo



recompensaría. Podría ascenderlo incluso por sobre Tungar.

Después de escapar de los restos del naufragio, las tormentas del monzón regresaron durante toda una semana. Tom y los demás permanecieron encerrados en la casa de Agnes, sin nada que los ocupara, salvo sus pensamientos. La fiebre de Sarah bajó un poco, aunque todavía estaba débil y se esforzaba por retener la comida. La factoría en Brinjoan no tenía médico, así que Ana y Agnes la cuidaban lo mejor que podían.

Tom pasaba largas horas sentado bajo los aleros, mirando la lluvia. Cuando no estaba pensando en Sarah, sus cavilaciones volvían siempre a la espada de Neptuno.

Por lo menos, estaba lejos de las atenciones de Lawrence Foy. Todo el tiempo del gobernador estaba dedicado a prepararse para su delegación ante la *rani*, puliendo sus discursos, revisando sus cuentas y manifiestos. Día tras día, se veía obligado a retrasar el viaje debido al clima.

—Porque mi marido no puede aparecer ante la *rani* como una rata ahogada —declaró su esposa. Había llegado de visita, aparentemente preocupada por la salud de Sarah, pero en realidad, sospechaba Tom, era para evaluar a los recién llegados.

—Ella es muy consciente del puesto de su marido —le había advertido Agnes— y teme que tú tengas intención de reemplazarlo.

Tom trató de calmarla, hablando sinceramente de su deseo de regresar a su casa. No quería que esta mujer hiciera demasiadas preguntas sobre él. Pero se daba cuenta de que sus respuestas no la satisfacían. Varias veces, él se dio cuenta de que los ojos de ella, brillantes como ojos de un pájaro, lo miraban con atención. Su nariz presuntuosa se fruncía como si pudiera olfatear las evasivas detrás de sus aserciones. Era una criatura extraordinaria, veinte años más joven que su marido, con solo diecisiete años, pero dotada de un aplomo que ya quisieran tener mujeres de tres veces su edad.

—Ya enviudó una vez —le había confiado Agnes—. Vino a la India con su padre, y apenas bajaron del barco, se comprometió con el jefe de la factoría en Tellicherry. Era un anciano gordo y repugnante. Se llamaba Crupper. Cuando estuvo en Bombay, las manos de él se paseaban por debajo de la mesa durante la cena. Ella no había cumplido todavía los quince. Pero él murió antes de pasar un año y le dejó su fortuna, que se convirtió en su dote cuando se casó con el señor Foy.

En ese momento, Tom estaba sentado en el salón de Agnes y trataba de no interferir en nada. No tenía mucho para decir. La señora Foy tenía muchas opiniones y no vacilaba en compartirlas; dominaba el salón menos por su encanto o personalidad que por su absoluta determinación. No era hermosa. Tenía una nariz puntiaguda, los ojos demasiado redondos y la boca demasiado grande; era delgada, aunque con pechos generosos que no terminaban de acomodarse en el corpiño ajustado de su vestido. Pero tenía una innegable energía que parecía absorber toda la atención de la sala para ella misma. Tom vio que Francis la miraba mucho, hasta que Ana le dio una patadita discreta en el tobillo.

—En cuanto mi marido haya arreglado las cosas con esta advenediza reina negra, estoy segura de que el gobernador Courtney lo va a recompensar con una mejor situación —dijo la señora Foy mientras se echaba aire con un abanico de papel—. Quizás en Madrás, o en Fort William.

—Si alguna vez llegamos al palacio —apostilló Tom.

La señora Foy entrecerró los ojos.

—Imagino que mañana el clima podría mejorar.

Y así fue. La mañana siguiente amaneció seca y calurosa. De todas maneras las nubes estaban muy bajas, aprisionando el calor, y toda la tierra parecía producir vapor. Al poco de abandonar el lecho, Tom ya estaba cubierto con un brillo pegajoso de sudor. Se puso de muy mala gana la chaqueta. Era una prenda vieja del capitán Hicks que Agnes le había prestado. Foy había decretado que los hombres debían ir lo mejor vestidos que pudieran.

Se reunieron en la plaza arenosa fuera del fuerte. Foy había reunido a todos los hombres de mejor condición física para impresionar a la *rani*. Una compañía entera de soldados, con sus botas bien ennegrecidas y lustradas; todos los escribientes y mercaderes de la Compañía vestidos con sus casacas azules; y un montón de portadores y sirvientes. Algunos de estos últimos llevaban obsequios para la *rani*, aunque el resto parecía estar ahí simplemente para hacer número y así agrandar la comitiva de Foy.

Aquellos que quedaban atrás miraban desde los costados del camino. Apenas algunos ancianos y niños, los supervivientes del *Kestrel* y las mujeres.

Foy encabezaba su columna, resplandeciente con una chaqueta granate y zapatos con hebilla dorada, una larga peluca con rulos y un sombrero con penacho de plumas de avestruz. El efecto habría sido magnífico si no fuera por el obvio esfuerzo que hacía él. Su cara brillaba de un color casi carmesí por el calor, y grandes manchas de sudor ya oscurecían los hombros de su chaqueta. El palacio de la *rani* estaba a casi diez kilómetros. Tom se preguntaba si Foy lograría sobrevivir.

—Se lo ve muy bien, ¿no? —le comentó a Ana, que estaba allí con ellos.

—Es un pavo real —repuso ella con vehemencia—. Con un cerebro apropiado. Dudo que siquiera comprenda lo que la *rani* le vaya a decir.

—Quizás debas traducir para él. —Tom se acercó a Foy y se lo sugirió. Este se mostró más que molesto.

—¿El diablo, me dice usted? Estos son asuntos de peso, los negocios de toda la Compañía dependen de esto. No puedo manejarlos por medio de una *mujer*. —Puso un desprecio especial en la última palabra—. Eso me humillaría.

—Me pregunto si la *rani* estaría de acuerdo con eso —murmuró Francis al oído de Tom.

Tom vio que Ana estaba a punto de pronunciar una réplica hiriente y la apartó.

—Tú debes quedarte aquí y cuidar a Sarah. Si algo llegara a pasarnos, ella va a necesitar todo tu cuidado.

La furia en los ojos de Ana desapareció para convertirse en preocupación.

—¿Te parece que van a correr peligro?

—Ya viste cómo los sirvientes de la *rani* me trataron la vez pasada.

—Entonces no vayas. Quédate —rogó—. Y Francis, también. Los asuntos del señor Foy no son los tuyos.

—Debo ir. Debo hacer que ese bribón de Tungar me devuelva mi espada, y esta es la mejor oportunidad para hacerlo. En cuanto a Francis, no voy a hacer que venga conmigo. Pero está en la edad en que la posibilidad del peligro no hace más que aumentar su determinación. No voy a detenerlo, aunque pudiera. Pero Alf Wilson y los otros hombres estarán aquí para protegerte.

Marcharon detrás de Foy, junto con el capitán Hicks a la cabeza de la infantería. Al echar un vistazo hacia atrás, Tom vio que Foy no había dejado ni un solo centinela para proteger el fuerte. Una sombra de recelo le atravesó la conciencia. ¿Realmente debía dejar a Sarah, Ana y Agnes tan indefensas?

«La espada», se recordó a sí mismo.

La columna se movía lentamente. Estaba compuesta por más de cien hombres, y las lluvias habían ablandado el camino hasta convertirlo en un lodazal. Pronto, los zapatos con hebillas doradas de Foy desaparecieron bajo una capa de barro, y los calzones de los cipayos quedaron salpicados casi hasta la cintura. Incluso después de una hora, habían avanzado poco menos de un par de kilómetros.

Tom vio todos los sacos y talegas que llevaban los porteadores nativos.

—¿Foy manifiesta semejante generosidad para la *rani*? Creía que eso no estaba en su naturaleza.

Hicks se rio.

—Foy no regalaría ni una gota de su propia orina si no lo obligaran. Esos bultos son de pólvora y proyectiles para sus hombres.

—¿No llevan cada uno lo suyo?

—El señor Foy no confía en sus hombres. Le preocupa que puedan volverse contra nosotros. —Pateó un guijarro en el camino—. Lo único que él ve es el color de su piel. No cree en la posible lealtad de ellos.

Los recelos de Tom se agudizaron. Verificó la carga explosiva de sus pistolas. Había tomado prestado un espléndido par de Hicks, que también le había prestado un arma blanca, un útil sable ligero del ejército que hizo que Tom deseara aún más tener otra vez la espada de Neptuno colgada a un costado.

Siguieron avanzando con dificultad. Todo el país parecía haberse convertido en agua. Tom imaginó que así debió ser el mundo que vio Noé al salir del arca. Los árboles goteaban por todos lados, los charcos se extendían por los costados del camino, y los laberínticos canales por las aguas estancadas brillaban por entre los árboles. Sin embargo, en medio de tanta agua, su mayor enemigo era la sed. Las chaquetas de lana y los sombreros se hacían más pesados al caminar con dificultad por el barro. El calor era como el de la cubierta de cañones en medio de un combate. Tom tenía la sensación de que todo el líquido de su cuerpo había sido estrujado y pasado a sus ropas.

—Hay un pozo en el próximo cruce de caminos —informó Hicks—. Podremos refrescarnos allí.

Tom trató de distraerse estudiando el terreno por el que iban avanzando. Estaba acostumbrado a las tierras salvajes de África, pero esto era completamente diferente. Árboles y flores que nunca había visto antes crecían en rica abundancia. Pandanos que se tambaleaban en sus raíces como zancos; chirimoyas, guayabas y papayas; un arbusto con hojas como las de los acebos y brillantes flores azules.

—Es un verdadero jardín del Edén —exclamó Francis.

—Hace un par de semanas, esto era apenas un campo seco —explicó Hicks—. Los ríos eran hilos de agua, y las plantas estaban marchitas. Cuando llegan las lluvias, todo parece nuevo casi de la noche a la mañana.

Pasaron por algunas aldeas, similares a la que habían encontrado cuando naufragaron. Había chozas con techos de palma dispersas a lo largo de las orillas del río, y las redes de pesca se secaban sobre postes de bambú. Pequeños canales desviados de los ríos desembocaban en redes de pozos llenos de una masa pulposa de color marrón. Hicks explicó que se trataba de pozos de fibra de coco, donde las cáscaras de coco eran remojadas durante meses para luego ser convertidas en hilos que, algún día, formarían las sogas y los cabos de los barcos. En otros lugares, Tom vio a mujeres que batían las fibras con pequeños palos.

Niños y adultos dejaron sus tareas y corrieron para observar sorprendidos la procesión que

serpenteaba por el bosque. Pero Tom no pudo evitar sentir que había algo más que curiosidad detrás de sus caras de asombro. Incluso fuera de las aldeas, podía escuchar movimientos en el sotobosque; a veces alcanzaba a ver cuerpos oscuros que corrían delante de ellos por el bosque. Había enfrentado el peligro muchas veces en su vida y confiaba en sus instintos. En ese momento se sintió como un animal perseguido.

Llegaron a una encrucijada, donde un puente de madera improvisado cruzaba un arroyo. Un pequeño santuario para el dios mono Hanuman se alzaba en medio de una arboleda de flores amarillas de hibisco y, junto a él, había un pozo.

Foy ordenó detenerse y corrió con ansias al pozo. Pero cuando miró al interior, lanzó un grito.  
—Está seco.

Tom se acercó y observó detenidamente. Habían arrojado bloques de piedra y escombros al pozo y estaba tan lleno de roca que ni siquiera las altas aguas del monzón podían cubrirlo.

—No importa —dijo Foy irritado. Su cara había perdido el color escarlata y en ese momento estaba casi blanco por los efectos del calor—. La *rani* nos dará lo que necesitemos cuando lleguemos al palacio.

Tom se acercó a él sigilosamente para que los hombres no escucharan.

—No me gusta esto —le advirtió—. Alguien bloqueó el pozo deliberadamente. Saben cuánto mina nuestras fuerzas el calor; nos quieren débiles y deshidratados para cuando lleguemos al palacio. Debemos regresar.

—¿Volver? —exclamó Foy en voz alta—. ¿Usted está loco? Tenemos más de cien hombres, ¿qué daño podrían hacernos la *rani* y su gentuza? Quizás un *intruso* huye apenas olfatea algún problema, pero los caballeros al servicio de la Compañía están hechos de material más resistente.

Por un momento, Tom se permitió considerar cuál sería el beneficio de arrojar a Foy al pozo. Se contuvo. Todos sus instintos le decían que regresara a lugar seguro, pero la espada era un canto de sirena que lo llamaba para seguir adelante.

El camino subía hacia unas bajas colinas rojas, las primeras elevaciones de los Ghats occidentales. Los arrozales y los jardines de coco de las partes llanas se mezclaban con las laderas. Adelante, en un valle entre colinas arboladas, comenzaba a verse el palacio.

Era el primer edificio de piedra que Tom veía desde que dejaron el fuerte. Por lo menos, algunas partes de él eran de piedra. Todo el edificio era un complejo inconexo que se había ido extendiendo durante décadas, como malas hierbas que colonizan un jardín, desplegando alas, patios y torrecillas de acuerdo con el humor del amo de turno. Tom podía verlos por encima del largo muro de madera que separaba a la *rani* de sus súbditos.

Foy detuvo la columna a la puerta. Una docena de guardias marchaban hacia él. Llevaban jubones acolchados sobre los sobrevestes blancos y largos, ajustados con fajas color naranja. Cascos plateados con largas mejilleras y protectores de nariz les tapaban las caras. Formaron dos filas, manteniendo erguidas sus armas de fuego. Un hombre avanzó entre ellos.

Tom se puso tenso. Sus dedos fueron automáticamente a la pistola en su cinturón. Era Tungar. Había cambiado su uniforme de guerrero: vestía una túnica de seda con un bordado intrincado, el casco había sido reemplazado por un turbante, pero no había cambio alguno en aquel rostro malvado y deformado por la cicatriz que corría por el centro.

Hicks colocó una mano sobre la de Tom.

—Ahora no —susurró.

Tungar se dirigió a ellos en lengua malabar, hablando con sonrisas exageradas que solo servían para mostrar sus dientes ennegrecidos. Un muchacho indio de corta edad apareció desde atrás de la columna para traducir.

—Dice que *rani* no bien. Demasiada bebida. Usted esperar.

—Mire usted —replicó Foy en tono severo. Se secó la frente—. Hemos viajado mucha distancia con obsequios para su asquerosa reina y no estamos dispuestos a que nos haga esperar, ¿me escucha?

La sonrisa de Tungar se ensanchó servilmente. Habló otra vez.

—Usted esperar —repitió el intérprete.

—Maldito sea, no lo haré. Yo...

Tungar dio la vuelta y se alejó. Foy se movió como para seguirlo, pero los guardias de la *rani* se lo impidieron. Sus miradas eran intimidatorias. La puerta se cerró desde el interior.

—¿Ahora qué se supone que debemos hacer? —preguntó Foy.

—Usted esperar —dijo el intérprete otra vez.

Las horas fueron pasando, pero Foy mantuvo a la columna en posición de atención en pleno calor del día. Cuando Hicks sugirió dejar descansar a los hombres, Foy se volvió hacia él furioso.

—¿Usted desea avergonzarme delante de la *rani*? Estoy seguro de que nos va a recibir en cualquier momento.

Pero las puertas seguían cerradas.

Tom sentía que la lengua parecía un ladrillo seco en su boca. Al mirar a Francis, vio que el muchacho estaba atontado por la sed. Dado que la marcha sería breve, no habían traído comida y para la media tarde, todos los hombres estaban debilitados por el hambre. Uno de los porteadores, un niño escuálido de no más de once o doce años, se desplomó. Sus amigos trataron de reanimarlo, pero Foy les ordenó que lo dejaran donde había caído.

Si no fuera por la espada de Neptuno, Tom habría llevado a Francis de vuelta a la factoría en ese momento. Se preguntaba si todavía quedaba suficiente luz del día para hacer el viaje de regreso.

—Cuando veamos a la *rani*, espero que usted recuerde preguntarle por mi espada —le dijo a Foy.

Foy soltó una risa desdeñosa, aunque su boca estaba tan seca que sonó más bien como un ahogo.

—Esta es una delegación diplomática. No voy a poner en riesgo el comercio entero de esta provincia por alguna baratija que usted haya perdido.

Antes de que Tom pudiera responder, la puerta se abrió. Tungar reapareció detrás de la fila de guardias. Mostró los dientes en una gran sonrisa.

—La *rani* está encantada de verlo.

—Ya lo ve —señaló Foy—. Le dije que todo iba a estar bien.

Los guardias de Tungar los condujeron por la puerta hasta el otro lado de un patio y a través de otro bajo pasaje abovedado. Tom vaciló. Sentía que todo estaba mal. Pero Francis y Hicks ya habían pasado al interior y la columna de cipayos avanzaba detrás de él. Tom tuvo que apurarse para recuperar su posición.

Cuando cruzó el patio, sintió que algún tipo de conmoción se producía en la puerta detrás de él. Parecía que no a todos los porteadores se les había permitido entrar, y en ese momento, las puertas se estaban cerrando. Trató de ver qué estaba ocurriendo, pero el flujo de hombres lo empujó bajo el arco interior.

Salió a un patio. De una manera extraña, a Tom le recordó a una posada para viajeros en Inglaterra, pero en una escala mucho más imponente. En el nivel del suelo, el patio estaba rodeado

por una galería de arcos, aunque la mayoría de los arcos estaban cubiertos con tejidos de fibra de coco y tapices, de modo que no se podía ver qué había dentro de ellos. Había guardias con largas picas apostados por todas partes. Arriba, las altas paredes tenían tallas muy ornamentadas con figuras de plantas y animales. Se veían siluetas que se movían detrás de las celosías cuadrículadas que cubrían las ventanas, aunque Tom no podía identificarlas con claridad.

Directamente frente a él, en el primer piso, un balcón avanzaba sobre el patio. Otros seis guardias, con cascos enchapados en oro y armas de fuego de bronce, flanqueaban la puerta que conducía al interior del palacio.

El patio apenas si podía contener a todos los hombres. Los porteadores que habían podido entrar se abrieron paso para dejar los obsequios junto a Foy, que estaba adelante, mirando hacia el balcón. Los hombres se amontonaban y empujaban desde atrás. Tom observó aquella multitud buscando a Tungar, pero se había esfumado.

Esperaron. El intérprete reapareció junto a Foy.

—Tungar dice cuando la *rani* viene, sus hombres disparar salva.

—Por supuesto. —Foy lo apartó con un movimiento de manos—. ¿El tipo piensa que soy un total ignorante del protocolo? Un poco de ruidos y truenos impresionan mucho a estos negritos.

Tom se alejó poco a poco, escurriéndose entre los hombres amontonados hasta el perímetro del patio. Algo sobre los tejidos de fibra de coco que ocultaban las galerías lo ponía incómodo. Se apoyó contra un pilar de la galería, tiró de la esquina del tejido, apartándolo ligeramente y echó una ojeada hacia dentro por la abertura. En la oscuridad del interior, vio a muchos hombres, iluminados por el brillo firme de una mecha lenta. Estaban de pie alrededor de algo grande que estaba cubierto por una lona.

Una mano firme en su hombro apartó a Tom. Uno de los guardias lo miró con el ceño fruncido y sacudió la cabeza. Señaló hacia el balcón, donde las puertas se habían abierto, y puso un dedo en sus labios.

Tom le sacó la mano del hombro. Tenía que advertir a Foy que los hombres de la *rani* estaban preparando algo sucio.

Pero en ese momento, la *rani* misma salió a su balcón en un revoloteo de gasa y destellos de gemas. Cuarenta cipayos presentaron armas y luego apuntaron sus mosquetes al cielo.

—Espere —gritó Tom desesperadamente. Pero incluso si Foy hubiera escuchado, las palabras quedaron ahogadas por una impecable andanada de disparos cuando los cipayos dispararon la salva.

La *rani* sonrió desde el balcón. Levantó su brazo a manera de lánguido saludo, luego lo dejó caer a un lado. Tom se dio cuenta de que aquella era una señal. Alrededor del patio, los tejidos de fibra de coco cayeron, revelando las bocas de negros cañones que apuntaban desde las sombras.

Tom se arrojó contra la pared cuando los cañones dispararon en una ráfaga estruendosa de humo. Una andanada de balas de mosquete, chatarra de hierro y clavos oxidados cayó sobre las filas de los hombres amontonados hombro con hombro en el patio. Las paredes del palacio temblaron con la descarga.

En un instante, el patio se convirtió en un caos. Solamente las últimas filas de hombres habían sido protegidas por los cuerpos de sus compañeros. Aquellos bajo fuego directo fueron derribados casi en su totalidad. Los gritos de los heridos se mezclaban con los gritos de los sargentos que trataban desesperadamente de reunir a los supervivientes, cuyos mosquetes se habían descargado en la salva por la *rani*. Y entonces, los tiradores en los balcones arriba del patio dispararon sobre la confusión de cipayos que iban de un lado a otro, y los guardias alrededor del perímetro atacaron con sus picas, seguidos inmediatamente por los grupos de

artilleros, que abandonaron el cañón y entraron en la pelea con espadas y hachas.

Y en algún sitio, en medio de todo esto, estaba Francis. Tom no podía verlo, pero supuso que el muchacho debía estar entre el grupo de hombres que se habían protegido debajo del balcón de la *rani*, donde el fuego de los tiradores no podía alcanzarlos. Podía ver a Hicks, con su bigotudo *hubladar* al lado. Los cipayos sobrevivientes formaban un anillo alrededor de ellos, rechazando desesperadamente al enemigo. Pero habían descargado sus armas en el saludo a la *rani*, y la pólvora y los proyectiles de sobra estaban con los porteadores que habían quedado afuera. Algunos lograron colocar las bayonetas; otros simplemente usaban las armas de fuego como porras.

Tom sacó su espada. En la primera corrida de la batalla, nadie lo había visto apretado contra la columna. Se lanzó sobre los atacantes desde atrás. Sus gambesones y cascos largos les protegían las espaldas y cuellos, pero sus piernas carecían de protección. Cortó los ligamentos de la corva de un hombre, y cuando este cayó, Tom le arrancó el casco de la cabeza y le partió el cráneo. Recogió la pica caída y atravesó al siguiente hombre como a un jabalí salvaje herido.

El hombre gritó y el enemigo se volvió contra Tom. Un hombre corrió hacia él con la espada desenvainada. Tom se puso en guardia, pero antes de que pudiera entablar combate, el hombre cayó de rodillas. La sangre le brotaba a chorros de la herida de una bala en la espalda. En el balcón encima del jardín, Tom vio a un tirador casi oculto por una nube de humo. Se dio cuenta de que la bala había sido para él.

Al mismo tiempo alcanzó a ver a Francis, en la primera fila de los defensores bajo el balcón. Tom avanzó hacia él, blandiendo la pica en sus manos e hiriendo a sus oponentes. Francis lo vio y se abrió paso para reunirse con él. Se agachó para esquivar un hacha, apuñaló al guardia que la sostenía con un golpe de bayoneta que le atravesó las tripas y arrastró a Tom hacia el nudo de defensores. Uno de los guardias de la *rani* trató de forzar su avance por la brecha, pero Hicks se adelantó y disparó su pistola a la cara del hombre.

—No podemos quedarnos aquí —gritó Tom. Acorralados contra la pared, superados en número y en armas de fuego, serían masacrados. Su única esperanza verdadera era abrirse camino para salir del palacio y escapar de regreso a la factoría de la Compañía.

—¿Todavía tiene las pistolas que le di? —preguntó Hicks.

Tom asintió con un movimiento de la cabeza. Sacó una y la amartilló. Hicks volvió a cargar la que acababa de usar.

—Cuando yo diga... *ahora*.

Todos dispararon a la vez y abrieron un espacio en el anillo de guardias que los rodeaban. Los atacantes se replegaron. Tom preparó su espada y atacó, con Hicks a la derecha y Francis a la izquierda.

—¡Permanezcamos juntos! —vociferó. En cuanto dejaron el refugio del balcón, fueron otra vez blanco del fuego de los tiradores. Dispararon una andanada de fuego de mosquetes y una bala hizo saltar el yeso de la pared al lado de la cabeza de Tom. Un fragmento afilado le dio en la mejilla. Tom limpió la sangre con el dorso de la mano que sostenía la pistola y en el mismo movimiento apuntó y disparó. La bala le dio en la frente al hombre que le había disparado. Cayó sobre el pasamano del balcón para luego estrellarse en el suelo del patio. Tom agarró el arma del cadáver y cortó la bolsa de municiones del cinturón. Le arrojó ambas cosas a Francis.

—Mantén a raya a esos tiradores.

Francis se arrodilló, cargó y disparó. Un guardia en el balcón cayó hacia atrás, agarrándose el abdomen. Los otros se retiraron, recelosos de esta nueva amenaza.

—Vamos —exclamó Tom. El movimiento del combate había abierto una brecha para ellos.

Olvidando toda precaución, cargó hacia adelante, saltando por sobre los cadáveres de los hombres que habían caído en el primer ataque. Casi pierde el equilibrio cuando resbaló en la sangre que cubría las piedras. Las balas caían desde los pisos altos; dos de los hombres a su lado cayeron. Un guardia apareció en su camino, empuñando una larga pica. El *hubladar* arrojó su mosquete con bayoneta como si fuera una jabalina y lo alcanzó en la garganta. Cayó al suelo.

Tom trepó sobre una pared baja y entró a la galería. Los cañones todavía estaban allí, abandonados después de disparar la descarga inicial. Al avanzar junto a uno de ellos, Tom vio la marca distintiva impresa en el largo cañón, las espadas cruzadas de la fundición donde había sido fabricado. La reconoció. Tal como había temido, era uno de los cañones que habían estado a bordo del *Kestrel*. Recuperado de los restos del naufragio, limpiado y vuelto a montar, en esa ocasión lo habían apuntado contra Tom y sus aliados. Esa confirmación lo hizo temblar de furia.

Pero no era ese el momento de pensar en ello. Los guardias de la *rani* ya se estaban reagrupando. Una puerta se abrió delante de él, y sin detenerse a pensar a dónde podría conducir, Tom la atravesó corriendo. Siguió por un pasillo, pasando junto a habitaciones con puertas abiertas hasta un patio lleno de árboles y fuentes cantarinas. Ventanas con celosías miraban desde lo alto al jardín. En una esquina, una escalera llevaba a los pisos superiores del palacio.

Tom contó a los hombres que lo habían seguido. Francis estaba ahí, junto a un joven mercader, uno de los ayudantes de Foy cuyo nombre no sabía. El joven estaba lloriqueando como un niño. Su camisa estaba manchada con la sangre de otros hombres. Tom había perdido a Hicks en algún lugar por el camino, pero tenía al *hubladar* y a seis cipayos, aunque solamente cuatro habían podido conservar sus mosquetes.

El ruido de pasos rápidos se acercaba por el corredor que los había conducido hasta allí. Tom levantó la punta de su espada. Hicks salió veloz del pasillo, perseguido por un guardia armado con una cimitarra. Hicks se dio media vuelta, apuntó su pistola y le disparó al hombre en el pecho. Este cayó de rodillas. Francis se adelantó sin perder tiempo y lo atravesó antes de que pudiera volver a ponerse de pie.

—Gracias a Dios que está a salvo —exclamó Tom—. Mi cuñada nunca me perdonaría si no lo devolvía a casa sano y salvo.

—Y mi mujer tampoco —agregó Hicks mientras recargaba sus pistolas—. Maldito idiota, este Foy.

—¿Dónde está?

—La última vez que lo vi fue cuando se estaba postrando ante esa bruja sanguinaria, la *rani*.

—Entonces probablemente ya esté muerto. —Ninguno de ellos sugirió volver para tratar de rescatarlo.

Francis había recorrido rápidamente el patio. Volvió corriendo hacia Hicks, con rostro adusto.

—No hay ninguna puerta. Estamos atrapados aquí.

Como para confirmar sus palabras, resonaron gritos por el corredor.

—Salgamos de acá de una buena vez —sugirió Hicks—. Síganme.

Los llevó escaleras arriba, al piso superior. Ni siquiera en ese momento, en una situación tan desesperada, dio señal alguna de pánico. Tom se maravilló ante tamaña sangre fría. Agnes se había conseguido un buen marido.

Doblaron una esquina al terminar la escalera y entraron en una larga galería. A través de puertas abiertas, Tom entrevió grandes salones lujosamente amueblados. Siguió corriendo, decidiendo el curso casi al azar. La velocidad era lo único que importaba, sin detenerse a pensar, siempre impulsados por el grupo que los perseguía de cerca.

El ruido de la lucha se hizo más fuerte cuando entraron a otra sala. Tom dejó escapar una



maldición. Todas las vueltas que habían dado los habían llevado casi de regreso a donde habían empezado, a las galerías que daban al patio. El humo salía a través de las celosías de madera. Al mirar hacia abajo, Tom vio las pruebas horrorosas de la masacre: cuerpos desparramados por todo el patio, algunos apilados unos sobre otros; miembros amputados y sangre salpicada sobre los adoquines y hasta cierta altura en las paredes.

Y en medio de esa carnicería, estaba el hombre a quien había visto por última vez en la playa, sobre los restos del *Kestrel*. Desde este ángulo, su cara quedaba oculta, pero Tom lo reconoció inmediatamente, solo por la actitud de su cuerpo. Estaba serenamente de pie entre los muertos, dirigiendo a los guardias que se movían entre los cadáveres para que acabaran con los sobrevivientes. Este era el hombre que había robado sus cañones y los había apuntado contra el mismo Tom.

Tom sacó la pistola. Pero el enrejado estaba demasiado delicadamente forjado como para permitirle disparar a través de él. Entonces, con el instinto de un zorro, el hombre se dio vuelta rápidamente y fijó la mirada directamente en Tom, aunque debió parecerle apenas una sombra a través de la celosía. Una vez más, Tom tuvo la extraña sensación de estar mirando a su propio fantasma. El hombre gritó una orden a uno de los guardias, quien le alcanzó un arma de fuego. Amartilló y apuntó a Tom con el mosquete.

Tom se agachó cuando disparó. La celosía delante de Tom estalló en una nube de astillas. Tom empujó el cañón de la pistola por el agujero irregular que había dejado, observando el patio en busca de su enemigo. Pero se había esfumado.

—Vamos —gritó Hicks. Tom se volvió para seguirlo y casi chocó con Hicks cuando él invirtió el curso.

—*Guardias* —le advirtió Hicks. Media docena de guardias con casco dorado y, en medio de ellos, con la cabeza descubierta para que la cicatriz que le recorría la nariz fuera bien visible, estaba Tungar. La espada de Neptuno brillaba en su mano, el zafiro destellaba en la empuñadura. Tom sacó el sable que Hicks le había prestado.

Los guardias con cascos dorados se arrodillaron y apuntaron una andanada de fuego de mosquetes. Sus armas, de largos cañones, eran incómodas y tan pesadas que cada una tenía un trípode en un extremo. No eran armas para pelear en un espacio limitado. Tom y los otros se aplastaron contra las paredes del pasillo. La andanada pasó inofensivamente junto a ellos. Antes de que los guardias pudieran volver a cargar, Tom y sus hombres atacaron.

Los guardianes dejaron caer sus mosquetes y buscaron sus espadas, pero los cipayos cayeron sobre ellos antes de que pudieran desenvainarlas. Los cipayos no dieron muestras de piedad. Les clavaron las bayonetas o los aporrearon con las culatas de los mosquetes. Tungar no se quedó para enfrentar a Tom. Se dio vuelta y escapó. Los cipayos sobrevivientes corrieron con él.

—¡Ahora es nuestra oportunidad de salir de esta trampa mortal! —vociferó Hicks. Señaló una ventana abierta que daba afuera, al techo de tejas—. Hay una salida.

Pero Tom sabía que no podía partir sin la espada de Neptuno. El atractivo de esa espada era un canto de sirena que resonaba en su cabeza.

—Ustedes vayan adelante. Yo los seguiré.

Sin esperar una discusión con Hicks, corrió tras Tungar por el corredor. Dobló la primera esquina y casi apuñaló a una aterrorizada sirvienta que estaba huyendo en dirección a él. La apartó y corrió por un pasillo corto y a través de un par de puertas de bronce que estaban abiertas.

Se detuvo y miró a su alrededor. Había ido a parar a una sala mucho más grande y más imponente que cualquiera de las que habían visto antes. Ricos tapices colgaban sobre las paredes. En un extremo, sobre un estrado, había un trono de caoba adornado con oro; en el otro extremo,

una puerta doble daba al balcón desde el que los tiradores enemigos habían comenzado la masacre. Delante del trono había una piel de tigre con la cabeza alzada hacia atrás y las mandíbulas abiertas en un mudo rugido.

Tom revisó el balcón, pero se encontraba vacío. Estaba a punto de correr hacia la siguiente puerta cuando escuchó el crujido de una tabla del suelo detrás de él. Se dio media vuelta y vio a Tungar que avanzaba desde atrás del trono con la espada de Neptuno en la mano derecha. Tom levantó el sable, justo a tiempo para detener la arremetida de Tungar. Pasó a contraatacar, pero el equilibrio del arma, al que no estaba acostumbrado, dificultó su movimiento, lo que le dio tiempo a Tungar de retroceder y recuperar la guardia.

Tom había ganado muchos duelos con esa espada azul en su mano. Ahora estaba del otro lado, y comprendió perfectamente la ventaja que ella le había dado. Pero en ese momento, esa terrible punta estaba dirigida a él, y sintió que su valor vacilaba ante la brillante amenaza.

Tungar lanzó una serie de ataques rápidos y cortantes a los que Tom apenas pudo seguirles el ritmo. Pero aunque lo empujó de vuelta al balcón, había sobrevivido. Recuperó el valor, aunque cautelosamente.

«Prefiere usar el filo antes que la punta», se dio cuenta. Tom sabía que podía usar ese dato para su beneficio.

Fue avanzando de lado, tratando de hacer girar a Tungar hacia su mano izquierda. Tungar comprendió el movimiento y lo obligó a retroceder. Estaba tratando de llevar a Tom hacia la puerta del balcón, donde sería blanco fácil para cualquiera de los tiradores abajo en el patio. Con una pirueta, Tom avanzó y regresó al centro de la sala. Era una ventaja pequeña. Era como estar peleando con una espada de plomo. Cada movimiento se hacía lento, cada impacto llegaba una fracción de segundo más tarde de lo que él calculaba. Eran cantidades diminutas, pero las fracciones se sumaban.

Fintó a la izquierda, dejando una apertura infinitesimal. Pero Tungar la vio al instante. Una estocada habría sido la jugada correcta, pero el instinto lo llevó al corte. Levantó el brazo, como Tom había previsto. Antes de que la hoja bajara, Tom empujó hacia adelante, poniendo todo su peso en la embestida con el propósito de entrar en la guardia de Tungar.

Tungar giró sobre su eje. La hoja de Tom le dio un golpe oblicuo a su armadura y se desvió, para salir girando de la mano de Tom. En la desesperación, Tom envolvió los brazos alrededor de la cintura de Tungar y lo arrojó al piso. Ambos cayeron. Tom puso los dos tacos de sus botas en el pecho de Tungar y lo empujó hacia atrás. Gateando, Tom buscó su sable, que estaba a una buena distancia. Consiguió poner la mano en la empuñadura y tiró. Pero la hoja estaba muy atascada. Había quedado enganchada en las mandíbulas abiertas de la cabeza del tigre. Tom tiró otra vez, no se movió.

Al ver a Tom en ese aprieto, Tungar rodó para ponerse de pie y levantó la hoja de la espada de Neptuno sobre la cabeza de Tom. Una vez más, prefirió el filo en vez de la punta. Gritó palabrotas y maldiciones en lengua malabar que no necesitaban traducción.

Movió la espada de Neptuno con toda su fuerza detrás del golpe. Tom pateó con fuerza y su bota le dio a Tungar en la rótula. La letanía de odio de Tungar se interrumpió abruptamente y se convirtió en un grito de dolor. La hoja de la espada zumbó al pasar junto a la cabeza de Tom y golpeó el suelo, pero a pesar del dolor de la rodilla dañada, Tungar mantuvo la mano apretada en la empuñadura. Trastabilló hacia atrás, cojeando sobre la pierna dañada, mientras Tom se ponía de pie de un salto y embestía otra vez.

Otra vez cerró ambos brazos alrededor de Tungar, pero ahora desde atrás y por debajo de las axilas, de modo que no podía extender la mano hacia atrás con la espada azul. Tom lo empujó

hacia adelante por las puertas abiertas que conducían al balcón, sobre el patio. Con la rótula dañada, Tungar no pudo resistirse. Tom lo empujó sobre la baranda de madera, tratando de obligarlo a dejar caer la espada de Neptuno.

Pero la baranda no podía soportar el ímpetu de ambos cuerpos musculosos. Quizá porque los disparos del enfrentamiento la habían debilitado o por la fuerza del ataque de Tom, lo cierto fue que la baranda se hizo astillas y cayó. Tungar la siguió y, por un momento, pareció colgar al borde del balcón, agitando los brazos en busca de equilibrio. Luego cayó.

El impulso de Tom casi lo arrastra también, pero una mano fuerte lo agarró del codo y lo sacó del borde.

Tom se liberó y echó un vistazo hacia atrás. Hicks estaba detrás de él, con un mosquete colgado del hombro, pero Tom apenas registró su salvación. Miró con atención sobre el borde hecho añicos del balcón.

Tungar estaba tendido sobre una pila de cuerpos. Su brazo derecho sobresalía como un ala rota. Y la espada de Neptuno estaba todavía apretada en su puño. La resistencia de la hoja la había hecho sobrevivir a la caída. Estaba sin daño ni marca alguna.

Tom midió la caída con ojo calculador y luego cambió su postura para ubicarse y poder saltar. Pero Hicks lo agarró otra vez.

—No sea estúpido, ¡Tom! Se va a romper las piernas, y probablemente el cuello también. Es solo una espada, no el Santo Grial.

Tironearon por algunos momentos más.

Entonces, la gente que había estado saqueando los cuerpos de los muertos y heridos esparcidos por todo el lugar se acercó para amontonarse alrededor de Tungar. Algunos miraron hacia arriba, vieron a los dos sobre el balcón, y empezaron a gritar y a señalarlos. Otros sacaron pistolas y los apuntaron.

Tom se rindió y dejó que Hicks lo arrastrara atrás, hacia el salón del trono.

—Le dije que no volviera por mí —gruñó.

—Pero menos mal que volví —comentó Hicks con indiferencia—. Y ahora será mejor que regresemos corriendo a casa. Antes de que la *rani* y todo su ejército vengan tras nosotros.

Tom se dio cuenta de que estaba poniendo en peligro las vidas de todos sus hombres, y accedió a los ruegos de Hicks.

Ambos volvieron corriendo por las galerías mientras detrás de ellos se escuchaba el clamor de los guardias que los estaban buscando.

Finalmente, Hicks llevó a Tom a uno de los depósitos que tenía ventanas con barrotes. Una de las rejas había sido arrancada. Y más allá de la abertura, se veía el techo de tejas de un edificio exterior accesorio. Hicks empujó a Tom por la ventana y saltó detrás de él. Corrieron por la cumbrera hasta el otro extremo. El terreno abierto se extendía más allá de ellos, hasta la empalizada exterior donde Francis y los otros los estaban esperando.

El salto no era tan sobrecogedor. Tom se colgó, estirando al máximo los brazos, y luego se dejó caer. Cayó en un pedazo de tierra embarrada y blanda. Entonces le hizo señas a Hicks para que lo siguiera. Hicks dejó caer el mosquete junto a Tom y luego se agachó para colgarse del borde.

Aparentemente de la nada, un cordón de acero, como una serpiente metálica brillante, salió disparado y se envolvió alrededor del cuello de Hicks. Hicks buscó con ambas manos y luchó por aflojarlo, pero se había cerrado alrededor de su garganta, arrastrándolo hasta ponerlo de rodillas. La cara se le hinchó y adquirió un color carmesí. Abrió la boca para gritar, sin embargo, no salió ningún sonido. La banda de acero saltó hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio y mientras

caía, Tom vio un anillo de sangre que le marcaba el cuello donde la tira lo había sujetado.

Mientras Tom miraba impotente, una figura surgió detrás de Hicks. Era el hombre al que había visto en la playa donde el *Kestrel* se había hundido, el hombre que le había disparado hacía unos minutos y, otra vez, Tom sintió esa intuición extraña, la sensación de un destino que se estaba cumpliendo.

Todavía mirando a Tom, el hombre hizo otro movimiento con la mano derecha. El anillo de acero brillante que rodeaba el cuello del capitán Hicks se cerró con fuerza. Cortó a través de la piel y la carne, a través de venas y arterias, y finalmente a través de tendones y vértebras.

Hicks fue decapitado completamente. La cabeza cayó de sus hombros, y un chorro de sangre brillante saltó del cuello cortado. Se desplomó y cayó fuera de la vista de Tom, detrás del ángulo del techo. Su asesino movió la muñeca otra vez, y la serpiente de metal regresó de un golpe, enrollándose en un carrete ajustado en su mano derecha.

Tom levantó el arcabuz y le apuntó. Apretó el gatillo, pero el disparo falló. El asesino se rio de él, y en ese instante, Tom reconoció sus facciones y el tono sarcástico de su risa. Este hombre era la viva imagen de su hermano Guy Courtney, o más bien de cómo era cuando lo vio por última vez, hacía más de veinte años.

Con otro movimiento de muñeca, el asesino soltó la serpiente de acero plateado hacia Tom. Zumbó en el aire cuando se desenrolló dirigiéndose a él. Pero entonces, se detuvo abruptamente al límite de su extensión, apenas a unos treinta centímetros delante de la cara de Tom. Tom saltó hacia atrás con un grito sobresaltado.

Cuando miró hacia el techo otra vez, el asesino y su infernal garrote de acero habían desaparecido. Pero Tom supo que nunca lo olvidaría.

Un coro de gritos llegó desde la puerta del palacio. Una banda de guardias con fajas color naranja se acercaba a la carga, dando la vuelta a la esquina. Con una punzada de remordimiento, y la risa del asesino resonando en sus oídos, Tom corrió.

Desde arriba de la pared exterior del palacio, Francis y los cipayos le gritaban que se apresurara. Estiraron los brazos hacia abajo y lo ayudaron a subir la pared, cuando una andanada de balas de mosquete golpeó los ladrillos debajo de ellos.

Entonces estuvieron todos del otro lado, pero lejos, muy lejos de estar a salvo.

Tom, obligándose a sacar el destino de Hicks de su mente, hizo un recuento rápido de sobrevivientes. Francis, el *hubladar*, cinco cipayos y el joven empleado de la Compañía, que tenía la vista clavada en el suelo y jugueteaba con los botones de su chaqueta. Tenían cuatro mosquetes entre todos.

—¿Cuánta pólvora y cuántos proyectiles?

—Muy pocas balas. Un cebador de pólvora. —A diferencia de los ejércitos británicos, las tropas indias todavía no habían adoptado el cartucho de bala, que combinaba la bala de mosquete y la correcta cantidad de pólvora en una envoltura de papel.

En el extremo más lejano del muro, Tom podía escuchar los ruidos del ejército de la *rani* al reunirse. Las puertas empezaron a abrirse. Agarró al joven empleado de la factoría por los hombros.

—Mírame. —Lo sacudió—. Mírame. ¿Cómo te llamas?

—K... Kyffen, señor —dijo, tartamudeando.

—¿Puedes correr?

Kyffen asintió moviendo la cabeza.

—Entonces regresa a la factoría tan rápido como puedas. Diles... —Tom vaciló cuando recordó cuál era la fuerza que habían dejado en la factoría. Un puñado de ancianos, mujeres y

niños. ¿Cómo podía esperar defender el fuerte con ellos?

¿Pero cuál era la alternativa? Solo tenían un bote pequeño, y en la temporada del monzón sería una estupidez hacerse a la mar en él. Por otro lado, las murallas de la fortaleza eran altas y anchas. Incluso con los cañones del *Centaurus*, los hombres de la *rani* no podían haber recuperado mucha munición. Los defensores podrían esperar aguantar durante algún tiempo, con suerte y buenas tácticas. Quizá lo suficiente para que llegaran los refuerzos desde Madrás.

Kyffen seguía esperando órdenes. Tom sintió el peso de la responsabilidad de su decisión, pensó en las vidas que dependían de las decisiones que tomara en ese momento, en el fragor de los acontecimientos.

—Diles que se preparen para un sitio. Nosotros vamos a retrasar a los hombres de la *rani* tanto tiempo como podamos.

Kyffen corrió como si tuviera fuego en los pies. Los otros lo siguieron hasta los árboles. Tom los dividió en tres pares, cada par con un arcabuz, y retuvo uno para sí.

—Disparen por turnos —les ordenó—. Un par dispara, el segundo recarga mientras el tercero retrocede. Y apunten a los oficiales, lo más que puedan. Su falta de entrenamiento y disciplina es ahora nuestra mejor esperanza.

Después, lo único que Tom recordaba de la retirada era el terror. No por él, sino por Sarah y Agnes, sabiendo lo que les ocurriría a ellas si él fallaba. El viaje fue una constante imagen borrosa de correr, volverse, disparar, recargar y correr otra vez; siempre demasiado lentamente, siempre consciente del menguante suministro de municiones, mientras la vanguardia de la *rani* los perseguía de manera implacable.

Tom disparó y regresó corriendo. Metió la mano en el bolsillo para buscar la siguiente bala de mosquete, pero estaba vacío. Encontró a Francis agachado detrás de un árbol, esperando a que su compañero recargara.

—¿Tienes más balas de mosquete?

—Dos —respondió Francis con una gran sonrisa—. Puedo darle una. Si me promete no errar.

—Tu generosidad es abrumadora. —Tom trató de sonreírle, pero la sonrisa no apareció en su rostro.

No habían cubierto mucho más de tres o cuatro kilómetros. Con el día que se estaba yendo y el camino fangoso, no podían esperar evadir la persecución. La *rani* tenía caballería. Si la enviaba, todo habría terminado antes del anochecer.

—Debemos darle más tiempo al señor Kyffen.

Una explosión rasgó el aire, tan fuerte que desató una llovizna de gotitas de agua que cayó de los árboles sobre ellos. Tom miró atrás, temiendo que los guardias de la *rani* hubieran traído sus grandes cañones. Pero no pudo ver a nadie persiguiéndolos. Se produjo otro estrépito ensordecedor.

—¡Truenos! —Tom y Francis se regocijaron juntos.

Una gruesa gota de lluvia le cayó en el dorso de la mano. Luego otra, y otra más. Pronto era un diluvio, la lluvia que caía con fuerza atravesaba violentamente las copas de los árboles y empañaba a los hombres debajo de ellas. Caía tan furiosamente que apenas podían respirar, y su visión quedaba restringida a una decena de metros.

—No pueden pelear en este clima, y nosotros tampoco —exclamó encantado Tom—. La pólvora se hace pasta y el pedernal mojado no echa chispas. —Arrojó a un lado el inútil arcabuz, reunió a sus hombres y corrió con ellos, resbalándose y patinando en el barro, de regreso hacia el

fuerte.

Pero los hombres de la *rani* no habían abandonado del todo la persecución. Cada vez que Tom se detenía para controlar la retaguardia, podía distinguir sus siluetas borrosas a través de la lluvia.

Llegaron al puente que habían cruzado aquella mañana, junto al pozo y al santuario del dios mono. Desde que habían visto el río por última vez, este había subido más de un metro y medio. El agua de color chocolate estaba casi tocando la parte de abajo de la tambaleante estructura de bambú.

Sus perseguidores los estaban presionando tanto que Tom casi lleva a su grupo a cruzar el puente sin pensarlo. Algunos pasos más adelante, se dio cuenta de la oportunidad que estaba perdiendo. Se dio vuelta y sacó el sable.

La vanguardia de los guardias había casi llegado al puente cuando vieron a Tom que los enfrentaba en el otro extremo. Se detuvieron por un momento, sospechando alguna trampa. Luego sonrieron abiertamente cuando vieron cuán pocos eran los hombres que se les oponían. Sacaron sus armas de mano y se lanzaron al ataque.

Tom no se movió hasta que los otros estuvieron a más de mitad de camino del puente, y entonces levantó su sable e hizo caer la hoja sobre una de las cuerdas de fibra de coco que fijaban el puente a la orilla. Tuvo que dar tres golpes, y luego el cabo se deshizo, con un crujido como el de un disparo de mosquete, y el puente comenzó a torcerse. Cinco o seis de los atacantes fueron lanzados a los rápidos y desaparecieron inmediatamente. Los supervivientes se aferraron desesperadamente a la cuerda lateral, sus pies tocaban la veloz corriente de agua. Tom dirigió su atención al cabo de sostén que quedaba. Con otros cuatro golpes secos, la cuerda cedió. El resto de los perseguidores que estaban en el puente fueron arrojados al río y, casi instantáneamente, se hundieron por el peso de su armadura.

Los guardias en la orilla opuesta, que no habían llegado todavía hasta el puente, vieron cómo sus compañeros se ahogaban, y se alejaron del borde del agua consternados y en desorden.

En ese momento, un jinete en un caballo negro salió a medio galope del denso bosque. El jinete frenó y se paró sobre los estribos, mirando por encima de las aguas turbulentas a Tom y a sus hombres en la otra orilla. Tom frunció el ceño cuando sus miradas se encontraron. Era el hombre que había robado sus cañones para que los usaran contra él. El hombre que había decapitado a Hicks con la serpiente de acero.

Se miraron detenidamente el uno al otro, y el río no era lo suficientemente ancho como para contener o mitigar su odio mutuo. El jinete observó las turbulentas aguas, evaluando si debía o no intentar cruzarlas. Luego llevó a su caballo al borde mismo de los rápidos.

—Jamás podrás alejarte lo suficiente, ni correr tan rápido —le gritó—. Te alcanzaré.

Con sorpresa, Tom se dio cuenta de que había hablado en inglés. Sin vacilaciones, sin el menor rastro de un acento. Era la voz confiada de un hombre nacido y criado en Inglaterra.

—¿Quién eres? —vociferó desde el otro lado de la corriente.

El jinete no respondió. Hizo dar vuelta a su caballo y galopó de regreso a la oscuridad del bosque.

La noche cayó rápidamente con la tormenta. En la oscuridad y la lluvia, apenas podían seguir el camino. Más de una vez, casi se hundieron en las crecientes aguas estancadas. Tom no se atrevía a detenerse. Sabía, con fría seguridad, que aquel hombre a caballo no iba a dormir ni a descansar en su persecución.

Pero estaban viajando a ciegas. Pronto se dio cuenta de que habían perdido el sendero. Ni siquiera entonces les permitió detenerse para descansar, sino que los instó a seguir adelante por el bosque. Hasta que, por fin, Francis abordó a Tom cuando se detuvo para recobrar el aliento.

—Debemos detenernos. A este ritmo, descubriremos que hemos viajado en un gran círculo y habremos regresado directamente a la cárcel de la *rani*.

Tom sabía que el muchacho tenía razón, pero no podía convencerse y aceptar la derrota.

—Solo algunos minutos más. Estoy seguro... —Hizo una pausa. La lluvia y el viento habían amainado. Más adelante, escuchó un nuevo sonido—. Escucha.

Ambos lo escucharon. Era el rugido bajo y rítmico de las olas que golpeaban sobre una playa.

—El mar —aullaron al unísono.

Tom se abrió paso con el sable, siguiendo ese sonido a través de los árboles. El bosque terminó abruptamente delante de él y se encontró a cielo abierto, corriendo a lo largo de una playa con arena blanda bajo sus pies.

—¿Hacia dónde? —le gritó a Francis, pero antes de que Francis pudiera contestar, Tom vio las luces del fuerte brillando delante de ellos y se dio cuenta de que Kyffen había entregado su mensaje y la guarnición estaba esperando su llegada.

Tom y Francis llegaron junto a las puertas y las golpearon. Las puertas chirriaron al abrirse y dos ancianos aparecieron ante ellos, sosteniendo linternas por encima de sus cabezas y apuntándoles con mosquetes.

—¿Dónde están todas las mujeres? —vociferó Tom, empujando los cañones de sus mosquetes—. ¿Dónde está mi esposa?

William Kyffen atravesó el bosque a los tropezones, resbalándose y patinando en el barro. Nunca había estado tan asustado en toda su vida.

No era así como había previsto el desarrollo de su carrera. Cuando se puso por primera vez la casaca azul de aprendiz de amanuense, había imaginado un futuro glorioso como cónsul general en Oriente, montado en elefantes en el gran palacio de Delhi, recibiendo obsequios de joyas, cada una de las cuales valdría más que el sueldo de un año de su padre como un coadjutor en Lincolnshire. En cambio, se encontraba en este lugar dejado de la mano de Dios, respondiendo a los caprichos de un gobernador que lo trataba no mejor que a los criados nativos.

La tormenta se hizo más fuerte. Cada rama que se rompía o coco que caía sonaban como un disparo de mosquete a sus oídos. Para cuando llegó a Brinjoan y vio el volumen alentador de la fortaleza sobre la orilla, apenas podía creer que hubiera sobrevivido a la terrible experiencia.

Llegó tambaleándose a las puertas. Todo el asentamiento —todos los que se habían quedado— corrieron para recibirlo.

—¿Dónde están Tom y Francis? ¿Dónde están el señor Foy y el capitán Hicks?

—El señor Foy y el capitán Hicks están muertos. Los hombres fueron masacrados. Yo fui el único que escapó.

Una palidez mortal se apoderó de Agnes. Se tambaleó. Ana la sostuvo antes de que cayera.

La señora Foy tomó la noticia de la muerte de su marido con más estoicismo. No se desmayó ni gritó, ni siquiera derramó una lágrima.

—Entonces debemos preparar nuestro escape —manifestó de inmediato.

Kyffen se había agachado, tratando de dominar el dolor del costado que lo atormentaba.

—El señor Weald dijo que debemos preparar el fuerte para un sitio.

—¿Tom está vivo entonces? —preguntó Ana—. ¿Y qué hay de Francis?

—Ambos estaban vivos cuando los dejé.

—Seguramente ya estarán muertos —dijo bruscamente la señora Foy—. No podemos demorarnos. Cada minuto que esperemos es un minuto que esos terribles salvajes tienen para seguir acercándose. ¿Pueden imaginar lo que harán con cuatro damas de categoría como nosotras?

La imaginación de Kyffen se sobresaltó ante esa idea. De todas maneras, vaciló.

—El señor Weald dijo...

El rostro de la señora Foy cambió, como si el pleno significado de aquellas noticias no hubiera sido claro hasta ahora y, de pronto, cayó de rodillas. Echó los brazos alrededor de la cintura del señor Kyffen y lo miró con ojos desorbitados.

—Mi marido está perdido —dijo entre sollozos—. Querido señor Kyffen, solamente usted puede salvarnos ahora.

Kyffen miró a la mujer que se aferraba a él y se ruborizó cuando se dio cuenta de que estaba mirando directamente el escote de su vestido. Sus pechos se hincharon contra la tela mientras trataba de recuperar el aliento en medio de su conmoción.

Por primera vez en su vida, Kyffen sintió la responsabilidad de tener a una mujer encantadora suplicándole *algo*, por no hablar de que ese algo fuera su propia vida. La señora Foy necesitaba su protección y, al igual que los caballeros valientes de antaño, él iba a arriesgarlo todo para salvarla. En ese momento, ella era una viuda, una viuda sumamente rica, y ella iba a necesitar que la mano firme de un hombre la guiara en su pesar. Con el tiempo, quizá, su gratitud... Pero no quería permitirse imaginar cosas semejantes.

Puso la mano en el hombro de ella, asombrado ante su propia osadía.

—No se preocupe —la tranquilizó con firmeza—. De ahora en adelante, yo seré su protector.

—Debemos escapar —sentenció la señora Foy—. Prepare el bote.

—El señor Weald dijo...

—El señor Weald no está a cargo aquí. Usted está a cargo. —Ella fijó su mirada en él, con ojos implorantes, y a pesar de todo, él sintió la emoción del mando—. Contamos con usted para salvarnos.

Kyffen se volvió a los hombres allí reunidos y se aclaró la garganta.

—Preparen el barco para el mar. Preparen suministros, provisiones, pólvora y proyectiles. Debemos partir dentro de una hora.

Los ancianos y los niños se movieron de acuerdo con lo ordenado. Pero en el otro extremo del patio, los hombres de Alf Wilson y el resto de los hombres de Tom permanecieron impassibles, con los brazos cruzados. Kyffen los miró nervioso. No le gustó la mirada del primer oficial del *Kestrel*. Si había un hombre en el asentamiento que podía desafiar su autoridad, ese era él.

—Vamos, rápido —gritó—. Los hombres de la *rani* usarán nuestras tripas como ligas si nos atrapan aquí.

Haciendo caso omiso de él, Alf se dirigió a Agnes y a Ana.

—¿Qué quieren ustedes que yo haga? ¿Tom y Francis podrían haber sobrevivido?

Agnes no podía mirarlo, pues seguía llorando. Ana habló con una confianza que no sentía.

—Vaya con la mitad de sus hombres a buscar a los sobrevivientes. No corra ningún riesgo. Si se encuentran con los guardias de la *rani*, escape de inmediato. El resto de sus hombres pueden ayudar a preparar la nave. Ya sea que Tom y Francis estén vivos o no, me temo que muy pronto la vamos a necesitar.

Ana llevó a Agnes de vuelta a su casa. Se preguntaba cómo le daría las noticias a Sarah, todavía en cama por su enfermedad. ¿Realmente Francis y Tom podían estar muertos? Parecían tan fuertes, tan llenos de vida, que era difícil creerlo.



En el fuerte, Lydia Foy todavía estaba arrodillada al lado de Kyffen, agarrándolo y llorando. Abrió apenas un ojo y vio que los hombres habían ido cada uno a lo suyo.

—Espero que usted no se olvide de llevar algunos de los artículos de los depósitos.

Kyffen se mostró sorprendido.

—¿Es este el momento de pensar en el comercio?

—Mi querido y difunto marido dio su vida por ese comercio. Era lo único que le importaba. Mancharía su memoria permitir que sus mercancías cayeran en manos de sus asesinos.

Se puso de pie y se secó las lágrimas de su cara. Era unos cuantos centímetros más alta que Kyffen. Lo miró desde arriba con sus enormes ojos azules, que hicieron que la cabeza de él se alterara.

—Si queremos escapar de verdad, debemos tener los medios para mantenernos cuando lleguemos a un lugar seguro. No pienso vivir mis días de viuda noble en la pobreza.

—No llegará a eso, señora. Yo, personalmente, se lo garantizo.

Ella le acarició el brazo.

—Querido señor Kyffen, usted es demasiado amable. Pero no tenemos tiempo para perder.

Kyffen ordenó a cuatro de los hombres más fuertes que la acompañaran al depósito y se sintió gratificado cuando fueron sin poner reparos. No estaba acostumbrado a dar órdenes y menos todavía a que lo obedecieran. Hasta ese día, había sido el amanuense de menor jerarquía en el asentamiento, aferrado al escalón más bajo de la escalera de la Compañía mientras otros hombres le pasaban por encima. Y en ese momento, repentinamente empujado al mando, descubrió que en realidad disfrutaba de esa sensación.

Muy pronto, el barco estuvo lleno de la mejor tela de algodón, algunos de los artículos manufacturados enviados de Inglaterra, y barriles del mejor vino y el mejor brandy. La señora Foy supervisó la carga con ojo atento, asegurándose de que los artículos estuvieran bien estibados. Cuando estuvo satisfecha, se encontró con Kyffen otra vez.

—Venga conmigo —le pidió—. Hay algo que debo mostrarle.

Kyffen la siguió muy bien dispuesto a la casa del gobernador. A pesar de la grave situación en la que estaban, su imaginación lo llevaba a considerar toda clase de intrigantes posibilidades, pero ella lo llevó sin demasiada ceremonia a la oficina de su difunto marido.

Kyffen vaciló en la puerta. El señor Foy podía estar muerto, pero los hábitos de deferencia son duros de matar. La señora Foy no tenía semejantes escrúpulos. Entró resueltamente al escritorio, recogió una pila de libros de contabilidad encuadernados en cuero y los puso en los brazos de él.

—¿Está usted segura de que los necesitamos? —preguntó con sorpresa.

—Usted puede estar seguro de que la Compañía de las Indias Orientales tratará de culparnos por lo que ha ocurrido. Debemos asegurarnos de tener las pruebas para refutar esas acusaciones.

Kyffen no podía menos que admirar su fortaleza espiritual, su capacidad de pensar con tanta claridad en esa situación intolerable.

—También está esto.

Abrió un pequeño armario en el rincón, hecho de teca sólida. Cuando las pesadas puertas se abrieron, Kyffen vio que era un engaño: el armario daba a una pequeña bóveda de seguridad de ladrillo incrustada en la pared. Adentro, apilados unos sobre otros, había cuatro cofres de hierro, con sólidas cerraduras de seguridad.

La admiración del señor Kyffen por la señora Foy se hacía cada vez más grande.

—Necesitaremos algunos hombres para llevar estos —arriesgó él.

—Vigílelos con sumo cuidado. Cada uno de estos cofres contiene mil libras en oro.

Kyffen empezó a preguntarse si la catástrofe que les había caído encima no podría brindar algunos beneficios después de todo.

—Debemos ir al barco —sugirió la señora Foy—. Si no estamos lejos pronto, quedaremos atrapados aquí.

Para entonces, Kyffen ya había casi olvidado las instrucciones de Tom. Es más, en su opinión, Tom ya estaba muerto, o en el mejor de los casos, era prisionero de la *rani*. De todos modos, se detuvo.

—El barco está cargado en exceso; si nos vamos todos a bordo, lo hundiremos.

—Efectivamente —concordó la señora Foy—. Usted debe decidir quién debe formar parte de la tripulación del barco. El resto se quedará aquí y defenderá el fuerte lo mejor que pueda, hasta que podamos enviar ayuda.

Para cuando los cofres con el oro estuvieron cargados en el *gallivat*, la pequeña embarcación de la que disponían estaba tan baja en el agua que Kyffen se preguntó si alguien podría subir a ella. Todos los hombres y mujeres estaban reunidos sobre la costa, ya empapados por la lluvia. Alf Wilson y su gente todavía no habían regresado.

Ana miró atentamente la nave.

—¿Este es su plan? ¿Llevarse todo lo que pueda y abandonar al resto mientras Tom y Francis todavía podrían estar con vida?

—He tomado mi decisión —dijo Kyffen, dándose importancia. Sintió el peso tranquilizador de la pistola en su cinturón, aunque la lluvia probablemente la había dejado inútil—. Enviaremos a las mujeres y los niños más pequeños. Los otros se quedarán aquí para defender el honor de la Compañía y aguardar a los posibles supervivientes.

—Un prudente plan —confirmó la señora Foy.

—Por lo menos, esperen a Alf Wilson y sus hombres, para ver si saben algo de Tom y de Francis —rogó Ana.

Kyffen miró a la señora Foy.

—Si no han vuelto hasta ahora, seguramente están muertos —observó ella—. Y así estaremos nosotros si no nos vamos ya. El señor Kyffen la está tratando más que generosamente, señorita Duarte. Usted llegó a nuestra factoría sin ser invitada y por decisión propia; es probable que usted quisiera perjudicar nuestro comercio. Y aunque ahora el señor Kyffen le ofrece un escape, el único agradecimiento que recibe son críticas e ingratitud.

Agnes se adelantó.

—Me iré. Pero Sarah está débil. Necesitaré algunos hombres para que la lleven a bordo.

Ana le agarró la manga.

—Espera. No te irás sin los demás, ¿no?

—El señor Hicks está muerto —replicó Agnes amargamente—. No tengo razón alguna para quedarme aquí.

—¿Y Tom y Francis?

Agnes la miró con dureza.

—Tom no es mi marido. Muy probablemente esté muerto también. Debo cuidar a mi hermana, Sarah.

Ana estaba a punto de discutir cuando se dio cuenta de que la señora Foy estaba detrás de Agnes, prestando más atención de la que fingía. Incluso en ese momento, Ana tuvo miedo de revelar el secreto de Tom. Con tanto trastorno, no se atrevía a imaginar a dónde podía llevarlos el destino después.

Así fue que Agnes abordó el bote salvavidas. Tres hombres llevaron a Sarah a bordo y la

colocaron en la proa, descansando sobre fardos de tela con una vela de repuesto a manera de toldo sobre ella. De los otros, Kyffen eligió a dos muchachos y ocho de los hombres más fuertes y de mejor aspecto para ocuparse de los remos, incluyendo todos los hombres que quedaban de la tripulación del *Kestrel*. El más antiguo de ellos, un contraмаestre llamado Hale, miró a Ana de manera inquisitiva.

—Deberíamos quedarnos aquí esperando al capitán y al señor Wilson —protestó.

—Deje a dos de sus hombres más fuertes aquí —respondió Ana—. Si Francis y Tom regresan, Dios lo quiera, van a necesitar toda la ayuda que pueden conseguir. Pero si Tom estuviera aquí, no querría que abandonáramos a Sarah a merced de desconocidos.

Bajó la voz.

—No confío en la señora Foy ni en el señor Kyffen. Por lo menos, si usted y algunos de la tripulación del *Kestrel* estuvieran en el bote salvavidas, usted podría protegerla.

—¿No estaríamos mejor reteniendo a la señora Courtney aquí?

—Agnes es su hermana —alegó Ana—. Por derecho, ella debe decidir qué es lo mejor para Sarah. Y quizá tiene razón. Si va a haber un sitio, este no será un buen lugar para una mujer en su condición.

—Pensaba que se estaba poniendo mejor.

—Su enfermedad está pasando. Pero pienso que eso podría ser solo un síntoma de...

Se interrumpió. Los hombres en el bote salvavidas ya estaban levantando la vela, urgidos por Lydia Foy.

—Adiós. Que Dios los acompañe, y cuiden bien de Sarah.

Hale se tocó la frente.

—La trataremos como a uno de los nuestros, señorita. —Toda la tripulación había servido a los Courtney durante muchos años, algunos desde el primer viaje de Tom en el *Seraph*. Conocían a Sarah mejor que a sus propias madres. Cuando tenían heridas o lesiones que necesitaban cuidado, cuando tenían problemas con sus mujeres en tierra, o dificultades de dinero, siempre era a ella a la que acudían. La querían y darían la vida para protegerla. Incluso en las pocas semanas que Ana había pasado con los Courtney, no le había quedado ninguna duda en ese sentido.

—¿No viene usted con nosotros? —gritó Agnes.

Ana sacudió la cabeza.

—Esperaré a Francis.

—Déjela —intervino la señora Foy—. Si la pobre no puede ocuparse de su propio bienestar, no seré yo ciertamente quien lo haga.

El bote se fue perdiendo en la oscuridad que avanzaba. Al mirar desde la orilla, Ana apenas podía respirar por todas las dudas y presentimientos que se agitaban dentro de ella. Rogó volver a verlos a salvo nuevamente.

Vio movimientos en el borde del bosque. ¿Podrían los hombres de la *rani* haber llegado ya?

Alf Wilson y sus hombres salieron del bosque. Cubiertos de barro, encorvados por el agotamiento, apenas si pudo reconocerlos.

—Ninguna señal de Tom y Francis —informó—. Fuimos hasta donde nos atrevimos.

—Gracias.

—Eso no quiere decir que no estén vivos.

—Lo sé. Gracias.

Alf Wilson miró con atención hacia el mar y frunció los labios. Se dio cuenta de cuál era la situación.

—¿Debo suponer, entonces, que estamos planeando quedarnos aquí?

Esa aceptación con tanta calma fue lo más reconfortante que Ana había escuchado en todo aquel terrible día. Otra vez, le maravillaba que los Courtney siempre supieran rodearse de hombres tan leales.

—Creo que tal vez permanezcamos aquí algún tiempo.

—Entonces es mejor que nos preparemos para recibir visitas.

Para cuando Tom terminó de escuchar la historia de la partida del bote, Ana y Alf ya habían comprendido a qué se debía toda aquella conmoción. Ana había estado durmiendo en la casa del gobernador; Alf se había echado para dormir una siesta breve y estaba furioso con los defensores que habían abandonado sus puestos

—Si estuviéramos a bordo del viejo *Seraph*, les arrancaríamos la piel de la espalda —gruñó.

—Deja que hagan lo que quieran —comentó Tom. Por dentro, compartía el enojo de Alf, pero cuando miró a los hombres en el fuerte, se dio cuenta de que no tenía sentido desmoralizarlos todavía más. Sus superiores los habían abandonado. No era de extrañar que carecieran de la disciplina de hacer guardias de vigilancia. Si iban a defender el fuerte contra el ejército que seguramente estaba viniendo, necesitaría darles hasta la última gota de confianza en ellos mismos que pudiera reunir.

Había estado despierto un día y una noche; había luchado contra el infierno del palacio y de la jungla, y todo para encontrar que Sarah se había ido. Si hubiera habido un bote, incluso un pequeño chinchorro, lo habría tomado en un santiamén, tan preocupado estaba. Su cuerpo ansiaba descanso, tibieza y comida, mientras que toda su alma anhelaba estar con Sarah.

Tom hizo el esfuerzo de ignorar todo aquello y reunió a los hombres en el patio de la fortaleza. Apenas podía disimular su consternación ante los números reales. Veintiún empleados de la Compañía, de los cuales unos dos tercios tenían más de cincuenta años y el resto menos de catorce. A lo que había que añadir el *hubladar* y los cuatro cipayos que habían escapado del palacio de la *rani*, Alf Wilson y cuatro hombres más del *Kestrel*, y Francis, lo que sumaba treinta y dos hombres, incluyéndose a sí mismo.

—¿Cómo estamos equipados en cuanto a las armas?

—No nos va a faltar la pólvora ni tampoco las municiones, señor —repuso Alf, que había hecho un inventario apenas se dio cuenta del aprieto en que se encontraban—. La Compañía proveyó en abundancia, pues sabía que podrían pasar meses sin suministros.

—¿Y mosquetes?

—No demasiados, pero más de los que necesitamos. También hay un buen número de picas y espadas. El capitán Hicks mantenía su arsenal bien provisto, que Dios lo tenga en su gloria. Y por supuesto, no nos faltan cañones.

«Ojalá tuviéramos los hombres necesarios para usarlos», pensó Tom. Trató de que sus recelos no se traslucieran mientras pasaba revista al ejército improvisado que había heredado. No se le escapaba la ironía de que él, precisamente, se hubiera convertido en el inesperado defensor de la Compañía de las Indias Orientales.

Todos lo miraban a él, y se dio cuenta de qué estaban esperando. Esperaban que él hablara. Necesitaban que él hablara.

«¿Qué se les dice a hombres que están casi con certeza condenados a morir y buscan que se los tranquilice?», se preguntó. Se subió a un escalón de montar.

—Sé que ustedes no vinieron aquí a pelear —comenzó—. Pero nuestros enemigos se acercan y con ellos, la pelea que les vamos a dar. Tenemos murallas sólidas, provisiones y no pocas

armas. Y sobre todo, nos tenemos a nosotros mismos. Confíen unos en otros, defiéndanse hasta la muerte, y haremos que la *rani* llegue a desear no haberse atrevido nunca a desafiarnos. Su ataque fue cobarde y no provocado. Ahora, ustedes tienen la oportunidad de hacerle pagar su traición.

Los hombres respondieron con vivas disonantes, lo mejor que podía haber esperado, dadas las circunstancias. Por lo menos no parecían derrotados, todavía.

Tom dividió a los hombres en grupos, mezclando jóvenes, viejos, cipayos y los hombres en buena condición física del *Kestrel*. Alf Wilson quedó al frente de un grupo, Francis al frente de otro y el *hubladar* al frente del tercero. Su mayor preocupación era el agua.

—Busca todos los barriles, toneles y baldes que puedas encontrar y llénalos con el agua del río —le ordenó a Francis—. El hambre y la sed han terminado con más sitios que la pólvora.

Un segundo grupo buscó sacos de arroz y de pescado salado de los depósitos.

Tom envió al resto de los hombres a ocuparse de las defensas. Abrieron agujeros en las partes bajas de las puertas, suficientemente anchos como para meter las bocas de los cañones. Uno de los hombres había sido carpintero y los equipó con tapas como las de las troneras para disimularlos y que no se vieran desde el exterior. Envolvieron con toldos de lona impermeable los cañones para protegerlos de la lluvia.

Cuando eso estuvo hecho, les hizo quitar los techados de palmera de la casa del gobernador y de los demás depósitos dentro del fuerte. Apenas se secan, serían yesca a la espera de arder.

Subió a las murallas e inspeccionó el fuerte, estudiando los ángulos del fuego y las líneas de ataque. Eliminados los techos, los edificios no eran más que cáscaras; la arena había empezado a caer en ellos, como si la playa ya hubiera empezado a reclamar esa tira de tierra que la Compañía de las Indias Orientales se había atrevido a considerar suya.

No por última vez, maldijo a la Compañía por sus descuidos, un síntoma de su arrogancia despreocupada, de la sensación de tener derecho a todo, que le permitió monopolizar el comercio de todo un subcontinente. Los depósitos de mercancías estaban demasiado cerca del fuerte y serían perfectos emplazamientos de los cañones de los sitiadores. Peor aún, había una cabaña que se levantaba a la sombra de la muralla norte, desde donde los tiradores podían cubrir un asalto. Haría que los hombres la demolieran.

El movimiento en el borde de la selva atrajo su mirada. Una docena de hombres de la caballería de la *rani* salió de entre los árboles. Galoparon a lo largo de la playa, haciendo saltar agua con las patas de sus caballos, y frenaron a más de doscientos metros del frente del fuerte. Uno sacó un catalejo de bronce y estudió el fuerte a través del lente.

—Traíganme un mosquete —gritó Tom, y le gustó ver que rápidamente el muchacho se lo trajo, ya cargado. Lo apuntó hacia el jinete más cercano y disparó.

Sabía que estaban fuera del alcance. Vio que la bala levantaba una pequeña columna de arena cuando cayó en la playa unos pasos delante de los hombres. Los caballos reaccionaron retrocediendo; uno se encabritó y casi derriba a su jinete. Los otros se retiraron.

Tom bajó el mosquete. No había esperado darles, pero por lo menos ya sabían que no iban a tomar el fuerte sin pelear. Arrojó el mosquete de vuelta al muchacho que lo había traído.

—Vuelve a cargarlo. Pronto volveremos a necesitarlo.

Dos de los jinetes salieron galopando, sin duda para advertir al ejército que debía estar siguiéndolos. Los otros empezaron a moverse en un amplio círculo alrededor del fuerte hacia el asentamiento, manteniéndose cuidadosamente a distancia segura, fuera del alcance del mosquete.

—¿Están todos los hombres adentro? —preguntó Tom.

—El grupo del agua todavía está afuera.

—Francis.

Se dirigió al lado de las murallas que daban hacia tierra firme. Francis y sus hombres estaban rezagados en su camino de regreso del río, doblados en dos bajo el peso de los recipientes que cargaban. Ocultos por el depósito de mercaderías, no habían visto a los jinetes de la *rani* que se acercaban.

Ya junto al río, Francis trató de mantener una expresión de audacia en el rostro. En las últimas veinticuatro horas había presenciado más brutalidad de la que jamás podía haber imaginado; había sobrevivido sin comida ni agua. Pero podía sentir los ojos de los hombres fijos en él, ansiando su liderazgo. Sabía que había hecho poco para merecerlo, pero estaba decidido a demostrar que era digno de esa confianza. Se metió en la corriente hasta las rodillas con ellos, esquivando los troncos y ramas que pasaban flotando después de haber sido arrancados por la tormenta, manteniendo estables los barriles contra la corriente, alentando y persuadiendo a los hombres para que siguieran trabajando. Se había propuesto aprender todos sus nombres, y veía cómo sus rostros brillaban de orgullo cuando él los usaba.

Habían llevado ya una carga de agua al fuerte y estaban llenando un nuevo grupo de barriles cuando uno de los hombres señaló corriente arriba. Un tronco flotaba hacia ellos.

—¿Qué es eso?

Francis miró horrorizado. No era un tronco, sino una balsa, tres tablas largas unidas en paralelo. Pero no estaban atadas con sogas. Estaban unidas por un cuerpo humano desnudo, clavado sobre ellas en una torpe representación de un crucifijo.

—Es el señor Foy —gritó uno de los hombres, un contable llamado Ilkley.

O había sido, antes de que la gente de la *rani* lo atraparan, pensó Francis. El cuerpo de Foy tenía las marcas de las horrendas torturas que le habían infligido. Su boca muy abierta era un agujero vacío en su rostro. Sus ejecutores le habían cortado la lengua y se la habían clavado en el pecho.

—Calculo que no les gustó la manera en que les habló —comentó Ilkley.

La tosca balsa pasó flotando, casi al alcance de la mano. Nadie trató de tomarla. La corriente se llevó el cuerpo. Tomó una curva y se detuvo en un pequeño banco de arena cerca de la boca del río.

—Deberíamos sepultarlo —sugirió uno de los cipayos.

Francis se obligó a borrar ese horror de su mente. Tenía que recuperar el control de sí mismo.

—Déjenlo —dijo bruscamente—. Si tenemos tiempo, podemos enterrarlo después. Por ahora, debemos ocuparnos de los vivos.

Nadie desafió esa decisión. Sabían que Foy había sido el creador de este desastre, y que sus esperanzas de salvación pendían de un hilo.

—¿Están todos nuestros barriles llenos? —preguntó Francis, y cuando sus hombres lo confirmaron, les ordenó volver al fuerte.

Llevaban los barriles colgados de palos. Incluso con dos hombres por cada uno, el peso era inmenso. Las piernas se les doblaban, les dolían los hombros. Se detenían con frecuencia. Los dos muchachos los seguían con barriles más pequeños, haciéndolos rodar por sobre la arena. Eso hacía que Francis recordara a los niños que había visto en el pueblo jugando con aros y palos.

Un disparo de mosquete rompió el silencio sofocante que envolvía a la colonia. A uno de los hombres se le cayó el palo, y el agua se derramó por el tapón abierto. Francis miró hacia el fuerte,

luego atrás a la línea de árboles, pero no vio nada.

—Rápido —urgió a los hombres. Trató de acelerar el paso, pero el peso de los barriles lo hacía imposible. La arena dificultaba la marcha y los palos estaban resbaladizos por el sudor y el aire húmedo.

Sintió un temblor en el suelo debajo de sus pies. Miró hacia arriba, y vio que las puertas del fuerte se abrían. Alguien estaba de pie encima del edificio de la entrada, moviendo las manos y gritando. ¿Era Tom?

En ese preciso momento, seis jinetes dieron vuelta la esquina del depósito de mercancías. Cuando vieron a Francis y a sus hombres, giraron, desenvainaron sus sables y se lanzaron a la carga.

Los hombres dejaron caer los barriles, sin importarles la manera en que la preciosa carga se derramaba por la arena. Se volvieron para huir.

—Deténganse —gritó Francis. Sabía que si los hombres se dispersaban, serían alcanzados y derribados como animales—. Conmigo.

Dos de los barriles más grandes habían caído juntos. Francis reunió a los hombres detrás de ellos. Tenían cinco mosquetes, pero solo dos estaban cargados.

—Dame esos dos. —Casi les arrebató los mosquetes de sus manos, tomó uno él y pasó el otro al cipayo. No había tiempo de cargar los otros—. Pongan las bayonetas —ordenó.

La caballería los atacó a una velocidad terrorífica. Francis levantó el mosquete, apuntó al pecho del primer caballo y disparó. La bestia estaba tan cerca que podía verle las fosas nasales que se dilataban; sintió una cierta compasión por el pobre animal, pero eso no estropeó su puntería. La bala dio en la punta del hombro del animal, directamente en línea con el corazón. Las patas delanteras se doblaron y cayó, levantando una nube de arena. El jinete gritó cuando una de sus piernas quedó atrapada debajo de su montura, y la tibia y el peroné se le hicieron añicos en el impacto. Los otros jinetes viraron bruscamente para evitarlo. Pero uno de ellos estaba demasiado cerca detrás del jefe y no pudo cambiar el curso a tiempo. También cayó.

Los cuatro jinetes restantes frenaron sus caballos y giraron las cabezas hasta que quedaron mirando hacia Francis y sus cipayos. En ese momento, el cipayo de pie al lado de Francis levantó el segundo mosquete cargado y disparó sin pensar demasiado en su objetivo. La bala golpeó al subalterno de la caballería de la *rani* directamente en el puente de la nariz. Abrió totalmente los brazos y se deslizó hacia atrás sobre la grupa de su caballo. Un pie quedó enganchado del estribo, y su montura salió corriendo y lo arrastró por la playa, haciendo que la cabeza chocara contra las piedras que encontraba en su camino.

Francis encajó la bayoneta sobre la boca del mosquete y la giró para ajustarla. Tres de los jinetes habían caído, pero los tres que todavía seguían en pie constituían un serio peligro. Uno de ellos estaba cargando una pistola.

Y entonces, sin disparar, la metió en su faja. Les dijo algo a sus compañeros y movió las riendas. Y los tres condujeron a sus caballos de vuelta para vadear el río y galopar hacia la selva.

Solo cuando desaparecieron, Francis pensó en darse vuelta. Las puertas del fuerte estaban abiertas, y una docena de hombres con mosquetes estaban corriendo hacia él. Tom iba a la cabeza. Cuando vio a Francis y a los otros a salvo, dio un gran grito de alegría. No se había atrevido a ordenar a sus soldados que dispararan por temor a herir a Francis y a sus hombres. No confiaba en la puntería de ellos. Corrió hacia Francis y lo abrazó como si fuera su propio hijo.

—Gracias a Dios que estás vivo.

La cara de Francis se había puesto blanca, ya que la oleada de fiebre de lucha lo había abandonado. Tom sintió que temblaba en sus brazos. Lo sostuvo un momento más para que se

serenara.

—Lo has hecho muy bien —murmuró para que los otros hombres no escucharan—. Muchos hombres con más experiencia se habrían quebrado y huido, y habrían muerto.

Francis señaló los barriles esparcidos a su alrededor.

—Perdimos más de la mitad del agua.

—Poco importa. Podemos volver a llenarlos. Eres *tú* quien es irremplazable.

—Tres hurras por Inglaterra —gritó—. Tres hurras por la roja, blanca y azul. *Hip hip...*

Los vivas murieron en sus labios. Al otro lado del río, la caballería había reaparecido, excepto que mientras antes había habido tres jinetes, en ese momento había cien, desplegados en una larga fila que salía trotando del bosque.

—Regresar al fuerte —gritó Tom—. No tiene sentido quedarnos aquí.

Abandonaron los barriles y corrieron hacia las puertas. La caballería de la *rani* había vuelto y estaba cruzando el río. Sin embargo, detuvieron a sus caballos mucho antes de llegar a estar dentro del alcance de los cañones del fuerte. Quizá si hubieran sabido que quedaban tan pocos hombres, se habrían arriesgado. Pero por el momento, lo ignoraban.

Tom llegó a la puerta y esperó allí hasta que el último de los rezagados estuviera adentro. Francis se quedó con él, instando a los hombres a que se apuraran. Cuando todos estuvieron adentro, los Courtney los siguieron. Alf Wilson cerró de golpe las puertas y las aseguró con barras.

El ejército del enemigo se extendió en un cordón amplio, encerrando la franja de terreno arenoso sobre el que se alzaba la fortaleza. Algunos de los soldados entraron en el asentamiento y aparecieron con muebles y objetos de valor. Los defensores en el fuerte tuvieron que mirar, impotentes, mientras sus casas eran invadidas y saqueadas.

Más tarde en el día, llegaron las columnas de la artillería: tiros de una docena de bueyes, cada uno arrastrando los cañones que habían recuperado del *Kestrel*. Había otros cañones, también, pero eran armas ineficaces: simplemente tubos de bambú reforzados con aros de hierro.

—Esos serán más peligrosos para sus propios artilleros que para nosotros —señaló Tom, mientras observaba a los hombres de la *rani*, que los ponían hábilmente en posición. Maldijo al destino que había permitido que sus cañones cayeran en las manos del enemigo, junto con la espada de Neptuno—. Si ellos no tuvieran nuestros cañones, podríamos resistir un sitio hasta el próximo monzón.

—Pero no tienen tu pólvora —dijo Ana, de pie al lado de él.

—Tienen la de ellos.

—La pólvora india no es de ninguna manera tan potente como la inglesa. Tus cañones tendrán un alcance mayor.

—Santo Cielo, señora, usted es una mujer muy útil para tener cerca en una situación difícil.

Llamó al *hubladar*.

—La señorita Duarte cree que nuestros cañones tienen un mayor alcance que los del enemigo. Quizás usted podría hacer que sus hombres demuestren este hecho.

El *hubladar* hizo un saludo militar y llamó a sus hombres. Tom miró con aprobación la manera en que se apresuraron a cumplir con su tarea, aunque con más entusiasmo que destreza. Les tomó un total de diez minutos cargar y apuntar el cañón, mientras que sus artilleros en el *Centaurus* o en el *Kestrel* lo habrían hecho en dos.

Los hombres se apartaron, el *hubladar* le dio fuego al oído del cañón y este rugió, y la cureña saltó hacia atrás, retenida por sus aparejos. A través del humo, Tom vio que la bala volaba bastante más allá de los cañones del enemigo, luego por encima de las dunas y hacia un pelotón de



infantería que se estaba acercando como apoyo para los cañones, derribándolos como muñecas de trapo y arrancando la pierna de al menos un hombre. Finalmente, se detuvo a medio enterrar en el costado de una de las dunas, donde quedó humeando y crepitando por el calor generado por su propia trayectoria.

Poco después, Tom vio con cierta alegría que los soldados de la *rani* regresaban con sus tiros de bueyes para arrastrar la artillería más lejos, a una distancia más segura.

Tom nunca antes había estado en un sitio, no en el lado de adentro. En el tira y afloja de una batalla en el mar, o en una emboscada, él sabía cómo actuar; en este caso, las horas y días de espera minaban sus fuerzas. Se puso irritable. Si Sarah hubiera estado ahí, ella habría sabido cómo calmarlo. Pero ella estaba lejos, y eso solo aumentaba sus preocupaciones.

«¿Qué clase de hombre soy?» se preguntaba a sí mismo. Un ejército de mil hombres lo rodeaba, y vivía cada minuto de cada día sabiendo que su intención era matarlo. Pero la emoción principal que sentía no era miedo o cólera: era aburrimiento. Después de esa primera escaramuza en la playa, los sitiadores no montaron un asalto. Todos los días disparaban algunos esporádicos tiros con su cañón, y los defensores respondían con los suyos, pero ninguno hacía mucho daño. Los hombres de la *rani* se conformaban con retrasar su asalto. Pronto, Tom comenzó a desearlo. Cualquier cosa con tal de salir de ese punto muerto.

Pero no se quedaba ocioso. Podía darse cuenta de que esa misma lasitud que él sentía también la sentían sus hombres, y sabía que debía luchar contra ella. Los puso a trabajar cavando pozos cisterna para juntar agua de lluvia, que hizo forrar con las maderas de la casa desmontada de Foy y estopas de los depósitos. Sin la posibilidad de un asalto por mar, hizo bajar al patio uno de los cañones que apuntaba al océano y entrenó a los hombres para usarlo hasta que pudieran limpiarlo, cargarlo, apuntarlo y dispararlo en dos minutos. Estaba satisfecho al ver cómo se habían fortalecido los grupos que había creado en aquellas desesperadas primeras pocas horas. Los hombres comían juntos, hacían guardia juntos, chismorreaban y se reían juntos. Los hacía competir unos con otros en el manejo de los cañones y le complacía ver el orgullo que sentían con los logros de cada uno.

«Si tuviera cien más como ellos, podría atacar el campamento de la *rani* y perseguirlos a todos ellos hasta el palacio», pensaba.

En las primeras semanas, su mayor problema era el clima. Las tormentas llegaban desde el océano, día tras día, y el fuerte abierto no ofrecía protección. Los hombres se amontonaban en el socaire de las murallas, temblando y empapados; si el ejército de la *rani* hubiera atacado entonces, se habrían apoderado del fuerte sin un solo disparo. Después, las tormentas dieron paso a una lluvia más apacible y más continua que duró más tiempo de lo que Tom pensaba fuera posible. Cuando las nubes finalmente se fueron, y apareció el sol, miró el cielo azul como un preso que logra su primer atisbo de libertad.

Pero fue un respiro insuficiente. Apenas se secaron sus ropas y la pólvora, descubrieron que el sol era un enemigo peor que la lluvia. Al cabo de varias horas, a mediodía, el fuerte se convertía en un horno. Los hombres se apretaban contra las piedras recalentadas para encontrar algún resquicio de sombra. Las cisternas, que antes rebosaban, estaban secas.

La sequía revitalizó a los sitiadores. Quemaron el depósito de mercancías más cercano y usaron los escombros para hacer una plataforma para sus cañones. Tom trató de hacerlos volar, pero llevaron el cañón durante la noche y, por la mañana, estuvieron en condiciones de comenzar un bombardeo sostenido que mantuvo inmóviles a sus hombres.

—Su intención es venir por nosotros —le dijo a Francis, unas seis semanas después de comenzado el sitio—. Carga todos los mosquetes y prepara tus armas.

Con la protección de su artillería, los soldados de la *rani* habían empezado a avanzar, cavando una trinchera en la arena blanda. Tom los observaba por una pequeña hendidura en los portones de entrada, prestando especial atención a su comandante. Era Tungar, no había dudas al respecto. El catalejo lo acercaba tanto que casi podía tocar la cicatriz en medio de su cara.

Cojeaba a lo largo de las líneas de batalla, gritando órdenes a sus hombres. La caída del balcón de palacio lo había herido, pero no matado, y seguía llevando la espada de Neptuno. Consultaba con frecuencia al hombre alto que lo acompañaba, al que Tom reconoció como el hombre que había matado a Hicks con su extraño látigo de acero. El hombre que había hablado en inglés perfecto. Tom se preguntaba cómo era que un inglés había encontrado la manera de incorporarse al servicio de la *rani*. Quizás otro náufrago.

Tom anhelaba poder disparar un tiro. Pero los mosquetes de la Compañía de las Indias Orientales eran armas inferiores, sin estriado para hacer girar la bala y hacerla volar con precisión. Sería desperdiciar la pólvora. Detrás de Tungar, el ejército se estaba formando en filas.

—Se preparan para lanzar un ataque con toda su fuerza sobre nosotros —anunció Tom. Inspeccionó a sus hombres, formados en el patio. Con la piel roja quemada por el sol, enflaquecidos por las raciones pequeñas, no parecían guerreros. Y eran muy pocos.

—Manténganse agachados y no les ofrezcan a ellos blancos fáciles. —Estuvo a punto de decir: «Vendan caras sus vidas», pero lo pensó mejor. No querían vender sus vidas por esta chatarra de la vanidad de la Compañía de las Indias Orientales. Lo que querían era salvarse.

—Peleen unos por otros, y sobreviviremos a esto todos juntos.

Asignó su posición a cada hombre. Él fue a la muralla del este, mirando hacia el enemigo; el *hubladar* y Alf Wilson se ubicaron al norte y al sur, respectivamente.

—Tú te quedas en el patio y te ocupas de los cañones de las puertas del fuerte —le ordenó a Francis. Le vio la decepción en el rostro.

—Si usted está tratando de protegerme, tío...

—Estoy tratando de protegernos a todos nosotros. Tu pelotón es nuestra reserva. —Sacudió la cabeza con cierto remordimiento, lleno de admiración y entusiasmo. ¿Acaso él había sido muy diferente a esa edad? —Tendrás tu pelea, te lo aseguro.

Los cañones del enemigo estaban en silencio. Los hombres corrían hacia las defensas. Mirando por las rendijas, Tom vio que los hombres de la *rani* ya estaban dentro del alcance de los cañones del fuerte, tan cerca que los defensores no podían inclinar los cañones lo suficiente como para apuntarles. Pensando que estaban protegidos, se lanzaron a la carga, hacia adelante, agrupándose en el cuello de la franja de arena.

—Preparen los cañones y disparen a voluntad —le gritó a Francis.

Los atacantes no habían visto las troneras incorporadas a las puertas de entrada al fuerte. Recién se enteraron de ello cuando se abrieron las escotillas y aparecieron los dos cañones largos de nueve libras.

—Fuego —vociferó Francis.

Tom se había preparado para esto. Ana había cosido sacos de arroz viejos formando bolsas pequeñas, que habían llenado con balas de mosquete. Disparadas por la boca de un cañón, las bolsitas se desintegraban y las balas se abrían en abanico, formando un arco letal. La primera fila de hombres en la playa cayó entera. La segunda fila, empujada por los hombres de atrás, tropezó con los cadáveres y cayó, disminuyendo aún más la velocidad del ataque.

—Vuelvan a cargar —ordenó Francis, pero sus hombres no necesitaban estímulo. Todas aquellas semanas de sufrir y esperar habían terminado. Todo su entrenamiento, operando los cañones recalentados hasta que sus manos quedaban ampolladas, dio sus frutos. «Sacatrapos y esponja. Empujar el cartucho. ¡Listo! Taco de tela. Proyectoil. Pinchar el cartucho y cargar el oído». No había que apuntar, porque el blanco era vasto y estaba en todos lados delante de ellos.

—Fuego.

El segundo cañoneo hizo más daño que el primero. Los blancos se habían dispersado, dando

más espacio a las balas para que hicieran estragos. En los extremos, algunos de los atacantes se habían metido en las aguas poco profundas para escapar de los cañones. Eso no los salvó. Las apacibles olas se volvieron rojas con su sangre; algunos se murieron ahogados por el peso de los hombres muertos encima de ellos.

Pero seguían llegando. Desde las murallas, Tom podía ver a Tungar a caballo, su cara escondida por las mejilleras de su casco. Exhortaba a sus hombres para que avanzaran, con la espada de Neptuno apuntando hacia el fuerte. Un soldado, dominado por el pánico, trató de huir. Entonces él se agachó en la silla de montar y abrió el pecho del hombre desde el hombro hasta la cadera, luego lo pisoteó con el caballo. No es de extrañar que los hombres le tuvieran más miedo a él que a los cañones del fuerte.

El humo se hizo más denso y ocultó al comandante antes de que Tom pudiera intentar un disparo. Y entonces tuvo un problema más cercano. Aun con todo su entrenamiento, los hombres de Francis no podían volver a cargar con la suficiente rapidez. Los hombres de la *rani* habían casi llegado a las murallas, y cuanto más cerca estaban, menor era el campo del tiro del cañón. No se acercaban a las puertas, pero se extendían alrededor de las murallas como olas que rompen sobre una roca. Entre ellos, Tom vio algunos hombres que llevaban largas escaleras de bambú para escalar los muros.

—Quédate con los cañones —le gritó a Francis. Aunque los grandes cañones no podían tocar a los hombres cerca de las murallas, todavía podían dominar el pequeño istmo que cualquier refuerzo tendría que cruzar.

El ejército atacante apareció en tropel junto a las murallas en tres lados del fuerte. El extremo de una escalera apareció en una de las aspilleras. Tom estiró el brazo, disparó la pistola a ciegas directamente hacia abajo y luego empujó la escalera hacia atrás. Se escucharon gritos cuando la escalera se movió y cayó sobre el grupo de atacantes. Tom y su pelotón aparecieron desde atrás de las almenas e hicieron fuego hacia abajo, donde se agrupaban los otros.

Arrojó el mosquete usado a uno de los muchachos y tomó uno recién cargado. Pero cuando se levantó para disparar, una lluvia de balas cayó sobre él, haciendo saltar astillas del parapeto y volando cerca de sus orejas. Volvió a agacharse rápidamente.

—No se van a rendir fácilmente —farfulló. Como para confirmar sus palabras, otra escalera se alzó y golpeó contra el borde alto del muro. Esta vez, Tom dejó que los atacantes llegaran. Apareció una cabeza desnuda; dos manos oscuras se tomaron del parapeto. Antes de que el hombre pudiera afirmarse, Tom lo agarró por la garganta y lo levantó por el aire para sostenerlo como un escudo humano. El cuerpo se estremeció cuando fue alcanzado por el fuego de los mosquetes desde abajo. El pelotón de Tom se puso de pie y lanzó una andanada hacia los atacantes.

Tom lanzó el cadáver acribillado al suelo. El siguiente hombre en la escalera trató de llegar a la muralla, pero uno de los muchachos lo detuvo con una pica que le atravesó el corazón. Tom empujó la escalera hacia atrás otra vez, pero no pudo moverla. Esta vez, los hombres abajo se arrojaron sobre ella para mantenerla en su lugar con el peso.

En la parte interior del parapeto, junto con los montones de armas, pólvora y proyectiles, había una docena de las botellas de vino de Foy. Las habían vaciado, para luego llenarlas con pólvora, clavos y toda la chatarra de metal que pudieron encontrar en todo el fuerte. Un trapo, remojado con licores, sobresalía del cuello.

Tom amortilló su pistola vacía, la sujetó junto a la botella y apretó el gatillo. El pedernal hizo saltar chispas que cayeron en el trapo y lo encendieron. Tom lanzó la botella por sobre la muralla. Aterrizó a los pies de la escalera y estalló entre los hombres que la sujetaban. Una nube de

trocitos de acero los atravesó, arrancando ojos, orejas y dedos. La escalera cayó.

Los atacantes se retiraron de las murallas. Eso los convirtió en blancos más fáciles para los hombres arriba, quienes hicieron llover descarga tras descarga sobre ellos, empujándolos todavía más lejos, hacia el lugar de donde habían venido, y quedaron dentro del alcance del cañón en las puertas del fuerte.

Tom miró a su alrededor. Entre las nubes de humo que se movían por el fuerte, vio a los hombres del *hubladar* sobre la muralla sur. Parecían estar resistiendo bien. Pero en la muralla norte, Alf Wilson estaba haciendo señas desesperadamente, pidiendo ayuda a los gritos.

Agachado muy bajo, Tom corrió a lo largo de la muralla. Sin tener que preguntar nada, vio inmediatamente el peligro. De las ventanas de una pequeña casita de piedra que estaba enfrente, a unos veinte metros del fuerte, salían constantes descargas de mosquetes que acribillaban el muro.

—Debemos sacarlos de ahí —gritó Tom—. Si retienen esa casa, tendrán el refugio perfecto para un asalto. —Con su mayor precisión y alcance, los mosquetes indios podrían mantener las murallas libres, lo que les permitiría a los sitiadores levantar su escaleras sin resistencia alguna.

Esto era lo que él había temido. Sus hombres estaban desplegados al máximo, de modo que no había ningún lugar de donde pudiera tomar refuerzos sin arriesgarse a un desastre.

Gritó hacia el patio para atraer la atención de Francis. Levantó cuatro dedos, con lo que indicaba cuatro hombres, y le hizo señas a Francis para que se acercara. Eso dejaba suficiente cantidad de hombres para ocuparse de los cañones, con los que, esperaba, haría que los atacantes lo pensarán dos veces antes de probar superar las puertas.

Francis y sus hombres se acercaron a la muralla y se agacharon al lado de él. Las balas de mosquete repiqueteaban sobre el muro de piedra y silbaban por encima de sus cabezas. Tom explicó lo que se necesitaba.

—¿Pero cómo podemos bajar? —preguntó Francis.

—Sogas.

—¿Y para subir otra vez?

—Solucionaré ese problema cuando lo tenga delante de mí.

—Usted quiere decir «nosotros», ¿no?

—Tú no —explicó Tom—. Te quedarás en la muralla para dar fuego de cobertura.

Vio la molestia en la cara de Francis, y la negativa a punto de llegar a sus labios.

—No hay tiempo. Si algo me pasa, los hombres recurrirán a ti en busca de liderazgo. —Por un instante, recordó otro sitio en otro fuerte, en el otro lado de ese mismo océano. Tom había tomado el mando cuando las piernas de su padre fueron arrancadas por la fuerza del estallido de una mina. «Dios mío, que no sea ese mi destino», rogó.

Trajeron sogas y las ataron a los anillos de hierro que tachonaban el parapeto. Tom llevaba dos pistolas en pistoleras colgadas en bandoleras, dos más en el cinturón y un mosquete colgado del hombro. Recogió media docena de granadas hechas con botellas de vino y las puso en un saco.

—Prepara a tus hombres —le gritó a Francis—. *Ahora*.

Los hombres dispararon todos a la vez, una brusca descarga que los dejó sordos y casi ciegos. El humo era una protección mayor que las balas de mosquete. Al envolver el parapeto, esa nube los ocultó durante esos segundos esenciales cuando quedaron expuestos de pie encima de la muralla. Luego saltaron.

Los hombres que había escogido eran todos marineros del *Kestrel*: podían quemarse las manos en un estay de papa aun dormidos. Se deslizaron por las sogas antes de que los atacantes siquiera pudieran verlos. Tom aterrizó en la arena, rodó y se puso de pie de un salto. Una furiosa andanada estalló por sobre su cabeza cuando los hombres de Francis hicieron otra descarga, que

obligó a los atacantes a permanecer inmóviles.

Tom desenvainó la espada y empezó a abrirse camino hacia la casa. Alf Wilson peleaba al lado de él, empuñando un hacha que había hecho él mismo cortando una de las alabardas de los cipayos. Los soldados de la *rani*, sorprendidos por este repentino contraataque, se replegaron.

Pero los tiradores ubicados en el edificio se mantuvieron firmes. A través del tumulto, Tom vio humo que salía por las ventanas cuando disparaban sin cuidar a sus propios hombres. Tom vio a un alto espadachín indio que cayó cuando una bala de mosquete le arrancó la parte de atrás de la cabeza. Pero no todos los tiros se desviaban. Uno de los hombres de Tom fue alcanzado en el brazo; otro fue derribado por un tiro limpio entre los ojos.

En frente de ellos, la playa se hundía en una hondonada baja, donde el viento se había arremolinado entre el fuerte y la casa, llevándose la arena. Tom se arrojó ahí e hizo señas para que sus hombres hicieran lo mismo. Si se apretaban bien contra el suelo, la elevación brindaba suficiente refugio para protegerlos de las balas de mosquete que silbaban sobre sus cabezas. Atrás, los hombres de Francis mantenían un fuego firme desde la muralla, manteniendo a raya al enemigo.

Tom sacó tres de las botellas de vino del saco. Le hizo señas a uno de los marineros, un hombre de Cornualles llamado Penrose.

—Apenas estas granadas exploten, sígueme. Alf, mantén un fuego constante. —Le pasó dos de sus pistolas—. ¿Listo?

Hizo saltar una chispa. Las mechas de tela en los cuellos de las botellas se encendieron. Agachándose lo más que pudo, Tom las arrojó hacia la casa. Una quedó corta y explotó sobre la arena; la segunda golpeó la pared de la casa y se hizo añicos. Maldijo. No había ninguna alternativa. Tendría que arriesgarse.

Alf vio lo que quería hacer y asintió con un movimiento de cabeza. Levantó su mosquete y disparó. En ese mismo instante, Tom sacó rápidamente la cabeza de la protección de la hondonada, apuntó a la ventana más cercana y tiró la botella. Se echó hacia atrás, al suelo, a la vez que media docena de balas de mosquete atravesaban el aire donde había estado su cabeza.

La botella voló por la ventana abierta. Tendido en la hondonada, no la vio entrar, pero supo que había apuntado bien por el ruido amortiguado de la explosión. De hecho, había apuntado perfectamente. Explotó justo antes de golpear el suelo, rociando su letal contenido por toda la pequeña habitación.

Algo muy pesado golpeó el hombro de Tom. Por un momento, temió haber sido alcanzado por una bala. Pero era Alf Wilson. Había sido una fracción de segundo más lento que Tom para agacharse y había pagado el precio. Se recostó contra Tom. Le salía sangre de una herida en la clavícula.

Tom no tenía tiempo para cuidarlo. Los hombres de la *rani* ya debían estar reagrupándose. Cortó una manga de la camisa de Alf y lo puso en el agujero de la bala para contener la hemorragia. Eso era todo lo que podía permitirse. No podían defender la hondonada durante mucho tiempo más. Si quedaban atrapados allí, morirían todos.

Tom se puso de pie y corrió hacia adelante. Penrose lo siguió, mientras que el último de los hombres del *Kestrel* se quedó con Alf y se mantuvo disparando con rapidez. Otra vez, el humo los ocultó de sus enemigos. Tom zigzagueó por la playa, derribando a todo hombre que se resistía, siguiendo su curso a través de la niebla, atento a la ubicación invariable del fuego de mosquete adelante y a su derecha. La granada no había eliminado a todos los defensores de la casa.

La nube de humo alrededor de la casa era tan espesa que Tom casi choca con ella. Había dado la vuelta por un extremo, donde una puerta de roble se abría hacia adentro. Media docena de los

guardias de la *rani* estaban reunidos allí. Tom derribó a dos de ellos con sus pistolas. Un tercero corrió hacia él con su mosquete. Tom lo esquivó, le arrancó el arma de las manos y lo golpeó en la cabeza con ella como un garrote. Cuando el hombre cayó, invirtió su agarre y giró el mosquete como un bate para darle en la garganta al siguiente hombre y le rompió el cuello.

Penrose había despachado a los otros dos. Tom pateó la puerta y entró de un salto, espada en mano. Ahí era donde la granada había hecho su trabajo. Tres hombres yacían muertos sobre el suelo, la sangre había salpicado las paredes hasta muy arriba. Una segunda puerta conducía a otra habitación, más larga, en la que resonaban los disparos, el golpeteo de las baquetas y el ruido sordo de las culatas al ser vueltas a cargar.

Si hubiera traído una granada más, podría haberlos limpiado a todos con una sola explosión. Pero solo tenía su espada y el mosquete vacío que había tomado. El fuego que venía del fuerte había aflojado. Los hombres de Francis debían haber sido alcanzados, o se habían quedado sin munición. Si los atacantes pudieran hacerse firmes ahí y se reagruparan, tomarían el fuerte en minutos.

Más hombres de los que podía contar estaban apretados en la habitación. Algunos estaban disparando, otros recargando, los demás trayendo más pólvora y más proyectiles. Las probabilidades eran nulas, pero no tenía opción. Le hizo una seña con la cabeza a Penrose.

Ambos irrumpieron en la habitación, acercándose tan rápido que ninguno de los tiradores tuvo espacio para apuntar un mosquete. Tom daba cortes y estocadas con su sable, mientras que Penrose revoleaba el hacha de abordaje de Alf Wilson con sangrientos efectos en ese espacio limitado. Pronto, incluso esos movimientos resultaron difíciles de manejar. La presión de los cuerpos se convirtió en un amontonamiento de hombres que luchaban y se empujaban entre ellos.

Esta era una pelea que no podían esperar ganar. Tom fue empujado hacia atrás. Penrose recibió una cuchillada en el estómago, cayó y fue pisoteado por los soldados de la *rani*. Antes de que Tom pudiera ayudarlo, la oleada de la lucha lo alejó.

Dio otro paso hacia atrás y sintió la piedra dura contra su espalda. Estaba atrapado. Los soldados de la *rani* hicieron un semicírculo alrededor de él. Su capitán, un hombre inmenso con un turbante negro, se adelantó. Tomó una pistola de cañón largo de su faja color naranja y la apuntó a la cara de Tom.

Tom se estremeció cuando escuchó el disparo, pero mantuvo los ojos abiertos. El percutor de la pistola no se había movido, pero la cara del capitán se disolvía en una máscara de sangre y huesos.

Francis estaba en la entrada, con una pistola en cada mano y dos hombres del fuerte junto a él, provistos de mosquetes con la bayoneta en la punta. Antes de que los aturridos soldados de la *rani* pudieran reaccionar, los hombres de Francis atacaron con las bayonetas, atravesándolos gracias a los movimientos muy practicados con los que Tom los había entrenado durante las últimas semanas. Sorprendidos por el cambio de situación, los soldados apenas si se resistieron. Huyeron del edificio, zambulléndose hacia afuera por las ventanas y abandonando sus armas en su apuro.

—Te dije que no vinieras —le dijo Tom a Francis—. Pero gracias a Dios que viniste. Ahora terminemos con este asunto. No estamos seguros todavía.

Los soldados de la *rani* habían preparado la casa para un sitio largo. En la parte de atrás, Tom y Francis encontraron un tesoro escondido de barriles de pólvora.

—Esto es más de lo que un mosquetero podría necesitar —observó Tom—. Su intención era traer los cañones grandes a este lugar. Ahora usaremos sus armas contra ellos.

Amontonaron los barriles dentro de la casa y colocaron una mecha. Del lado este del fuerte,

Tom podía escuchar las ráfagas de disparos, pero ahí, sobre el lado norte, los hombres de la *rani* habían dejado de pelear. Tom encendió el rastro de pólvora, y todos corrieron hacia las murallas. Al cruzar la pequeña hondonada, Tom vio huellas en la arena donde habían encontrado cobertura y sangre donde Alf Wilson había caído. En ese momento la hondonada estaba vacía.

—¿Tú rescataste a Alf? —le preguntó Tom a Francis—. Lo dejé aquí.

Francis sacudió la cabeza.

—No había nada aquí cuando vine.

Antes de que Tom pudiera seguir pensando en eso, la casa estalló. Escombros de piedra llovieron sobre la playa. Algunos volaron hasta el fuerte para rebotar en las murallas. Cuando el humo se disipó, Tom vio que la casa había sido demolida hasta los cimientos.

—Ya no van a guardar más cañones ahí —dijo Tom con sombría satisfacción.

La explosión había quebrado la última voluntad de lucha de los atacantes. Más allá de la esquina del fuerte, Tom los vio cruzar en tropel el istmo angosto para regresar a su campamento sobre la tierra firme. Un par de disparos de despedida de los cañones en las puertas los hizo acelerar su partida. Los hombres en el fuerte no habían perdido su gusto por la lucha.

Tom se apoyó sobre el mosquete que llevaba. Le dolía todo. Ya no era tan joven como alguna vez había sido. Miró a Francis: el pelo revuelto, la cara negra como la de un chico de la pólvora, la camisa rota y empapado de sudor. Se sentía tan orgulloso como si él fuera el padre del muchacho.

—No debiste haber venido a rescatarme —farfulló.

—No lo hice —replicó Francis—. Creí que usted estaba muerto. Pensaba terminar el trabajo que usted había empezado.

Tom puso el brazo alrededor del muchacho, y juntos se abrieron camino entre los cadáveres hacia las puertas del fuerte.

—Lo hiciste bien —lo felicitó—. Pero solo ganamos una batalla. Sin duda, pronto lo intentarán otra vez. Mejor que estemos listos para cuando lleguen. Otra cosa, ¿dónde está Alf Wilson?

Pero nadie en el fuerte lo había visto.

—Estaba herido —señaló Tom, preocupado—. Alguien debe haberlo traído.

—No estuvo a mi cuidado —precisó Ana. Llevaba un delantal sucio sobre el vestido y tenía los brazos manchados con la sangre de las heridas que ya había vendado ese día—. Me lo habrían traído.

—Entonces, ¿dónde...?

Tom sintió que unas náuseas temerosas le revolvían el estómago. Corrió hacia las murallas y se protegió los ojos, recorriendo con la mirada los cuerpos alrededor del fuerte. Buscaba alguna señal de su amigo. Nubes de moscas zumbaban sobre los caídos.

—Mire —gritó Francis—. Han levantado la bandera blanca.

Cuatro jinetes cabalgaron sobre la arena empapada de sangre en dirección al fuerte. Uno llevaba una lanza vertical, con un paño blanco colgado sin flamear en la punta. Tungar cabalgaba junto a él. Detrás de ellos, dos jinetes trotaban con un prisionero que andaba a los tropezones entre ellos. Cuerdas tensas atadas a las muñecas lo unían a las sillas de montar de sus apresadores, de modo que si trastabillaba, lo arrastrarían por la arena.

Frenaron ante las puertas del fuerte. El prisionero se desplomó y cayó de rodillas.

—Ese es Alf Wilson —exclamó Francis.

—Silencio —susurró Tom, pero allá abajo, en la playa, Tungar había escuchado. Mostró una malévolamente sonrisa.



—¿Este hombre es su amigo? —gritó.

—Es un miembro de mi tripulación. —Tom trató de parecer indiferente, y esperaba que Alf comprendiera por qué tenía que mostrarse tan insensible. Pero Tungar no se dejó engañar.

—Le ofrezco un trato. Entregue el fuerte, y dejaré libres a los prisioneros.

—¿Y adónde iremos *nosotros*, si entregamos el fuerte?

—Les daré protección hasta algún pueblo cercano. Desde allí, ustedes pueden ir por la costa hasta los asentamientos ingleses en Travancore o Cochín.

—¿La misma protección que le dio al señor Foy cuando llevó su misión diplomática al palacio de la *rani*?

Tungar hizo todo lo posible para parecer arrepentido.

—La *rani* lamenta que haya guerra entre nuestros pueblos y solo desea que haya paz.

Tom podía adivinar a qué clase de paz se refería, la paz que llegaba a punta de espada. Trató de no mirar a Alf, pero no pudo evitarlo. Alf levantó la cabeza y la sacudió de manera imperceptible. Herido, vencido y cautivo, su cara todavía ardía de orgullo. Sabía reconocer una mentira. No quería ser la causa de la derrota de sus amigos.

Tom apretó la empuñadura de su espada con tanta fuerza que se produjeron magulladuras en su piel. Solo los hábitos de honor profundamente arraigados, aprendidos de su padre a lo largo de muchos años, le impidieron violar la tregua y dispararle a Tungar.

—No entregaremos el fuerte —aseguró Tom—. Y si usted daña aunque más no sea un pelo de su cabeza, iré a su campamento y lo someteré a usted a tales torturas que ni siquiera puede imaginar.

Tungar soltó una desagradable risa.

—Usted no tiene idea de lo que yo puedo imaginar. Pero pronto lo descubrirá si rechaza mi propuesta.

—Váyase —gritó Tom—. Antes de que se agote mi paciencia. Pero preste atención a mi advertencia: ni un pelo de su cabeza.

Tungar mostró una gran sonrisa.

—Juro que no lo voy a tocar.

Dio media vuelta y partió. Alf Wilson echó una última y dolorida mirada al fuerte antes de que los guardias lo arrastraran.

Tom bajó al patio, sumamente preocupado por lo que había tenido que hacer. No se había alejado mucho cuando Francis, que se había quedado en las murallas, aulló:

—¿Qué le están haciendo a Alf?

Tom volvió a subir corriendo. En el borde de la playa, más allá del campamento enemigo, los guardias habían desnudado a Alf Wilson y lo estaban atando a una palmera. Cuando estuvo bien asegurado, uno de los guardias tomó un tazón de arcilla y pareció embadurnarlo por todas partes con un líquido que brillaba con el sol.

—¿Qué demonios es eso? —se preguntó Tom.

—Ahí vuelve —informó Francis.

Tungar había montado su caballo y estaba atravesando la playa a medio galope, con la bandera blanca que ondeaba en su lanza. Esta vez, iba solo.

—¿Qué ha hecho? —gritó Tom airadamente—. Juró que no lo tocaría.

—Y no lo he tocado. Simplemente estoy dejando que la naturaleza siga su curso. —Hizo que su caballo se diera vuelta y apuntó la lanza al árbol donde estaba atado Alf—. Los cocoteros producen un licor dulce al que llamamos ponche. Los nativos no pueden resistirse a él, y tampoco pueden las avispas ni las hormigas rojas. Cuando el licor se derrama, temprano por la mañana,

esos insectos llegan en enjambres de miles a los árboles. A medida que el sol asciende y el día se hace caluroso, se retiran para refugiarse. Las hormigas bajan por los árboles, y perforan sus hormigueros en las raíces blandas. —Sonrió—. Salvo, por supuesto, que en el camino de bajada encuentren algo más dulce. La blanda y tierna carne de un hombre. Excavarán hacia adentro de su cuerpo, y le aseguro que su mordida es tan dolorosa como la picadura de las avispas, que también serán atraídas por la miel con la que he recubierto su piel.

—Tráeme un mosquete —susurró Tom a Francis—. *Ve*.

—De ese modo, un hombre puede tardar unos tres días en morir —continuó Tungar. Casi todos los defensores del fuerte habían subido a las murallas para escuchar, pero él fingió no verlos. Levantó la voz—. Pase este mensaje a sus hombres. Al primero que me abra las puertas, lo recompensaré con tierras y oro. Los otros morirán, pero no antes de que hayan deseado unas cien veces estar muertos.

—Te haré desear eso a ti, y luego te haré desearlo mil veces más. —Tom agarró el mosquete que Francis había traído y lo apuntó a través de la espillera. Pero Tungar había adivinado su intención. Espoleó al caballo y se alejó al galope por la arena. El disparo de Tom cayó inofensivo detrás de él.

Tom volvió a cargar y apuntó el arma a Alf Wilson. Alf estaba inmóvil, o bien porque estaba muy bien atado, o bien porque todavía no era consciente del destino terrible que le aguardaba. Pero la tortura de Tungar era completa. Ni siquiera los mosquetes indios con llave de mecha, con su mayor alcance, podrían cubrir esa distancia.

En su tremenda furia, Tom apretó el gatillo. El mosquete dio un culatazo y la bala voló hacia el mar. La ligera salpicadura fue invisible entre las olitas espumosas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Francis, su rostro tan blanco como la arena.

—Él muere —respondió Tom.

Alf Wilson tardó tres días en morir. Tres días terribles que transcurrieron como en una pesadilla. Nadie hablaba; ninguno de los defensores miraba a Tom a los ojos. Al atardecer, cuando la brisa se dirigía de la tierra al mar y les llevaba los gritos hacia ellos, Tom pensó en escabullirse en la oscuridad y liberar a Alf. Pero Tungar había puesto una línea doble de estacas, y por la noche encendieron hogueras inmensas con el propósito de que nadie pudiera acercarse sin ser visto. Incluso después de que Alf hubo muerto, dejaron el cadáver atado al árbol hasta que quedó irreconocible como el hombre que había sido.

Tom anhelaba el próximo asalto. Ansiaba el comienzo de la lucha, la oportunidad de buscar a Tungar y vengar a Alf. Pero la lucha no llegó. Los días pasaron, solo con esporádicos intercambios de disparos de cañón como para recordarse mutuamente que todavía estaban ahí.

—Están tratando de que muramos de hambre —supuso Tom. Había reducido la ración de arroz otra vez aquella mañana, y dado que ya habían terminado las lluvias, únicamente les quedaba su último medio barril de agua. Ya había escuchado las quejas de los hombres. Pronto estarían desesperados.

—El enemigo está empezando a desilusionarse —dijo el *hubladar*—. En este país, los ejércitos no continúan los asedios hasta la muerte. Nadie es tan leal a su señor como para morir por él. Si un castillo cae, es porque ha sido traicionado.

Francis se mostró consternado.

—¿Los hombres son tan inconstantes aquí? Ningún inglés se deshonraría de esa manera.

—Tranquilos —intervino Tom, sorprendido por el idealismo de su sobrino—. Ninguna raza es

inmune a la cobardía y al egoísmo. Si uno mira atrás, a lo largo de los anales de la vieja Inglaterra, ¿cuántos de nuestros propios castillos fueron tomados por la traición o el engaño?

—Mi conjetura es que la *rani* está preocupada —dijo Ana—. Necesitaba una victoria completa antes de que el monzón terminara. Pronto se abrirá la nueva temporada comercial. Si está en guerra con nosotros, sus mercaderes no tendrán dónde vender su pimienta y sus telas. Culparán a la reina por perder sus medios de vida, y ella perderá los ingresos de las aduanas. Todo el reino estará empobrecido. Y ella lo sabe.

Tom le dirigió una mirada de admiración. Incluso en los extremos de las privaciones, ella tenía una cabeza fría para los negocios. Lo miró a Francis. Había visto cómo el muchacho la seguía por todos lados, cómo pasaba largas horas sentado hablando con ella cuando no estaba de guardia, cómo apartaba pequeñas partes de su ración de arroz para dárselas a ella. Le maravillaba que él pudiera mantener un cortejo en tales circunstancias.

—El monzón terminará pronto. —Tom ya había sentido el cambio en el aire, una nueva frescura al cambiar los vientos—. Quizás entonces la *rani* reconsiderará su política.

\* \* \*

A unos cuatrocientos metros de distancia, Christopher estaba sentado en la tienda de Tungar. A través de la puerta abierta, podía ver la batería de cañones de nueve libras que descansaban impotentes en sus emplazamientos. Esa imagen lo enfureció. Ya debían haber reducido la fortaleza a escombros y enterrado a todos los defensores debajo de ellos. Pero la pólvora de la *rani* era débil y en lugar de bolas de hierro, ella solo tenía piedras, que se rompían contra las murallas sólidamente construidas.

—La *rani* está muy disgustada con su falta de avance —dijo Poola. Había llegado inesperadamente aquella noche, con un séquito de cincuenta de los miembros de la escolta de la soberana. De acuerdo con los espías de Christopher, había estado pasando cada vez más tiempo en las salas del consejo de la *rani*. Quizás eso explicaba la profusión fastuosa de los anillos de oro que habían brotado de sus dedos como nuevos retoños en primavera.

«Debo hacer que te corten los dedos cuando tenga la oportunidad», pensaba amargamente Christopher. «Y tu lengua». Le mostró una sonrisa sin expresión y le sirvió a su invitado otra copa de ponche.

—Habríamos dominado el fuerte hace semanas si no fuera por esos malditos hombres de sombrero que naufragaron —protestó Tungar—. Su jefe es un *djinn*, un demonio.

Poola movió la cabeza en dirección a la espada de Neptuno que colgaba de un gancho en el poste de la tienda. La luz de las lámparas se reflejaba en las profundidades del gran zafiro.

—Quizá si no le hubieras tomado su espada, él podría haberse unido a nuestra causa, en lugar de combatirnos.

—¿Por qué has venido aquí? —dijo Tungar bruscamente. Un escarabajo bajó volando y se detuvo en la fuente de dátiles que había preparado para su invitado. Se deslizó sobre la fruta, con las antenas que vibraban.

—El monzón ya casi ha terminado. Pronto se abrirán los mares, y las naves de los hombres de sombrero regresarán. Si nuestros tejedores y nuestros productores de pimienta no tienen a nadie que les compre sus mercancías, se morirán de hambre.

—Quieres decir que no le pagarán los impuestos a la *rani* —replicó Tungar.

—¿Y quién crees tú que paga tu ejército? —contraargumentó Poola. Tosió; Christopher sintió

el enfermizo olor dulzón del ponche en su respiración—. Mi consejo fue en contra de esta guerra, pero tú te impusiste ante la *rani*. Ahora que has logrado lo que querías, será mejor que te ocupes de llegar a una conclusión favorable. Si fallas, no creas que serás bienvenido en el palacio en Chittattinkara. Esta guerra desacertada le ha costado a la *rani* los ingresos de un año.

—Indudablemente a ti también te costó algún dinero —dijo Christopher.

—La *rani* es un río, y toda riqueza fluye de ella —contestó Poola en un tono untuoso—. No espero que tú comprendas. —Miró a Tungar—. Esto es lo que se consigue al hacer la guerra con piratas y bandidos.

El escarabajo todavía seguía paseándose por la fuente de fruta. De pronto, Tungar dio un golpe con el puño para matarlo. La fuente se hizo añicos, y los dátiles se desparramaron por el suelo. El escarabajo se fue volando y quedó zumbando alrededor de la lámpara en el rincón.

Tungar tomó un fragmento de la fuente rota y lo aplastó con el puño hasta convertirlo en polvo.

—Ganaremos esta guerra —prometió—. Pondré las cabezas de los hombres de sombrero en picas, una en cada kilómetro desde aquí hasta Chittattinkara, y cuando lleguemos al palacio, pondré la tuya justo por encima de las puertas del palacio, como advertencia para todos aquellos que hablan de traición a la *rani*.

Christopher permaneció en silencio. Él sabía que solo el empate entre Tungar y Poola era lo que lo mantenía con vida. Si la guerra se perdía, seguramente la cabeza de Tungar caería, y la de Christopher con ella. Poola se puso de pie para irse.

—No creo que tengamos nada más para hablar. Les doy las buenas noches.

Levantó la puerta de la carpa. El escarabajo, atraído por la súbita luminosidad del fuego de la guardia fuera, salió volando. Voló hacia las llamas y desapareció en una nubecilla de humo. Poola sonrió.

—¿Ves? Hay más de una manera de destruir a tus enemigos.

Una vez que el otro se fue, Christopher se sentó, pensativo, junto al fuego. El curso más seguro, lo sabía, sería desaparecer en el bosque, pues esto no podía terminar bien para él. Tungar enviaría a sus hombres para perseguirlo, pero Christopher podía eludirlos.

Además estaba la espada. Siempre la espada, con su insondable zafiro azul que le prometía su herencia. ¿Cuántas veces en los meses anteriores había pensado en asesinar a Tungar, apoderarse de la espada y huir? Pero Tungar tenía muchos enemigos y estaba bien protegido. En todos esos meses, Christopher no lo había encontrado nunca solo, y jamás la espada estaba fuera de su vista.

Se oyó una disputa en la oscuridad, al otro lado del fuego. Oyó un fuerte intercambio de palabras, luego aparecieron tres guardias con un prisionero entre ellos. El pelo rubio rojizo del prisionero indicaba que era un hombre blanco, aunque tantos meses a la intemperie le habían curtido tanto la piel que había quedado tan oscura como la de un nativo. Tenía las mejillas hundidas, sus piernas eran delgadas como fósforos y los huesos de las costillas se marcaban sobre la camisa hecha jirones.

«¿Cómo hemos permitido que estos hombres nos desafíen durante tanto tiempo?», pensó Christopher airadamente. Se preguntó una vez más acerca del capitán inglés, el hombre que había salido tambaleándose del mar con la espada de Neptuno y había frustrado todos sus planes. Si el fuerte caía, había muchas preguntas que le haría antes de que muriera.

—Encontramos a este hombre tratando de infiltrarse en nuestras líneas —explicó el capitán de la guardia—. Dice que quiere hablar con usted.

—¿Connigo? —replicó Christopher, sorprendido.

—Se enteró de que usted habla la lengua de los hombres de sombrero.

Christopher observó al prisionero. ¿Era un espía? Consideró si debía torturarlo para descubrir qué era lo que sabía. Ya habría tiempo para eso, si fuera necesario.

—Habla —dijo en inglés—. Antes de que sufras el mismo destino que el último hombre que capturé.

El prisionero cayó de rodillas y habló con voz suplicante:

—Dios lo bendiga, señor, no hay necesidad de decir esas cosas. Vi lo que usted hizo allí, y no quiero que eso me pase a mí. Vengo por mi propia voluntad a hacerle una propuesta.

—¿De qué se trata?

—Me llamo Ilkley, señor. Yo llevaba las cuentas del señor Foy. Me enteré, señor, de que el hombre que le entregara el fuerte a usted podría esperar algún agradecimiento. Una recompensa, por así decirlo.

—Sí.

—Yo puedo ser ese hombre, señor. Puedo abrir las puertas del fuerte para usted.

Miró ansioso a Christopher, y este le devolvió la mirada. Se preguntaba si aquello podría ser una trampa. Otra vez, pensó en torturar a Ilkley para estar seguro de su sinceridad. Pero el comandante del fuerte tenía muy pocos hombres. No habría arriesgado a uno para esta misión, no cuando sabía qué destino les esperaba.

—¿Cuándo lo harás?

—Mañana por la noche, señor. La noche oscura sin luna... no lo verán acercarse. —Unió sus manos—. Habrá una recompensa, ¿no?

—Tendrás lo que te hayas ganado —le garantizó Christopher, escondiendo una sonrisa.

Ilkley movió la cabeza en señal de agradecimiento.

—Será mejor que regrese, señor. Es mi turno para la guardia, y si no estoy ahí cuando llegue el relevo, el capitán me dará una buena paliza. Es un maldito bastardo. Nos entrena con las armas hasta que se nos caen de las manos. A mí, señor. —Se mostró ofendido—. Que soy un contador.

Christopher había dejado de prestar atención a las quejas del hombre, pero la mención del capitán atrajo su atención.

—Dime, ¿cómo se llama tu comandante?

—Tom Weald. Naufragó justo cuando comenzaba la temporada del monzón. ¿Por qué, señor? ¿Usted lo conoce?

—No. Solo que me pareció una cara... conocida.

Christopher había revelado más de lo que pensaba. Se irguió.

—Si esas puertas están abiertas mañana por la noche, tendrás tu peso en oro. —Miró los opacos ojos del hombre y le gustó lo que vio: avaricia, ambición y miedo—. Si no, lo juro, derretiré el oro y te lo meteré en la garganta.

\* \* \*

Francis se despertó sin saber por qué. Había estado dormitando en un rincón del fuerte, con el cuerpo acostado sobre la arena tibia. Automáticamente, estiró la mano y tocó el mosquete que tenía a su lado. Con la luna nueva, la noche era negra como boca de lobo. Hacía mucho que se habían quedado sin velas y sin aceite para sus lámparas. Se acercaban pasos suaves. Se incorporó.

—¿Francis? —La voz de Ana salió de la oscuridad, suave y fresca como la noche. Se sentó

junto a él, alisando las faldas debajo de ella. Francis apenas podía verla, pero sintió el calor que emanaba de su brazo desnudo, a un par de centímetros del brazo suyo.

—No podía dormir —explicó ella—. Tuve un sueño. Yo estaba corriendo por una gran fortaleza, buscándote, pero no podía encontrarte por ningún lado. Unos hombres me perseguían, siempre pisándome los talones, y yo sabía que si no te encontraba ellos te iban a matar.

Sin siquiera pensarlo, Francis estiró el brazo y la acercó a él. Le acarició el pelo.

—Fue solo un sueño.

Ella se reanimó.

—Estoy harta de este lugar terrible.

—Pronto nos iremos. Justo antes de la puesta de sol, vi una nave en el océano. Los mares están abiertos otra vez. Si Sarah y Agnes lograron comunicarle nuestra situación a Madrás, el gobernador enviará ayuda tan pronto como le sea posible.

—Ojalá que venga una nave y nos lleve lejos.

Ella dejó que su mirada se perdiera en la noche, luego se enderezó. Francis, avergonzado, levantó el brazo, pero ella se había movido únicamente para poner su cara al nivel de la de él. Se inclinó, su boca buscó la de él en la oscuridad.

Los labios de ella estaban secos como el papel. Tocó la boca de él, separándole los labios con la lengua. Francis la envolvió en sus brazos, sintiendo sus pechos firmes a través de la liviana tela de su vestido. Él le pasó los dedos por el pelo, y... Él se apartó. Ana se incorporó, herida.

—Pensé...

La hizo callar.

—¿Hueles eso?

Ella arrugó la nariz.

—Huele como... ¿azufre?

—Es una mecha. —Francis se puso de pie, toda idea de romanticismo fuera de su mente—. Pero no es la que usamos para nuestras armas de fuego: tenemos llaves de chispa. Solamente los indios usan llaves de mecha.

Ana comprendió la gravedad de la situación inmediatamente.

—¿Quién está de guardia?

—Ikley.

Francis avanzó tanteando la muralla hasta que encontró los escalones.

—Despierta a mi tío —le indicó a Ana—. Tal vez no sea nada, pero...

Para ese momento, él ya conocía tan bien el fuerte que podía subir los escalones en la mayor oscuridad. Llegó a lo alto de la muralla, se detuvo de golpe.

La noche no era tan oscura como había pensado. En el oeste, más allá de las nubes, podía ver estrellas brillando; en el horizonte oriental, una borrosa luminosidad indicaba una primera aproximación del amanecer. Pero no era eso lo que lo hizo mirar con atención. Debajo de él, agrupadas delante del fuerte como chispas alrededor de una forja, cien puntas de luz color naranja brillaban en la playa. Sabía qué era aquello. Las mechas encendidas de las armas del enemigo. Bajó corriendo y casi chocó con Tom al pie de las escaleras.

—Están aquí —informó casi sin aliento—. Montones de ellos, tal vez centenares, justo fuera de las puertas del fuerte.

—¿Cómo llegaron allí sin ser vistos? ¿Dónde está Ikley?

—No sé. No lo vi sobre las murallas.

Se escuchó un chirrido que venía de las puertas del fuerte. Tom y Francis se dieron vuelta. El amanecer estaba viniendo rápidamente, como ocurre en los trópicos; el edificio de la entrada ya

era visible como una sombra contra el cielo que se iba aclarando. Algo se movió en su base.

Ikley no los escuchó acercarse. Al principio del sitio, Tom había reforzado las puertas con vigas tomadas de la casa demolida de Foy. En ese momento, Ikley se esforzaba tratando de apartar los pesados maderos, sudando a pesar del aire fresco de las horas antes del amanecer. No había calculado el tiempo suficiente para esto, y los hombres de la *rani* habían encendido sus mechas demasiado pronto. Trabajaba con prisa descontrolada, la mente enturbiada por los pensamientos acerca de lo que el capitán enemigo le haría si llegaba a las puertas del fuerte y las encontraba cerradas. Después de tres meses en el fuerte, agotado por el hambre y la sed, Ikley había perdido toda esperanza. El fuerte iba a caer. Era solo una cuestión de tiempo. Y él estaba decidido a sobrevivir.

La última viga cedió. Las manos resbaladizas de Ikley perdieron el control; cayó y aterrizó con un ruido sordo. Ikley no tenía tiempo de preguntarse quién podría haber escuchado. El capitán enemigo estaba esperando al otro lado de las puertas. En cuanto las viera abiertas, iniciaría el ataque.

Levantó la barra que las bloqueaba y la dejó caer sobre la arena. Puso el hombro contra la puerta y empujó. Oxidadas por la lluvia, endurecidas por el hollín y la falta de uso, las bisagras resistieron. Empujó con más fuerza, recurriendo a una fuente de desesperada fuerza que él no sabía que tenía.

Una mano en el hombro lo hizo girar. Tom y Francis estaban detrás de él, ambos con las espadas desenvainadas. Más allá, vio al resto de la guarnición que cobraba vida y repetía en susurros las órdenes de Tom de mantenerse en silencio y de tomar sus armas.

—¿Qué has hecho? —dijo Tom perturbado.

Ikley quiso responder, pero las palabras no le salían. Balbució y tartamudeaba.

—Yo solo...

Fue demasiado tarde. Su último empujón desesperado había liberado finalmente las puertas. Apenas unos treinta o cuarenta centímetros, pero era la señal que el enemigo había estado esperando. A través de esa brecha, Tom vio un montón de brillantes chispas alzarse de la tierra como luciérnagas que tomaban vuelo. Corrían hacia las puertas del fuerte.

—Ahí vienen —gritó el *hubladar*, que había subido a las murallas.

Tom empujó a Ikley a un lado y tiró del gancho de hierro para cerrar las puertas. El día ya estaba bastante claro, de modo que los atacantes lo vieron. Un mosquete disparó; una bala pasó silbando por la abertura justo sobre la cabeza de Tom.

Francis lo arrastró hacia atrás, cuando una segunda bala le dio a la puerta. Una astilla de más de quince centímetros pasó por el lugar donde los ojos de Tom habían estado un segundo antes.

Tom miró los dos cañones. Los mantenían cargados, pero no había pólvora en sus oídos. Agarró una bolsita de pólvora colgada de un clavo en la pared y la inclinó sobre el cañón, desparramándola en su apuro. Francis acercó una mecha.

Los atacantes ya estaban arañando las puertas, empujándolas para terminar de abrirlas. Tom tocó con la mecha el primer cañón y saltó apartándose cuando retrocedió al disparar. La explosión arrancó las puertas de sus bisagras, lanzando hacia atrás a los atacantes. La segunda ola de atacantes llegó en tropel a la brecha, pero al mismo tiempo Tom alcanzaba el segundo cañón. Murieron sobre los cuerpos de los caídos.

Pero había más atrás de ellos, y no había tiempo para recargar el cañón. Los hombres de Tom agarraron los maderos que habían reforzado las puertas y los amontonaron en la entrada. Con los cadáveres que bloqueaban el ingreso, los cañones y los restos de las puertas destrozadas, formaron una suerte de barricada detrás de la cual podían agacharse.

Incluso recién despertados, la disciplina que Tom había inculcado durante los últimos meses daba sus frutos en ese momento. Los hombres sabían qué hacer, y los disparos de los cañones les habían dado el tiempo suficiente. La mitad de los hombres estaban arrodillados detrás de la barricada, manteniendo el ritmo de fuego, mientras los otros recargaban los mosquetes. Detrás de ellos, dos de los muchachos estaban agachados en la arena, cavando una zanja poco profunda donde Tom lo había ordenado.

Pero tan rápido como los hombres podían disparar, los enemigos seguían llegando. Trepano sobre los cadáveres de sus compañeros que bloqueaban el ingreso, estaban ya tan cerca que los hombres en la barricada no tenían tiempo de recargar.

Colocaron las bayonetas. La lucha se convirtió en una despiadada masacre cuerpo a cuerpo, un combate mano a mano que dejaba a todos cubiertos de sangre.

Los muchachos habían terminado su zanja y la habían llenado como indicó Tom. Rociaron arena desde arriba para ocultar lo que habían enterrado, luego tomaron garrotes para unirse a la refriega. Tom los apartó haciendo señas con las manos. Podía ver cómo iba evolucionando la lucha. Dado que los dos bandos estaban cuerpo a cuerpo, el comandante enemigo podía hacer que el peso de los números se impusiera. Estaba forzando a sus hombres para que avanzaran, llevándolos a través de la puerta como quien pone un clavo en un hoyo. Por mucho que los defensores pelearan, no podían resistir la pura presión de tantos hombres. Pronto serían sobrepasados.

—Retrocedan al refugio —ordenó.

Desde el principio del sitio, había temido que aquello podría terminar de esta manera. Por ello había preparado un último refugio al que podían retirarse. Había fortificado el bastión noroeste, el más lejano de la puerta, y lo había provisto con pólvora y municiones. No se hacía ilusiones. Sabía que no podía resistir mucho. Sobre la torre, serían vulnerables al fuego enemigo de mosquetes. Apenas el enemigo tomara las murallas, estarían acabados. Lo único que podía esperar era hacer que sus atacantes lo pagaran tan caro que abandonaran la pelea.

—Retrocedan —gritó—. Retrocedan.

Los bramidos de su voz traspasaban hasta el caos de la lucha. Los hombres en la barricada se retiraron y saltaron hacia atrás para correr tan rápido que sus agresores perdieron el equilibrio y cayeron. Aquellos en la primera línea de los atacantes, que habían peleado muy valientemente, fueron aplastados bajo el peso de los hombres que empujaban desde atrás.

Tom fue el último en irse. Se agachó y encendió el detonador que iba hasta la zanja poco profunda que los muchachos habían cavado. Luego corrió.

Los hombres entraron en tropel al patio detrás de él. Podrían haber atrapado a Tom, pero sus números les jugaban en contra. Apretados unos contra otros, se dificultaban mutuamente para correr o para apuntar sus mosquetes. Y no vieron el detonador.

La llama llegó a los barriles de pólvora que los muchachos habían enterrado en la zanja justo cuando Tom llegó a las escaleras. La pólvora estalló en una nube de llamas, arena y sangre, como si un puño gigante hubiera salido del suelo. Su fuerza era tal que incluso los huesos de los hombres muertos se convertían en proyectiles letales. Los atacantes fueron aniquilados.

La explosión resonó por todo el patio. En medio de los gritos, Tom escuchó un nuevo ruido, un rugido progresivo que sacudió la tierra con todavía más fuerza que la explosión original. Subió en un crescendo como el estallido de un trueno, luego se fue apagando en un retumbar de piedras que caen.

Tom llegó a lo alto de la torre y miró hacia el patio. Humo y polvo llenaban el aire, pero desde esa altura podía ver lo suficiente como para darse cuenta de lo que había ocurrido. La



construcción de la entrada había desaparecido. Atacada por la artillería del enemigo durante los pasados tres meses, la explosión que se había producido casi directamente debajo de ella había sido el final. Se había desplomado, sepultando por igual los cuerpos de los vivos y de los muertos.

Instintivamente, buscó a Francis y a Ana. Ambos estaban ahí. Ana estaba arrodillada al lado de uno de los hombres, vendando sus heridas, mientras que Francis se había acercado justo al lado de él. Estaba gritando algo, pero los oídos de Tom todavía resonaban por la explosión y no podía comprender.

El polvo había empezado a asentarse en el patio. Con gran tristeza, Tom vio que su última maniobra había fallado. La explosión no había disuadido a los atacantes. Todavía seguían llegando, trepando sobre los escombros donde debía haber estado la puerta y lanzándose contra su último refugio. No pasaría ya mucho tiempo antes de que rebasaran las murallas y todo estuviera perdido.

Quiso sacar la pistola que llevaba, pero ya no estaba. Debió haberse caído de su cinturón en el tumulto. Levantó la espada y se preparó para el final. De todos modos, se negaba a rendirse. No se iba a rendir, porque mientras respirara podía esperar ver a Sarah otra vez. Pero ya no sería por mucho tiempo.

Francis todavía estaba tratando de decirle algo. Al ver que no le hacía caso, agarró el brazo de Tom y lo hizo girar para señalar hacia el mar. Por alguna inexplicable razón, parecía estar sonriendo con la boca abierta como un loco.

Entonces Tom la vio, y ningún dolor o agotamiento de batalla habrían podido quitarle la alegría de su rostro. Una embarcación había aparecido en la bahía, sus velas plegadas colgaban de las vergas como nubes. Una fila de cañones brillaba en sus troneras. De la popa, colgaba la bandera de rayas rojas y blancas de la Compañía de las Indias Orientales. Habían bajado la chalupa, que avanzaba entre las olas hacia la playa llena de marineros de casaca roja.

Uno de sus cañones bramó. Tom vio la bala, que pasó rozando el agua para abrir una brecha sangrienta en el ejército de la *rani*. La playa estalló en una fuente de arena. Otro cañón disparó, y otro, eran tiros escalonados que no les daban respiro a los hombres de la soberana. En un instante, la victoria se convirtió a una desbandada. Corrían precipitadamente por el campamento y hacia la selva, abandonando sus armas, sus tiendas y sus grandes cañones. Incluso sus oficiales corrían con los demás, sin hacer el menor intento de reagrupar a los hombres.

El único hombre que resistía era Tungar, de pie en sus estribos, gritándole a su ejército que se quedara a pelear. Cuando sus palabras fueron inútiles, usó la espada de Neptuno, golpeando a sus hombres con la parte plana de la hoja. Pero los soldados que huían simplemente hacían caso omiso de él, abandonando toda disciplina mientras se dispersaban en la selva. Uno de los hombres le agarró los estribos y trató de desmontarlo, pero Tungar lo rechazó con un corte que lo dejó agarrándose los ojos.

La nave disparó otra vez. Una de las balas pasó tan cerca del caballo de Tungar que casi le saca la cabeza. La bestia se encabritó, mostrando los dientes, y solamente la habilidad ecuestre de Tungar le impidió que lo arrojara a la arena.

Con un rugido final de rabia, hizo virar al caballo y lo espoleó para alejarse. Tom vio la espada de Neptuno moviéndose por encima del tumulto cuando la usaba para abrirse paso entre los grupos que huían.

Esa era su última oportunidad, se dio cuenta Tom. Si Tungar llegaba a la selva, y ni hablar del palacio, Tom podría no tener nunca otra oportunidad de recuperar la espada, o de vengar a Alf Wilson y a todos los hombres que habían muerto debido a Tungar. Bajó corriendo las escaleras,

cruzó el patio y trepó sobre el montón de escombros que bloqueaba la entrada. Las piedras todavía estaban tibias por el calor de la explosión.

Observó el campo de batalla. ¿Dónde estaba Tungar?

Christopher se alejó tambaleándose del fuerte. Tenía polvo y arena en la boca; en sus oídos todavía resonaba el ruido de la explosión. Cuando con la mano se tocó el cuero cabelludo, solo sintió la sangre y la piel desnuda. La explosión le había quemado el pelo.

Había estado en las puertas del fuerte. Tungar había insistido en que él condujera el ataque. Sin duda porque no confiaba en la historia de Ilkley, y esperaba librarse de ese aliado tan poco conveniente. Si era así, el plan había funcionado casi a la perfección. Christopher había visto a Tom Weald al otro lado de la entrada, y había estado listo para lanzarse y capturarlo antes de que los soldados de la *rani* mataran a todo hombre con vida. Justo a tiempo, su instinto hizo que se quedara atrás. El diablo cuida de sí mismo, habría dicho su madre. Christopher sabía que era el destino que lo salvaba para reclamar la espada. Se había quedado atrás lo suficiente como para ver a sus hombres despedazados por la mina, a los supervivientes aplastados por el arco que se derrumbaba y a Tom Weald inalcanzable otra vez sobre la torre. Derribado por la fuerza de la explosión, ni siquiera se había puesto de pie cuando súbitamente se dio cuenta de que la marea de la lucha había cambiado de manera decisiva. Sus hombres estaban en total retirada, y cuando una bala de cañón le arrancó la cabeza a un hombre, vio la embarcación en la bahía y comprendió por qué.

No sintió decepción alguna. No debía lealtad a este ejército, y este era un momento para el cual se preparaba hacía mucho tiempo. De manera instantánea buscó a Tungar. Tungar estaba en su caballo, a poca distancia, gritándoles a los hombres que se mantuvieran en sus posiciones. Podría haberles gritado a las olas y le hubieran hecho el mismo caso.

Incluso en el caos de la lucha, Christopher sintió un gélido ramalazo de triunfo. Tungar estaba acabado. Si los ingleses no lo mataban, ciertamente lo haría la *rani*. En ese momento, lo único que importaba era conseguir la espada.

Corrió hacia Tungar. Avanzó dando empujones a los heridos que cojeaban y andaban demasiado lentamente. Vio a uno de los soldados tratar de apropiarse del caballo de Tungar, pero un golpe de la espada de Neptuno puso fin a esa insolencia. Por mirar, Christopher no vio el arma caída sobre la arena. Su bota la encontró, haciéndolo tropezar boca abajo. Dos hombres pasaron corriendo junto a él, y mientras se ponía de pie, vio que una bala de cañón hacía añicos sus cuerpos, justo delante de él. Si no hubiera tropezado... Otra vez le agradeció al oscuro destino que lo protegía.

Sin embargo, ya incluso Tungar se daba cuenta de que no había esperanza. Se volvió para huir, haciendo girar la espada dorada como una guadaña para derribar al montón de hombres que se amontonaban en la estrecha franja de tierra que llevaba de vuelta al río y a la seguridad. Aunque ni siquiera él podía abrir por la fuerza un sendero. El caballo, aterrorizado por la multitud y el rugido de los disparos de la nave, se negaba a moverse.

Christopher se escabulló por entre la multitud, acercándose cada vez más a su objetivo. Desenrolló la *urumi* que había llevado prudentemente alrededor de su cintura. En medio de tanta gente apretujada, tenía poco espacio para manejarla. Esperó que se produjera alguna brecha y la hizo volar, desenrollándola por encima de las cabezas de los hombres de adelante.

La hoja de acero envolvió la muñeca de Tungar. Christopher le dio un tirón hacia atrás. La fuerza le cortó limpiamente la mano, separándola del brazo de Tungar. Esta cayó al suelo, todavía

agarrando la espada de Neptuno, mientras que un chorro de sangre saltaba del muñón. Tungar gritó. Soltó las riendas para contener la hemorragia, pero el caballo ya estaba demasiado cerca del pánico. Sintió que la brida se aflojaba y el caballo se encabritó sobre sus patas traseras. Tungar cayó y golpeó con fuerza la arena. El animal escapó, pisoteando a varios hombres debajo de sus pezuñas en su apuro por alejarse.

El gentío alrededor de ellos se iba reduciendo. La mayoría de los hombres ya había llegado a los árboles o había muerto en el intento. Christopher podía ver la chalupa del barco mercante de la Compañía que se acercaba a la playa, llena de marinos de casaca roja. Si lo atrapaban ahí...

La espada de Neptuno estaba sobre la arena, brillando como un tesoro enterrado. Christopher estiró la mano para tomarla. Aun en medio de todos los restos de la derrota, sintió la dulce emoción de la victoria. Todos los horrores que había sufrido, las cosas terribles que había visto y hecho, quedaron justificados en ese momento. La espada era suya, a pocos centímetros de su mano.

Una mano le agarró un tobillo y lo arrastró hacia atrás. Christopher perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Se abalanzó sobre la espada, pero la mano lo frenaba con una fuerza feroz y siguió arrastrándolo.

Era Tungar. Christopher se dio vuelta y lo vio. Apretaba el muñón cortado contra la arena para contener la hemorragia mientras su mano izquierda sujetaba con fuerza a Christopher. Sostenía entre los dientes la daga con un cráneo en el mango, la sujetaba con tal fuerza que la hoja le cortaba las comisuras de los labios.

—Traidor —dijo entre dientes, sin soltar la hoja—. Me habrás derrotado, pero te enviaré a Shiva el Destructor antes de que vaya yo.

Con un aullido de dolor y odio, se levantó apoyándose en el muñón del brazo derecho. Al mismo tiempo, soltó el pie de Christopher y tomó el cuchillo de su boca para hundirlo en la pierna del hombre con un solo movimiento.

Una vez más, las destrezas que había aprendido en el *kalari* le salvaron la vida. En cuanto Tungar lo soltó, Christopher usó toda su fuerza para ponerse de pie de un salto. Cuando llegó el cuchillo, él ya estaba de pie. La hoja lo tocó de refilón. Lo hizo sangrar, pero sin llegar a tocar los músculos debajo de la piel.

En ese momento, Tungar estaba indefenso. Trató de ponerse de pie, pero Christopher lo bajó de un golpe. Le arrebató el cuchillo de la mano y lo tiró a un lado. Se montó a horcajadas sobre Tungar, le puso las manos en el cuello y apretó. Tungar se agitó y pataleó; llevó la mano a la cara de Christopher, tratando de arrancarle los ojos, pero su brazo era demasiado corto. Christopher apretó esa mano con la boca y le mordió los dedos hasta que sintió el crujido de los huesos. Tungar abrió la boca para gritar, pero no salió sonido alguno. La presión de Christopher para ahogarlo no cedía. Apretó los pulgares contra la tráquea del jefe militar indio.

Los ojos de Tungar parecían salirse de las órbitas. La cara estaba cada vez más roja, de un rojo tan intenso que Christopher pensó que podría abrirse por la costura de su cicatriz y desparramar los sesos sobre la arena. Apretaba la lengua contra los dientes negros, manchados con betel, la boca abierta en busca del aire que no iba a llegar.

Se le rompió la tráquea. Se le dieron vuelta los ojos, la cabeza quedó colgando y su boca se aflojó. Christopher le dio al cuerpo un último apretón para estar seguro de que estuviese muerto. Solo entonces se puso de pie. Haciendo caso omiso de la herida en la pierna, recogió la espada y corrió hacia la seguridad entre los árboles.

Los marinos habían llegado a tierra. Le gritaron a Christopher, pero este no escuchó; únicamente sabía que le estaban disparando a él por las erupciones de arena que estallaban en la

playa alrededor de él. Miró hacia atrás. Inseguros acerca de la situación, los marinos no lo perseguían. Más allá de ellos, vio una figura de pie en los escombros de la entrada del fuerte y supo instintivamente que era Tom Weald.

Había derrotado a Christopher. Pero Christopher tenía la espada, y eso le dio nuevas fuerzas. Llegó a los árboles y desapareció de la vista.

Al poco de entrar al bosque, encontró la yegua de Tungar. El ejército que huía ni había pensado en tomarla. Estaba en un claro, salpicada con sangre y barro, mascando hierbas.

Christopher tomó la brida y murmuró palabras tranquilizadoras en su oreja, hasta que permitió que él la montara. Sabía que sus perseguidores no estarían demasiado lejos. Cabalgó lo más que pudo, vadeando las aguas estancadas y siguiendo serpenteantes senderos hasta estar seguro de que estaba solo.

La yegua respiraba agitada, el calor hacía salir vapor de sus flancos mojados. Desmontó para darle al animal algún respiro y caminó un rato, llevándolo de la brida. No paraba de pensar.

No podía regresar con la *rani*. Con su ejército en desbandada y la fortaleza recuperada por la Compañía de las Indias Orientales, su estrategia había fallado. Ella iba a tener que negociar la paz, y la Compañía no iba a estar de humor para ser indulgente. Hasta podrían exigirle que entregara a Christopher para un castigo ejemplar. La idea de ser devuelto a Bombay en cadenas, ser humillado ante su padre y tener que implorar por su vida lo hizo temblar de rabia y de miedo.

Después de caminar un buen trecho, llegó a una encrucijada. Unas pocas cabañas miserables se alzaban entre los árboles, aunque los lugareños habían escuchado su caballo y se habían escondido. Sabían que nada bueno sucedía cuando hombres poderosos llegaban a su aldea. Christopher buscó refugio en las cabañas y tomó la comida que encontró: algunas bolas de arroz y algunos peces secos. No se molestó en buscar dinero. Los lugareños vivían apenas mejor que animales. Podía sentir sus ojos fijos en él, observándolo desde el sotobosque, pero no se preocupó. La espada de Neptuno los disuadiría de cualquier jugarreta.

La sacó de la vaina, emocionado por el equilibrio del arma. La giró en la mano, de modo que la incrustación de oro en la hoja reflejó la luz del sol que se filtraba entre los árboles. El zafiro en la empuñadura brillaba como un único ojo azul que penetraba en su alma. Había perdido casi todo, pero mientras tuviera esto, se sentía invencible.

Permaneció allí por un rato, pensando en qué debía hacer. Un fragmento de aquella última conversación con Tamaana le vino a la mente.

«¿Adónde podíamos ir, si fuéramos libres? ¿Si quisiéramos estar juntos, en algún lugar donde nadie conociera nuestro pasado?».

«Tiracola», había contestado ella. «Una tierra sin leyes ni restricciones. Un lugar en que tú y yo podríamos ser realmente libres».

«Quizás un día nos encontraremos allí», había dicho él.

Volvió a montar su yegua, y la dirigió hacia el norte.

\* \* \*

Tom encontró el cuerpo de Tungar tendido sobre la arena empapada de sangre. Tenía cortada la mano derecha, pero no vio ninguna herida mortal. Tom se acercó con cuidado, preguntándose si todavía podría estar vivo.

Una mosca salió de la boca de Tungar, caminando por su lengua flácida, y Tom supo que no había nada que temer. Encontró la mano cortada a algunos pasos de distancia, donde el suelo estaba lleno de huellas de pezuña. Pero no había señales de la espada que esa mano había sostenido.

Los últimos soldados de la *rani* habían llegado al borde de la playa e iban desapareciendo en la selva. Uno de ellos atrajo su mirada. Un hombre alto y calvo que le pareció conocido. A esa distancia, bajo la sombra de las palmeras, Tom no pudo ver la espada en su mano.

La decepción se apoderó de él, pero solo por un momento. Algún soldado debió haber robado la espada del campo de batalla, aunque Tom no perdió la esperanza. Semejante botín no podía mantenerse oculto. Los hombres hablarían de ello, y cuando lo hicieran, él se iba a asegurar de enterarse. Si la *rani* trataba de retenerla para sí, quemaría su palacio hasta los cimientos.

—¡Baja tu arma!

Tom se dio vuelta y vio dos docenas de mosquetes que le apuntaban. Los marinos habían bajado a tierra. Estaban formados en una línea, con el sol detrás de ellos, sus medias todavía mojadas por las olas de la orilla. Tom levantó sus brazos cansados.

—Paz. Soy amigo.

Su voz era apenas un graznido, pero los marinos reconocieron las palabras. Su sargento les ordenó bajar las armas.

—Mis disculpas —intervino una nueva voz. Un hombre de casaca azul con el uniforme de capitán de la Compañía de las Indias Orientales apareció entre los marinos—. Cuando la noticia de sus dificultades llegó a Madrás, temimos no encontrar a ningún inglés con vida. —Hizo una pausa—. Santo cielo. ¿Puede ser...?

Tom les dio sombra a sus ojos contra el sol. Después de todo lo que había soportado, necesitaba un momento para ubicar la cara del capitán: las mejillas curtidas por el clima y los severos ojos azules, el pelo rojizo con mechones grises.

—¿Capitán Inchbird?

—Nos encontramos otra vez, y esta vez puedo pagar la deuda que tengo con usted. —Inchbird lo miró detenidamente—. ¿Cómo diablos hizo usted para estar aquí?

—Es una larga historia.

—No puedo imaginar lo que usted ha sufrido. —Inchbird señaló el fuerte—. Haber aguantado tanto tiempo, contra toda probabilidad. Será el héroe de la calle Leadenhall.

—No necesito su gratitud. Lo hice para salvarme a mí mismo y a mi familia. Si no hubiera sido por la avaricia despótica de la Compañía, la *rani* nunca habría provocado esta guerra.

—No obstante —replicó Inchbird irónicamente—, no hay nada que los comerciantes en Londres adoren más que a un héroe. Especialmente uno que salve su dignidad y sus ganancias.

—Lo único que importa es mi esposa y Agnes, la señora Hicks. ¿Estaban bien cuando usted las vio?

El rostro de Inchbird se nubló.

—No entiendo a qué se refiere.

—Usted viene de Madrás, ¿no?

Inchbird asintió con un movimiento de cabeza.

—Entonces seguramente las vio. ¿De qué manera pudo saber usted de nuestra situación aquí?

—Ningún sobreviviente llegó a Madrás. Recibimos las noticias de los mercaderes tameses que llegan por tierra.

—Pero Sarah y Agnes zarparon hace meses —exclamó Tom—. Deben haber llegado ya.

—Es posible que llegaran después de que nosotros zarparamos. —Inchbird vio la cara afligida

de Tom y suavizó el tono—. Los mares no han sido fáciles en esta temporada del monzón. Muy probablemente hicieron escala en algún puerto seguro para esperar un clima más amable.

Pero Tom escuchó su consuelo como lo que era: palabras huecas, sin verdadera esperanza. La desesperación se apoderó de él; casi se pone a llorar. ¿Qué sentido tenía sobrevivir al sitio si no podía encontrar a Sarah? Terribles temores por lo que podría haberle sucedido a ella llenaban su mente, cada uno más tremendo que el anterior.

Aun en la oscuridad, hubo un rayo de esperanza. Si Sarah se hubiera muerto, seguramente lo habría sentido en su corazón. Tenía que estar viva.

—Debo encontrarlas. —Tom miró a los ojos de Inchbird y vio su compasión—. Usted habló de la gratitud de la Compañía hacia mí. Si eso significa algo en absoluto, llévenos a Madrás.

Tom, Francis y Ana echaron anclas en el fondeadero de Madrás tres semanas después de salir de Brinjoan. Le recordó a Tom las imágenes de las ciudades medievales que había visto en los libros. Murallas de duras piedras del color del hierro oxidado rodeaban la ciudad, dotadas de muchas baterías y bastiones semicirculares para su protección. Una gran variedad de hermosos edificios se alzaban dentro de las murallas, mientras que hacia el norte y hacia el sur se extendían las construcciones bajas y destartaladas donde vivían los mercaderes nativos que habían acudido en masa a comerciar con la Compañía.

El ancla apenas había tocado el fondo cuando una gran flotilla de pequeños botes y catamaranes salió precipitadamente de la orilla, ofreciendo cocos, ron, fruta y pescado. Algunas de las mujeres que exponían las mercancías insistentemente ante los marineros en espera estaban casi desnudas; Tom supuso que *ellas* también estaban en venta.

—Los han marcado a ustedes como *orombarros* —explicó Inchbird—. Hombres que no son conocidos en la ciudad. Esperarán obtener buen dinero de ustedes.

—Entonces quedarán desilusionadas, porque no tengo ni un penique a mi nombre —replicó Tom—. ¿Cuándo va a enviar la carga a tierra?

—Esperaremos hasta mañana para descargar —respondió Inchbird—. Debo asegurar la embarcación y conseguir alimentos y bebidas para los hombres. Pero el gobernador espera que yo le envíe lo suyo a tierra de inmediato. Le agradecería si usted lo entrega en mi nombre.

Tom comprendió lo que estaba haciendo, y se sintió agradecido. Trepó en uno de los pequeños botes con Francis y Ana. Las tablas, unidas con sogas en vez de clavos, se movieron y crujieron bajo su peso; el agua se filtraba.

—¿Llegaremos a tierra por lo menos? —se preguntó Francis—. Este bote parece diseñado para echarnos al mar.

—Ellos saben lo que están haciendo —contestó Tom—. A diferencia de nuestras falúas, estas embarcaciones están hechas para ser flexibles en las olas. Uno puede llegar a mojarse, pero jamás se dan vuelta.

Y así fue. El bote los dejó mojados, pero a salvo en el muelle, junto al canal de salida al mar. No tuvieron dificultad para tener permiso de entrada con los papeles de la nave para entregar. Directamente desde allí, entraron a un mercado. La calle arenosa estaba llena de mercaderes, esperando y gritando ofertas entre ellos, y había carteles pegados en las paredes que anunciaban cuándo llegaban o zarpaban las próximas naves. Algunos de los mercaderes se adelantaron cuando vieron a Ana y la abrazaron afectuosamente. Tom estaba encantado al ver el cariño que sentían por ella. Francis se mantuvo apartado, frunciendo el ceño.

Ana les habló rápidamente en su propia lengua. Su rostro estaba serio.

—No han tenido noticias de Sarah o de Agnes. Pero dicen que una embarcación trajo a un hombre de Brinjoan la semana pasada, un inglés. Está en la ciudadela.

—Entonces iré allí —anunció Tom—. Tú y Francis vean qué más pueden descubrir en los muelles.

En el centro de la ciudad amurallada, la ciudadela era como un modelo más grande del fuerte en Brinjoan, aunque de dos veces su tamaño y con un imponente edificio de tres plantas en el centro. Tom sintió un ramalazo de recuerdos cuando pasó bajo el pasaje abovedado, un eco de aquellos últimos momentos desesperados en el fuerte, cuando temió que ya todo estuviera perdido.

La correspondencia de Inchbird lo llevó hasta una sala de espera. Pasó el paquete a un sirviente y esperó cuando este desapareció en la oficina grande del primer piso.

Los minutos pasaron. El reloj de pie en el salón dio la hora. Tom miró la puerta con furiosa concentración, deseando que se abriera. Agarró los brazos de su sillón para evitar lanzarse él mismo contra la puerta.

Cuando pensó que ya no podía esperar un segundo más, la puerta se abrió. Un lacayo le hizo señas para que se acercara y entró a una habitación ventilada con altas ventanas. Las paredes estaban decoradas con armas antiguas, dispuestas en distintos diseños: una roseta de mosquetes, un abanico de espadas y picas cruzadas. Le hizo recordar a Tom las armas en la biblioteca de High Weald, que no había visto en tantos años.

Un hombre se adelantó para saludarlo, con el brazo extendido.

—William Fraser —se presentó—. Soy el gobernador de Fort St. George. ¿Usted es Thomas Weald?

Tom asintió con la cabeza. Fraser le tomó la mano con firmeza.

—Entonces yo y toda la Compañía tenemos una gran deuda de gratitud con usted. El informe del capitán Inchbird no deja dudas de que si no hubiera sido por su valiente intervención, el fuerte se habría perdido y toda la guarnición habría sido esclavizada o masacrada. El daño para el prestigio de la Compañía, y ni hablar del daño a su comercio, habría sido incalculable si los negros llegan a meterse en la cabeza que pueden rompernos las narices con impunidad.

Tom se mantuvo inusualmente silencioso. No había esperado convertirse en el campeón de la Compañía de las Indias Orientales. No se le escapaba la ironía de todo aquello. Ni el peligro. En aquellos ambientes cómodos, después de meses de sufrimiento, agasajado como un héroe, resultaría demasiado fácil bajar la guardia. Si alguien lo reconocía, o si Guy llegaba a enterarse...

—Lamento que más de sus hombres no sobrevivieran —murmuró—. El señor Foy no dejó a muchos para salvar.

—Él pagó el precio de su imprudencia.

—Igual que muchos otros. Y estos no tenían opción en el asunto. —Tom sintió que todas las frustraciones de los meses anteriores hervían dentro de él. Quería romper las pesadas cortinas, hacer añicos los cuadros en la pared y barrer con todos los papeles en el escritorio de Fraser. Hizo el esfuerzo de contener su ira.

—Antes de que fuéramos sitiados, uno de los empleados de la factoría escapó en una nave con las mujeres del asentamiento. La esposa de Foy, la esposa del capitán Hicks y mi esposa. Se dirigían a Madrás.

La cara de Fraser se puso seria.

—Hasta la semana pasada, le habría aconsejado que esperara lo peor, porque no tenía yo la menor noticia de ellos. Ahora puedo decirle más, aunque si usted piensa que son mejores noticias, no podría decirlo.

Las costillas de Tom parecían aplastarse contra su corazón. Se agarró del borde del escritorio

de Fraser, los nudillos blancos.

—¿De qué se trata?

—Siéntese. —Fraser señaló un sillón—. Usted puede escucharlo de primera mano.

Tocó una campanilla. Tom se desplomó en un sillón de respaldo alto. Escuchó la puerta que se abría, pasos vacilantes que se acercaban.

—El señor Kyffen —anunció el lacayo. Cerró la puerta.

Kyffen estuvo a medio camino en la habitación antes de ver a Tom en su asiento. Retrocedió; su cabeza giró para dirigir una furtiva mirada hacia la salida.

—Señor Weald —exclamó, sin la menor calidez, cuando vio que no podía escapar—. Gracias a Dios, señor, que usted ha sobrevivido. No me atreví a tener la esperanza de que viviría para verlo otra vez.

La última vez que Tom lo había visto, estaban todos huyendo del palacio de la *rani* para salvar sus vidas. Los meses siguientes no habían sido amables para ninguno de ellos, pero Kyffen había salido peor. Su nariz estaba lastimada donde el sol lo había quemado hasta dejarla en carne viva. Los ojos parecían sobresalir de sus órbitas hundidas. Le temblaban los dedos. Había muchas cosas por las que Tom podía preguntarle, pero solo una le importaba.

—¿Dónde está mi esposa?

Kyffen se estremeció. Se hundió en un sillón y lo hizo girar a un lado para no tener que mirar a Tom a los ojos.

—Temo, señor, que no le va a gustar lo que tengo que decirle.

El bote apenas se movía sobre el mar en calma. Ocho hombres y tres mujeres yacían en su casco sobrecargado. Los hombres estaban desnudos hasta la cintura; los vestidos de las mujeres estaban rasgados hasta los límites de la modestia. Cuatro remos bajaban y empujaban con poca fuerza sobre el agua cristalina. Pronto iban a detenerse, porque sabían que no tenía mucho sentido tratar de remar en medio del calor del día.

El sol brillaba desde un cielo despejado. El monzón había sido débil ese año. Las tormentas que lo anunciaban habían llegado a tiempo, no así las lluvias que generalmente las seguían. Hacia el interior, los campesinos estarían luchando con la tierra seca y rogando sobrevivir hasta la siguiente temporada. En el bote, no sabían si llegarían hasta la próxima semana.

Desde que tenía diez años, Agnes había vivido en la India toda su vida. Las suaves colinas y la lluvia apacible de su Yorkshire natal eran recuerdos tan distantes que bien podrían haber sido sueños. Había sobrevivido más de veinte años, veinte febriles monzones, veinte veranos secos donde el calor parecía quemar sus huesos. Había parido cinco niños y los había enterrado a todos antes de que cumplieran tres años. Sabía lo que eran las adversidades.

Pero nada en su vida se comparaba con aquello. Había pasado tres semanas amontonada con otras diez personas en un bote de diez metros, tan sobrecargado que la borda apenas si sobresalía del agua. No había ningún refugio, ninguna privacidad. Después de que pasaron las primeras tormentas del monzón, Leigh, el contramaestre del *Kestrel*, había colocado un trozo de lona como un biombo en la popa, y otro a manera de toldo. Pero otra tormenta que apareció de la nada los arrancó, junto con el mástil y la vela. Después de eso, no tuvieron más opción que remar y remar día a día. Agnes tomaba su turno, cuando no estaba cuidando a Sarah, hasta que sus manos estuvieron tan callosas como las de cualquier marinero.

—Debo ayudar a remar —propuso Sarah aquella mañana. Se le había pasado la fiebre y ya podía incorporarse, aunque todavía estaba muy débil.



—Tonterías —reaccionó Agnes—. En tu condición, no podrías levantar el remo.

—Pero eso les mostraría a los hombres que valoro lo que hacen. Todos los demás toman su turno.

—No todos —precisó Agnes. Lanzó una sombría mirada a Lydia Foy, sentada en la proa del bote con las cajas fuertes de la Compañía. Kyffen iba sentado al lado de ella, adoptando un aire de mando. Incluso en el poco espacio del bote, eran inseparables, apretados uno junto al otro bajo el parasol que Lydia se negaba a compartir.

—Los hombres saben cuánto los valoras —le aseguró Agnes a Sarah—. Lo único que desean es llevarte a puerto seguro.

Sarah sonrió débilmente.

—Entonces supongo...

Se interrumpió con una tos que se convirtió en arcadas. Apenas logró mover la cabeza a un costado antes de que la pequeña porción de arroz y cerdo salado que había comido como desayuno fuera vomitada por encima de la borda.

Agnes suspiró y sostuvo a su hermana hasta que hubo terminado. Eso ocurría todas las mañanas.

—No deberíamos desperdiciar comida en ella si no puede retenerla —sentenció Lydia Foy con aspereza—. No cuando el resto de nosotros está hambriento.

—Sarah recibe su ración como todos los demás —insistió Agnes. De todas las personas en el bote, Lydia parecía ser la que había sufrido menos por las raciones escasas que compartían. Su tez se veía sana, y sus pechos llenaban su corpiño tan ampliamente como siempre. Agnes sospechaba que Kyffen le había estado proporcionando algunos bocados adicionales, y quizás más. Algunas noches, había oído ruidos extraños que provenían de la proa del bote.

—No deseo ser una carga —insistió Sarah. Se recostó, su estómago todavía tenso por los esfuerzos. Agnes estaba sentada a su lado, colocándose de tal manera que le daba sombra a la cara de Sarah. Acercó una taza de agua a los labios de su hermana. Era una fina taza de porcelana pintada con hojas de sauce, el recipiente más fuera de lugar dadas las circunstancias. Agnes quedó estupefacta cuando descubrió que la señora Foy se las había arreglado para cargar su juego de vajilla completo en el bote.

—Con cuidado —advirtió Lydia—. A menos que llueva otra vez, nos quedaremos casi sin agua en poco tiempo.

Fue una de las muchas crueles ironías del trance en el que se encontraban. Cuando llegó la lluvia, fue tan abundante que casi llena el bote. Todos tuvieron que abandonar los remos y achicar agua furiosamente, literalmente arrojando el agua al mar, para evitar que el bote se inundara por completo. Pero no tenían ningún barril donde guardarla, así que cuando la lluvia cesó y el sol salió, pronto estuvieron otra vez sedientos.

Agnes miraba la costa cercana, los densos bosques abiertos por doradas playas. Después de las tormentas, se habían mantenido cerca de tierra firme por miedo a ahogarse.

—Deberíamos ir a tierra —sugirió ella—. Podríamos encontrar agua, o algún pueblo. Quizás podríamos conseguir comida de los nativos.

—¿Comida? —reaccionó Lydia, con una expresión fulminante—. ¿Por qué irían a ayudarnos? Más bien nos degollarán y robarán todas nuestras pertenencias.

—Tenemos suficiente oro. Podríamos comprársela a ellos.

—El sol le ha hecho mal a usted. No les daría ni un *fanam* de mi oro a estos nativos.

—Es el oro de la Compañía —señaló Agnes.

—Era de mi marido —insistió Lydia.

—Y no le servirá para nada si usted está muerta. —En todos sus años en la India, Agnes había aprendido a hacer el papel de la esposa obediente. A hacer caso omiso de los desaires de Guy y de las habladurías de su hermana Caroline, que se hicieron más mordaces cuando ella se hizo mayor, más gorda y más desdichada. A morderse la lengua, por el bien de la carrera de su marido.

En ese momento, podía sentir que esas viejas restricciones desaparecían. Si era por la pérdida de su marido, o por el calor del sol, o simplemente por lo extremo de su situación, era algo que no le preocupaba. El enojo crecía dentro de ella y no trataba de disimularlo.

—Mi hermana necesita dormir y un lugar para reposar —reaccionó acaloradamente—. Todos los hombres necesitan comida, refugio y descanso. No voy a permitir que siga usted sentada y petulante sobre ese cofre de oro, negándoles lo que necesitan para sobrevivir.

Los hombres con los remos dejaron de moverlos y levantaron la vista. Lydia lanzó una mirada furiosa por todo el bote.

—Usted se olvida de quién es, señora Hicks.

Agnes se volvió a Leigh, sentado en la popa, junto a la caña del timón.

—Cambie el rumbo a babor, por favor. Vamos a tierra.

—¿Para ser robados y esclavizados por los nativos? —Lydia le dio un tirón a Kyffen, que había decidido mirar a otra parte para mantenerse fuera de la discusión—. ¡Señor Kyffen! Usted está al mando aquí.

Kyffen dirigió su mirada con aire vacilante a algún lugar entre las dos mujeres.

—La señora Foy tiene razón —masculló—. Mantenga su curso. No podemos arriesgarnos a ir a tierra.

—Con su perdón, señora, pero el hecho de llevar la casaca azul de la Compañía no lo convierte en capitán —intervino Leigh. Levantó la caña del timón. Los hombres en los remos empezaron a remar.

Lydia estalló furiosa.

—Esto es un motín. Cuando llegemos a Madrás informaré al gobernador sobre esto y lo hará colgar de la horca más cercana.

La mirada de Leigh fue intimidante.

—Correré el riesgo. Si llegamos a Madrás.

—Señor Kyffen —chilló Lydia—. ¿Usted va a permitir esta insolencia?

—Por cierto que no —intervino Agnes fríamente—. Viendo lo libre que ha sido usted con sus favores, lo tiene agarrado de los pantalones.

Agnes oyó las palabras que salían de su boca y apenas podía creer que las había pronunciado. La cara de Lydia se puso blanca de ira. Miró a Kyffen, pero este estaba mirando a Agnes con la boca abierta.

Con un grito, Lydia metió la mano bajo su falda. Sus manos aparecieron sosteniendo una pequeña pistola con empuñadura de marfil. La apuntó a Agnes.

—Señor Leigh, regrese a su curso anterior, por favor —ordenó. La pistola no se movió.

Nadie se movió. Leigh miró a Agnes en tono de súplica. Los hombres en los remos miraban a ambas mujeres. El único sonido era el suave golpeteo de las olas contra el casco y el agua que goteaba de los remos levantados.

—*Velas.*

La voz de Sarah rompió aquella falsa calma. Sin que nadie le prestara atención, se había incorporado y en ese momento señalaba hacia el mar, su boca abierta en gesto de asombro. Su voz era tan áspera que apenas se escuchaba, pero atravesó el tenso silencio que se había apoderado del bote.

En un instante, la pelea fue olvidada. Todos se volvieron hacia donde ella señalaba, dando sombra a sus ojos para poder descubrir las velas blancas que rompían el horizonte.

—Gracias al Señor, estamos salvados —gritó Kyffen, secándose la frente. Junto a él, Lydia Foy observó atentamente la embarcación que se acercaba.

—¿Es inglesa?

—Es un *grab*, por el aspecto —explicó Leigh.

Un *grab* era un tipo indio de embarcación, llamado así por la palabra árabe que significa “cuervo”. Al igual que esas aves, podían moverse con el más ligero de los vientos, con dos mástiles con velas cuadradas que los convertían en naves temibles. La característica más distintiva era la proa, que había sido eliminada para dejar una cubierta de proa baja y plana, lo que les daba a los cañones de proa un campo de tiro libre de obstáculos.

—¿Podría ser un comerciante del país? —preguntó Agnes. «Comercio del país» era la manera en que los ingleses llamaban al comercio interno del océano Índico.

—No muchos mercaderes arriesgarían sus cargamentos en esta época del año —reflexionó Leigh en un tono de desconfianza.

La euforia del grupo desapareció. Miraban atentamente mientras la nave se acercaba a ellos, suspendidos entre la esperanza de la salvación y el miedo horrible de un destino todavía peor.

—Están izando una bandera.

Un gallardete rojo subió por el mástil principal. Una ráfaga de viento lo hizo flamear y al estirarlo, pudieron ver el dibujo de una serpiente sobre la tela carmesí.

Agnes nunca antes había visto esa bandera, pero conocía su temible reputación. Muchas noches en Brinjoan, en la mesa de la Compañía, la charla había sido acerca del pirata Angria, el azote de la costa de Malabar. Todos los mercaderes y todos los marineros tenían una historia de un compañero muerto en batalla por él, o capturado y hecho sufrir indescriptibles torturas en sus mazmorras.

—Ponga rumbo a tierra —aulló Kyffen—. Huir es nuestra única esperanza.

Los hombres se inclinaron sobre los remos. Pero eran pocos y estaban débiles. El *grab* se dirigía a ellos, deslizándose sin esfuerzo por la superficie plana del mar.

—Tienen al diablo mismo soplando para empujarlos —bufó uno de los hombres.

—Silencio —ordenó Leigh—. No desperdicien el aliento.

—Si nos acercamos más a la costa, quizá no pueda seguirnos sin romper la quilla —dijo Kyffen con cierto optimismo.

Agnes sacudió la cabeza.

—He visto embarcaciones como esta amarradas en Brinjoan. Están hechas para aguas poco profundas.

Una llama destelló desde la proa del *grab*. Un segundo después, oyeron el sordo ruido de un disparo de cañón. La bala voló cerca de la superficie del agua y cayó a unos treinta metros de la manga del bote.

—Estos salvajes ni siquiera pueden apuntar bien —dijo Lydia Foy. Todavía tenía en la mano la pistola con empuñadura de marfil.

—Ese fue un disparo de advertencia —señaló Leigh—. El próximo estará más cerca.

Como si los piratas lo hubieran escuchado, el *grab* disparó de nuevo. Esta vez, la bala cayó tan cerca que sintieron las gotas que los salpicaron.

—Estamos con exceso de carga —dijo Leigh en tono perentorio—. Un disparo que nos toque nos va a hundir a todos. ¿Sabe nadar, señora Hicks?

—Un poco. Pero nunca lograremos llevar a Sarah a tierra.

Miraban atentamente la embarcación, que avanzaba rápidamente hacia ellos. Estaba tan cerca que Agnes pudo ver el sol que brillaba en las bocas de sus cañones y a la tripulación agrupada en la proa. Movían sus armas en el aire, lanzando gritos de guerra que hablaban de terror y torturas.

—¿Y ahora qué hacemos?

Hundido en un sillón en la casa del gobernador, Kyffen tenía la mirada fija en su regazo. La puesta de sol tropical que entraba a raudales por las altas ventanas lo iluminaba con una luz casi carmesí.

—Naturalmente, resistí a los piratas lo mejor que pude. Pero estábamos hambrientos y agotados después de tantos días en el mar. Los piratas nos redujeron pronto. Tomaron como rehenes a las mujeres y me dejaron a la deriva en un bote pequeño. Aseguraron, a su manera salvaje, que deseaban que yo entregara un mensaje en Madrás. Un pedido de rescate por los prisioneros. Y así fue como, después de mucho andar a la deriva y enfrentar a la muerte más de una vez, llegué aquí.

Mientras hacía su relato, Tom se había levantado de su asiento e iba de un lado a otro de la habitación. En ese momento se detuvo, se apoyó en el alféizar de la ventana y miró la puesta del sol sobre la laguna que estaba al oeste de la ciudad.

—¿Cuánto? —preguntó.

Kyffen se movió inquieto en su asiento.

—¿Perdón?

—¿De cuánto es el rescate que pidieron?

—Es de... —La mandíbula de Kyffen se abrió como la boca de un pez—. Cinco mil libras.

—¿Y cómo hay que pagarlo? ¿Dónde tienen a las mujeres?

Kyffen retorció sus dedos de tal manera que Tom pensó que podría rompérselos.

—No recuerdo. La situación... Todo fue tan terrible, usted comprende. Apenas pude escapar con vida.

—La guarida de Angria es la fortaleza en Tiracola, al sur de Bombay —intervino el gobernador—. Casi con seguridad las ha llevado allí.

Tom lo ignoró. Se apartó de la ventana y avanzó hacia Kyffen, hasta que su sombra lo cubrió totalmente. El hombrecito se encogió en el sillón.

—Usted está mintiendo.

Sin advertirle, Tom lo agarró de las solapas de la chaqueta y lo puso de pie. Lo hizo girar, lo llevó pateando como un niño caprichoso hasta el otro lado de la habitación y lo aplastó sobre la pared. Fraser estaba por protestar, pero la fuerza de la ira de Tom lo detuvo.

—Dígame la verdad —exigió Tom.

Kyffen se había hundido tanto dentro de su camisa que estaba casi sepultado en ella. Balbucía, agitando brazos y piernas.

—Suélteme —chilló.

Tom lo soltó. Cayó al suelo con un ruido sordo y un grito.

—Cobarde despreciable —lo insultó Tom—. Si hubiera obedecido mis órdenes, y no solo pensado en salvar su propio pellejo, podríamos haber escapado todos en el bote. Muchos hombres que ahora están muertos estarían vivos, y yo tendría a mi *esposa*.

La rabia lo dominaba, y la última palabra estuvo acompañada de una patada en las costillas que hizo que Kyffen chillara otra vez.

—Señor Weald —lo reconvino Fraser, espantado—. Llamaré a mis guardias.

Tom retrocedió, respirando con fuerza. Miró la pared, pues sabía que si miraba a Kyffen, volvería a golpearlo.

—Los piratas no lo dejaron ir y no le dieron ningún mensaje. ¿Fue así? —Levantó el puño; Kyffen gimió y se aplastó contra el zócalo.

—Señor Weald —le advirtió Fraser.

—Yo ya estaba luchando contra piratas en estos mares cuando usted jugaba con soldaditos de juguete. Para ellos, cada prisionero es mercancía. No dejarían escapar a ninguno, como no dejarían escapar un saco de oro. Así que vuelvo a preguntar: *¿qué ocurrió?*

Kyffen se incorporó. Le salía sangre de la nariz. Dirigió una mirada implorante a Fraser.

—¿Va usted a permitir que él me trate de esta manera? Llame a sus guardias, póngalo en prisión. Es un malvado y un demente.

—Responda a su pregunta —repuso Fraser.

Kyffen miró al gobernador y a Tom. La derrota se hizo visible en su rostro al darse cuenta de que no tenía ningún amigo en esa habitación.

—No luché contra los piratas —susurró.

—Y nunca lo capturaron, ¿no? —insistió Tom.

—Salté por la borda —confesó Kyffen miserablemente—. Estábamos bastante cerca de la costa, podía ir nadando. Los piratas estaban demasiado ocupados asegurándose el botín como para preocuparse por mí.

—¿Usted abandonó a las mujeres? —preguntó el gobernador.

—Sí. —Kyffen bajó la cabeza—. ¿Qué podía haber hecho contra cien piratas? Pensé que podría encontrar ayuda, dar la alarma.

—Usted no pensó nada de eso —reaccionó Tom, luchando por controlar su cólera—. Lo único en que usted pensó fue en salvarse.

Kyffen no lo negó.

—Encontré una aldea y me entregué a su generosidad. Cuando los piratas ya se habían ido, los pescadores me llevaron a la costa. Una aldea tras otra, semana tras semana, hasta que llegué aquí. Debe creerme —añadió hipócritamente—, no pasa un día desde entonces sin que ruegue a Dios que salve a esas pobres mujeres. Si hubiera podido cambiar mi situación por la de ellas, lo habría hecho gustoso.

Tom lo interrumpió con una mirada feroz. Fijó su mirada en el hombre que lloriqueaba en el suelo, recordando de qué manera su propio padre, Hal, se había ocupado de uno de los criados de la Compañía que había traicionado a la familia con los piratas. Le había arrancado la confesión a punta de espada y, luego, lo colgó desnudo de su propia ventana.

Pero aun cuando Fraser se lo hubiera permitido, Tom no era tan cruel como para hacer que Kyffen sufriera más. Kyffen era un cobarde, nada más que eso. No había buscado la responsabilidad que le había sido impuesta. Sangre y moco se secaban sobre su labio superior, como un niño que llora después de que lo empujaron muchachos más grandes.

—Salga de mi vista —le dijo entre dientes.

Kyffen se alejó gateando, temblando del miedo a otro golpe, y escapó por la puerta. Tom se dirigió a Fraser.

—¿Cómo puedo rescatar a Sarah y a Agnes?

Fraser parecía incómodo.

—Si Angria las tuviera secuestradas, habría enviado su pedido de rescate a Bombay.

—¿Y qué ocurriría entonces?

—El gobernador Courtney no es partidario de negociar con piratas. Dice que eso simplemente sirve para alentarlos.

—¿Entonces qué? ¿Atacará la fortaleza?

Fraser vaciló.

—Angria es el pirata más poderoso de la costa de Malabar, y las fuerzas de Guy Courtney son limitadas.

—¿Quiere usted decir que dejará que se pudran? Una de las mujeres es Agnes Hicks, la cuñada de Guy Courtney.

—No puedo hablar en nombre de él. —Fraser vio la angustia en la cara de Tom—. Pero le daré un sitio en un barco que vaya a Bombay. Usted mismo puede presentar el caso ante el gobernador Courtney. Si él no acepta pagar el rescate, puede haber mercaderes ahí o en Surat que le prestarán el dinero.

—¿A cambio de qué? —dijo Tom amargamente—. No tengo garantías ni perspectivas de nada. Arriesgué mi vida salvando la valiosa propiedad de su Compañía, y ¿cuál es mi recompensa? ¿Dejar que mi esposa se pudra en la mazmorra de algún pirata?

Fraser abrió los brazos.

—Ojalá pudiera hacer algo más. Como usted bien lo sabe, estos piratas son hombres de negocios y los rehenes son su especialidad. Encuentre el rescate que pide Angria, y él va a negociar limpiamente con usted.

—¿Y si no lo encuentro?

—Entonces él achicará sus pérdidas y convertirá a sus prisioneras en un ejemplo para quienes no paguen.

Tuvieron que esperar una semana en Madrás. Todos los días Ana llevaba a Tom y a Francis a los mercados para hablar con los comerciantes que ella conocía. Todos comprendían la situación, pero no tenían dinero para prestar.

—Es mal momento —explicó Ana—. Hasta que los barcos de este año lleguen de Inglaterra, todo su capital está inmovilizado en sus mercancías.

Finalmente zarparon, después doblaron lentamente por el cabo Comorín y luego subieron por la costa de Malabar al ritmo de los vientos, durante varias lentas semanas. Por la mañana, el aire iba de la tierra al mar, empujándolos mar adentro; por las tardes se levantaba la brisa desde el mar y los devolvía hacia la costa.

Pasaron Brinjoan, apenas una manchita en el horizonte. Visto desde el mar, no había nada que indicara la devastación que había sufrido. Tom se alegró de poder alejarse de ese lugar. Más al norte, Ana señaló la isla de Kidd, donde un muy conocido capitán pirata se había detenido alguna vez para reparar sus naves.

—Me gustaría saber si habrá enterrado algún tesoro ahí —se preguntó Francis—. Por cierto, nos vendría muy bien.

Las playas con palmeras dieron paso a una costa más irregular y más rocosa. Promontorios densamente arbolados sobresalían uno tras otro hasta llegar al horizonte, separados por ensenadas escondidas y estuarios de ríos. Muchos de ellos estaban protegidos por castillos de piedra y, varias veces, Tom pudo ver botes en los aislados fondeaderos a sus pies.

—Estos son territorios en disputa —explicó Ana—. Hace unos treinta años, el pueblo de Maratha se rebeló contra el emperador mogol de la India y formó su propio reino. Pero ahora están enzarzados en una guerra civil: la reina viuda se ha rebelado contra su hijastro. Angria aprovecha el caos, poniendo a un bando contra el otro.

Cuando el barco pasó cerca de una punta, apareció un nuevo promontorio en el extremo de la siguiente bahía. Olas blancas formaban espuma alrededor de su base, mientras que, a gran altura, las gaviotas daban vueltas alrededor de una fortaleza de piedra negra que cubría toda la cima.

—Allí —señaló Ana—. Esa es Tiracola, la fortaleza de Angria.

Tom tomó un catalejo. Observó detenidamente las aspilleras, en la esperanza vana de que

Sarah pudiera estar mirando por ellas. Le dolía el alma; apenas podía soportar la angustia de estar tan cerca y tan increíblemente lejos. Al otro lado de aquellas murallas implacables, Sarah y Agnes estarían tendidas solo Dios sabe en qué condiciones, esperando que él las rescatara. En un momento de casi locura, pensó en saltar por la borda, trepar las rocas y subir por el escarpado acantilado hasta el castillo.

—Parece impenetrable —manifestó Francis con voz apenas audible.

El capitán de la nave se había reunido con ellos.

—Esas murallas tienen un grosor de más de cinco metros. El penúltimo gobernador, *sir* Nicholas Waite, tenía en mente vencer a Angria. Reunió una flota de bombardas y la trajo hasta aquí. Las murallas son demasiado altas como para atacarlas con los cañones comunes de los barcos, así que proveyó a las naves con morteros Coehorn para lanzar proyectiles explosivos al interior del castillo. No le fue bien. Los proyectiles simplemente se quebraban como huevos sobre las rocas, desparramaban la pólvora y perdían los detonadores.

Tom observó la fortaleza y su entorno. Torres altas protegían cada esquina. Los tramos más bajos de las murallas habían sido cortados en la misma roca sólida, y la mampostería más arriba era tan firme y ajustada como cualquiera que él hubiera visto en Europa. Vio pocos cañones, pero eso apenas si importaba. La posición era imposible de atacar.

Pasado el promontorio, la costa retrocedía en una honda ensenada, que era la boca de un río. Tom contó una docena de embarcaciones, incluyendo varios de los *grabs* más grandes, que eran casi del tamaño de las fragatas. Estaban amarrados detrás de una larga barrera hecha de troncos de árboles encadenados.

—Izar más velas —ordenó el capitán, nervioso por estar tan cerca de la guarida del pirata. Pero la barrera no se había movido y ninguna de las naves se aprestaba para salir. Ese día, evidentemente, Angria tenía otros asuntos para distraerlo. Tom vio que el fuerte se alejaba detrás de ellos.

—Volveré por ti —prometió. El viento se llevó sus palabras.

En las profundidades de las entrañas del castillo, Sarah Courtney se movió. Se incorporó y sintió que los grilletes de hierro le lastimaban las muñecas, y su mirada se perdió en la oscuridad. El agua goteaba como el tictac de un reloj; algunos de los otros prisioneros gemían o lloraban. Ella hacía caso omiso de todos ellos y escuchaba por la roca. Esperaba, contra toda razón, que no hubiera sido un sueño.

Un temblor le recorrió el cuerpo, como el titilar de una vela por la ráfaga creada por el paso de un criado.

—¿Qué pasa? —preguntó Agnes, alerta ante cualquier cambio en la condición de su hermana. Los vómitos habían cesado; Sarah ya no tenía ninguna dificultad para retener las escasas raciones que sus carceleros le proporcionaban. A decir verdad, había recuperado algo de peso. Pero Agnes tenía en ese momento otras preocupaciones.

—¿Es la fiebre otra vez?

Sarah sacudió la cabeza.

—Pensé haber escuchado la voz de Tom. Soñé que había venido a rescatarnos, que estaba en esa puerta con la espada de Neptuno en la mano y cortaba nuestras cadenas. —Suspiró y se puso la mano en el abdomen—. Debe haber sido un sueño. Después de todo, hasta la espada está perdida.

Había perdido la noción del tiempo que habían pasado en la mazmorra, aunque ya debían



haber transcurrido algunas semanas. La luz del día no llegaba a esas grandes profundidades, ni siquiera una rajadura por la que pudieran contar los días. Estaban en una cueva, en una red de cavernas tan profundas dentro del promontorio que Sarah imaginaba a veces que podía escuchar el golpeteo de las olas allá afuera. Las paredes frías y húmedas estaban cortadas en la roca, por la que corría agua cada vez que llovía. La única luz provenía de una única lámpara en la cueva contigua. Cuando se acababa el aceite, a veces pasaban días antes de que los guardias la volvieran a llenar.

—Él vendrá —aseguró Agnes—. Aunque arrastrado por los vientos fuera llevado al otro lado del mundo, aunque todas las huestes del mismísimo Gran Mogol se interpusieran entre ustedes, de algún modo él vendría por ti.

—¿Y si está muerto? Ni siquiera sabemos si escapó a la masacre en Chittattinkara.

Agnes puso su mano sobre el corazón de Sarah.

—Si hubiera muerto, tú lo sabrías aquí. —Incluso en los pocos días que había vivido con Tom y Sarah en Brinjoan, había visto cuán profundamente se amaban. Ella sabía que Tom no las iba a abandonar. Desde el rincón opuesto de la cueva, se escuchó un susurro burlón.

—No confíes en tu marido. Si está vivo, lo más probable es que ya haya olvidado que estaba casado.

—Tengo fe en él.

—Yo tenía fe en el señor Kyffen —replicó Lydia—, hasta que el cobarde se arrojó por la borda. ¿Quién hubiera pensado que un caballero iba a abandonar a tres damas y todas sus pertenencias mundanas para dejarlas en manos de los piratas?

—Tom es diferente —aseguró Sarah en voz baja. Aunque pensaba en Tom constantemente, trataba de no hablar de él demasiado a menudo. Sería cruel hablar demasiado de su marido, cuando Agnes ni siquiera había tenido la oportunidad de llorar la pérdida del capitán Hicks.

—Si vamos a ser salvadas, eso solo puede venir de Guy Courtney —sentenció Lydia—. Aunque no puedo comprender la demora. —Señaló a Agnes—. Usted es la cuñada de Guy. ¿Por qué no ha pagado un rescate por nosotras?

—Si usted confía en que el amor de Guy por mí va a salvarnos, quedará muy desilusionada —observó Agnes—. Cometí el peor crimen para él: dejé pasar una oportunidad de hacerle avanzar en su carrera. Él quería verme comprometida con alguna alta personalidad de la Compañía de las Indias Orientales. En cambio, me casé con el capitán Hicks, un humilde soldado. Nunca me lo ha perdonado. Esa es la razón por la que nos exilió a Brinjoan.

Se echó hacia atrás, contra la pared fría. Esta no era una nueva conversación. Habían hablado de ello todos los días desde que los piratas las apresaron. Pero esta vez, Lydia no lo dejó pasar. Se incorporó lo más que pudo, retorciendo las muñecas en los grilletes, y miró a Agnes y a Sarah con una mirada ladina.

—¿Por qué fingen no ser hermanas?

Lydia se rio ante la expresión de asombro en las caras de ellas.

—¿Ustedes creían que habían logrado engañarme? Tengo ojos para ver. Observo y escucho. Incluso antes de que abandonáramos Brinjoan, tenía mis sospechas. En nuestro actual confinamiento, difícilmente puedan esperar ocultarlo. Se cuidan una a la otra; las palabras que susurran cuando creen que estoy dormida. Yo conozco su secreto... y el otro asunto del que no hablan.

Levantó la cabeza y les apuntó con su barbilla afilada.

—¿Pueden ustedes negarlo?

Aunque apenas importaba, Agnes sintió la cuchillada de una traición. En su prisión, lo único

que poseían eran sus secretos. Y ya habían perdido incluso eso. Además, no confiaba en Lydia.

—Es verdad —dijo Sarah fríamente—. Agnes y yo somos hermanas. No la había visto durante casi veinte años antes de bajar a tierra, sin haberlo previsto, en Brinjoan.

—Entonces usted también debe ser hermana de Caroline Courtney, la esposa del gobernador. Sarah asintió con un movimiento de la cabeza. Lydia levantó sus brazos esposados.

—Entonces dígales a nuestros secuestradores quién es realmente usted. Si Guy Courtney supiera que ellos tienen prisioneras a las dos hermanas de su esposa, para no decir nada de la viuda de su amigo leal el señor Foy, él pagaría cualquier rescate que pidieran.

—Se equivoca —aseguró Sarah—. Si Guy conociera mi verdadera identidad, le pagaría a Angria para que nos retuviera aquí por el resto de nuestros días. O si pagara un rescate por mí, solamente sería para infligirme un peor castigo que el que Angria me impondría.

Lydia se inclinó, como un sabueso que percibe un rastro.

—¿Por qué?

Demasiado tarde, Sarah se dio cuenta de que había dicho demasiado. La fatiga y la desesperación habían bajado sus defensas.

—No importa.

—Si es la razón por la que van a dejar que me pudra en este calabozo, importa mucho. — Lydia se adelantó gateando—. ¿Qué tiene Guy contra usted?

—Nada.

—¿Estuvo enamorado de usted?

Sarah se estremeció.

—Jamás.

Lydia lo pensó.

—No perdonó a Agnes por casarse por debajo de su posición social. Quizás usted cometió el mismo delito.

Sarah temió hablar demasiado.

—Pero eso no explicaría el odio —musitó Lydia—. Debe haber algo más. Su marido, quizás. ¿Alguna enemistad entre su marido y el gobernador Courtney? —Le tembló la nariz—. ¿Pero qué lo provocaría tanto? ¿Un intruso? ¿Un rival?

—Fue un intruso —dijo Agnes—. Usted sabe que Guy desprecia a los hombres que le roban el comercio de la India. Esa es la razón.

Pero había hablado demasiado apresuradamente. Lydia sintió la mentira.

—No. No creo que pueda ser eso. —Una sonrisa de triunfo separó sus labios—. Cuando estábamos cargando el bote en Brinjoan, escuché a uno de los hombres que la llamaba a usted «señora Courtney». ¿Por qué harían eso? Y el muchacho que viajaba con ustedes, el sobrino de Guy, Francis Courtney. Una coincidencia extraordinaria, ¿no?

—Usted escuchó mal —aseguró Sarah.

—Me temo que no fue así. Y si usted es la señora Courtney, entonces su marido debe ser... — Pensó un momento—. Tom Courtney.

Ella vio las expresiones afligidas de sus caras y se rio.

—Usted es la señora de Tom Courtney, no solamente la hermana de la esposa de Guy, sino también la esposa de su hermano. Ahora empiezo a comprender. Escuché hablar de Tom Courtney cuando vivía en Bombay. Se decía que él y Guy se habían convertido en tan grandes enemigos que incluso trataron de matarse. Me contaron que Guy una vez lanzó a un hombre desde el techo de la casa del gobernador solo por mencionar su nombre.

—No presto atención a los chismes —dijo Agnes.

Pero Lydia no había terminado.

—Ahora recuerdo otra historia de la que se hablaba. Un verdadero escándalo. Me la contó un amigo, a quien se la contó la mucama de Caroline Courtney que llegó con ella desde Inglaterra. Según esta criada, Caroline no era doncella cuando se casó con Guy, es más, ya estaba embarazada.

La cara de Lydia salió de la oscuridad. Las privaciones de las últimas semanas no habían hecho más que agudizar las líneas de su cara angulosa, lo que le daba un aspecto terrorífico.

—Decían que el niño, el joven Christopher Courtney, no era de Guy en absoluto. Decían que Caroline había sido bastante liberal en cuanto a sus encantos en el viaje desde Inglaterra, y que aunque fue Guy quien bebió el vino nupcial, no fue el primero en abrir el corcho. Decían que fue su hermano Tom quien tuvo ese placer.

Aun en la oscuridad, sus ojos brillaron con el triunfo.

—Por eso Guy la odia a usted. Aunque me pregunto —añadió maliciosamente dirigiéndose a Sarah— por qué usted es tan leal a su marido, después de lo libre que él se sintió con su hermana. Estoy segura de que yo nunca me podría contentar con ser el *postre* de ningún hombre.

—Por favor —rogó Agnes—. Ahora usted comprende por qué Guy no debe saber quién es Sarah. Usted no debe revelar esto a nadie.

Lydia volvió a acomodarse en su rincón, sus mejillas carmesíes por la emoción de lo que había descubierto.

—Usted puede confiar en mí —aseguró—. Su secreto está a salvo. Y el otro asunto, ese del que usted no habla.

—¿Qué quiere decir? —dijo Sarah en tono sombrío.

—Usted está embarazada. Usted no lo dice, pero es tan claro como la hinchazón de su vientre. La manera en que no podía retener sus comidas allá en el bote, y ahora la manera en que engorda a pesar de las ínfimas raciones que los piratas nos entregan. Y hay otras señales, que cualquier mujer puede notar.

Sarah apretó sus puños.

—¿Por qué no se lo dice a los piratas? —inquirió Lydia.

—Tom y yo hemos querido un bebé estos últimos quince años —respondió Sarah con tristeza—. En todo ese tiempo, solamente una vez pude concebir, y a ese niño lo perdí. Que esto tenga que ocurrir ahora, en estas circunstancias... —Su voz se fue apagando.

—Si los piratas lo supieran, con seguridad encontrarían alguna manera de explotar su vulnerabilidad —explicó Agnes—. Por eso no hablamos del tema, y por eso le imploro que usted, señora Foy, no les diga nada a los piratas.

—Como usted diga —aceptó Lydia. Se acurrucó en su lugar y sonrió para sí, aunque en aquella penumbra las otras no pudieron verla—. ¿Además, a quién podría decírselo yo?

Lejos por encima de ellas, a través de muchos niveles de rocas y en las partes del castillo construidas de piedra, el pirata Angria estaba sentado en su salón. El hombre era de una constitución ligera y flexible, pero nadie que lo viera podía equivocarse en cuanto a la intensidad que brillaba en sus ojos. Un turbante anudado le cubría la cabeza, y un bigote largo se le curvaba sobre las mejillas y casi se unía a las patillas.

No había nacido como hombre de mar. Su padre había sido un *deshmuk*, una autoridad menor encargada del cuidado de cien pueblos. Su función había sido resolver las disputas de los agricultores y proteger a los lugareños de las depredaciones de los bandidos. Pero Angria no

estaba hecho para los rígidos rituales y las prohibiciones de la vida rural. Los campesinos se arrastraban ante su padre, su padre se arrastraba ante su jefe supremo, y lo único que importaba era la siguiente cosecha de arroz. No había gloria. La primera vez que Angria vio una embarcación, un barco mercante portugués que avanzaba rápidamente y a toda vela por la bahía, supo que ese era su destino. Moverse con libertad, sin leyes ni costumbres que lo ataran, sin tener que responder a nadie, salvo al viento y al mar. Ese era su sueño. Veinticinco años después, lo había conseguido con infamia.

El salón era el testimonio de su éxito. Trofeos de las naves que había tomado tapizaban las paredes —enseñas holandesas, inglesas y portuguesas, campanas y linternas de las naves, e incluso un mascarón de proa tallado en forma de sirena con los pechos desnudos—. Alfombras de densos tejidos cubrían el suelo, a veces tres, una sobre otra. Sus hombres yacían tendidos sobre ellas. Por lo general, estaban jugando a los dados, bebiendo *arak* o fumando narguiles que importaban de Arabia. Aunque en ese momento estaban todos en silencio, su atención se dirigía al hombre que estaba de pie ante Angria.

Había llegado esa tarde, cabalgando hasta el castillo en un caballo que alguna vez había sido una hermosa montura, pero en ese momento se lo veía agotado por semanas de dura cabalgata. El hombre tenía una barba larga y oscura, aunque el pelo en la cabeza se le había quemado, dejándolo calvo. Y cuando desmontó de su caballo, arrojándole las riendas a un mozo de cuadra, se destacó por su altura sobre los demás hombres en el castillo. Había pedido hablar con Angria. Los guardias lo dejaron entrar, pues ¿quién podría oponerse a un hombre con semejante espada fabulosa en su cintura?

En ese momento, Angria lo estudiaba desde el estrado donde estaba sentado. Debajo de la barba y las cicatrices frescas que brillaban rosadas en su piel, era obvio que el visitante todavía era casi un muchacho, con menos de veinte años, pero ya endurecido por la batalla. Un guerrero, sin ninguna duda. Quizás con el mismo aspecto que Angria había tenido a esa edad, antes de haber aprendido a apreciar los méritos de la sutileza tanto como los de la fuerza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el pirata.

—Raudra —respondió el visitante. Raudra era un avatar del dios Shiva. Al mirar al joven, el salvajismo en sus ojos, Angria podía imaginarlo como una encarnación de ese dios, el destructor de mundos.

—¿Por qué has venido aquí?

—Para servirlo.

—¿Qué ofreces?

—He estudiado las conductas de los hombres de sombrero —explicó Christopher—. He navegado en sus barcos y puedo entrenar a sus hombres para que peleen como ellos, con disciplina y precisión.

Angria sacudió la cabeza.

—He luchado contra los hombres de sombrero durante más estaciones de las que tú has vivido. No quiero que mis hombres peleen como ellos. Necesito hombres que pelean como nosotros, con espíritu y valentía. No se le puede enseñar a un tigre a escupir como una cobra.

—Me he entrenado en el *kalari*. Puedo pelear como un tigre, o como una cobra. —Christopher sacó su espada—. Me enfrentaré a cualquier hombre en este salón para demostrarlo.

Ante eso, la mitad de los hombres de Angria se pusieron de pie, reclamando la oportunidad de poner al bribón en su lugar. Algunos, sin embargo, se quedaron sentados. Cabezas más viejas, más sabias que habían evaluado al recién llegado y veían mucho en él, tanto que los hacía más prudentes.

Angria se puso de pie y calmó a sus hombres. Bajó del estrado, y se acercó a Christopher y caminó alrededor de él como un comprador en una feria de campo.

—Esa es una espléndida espada —observó. Las lámparas en el salón brillaban sobre el zafiro—. Debes ser un hombre valiente para portar un arma como esa en un lugar lleno de desconocidos.

—Confío en su honor —replicó Christopher.

Angria aceptó el cumplido con un movimiento de cabeza.

—Y si cualquier hombre llegara a tocarla, perdería la mano en ese mismo instante.

Un gruñido recorrió el lugar, aunque nadie se movió para aceptar el desafío. Otra vez, Angria los hizo callar.

—¿Cómo sé que eres quien dices ser? Tengo muchos enemigos. Podrías ser un espía enviado por el rajá Shahuji, o un agente de los hombres de sombrero cuyas embarcaciones yo saqueo.

Christopher lo miró de arriba abajo.

—¿Cómo puede usted estar seguro de cualquiera de sus hombres?

Eso hizo que varios de ellos volvieran a ponerse de pie, cuchillo en mano. Angria se rio.

—Realmente, uno podría esperar que un espía tratase de congraciarse un poco más con sus anfitriones. A menos que, por supuesto, eso sea lo que tú desees que yo piense.

Hizo una seña con la mano. Una puerta lateral se abrió, y cuatro guardias hicieron entrar a un hombre demacrado con pelo revuelto y una barba descuidada. Estaba desnudo, salvo por un taparrabo en la cintura, y a juzgar por las cicatrices y las costras en su cuerpo había sufrido muchas torturas. Los guardias lo empujaron al suelo, entre Christopher y Angria.

—Este hombre fue atrapado robando en el lugar donde guardo mis tesoros —explicó Angria—. ¿Cuál debería ser su castigo?

El prisionero gimió. Christopher parecía aburrido.

—Si le robó a usted, debe morir. —Sacó la espada. Una exclamación contenida recorrió el salón cuando los hombres vieron la perfección de la hoja y la incrustación de oro que la recorría—. ¿Desea que lo haga yo por usted?

—Guarda tu arma —ordenó Angria—. Eso sería demasiado fácil. Tengo un lugar especial para hombres como este, abajo, al pie del castillo junto a la entrada de agua. He hecho fijar a la roca una argolla de hierro para atar allí al traidor, cerca de la marca de la marea alta. ¿Dijiste que eras marinero?

La pregunta tomó a Christopher desprevenido.

—Lo fui alguna vez.

—¿Has oído hablar de las mareas de primavera?

—Dos veces al mes, en el momento de la luna nueva y de la luna llena, la marea baja más y sube más de lo usual —respondió Christopher.

Angria asintió con un movimiento de la cabeza.

—La argolla de hierro mantiene la cabeza del hombre fija donde no será cubierto hasta la inundación de la marea de primavera. Todos los días va quedando cada vez un poco más cerca de ahogarse. Las rocas ahí abajo están cubiertas de lapas y percebes. Las olas lo empujan contra ellos, destrozándole la piel con sus muy afiladas conchas. Cuando la marea se retira, el sol le reseca la piel y seca la sal en sus heridas. El agua salada se le mete en la boca y está tan sediento que no puede evitar beberla, pero solo sirve para que vomite. Si lo pusiera en el momento de las mareas más bajas, a medio camino de la luna llena, podrían pasar quince días hasta que el agua suba lo suficiente como para ahogarlo. Y para cuando eso ocurra, me agradecerá por mi misericordia.

El prisionero había empezado a hablar, mascullando súplicas e imprecaciones en voz baja. Uno de los guardias lo hizo callar con una bofetada. Por encima de él, Angria y Christopher se observaban uno al otro. Al mirar los ojos del pirata, Christopher lo único que vio fue un apetito ilimitado por el poder. No sabía que Angria, al devolverle la mirada, vio casi el mismo reflejo.

—Hagamos un trato —propuso Angria—. Tú viniste aquí libremente, y libremente te dejaré ir. Puedes salir de mi castillo sin obstáculos. Si te quedas y me sirves bien, serás un hombre rico. Pero si me traicionas, entonces pagarás un precio tal que incluso los tiburones tendrán poco para divertirse.

Christopher vaciló. Angria pensó que estaba asustado.

—Si tienes alguna duda, no hay lugar para ti aquí —le advirtió.

Pero Christopher no tenía ninguna duda. Al mirar los tesoros y los trofeos en la sala, supo que ese era el lugar adecuado para él. Se arrodilló ante Angria. Un criado puso dos platos de arroz y leche ante él. Mojó el arroz con la leche, comió y repitió el juramento que Angria le impuso.

—Comeré arroz y leche, y me quedaré siempre a sus pies.

\* \* \*

Llegaron a Bombay sin contratiempos. Tom prestó mucha atención cuando arribaron al puerto. Observó al capitán cuando se alineó con los siete árboles sobre la punta de Malabar para seguir un curso seguro entre los arrecifes y los islotes que protegían la entrada. Puntos que Tom había visto solamente en las cartas de navegación se deslizaban a su paso: Roca Hundida, la Ostra, el Nivel Intermedio. Y así llegaron hasta los caminos de Bombay, bajo el castillo en la colina Dungarey.

Tom se desnudó y quedó solo con la camisa y los pantalones cortos. Se quitó las medias para parecer un marinero en pantalones cortos. Al ir a tierra, tomó un remo con los demás hombres, mientras que Francis y Ana se sentaron en la popa con el capitán. Tom se sentía expuesto, más vulnerable todavía que en el fuerte en Brinjoan. Este era el dominio de Guy, y no sabía qué ojos podrían estar mirando sin ser vistos desde la casa del gobernador detrás de las murallas.

El hedor de barro de pantano y pescado podrido lastimaba las narices. Cuando el bote tocó la playa, apartó la cara. La costa estaba en silencio esa tarde. Los lascar indios y los estibadores holgazaneaban en la sombra calurosa, sin demasiado entusiasmo por descargar la embarcación.

Francis, Ana y el capitán entraron en conversación con un grupo de funcionarios de la Compañía. Estaban sumamente sorprendidos al encontrar al sobrino de Guy Courtney, que había desembarcado tan repentinamente; se secaban los rostros y se dirigían mutuamente miradas de preocupación, calculando de qué manera este recién llegado podía cambiar el equilibrio de poderes en la colonia. Guy gobernaba la isla de manera tan absoluta como el Gran Mogol en Delhi alguna vez gobernó su imperio, y sus cortesanos sobrevivían interpretando las cambiantes mareas de su humor.

Los hombres de la Compañía se apresuraron a llevar a Francis a la casa del gobernador. Cuando estuvo seguro de que nadie estaba mirando, Tom se escabulló hacia el pequeño grupo de tabernas y casas de ponche a la sombra del castillo. Buscó la más llena y se sentó en un rincón. Algunos minutos después, entró Merridew, uno de los pocos marineros que habían sobrevivido al naufragio del *Kestrel* y al sitio en Brinjoan.

—Nadie lo siguió, señor. Haré guardia fuera del castillo para el amo Francis.

Tom asintió moviendo la cabeza, y se acomodó para esperar.

Francis atravesó las puertas del castillo y sintió un escalofrío de aprensión cuando escuchó el ruido que hicieron las puertas al cerrarse detrás de él. Sus recelos aumentaron cuando cruzó el patio, pasando junto a varios depósitos y casillas para los guardias, y subió la escalinata hacia la imponente casa del gobernador, sobre la pared sur del castillo, la que daba al puerto.

Las noticias de su llegada habían llegado antes que él. Fue admitido en seguida en la oficina del gobernador en el último piso.

Nunca antes había visto a su tío Guy. La única imagen que había visto de él, una pintura que había estado colgada en High Weald, mostraba a un niño angelical vestido con un blusón blanco, de pie al lado de un cachorro. Aquello estaba muy lejos del hombre que estaba sentado en ese momento delante de las grandes ventanas. Era alto y delgado, vestido con una chaqueta verde oscuro con una hechura que era tan impecable que casi no parecía real. Aun sentado, se movía con gracia y a la vez amenazante, como un gato que finge dormir. Era apuesto, con facciones atractivas y espléndida cabellera, pero la mirada de sus ojos advertía contra toda intimidación. Francis buscó en su cara algún parecido con su hermano mellizo Tom y no encontró nada.

—Camina hacia la luz, donde pueda verte —gruñó Guy. Estudió a Francis, con una mirada evaluatoria, que lo hizo sentirse como una cabeza de ganado en una subasta—. Sí. Eres el hijo de Billy, no hay duda de ello. Trataré de no usar eso en tu contra.

Francis apenas se atrevió a hablar, por miedo a que su voz lo traicionara. Al mirar a su alrededor en aquella habitación, su mirada se detuvo en un retrato en la pared. *Sir* Hal Courtney, vestido a la moda del difunto rey Carlos con una peluca suelta y una pluma en su sombrero. Una mano se apoyaba sobre la empuñadura de la espada magnífica que llevaba. El artista la había pintado con una destreza poco frecuente, capturando cada faceta del zafiro en el pomo.

Guy siguió su mirada.

—¿Te gusta mi pintura?

—Me gustaba más cuando estaba colgada en High Weald —respondió Francis, a pesar de sí mismo.

Guy se rio entre dientes.

—La reconoces, ¿no? La obtuve de tu padrastro. Estaba más que contento por deshacerse de ella, dada su necesidad de efectivo.

Dejó la pluma con la que había estado escribiendo.

—Confieso que te he estado esperando desde hace varios meses. Recibí una carta que te recomendaba para el servicio de la Compañía antes del último monzón.

—Fui demorado en Ciudad del Cabo.

Guy estudió a Francis. Incluso antes de que el muchacho dejara Londres, Childs le había escrito a Guy en secreto, informándole que Tom estaba vivo en Ciudad del Cabo y que había enviado a Francis para matarlo. Las noticias habían dejado a Guy en un humor oscuro, atrapado entre la incertidumbre y la esperanza. Había esperado noticias adicionales durante meses.

—Tengo entendido que lord Childs te encargó una tarea en Ciudad del Cabo —comentó.

Francis se maravilló de que Guy pudiera hablar del homicidio de su propio hermano mellizo con toda tranquilidad. Otra vez, se preguntó qué podía haberse interpuesto entre los hermanos.

—Así fue.

—¿Y la cumpliste con éxito?

Francis asintió con un movimiento de cabeza.

—No he recibido ningún informe al respecto.

—Escondimos el cuerpo en la montaña. Los chacales y las hienas se habrán asegurado de que nadie pueda identificarlo. Después, viajé en un mercante local, pero este naufragó en una tormenta,

cerca de Brinjoan. Llegué al fuerte y fui arrastrado por los hechos que estoy seguro usted conoce bien.

—Efectivamente.

—Quizás usted sepa que mi tía Agnes y su marido el capitán Hicks estaban en Brinjoan.

—La muerte del capitán Hicks fue un golpe terrible —confirmó Guy, sin ninguna emoción.

—Y... no sé si esta información le ha llegado a usted... Agnes ha sido capturada por el pirata Angria.

Guy se acarició la barbilla con la pluma de escribir.

—A decir verdad, lo he sabido desde hace algún tiempo. Recibimos un pedido de rescate de Angria hace unas semanas. Junto con Agnes, también tiene a la esposa de Foy y a otra mujer que según él es la hermana del capitán Hicks. —Fruunció el ceño—. No sabía que el capitán Hicks tuviese una hermana.

—Viajó en el mismo barco que yo desde Ciudad del Cabo —improvisó Francis apresuradamente, tratando de disipar las sospechas de Guy—. Vivía en Dorset, pero enviudó y fue a pedir socorro a su hermano.

La mentira cumplió con su propósito. Guy perdió interés.

—¿Puedo preguntar —inquirió Francis— cuánto espera Angria de rescate por las tres damas?

—Treinta mil rupias.

Francis abrió la boca.

—Eso debe ser más de cinco mil libras.

—Más cerca de las seis mil —aclaró Guy.

Francis se maravilló de que Guy pudiera mantenerse tan frío.

—¿Cómo va usted a pagarlo? ¿Ha hecho arreglos?

—¿Arreglos? —Guy se rio como si fuera la idea más asombrosa que hubiera escuchado en meses—. Le respondí a Angria diciéndole que el único pago que podía esperar de mí sería en plomo salido de la boca de un cañón.

—Entonces, ¿usted piensa atacar la fortaleza?

—Por cierto que no. Tiracola es impenetrable. Si intentáramos el asalto y falláramos, sería una humillación ante todo el mundo. Todo pirata desde Bantam hasta Zanzíbar tendría licencia para vivir de nosotros. El daño para nuestro comercio sería incalculable.

—Entonces, ¿qué hará usted?

Guy jugueteó con la pluma hasta que Francis comprendió.

—Pero seguramente usted no quiere decir que va a abandonar a las prisioneras, ¿no? Agnes Hicks es mi tía... su cuñada.

Guy le dirigió una fría mirada.

—No creas que puedes tocar mis fibras sensibles. He tenido a mi maldita esposa suplicándome todas las noches todo este último mes, rogándome que me ablande, hasta que tuve que sacarle a golpes esa idea de su cabeza. No esperaría yo que una mujer comprenda las máximas de los negocios, pero tú... —Miró a Francis con una severa mirada de enojo—. Tú vienes aquí buscando mi patrocinio, pidiendo un empleo en la Compañía. Yo había esperado que te dieras cuenta de lo delicado de la situación. Sería una lástima que tuviera que escribirle a lord Childs diciéndole que no pude encontrar ningún puesto para ti aquí.

Francis se tragó su cólera. No ayudaría a hacer avanzar su causa.

—Me disculpo, tío. No volveré a cuestionarlo otra vez. Soy nuevo en este país e ignoro las costumbres.

—Pero tú ya has visto mucha acción. —Guy se reclinó en su silla, los ojos entreabiertos—.



Cuéntame sobre el hombre que salvó el fuerte en Brinjoan. He recibido varios informes, pero nadie parece saber quién es realmente.

Francis se quedó paralizado. Su mente funcionaba a toda velocidad, pensando qué podía decir sin traicionar a Tom ante Guy.

—Su nombre es Tom Weald. Era capitán de la nave que abordé en Ciudad del Cabo. En verdad, sé muy poco de él. Era un hombre muy reservado.

—¿Incluso en esos largos meses confinados en el fuerte? Yo habría pensado que hombres que sobrevivieron semejante sitio juntos conocerían los secretos más profundos los unos de los otros. —Dobló los dedos al juntarlos y apoyó la barbilla en sus manos—. Los hombres con los que hablé dijeron que tú y él se trataban con mucha confianza. Que él confiaba en ti como en nadie más.

—Cada hombre cumplía con su deber.

—Dijeron que le decías «tío».

—Están equivocados. Le decía «tío» al capitán Hicks. Los hombres deben haberse confundido en sus recuerdos.

Francis se obligó a mirar a Guy a los ojos, esperando que su rostro no revelara el engaño.

—Y este señor Weald, ¿te acompañó a Bombay?

No tenía ningún sentido mentir. Guy ya habría visto el manifiesto de carga de la embarcación.

—Así fue.

—¿Y sabes dónde piensa quedarse?

—No me lo dijo.

—No importa. —Guy parecía contento—. Bombay es un asentamiento pequeño, y no será difícil encontrarlo. Me gustaría mucho conocer a este hombre que sale del mar para salvar el comercio y honor de la Compañía. Sin duda tendremos mucho para hablar.

—Si lo veo, le informaré de su interés. —Francis se movió como para retirarse—. Pero ahora, si usted me disculpa, tío, ha sido un viaje largo. Encontraré alojamiento en el pueblo.

Guy fingió sorprenderse.

—Ni hablar de eso. Eres es mi sobrino y, además, un héroe. Te quedarás en esta casa como mi honorable invitado, hasta que pueda encontrar una casa adecuada para un miembro de mi familia.

Francis trató de ocultar su horror.

—Usted es demasiado amable —objetó—. Pero ya he enviado mis efectos a una casa de huéspedes. Iré a buscarlos y después me reuniré con usted.

—Haré que un criado vaya por tu equipaje —replicó Guy. Luego pareció reconsiderarlo—. Pero eres un hombre joven y has estado mucho tiempo en el mar. Sé que estás ansioso por conocer las delicias que Bombay tiene para ofrecer. —Hizo un guiño a Francis, con una mirada lasciva que lo hizo estremecer—. Ve con mi bendición. Cenamos a las seis.

—Lo veré entonces, tío.

Tan pronto como se fue, Guy tocó la campanilla y llamó a uno de sus empleados. Apareció un muchacho de casaca azul, un jovencito larguirucho con pelo grasiento y la cara marcada por la viruela. Se llamaba Peter Peters, y Guy ya había decidido que haría lo posible para hacer avanzar su carrera.

—Sigue al joven Francis y mira dónde va —le ordenó Guy. Infórmame acerca de los hombres con los que se relaciona.

Peters se secó la cara con la parte de atrás de la manga e hizo una reverencia.

—Por supuesto, señor.

—Muy especialmente, averigua si se pone en contacto con un hombre llamado Tom Weald. Si

ves a este Weald, no te le acerques, pero infórmame de inmediato acerca de su paradero.

Guy se puso de pie y observó las embarcaciones en el puerto. Una mosca caminaba sobre las ventanas. Una idea terrible había estado creciendo en su corazón desde que tuvo noticias del misterioso salvador de Brinjoan. Que hubiera llegado a Bombay con Francis no hizo más que añadir más combustible a su ardiente sospecha.

«¿Se atrevería a venir aquí, después de todo este tiempo? ¿Arriesgaría su vida en Bombay, sede de mi autoridad?», se preguntó.

Sí, pensó sombríamente. Tom había demostrado más de una vez que no tenía vergüenza. No había profundidades que él dejara sin sondear con tal de tomar lo que era de Guy por derecho.

Con un súbito movimiento, Guy dio un golpe con la palma de la mano. Le dio a la mosca, aplastándola contra el vidrio. Cuando miró la palma de su mano, vio una manchita de sangre.

«No escaparás esta vez».

Francis encontró a Merridew deambulando fuera del castillo. Juntos fueron a la casa de ponche donde Tom estaba esperando. La cara de Tom se oscureció cuando Francis narró su reunión con Guy.

—No esperaría que él levantara un dedo por Sarah —reflexionó—. Pero abandonar a Agnes, después de que su marido perdió la vida defendiendo a la Compañía. —No por primera vez en su vida, se preguntó cómo él y Guy podían haber compartido el útero de la misma madre y, sin embargo, haber salido tan diferentes.

—Pero no podemos demorarnos aquí —continuó Francis—. Guy hizo muchas preguntas sobre usted. Creo que sospecha que Tom Weald no es lo que dice ser.

Tom se lamentó.

—Debí haber escogido un mejor seudónimo. Hasta un niño podría darse cuenta de este.

—Usted no podía saber que estaba destinado a convertirse en un héroe de la Compañía de las Indias Orientales.

—Pero sabía que había entrado en los dominios de Guy. Fue una estupidez pensar que no iba a enterarse de mi presencia.

—Creo que todavía no está seguro. Le dije que lo maté a usted en Ciudad del Cabo, aunque no estoy seguro de si me creyó o no. Pero va a hablar con los hombres de Brinjoan y de la nave en la que viajamos, y no tardará mucho en reconstruir la historia. —Francis fijó su mirada en la bebida—. ¿Qué tenemos que hacer?

Antes de que Tom pudiera responder, Ana entró al lugar, acompañada por un hombre desgarbado, con la espalda encorvada y una nariz roja brillante. Ella acercó dos bancos a la mesa.

—Fui al bazar y hablé con algunos comerciantes que conozco —dijo sin preámbulos—. Ellos me presentaron al señor Berry.

Su desgarbado acompañante hizo una formal reverencia. Después de una inclinación de cabeza de Tom, Francis fue a la barra y trajo dos vasos más de ponche.

—Muchas gracias —dijo Berry mientras sorbía ruidosamente el licor—. Muy agradecido.

—El señor Berry trabajó para el gobernador Courtney —explicó Ana.

Los otros se pusieron tensos.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Tom.

Berry no se ofendió.

—No siento ningún afecto por el gobernador Courtney. Pero sé algunas cosas sobre su dinero.

—Eso es inútil —intervino Francis amargamente—. Vi a mi tío. No va a pagar ni un chelín a Angria para salvar a Agnes, o a las otras. Dijo que no iba a negociar con piratas.

Berry levantó la vista de su bebida.

—Ja —escupió—. El gobernador Courtney dice que no hará ninguna negociación con los piratas, pero esa no es la verdadera razón por la que se niega a pagar el rescate.

—¿Qué quiere decir? —demandó Francis.

Berry estudió el interior de su vaso, que ya estaba vacío. Tom captó la indirecta y empujó su propia bebida hacia él. Berry le hizo un guiño.

—Yo era un contable en los *bunder*, los depósitos de la Compañía en el muelle. Me iba muy bien, tenía ascensos permanentes. Un día, revisando los libros, noté algunas discrepancias. Mercaderías pagadas que nunca llegaron, mercaderías marcadas como «perdidas en tránsito» que yo había visto con mis propios ojos. Por supuesto, como soy un hombre honesto, lo llevé a la atención del gobernador Courtney.

—Presumo que no le agradeció esa actitud —dijo Francis.

—Me echó a la calle, así no más. —Berry miró a todos en la mesa, invitándolos a mostrarle su compasión—. Me dijo que me vería muerto de disentería en tres meses.

—Ese es el estilo de Guy —aseguró Tom—. ¿Pero qué tiene que ver esto con Angria?

Berry alzó su vaso para mostrar que estaba vacío otra vez. Tom le hizo una seña a la criada, que trajo otro. Berry estiró la mano para tomarlo, pero Tom fue más rápido. Lo sujetó apenas fuera del alcance del hombre.

—Cuénteme sobre Guy y Angria. Luego le compraré suficiente licor como para que se ahogue en él, si eso es lo que desea.

Berry se tambaleó en su banco. Tom estiró una mano, pensando que podría caerse, pero Berry recuperó el equilibrio. Se enderezó, y una expresión taimada cubrió su rostro.

—¿Cuánto es lo que pide Angria?

—Treinta mil rupias —informó Francis.

—Uf.. —Una neblina alcohólica de ponche y baba roció la mesa—. Treinta mil rupias no es nada para Guy Courtney. En la bóveda del castillo, debajo de la casa del gobernador, ha construido una cámara de seguridad llena de cofres de madera. Cada cofre contiene un *lakh*. ¿Sabe usted lo que es un *lakh*? —Se inclinó hacia adelante, golpeando con el dedo con cada sílaba—. Cien mil rupias.

—Entonces, ¿por qué Guy no va a pagar el rescate? —preguntó Francis, muy frustrado—. Apenas notaría una suma así.

—Aunque no fuera más que un penique lo que se le cayera por un agujero de su monedero, Guy Courtney sentiría la pérdida. Pero ese no es su juego. La razón por la que no se moviliza contra los piratas es porque le conviene a sus planes tener a Angria suelto por ahí, amenazando los mares.

—Pero eso es una tontería. Amenazan su propio comercio —replicó Francis.

—Los mercantes de la Compañía son las embarcaciones más grandes y mejor armadas en estos mares. Angria los deja bien tranquilos. En cambio, ataca a los intrusos y a los mercaderes locales.

—De esa manera elimina a los competidores de Guy y aumenta los precios. —Tom silbó, aunque sabía que no debía estar sorprendido. Porque desde que los hombres decidieron lanzarse a los mares en barcos, el océano Índico ha sido un buen lugar de caza para los piratas más temibles del mundo. Apenas algunos años antes, un inglés llamado Henry Every había capturado el barco de tesoros del Gran Mogol en su peregrinación a la Meca. Los piratas necesitaron tres días para saquearlo, y los tesoros nunca han sido recuperados. Pero incluso comparado con aquellos villanos, Guy es un hombre tan despiadado como todos los que alguna vez navegaron por esas aguas.

Berry tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Esto no es ni la mitad del asunto. ¿Usted ha oído hablar de Shahuji?

Tom y Francis sacudieron sus cabezas.

—Shahuji es el rajá de Satara, el rey del pueblo Maratha —explicó Ana—. En los últimos treinta años, han hecho la guerra contra el Gran Mogol para liberarse de su imperio y crear su propio reino.

—¿Pero qué tiene que ver eso con Guy? —preguntó Francis.

—Shahuji controla la mayoría de los puertos en la costa de Malabar —informó Berry—. Y todas las rutas por tierra. Guy Courtney quiere negociar un *firman* con él, un tratado para garantizar el tránsito seguro para sus mercancías y reducir las tasas de aduana que paga. Ahora

bien, el enemigo declarado de Shahuji es Angria. Guy le ofrece como incentivo la posibilidad de que él podría accionar contra Angria como parte de su negociación con Shahuji. Pero hasta que obtenga el *firman*, la piratería de Angria debilita a Shahuji y fortalece a Guy.

Tom empezó a tener una vaga idea de la enmarañada red política que envolvía la región. Sin duda Guy era un maestro titiritero, moviendo influencias por todo el continente y poniendo a un hombre contra otro para promover sus propios intereses. Pero para Tom, era una distracción.

—Toda esta charla de *firmans*, rajás y mogoles no sirve para nada —afirmó—. Lo único que importa es rescatar a Sarah y a Agnes.

—¿Cómo? —inquirió Berry—. Usted navegó hasta aquí desde Madrás. Habrá visto su fortaleza. Es inexpugnable.

—No pienso tomarla. Angria es un hombre de negocios. Compraré la libertad de ellas por treinta mil rupias.

Frustrado, Francis dio un golpe sobre la mesa que hizo sonar los vasos.

—¡Pero no tenemos el dinero! Todo este palabrerío solo ha servido para volver al punto de partida.

Tom mostró una gran sonrisa. Sentía que una conocida crueldad le calentaba la sangre.

—Todo lo contrario, hemos avanzado de manera considerable. Ahora sabemos dónde guarda Guy todo el dinero que podríamos llegar a necesitar.

Los demás lo miraban atentamente.

—¿Quieres robar su cámara del tesoro? —preguntó Ana lentamente.

—No es más fácil entrar a la cámara del tesoro de Guy que tomar el fuerte de Angria —advirtió Berry—. Hay solamente una llave, y Guy la tiene escondida en su oficina.

—Pero a diferencia del fuerte de Angria, tenemos un hombre que sabe cómo entrar. —Tom se volvió a Francis—. Busca al resto de los hombres y reúnelos en las dársenas. Es hora de que Guy aprenda a mantener a su familia.

Su confianza los afectó a todos. Salieron de la casa de ponche felices, encendidos con una nueva sensación de propósito. Francis y Merridew se fueron a buscar a los otros —los cuatro hombres del *Kestrel* que habían sobrevivido a la tormenta y al sitio— mientras Berry llevaba a Ana y a Tom a encontrarse con un hombre que podía proporcionar armas y las otras cosas que iban a necesitar. Incluso si lograban entrar en la cámara del tesoro, Tom no creía que iban a escapar sin pelear.

En ese estado de entusiasmo, ninguno de ellos vio al hombre con marcas de viruela sentado en un rincón de la casa de ponche. Los vio irse, luego salió rápidamente.

Un poco antes de las seis, justo cuando comenzaba a caer la noche, Francis regresó tranquilamente al castillo. Los guardias cipayos lo saludaron con gran respeto, con miedo en sus ojos. Ya se había corrido la voz de que este era el sobrino de Guy.

Cerraron las puertas detrás de él. A medio camino por el patio, Francis giró rápidamente para ir a un pequeño depósito bajo los muros. Salió de allí algunos momentos después y volvió rápidamente a la entrada.

—Dejé mi monedero en la casa de ponche que visité —dijo tartamudeando, fingiendo vergüenza—. Si mi tío Guy se enterara, se pondrá furioso conmigo.

Los cipayos destrabaron la puerta. Cuando se abrió, Francis se dio vuelta a medias y miró por encima del hombro.

—Miren —vociferó.

Tomados de sorpresa, los cipayos se dieron vuelta. Salía humo del depósito. Las llamas salían por la puerta abierta.

—¡Fuego! —exclamó Francis. El grito tuvo sus efectos. De inmediato, el patio se convirtió en un ir y venir de voces aterrorizadas, hombres que corrían por todos lados en busca de baldes y bombas de agua.

En la confusión, nadie se dio cuenta de la puerta abierta, ni de los tres hombres que entraron disimuladamente. Tom, Berry y Merridew siguieron a Francis a la casa del gobernador y por la puerta. Nadie los detuvo. Desde el pasillo, Tom vio a los criados ocupados en el comedor, tomando apresuradamente la platería y otros objetos de valor en caso de que el fuego se extendiera.

Francis los condujo por la gran escalinata al tercer piso, y a lo largo de la galería apenas iluminada hacia la oficina de Guy. Esperaba que el fuego hubiera atraído a todos los hombres en el edificio, pero no fue así. Un cipayo protegía la puerta, con el mosquete listo delante de él.

—¿Qué está ocurriendo? —demandó. Había escuchado los gritos del exterior, pero no se atrevió a dejar su puesto para ver lo que anunciaban.

—Fuego —dijo Francis brevemente—. El gobernador Courtney me envió para ver que sus papeles estuvieran seguros. —Se adelantó un poco, mostrando su cara a la luz—. Soy su sobrino, Francis Courtney.

Como siempre, el apellido funcionó como un conjuro. El guardia se hizo a un lado, luego se detuvo.

—¿Quiénes son estos? —preguntó, señalando a Tom y a Merridew—. No reconozco sus caras.

—Tom Weald. El héroe de Brinjoan.

El guardia se mantuvo firme en su terreno.

—El gobernador Courtney no me dijo nada sobre él. —Miró a Berry, que trataba de esconderse detrás de los otros, y apuntó su mosquete hacia Francis—. No puedo permitir que usted entre.

Francis no se inmutó.

—Tengo una nota de mi tío que lo explicará todo. —Abrió su chaqueta y metió la mano. El guardia se inclinó más cerca para ver.

La chaqueta de Francis ocultaba su brazo, así que el guardia nunca vio venir el puñetazo. Le dio en la mandíbula y le hizo perder el equilibrio. Antes de que pudiera recuperarse, Tom dio un paso y le propinó otro golpe que lo dejó tendido de espaldas en el suelo.

—Fue un truco astuto. —Tom pasó junto al guardia inconsciente y puso su mano sobre la puerta. Abajo, los criados corrían de un lado a otro, ocupándose de los objetos de valor de Guy. Pronto, seguramente alguien iba a pensar en mirar en la oficina.

De todas maneras, Tom todavía vacilaba. ¿Y si Guy estaba al otro lado de la puerta, recogiendo sus valiosos papeles desesperadamente? ¿Qué haría si se encontraban cara a cara?

Una vieja idea resonó en su mente. «Las últimas dos veces que te encontraste con él, trató de matarte, y si se encuentran una tercera vez, tú sabes que uno de ustedes morirá».

Agarró el picaporte y abrió la puerta.

La habitación estaba vacía. Tom se sintió casi muerto del alivio, pero no tenía tiempo que perder.

—Guy guarda la llave de la cámara del tesoro en algún lugar aquí. Debemos encontrarla.

Se distribuyeron a lo largo de la gran habitación. Tom se dirigió al escritorio de Guy, y entonces se detuvo, paralizado por el retrato de *sir* Hal Courtney en la pared.

—Mi padre —murmuró. Hal había muerto hacía casi veinte años, pero verlo ahí, de manera tan repentina e inesperada, le produjo una punzada por la pérdida—. Ese estaba...

—... en High Weald —completó Francis.

Tom detuvo su mirada en la espada de Neptuno en la pintura, el suave brillo del zafiro en el lienzo. La frustración hirvió dentro de él, al verse frente al legado que le había sido arrancado. Tan pronto como hubiera rescatado a Sarah, regresaría a Brinjoan a buscar al hombre que tenía la espada.

Pero eso era para otra ocasión. Apartó la idea de su cabeza. Francis ya había empezado a registrar el escritorio de Guy. Forzó los cajones con su daga, desparramando papeles por el suelo.

—La llave debe estar en alguna parte.

Berry miró afuera por la ventana.

—No tenemos mucho tiempo. Están empezando a controlar el fuego.

Tom lo escuchó. Sabía que tenía que actuar. Pero el cuadro lo hipnotizaba. Encontrar a su padre y la espada ahí, en la oficina de Guy, le produjo una colisión de recuerdos que lo dejó mareado.

Pero no podía detenerse. De mala gana, apartó los ojos de la pintura, y cuando lo hizo, vio algo. Caminó hacia eso y pasó la mano por un lado del pesado marco dorado. Dos bultos duros sobresalían de la línea de la madera.

—Bisagras —exclamó. Tocó el otro lado, pasó su cuchillo por la rajadura entre el marco y la pared. A medio camino hacia arriba, la hoja se detuvo.

—Debe haber una especie de cerradura o mecanismo. —Tom movió el cuchillo, empujándolo y haciéndolo girar para forzar el cerrojo.

Algo cedió con un crujido. La hoja del cuchillo cayó y golpeó el suelo a un par de centímetros de su pie.

Francis se había acercado por detrás de él.

—¿Se abrirá? —preguntó.

Tom le mostró el mango roto de su cuchillo.

—La cerradura es más fuerte que mi hoja.

Trató de meter los dedos en el espacio abierto, pero era demasiado estrecho. Francis retrocedió y estudió el marco.

—¿Guy tiene una navaja o un abrecartas? —le gritó Tom a Merridew.

Francis estiró los brazos y agarró con fuerza una parte de la moldura dorada del marco. La giró en un semicírculo. Con apenas un susurro, el marco se movió sobre las bisagras. Tom le dirigió una mirada de admiración a Francis.

—Fue una inteligente maniobra.

Se juntaron todos allí. Detrás de la pintura, se abría un hueco en la pared, lleno de libros contables y papeles. Tom los sacó uno por uno, pasándoselos a Berry y a Francis. Berry dio vuelta las páginas de uno de los libros.

—Estas son las cuentas secretas de Guy —explicó asombrado—. Todas las transacciones que hace para su propio beneficio, lejos de los ojos de sus amos en la calle Leadenhall.

—Eso no importa —dijo Tom muy excitado—. Esto debe ser lo que necesitamos. —Mostró una llave de bronce, con muchos dientes que indicaban que abría una intrincada cerradura—. Ahora, a buscar la bóveda.

—Puedo llevarlos allí —aseguró Berry—. Si podemos encontrar la manera de evitar a los guardias.

Por los ruidos de fuera, Tom pudo darse cuenta de que el fuego estaba siendo controlado.

Pronto la guarnición iba a volver a sus actividades normales. Tom tomó la pistola de su cinturón y deseó haber tenido un mejor plan.

—Podríamos tener que...

La puerta de la oficina se abrió de golpe. Una docena de guardias con casacas rojas y bordes verdes del ejército de Bombay entraron de golpe. Antes de que nadie pudiera reaccionar, formaron una línea en el frente de la habitación y apuntaron los mosquetes a Tom y sus compañeros.

—Quédense donde están —gritó un sargento—. Nadie se mueve hasta que llegue el gobernador Courtney.

Los cuatro hombres se detuvieron donde estaban. Al mirar a los cipayos, Tom vio que no los habían dispensado de sus tareas en el combate del fuego. No tenían hollín en sus caras ni en sus relucientes bandoleras blancas, ni sensación de prisa ni sorpresa. Lo habían estado esperando.

La desesperación le corrió a Tom por la columna vertebral. Miró a Berry.

—¿Nos traicionaste?

Pero una mirada a la terrible expresión de sorpresa en la cara de Berry le bastó para darse cuenta de que no podía ser. Estaba tan sorprendido como todos ellos e, incluso, más aterrorizado.

Pero ya no importaba. Sea como fuere, Guy se había enterado, los tenía atrapados. Y él estaba por llegar.

Tom comenzó a retroceder. Llevó las manos hacia atrás y tocó la pistola, metida en el cinturón.

—Quietos en su lugar —rugió el sargento. El sudor le brotaba en la frente. No quería tener que abrir fuego antes de que Guy llegara a ver a sus prisioneros. Salvo que se viera obligado a hacerlo. Tom retrocedió otro paso.

Los otros siguieron su ejemplo y retrocedieron un paso. El sargento los miró enojado, uno por uno.

—Si se mueven un centímetro más, ordenaré a mis hombres que abran fuego y al diablo con las órdenes del gobernador Courtney.

Tom mantuvo los ojos fijos en los del sargento, incluso mientras se movía de nuevo. Ya estaba detrás del escritorio de Guy, casi contra las ventanas de atrás. El sargento se relajó un poco al darse cuenta de que no había otro lugar adonde Tom pudiera ir.

—El gobernador Courtney tiene una cámara en sus mazmorras para hombres como tú —se dirigió a Tom—. Para cuando haya terminado contigo allí, te vas a comer tu propia mierda si él te lo ordena.

Al otro lado de la puerta, sonó una fuerte pisada en la escalera. Los cipayos se pusieron tensos y apuntaron con sus mosquetes.

—Van a disparar en un momento —les advirtió Tom a sus compañeros—. Estén listos.

—Al diablo lo que dices —gruñó el sargento—. No te daría el gusto de una muerte tan fácil.

Los pasos llegaron a la parte alta de las escaleras. Tom miró a los demás. Lo que iba a hacer era un plan desesperado, pero era su única esperanza. Si Guy los atrapaba, los aplastaría con el odio de toda una vida, a Tom sobre todo. Peor aún, eliminaría toda esperanza de rescatar alguna vez a Sarah y a Agnes, a menos que, en los tormentos de la mazmorra, Guy descubriera quiénes eran realmente. Podría rescatarlas solo para poder usarlas para torturar a Tom.

«Y no mataré a Guy», se prometió Tom a sí mismo. «No repetiré el error que cometí con Billy».

Los pasos se acercaron a la puerta. Eran los pasos fuertes de un hombre pesado sin ninguna prisa. «Está saboreando su victoria», pensó Tom. Sacó la pistola del cinturón, tratando de ocultar



el movimiento. Únicamente tendría un disparo.

—¿Están todos allí? —La voz de Guy resonó por el pasillo—. Este es un conocido al que hace mucho esperaba volver a ver.

El sonido de aquella voz hizo que Tom casi perdiera su firmeza. La última vez que lo escuchó, estaba saliendo del puerto de Zanzíbar en una pequeña falúa, agarrando a Sarah, con un centenar de los mosqueteros de Guy disparándoles. Las palabras de despedida de Guy todavía estaban grabadas en su memoria: «Uno de estos días pagarás lo que debes en su totalidad. Yo me encargaré de que así sea. Lo juro».

—Lo siento —dijo Tom. En un solo movimiento rápido, levantó la pistola y disparó directamente al corazón del sargento.

La respuesta fue casi instantánea. Los cipayos ya estaban al borde de sus nervios. Cuando se produjo el sonido del disparo de pistola, todos dispararon sus mosquetes en una descarga furiosa.

Era lo que Tom había esperado. Ya mientras disparaba la pistola, había comenzado a meterse detrás del escritorio. Aterrizó en el suelo mientras las balas de mosquete pasaban inofensivamente sobre su cabeza. Al ruido ensordecedor de las armas se agregó el ruido de los cristales rotos, cuando las balas llegaron a las largas ventanas que daban a la bahía.

El humo llenaba la habitación. Tom les gritó a Francis y a Merridew, pero con los disparos que resonaban en sus oídos, apenas podía oírse a sí mismo. Una figura salió por entre el humo —era Francis—, sangrando por un corte en la cara donde un pedazo de vidrio lo había golpeado, pero por lo demás, ileso. Merridew lo seguía.

Tom señaló la ventana. Corrió hacia ella y saltó, girando en el aire para que su espalda pasara primero. El vidrio astillado le rasgó la camisa, pero solo por una fracción de segundo antes de que su impulso lo llevara por el aire.

Cuando habían navegado por la bahía esa mañana, Tom había estudiado el fuerte cuidadosamente. En ese momento, aquella precaución resultaba fundamental. Había visto las altas ventanas que daban al puerto y supuso que Guy se ubicaría donde pudiera observar todo el tráfico. Pero entre las ventanas y el puerto estaba la muralla del castillo, lo suficientemente baja como para no impedir la vista de Guy desde el tercer piso, pero con suficiente altura para que la muralla pasase a solo unos pocos metros por debajo del alféizar de la ventana.

Tom aterrizó allí en medio de una lluvia de vidrios rotos. Cuando se estaba poniendo de pie, fue derribado otra vez cuando Francis cayó sobre él. Merridew aterrizó junto a ellos.

—¿Berry? —dijo Tom en voz baja. Francis trazó una línea que le cruzaba la garganta. Berry había reaccionado un momento demasiado tarde y había pagado el precio.

Tom miró hacia la ventana. Salía humo; oyó gritos, luego un disparo. Sin el sargento para mantener la disciplina, los cipayos debían estar disparándoles a las sombras, o disparándose entre ellos. Pero no estarían desorientados por mucho tiempo. Tom miró a lo largo de la pared en busca de una escalinata o escalera.

Estaban atrapados. Celoso de su privacidad, temeroso de ser escuchado por algún centinela bajo sus ventanas, Guy había hecho que este tramo de la muralla fuera tapiado en cada extremo. No había manera de salir.

Tom escuchó a Guy arriba gritando órdenes. Si los cipayos llegaban a la ventana y miraban hacia abajo, iban a encontrar a Tom y sus amigos atrapados como ratas en un barril.

—Al mar —vociferó Tom—. Es nuestra única oportunidad.

Se trepó a la aspillera entre dos almenas. Abajo, el oleaje blanco de espuma golpeaba en las rocas donde el mar lamía el pie de la muralla. No conocía estas aguas. ¿Con qué velocidad se retiraban?

—Les ordeno que se detengan —gritó una voz desde la ventana. Tom ni siquiera se molestó en mirar. Él sabía de quién se trataba. Se agachó, tensó los brazos contra las almenas a cada lado, luego saltó, yendo tan lejos de la muralla como pudo.

Cayó durante lo que pareció una eternidad. En el momento en que tocó el agua, empezó a patear y a mover los brazos empujándose hacia arriba, temiendo romperse las piernas contra las rocas sumergidas. Salió a la superficie, ileso, justo a tiempo para ver a Francis, que caía detrás de él.

Merridew lo siguió. Afortunadamente, era un buen nadador y, juntos, los tres hombres salieron nadando hacia la bahía. La noche tropical había caído repentinamente y por completo, ocultándolos de los guardias del castillo. Ocasionales disparos de mosquete sonaban desde las murallas, pero ninguno siquiera se acercó a ellos.

Adelante, Tom escuchó el chirrido de los escálamos. Sacó la cabeza del agua y silbó los primeros compases de *Damas españolas*.

La voz de Ana salió directamente de la oscuridad.

—¿Qué pasó? ¿Estás herido?

Tom se sintió mareado de alivio. Según su plan, Ana y los otros sobrevivientes del *Kestrel* debían permanecer en el puerto hasta que Tom y los otros robaran el oro de la cámara del tesoro. Con una señal, el bote habría entrado por la abertura para el agua en las murallas del castillo y habrían escapado. Pero Ana había oído los disparos y llevó el bote antes.

Ella dirigió el bote hacia ellos. Tom dejó que Francis y Merridew subieran a bordo, luego se alzó él sobre la borda.

—Guy sabía que vendríamos.

—¿Berry te traicionó? —preguntó Ana.

—Si lo hizo, lo pagó con su vida. —Tom sacudió la cabeza para sacar el agua de los oídos—. Pero pienso otra cosa. Fue una locura pensar que podríamos llegar a Bombay, directamente al corazón de los dominios de Guy, sin que él se enterara de alguna manera.

Tom miró hacia atrás. El castillo ocultaba el muelle, pero no dudó de que hubiera movimiento allí.

—Guy sabe que nos arrojamos al agua. Va a ordenar que nos busquen con los botes, aunque más no sea para regodearse con nuestros cadáveres. Debemos escapar mientras podamos.

—¿Qué pasa con el oro? —preguntó Francis.

—Tal vez en otro momento... —repuso Tom. Pero incluso mientras lo decía, sabía que era inútil. Guy estaría esperando, y todos los hombres en Bombay estarían buscando a Tom y a Francis. Incluso si volvieran a penetrar en el fuerte, sin duda habría todo un batallón de cipayos custodiando la cámara del tesoro.

El bote tenía una pequeña vela. Merridew y sus hombres la levantaron, atrapando la brisa del atardecer que soplaba mar adentro.

—Podríamos intentar reunirnos con Dorian y Aboli —sugirió Ana—. Si han tenido un viaje provechoso, podrían tener el oro para pagar el rescate de Angria.

—Eso podría llevar meses —replicó Tom—. No tenemos un barco para llegar a las islas Laquedivas, e incluso si lo tuviéramos, ya estamos atrasados respecto de la fecha que acordamos. Dorian podría ya haberse dado por vencido y zarpado rumbo a Ciudad del Cabo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —soltó Francis.

Tom miró más allá del agua. Todavía el fuego en el castillo no estaba completamente controlado. Ardía en el patio, cubriendo el cielo con un resplandor rojo que recortaba la casa del gobernador. Adelante, al otro lado del canal, el mar lamía los manglares pantanosos y las playas

abiertas de la costa de la India continental. En algún lugar a lo largo de esa costa, Sarah y Agnes esperaban que él las salvara. No podía fallarles.

—No podemos comprar su libertad —reflexionó—. Por lo tanto, solo hay una alternativa.

—¿Liberarlas por la fuerza? —sugirió Francis sin poder creerlo—. Pero el fuerte de Angria es inexpugnable.

Tom iba sentado delante en su banco.

—¿Lo es? Todo el mundo lo dice, pero ¿cómo pueden estar seguros? Se rumorea que es inexpugnable, por lo tanto, nunca nadie lo asalta. Nadie lo toma, de modo que todos siguen insistiendo en que es impenetrable. La reputación se sostiene a sí misma. Pero todavía no he visto nunca una fortaleza que no pueda ser tomada.

—Tal vez si tuviéramos un ejército a nuestras espaldas —dijo Francis, dudando.

Tom le dio una palmada en el hombro.

—Exactamente.

Tomó el timón de las manos de Ana y dirigió el bote hacia la oscura costa india. Francis lo miró atentamente.

—¿A dónde vamos?

—A buscar un ejército para nosotros.

Aunque siempre era de noche en las cavernas debajo del castillo de Tiracola, Lydia Foy había aprendido a inferir el paso del tiempo y el ritmo de los días por los débiles sonidos que llegaban a sus agudos oídos. Incluso a través de las enormes murallas de piedra, podía diferenciar entre los movimientos del castillo que cobraba vida, la actividad de los días y la larga quietud de las horas nocturnas.

En ese momento, el castillo estaba dormido. Por la luz que se filtraba desde una lámpara distante, Lydia vio a las dos hermanas acostadas juntas, Sarah con la cabeza apoyada en el pecho de Agnes. A estas alturas, el bulto del vientre de Sarah era obvio, incluso en la penumbra. Ya no podía ocultarlo. Ambas mujeres dormían, respirando suavemente.

Ya era hora de que Lydia actuara. Se levantó las faldas y las envolvió alrededor de los grilletes para que las cadenas no hicieran ruido cuando ella se moviera. Ni Agnes ni Sarah se movieron cuando Lydia atravesó la cueva hasta la puerta que cerraba la entrada a las mazmorras. Una lámpara colgaba de un soporte en la pared exterior. A través de la reja vio al guardia echado en las escaleras, roncando.

Encontró una piedrita en el suelo y se la tiró. Le dio en la frente y él se sobresaltó y soltó un gruñido; su mano se movió rápidamente hacia el mosquete apoyado en la pared a su lado. Frunció el ceño a Lydia y le hizo señas con el arma para que se alejara, y con la otra mano se frotó la frente. Lydia se negó a moverse.

—Debo hablar con su capitán —dijo en un vacilante portugués.

El guardia examinó las puntas de sus dedos en busca de rastros de sangre, ignorándola. Ella no podía darse cuenta de si él había entendido o no. Intentó las pocas palabras indias que conocía.

—¿*Subadar*? ¿*Jagirdar*? ¿*Havaladar*?

El guardia sacudió la cabeza y gruñó ante la insistencia de ella. Lydia metió una mano debajo de la falda. La expresión del guardia cambió y mostró interés. Lydia palpó entre sus piernas. El guardia se lamió los labios y se puso de pie. Fue a apoyarse contra la puerta, desde donde podía ver mejor.

Lydia sacó la mano de debajo de sus ropas con una brillante moneda de oro entre los dedos.

La había escondido dentro de sí misma cuando la captura por parte de los piratas parecía inevitable. La secó con la falda y luego se la ofreció al guardia. Este estiró la mano para agarrarla, pero Lydia la retuvo detrás de la reja de hierro. El guardia la miró frustrado.

—*Havaldar* —repitió Lydia. Y luego, en portugués—. Sé algo que él debe escuchar.

El guardia vaciló, pero el atractivo de aquel oro era irresistible. Tomó una argolla de llaves de la pared y abrió la puerta. Extendió la mano para recibir la moneda.

—*Havaldar* —insistió Lydia, reteniendo la moneda detrás de sí.

El guardia no insistió. Llevó a Lydia hacia arriba por muchos tramos de escaleras. La construcción de los muros cambió de roca tallada a losas de piedra cortada. Las lámparas estaban colgadas a intervalos más frecuentes. Tapices y telas empezaron a aparecer en las paredes, tan ornamentadas y hermosas que solo podían provenir de los saqueos. A pesar de su situación, Lydia no pudo evitar evaluarlas con ojo experto.

Finalmente, llegaron a la sala de guardia, donde media docena de hombres jugaban a los dados. El capitán exclamó palabras de enojo para el guardia cuando vio a Lydia, pero ella se mantuvo erguida y lo miró con firmeza a los ojos.

—¿Me entiende? —preguntó ella en portugués—. Tengo información importante para su jefe.

El capitán se encogió de hombros. Obviamente no entendía, y no le importaba. Les dijo algo a sus hombres, que se rieron de forma desagradable, y el capitán se acarició la propia entrepierna. Lydia reprimió su propio enojo y dio un golpe en el suelo con el pie.

—¿Alguien aquí habla inglés? —preguntó en una demostración de ira—. Tengo información que su capitán debe conocer. —Sabía que no iban a entender sus palabras, pero esperaba que pudieran comprender su sentido.

El capitán la miró con los ojos entornados y asintió moviendo la cabeza. Luego dio una orden a sus subordinados.

Dos de sus hombres se pusieron de pie de un salto y agarraron a Lydia por los brazos. Ella comenzó a gritar, pero el tercer hombre se colocó detrás de ella y le tapó la boca con la mano. El capitán sacó la daga curva de su cinturón y la apoyó en la garganta de ella.

Él pasó la punta del cuchillo hacia abajo dentro del escote del vestido. Ella se quedó inmóvil al sentir el frío del acero sobre su piel. Entonces el capitán movió la hoja bruscamente hacia abajo y el corpiño de Lydia se abrió hasta la cintura. Sus pechos quedaron a la vista, pesados y colgantes. Tenía los brazos sujetos por atrás y no podía cubrir su desnudez. Miró al capitán, tratando de avergonzarlo con su mirada.

Él sonrió y metió el cuchillo de vuelta en la vaina en su cinturón. Luego extendió las manos y le tomó un pecho con cada una. Los sopesó como si fueran papayas maduras. Luego le pellizcó uno de los pezones con tanta fuerza que ella se estremeció. El capitán bajó una mano hasta su propia entrepierna; y a pesar de sí misma, los ojos de Lydia siguieron esa mano hacia abajo mientras él comenzaba a masajearse. Ella podía ver el bulto de su pene que se hinchaba y endurecía debajo de su *dhoti*.

Lydia se meció hacia atrás en los brazos de los hombres que la sujetaban por detrás. Instintivamente la empujaron hacia adelante otra vez, y ella usó el ímpetu para llevar la rodilla derecha hacia la entrepierna del capitán con todo el salvajismo de su ira e indignación.

El capitán gritó como una niña y se reclinó contra la pared, agarrándose los genitales golpeados con ambas manos. Pero tomó represalias casi de inmediato y se lanzó de nuevo hacia Lydia. Su rostro estaba torcido en una máscara de dolor y, en su mano derecha, tenía el cuchillo que había sacado de la vaina en su cinturón y lo mantenía en posición para clavárselo a ella.

—Detente. —Sonó una voz fuerte y autoritaria—. Suelta a esa mujer de inmediato.

Los guardias respondieron al instante. Se alejaron de Lydia con las manos atrás y sus expresiones aterrorizadas y abyectas. Incluso el capitán de la guardia abrió la mano y dejó caer su cuchillo al suelo, luego se encogió contra la pared.

Todos tenían las miradas puestas en el hombre que había entrado en la sala de guardia y estaba de pie a la puerta. Uno de los guardias murmuró un nombre mientras se tocaba la frente sumisamente.

—Raudra.

En las semanas desde que Raudra había aparecido en el castillo, este había ascendido sorprendentemente rápido al servicio de Angria. Primero, había ido a una aldea que se resistía al pago de tributo a Angria y había regresado con el valor de dos años de tributo y la cabeza del jefe montada en un palo. Luego lo había enviado en una expedición de saqueo con uno de los capitanes de Angria; cuando regresó, lo hizo con cinco barcos capturados y más de cien mil rupias en saqueo. El capitán de Angria estaba muerto. En el humo de la batalla, nadie podía decir exactamente cómo había sido asesinado, pero los hombres lanzaban miradas sospechosas a Raudra y murmuraban cuando pensaban que él no podía oír. Cuando Angria escuchó los rumores, solo se rio y dijo:

—Un hombre debe ser audaz para sobrevivir en un nido de víboras.

Ascendió a Raudra y lo puso en el lugar del capitán muerto, y nunca más se supo nada de esos rumores, sobre todo después de que un hombre, que había hablado con menos cuidado que los otros, fue encontrado flotando en el mar al pie de las murallas.

En ese momento, Raudra miró a Lydia.

—¿Quién eres? —preguntó en un perfecto inglés sin acento que la sobresaltó. Era alto y de hombros anchos. Tenía una reciente cicatriz de quemadura en la cabeza que le había dejado una mancha calva en el cuero cabelludo. Pero la barba y las cejas eran oscuras, densas y crespas. Estaba desnudo hasta la cintura, con solo una bandolera de cuero cruzada sobre su musculoso pecho. Lydia se dio cuenta de que era mucho más joven de lo que aparentaba, y también más peligroso de lo que parecía.

—Mi nombre es Lydia Foy —se presentó, cruzando los brazos sobre el pecho para cubrir su desnudez. Entonces, antes de que él pudiera perder interés, se apresuró a hablar—. Tengo noticias que su señor querrá escuchar.

—¿Qué noticias? —inquirió él.

—Deseo hablar con usted de manera confidencial. —Ella hizo un significativo gesto hacia los otros hombres—. En algún lugar donde podamos estar solos.

Christopher accedió y la condujo a sus aposentos, en lo alto de la torre noreste. Estaba deshabitado cuando lo encontró. Como los lobos, los piratas comunes en su mayoría cazaban, comían y dormían juntos, en manada. Rechazaban los lugares solitarios como ese. Pero para él, la soledad era perfecta.

Y en ese momento le daba privacidad. Se dijo a sí mismo que la había llevado ahí solo para poder escuchar la historia de Lydia sin interferencias, pero esa no era toda la verdad. No podía olvidar lo que había visto cuando entró en la sala de guardia: sus pechos desnudos, su vestido desgarrado hasta los muslos. Aunque ella había logrado atar los cordones de su corpiño para dar alguna señal de modestia, él todavía podía ver la piel desnuda a través de las aberturas en la tela.

No había estado con una mujer desde la mañana en que Poola lo capturó con Tamaana. No por falta de oportunidades, el castillo pirata atraía a muchas putas y a otras mujeres bien dispuestas,

pero no había sentido ninguna atracción por ellas, como sí la sentía por esta mujer.

—¿Qué tienes que decirme? —preguntó Christopher.

Lydia estaba, una vez más, perfectamente aplomada a pesar de su desaliño.

—¿Cómo es que un pirata indio llega a hablar un inglés tan refinado? —preguntó.

—Trabajé un tiempo en un mercante de cabotaje —explicó.

—¿Estuviste alguna vez en Bombay?

Christopher se puso tenso. ¿Podría ella conocerlo? Pero era imposible. Esa misma mañana, había visto su reflejo en un cubo de agua. Ni su propia madre lo reconocería.

—He visitado Bombay —respondió con cautela.

—Entonces, has oído hablar del gobernador Courtney, ¿no?

—Sí —dijo con firmeza—. Claro que sé quién es.

—¿Sabes que dos de las hermanas de su esposa están prisioneras en este castillo?

Christopher la miró sin pronunciar palabra. Lydia, a quien no se le escapaba nada, vio la sorpresa en su rostro, pero no pudo adivinar la razón de ello.

—Sus nombres son Sarah y Agnes. Aunque Sarah no va a revelar su identidad, porque... —  
Estuvo a punto de decirle la verdad, de explicarle el miedo que Sarah le tenía a Guy, pero su buen sentido la hizo cautelosa—. Porque ella teme que Angria se aproveche de la relación para aumentar el rescate que exige —mintió.

—Estás traicionando su confianza —observó Christopher, pero su tono no era de crítica.

Lydia se le acercó, tanto que sus pechos abundantes casi le tocaban el pecho desnudo a él y hasta pudo sentir el calor que emanaba del cuerpo de Christopher.

—Por favor —le imploró ella—. Mi esposo murió en la masacre de Chittattinkara, y yo he quedado completamente sola. No espero caridad; lo único que pido es una oportunidad para ganar mi libertad.

Se mordió el labio, como una niña pequeña, y abrió grandes los ojos. Ella le tocó el antebrazo y sintió la dureza de sus músculos.

—No sé cómo llegaste tú a estar aquí, pero solo puede ser la providencia la que nos unió. Necesito imperiosamente un buen hombre que me proteja.

Christopher la miró de arriba abajo. Semejante declaración lo había dejado perturbado, pero en ese momento, lo único que él quería era poseerla; y era claro que ella estaba correspondiendo a la atracción.

La tomó en sus brazos, desató los cordones del corpiño desgarrado y los separó. Ella no hizo ningún esfuerzo por apartarse cuando él se inclinó y tomó el pezón de uno de sus pechos con la boca, chupándolo mientras se desabrochaba el cinturón y dejaba caer su *dhoti* al suelo. Las muñecas de Lydia aún estaban con grilletes. Ella levantó los brazos y pasó la cadena sobre la cabeza de él y quedaron unidos. Luego ella se movió hacia atrás, arrastrándolo a él, hasta que sintió que la parte de atrás de sus rodillas se apoyaba en el colchón de la cama.

—Sé amable conmigo —murmuró ella, pero Christopher apenas la escuchó. Empujó ambas manos hacia abajo y abrió los labios de su sexo. Metió el dedo índice profundamente dentro de ella. Estaba mojada y lubricada, resbaladiza al tacto de él. Cayó de espaldas sobre la cama, y él quedó arriba. Ella abrió las piernas e inmediatamente sintió que su pene buscaba su lugar a ciegas. Ella hubiera querido tomarlo en su mano y guiarlo, pero, por supuesto, sus manos estaban esposadas.

—Ponla dentro de mí —le susurró con desesperación al oído—. ¡Rápido! No puedo esperar más. —Él bajó una mano y ella sintió que el glande de su pene le separaba los labios—. ¡Sí, así!  
—susurró ansiosa.

Bruscamente, la penetró profundamente con toda su majestuosa longitud y Lydia gritó de terror y éxtasis. Por primera vez en toda su vida, toda la astucia y la duplicidad que había construido como un formidable baluarte contra el mundo fueron barridas como si fuera basura ante el estallido de su lujuria.

Arrastró a Christopher con ella a esa tempestad, de modo que ambos llegaron al clímax en el mismo momento. Los gritos de ella casi igualaban a los rugidos animales de él. Después, todavía encadenada a él, cayó de inmediato en un sueño como de muerte.

Christopher no pudo dormir. Yacía a su lado, acariciando las largas trenzas de su cabello, tratando de darle algún sentido a lo que Lydia le había contado.

Aunque solo tenía vagos recuerdos de su tía Agnes, de antes de que ella abandonara Bombay, podía imaginar cómo podría haber sido capturada y llevada a Tiracola. Pero ¿Sarah Courtney?

Caroline, su madre, rara vez hablaba de su segunda hermana; Christopher tenía doce años cuando escuchó por primera vez que alguien mencionaba su nombre. Cuando le preguntó a su madre, esta le había dicho que Sarah había muerto muchos años antes en África, con su marido, su tío Tom Courtney.

Pero parecía que no estaba muerta. Y si ella estaba viva, ¿no podría estarlo también Tom?

La luna brilló a través de la ventana de la torre y se reflejó en la espada de Neptuno apoyada contra la pared del fondo. La incrustación de oro se veía plateada a la luz de la luna. ¿Podría Tom haber traído la espada a la India? ¿Estaba él ahí en ese momento? Y si era así, ¿qué significaba eso para Christopher?

Guy odiaba a Tom. Christopher odiaba a Guy. ¿Significaba eso que él y su tío podrían unir fuerzas contra su padre? ¿Podría usar a Sarah, de alguna manera? ¿Por ejemplo, llevársela a Tom como parte de un trato? ¿O debería pasar la información de Lydia a Angria? Eso traería un mejor rescate, y él se afianzaría en el favor del pirata.

La luna se hundió, las estrellas se apagaron y el cielo al otro lado de la ventana comenzó a iluminarse. Christopher se deslizó para salir del círculo de los brazos de Lydia y se puso de pie rígidamente. Miró a Lydia, su piel tan pálida y suave. Su entrepierna se agitó de nuevo. Había tiempo, todo el tiempo del mundo, se dijo a sí mismo.

Se acostó detrás de ella. Le apretó los pechos, y ella gimió suavemente. Él le besó la nuca, y ella empujó sus nalgas desnudas hacia atrás, hacia el abdomen de él. Incluso dormida, ella buscaba sus genitales.

Un ruido grave se filtró por la ventana como un trueno. En un instante Christopher estuvo de pie. Había sonado muy lejos, pero él conocía ese ruido mejor que su propia respiración. Era el rugido lejano del cañón.

Se dirigió a la ventana y miró afuera. Más allá, más allá de las murallas del castillo, al otro lado del estrecho promontorio que lo conectaba con el continente, el sol estaba saliendo sobre una colina baja. Y en esa colina lejana, estandartes de guerra ondeaban en las puntas de miles y miles de lanzas levantadas. Flameaban con la brisa de la mañana mientras los jinetes que los cargaban detenían sus monturas y contemplaban el castillo de Tiracola.

Un poderoso ejército estaba en marcha.

Los viajeros se abrían camino por los pasos a través de las montañas. Los senderos eran estrechos, por lo que caminaban casi siempre en fila, de a uno, formas oscuras en la niebla que se dirigían a la gran fortaleza que coronaba la montaña más adelante.

Tom Courtney encabezaba la marcha, con Ana y Francis siguiéndolo. Merridew y los otros

cuatro marineros que habían sobrevivido al naufragio del *Kestrel* iban detrás de ellos. Habían viajado muchos días después de salir de Bombay, siguiendo la costa hasta que llegaron a las estribaciones de las montañas y a ese sendero que los conducía a las altas cumbres de los Ghats Occidentales.

—Es como un reino de cuento de hadas, donde una terrible maldición ha caído sobre el país —comentó Francis. Cuando era niño, había devorado los romances de los caballeros del rey Arturo que había encontrado en la biblioteca de High Weald. El paisaje por el que habían pasado le recordaba los páramos donde vivía el Rey Pescador en el castillo del Grial. Tan pronto después del paso del monzón, todo debería haber sido verde y floreciente; en cambio, los pastos estaban ennegrecidos y estériles. La mayoría de las aldeas habían sido abandonadas. A veces pasaban tres o cuatro días sin ver un alma y, por la noche, muy pocos fuegos o lámparas perforaban la oscuridad. La gente que veían estaba en su mayoría desnuda y muerta de hambre. Salían de sus chozas de barro como animales de sus agujeros para mirarlos mientras pasaban. Los únicos signos de civilización eran los fuertes que dominaban sobre cada valle, encaramados en las cimas de las montañas como nidos de águilas.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Francis en su segunda mañana en esos páramos.

—La guerra —explicó Ana—. Este es el reino de los marathas. Han estado luchando por sobrevivir contra el Gran Mogol durante los últimos treinta años, y eso les ha costado caro. Y ahora que ya tienen su reino, no pueden ponerse de acuerdo sobre quién debe gobernarlo. Están destrozados por la guerra civil.

Por fin, habían llegado a la fortaleza de Satara, subiendo por un camino que serpenteaba abruptamente por la ladera de la montaña. Los guardias los detuvieron en las puertas. Tom dio un paso adelante. El momento de ocultar su identidad había pasado. Habló lenta y claramente, haciendo una pausa mientras Ana traducía.

—Soy Thomas Courtney, el hermano de Guy Courtney, el gobernador de Bombay. He venido a hablar con el rajá Shahuji.

Por los rostros impassibles de los guardias, Tom no podía decir si el nombre significaba algo para ellos o no. Sea como fuere, fueron conducidos al interior de la fortaleza y admitidos en una antecámara, mientras los sirvientes desaparecían en las profundidades de los recintos del castillo.

—¿Qué sabes de este rajá? —le preguntó Tom a Ana—. Su reino está en ruinas. ¿Tendrá el coraje como para seguir peleando?

—No lo subestimes —advirtió Ana—. Hubo un tiempo en que el ejército del Gran Mogol capturó esta fortaleza. Para demostrar que su intención era quedarse, el general mogol trajo a la esposa e hijos del rajá. Shahuji lo sitió. Capturó a la esposa e hijas del comandante mogol y las ató en la boca de un cañón, debajo de las murallas. A la vista de todos, preparó los oídos de los cañones e hizo que sus artilleros encendieran sus botafuegos.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Francis.

—El comandante mogol se rindió. Shahuji recuperó su capital y ha estado aquí desde entonces. —Le pegó a una mosca que había aterrizado en su brazo—. Además, me han dicho que es un maestro en dejar que los hombres vean en él solo lo que él quiere que vean. Cualquiera que sea la impresión que te dé, no te dejes engañar.

Ella se quedó en silencio mientras los criados regresaban. El nombre de Guy Courtney evidentemente tenía mucho peso. Atrás quedaron Merridew y los hombres mientras Tom, Francis y Ana eran conducidos a través de más corredores y antecámaras hasta el corazón del castillo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Francis en un susurro.

—Esto habla de la confianza en sí mismo de Shahuji —respondió Tom—. Un hombre inferior



hubiera tratado de impresionarnos con su autoridad haciéndonos esperar.

En lo alto de una gran escalera, y a través de un par de puertas ornamentadas y talladas, entraron en la sala del trono. Era austero, para los estándares de la India, aunque de todos modos era lo suficientemente lujoso como para hacer que cualquier palacio europeo pareciera un convento. En el centro de la sala, rodeado de cortesanos y guardias, había un trono sobre una plataforma elevada. Parecía estar hecho de oro macizo, cubierto con pieles de leones y tigres. El hombre sentado en él vestía ricos ropajes, seda color marfil cosida con hilos de plata y adornados con perlas, lapislázulis y granates.

Era más joven de lo que Tom había esperado. Todavía no tenía treinta años y su juventud se acentuaba por su rostro bien afeitado. Se mantenía erguido, tenso, consciente de su imagen, orgulloso de sus dominios. Estudió a sus tres visitantes. Su mirada era inescrutable. El único ruido era el de las magníficas perlas ensartadas en un hilo alrededor de su cuello, que Shahuji movía entre los dedos.

—Eres el hermano del gobernador Courtney —finalmente rompió el silencio. Era una afirmación, no una pregunta. Habló en portugués, la lengua franca entre la India y Europa. Tom había aprendido un poco de los colonos portugueses con los que había negociado en Mozambique y Sofala, en la costa oriental de África, pero dejó que Ana tradujera. No quería ningún malentendido.

—Soy el hermano mellizo de Guy Courtney.

—¿Te ha enviado para reclamar el *firman* que me pide? —sugirió Shahuji.

—No estoy aquí en nombre de mi hermano —admitió Tom—. Estoy aquí para decirle de qué manera puede usted obtener una ventaja sobre él.

El rajá parpadeó.

—Si eres el hermano de Guy Courtney, ¿cómo puedes traicionarlo?

Tom recordó lo que Ana le había contado sobre la guerra civil entre los marathas, cómo la tía de Shahuji había tratado de arrebatarle el reino.

—Creí que Su Alteza iba a entender de qué manera las diferentes ramas de una familia no siempre actúan de acuerdo entre sí.

Tom esperó pacientemente mientras Ana traducía. Se preguntó si tal vez había ido demasiado lejos, si el rajá se sentiría ofendido, o algo peor. Los ojos impassibles no le daban ninguna pista. Shahuji lo observó con detenimiento por unos segundos, y luego se inclinó levemente hacia adelante en su trono.

—¿Para qué has venido a mí realmente?

—Deseo hablar con Su Alteza en privado —dijo Tom con osadía. Él sabía que la sala del trono era un teatro político, no un lugar para una verdadera negociación.

Shahuji frunció los labios. Entonces, sin decir una palabra, se levantó y bajó de su trono. Los cortesanos se separaron; una puerta en la pared del fondo se abrió ante él. Tom y los demás lo siguieron, y salieron a un alto balcón de piedra que daba al valle. Tom recordó la historia de Ana sobre la familia del general mogol. ¿Era allí donde había estado, mirando hacia abajo mientras sus hijas estaban atadas a la boca de los cañones? ¿Podrían los gritos haber subido tan alto como para que él hubiera podido oírlos desde ahí?

Los guardias los dejaron, se retiraron a la sala del trono y cerraron las puertas al salir. El único sonido era el del viento entre las montañas y el clic de las cuentas del rajá.

—¿Por qué deseas traicionar a tu hermano? —Shahuji hizo la pregunta sin juzgar, con la misma tranquilidad con que hubiera preguntado por la salud de Tom.

—Creo que Su Alteza y yo tenemos un enemigo en común.

—El gobernador Courtney no es mi enemigo.

—Me refería al pirata Angria. Él acosa sus envíos marítimos y aterroriza sus costas. Él también es un aliado de su suegra en la campaña contra usted.

Shahuji hizo un ínfimo gesto de asentimiento.

—Angria ha capturado a mi esposa y a su hermana —continuó Tom—. Los tiene en su castillo en Tiracola.

Un destello de desagrado pasó por el rostro de Shahuji. Fue la primera emoción que había mostrado.

—Tiracola es mi castillo —dijo.

—Por eso hemos venido a usted —dijo Tom con prisa—. Su Alteza desea recuperar ese castillo. Yo quiero recuperar a mi familia.

Si Shahuji estaba intrigado o se sentía insultado, Tom no podía decirlo.

—Mi hermano Guy desea hacer un tratado con usted —continuó Tom—. Él le permite a Angria cometer sus crímenes con impunidad, para que Su Alteza se vea obligado a negociar. Pero si expulsáramos a Angria de Tiracola y quebramos su poder, usted tendría la ventaja sobre Guy. Y además, recuperaría su castillo.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó Shahuji.

—Porque Angria pide un rescate por los rehenes y Guy se negó a pagar el dinero del rescate —intervino francamente Francis—. Solo Su Alteza tiene el poder de quitarle Tiracola a Angria y de liberar a nuestra familia.

Tom le dirigió a Francis una mirada de advertencia, aunque Shahuji no dio señales de haberse ofendido. Simplemente, levantó una ceja.

—¿Por qué no piensas que si yo tuviera el poder de tomar Tiracola, no lo habría hecho ya? —Miró hacia la montaña, hacia la niebla que aún se arremolinaba por el valle—. Permíteme explicarte algo sobre mi reino —continuó—. En las tierras que atravesaste para venir aquí, ¿viste algún cultivo?

Tom y Francis sacudieron la cabeza. Shahuji prosiguió:

—¿Para qué cultivar cuando tu señor no puede defender tu aldea? Alguna vez, este fue un reino rico. Ahora, los campesinos cultivan solo lo que pueden llevar consigo cuando huyen a la selva. Durante treinta años, mi abuelo Chhatrapati Shivaji luchó contra los mogoles por este reino. Cuando murió, mi tía proclamó a su hijo como el nuevo rey, aunque en realidad el trono era mío. Ahora el Gran Mogol está muerto y su imperio es un caos, pero no podemos tener paz porque luchamos entre nosotros. A esto lo llamamos *bhalerai*, el imperio de la lanza. Cada caudillo local piensa que es un guerrero. Forman sus propias bandas de guerra y luchan entre ellos por los restos. En algunos lugares, mi autoridad es menor que la del *patil*, el cabecilla local.

Tomó un trozo de piedra del parapeto y lo dejó caer en el vacío, debajo de donde estaban.

—Desde que mi abuelo comenzó su guerra, los mogoles nos despreciaron como si fuéramos bandidos. «Ratas del ático», nos llamaban. Yo he visto cuando las ratas, cuando ya no tienen nada más para comer, se devoran entre ellas. Tal vez los mogoles tenían razón, eso es lo que somos. — Nunca levantó la voz ni permitió que emoción alguna lo alterara.

—Su Alteza triunfó sobre el imperio más poderoso del mundo —señaló Tom.

—¿Alguna vez has visto a un soldado de caballería mogol? —Shahuji no esperó una respuesta—. Sus caballos son las monturas más grandes y más fuertes que existen. Las crían así porque el peso de un jinete y su armadura es inmenso. Nuestros caballos son bestias pequeñas y ligeras hechas para senderos de montaña y escapes rápidos. Nunca peleamos contra los mogoles en una batalla abierta. Cuando enviaron ejércitos contra nosotros, los dejamos pasar y, luego, atacamos

sus líneas de suministro. Cuando asediaron nuestras fortalezas, los dejamos entrar, luego quemamos nuestras cosechas y sacrificamos nuestro propio ganado para que los ocupantes murieran de hambre. Así es como hacemos la guerra. Contra una fortaleza como Tiracola, nos haríamos pedazos.

—¿No tiene usted piedad? —protestó airado Francis—. Mi tía ya ha sufrido durante semanas a manos de esos piratas. ¿La dejará morir en esa mazmorra?

Shahuji le dirigió una mirada impasible.

—Cuando era niño, fui enviado como rehén a la corte del Gran Mogol. Viví toda mi infancia allí. Todas las mañanas, durante dieciocho años, me despertaba preguntándome si mis guardias me iban a cortar la garganta; y todas las noches, me acostaba sin saber si vería otro amanecer.

—No lo sabía —Francis bajó la mirada, avergonzado.

—Cuando tenía once años, el Gran Mogol capturó a mi padre. Mi padre se negó a rendirle homenaje, por lo que el Mogol hizo que una jauría de perros de caza le arrancara miembro por miembro. Me obligó a presenciar aquello. Luego me hizo sentar a su derecha en el banquete de celebración. Entonces, ya ves, sé lo que es ser un prisionero.

Francis murmuró una disculpa. Tom inclinó la cabeza en reconocimiento. Ya había entendido por qué Shahuji podía hablar de la ruina de su reino con tan fría serenidad. Al crecer siendo un rehén, con una espada siempre a centímetros de su cuello, debió haber aprendido a sepultar sus emociones tan profundamente como para que nunca salieran a la superficie.

—No pido compasión —comenzó Tom.

Shahuji no dijo nada, aunque sus ojos parpadearon impacientes.

—Pero creo que nuestros intereses se han alineado.

Ana se unió a la conversación.

—El pirata Angria apoya a su tía y a su hijo, el farsante, en su guerra civil. Si alguna vez va a unir su reino, Su Alteza primero debe destruir a Angria.

—Mi padre desgastó a los mogoles. Derrotaré a Angria de la misma manera, por desgaste. Tiracola es inexpugnable.

Tom gruñó exasperado.

—Todos los que conozco dicen eso. ¿Alguna vez alguien lo ha atacado?

—Nadie que haya vivido para contar la historia —replicó Shahuji con un atisbo de sonrisa.

—Deme un ejército, y abriré la fortaleza para usted y para mi familia. —Tom habló con voz impasible.

—Me han dicho que tienes buena experiencia en soportar un sitio. ¿Estás tan seguro de poder llevar a cabo uno también?

Tom vio la mirada que Shahuji le dirigió, y finalmente comenzó a tener una dimensión de aquel hombre. El sitio de Brinjoan se había realizado a cientos de kilómetros de distancia, en un reino lejano y con un nombre falso, y sin embargo, Shahuji se había enterado y sabía que Tom había estado allí, aunque recién había llegado esa mañana. Tom no pudo evitar sentirse impresionado.

—¿Alguna vez escuchó hablar de otro pirata llamado al-Auf? —preguntó Tom.

—El maligno —Shahuji tradujo sin esfuerzo del árabe. Al crecer en la corte del Mogol, debió haber aprendido el idioma con fluidez—. Confieso que no.

—Eso es porque murió hace muchos años. Hasta su muerte, fue el pirata más temido en el océano Índico. Ni siquiera los poderosos barcos de la Compañía de las Indias Orientales estaban a salvo de él. Hizo estragos en el comercio desde un gran fuerte en la isla de Flor de la Mar, defendido con poderosas baterías y una guarnición de mil piratas. Muchos también decían que era

inexpugnable. Pero mi padre y yo quemamos su flota y abrimos el fuerte. Yo mismo separé la cabeza de al-Auf de sus hombros.

Aquella había sido la última batalla en la que combatió Hal Courtney. Perdió las piernas en la explosión que abrió las puertas, y pronto, la gangrena se apoderó de sus heridas. Pero Tom no mencionó esto.

Detrás de Shahuji, un rayo de sol atravesó las nubes e iluminó la niebla, como el brillo del disparo de un cañón ilumina el humo de la batalla. Tom miró al rajá, pero su rostro suave no reveló nada.

Pareció llegar a alguna decisión. Se enderezó y llamó a alguien más allá de Tom. Al volverse, Tom vio a media docena de criados de pie en la parte posterior del balcón, aunque estaba seguro de que no habían estado allí antes. Los sirvientes se inclinaron y les hicieron señas a Tom y a sus compañeros para que los siguieran. Evidentemente, la entrevista había terminado.

—¿Qué dijo él? —le preguntó Francis a Ana, mientras eran escoltados de regreso al palacio.

—Anunció que desea ir a cazar.

Francis se detuvo en seco en el pasillo.

—Vinimos a pelear una guerra, no a cazar —protestó.

—No entiendes —dijo Ana—. Una cosa es preparación para la otra. El rajá está considerando tu propuesta, pero se reserva opciones. Cuando convoque a sus nobles para la caza, ellos traerán a sus criados, a sus capitanes y sus armas. Está reuniendo su ejército sin comprometerse. Además, el éxito en la caza será un buen augurio para la batalla.

—¿Y si la caza no tiene éxito?

Ana se encogió de hombros.

—Oremos para que eso no suceda.

Durante los días siguientes, desde donde Shahuji los había alojado en el palacio, observaron docenas de grupos de hombres armados que subían por el traicionero camino de la ladera de la montaña. Pronto, el castillo estuvo lleno de los ruidos de una gran multitud, con elefantes que barritaban desde sus establos al pie del acantilado, y caballos que pateaban con sus cascos y retozaban en sus potreros.

Tom se irritó por el retraso. Shahuji era un anfitrión generoso: les enviaba abundante comida y bebida, servidos por hermosas asistentes con atractivas sonrisas. Pero a los Courtney no se les permitía salir de los recintos del palacio. Tom despidió a las sirvientas y pasó horas en la ventana, observando cómo se reunían las legiones. Cuando se cansaba de eso, jugaban al ajedrez. Francis era un jugador pasable y Tom había jugado desde que era niño, por lo que la competencia principal era entre él y Ana.

—Ojalá tomar un castillo fuera tan fácil en la vida real —dijo ella mientras sacaba la torre de Tom del tablero. Todas las piezas estaban talladas en marfil, con bellísimos detalles, diferentes de todos los juegos con los que Tom había jugado anteriormente. Todos los trebejos tenían forma de elefantes, o dioses, o soldados comunes, con distinciones de rango incluso más elaboradas.

Tom respondió atacando rápidamente con su reina. En rápida sucesión, le comió dos peones, un alfil y una torre, y luego vio que su rey quedaba aislado.

—Juegas como un inglés —observó Ana, divertida—. Como todos los hombres de sombrero. Atacas y no temes las consecuencias. El estilo indio es esperar y ser paciente.

Tomó su caballo, lo besó y le tomó la reina.

—La paciencia es tan patética —replicó Tom. Movié su alfil por el tablero hacia el escaque

custodiado por su propio caballo y puso en jaque al rey de ella, dejándolo sin ninguna vía de escape.

—Jaque mate. —Él le sonrió a ella.

\* \* \*

La mañana de la cacería, los asistentes de Shahuji fueron a buscarlos y los llevaron en palanquines por la montaña, algunos kilómetros a través de la jungla hasta el pabellón de caza de Shahuji, que era una pagoda de varios pisos ubicada en un jardín amurallado junto a un límpido lago.

De niños, tanto Tom como Francis habían cazado y disparado en los terrenos de High Weald. Las rutinas eran conocidas: la reunión de los batidores, el sonido de los cuernos de caza y la emoción que cargaba el aire cuando se reunían los cazadores. Pero esto era en una escala diferente a todo lo que habían visto antes. Los batidores se contaban por cientos. Los músicos tocaban trompetas e instrumentos de cuerda, y las criadas servían vasos de *arak* condimentado con canela y bandejas de dátiles y almendras. Los elefantes esperaban plácidamente, masticando los grandes manojos de hojas que sus cuidadores les daban. Llevaban cajas muy adornadas ajustadas sobre sus lomos. Ana les dijo que se llamaban *howdahs*.

—Así es como vamos a trasladarnos —explicó.

Francis se quedó mirando a los enormes animales.

—¿Es seguro?

—Considerablemente más seguro que estar cara a cara con un tigre —le aseguró ella.

Los batidores, armados con palos y hachas pequeñas, se internaron en el bosque. Los otros esperaron mientras la mañana avanzaba. Los músicos habían dejado de tocar; las risas y las conversaciones se habían convertido en unos pocos intercambios en voz baja. El sonido más fuerte era el de los elefantes que masticaban sus hojas. Todos los cazadores observaban el bosque y escuchaban expectantes.

—¿No deberíamos montar y perseguir al tigre? —preguntó Francis.

Ana le hizo esta pregunta al rajá.

—Uno no puede aventurarse simplemente en la jungla y buscar un tigre —explicó—. Hay que atraerlo para que salga. Mis hombres han atado búfalos de agua en diferentes lugares de la selva. Cuando aparezca un tigre para matar, nos informarán y luego iremos a ese lugar.

Shahuji estaba de un mejor humor esa mañana, más relajado de lo que había estado en el palacio. Aunque seguía comportándose con la misma dignidad, no podía ocultar el placer y la emoción que le producía la caza. Tom podía imaginar de qué manera la libertad del bosque, la simple persecución del hombre contra la bestia, podía atraer a un hombre que había pasado más de la mitad de su vida como un noble prisionero.

Entonces, un mensajero corrió hacia el claro delante del pabellón de caza. Estaba empapado de sudor y jadeaba casi sin aliento. Balbució su mensaje y luego cayó de rodillas.

Shahuji se volvió hacia sus invitados, su rostro iluminado por la emoción. Los asistentes ya estaban aprontando a los elefantes y las armas, y haciendo los preparativos finales.

—El tigre ha matado —se gritaban unos a otros.

Tom había matado a más elefantes de los que podía contar, pero esta era la primera vez que montaba uno. Era más pequeño que los grandes elefantes africanos a los que estaba acostumbrado, pero de todas maneras majestuoso. Era un gran macho con una marca de casta carmesí pintada

entre sus ojos que le daba un aire de sabio, casi humano. Por costumbre, Tom se descubrió a sí mismo midiendo los colmillos y calculando cuánto valdrían en Ciudad del Cabo.

El *mahout*, el conductor, le dio unas palmaditas en el flanco al elefante para hacerlo arrodillar. Tom puso un pie en la pata trasera extendida del animal, luego en el cuarto trasero y finalmente entró en la *howdah*. Un chico joven subió con un par de excelentes arcabuces con grabados de plata. Tom entrecerró los ojos para ver el cañón y vio que estaba estriado para una mayor velocidad y precisión.

El *mahout* saltó sobre la cabeza del elefante como un acróbata, se apoyó en el codo y metió las rodillas detrás de las orejas de la bestia. Gritó una orden con voz aguda y alegre, y el elefante se puso en pie. Tom miró hacia atrás y vio que Francis y Ana se habían subido a sus propios animales, mientras que el rajá encabezaba la marcha en una magnífica *howdah* de madera tallada y dorada y un toldo de tejido de oro.

Tom pronto se acostumbró al andar del elefante al atravesar la jungla. Se maravilló ante la habilidad del animal. Si una rama amenazaba con golpear a la *howdah*, el elefante levantaba la trompa y la arrancaba. A veces, cuando el camino se hacía más estrecho, empujaba árboles enteros para ensanchar el camino. Cuando el camino era un pantano, bajaba la cabeza y palpaba el suelo con la trompa para pisar con más seguridad.

Después de unos pocos kilómetros, llegaron a la cima de unos peñascos y bajaron a un barranco, formado por el lecho de un río seco. Lo siguieron por un kilómetro y medio más o menos, serpenteando a través de la selva. En el barro y la arena del río, Tom vio huellas de una gran variedad de animales. Los monos chillaban desde los árboles; las aves de la jungla se acicalaban en la orilla del río. Un grupo de pavos reales volaba bajo, sus cuellos relucían con un brillante color azul zafiro a la luz del sol. Esa imagen le produjo una punzada a Tom, ya que le recordó mucho a la joya en el pomo de la espada de Neptuno.

El rajá dio la señal de alto en un lugar donde un arroyo seco se encontraba con el lecho del río. Los elefantes se arrodillaron y la partida de caza desmontó. Tom estiró las piernas y miró a su alrededor, explorando la maleza en busca de cualquier signo de su presa.

A Shahuji no se le escapaba nada.

—¿Alguna vez ha cazado tigres? —preguntó a través de Ana.

—He cazado leones.

Shahuji asintió con un movimiento de cabeza.

—He visto leones. El Gran Mogol los criaba por placer en la corte de Delhi. Pero el tigre es más peligroso. Es más grande, más fuerte y más feroz. El león caza en manada, pero el tigre caza solo, por lo que debe ser más fuerte y más astuto. He visto a un tigre matar a un búfalo y recogerlo en sus mandíbulas como un gato que lleva a un ratón.

Vio la mirada escéptica en el rostro de Tom.

—Una vez, en Delhi, el Mogol organizó una pelea entre un león y un tigre. Fue la comidilla del palacio: todos los nobles llegaron con gran emoción a ver semejante enfrentamiento. Cuando soltaron a las bestias en la arena, todo el mundo se puso de pie.

—¿Y qué pasó? —preguntó Francis.

—El tigre mató al león con un solo golpe de su pata. Su garra le cortó la arteria del cuello y se desangró hasta morir. —Una vez más, Tom vio la sonrisa fantasmal de Shahuji, la mayor emoción que jamás se había permitido expresar—. El emperador estaba furioso. Nunca se habían visto tantos *amirs* y *jagirdars* decepcionados.

Mientras él hablaba, sus asistentes habían desatado la *howdah* real y la habían descargado del lomo del elefante. La llevaron entre todos hasta un árbol alto, donde prepararon cuerdas y la

alzaron tres metros en el aire, de modo que se posó sobre las ramas más largas. Alzaron una escalera sobre un lado.

—Este será nuestro *machan* —dijo Shahuji—. Nuestro escondite.

Subieron la escalera. Los sirvientes habían colocado dos *howdahs* una al lado de la otra, una para Tom y Shahuji, y otra para Francis y Ana. Los portadores de armas y otros sirvientes se encaramaron en las ramas detrás de ellos, todos observaban constantemente la jungla desde su punto de vista elevado.

—Al tigre le gusta seguir los cursos de agua —explicó Shahuji. Señaló el lugar en la orilla opuesta donde el arroyo se unía al río—. Si los batidores lo conducen correctamente, saldrá de allí.

Tom comenzó a entender por qué la caza era tan buena preparación para la guerra. Con más de ochocientos hombres repartidos por kilómetros de selva, todos cazando una presa invisible, la comunicación era primordial. Si una parte de la línea se movía con demasiada rapidez o demasiada lentitud, se produciría un espacio por el que el tigre podría pasar. Si el tigre cambiaba de rumbo, toda la línea tenía que girar. Los entendimientos que se desarrollaban, la práctica de transmitir órdenes entre los diferentes comandantes y de maniobrar las unidades, serían sumamente valiosos en batalla. Los *mahouts* se llevaron a los elefantes.

—Se unirán a los batidores —explicó Shahuji—. Están entrenados para tomar ramas con sus trompas y golpearlas contra los árboles y, así, hacer un ruido que asuste al tigre.

Se acomodaron para esperar. Una sinfonía de pájaros sonaba en el bosque. Los insectos zumbaban a su alrededor y se arrastraban sobre su piel. Tom se mantuvo lo más quieto posible. Un nilgó, un antílope de cuernos pequeños, pastaba en el lecho del río. Tom lo apuntó con su arma, pero no desperdició el disparo.

—Tengo una historia pasada con Angria —dijo Shahuji de repente—. Tal vez la conozcas. Tom negó con la cabeza.

—Antes de convertirse en pirata, Angria era un capitán en mi fuerza naval. Con los mogoles presionándonos con fuerza por tierra, el mar era nuestro único refugio, vital para nuestros suministros y comunicaciones. Entonces, cuando más lo necesitábamos, Angria vio su oportunidad. Se amotinó, tomó sus barcos y tripulaciones, y derrotó a nuestra guarnición en Tiracola. Desde allí, recorrió la costa, apoderándose de nuestras fortalezas y capturando nuestros barcos mientras los mogoles nos presionaban demasiado como para tomar represalias. Nunca podré perdonarlo, porque en su codicia, casi destruyó nuestro reino para levantar su propio imperio del mar sin ley.

Los dedos de Shahuji tamborilearon en la culata de su arma.

—Sin embargo, yo estaba dispuesto a perdonarlo. Por el bien del reino, habría dejado de lado nuestra disputa. Envié emisarios, con una bandera blanca, a ofrecer la paz. ¿Sabes lo que hizo?

Incluso el recuerdo hizo que su rostro palideciera de ira.

—Envió a mis hombres de regreso. Les había arrancado los ojos y les había marcado la frente con su sello. Tan profundamente que se podía ver la marca quemada en el hueso de sus cráneos. Tan profundamente los había quemado que sus cerebros se habían dañado y eran como niños pequeños otra vez, incapaces de hablar e incontinentes, de modo que habían ensuciado sus ropas.

Tom trató de no pensar en Sarah y en Agnes en manos de un hombre así.

—Me alegraría el corazón ver a Angria pisoteado por elefantes —continuó Shahuji—, tal como el Gran Mogol ejecutaba a veces a sus prisioneros en Delhi. Pero seré sincero. Tú me ves en un trono de oro, en medio de cientos de cortesanos, y crees que soy un gran hombre.

Se golpeó el pecho con el puño.

—Soy un gran hombre. He tomado el hilo sagrado y soy el *Chhatrapati*, el emperador de los marathas. Y así y todo... —Una expresión de tristeza le cruzó el rostro—. Más allá de mi palacio, mi poder no es lo que debería ser. En una guerra civil, la lealtad de cada hombre está en juego. Si yo atacara Tiracola y fallara, sería un golpe mortal contra mi autoridad.

—Guy Courtney argumenta de la misma manera —señaló Francis—. Prefiere que los hombres crean que él es fuerte, en lugar de arriesgar su dignidad demostrándolo.

Francis había hablado apasionadamente, pero Shahuji no se ofendió.

—Cuando seas mayor, entenderás que la apariencia de poder es a menudo más real que su sustancia.

—Pero si uno tiene poder y no lo usa, no hay poder en absoluto —intervino Tom.

Shahuji no respondió. Un nuevo sonido había penetrado en el estruendo de la jungla, un repiqueteo de percusión que sonaba como mil herreros martillando sus yunques. Tom se preguntó si podría ser alguna especie de ave desconocida. Entonces, por la reacción de Shahuji, se dio cuenta de que debían ser los batidores, que golpeaban las cabezas de sus hachas para conducir al tigre hacia el *machan*. Para Tom, solo era ruido, pero por la forma en que Shahuji escuchaba, se daba cuenta de que el rajá seguía el sonido con precisión, determinando exactamente cómo iba avanzando la cacería.

Aplausos y gritos comenzaron a escucharse a su izquierda. Eran los vigías, los hombres colocados en las copas de los árboles para detener al tigre que se desviaba del curso. Shahuji tomó un arma de su asistente. Tom, Francis y Ana hicieron lo mismo. Tom sintió que la emoción de la caza surgía en su sangre.

Un rugido furioso resonó en el bosque. El ruido de los vigías aumentó, haciendo que el tigre regresara al lecho del río y a las armas que lo esperaban. Como un destello de luz dorada, el tigre saltó saliendo de su escondite. Por un instante, Tom olvidó el arma en su mano mientras se maravillaba ante su primera visión de la criatura. Era un animal enorme, que se movía demasiado rápido como para que él siquiera se arriesgara a adivinar su tamaño. Pero era mucho más grande que cualquiera de los leones que había visto en África.

Cruzó el claro en el bosque a unos veinte pasos de donde se encontraban ellos y gruñó cuando vio a los hombres en su camino. Dio la vuelta. El collar blanco alrededor de su cabeza estaba erecto y erizado. Los colmillos en sus mandíbulas brillaban cuando rugía.

Incluso a tan corta distancia era un tiro difícil, pero el rajá disparó. Tom vio la bala cuando le dio, pero demasiado atrás, detrás del omóplato. La pesada bala hizo rodar al animal. Sin embargo, en el mismo movimiento, dio un salto sobre las cuatro patas y siguió corriendo sin alterar el ritmo. Tom y Francis dispararon simultáneamente, pero el tigre se movía demasiado rápido, y sus disparos levantaron tierra y hojas muertas bastante más atrás. El tigre llegó al borde del bosque y desapareció en la densa vegetación.

Shahuji saltó del árbol, sin prestar atención a su propia seguridad, y corrió al lugar donde le había dado al tigre. Observó el suelo en busca de un rastro de sangre.

—Está herido —aseguró—, pero no muerto. Así es cuando es más peligroso.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tom.

—El tigre tendrá sed después de la persecución y la herida que le produce. Hay un pozo de agua, no lejos de aquí. Creo que irá allí.

Antes de que Ana terminara de traducir, los *mahouts* habían traído los elefantes. No había tiempo para montar las *howdahs*. Todos se treparon a los lomos de los elefantes, se sentaron sobre mantas dobladas y se aferraron a la cincha cuando los animales se pusieron en marcha.

En poco tiempo, el barranco se abrió a una amplia pradera, con hierba alta que rozaba las



panzas de los elefantes. Arriba en el lomo, Tom sentía como si estuviera en un barco, navegando a través de un mar crujiendo. Agarró su arma y buscó en el suelo algún rastro de sangre o alguna huella. Sabía que el tigre mismo sería invisible. Sus rayas se mezclarían casi perfectamente con la hierba alta.

Uno de los cazadores, que corría por delante de los elefantes, gritó y señaló al suelo sin disminuir su velocidad.

—Ha encontrado el rastro del tigre —tradujo Ana.

Los *mahouts* patearon a los elefantes para hacerlos avanzar a un ritmo más rápido. Pronto, la hierba dio paso a la tierra desnuda, pisoteada por muchos cascos y patas. Incluso desde lo alto del lomo del elefante, Tom podía distinguir las huellas del tigre. El agua subterránea estaba rezumando en la depresión reciente que habían dejado sus patas, y el animal estaba comenzando a sangrar. Gotas de sangre brillaban a la luz del sol como rubíes.

—Es un macho en su plenitud, de unos catorce años. Pero ha perdido el dedo de la pata izquierda —murmuró Shahuji en voz baja, y Ana tradujo.

Tom le dirigió al rajá un gesto de aprobación, moviendo la cabeza. Haber obtenido tanta información de una rápida mirada desde el lomo de un elefante era una muestra de su excepcional destreza para la caza.

Las huellas terminaban en el borde de un agujero embarrado, medio lleno de agua. Un par de milanos observaban desde un árbol solitario y desnudo. El tigre no se veía por ninguna parte.

Cada nervio en el cuerpo de Tom se estremeció con anticipación. Esa era la emoción abrumadora de la caza, y nunca había perdido su adicción a ella desde la primera vez que su padre le puso un arma en las manos.

El tigre debía estar cerca. Los elefantes habían percibido su olor. Se movían y golpeaban ansiosamente el suelo con las patas, resoplaban por las trompas. El movimiento haría casi imposible cualquier disparo preciso. Shahuji se deslizó hasta el suelo. Tom y Francis lo siguieron. El rajá consultó con sus cazadores.

—Hay otro curso de agua, un poco al norte —tradujo Ana—. Lleva a través de un barranco al siguiente valle. El tigre puede intentar ir por ese camino para escapar de nuestra cacería.

Mientras hablaban, los batidores comenzaron a alcanzarlos y, en cuestión de minutos, había en el claro cien o más hombres medio desnudos, armados solo con palos y machetes.

El elefante del rajá tenía sed. Sin previo aviso, caminó hasta el borde de un pozo y comenzó a tomar agua con la trompa. El *mahout* gritó y tiró de su cuerda; otros asistentes se agruparon a su alrededor, pero la bestia no se movía. Curiosos, todos se dieron vuelta para mirar.

Fue entonces cuando el tigre aprovechó el momento para atacar a sus torturadores. Había estado escondido detrás de un grupo de árboles jóvenes, no más altos que la rodilla de un hombre, tan delgados que Tom apenas podía creer que habían ocultado a la enorme criatura con tanta eficacia. Ni siquiera en el león africano había visto una velocidad tan letal. Atacó con sus mandíbulas abiertas, gruñendo con sus blancos bigotes erizados. Tenía la cola erguida como una cimitarra curvada sobre su lomo. Sus grandes patas, cada una del tamaño de un plato de sopa, con las garras completamente extendidas, rasgaban la tierra suelta con cada salto. Derribó a uno de los *mahouts* y lo mordió en la nuca mientras caía, cortándole las vértebras y matándolo instantáneamente.

Pero el tigre no se detuvo en el cadáver debajo de él. Con su siguiente salto, se abalanzó sobre un segundo hombre que corría y lo mató con un mordisco que le arrancó la parte superior de la cabeza; luego derribó a otro hombre, y a otro. Un pandemonio total se enseñoreó del lugar, con hombres que corrían y gritaban, los elefantes que barritaban y chillaban, derribando y pisoteando

a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Tom corría hacia un costado, tratando de poder hacer un tiro limpio al tigre, pero toda esa gente fuera de sí bloqueaba su línea de fuego y amenazaba con derribarlo. Vio a Francis que levantó su arma y arriesgó un rápido disparo a la bestia enfurecida, pero uno de los bateadores corrió delante de él cuando disparó y recibió la pesada bala directamente en el pecho. Fue arrojado hacia atrás y el machete voló de su mano, muerto antes de caer al suelo.

Shahuji se mantuvo firme en medio de la confusión y el descontrol, sosteniendo su arma lista para disparar, gritándole al tigre para atraer su atención.

—¡Ven a mí, demonio! ¡Te enviaré como un mensajero a tus dioses inmundos! ¡Ven!

El tigre pareció oírlo y giró hacia él. Abrió sus fauces y le rugió, como si aceptara su desafío. Sus colmillos estaban manchados con la sangre de los hombres que había matado y el animal se estiró para su ataque. Shahuji se inclinó hacia delante y llevó la culata de su arma al hombro, con el dedo en el gatillo, listo para el instante preciso de hacer su disparo.

Recién entonces Tom se dio cuenta de que Shahuji no había visto al elefante. Era uno de los que habían estado bebiendo en el pozo y había sido presa del pánico por el olor y los rugidos del tigre. Se precipitó ciegamente sobre el rajá.

Tom gritó una advertencia, pero Shahuji estaba ajeno a todo, excepto al gran felino que tenía en la mira. Del mismo modo, el elefante tenía el olor del depredador en sus fosas nasales, con los sonidos de los rugidos que resonaban en sus oídos, y estaba ajeno al hombre que se encontraba en su camino. Una de sus grandes patas en movimiento golpeó a Shahuji en la espalda y lo levantó por el aire para arrojarlo a cuatro o cinco metros de distancia. El arma cargada y amartillada salió girando de sus manos y, por casualidad, aterrizó a los pies de Ana. Ella se agachó y la recogió.

El elefante se alejó corriendo hacia la hierba alta. El tigre había perdido de vista al rajá y detuvo su ataque. Giró la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha en busca de una presa alternativa para destrozar.

Vio a Francis. Se dio vuelta hacia él y rugió. Francis preparaba a tientas su arma, y Tom vio, por la palidez de su rostro y sus ojos fijos, que estaba aterrorizado. Probablemente nunca antes había disparado un arma pesada y, por cierto, nunca antes se había enfrentado al ataque de una gran bestia salvaje como esta.

Desde donde estaba Tom, era un disparo largo e incómodo; además, Ana estaba en la línea de fuego. Pero Francis estaba en peligro mortal, y Tom tenía que arriesgarse. Sacó su propia pistola y disparó en el mismo movimiento. Pero supo de inmediato que algo estaba terriblemente mal. El humo brotó de la boca del arma, pero no hubo ningún retroceso. O su *shikari* no había cargado la bala encima de la carga, o la bala se había salido del cañón cuando desmontó del elefante.

Lo cierto fue que no alcanzó al tigre, y este continuó su ataque contra Francis. En el último momento, Francis pareció recuperar su raciocinio y su coraje. Levantó el arma y disparó en un solo movimiento, pero sus ojos estaban fijos en el tigre y no en la mira. Tom vio que la bala levantaba un montón de tierra húmeda, un par de metros detrás del animal al ataque, y al menos un metro a la izquierda.

Sin haber sido alcanzado por el disparo, el tigre seguía en su carga contra Francis, quien arrojó el arma y comenzó a alejarse. La enorme bestia rayada se lanzó por el aire, saltando hacia él con las fauces abiertas, y Francis se cubrió la cara con ambas manos y se quedó inmóvil, impotente, gritando:

—¡No! ¡No!

Otro disparo explotó de la nada, y el tigre pareció desplomarse en el aire. Pero el impulso lo llevó hacia adelante para chocar de cabeza contra Francis, derribándolo al suelo y cayendo

encima de él.

Tom llegó junto al hombre y la bestia apenas unos segundos después. Tomó la cabeza del tigre y, con un esfuerzo sobrehumano, arrastró el enorme cadáver, sacándolo de encima de Francis.

—¿Estás bien? —le gritó a Francis.

—Creo que sí —tartamudeó mientras se alzaba sobre las rodillas—. Me salvó la vida.

Gracias, Tom.

—¡Yo no! Mi arma ni siquiera estaba cargada con la bala... —Miró a su alrededor y, por primera vez, se dio cuenta de la presencia de Ana. Estaba tres metros detrás de donde se erguía Francis. Todavía tenía la culata del largo mosquete del rajá sobre su hombro, y una nube de humo azul salía de la boca del arma.

—¡Ana Duarte! —Tom fue hacia ella y le quitó el arma de sus manos temblorosas—. ¿Tú hiciste el disparo que mató a este monstruo? —Ella asintió moviendo la cabeza, demasiado abrumada como para hablar—. Ese fue un disparo del que cualquier hombre podría sentirse orgulloso.

Tom se agachó, agarró la cabeza del tigre con ambas manos y la giró. La bala del mosquete de Ana había dado al gran animal de lleno en la frente y le había atravesado el centro del cerebro.

—¡Y un disparo del que cualquier mujer debería estar doblemente orgullosa! —continuó Tom.

—Tuve que hacerlo; Francis es el único hombre que tengo —explicó Ana razonablemente, pero le temblaba la voz.

La piel de Tom se erizó cuando entró en el patio del palacio de la *rani* en Chittattinkara. Pensó en los hombres que habían muerto allí, el capitán Hicks, Lawrence Foy y tantos otros. Entonces se preguntó si podría haberlo soñado. Los agujeros de bala en los ladrillos habían sido tapados, la sangre había sido restregada de las piedras y los balcones destrozados habían sido reemplazados. La única señal de que una batalla había tenido lugar allí era el yeso fresco en las paredes. Recordar la carnicería que habían vivido ahí lo hizo enojar.

La sala del trono le trajo muchos amargos recuerdos más. La última vez que había estado allí, había luchado contra Tungar por la espada de Neptuno y casi había muerto por ella. La *rani* lo recibió cordialmente, como si hubieran hecho borrón y cuenta nueva. Al igual que Shahuji, ella tenía el arte del gobernante de olvidar todo lo que ya no fuera conveniente. Tom no estaba seguro de si la detestaba o la envidiaba. No perdió el tiempo en cortesías formales.

—El rajá de Satara, Chhatrapati Shahuji, exige la devolución de los cañones que ustedes tomaron del naufragio de mi barco. Tiene un barco fondeado frente a la costa cerca de Brinjoan, listo para llevarlos a bordo. —Este era el mismo barco que había traído a Tom desde la costa cerca de Satara. Francis y Ana se habían quedado con Shahuji mientras reunía a su ejército y se preparaba para el sitio de Tiracola.

La *rani* sonrió ante el arrebato de Tom. Era tan encantadora cuando sonreía que Tom se sintió descolocado por un momento.

—Los cañones eran míos por derecho de salvamento —explicó ella razonablemente—. Todos los naufragios en esta costa, y sus cargamentos, me pertenecen. —Levantó una mano para detener la respuesta de Tom—. Le aseguro, capitán Courtney, que no tengo nada contra usted. Por el contrario, me encuentro excepcionalmente bien dispuesta hacia usted. Si estuviera en mi poder, le devolvería sus cañones sin objeciones. Pero, ay, ya no los tengo. Cuando mis hombres huyeron del asedio de Brinjoan, también abandonaron las armas allí. Los tienen los hombres de sombrero. Mis exploradores informan que los han montado en las murallas de su fortaleza.

Tom maldijo para sí. Había temido que fuera así, pero había acudido primero a la *rani* con la esperanza de estar equivocado. Si Guy había enviado un mensaje al fuerte de Brinjoan sobre sus andanzas en Bombay, podía esperar una cálida recepción si se aventuraba a ir allí a reclamarlos.

—Lamento que haya perdido su tiempo al venir a mí —dijo la *rani*—. Pero desde mi punto de vista, he disfrutado de renovar nuestra relación. ¿Hay alguna otra manera en la que pueda serle de ayuda? —Ella se inclinó hacia delante en su trono y el movimiento acentuó el tamaño y la forma de sus pechos.

—Hay otro asunto. —Tom se sintió confundido y apaciguado por el cambio de actitud de ella hacia él, de modo que decidió aprovecharlo al máximo—. Su capitán, Tungar, robó un arma que me pertenecía. Le perteneció a mi abuelo y a mi padre antes que a mí. Tiene un valor sentimental muy grande para mí. Es una espada dorada, con un zafiro en el pomo.

—La conozco muy bien. —Ella asintió con un movimiento de cabeza—. Es realmente un arma magnífica. Tungar estaba excesivamente orgulloso de ella. La llevó a la batalla.

—¡Sí! —coincidió Tom—. Pero encontré su cuerpo después de que lo mataron en el asalto a Brinjoan. Tungar no tenía el arma consigo.

—Uno de sus hombres debió haberla robado.

—Ninguno de ellos llegó a su cadáver antes que yo. Si fue robada, debe haber sido un hombre del ejército de Su Alteza.

La *rani* hizo un gesto elegante pero desdenoso. Tom observó sus manos. Eran encantadoras, casi tan hermosas como su cara.

—Ningún súbdito mío se atrevería a ocultarme semejante tesoro. ¿Y qué haría un campesino con semejante arma y dónde podría venderla sin que yo me enterara de ello? Si no la han encontrado es porque el mar se la llevó o fue robada.

Tom se estremeció ante la sola idea, aunque sabía que ella hablaba con sensatez. Tenía una pregunta más.

—Había un hombre a su servicio, hablaba inglés y empuñaba un arma extraña, con una hoja como un látigo. ¿Qué fue de él?

—Su nombre era Absalom. Desapareció en la batalla final. No encontramos su cuerpo. Tal vez yace sepultado bajo los escombros de las puertas de entrada al fuerte.

Sus palabras golpearon a Tom con sorprendente fuerza. Por supuesto que no importaba —Absalom era solo otro pirata—, pero su mente se negaba a dejarlo pasar. Tenía otros asuntos pendientes con este hombre, Absalom. Vengar a Hicks, sin duda, pero también algo más. Se dio la vuelta para irse.

—Espere. —El tono de la *rani* era imperativo. Tom se detuvo—. Hay muchos hombres de sombrero que se han establecido en la India para vender sus habilidades como guerreros.

—Sirvo al rajá de Satara —respondió Tom.

—Lo que sea que él le pague, lo triplicaré. Podría convertirlo en un gran hombre en mi reino. Nada le faltará.

Las mejillas de ella se habían sonrojado ligeramente. Llevó su mano enjorjada a la garganta para luego apoyarla en el valle entre sus pechos.

—Quédese conmigo, Thomas Courtney. —Su voz se convirtió en un susurro—. Lo necesito.

Se sintió tironeado por la culpa y por la tentación. Los cimientos mismos de su honor fueron sacudidos. Ella era tan hermosa, y a la vez tan mala. Tom se quitó el sombrero e hizo una cortés reverencia.

—Ay, Su Alteza, debo dejarla ahora para ir a rescatar a mi esposa.

Volver al fuerte en Brinjoan fue todavía más extraño que volver a visitar el palacio de la *rani*. El centinela en la puerta miró a Tom como si fuera un fantasma.

—¿Señor Weald? —balbució.

Tom lo reconoció. Era uno de los cipayos que habían sobrevivido al sitio. Intentó recordar el nombre del hombre.

—¿Akal?

El centinela sonrió encantado de haber sido reconocido.

—Bienvenido, *sahib*.

—¿Está el nuevo gobernador aquí?

—Llegó hace tres semanas. —Sonrió, como si se tratara de una broma privada—. Pero no creo que él vaya a alegrarse de verlo.

—Entonces, llévame a él.

La Compañía de las Indias Orientales había estado ocupada reparando el fuerte, aunque el trabajo aún no estaba terminado. Grupos de trabajadores semidesnudos trabajaban con piedras y argamasa. Estaban reconstruyendo lo que habían sido los portones de entrada, pero la casa del gobernador que había derribado Tom ya estaba reconstruida. Se alegró al ver que, esta vez, habían usado ladrillos y tejas en lugar de madera y paja. Habían aprendido una dura lección, al menos.

Nadie custodiaba la puerta de la oficina del gobernador.

—Espera afuera —le dijo Tom a Akal—. Mejor si él no sabe que tú me dejaste entrar.

Sin llamar a la puerta, entró. El escritorio del gobernador estaba cubierto con pilas de papeles, pero no debían ser urgentes. El propio gobernador estaba recostado en un sofá cama, medio dormido, con una copa de vino sobre el pecho. Se había derramado un poco y había dejado una mancha roja en la pechera de su camisa, como si fuera una herida.

Tom cerró la puerta con un golpe. El gobernador se despertó y se incorporó sobresaltado. Derramó más vino de la copa. Miró boquiabierto a Tom.

—¿Señor Weald? —chilló.

Tom asintió moviendo la cabeza sombríamente, ocultando su sorpresa.

—Señor Kyffen.

—Qué... ah, por qué... —Kyffen se puso de pie.

—He venido a buscar mis cañones —explicó Tom sin rodeos—. Los cañones de nueve libras que la *rani* rescató de mi nave, los que la Compañía recuperó del campo de batalla.

Kyffen lo miró sin decir palabra.

—¿Va a decirme que son de su propiedad? —preguntó Tom—. Después de todo lo que hice por la Compañía, lo menos que podría hacer es permitirme reclamar lo que es mío.

Kyffen finalmente recuperó el don de la palabra.

—*Hubladar* —gritó.

La puerta se abrió. Tom se dio vuelta y vio otra cara familiar, el sargento del bigote erizado que había luchado a su lado en el sitio. El hombre frunció el ceño. Sacó una pistola de su cinturón y le apuntó a Tom.

—Este hombre es un asesino, un ladrón y un impostor, acusado de delitos graves en Londres y Bombay —berreó Kyffen—. Póngale los hierros.

El *hubladar* miró a Tom mientras se atusaba pensativamente el bigote. Luego gritó una orden en su propio dialecto y Tom escuchó los ruidos de pies en movimiento afuera.

La mente de Tom barajaba las posibilidades a gran velocidad. Tenía su propia pistola y un cuchillo en la bota, pero sentía demasiado respeto por el *hubladar* como para pensar que podía sacarlos con la suficiente rapidez.

—Necesito esos cañones para rescatar a la señora Hicks y a mi esposa de las manos del pirata Angria —le dijo a Kyffen—. El hombre que las secuestró porque usted las abandonó, mientras que otros hombres morían para salvar su preciosa factoría aquí.

Dos cipayos entraron desde el corredor, cada uno con un par de esposas. No había nada que Tom pudiera hacer. Extendió las manos.

—¿Es así como la Compañía de las Indias Orientales muestra su gratitud?

Kyffen no respondió. Mientras Tom estaba hablando, el *hubladar*, de repente, dejó de apuntar su pistola a Tom y la dirigió a Kyffen. Al mismo tiempo, los dos cipayos pasaron por delante de Tom, agarraron las muñecas de Kyffen y le pusieron las esposas, pasando la cadena por entre los brazos de su sillón.

—¡Esto es un motín! —gritó Kyffen—. Cuando el gobernador Courtney se entere de esto...

—No cambiará ni una pizca la opinión de Guy sobre mí —completó Tom alegremente. Sacó un pañuelo del bolsillo de la casaca de Kyffen y se lo metió en la boca para amordazar sus quejas. Luego abrazó al *hubladar*.

—Gracias, viejo amigo, aunque no deberías haberlo hecho. Te colgarán por amotinarte. El *hubladar* sonrió, sin preocuparse por tal perspectiva.

—¿Es cierto que Angria ha secuestrado a la señora Hicks?

—Me temo que sí; y también a mi esposa, Sarah. Las tienen en la fortaleza de Tiracola.

—¿Y tiene un barco para llevar los cañones allí?

—Está esperando en la bahía.

—Entonces, si tiene espacio para otro hombre a bordo, me iré con usted.

Tom le apretó la mano.

—Dios te bendiga.

Miró a Kyffen, que se retorció en su sillón y luchaba inútilmente contra sus ataduras.

—Voy a tomar mis cañones —le informó—. Y ya que estamos, tal vez le robemos a la Compañía un poco de su pólvora y de sus municiones.

Kyffen se enfureció y se retorció. Trató de escupir la mordaza, pero Tom la empujó con firmeza y la sujetó con el cinturón de Kyffen.

—Cuando hayamos terminado, te liberaré. Pero si estás pensando que no puedo tomar esos cañones yo solo, incluso con la ayuda del *hubladar*, te lo advierto: si tan solo tocas a un cipayo porque sospechas que me ayudó, me enteraré y lo vengaré. ¿Recuerdas cómo la *rani* trató al señor Foy? Eso no será nada comparado con los tormentos a los que te someteré. ¿Lo entiendes?

Kyffen dejó de forcejear y movió la cabeza asintiendo con desesperación.

—Le daré tus saludos a la señora Foy —le aseguró Tom.

La llama salió como un escupitajo por la boca del cañón. Con el catalejo, Tom vio la bala que le daba al lado izquierdo de los portones de entrada del castillo. Otra pequeña lluvia de escombros cayó desde un área de la muralla que ya estaba agujereada y rota, prueba de la impresionante precisión de los artilleros. Detrás de él, Tom escuchó a Merridew que exhortaba a los artilleros maratha a trabajar más rápido, al son de «Sacatrapos y esponja. Pólvora». Ya había reducido el tiempo de recarga de diez minutos a cerca de cinco, animándolos con historias acerca del tesoro que podían obtener en el castillo de los piratas si tan solo pudieran entrar.

Habían pasado cinco semanas desde que el ejército de Shahuji había llegado con las armas y la pólvora que Tom había sacado de Brinjoan. Cinco semanas tratando de vencer esas poderosas murallas. Tantos hombres habían dicho que el castillo era inexpugnable que casi había empezado a

creerlo. Pero en ese momento, al verlo hecho realidad y con tiempo para estudiar sus debilidades, tenía motivos para tener esperanza.

Es cierto que cualquier asalto por mar seguramente fracasaría. No había un lugar para desembarcar al pie de los escarpados acantilados, salvo por un pequeño embarcadero, y pesadas barreras flotantes habían sido tendidas a lo largo de la pequeña bahía hacia el norte, donde Angria tenía anclada su flota. Los arrecifes de coral se extendían hasta muy lejos en el mar, visibles por encima del agua con la marea alta, de modo que cualquier barco que intentara bombardear el castillo estaría en constante peligro.

Desde el lado terrestre, también, las defensas eran formidables. El promontorio se estrechaba para reducirse a un angosto paso ante las puertas del castillo, lo que hacía que todo acercamiento fuera ajustado. Además, las puertas estaban bien cubiertas por falconetes y otras armas de artillería en las murallas. Bosquecillos de árboles espinosos crecían delante de los muros. Estos no solo servían para frenar a los atacantes; sus ramas elásticas absorberían gran parte de los disparos de cañón. Puntas de hierro de más de un metro de largo sobresalían de los portones de entrada para contrarrestar la táctica india favorita de usar elefantes como arietes.

Pero no se había hecho ningún intento por extender las defensas más allá. Una colina baja se elevaba a unos setecientos y tantos metros tierra adentro, ofreciendo un imponente campo de tiro sobre el fuerte. Angria había colocado una pequeña torre de vigilancia allí, pero había sido principalmente para observar los barcos en el mar. La caballería de Shahuji la había tomado fácilmente, expulsando a los defensores y ocupando la cima de la colina, donde sus hombres habían cavado emplazamientos para cañones y habían instalado la batería de los cañones de nueve libras del *Kestrel*. Desde entonces, mantenían el bombardeo día y noche, abriendo una brecha centímetro a centímetro. Tom rezó para que eso fuera suficiente.

En el embarcadero que sobresalía del promontorio, los pescadores descargaban las capturas de sus barcos. El sitio les había permitido aumentar los precios, con compradores ansiosos en ambos lados de las murallas. Cada mañana, los botes se agrupaban en el muelle como pájaros en un campo recién sembrado, mientras los ruidos de los cañones sonaban como truenos distantes.

Se había convertido en un coro de fondo tan constante que Christopher, que supervisaba la descarga de pescados, apenas lo notaba. La espuma le salpicó la cara cuando una ola chocó contra las rocas junto al embarcadero. En el mar, vio la vela de un barco mercante que recorría lentamente la costa. Sintió una oleada de frustración ante aquella descarada libertad. Los marathas no tenían los recursos para bloquear el castillo por mar, pero aun así Angria no podía dejar salir sus barcos, pues necesitaba a sus tripulaciones y sus armas para defender el castillo. Así que la flota permaneció anclada detrás de la barrera, y los mercaderes locales podían seguir con su comercio sin temor.

La única razón por la que Christopher había llegado a Tiracola era la promesa de riquezas. Pero en ese momento, con la flota confinada a su fondeadero y sin esperanza de saqueo o presas, se irritaba ante la inactividad y la pobreza forzadas.

Sabía que no era el único hombre que se sentía así. Muchos de los piratas habían empezado a quejarse, al principio en voz baja, pero ya cada vez más audibles. Sabían que los marathas no tomarían el castillo (después de todo, era inexpugnable y no podían ser vencidos por el hambre mientras pudieran ser reabastecidos por mar), pero no les gustaba perder sus medios de subsistencia mientras se prolongaba el asedio.

Christopher había decidido hacer algo al respecto. La mayoría de los pescadores se habían

marchado, volvían a sus caladeros para otra captura, cuyo producto les llevarían a los marathas por la noche. Para ellos, la guerra era simplemente una oportunidad comercial. Los barriles de pescados eran cargados en una grúa, que los elevaba por las murallas para entregarlos adentro del castillo. Christopher se demoró, charlando con los barqueros, mientras los piratas regresaban a sus posiciones dentro de los muros de la fortaleza.

Cuando se fueron, Christopher llevó a uno de los pescadores a un lado. Sabía que podía confiar en el hombre. La semana anterior, habían urdido una estratagema, por la cual Christopher le permitía cobrar más por el pescado y ambos compartían las ganancias adicionales. En esta ocasión, Christopher lo condujo a un lugar al pie del acantilado, donde las olas tapaban su conversación.

—¿Irás al campamento maratha más tarde?

El pescador asintió moviendo la cabeza.

—Quiero que les lleves un mensaje de mi parte.

Christopher dijo lo que tenía que decir e hizo que el pescador lo repitiera dos veces. No se atrevió a ponerlo por escrito en un papel.

—Si te atrapan, lo negaré todo. Si me traicionas, encontraré a tu familia y los destriparé a cada uno como si fueran uno de tus peces. ¿Lo entiendes?

El pescador tembló. Christopher sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Si todo va bien, compartiremos las ganancias y nunca necesitarás arrojar otra red en tu vida.

\* \* \*

Esa noche, Shahuji llamó a Tom a su tienda. Era una estructura magnífica, como correspondía a un rey, con muchas habitaciones espaciosas cubiertas con tapices de seda y llenas de muebles de oro y caoba. Los quemadores de incienso ardían en los rincones para evitar que entrara el hedor del campamento. Por dentro, uno casi podía olvidar que estaba en campaña, salvo por el sonido de los cañones. Cada vez que un cañón disparaba, las paredes temblaban, y las fuentes de oro y las copas tintineaban en sus bandejas.

—¿Cómo avanza el asedio? —preguntó el rajá.

—Estamos ensanchando la brecha —respondió Tom—. Es un trabajo lento, las murallas tienen casi cinco metros de espesor en algunos lugares, pero los artilleros las están destruyendo.

—No con suficiente rapidez —reclamó Shahuji—. La pólvora y las municiones que trajiste de Brinjoan están disminuyendo. Mi ejército está lejos de las montañas. Los hombres que estaban ansiosos por pelear la semana pasada ahora se quejan porque extrañan sus hogares.

—Dejarán de quejarse cuando vean los depósitos de tesoros de los piratas —comentó Tom.

—Si es que llegamos a ellos.

Tom entrecerró los ojos. Este era el temor con el que vivía cada hora que duraba el sitio, que Shahuji perdiera la fe o el interés, o que ya no confiara en Tom.

—Espero que no esté pensando en abandonar el asedio, Su Alteza.

Shahuji se acercó a una bandeja de dátiles. Se puso uno en la boca y metió los dedos en un tazón de plata con agua para lavárselos.

—Me dicen que en tu país, las batallas se entablan hasta la muerte —comentó.

Tom pensó en la batalla de Blenheim, que se había librado unos años antes entre los ejércitos de Francia, Gran Bretaña y el Sacro Imperio Romano. Según los informes que había leído y oído



en Ciudad del Cabo, los franceses habían perdido más de treinta mil hombres, más de la mitad de su ejército. Asintió moviendo la cabeza.

—En la India, somos más civilizados —dijo Shahuji—. Sofisticados, tal vez. Como dijo nuestro gran sabio Kautilya: «La intriga es una mejor manera de ganar batallas que la fuerza». ¿Por qué derribar la puerta, si alguien te la abrirá desde dentro?

Tom comenzó a entender hacia dónde iba la conversación.

—¿Cree usted que hay un hombre así en Tiracola?

Shahuji asintió con un gesto.

—He recibido un mensaje.

Nunca había sido el estilo de los Courtney sacar provecho de la traición. Pero Tom vio el sentido de lo que el otro decía. Si el castillo pudiera tomarse sin un ataque frontal, costaría muchas menos vidas y aumentaría las posibilidades de encontrar a Agnes y Sarah ilesas.

—¿Quién es este hombre?

—Un pescador trajo el mensaje. Dice que el traidor es uno de los lugartenientes de Angria. Un hombre que entró a su servicio en busca de riquezas y, ahora, entiende que puede ser aún más rico si traiciona a su amo.

—¿Se puede confiar en un hombre así?

—Compraremos su lealtad. —Shahuji tomó una pequeña bolsa de seda y la vació en la palma de su mano. Un puñado de diamantes cortados brilló contra su piel oscura.

—¿Cómo hay que hacerlo?

—No puede escapar del castillo por tierra sin ser visto. Pero hay una entrada de agua, entre las rocas, que Angria usa para ingresar suministros. Mañana por la noche, un pescador llevará al traidor a una playa en la costa. Irás a encontrarte con él.

—¿Y si es una trampa?

Shahuji cerró a medias el puño y dejó que los diamantes volvieran a la bolsa.

—Estoy seguro de que sabrás qué hacer.

La noche siguiente era clara y tranquila. Una luna menguante estaba baja en el cielo, pero las estrellas brillaban sobre la arena blanca y las olas espumosas. Tom se quedó atrás entre las palmeras que bordeaban la playa para no ofrecer un blanco desde el mar. Miró los acantilados que dominaban la pequeña ensenada. Había colocado a Francis y a Merridew allí arriba, con armas de llave de chispa para que el brillo de las mechas no los expusiera.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Mohite, el *hubladar*, a su lado. Se había quitado la casaca del uniforme de la Compañía de las Indias Orientales y la había reemplazado con un *dhoti* tradicional de la India. En algún lugar de la armería de Shahuji, había conseguido una pesada maza.

Un crujido llegó desde el mar. Débil, de modo que el ruido del oleaje casi lo ahogaba, pero los sentidos de Tom eran sensibles a la menor perturbación. Espió en la oscuridad y vio una forma oscura y sólida contra el mar cambiante. Era un bote pequeño, uno de los *mussoolas* indios, tan ligero y de poco calado que cuando encontró una ola, el movimiento lo llevó casi hasta la playa.

Dos hombres saltaron y lo arrastraron por encima de las olas. Uno se agachó al lado del bote y esperó; el otro caminó confiadamente hacia los árboles. Era alto para ser un indio. De hecho, era casi tan alto como Tom. A la luz de las estrellas, Tom pudo distinguir una barba completa, un turbante bien enrollado y una espada en su cinturón.

No había razón para que Tom lo hubiera visto antes. Sin embargo, incluso en la oscuridad,

algo familiar lo inquietaba. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, el mismo presentimiento que había sentido cuando esperaba que el tigre emergiera del bosque. Trató de ver el rostro del hombre, pero estaba oculto en las sombras.

—¿Cómo te llamas? —gruñó Mohite.

—Raudra.

—Pregúntale cómo abrirá las puertas —le dijo Tom a Mohite.

Frente a él, Christopher se sorprendió tanto al escuchar la voz de Tom que casi respondió en inglés. Se contuvo y fingió escuchar mientras el *hubladar* traducía. Su mente se aceleró. Contra los árboles, era difícil distinguir al hombre con claridad, pero supo instintivamente que lo reconocía. «¿Era alguien de Bombay?», se preguntó. Los demás esperaban su respuesta.

—No puedo abrir las puertas principales. Están demasiado bien protegidas. Además, los verán cuando se acerquen.

—¿Y qué? —preguntó Tom con impaciencia—. ¿Por qué nos hiciste venir aquí?

Una vez más, Christopher se obligó a esperar hasta que el *hubladar* terminara de traducir. Eso le dio tiempo para estudiar más de cerca al inglés. Era alto y de hombros anchos, de pelo oscuro, barba oscura y un aire de dominio y seguridad. No muy diferente a Christopher, por cierto.

Y con un súbito sobresalto, se dio cuenta de quién era. Tom Weald, el hombre que lo había derrotado en Brinjoan; el hombre al que había visto por última vez entre los escombros humeantes del fuerte. El hombre cuya espada en ese momento colgaba de su cinturón, apretada contra el muslo. «¿Cómo es que está aquí?», pensó.

Weald estaba examinando a Christopher con la misma atención. ¿Lo había reconocido? ¿O era simplemente esa misma sensación de familiaridad?

—Angria tiene sus barcos en la ensenada al norte del castillo, protegidos por una barrera de troncos —explicó Christopher, obligándose a mantener serenidad en su voz y mirando hacia abajo para que su rostro quedara en sombras.

—Ya lo sabemos.

—Dentro de tres noches, cuando la luna esté completamente nueva, cortaré la barrera. La marea menguante se la llevará. Ustedes podrán entrar al puerto en botes pequeños y cortar las amarras o quemar la flota. Sin barcos, él no puede proteger su línea de suministros. Mejor todavía si ustedes pueden fondear sus propios *grabs* o *gallivats* en la ensenada, pues sus cañones pueden cubrir el acercamiento por tierra. Angria no quiere morir como un mártir. Si él piensa que no puede ganar, pedirá negociar la paz. Es el estilo indio.

Fue un largo discurso. Una vez que fue traducido, Tom sacó una pequeña bolsa del cinturón.

—El rajá Shahuji me ha dado esto. —Vacío la bolsa en la palma de su mano, y los diamantes cortados brillaron a la luz de las estrellas. Christopher los miró con avidez.

—Si haces lo que has dicho, Shahuji se ocupará de que seas bien recompensado —aseguró Tom—. Tú...

Se interrumpió. Cuando el pirata se inclinó, atraído por los diamantes, la luna brilló en la empuñadura de su espada. La luz blanca resplandeció en la piedra pulida engarzada en el pomo y en el grabado en oro que recorría la vaina, un diseño que Tom había conocido toda su vida. Era la espada de Neptuno. El zafiro azul se veía negro azabache en la noche, pero pudo ver el corte. Además, conocía la forma de esa espada tan bien como conocía la curva de las caderas de Sarah, así como la forma de la empuñadura, el diseño de la hoja, evidente incluso a través de la vaina. Era su espada azul. Casi se la arranca al pirata.

—¿De dónde sacaste esa espada? —gritó.

Christopher se enderezó y puso su mano derecha en la empuñadura.

—La gané en batalla.

Pero mientras el hombre hablaba, Tom de repente supo por qué le parecía familiar. Todo quedaba explicado. Este era el hombre que había visto en el palacio de la *rani*, el que había tomado sus cañones y había matado al capitán Hicks. Y en ese momento, movido por algún demonio, había aparecido ahí en Tiracola... y tenía en su poder la espada de Neptuno.

Se quedó mirando la espada. Después de su regreso a Brinjoan, había abandonado esa búsqueda. Sabía que el dolor de la pérdida nunca se iba a curar, pero se había resignado al hecho de que nunca podría esperar recuperarla. Y en ese momento, ahí estaba, al alcance de la mano. Sabía que debía guardar silencio, pero no pudo evitarlo.

—Esa es mi espada —afirmó con fiereza—. Pertenece a mi padre, y antes a mi abuelo y al abuelo de mi abuelo.

Christopher fijó su mirada en él.

—¿Su padre? —Habló en inglés, aunque en su mutua conmoción ninguno de los dos dijo nada al respecto. Las implicaciones eran tan inmensas que lo dejaron atontado, incapaz de entender la situación. Christopher se serenó.

—La espada me pertenece a mí —afirmó secamente—, y no la entregaría ni por todos los diamantes de las minas de Golconda.

La mente de Tom se aceleró. Con el *hubladar*, tenía la ventaja de los números. Todavía más, Francis y Merridew observaban desde los acantilados con los fusiles apuntándole al pirata. Lo único que tenía que hacer era gritar, y el pirata moriría. La espada volvería a ser suya.

Abrió la boca para dar la orden. En el fondo, una parte de su alma le gritaba, advirtiéndole que aquello era un error, que el costo sería algo que lamentaría toda su vida. Pero la espada estaba delante de él, el zafiro reflejaba las estrellas en sus facetas, haciéndole guiños. La había perdido y, en ese momento, la providencia la había devuelto a su poder una vez más. ¿Qué clase de hombre podría dejar pasar esa oportunidad? Era su derecho de nacimiento y, más que eso, estaba en juego todo el honor y el legado de los Courtney.

El pirata sabía que algo estaba mal. Dio un paso atrás; su mano fue a la empuñadura de la espada. Eso no lo iba a salvar de los francotiradores. Tom llenó sus pulmones con el tibio aire de la noche para gritar la orden a Francis y Merridew.

Pero las palabras no llegaron. El buen sentido de Tom se rebeló. Si mataba al pirata, no podrían cortar la barrera del puerto. El fuerte podría no caer, y muy probablemente Tom nunca volvería a ver a Sarah y Agnes a salvo.

¿Y cuánto valía el honor de los Courtney si sacrificaba a la mujer que más amaba por él?

Cerró la boca. De repente apenas si podía tragar. La vergüenza se apoderó de él, junto con el alivio de no haber dado la señal de disparar.

—Angria tiene dos prisioneras —dijo—. Son dos mujeres inglesas. ¿Las conoces? ¿Están a salvo?

Christopher relajó su puño sobre la espada. No sabía qué había pasado con Tom, pero había percibido el peligro en el aire.

—Sí —murmuró—. Sí, las mujeres están sanas e ilesas. Una está...

Había estado a punto de decir «embarazada», pero se detuvo. En los últimos cinco minutos, su situación había cambiado más allá de lo que podría reconocer. Necesitaba tiempo para concentrarse en sus pensamientos. Guardaría lo que sabía hasta haber decidido cuál era la mejor manera de usarlo.

—Una está un poco delgada, pero no está en peligro —dijo débilmente.

—Ocúpate de que no sufran ningún daño —ordenó Tom. Interiormente, estaba pensando:

«¿Quién eres?». ¿Quién era este hombre que hablaba inglés, aliado con piratas y bandidos, y que tenía su espada? ¿Qué extraño destino volvía a enfrentarlos?

Frente a él, Christopher no necesitaba preguntarse con quién estaba hablando. «La espada perteneció a mi padre...», había dicho el hombre. Si decía la verdad, y la pasión en su voz no le había dejado ninguna duda a Christopher, debía ser uno de los hermanos de Guy. William estaba muerto, y Christopher sabía por tradición familiar que Dorian tenía el pelo rojo. Solo podía ser su tío Tom Courtney con el que estaba hablando.

Christopher se sintió inmediatamente presa de un terrible temor, el de que Tom lo reconociera. Eso debía ser imposible, pues Tom nunca lo había visto antes en su vida y posiblemente ni siquiera sabía de su existencia. Por otra parte, Christopher nunca pensó que sería posible que se encontrara en una playa hablando con su tío muerto.

Tenía que escapar. Sin disculparse, dio media vuelta y corrió por la playa hacia el bote. Tan bruscamente que Tom casi dio la señal a sus tiradores por temor a alguna trampa.

—Espera —le gritó Tom.

Christopher se detuvo. Una vez más, su mano fue hacia la empuñadura de su espada al darse vuelta, tenso como una pantera a punto de saltar.

Algo voló por el aire. Instintivamente, Christopher lo atrapó con una sola mano. Era la bolsita de diamantes. Pudo sentirlos a través de la suave seda cuando cerró el puño.

—Casi lo había olvidado —murmuró con sorpresa.

—Asegúrate de no olvidarte de cortar la barrera —le advirtió Tom.

Las olas envolvieron los tobillos de Christopher mientras deslizaba el bote hacia el mar. El agua fría aclaró sus pensamientos, despertándolo del sueño en el que había caído.

—Lo prometo, la barrera estará abierta.

\* \* \*

Christopher saltó del bote, le dio al barquero una moneda de oro por su silencio y subió la escalera tallada en las rocas. Estaba resbaladiza por el agua que salpicaban las olas al romperse; dominado por sus pensamientos, casi pierde el equilibrio.

Dejó escapar una maldición y se obligó a concentrarse. Todavía no estaba fuera de peligro. Llamó a la portezuela y dijo su nombre.

Una cara apareció en la pequeña ventana enrejada en la puerta.

—¿Valió la pena?

Christopher casi había olvidado la mentira que había dicho. Se forzó a exhibir una sonrisa satisfecha.

—Y mucho más. Deberías probarla.

Los pesados pasadores se deslizaron. La puerta se abrió. Le dio al guardia una moneda de oro y pensó en la bolsita de diamantes que llevaba en el cinturón.

—Ni una palabra a Angria —le advirtió—. Si supiera que estuve fuera del castillo, me mataría.

—Ella debe ser algo especial para que valga la pena arriesgar el cuello —señaló el guardia, esperando detalles.

—¡Más dulce que la miel y las rosas! —coincidió Christopher.

Subió y atravesó el castillo hasta la sala de la torreta. Lydia lo estaba esperando, recostada en la cama.

Él destrabó los grilletes. Ya se había convertido en una rutina. Durante el día, ella permanecía en el calabozo, pero todas las noches, el carcelero la llevaba a su habitación. Christopher no entendía por qué, pero ansiaba su compañía más de lo que le gustaba admitir. Después de tantos meses y años de vivir un engaño, era liberador volver a hablar en inglés y ser entendido. Pero era más que eso. Ella tenía algo a lo que él respondía, una chispa que tocó el papel seco en lo profundo de su alma y lo encendió.

También era la amante más imaginativa y desinhibida que había tenido jamás, más salvaje incluso que Tamaana.

Ella le acarició la espalda. Estiró el brazo y deslizó la mano por el muslo de él, entre sus piernas, para tomarle el pene y frotarlo entre sus dedos. Él no respondió.

Giró un poco y se arrodilló delante de él. Le levantó la falda de su *dhoti* y lo puso en su boca. Ella no era ingenua, ya había sobrevivido a dos esposos y diez veces más amantes, pero nunca había tenido a un hombre tan bien dotado como Christopher. Aunque ella lo había seducido con la clara determinación de sobrevivir, descubrió que él realmente la excitaba. Pasaba todos los días deseando que llegara el carcelero para llevarla a la torre.

Ella pasó la lengua a lo largo de su miembro viril. No reaccionó.

Se levantó, lo abrazó y frotó los senos contra el pecho de él. Echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

—¿Hay algún problema?

En su estado de agitación, Christopher apenas se dio cuenta de que ella le había hablado. Se apartó de ella y sacó la larga espada de Neptuno, meditando sobre su propio reflejo en la hoja.

—¿Te he disgustado? —preguntó Lydia con cierta preocupación. Por mucho que se sintiera atraída por Christopher, sabía que no podía darse el lujo de dejarlo insatisfecho. Su vida dependía de ello. Él levantó la vista.

—Me enteré de algo esta noche que no puedo comprender del todo.

Ella le acarició el brazo con sus largos dedos.

—¿De qué se trata, mi amor?

—No lo entenderías.

Ella sintió los músculos del hombro de él, gruesos como cadenas de ancla. Sus dedos se movieron con fuerza, explorando su carne. Él gruñó con satisfacción.

—Cuéntamelo, mi amor —insistió ella, con una voz más bien infantil—. Hay muchas cosas enredadas dentro de ti. ¿Por qué no me dejas compartir tu carga?

Él no había tenido intención de decirlo, pero el contacto con ella liberó algo, como quien descorcha una botella.

—Tom Courtney está aquí —soltó.

Los dedos de Lydia dejaron de moverse.

—¿Tom Courtney?

—El hermano de Guy. Lo vi esta misma noche. Él está aquí, con el ejército sitiador.

—¿Como puedes estar seguro?

—Reconoció la espada. Dijo que había pertenecido a su padre. Solo puede ser él. —Una vez que había empezado, las palabras le salieron como un río que desbordaba las orillas—. Dijiste que una de tus compañeras es Sarah Courtney. Ella es su esposa, él debe haber venido a rescatarla.

La mente de Lydia se movía a toda velocidad, tratando de absorber esta información y determinar su importancia.

—¿Crees que el gobernador lo envió? —preguntó con cautela—. ¿Podría ser que Guy haya

reunido este ejército para liberar a Agnes y a Sarah?

Christopher se echó a reír.

—Eso es impensable. Guy odia a Tom incluso más de lo que me odia a mí. Si Guy supiera que Tom está aquí, él mismo vendría y le serviría su cabeza en una bandeja a Angria.

—Sabes mucho sobre los asuntos de los Courtney —comentó Lydia con aspereza—. ¿Has tenido relaciones sexuales con Sarah sin que yo lo sepa?

La cara de Christopher se oscureció de nuevo. Miró a Lydia, observándola con ojos tan duros que de repente ella temió por su vida. En ese estado de ánimo, él podría ser capaz de cualquier cosa.

—Dime, mi amor —suplicó—. Estoy de tu lado.

Ya no podía mantenerlo más en su interior.

—Sarah Courtney es mi tía —comenzó—. Yo soy Christopher Courtney, hijo de Guy. Hace dos años desafié a Guy y escapé de Bombay.

De repente, todo quedó claro para Lydia.

—Debes odiar mucho a Guy.

—¡Con todo mi corazón!

La conversación estaba avanzando demasiado rápido. Con tantos senderos posibles, Lydia ya no podía calcular su ventaja. Tal vez debería guardar el secreto. Pero si ella no lo decía en ese momento y Christopher se enteraba más tarde, nunca la perdonaría.

Ella se inclinó hacia él. Incluso su autocontrol vaciló ante lo que tenía que decir.

—Hay una razón por la que Guy te odia, que ni siquiera tú sabes. Guy no es tu padre.

Christopher estaba tan sorprendido que casi se echó a reír. Luego su rostro se endureció, como si quisiera golpearla.

—¿Qué maldad es esta? —Su voz se alzó—. ¿Crees que porque te recibo en mi cama puedes insultarme de esta manera? Puedo hacerte encadenar otra vez en tu mazmorra en este mismo instante, o entregarte a Angria para que se divierta.

—Sarah Courtney me lo dijo —chilló Lydia—. Su hermana Caroline, tu madre, se acostó con Tom cuando salieron de Inglaterra. Estaba embarazada antes de que Guy la tocara. —Vio en el rostro de él que comenzaba a darse cuenta—. Embarazada de ti.

—Eso es imposible. —Pero mientras él se aferraba a esa certeza, esta se desintegraba a su alrededor. La verdad de aquello resonó profundamente en su alma, y él no pudo bloquearla. Todo se puso en su lugar. Como un capitán que alinea las marcas para guiarlo hacia el puerto, él pudo trazar el curso de su vida de otra manera. Los cambios de estado de ánimo de Guy, su resentimiento contra su esposa y su odio hacia su hijo. La forma en que los hombres de la Compañía susurraban sobre él, desde que era un niño, y la forma en que siempre guardaban silencio cuando Guy entraba en la habitación. El hecho de que su padre fuera pelirrojo y de piel pálida, mientras que Christopher era moreno y fuerte. «¿Pensaste que eso te venía de tu madre?», se reprendió a sí mismo. Él era la imagen viva del hombre en la playa, Tom Courtney, si él lo hubiera notado.

Su vida entera estaba siendo escrita de nuevo. Se apoyó en el alféizar de la ventana para mantener el equilibrio, mirando hacia la noche. Lydia lo envolvió con sus brazos.

—Tom es tu padre —aseguró ella de nuevo—. Y está aquí, esperando. —Señaló por la ventana, hacia las fogatas que ardían en el campamento de los sitiadores—. Seguramente ahora no puedes negarle a su esposa, su tía y su propio hijo. Vamos a él esta misma noche. Estoy segura de que podrías lograr que pasemos sin molestar a los guardias. Él estará encantado de verte. Te abrazaría como a su hijo.

Ella esperó. Christopher apoyó la espada de Neptuno en la ventana, con la hoja apuntando hacia el horizonte, y miró hacia afuera.

—Esto debería haber sido mío por derecho —murmuró—. Tom Courtney la recibió de su padre, y yo la habría recibido de él. Si no me hubiera abandonado.

—Ahora él te ha encontrado —puntualizó Lydia.

Christopher la miró como un hombre que despierta de un sueño.

—No —dijo suavemente. Y luego, con creciente certeza—: No.

Lydia nunca había visto tanta ferocidad en sus ojos. Ella se encogió.

—No entiendo.

Christopher metió la espada en su vaina.

—¿Qué clase de hombre es Tom Courtney? —se preguntó con saña—. Gozó de mi madre y luego la desechó como un trapo sucio cuando quedó embarazada. De *mí*. No es de extrañar que mi padre, Guy, me odiara tanto. Por mucho que tratara de complacerlo, hiciera lo que hiciese para ganarme su afecto, él no podía amarme porque no era suyo.

—No podías haberlo sabido.

—Cómo lo detesté. —Las palabras salieron ásperas, cada una arrancada de él—. Yo no entendía. Él salvó el honor de mi madre cuando pudo haberla dejado en su vergüenza. Era demasiado esperar que él también me amara. Yo era un reproche viviente, la prueba del crimen de su hermano, pero aun así él me aceptó como propio. Hizo lo mejor que pudo, me trató como a su hijo, y con lo único que le pagué fue con odio. Y si tú no hubieras venido a mí, nunca lo habría descubierto.

Él le sostuvo el rostro apretado entre sus manos. Lydia no respiró. Lo miró a los ojos y no pudo decir si él quería besarla o romperle el cuello.

—Lo siento —jadeó ella.

Christopher la besó en la frente.

—No has hecho nada malo. Gracias a ti, tengo una gran oportunidad.

Las esperanzas de ella aumentaron.

—¿Para la reconciliación?

—Para la venganza.

Los botes no hacían ningún ruido mientras se deslizaban hacia el puerto. Francis había ordenado a los hombres que aceitaran los toletes y que envolvieran trapos alrededor de los remos para amortiguar sus ruidos. Los soldados marathas eran hombres de montaña, no acostumbrados a las tareas a bordo. Tom y Francis los habían hecho practicar todo el día, fuera de la vista desde el castillo, y distribuyeron a los hombres del *Kestrel* entre ellos para que los guiaran. Pero por la noche, en el mar abierto, todavía eran torpes.

Uno de los remeros perdió el ritmo. Desequilibrado, soltó el remo, se cayó sobre la bancada del bote y aterrizó sobre una pila de armas amontonadas en la sentina. Echó maldiciones. El remo golpeó contra la borda. Las armas debajo de él chocaron y tintinearón.

—¡Silencio, ahí! —siseó Francis.

El hombre, avergonzado, se apresuró a volver a la bancada. La tripulación mantuvo sus remos al nivel por un momento, sin atreverse a respirar mientras escuchaban a la espera de alguna señal que indicara que habían sido descubiertos.

Lo único que oyeron fue el parloteo de pájaros e insectos desde la orilla, el golpeteo de las olas y el goteo de agua de sus remos. Junto a Francis, Merridew susurró una orden y los remeros reanudaron sus brazadas.

—Espero que puedan mantener la calma cuando las balas de mosquete comiencen a volar —susurró Merridew—. Si la barrera no está cortada, tendremos que remar a toda prisa.

—Debe estar cortada —insistió Francis, más para tranquilizarse a sí mismo que a sus compañeros de tripulación. Por el lado de estribor, el castillo se alzaba en lo alto del promontorio, negro contra el cielo iluminado por las estrellas. Una luz solitaria brillaba en lo alto de una de las torres. Francis imaginó a un vigía mirando por la ventana y se preguntó si se daría cuenta de las pequeñas embarcaciones que se dirigían a la barrera. Cuatro falúas, *gallivats* indios, cada uno cargado con cincuenta hombres armados.

«Ojalá Tom estuviera aquí», pensó. Por todo lo que habían sufrido juntos, se sentía seguro con su tío. Había supuesto que Tom iba a dirigir el ataque, eso era lo que Tom había exigido, pero Shahuji se lo prohibió.

—Tú eres el hombre que nos trajo las grandes cañones y nos enseñaste a dispararlos como lo hacen los hombres de sombrero —le había dicho—. Si te perdieras en la oscuridad, o fueras encontrado por alguna patrulla en movimiento, o fueras descubierto por los centinelas, eso quebraría el ánimo de mi ejército.

—Mi esposa está allí —había protestado Tom, pero antes de que pudiera seguir discutiendo, Francis intervino. Sabía lo que tenía que hacer.

—Yo dirigiré el ataque.

En ese momento, en el bote, no lo lamentaba, aunque estaba terriblemente asustado. Adelante, oyó el crujido de cuerdas y maderas. Estaban acercándose al fondeadero. Escudriñó la oscuridad, buscando la barrera y esperando que no estuviera allí.

—Al menos, no parecen estar esperándonos —murmuró Francis. Ninguno de los barcos tenía luces, y ningún fuego de vigilancia ardía en la orilla. Tal vez Angria había llevado a todos sus hombres al castillo.

Tocó el saco a sus pies. Contenía potes de arcilla llenos de aceite, cada una con una mecha lenta que sobresalía de la tapa. No se habían atrevido a llevar fuego en los botes por temor a ser vistos, pero en cada bote había un yesquero. Tan pronto como estuvieran entre los barcos de Angria, encenderían las mechas y arrojarían las bombas a bordo.



Habían pasado el promontorio y habían entrado en la cala. La tierra se alzaba a ambos lados, un color negro sólido contra el cielo moteado. Ya debían estar cerca de la barrera. O tal vez la habían pasado sin darse cuenta. Quizás el traidor había cumplido su palabra.

Francis se levantó de su banco, balanceándose con el movimiento del bote. Miró hacia adelante. ¿Había algo adelante, o era solo un espacio de calma en las aguas oscuras?

Con un ruido, la proa golpeó algo sólido. Francis se echó hacia atrás y se sentó con fuerza en su banco. Los hombres murmuraron alarmados. Algunos soltaron sus remos y tomaron las armas.

—¿Es la barrera? —preguntó Francis alarmado.

Merridew estiró el brazo y palpó en la oscuridad.

—Es un bote —respondió—. Estamos dentro del puerto.

Francis respiró profundamente, aliviado. No dudaba de la codicia del traidor, pero aun así no había confiado en él. Hasta ese momento, no había estado seguro de que la barrera estuviera abierta.

—¿Debo preparar las granadas? —preguntó Merridew.

—Espera hasta que estemos más adentro —replicó Francis—. Una vez que el primer barco se prenda fuego, tendremos que movernos a toda prisa para poder escapar.

Se dio vuelta para ver si los otros botes lo habían seguido. Filas de remos mojados brillaban ligeramente detrás.

—Pasa la orden para el último bote: que espere aquí y proteja nuestra retirada. Para el resto, adelante.

Los botes se abrieron paso a través del fondeadero. Merridew iba arrodillado en la proa con un bichero, listo para apartar cualquier obstáculo inesperado. Al estar en medio de la flota de Angria, Francis pudo ver los barcos con mayor claridad. Muchos eran naves pequeñas, no más grandes que su propio *gallivat*, pero varias eran los más grandes *grabs*, barcos de nariz chata cuyos mástiles se alzaban sobre los hombres en el bote. Francis supuso que tendrían grandes cantidades de pólvora, a menos que Angria la hubiera sacado para complementar la provisión de explosivos del castillo. Tenía que estar bien lejos antes de que estas naves explotaran.

Siguieron remando. Ya no había más *grabs* adelante. Debían haber llegado a las aguas menos profundas en la parte de atrás del fondeadero, cerca de donde desembocaba el río. Francis ordenó a los remeros que se detuvieran.

—Ya estamos suficientemente lejos —declaró—. Preparen las granadas.

Vaciló. Ese era el momento de mayor peligro, muy dentro de la ensenada, con dos filas de naves entre ellos y un lugar seguro. Y era el momento de encender una llama, anunciando su presencia a cualquiera que tuviera ojos para ver.

Pero para eso habían venido. Francis sacó el yesquero y preparó un montoncito de leña. Merridew vació el saco y alineó las granadas sobre el banco de popa. Francis golpeó el pedernal contra el acero.

La primera chispa aún no había tocado la yesca cuando un disparo rompió el silencio de la noche. La cabeza de Francis se levantó de golpe, justo a tiempo para ver el destello de un fognazo en algún lugar cerca de la boca de la bahía.

—¿Fueron nuestros hombres? —Pero cuando una segunda explosión llegó a sus oídos, supo que no podía ser. El bote que había dejado para proteger su escape debería haber estado en el medio del canal. El disparo había llegado desde la orilla más cercana.

—Que los botes den la vuelta —gritó—. Nos han descubierto.

Los hombres dejaron caer sus armas y agarraron los remos. En la oscuridad, muchos chocaron entre sí. Algunos se movieron en direcciones opuestas y sus remos chocaban unos con otros. El

bote giraba en un círculo sin rumbo.

—Todos a la vez, maldita sea —gritó Francis. Delante de él todo era un caos oscuro de cuerpos, cuchillos y remos. Ni siquiera podía ver para organizarlos.

Y de repente, todo se iluminó. Por toda la bahía, a lo largo de ambas orillas, enormes hogueras cobraban vida. Sus llamas se elevaban tan alto, tan brillantes, que Francis quedó cegado por un momento. Más luces aparecieron en los barcos amarrados, que resonaban por los ruidos de muchos pies que se precipitaban hacia las cubiertas desde sus escondites más abajo.

La noche se convirtió en día. Cuando su visión se ajustó, Francis vio a los hombres en el bote congelados por el pánico, como si los hubiera visto en el instante de un relámpago. Salvo que la luz se hacía cada vez más brillante. Se encendieron más fogatas, balizas en las partes altas. Se encendieron luces dentro del castillo. Desde los barcos, escuchó el ominoso estruendo de los cañones que eran empujados a través de las troneras.

—¡Es una trampa! —gritó Francis.

Tom no podía dormir. Sabía que Francis estaba en el agua, en la oscuridad, arriesgando su vida para salvar a Sarah y a Agnes. No era propenso a la ansiedad, pero en ese momento, esta lo devoraba. Había tratado de recostarse en su tienda, esperando que una siesta hiciera que el tiempo pasara más rápido. De hecho, solo se hizo más lento, a medida que cada pensamiento oscuro y cada preocupación se agolpaban en su mente. ¿Y si la barrera no estaba abierta? ¿Qué pasaría si el pirata los hubiera tomado por tontos o si Angria lo hubiera descubierto y torturado para revelar su plan? ¿Y si...?

Hasta que finalmente dejó su tienda y subió a la cima de la torre de vigilancia en la colina. Desde esta altura, podía ver por sobre el borde de la bahía y abajo hasta la ensenada, donde estaba amarrada la flota de Angria y donde ya debía estar Francis. Tom no tenía ninguna duda de que estaría a la cabeza de todos.

Estaba orgulloso de su sobrino. Los últimos meses, rara vez habían estado lejos el uno del otro. En ese momento, con Francis ausente, se dio cuenta de lo mucho que sentía la ausencia del muchacho. Había llegado a confiar en él: su pasión juvenil, su determinación, su buen humor tranquilo. Un hijo del que cualquier hombre podía estar orgulloso.

Una punzada de culpa le retorció el vientre. Una vez más, revivió aquella terrible escena a orillas del Támesis, hacía muchos años. Veía la pistola en la mano del hombre encapuchado, y la espada de Neptuno lanzada como una jabalina para perforar el corazón del hombre. Veía a Aboli levantando el sombrero del hombre muerto para encontrar el rostro de Billy en aquel cuerpo.

«Yo maté al padre de Francis», pensó. Era su pecado original. El único hecho ineludible que lo enfrentaba cada vez que miraba a Francis.

Pero, se consoló, «Billy no habría amado a Francis por lo que él es». Billy habría odiado la bondad en el corazón de Francis, y se la habría quitado a golpes hasta deformarle el alma. Francis se habría convertido en un desastre retorcido y encogido. O, peor aún, en la imagen viva de Billy: un demonio negro que solo se preocupaba por el poder, cuya fortaleza provenía de infligir dolor a los demás.

«Yo maté a Billy. Pero también salvé a Francis». Descubrir eso fue como una llave que giraba en el corazón de Tom, abriendo una cerradura que había estado cerrada durante casi veinte años. No había entendido lo mucho que lo había atado hasta que se desvaneció. Su espíritu pareció crecer dentro de él, llenando su cuerpo. El aire fresco de la noche en sus pulmones se sentía fresco y limpio. Los olores en la noche de los que no se había percatado parecían repentinamente fragantes en su boca.

La culpa por la muerte de Billy siempre estaría ahí. Pero, por fin, también tenía la promesa de la redención.

Una luz se encendió en la oscuridad, allá abajo. Tom se aferró al parapeto de la torre de vigilancia, todos los pensamientos sobre Billy desaparecieron de su cabeza. Francis debía haber pasado ya la barrera y debía estar muy dentro de la ensenada, comenzando a lanzar sus artefactos incendiarios. Tom buscó en la noche los pequeños botes de Francis. Esta era la parte más peligrosa del plan. Si Francis no lograba escapar rápidamente, quedaría atrapado bajo los cañones de Angria.

Pero las llamas no salían de los barcos anclados. Provenían de la costa. Una enorme hoguera lanzaba chispas en la noche. Una segunda se encendió a su lado, luego otra, y otra, hasta que toda la bahía se convirtió en un caldero de luz. Aparecieron hombres en las cubiertas de los barcos. No eran los vigilantes nocturnos adormecidos, torpes por la sorpresa, sino escuadrones de hombres bien entrenados que corrían hacia los aparejos de los cañones.

Tom observaba, asqueado. Luego actuó. Se deslizó por la escalera, quemándose las manos, y corrió hacia la tienda de Shahuji.

—Nos estaban esperando —espetó. No tuvo que explicarlo. El ruido de un cañonazo resonó a través de las paredes de la tienda, seguido de muchos más. Era un bombardeo implacable. Tom no quería ni pensar en Francis en un pequeño bote bajo el fuego de esos cañones.

Shahuji se levantó de la cama donde dormía y se puso una bata. Desde la ensenada, los disparos continuaban sin cesar.

—Deme quinientos hombres —pidió Tom—. Puedo llevarlos a la bahía y crear una distracción, o al menos intentar atraer su fuego.

Shahuji negó con la cabeza.

—Sé que tu sobrino está ahí abajo. Pero los lados de la ensenada son acantilados escarpados. Nunca podrías bajarlos en la oscuridad. Y los accesos están cubiertos por los cañones del castillo. Si estaban esperando los botes, seguramente también esperan que intentemos rescatar a nuestros hombres. Sus artilleros estarán agachados detrás de esas murallas en este mismo instante, a la espera de hacerte pedazos.

Tom sabía que decía la verdad. Pero el temor por Francis le quitaba todo razonamiento de la cabeza.

—Iré yo mismo.

—Tú puedes hacer lo que desees. Pero morir como un mártir no salvará a tu sobrino, ni a tu esposa, en el castillo.

Tom hizo una pausa, frenado por la implacable calma del rajá. No debería tener que recibir lecciones de moderación de un hombre tan joven como Shahuji.

—Usted dijo que si este ataque fallaba, tal vez habría que levantar el sitio —dijo Tom.

—Te lo dije una vez antes, somos como ratas en el ático. Mordisqueamos a nuestros enemigos, y cuando vienen los gatos, corremos de vuelta a nuestros agujeros. Así es como sobrevivimos.

El ruido de la batalla sonaba más fuerte que nunca. Tom sintió que los postes de la tienda temblaban con las vibraciones. No tenía más tiempo.

—Angria sabía que íbamos a atacar el puerto —dijo de repente.

—Así parece.

—Entonces habrá enviado a hombres del castillo para reforzar la flota. —Un plan se estaba fraguando en la mente de Tom; era una apuesta desesperada, pero no podía pensar en otro. Francis, Sarah y Agnes, todas sus vidas pendían de un hilo esa noche. Shahuji vio la intención en su rostro.

—¿Qué vas a proponer?

—Lo último que Angria esperaría.

Las fogatas en la ensenada ardían tanto que su luz tocaba las nubes. El humo flotaba en el agua; el eco de los cañones resonaba por toda la bahía.

En la parte de atrás de la bahía, los botes de Francis estaban atrapados como gatitos en un saco. Para escapar, tendrían que atravesar la tormenta más allá de la línea de las naves ancladas de Angria, los grandes *grabs* con sus pesadas baterías de cañones. Los hombres se esforzaban con los remos para mover los *gallivats*, pero era un trabajo terriblemente lento. Las balas de cañón pasaban silbando en el aire por todos lados. Una le arrancó la cabeza a un hombre y se la llevó al mar como una pelota perdida en algún juego. Otra golpeó directamente en el bote de atrás. Se partió en dos, arrojando a la tripulación al agua. Los gritos se sumaron al rugir de la batalla. Pocos de los marathas sabían nadar.

Francis agarró el timón y lo dio vuelta. La proa del *gallivat* se volvió hacia la línea de *grabs* anclados.

—¿Qué está haciendo? —bramó Merridew—. Esto es una locura.

—Tenemos que meternos más entre las naves de la flota —explicó Francis—. Sus cañones no podrán seguir disparándonos.

Los hombres apuraron los remos. De cara a la popa, no podían ver hacia dónde los guiaba Francis, pero podían darse cuenta por el rugido cada vez mayor de los cañones de lo que él quería hacer. Ya podían sentir el calor de los cañones en sus espaldas, estallidos de aire caliente cuando el cañón arrojaba fuego detrás de ellos. Bolas de hierro rasgaban el aire a su alrededor. Los disparos pasaban silbando por encima de sus cabezas, algo aterrador, pero ya no amenazaban a los hombres. El bote se había acercado tanto que los artilleros que estaban en los *grabs* no podían bajar sus cañones lo suficiente.

Las notas graves de los cañones dieron paso al crujir de los mosquetes. Algunos de los hombres a bordo de los *grabs* habían subido por los aparejos, tomando posición en las cofas y las crucetas, desde donde podían disparar a voluntad. Alrededor de los botes, una fuerte lluvia de plomo golpeaba el mar y lo hacía parecer que hervía.

Muchos de los tiros daban en el blanco. En un bote abierto, tan cargado de marineros, los hombres de Francis no tenían ningún lugar donde refugiarse. Pronto la sentina se puso roja de sangre. Las regatas eran trituradas y convertidas en astillas. Remos sueltos colgaban abandonados de sus toletes, frenando su avance.

—Apunten todos sus disparos al *grab* más cercano —gritó Francis, aunque pocos hombres pudieron haberlo oído por encima de los gritos de los heridos. Aunque no podían localizar a los tiradores a bordo de la nave, los piratas podían vaciar sus mosquetes sobre el pequeño bote a voluntad.

Francis miró hacia adelante. Los rostros de los remeros estaban fijos en él, encorvados sobre sus remos y salpicados de sangre. El hecho de que aún pudieran moverse, bajo ese ataque, era testimonio de su valentía. Pero estaban a punto de quebrarse. Para luchar contra los piratas, iban a necesitar algo más.

Por primera vez en su vida, Francis comprendió la verdadera carga del liderazgo. Tendría que mostrarles el camino, aunque muriera en el intento.

Se puso de pie, agachándose para mantenerse por debajo del vuelo de las balas de cañón. A pocos centímetros de su cabeza, el viento que levantaban le revolvió el pelo. Ya de pie, pateó algo duro en el fondo del bote. Era una de las granadas incendiarias, olvidadas cuando los piratas

habían accionado la trampa. Agarró una en cada mano.

—Dame fuego.

Merridew produjo una llama y encendió las mechas. Apuntando con cuidado, Francis arrojó los dos frascos a la nave. Bajo fuego, desde un bote que se balanceaba y cabeceaba debido a los movimientos de los heridos, apenas pudo mantenerse de pie, pero todas sus vidas dependían de ello.

Dio en el blanco. Los potes golpearon los costados de la nave, justo debajo de la borda, y explotaron con dos grandes destellos de llamas. Los piratas que estaban al lado fueron arrojados hacia atrás, salpicados con el aceite en llamas. Algunos se prendieron fuego y rodaron sobre la cubierta para tratar de sofocar las llamas que salían de sus cabellos y sus ropas. El *gallivat* chocó junto al *grab*.

—Conmigo —gritó Francis. Una cuerda colgaba a un lado. La agarró y se lanzó hacia las plataformas de madera que mantenían los aparejos en pie al costado de la nave. No tuvo tiempo de asustarse. El aceite se había quemado rápidamente, pero no había incendiado el barco. Los piratas ya estarían reagrupándose.

Trepó por los obenques, saltó a la cubierta y sacó la espada. Un pirata trastabilló hacia él, todavía cegado por el brillo de la explosión del aceite. Francis apuntó un hábil corte al cuello y lo derribó con un solo golpe.

Luchó sin piedad. Por su vida, por sus hombres, por Sarah y por Agnes, y por la esperanza de poder volver a ver a Ana. Saltó sobre un cañón y sintió el calor del hierro a través del zapato, pateó a un pirata en la cara y luego lo atravesó por el vientre mientras caía hacia atrás.

Con un grito, un cuerpo golpeó la cubierta a su lado. Levantó la mirada. Más de sus hombres ya estaban a bordo, y algunos habían trepado por los flechastes para desalojar a los tiradores. Los arrancaron de los aparejos y los arrojaron a la muerte.

El *grab* no tenía su tripulación completa. Confiando en la cantidad de barcos que tenía, Angria había distribuido a sus hombres por toda la flota, solo los suficientes para manejar los cañones. No habían esperado ser abordados. Los hombres de Francis luchaban con furia desenfrenada, enardecidos por la traición y por los terrores que habían sufrido en el pequeño bote. Pronto, todos los piratas estaban muertos o habían sido arrojados al agua.

Francis miró hacia la cubierta y se dio cuenta de que el barco era suyo. Pero aún estaban en lo profundo del fondeadero, con muchas de las embarcaciones de Angria entre ellos y la boca de la bahía.

—Corten la cadena del ancla —ordenó. Era una noche de luna nueva y la marea de primavera estaba menguando rápidamente. Aún podría llevar al barco a mar abierto si los cañones de los piratas no lo hundían primero.

Con un sobresalto, se dio cuenta de que era casi el marinero con más experiencia a bordo. Eso no decía mucho acerca de sus posibilidades de éxito. Pero Merridew estaba con él, y sabía lo que se necesitaba. Les mostró a los marathas la cadena del ancla y dónde cortarla. Mientras lo hacían, Francis ubicó las escotas e hizo que sus hombres tiraran de ellas. La vela mayor se soltó. Merridew corrió por la verga y aflojó los puños de escota. Torpemente, vacilante, la nave comenzó a avanzar. Merridew se deslizó por la burda y aterrizó como un gato en la cubierta.

—Tal vez sería mejor bajar, señor. —Señaló la línea de *grabs* amarrados más adelante—. Todavía tenemos que pasar junto a aquellos para salir a aguas abiertas.

Las hogueras habían empezado a arder con menos intensidad. Los piratas en la orilla, ya sin poder ver con toda claridad lo que estaba sucediendo en la cubierta del barco, no disparaban por temor a hacerlo contra su propia tripulación. Pero en ese momento, seguramente, adivinaron que

los marathas se estaban llevando la nave y les dispararon. Francis miró la escotilla abierta.

—No me voy a esconder —dijo con firmeza. Miró a la proa del *grab*. Sobre ella se alzaba un castillo de proa cuadrado, abierto en la parte de atrás. En su interior brillaban los largos cañones de nueve libras.

—Quizás podamos mejorar las probabilidades.

Escogió a una docena de hombres que él sabía que se habían ocupado de los cañones de asedio y los envió adelante. Los piratas habían dejado bastante pólvora y municiones en cubierta. Trabajando rápidamente, como Tom les había enseñado, los hombres cargaron los cañones de proa y los apuntaron a la popa de la nave que tenían adelante.

—Apunten lo más bajo que puedan —ordenó Francis—. La llenaremos de balas de proa a popa.

La embarcación tembló cuando los cañones rugieron. Para su deleite, Francis vio que las balas daban en el blanco a través de la popa, justo en línea con la cubierta principal. Sabía, por haber sido entrenado por Tom y por Aboli, que las balas volarían sin impedimentos a lo largo de la cubierta, derribando a cualquier hombre en su camino y dejando un caos de sangre.

—Volver a cargar —ordenó. La mayoría de los hombres no hablaba inglés, pero entendían las órdenes. Trabajaron rápidamente, limpiando el cañón, cargando el nuevo proyectil y tirando de los aparejos para sacar otra vez al cañón. Los piratas, no acostumbrados a semejantes pautas de artillería, no esperaban otro ataque tan rápido. Ya estaban tan cerca que Francis escuchó los gritos que llegaban de la cubierta de cañones.

Merridew había tomado el timón. En ese momento, cambió el rumbo para pasar junto a la otra nave. Pero en lugar de dirigirse al canal libre a babor, se dirigió hacia el otro lado del *grab* del enemigo. Francis aprobó con un movimiento de cabeza. Podrían usar los barcos de Angria para protegerlos de los cañones del castillo.

Aun así, era una vía peligrosa para maniobrar. Cuando llegaron a ponerse lado a lado con el siguiente *grab* en la fila, pasaron tan cerca que los extremos de las vergas chocaron unos contra otros. Si los piratas hubieran tenido sus cañones de estribor listos, podrían haber disparado contra la nave de Francis a quemarropa. Pero, como Francis había anticipado, todos sus cañones apuntaban al canal del otro lado. Vio a las tripulaciones que arrastraban las cureñas, moviendo los cañones con espeques.

—Vamos a ver si les gusta esta fuerte medicina —murmuró. Buscó otra granada, la encendió y la arrojó por encima del estrecho espacio entre las naves hacia el otro bote. Aterrizó sobre un rollo de cuerdas y explotó. En un instante, los piratas abandonaron toda idea sobre cañones y corrieron para apagar el fuego antes de que alcanzara los barriles de pólvora que habían dejado deliberadamente en cubierta. Un hombre vació un cubo de agua sobre el incendio y fue envuelto por una gran ola de fuego que surgió del aceite en llamas.

Una brisa constante soplaba desde la costa, canalizada a través de la estrecha ensenada para hacerse más fuerte. El *grab*, diseñado para maniobrar con el más ligero de los vientos, aumentó la velocidad. Ya habían pasado la última de las grandes naves y se dirigían hacia mar abierto. Algunos cañones en la orilla dispararon, pero no preocuparon a Francis. Los cañones en el castillo no podían bajar la puntería lo suficiente, mientras que los de la bahía estaban mal apuntados. Ninguna de las balas llegó cerca de ellos.

Miró hacia atrás para observar el fondeadero. Habían superado la trampa e hicieron que los piratas pagaran por su traición. Cortaron las amarras de una nave y quemaron otra, que se había deslizado entre los *gallivats* de Angria, hundiendo o quemando media docena más de barcos. Pero más de la mitad de la flota pirata aún sobrevivía, y de los doscientos hombres que habían llegado

a la bahía, solo treinta o más estaban escapando. Era un precio muy alto, y Francis sintió todo ese peso sobre sus hombros.

Se preguntaba qué habría pasado con el bote que había dejado para proteger su escape. Miró hacia adelante de nuevo, tratando de ver algo en la oscuridad del mar. Ahí fue donde comenzó el ataque, recordó. Disparos en la boca de la bahía.

No podía ver el bote. Pero mientras lo buscaba, se dio cuenta de una gruesa línea oscura trazada sobre el mar. Por un momento, su mente renuente trató de creer que podía ser una sombra, o un truco de las olas. Pero era mentira. No podía negar la evidencia que le mostraban sus ojos. Gruesos troncos de árboles, atados con cadenas, cerraban toda la boca de la bahía.

—Han cerrado la barrera —gritó.

La nave se estremeció cuando Merridew giró la rueda del timón.

—Mantén tu rumbo —ordenó Francis con fiereza.

—Pero eso nos llevará directamente contra la barrera —protestó Merridew.

—Entonces la embestiremos.

—Romperemos la proa. Nos vamos a hundir. —Ambos habían observado, en los reconocimientos más temprano en el día, el patrón de ondulaciones que revelaban peligrosas corrientes submarinas donde la bahía se encontraba con el mar abierto—. Seremos arrastrados al mar y nos ahogaremos.

La esperanza desapareció del pecho de Francis cuando se dio cuenta de la verdad de lo que decía Merridew. Pensó que habían escapado de la trampa, pero en realidad esta se había cerrado alrededor de ellos. Sus únicas opciones, entonces, eran romper su nave en pedazos, o esperar allí y dejar que los piratas los cañonearan.

Una bala de cañón de la batería de la orilla le dio a la proa. Los artilleros de Angria estaban encontrando finalmente su alcance. A popa, una flotilla de *gallivats* los perseguía, como tiburones que convergían sobre una ballena herida.

Francis pensó en Ana. Pensó en Agnes y en Sarah. Más que nada, pensó en Tom y en cómo le había fallado a los Courtney.

—¿Qué hacemos?

Tom nunca había visto a un ejército que se reuniera tan rápido como el de Shahuji. Salían como enjambres de los campamentos para formar en filas silenciosas sobre las laderas de la colina. No debería haberse sorprendido. Los marathas eran guerreros de montaña, hombres que dormían con la espada en la mano y la lanza a su lado.

Mohite, el *hubladar*, también estaba allí, con los hombres que lo habían seguido desde Brinjoan. Tom estaba contento de tenerlos. Mohite se había puesto una coraza acolchada de algodón, tomada de los marathas. Llevaba su arcabuz colgado en la espalda, con las bolsas de municiones en su cinturón junto a la daga curva. Lo más aterrador de todo era que llevaba una maza, con una empuñadura como de espada y una punta que era un puño de hierro.

Los guerreros marathas se pasaban unas pequeñas vasijas unos a otros a lo largo de la fila. Metían los dedos y se pintaban la cara con rayas.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Tom.

—Es cúrcuma —explicó Mohite. Tomó la vasija que le dieron y trazó tres líneas amarillas paralelas en las mejillas—. Está consagrada a los dioses. Al ponérsola, nos dedicamos a ellos. Entonces no debemos temer a la muerte, porque los dioses nos sostienen en sus manos.

Le entregó a Tom la vasija. Tom sacó la pegajosa pasta amarilla y copió el diseño que Mohite

había trazado. Ofreció una oración silenciosa a quien fuera el dios o los dioses que dominaban ese continente. No le temía a la muerte, únicamente al fracaso. No podía dejar morir a Sarah, a Agnes y a Francis.

Un fuerte golpe sacudió la tierra debajo de ellos. Tom se encogió instintivamente, temiendo que los defensores del castillo hubieran visto sus preparativos y abrieran fuego. Pero las paredes de ese lado estaban en silencio y a oscuras. Toda la batalla se libraba en la bahía.

Tres grandes elefantes de guerra desfilaron entre los hombres y se detuvieron para quedar a la cabeza. Aparte de sus pisadas, no hacían el menor ruido. Tom se maravilló ante el entrenamiento de los animales, que podían mantenerse tan silenciosos. Shahuji se deslizó fácilmente desde el lomo del elefante líder y se acercó a Tom.

—¿Estás listo para liderar el asalto?

Tom comenzó a responder.

—Pensé que usted...

Shahuji abrió las manos.

—Esta es tu batalla. Pediste mi ejército, y aquí te lo doy. Si es que quieres seguir adelante con este plan, ¿no?

—Debo hacerlo.

—La brecha en las paredes no es lo suficientemente baja —advirtió Shahuji—. Mis artilleros necesitaban otra semana, por lo menos, para hacerlo transitable.

—Podemos escalarla —insistió Tom.

Shahuji asintió moviendo la cabeza. Señaló al elefante del que había desmontado.

—Si esa es tu dirección, aquí tienes tu montura.

Tom se quedó mirando a la bestia. No cabía duda de que era magnífica, aterradora, una criatura que atemorizaría a cualquier enemigo. Pero era un blanco enorme, voluminoso. Montado en su lomo, sería una presa fácil para todos los artilleros y tiradores del castillo. Shahuji leyó sus pensamientos.

—Los hombres necesitan saber que su comandante está con ellos —explicó en voz baja—. Si no pueden verte, temen que hayas abandonado la pelea. Y si tú no quieres pelear, ¿por qué deberían hacerlo ellos?

Se escuchó más fuego de cañones desde abajo en la bahía. Tom sintió que los ojos del ejército lo observaban. No había tiempo para discutir.

—Es más seguro de lo que piensas —señaló Shahuji—. Un elefante de guerra es diferente de un elefante de caza.

El *mahout* hizo que la bestia se agachara y Tom subió. De inmediato, vio lo que Shahuji había querido decir. La adornada *howdah* que habían usado en la caza del tigre había desaparecido. En su lugar, había una caja blindada, cubierta con placas de hierro y con un falconete montado en una pieza giratoria en la parte de adelante.

Mohite subió para ubicarse detrás de él, mientras el *mahout* iba agachado delante de la caja. El elefante se levantó y comenzó a moverse. Al mirar hacia abajo, Tom vio que el ejército avanzaba a su alrededor. Los hombres en la primera fila estaban completamente desnudos. Sobre sus cuerpos habían desparramado ceniza, tenían el cabello revuelto y salvaje. Se retorcían y giraban, sus cuerpos manchados parecían humo en la noche.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Mohite.

—*Ghosias* —respondió el *hubladar*—. Son intocables, devotos de Shiva el destructor. Locos que no le temen a nada.

Un aullido salió de sus gargantas. Un gemido inhumano que congeló el sudor en la frente de



Tom. Los *ghosias* se golpeaban el pecho con la parte plana de sus espadas.

—Angria nos oirá avanzar —se preocupó Tom.

—No puedes detenerlos —explicó Mohite—. Ya han comenzado.

Mientras hablaban, su avance se había acelerado, bajando por la colina y hacia el estrecho paso de tierra que conducía al promontorio. Las fogatas en la bahía iluminaban el cielo nocturno, lanzando un brillo macabro. Desde el lomo del elefante, Tom pudo mirar hacia el fondeadero y vio que la batalla era intensa. Uno de los grandes *grabs* se había desprendido de sus amarras y se dirigía hacia el mar. Otro se había incendiado. No podía ver los botes de Francis, aunque el agua estaba llena de restos y cuerpos de hombres que se ahogaban.

La caja de hierro sonó como una campana cuando una bala de mosquete golpeó la armadura. Tom se agachó, maldiciéndose. Ya estaban dentro de su alcance. Los hombres de Angria no estaban durmiendo. Habían visto a los marathas que se acercaban y corrieron a sus defensas. Concentraron su fuego sobre el pequeño istmo. Las balas de cañón atravesaron las filas marathas. Tom vio a uno de los *ghosias*, que hasta el momento seguía bailoteando como un loco, que fue alcanzado en el aire para ir a chocar contra los hombres que iban detrás. Sus compañeros aullaban y corrían hacia adelante.

El istmo se había convertido en un campo de batalla. Los hombres iban muriendo alrededor de Tom. Otra bala de cañón voló a poca distancia de la cabeza del elefante. La bestia movió las orejas, bajó la cabeza y avanzó pesadamente. Lo alcanzaban las balas de mosquete, pero apenas si le hacían daño. Tom sabía por experiencia en las llanuras de África que, incluso a corta distancia, una bala podía hacer poco más que quitar el polvo de la piel del animal.

Pero lo ponían de mal humor. El elefante enfurecido se lanzaba atacando hacia adelante. La *howdah* rebotaba sobre el lomo como un pequeño bote en una tormenta, estremeciéndose con el impacto de cada enorme paso. El viento que levantaban las balas silbaba en las orejas de Tom. Las planchas de hierro resonaban con el impacto de otras balas. Como Tom había temido, eran un blanco fácil. Los defensores sabían dónde debía estar él. Pero el tamaño de la bestia también ofrecía protección. Los marathas se agrupaban detrás del animal, utilizando su enorme volumen para protegerlos de los hombres en las murallas. El elefante llegó a los árboles espinosos plantados delante de las murallas y los atravesó con fuerza, dejando un camino astillado a su paso.

El animal redujo la velocidad. Tom se arriesgó a echar una mirada por encima del borde de la caja. Habían llegado hasta las murallas, aunque a un costo terrible. Los cuerpos yacían esparcidos detrás de ellos por todo el promontorio.

Casi todos los cañones se habían silenciado, pero el fuego de los mosquetes era más feroz que nunca. En ese momento, los hombres en las murallas estaban casi directamente encima del elefante. Tom saltó y se deslizó por los flancos del elefante. A su derecha, vio las puntas que sobresalían de las puertas, suficientemente largas como para disuadir incluso al elefante más atrevido. Al frente, una pendiente de escombros se elevaba hacia la brecha en las murallas.

El corazón de Tom se ensombreció. Desde la torre de vigilancia en la colina, la brecha parecía manejable. Desde abajo, con balas de mosquete volando por todas partes, parecía una montaña. Recordó la advertencia de Shahuji: «Mis artilleros necesitaban otra semana por lo menos».

Pero no podía dudar de sí mismo en ese momento. Una sección entera de la muralla había caído intacta, deslizándose para aterrizar en la parte inferior de la pendiente como una barricada improvisada. Corrió allí y se agachó detrás de ella.

Los hombres pasaron corriendo. Los *ghosias* habían sufrido terribles bajas al acercarse a las murallas, pero no habían perdido la voluntad de luchar. Como gatos, saltaron sobre los escombros

y comenzaron a avanzar hacia la brecha.

Tom se sintió avergonzado. No podía esconderse detrás de una protección mientras otros hombres arriesgaban sus vidas por su familia. Una locura desesperada se apoderó de él, algo del frenesí de los *ghosias* infectaba su sangre. Saltó desde atrás del trozo de muralla y cargó cuesta arriba. Piedras sueltas se deslizaban debajo de sus pies; el fuego de los mosquetes chocaba a su alrededor, pero todo lo ahogaba la sangre que palpitaba en sus oídos. Lo único que importaba era llegar a la cima. Ya casi estaba allí. Un paso más por la cuesta traicionera y...

La roca en la que estaba parado cedió. Se deslizó por la pendiente en una lluvia de piedras sueltas que le barría los pies. Cayó con fuerza, lo que le quitó el aliento de los pulmones, y siguió deslizándose. Polvo de tierra y argamasa le llenaba la boca.

Pero los *ghosias* habían hecho su trabajo. Llevados por su dios destructor, habían llegado a la cima. Su éxito sorprendió a los defensores, y la intensidad del fuego proveniente del castillo disminuyó. Los *ghosias* bailoteaban triunfantes en la brecha, aullando su grito de guerra.

De repente, un sonido más profundo lo borró. Era el rugido de los cañones. Angria había sabido que se iban a dirigir a la brecha. Había colocado cañones detrás de ella, cargados con metralla y balas de mosquete, listos para recibir a cualquier atacante que se abriera paso para llegar a la cima.

Tom, todavía tendido en la parte baja de la pendiente, vio el estallido del cañón como un relámpago detrás de la brecha. Vio, asqueado, cuando los hombres en la cima se desintegraban en un instante. Una lluvia de carne y miembros cayó a su alrededor.

«Si no me hubiera resbalado, yo sería uno de ellos», pensó. Pero Tom no tuvo tiempo de estar agradecido por su escape. Ya era el momento de moverse, antes de que cargaran los cañones detrás de la muralla.

Encontró su espada, se puso de pie y se lanzó pendiente arriba. Saltando de roca en roca, demasiado rápido como para que lo hicieran retroceder, se lanzó al ataque.

Un ruido se elevó desde más abajo en la pendiente, un grito que comenzó con una sola voz y fue rápidamente repetido por otros.

—¡Har! ¡Har! ¡Mahadev!

Los hombres detrás de él se habían quedado paralizados por la explosión del cañón. Luego, renacieron sus esperanzas. Lo seguían a él cantando el grito de guerra maratha. Los que habían perdido sus armas recogían escombros y los arrojaban a cualquier defensor que se atreviera a mostrar el rostro. Otros lanzaban sus lanzas por entre las almenas para derribar a los piratas que se ocultaban allí.

Tom llegó a la cima de la pendiente y entró en la brecha. Mohite lo siguió un paso atrás. Un pirata los enfrentó con una bayoneta, pero el *hubladar* balanceó su maza y le aplastó el cráneo como si fuera un melón maduro.

Por un momento, los dos hombres estuvieron parados sobre la pared rota, en el valle entre dos torres. Dirigieron su atención hacia abajo, al patio, iluminado por la luz de muchas antorchas y braseros. Tom se pasó la lengua por los labios y sintió el gusto seco y amargo de la cúrcuma que le cubría el rostro. Levantó la espada al cielo en señal de triunfo y lanzó el grito de batalla con sus hombres:

—¡Har! ¡Har! ¡Mahadev! ¡Dios está con nosotros!

Habían entrado al castillo. Lo siguiente era encontrar a Sarah y a Agnes.

Muy abajo, los ruidos de la batalla bajaban a través de la roca hasta las profundidades de las

mazmorras del castillo, gruñidos atronadores y sordos rugidos que eran magnificados más allá de todo reconocimiento. Polvo y guijarros se deslizaban por las paredes, sacudidas por las reverberaciones. Era como estar en el vientre de un monstruoso leviatán.

Agnes y Sarah estaban solas. Los guardias habían ido antes y se habían llevado a Lydia, como lo hacían tantas noches. La primera vez que sucedió, Agnes se había quedado despierta toda la noche, imaginando las cosas que los piratas debían estar haciéndole. Pero cuando Lydia regresó, se encogió de hombros, sin darle importancia a la preocupación de Agnes. De hecho, parecía estar sonriendo. A partir de esto, y de otras insinuaciones que dejó caer, Agnes dedujo que había tomado un amante entre los piratas.

No condenaba a Lydia por ello. Todas ellas hacían lo que tenían que hacer para sobrevivir. Agnes nunca lo habría hecho, pero no se había resignado por completo a su destino. Sentada en la penumbra, hurgaba la cerradura de sus esposas con un pequeño clavo de hierro. Lo había encontrado incrustado en la roca, un remanente de alguna puerta o soporte que alguna vez habría estado allí. Le llevó una semana abrirla. Pronto se le cortaron las uñas y las puntas de los dedos le quedaron ensangrentadas. Trabajaba solo cuando Lydia estaba lejos, para evitar que ella las traicionara ante su amante.

Había llegado el momento. Lydia se había ido y también los guardias que usualmente vigilaban la puerta de hierro. En un primer momento se preguntó por qué; más tarde, cuando escuchó los cañones, supuso que Angria los había retirado para enviarlos a la batalla. Eso les dio un nuevo impulso a sus esfuerzos. No podía saber que Tom y Francis estaban al otro lado de las murallas, que incluso en ese momento Tom estaba montado en el gran elefante de guerra. Lo único que ella sabía era que estaban atacando el castillo.

Había estado casada con un soldado durante veinte años. Sabía bien lo que los invasores harían con dos mujeres, encadenadas e indefensas, si el castillo cayera.

A su lado, Sarah gimió y se movió. Ya no podía darse vuelta. Su vientre sobresalía de su cuerpo desnutrido; tenía la piel tan estirada que Agnes temía que pudiera estallar. El bebé debía estar cerca del momento de nacer. Eso le daba a Agnes una mayor urgencia. No se atrevía a pensar qué podrían hacer los piratas con un bebé nacido en su mazmorra. Con los dedos entumecidos y lastimados, introdujo el clavo de hierro en la cerradura de las esposas. Había estado haciendo esto durante más de una hora, hurgando en la cerradura, buscando algo en el mecanismo que la abriera. De vez en cuando, el clavo parecía enganchar algo y la esperanza se agrandaba en su pecho. Pero siempre, cuando ejercía presión, perdía agarre y se movía sin resultado alguno.

El estruendo que se escuchaba a través de la roca parecía hacerse más profundo. El limo se desprendía de las paredes. La batalla estaba llegando a su clímax. Casi desesperada, metió de nuevo el clavo en el ojo de la cerradura. La sangre de sus dedos lastimados goteaba sobre la cerradura. Al principio, no se había atrevido a aplicar demasiada fuerza por miedo a romper el clavo. Pero en ese momento, la desesperación la volvió menos cautelosa. Se apoyó en el clavo con toda la fuerza que sus delgados brazos podían reunir, empujándolo con la frustración de meses de cautiverio.

La cerradura cedió. El grillete se abrió y cayó, tan rápidamente que le lastimó la rodilla. Fijó la mirada en el otro grillete que colgaba de su otro brazo, apenas capaz de comprender esa libertad. Era la primera vez en meses que veía su muñeca. La piel estaba magullada y lastimada, casi demasiado sensible al tacto.

Inestable, se puso de pie. Sarah todavía estaba dormida, y no tenía sentido despertarla todavía. Agnes atravesó las cuevas y se dirigió a la puerta de hierro que impedía el acceso a las escaleras. Otra cerradura, pero esta vez había una llave colgada de un gancho en la pared al pie de

las escaleras. Llamados a toda prisa para la defensa del castillo, los guardias la habían pasado por alto.

Agnes no podía alcanzarla. Pero tenía el grillete todavía colgando de su muñeca derecha. Deslizó el brazo por los barrotes, luego arrojó el extremo suelto de los grilletes hacia el gancho como si lanzara una línea de pesca.

Golpeó la pared, justo debajo del gancho, con un sonido que resonó en la escalera. Lo intentó de nuevo, y otra vez el grillete falló.

A estas alturas, estaba segura de que alguien debía haberlo oído, pero eso solo redobló su determinación. Concentrándose tanto como pudo, fijó la mirada en la llave y lo arrojó.

El grillete atrapó el llavero y lo sacó del gancho. Se estrelló contra el suelo. Usando otra vez el grillete, Agnes lo arrastró por el suelo hasta acercarlo lo suficiente como para que ella lo agarrara. Lo puso en la cerradura, y la puerta se abrió.

Era el momento de sacar a Sarah. Pero antes de que ella pudiera regresar a la mazmorra, un grito desgarrador resonó por las cavernas. La voz de su hermana. Corrió hacia ella.

Sarah estaba en el suelo, acurrucada y abrazando las rodillas contra su vientre distendido. Respiraba con dificultad, tratando de contener un dolor profundo e hiriente.

Pero no podía. Soltó un desgarrador sollozo de sufrimiento. Echó la cabeza hacia atrás, mordiéndose el labio hasta que sangró.

Agnes sabía lo que ese sonido presagiaba. En Bombay, y más tarde en Brinjoan, se había ofrecido como asistente del cirujano cuando atendía a las mujeres en el parto. Ella les sostenía las manos, les secaba la cara y susurraba palabras de aliento en sus oídos. A veces, al final, ella le había presentado a la feliz madre un bebé recién nacido. Otras veces, todo había sido en vano.

Toda idea de escape fue dejada de lado. No podía mover a Sarah en ese momento. Le rasgó el vestido para abrirlo desde el cuello hasta el dobladillo y lo extendió para cubrir el piso sucio. Sarah se retorció sobre la tela. Una capa de sudor le cubría la piel desnuda y brillaba en la tenue luz.

Los gritos llegaban con mayor frecuencia. Agnes contó el tiempo entre ellos. Sabía por experiencia que el parto avanzaba rápidamente. Sarah todavía no estaba lista para pujar, pero no faltaba mucho.

Más fuego de cañones retumbó entre las rocas. Luego, muy cerca, Agnes oyó unos pasos que se acercaban bajando las escaleras.

—¿Qué vamos a hacer?

Francis miró entre la barrera adelante y la flotilla de botes que se acercaban por atrás. No tuvo tiempo de elegir. Las popas de los enormes *grabs* habían descargado por completo sus cañones de proa. La barrera estaba cada vez más cerca.

—Debemos virar —gritó Merridew—. De lo contrario, les facilitaremos el trabajo y nos ahogaremos.

—Pero entonces quedaremos de nuevo entre los *grabs*. Nos harán pedazos.

—Es mejor arriesgarse a morir que garantizar la muerte.

Francis miró fieramente a su alrededor. Y mientras lo hacía, su mirada descubrió los extremos de la barrera. En uno, estaba sujeta al pequeño fuerte que custodiaba el otro lado de la bahía. Y por el otro lado, se extendía hasta las rocas al pie del castillo. Allí, a la luz de las hogueras, Francis vio un pequeño embarcadero y un portón que conducía al acantilado.

—Cambiar el rumbo a babor —ordenó.

Merridew comenzó a girar la rueda antes de que el otro terminara de hablar. Pero cuando la proa giró, Francis agarró la rueda y la empujó hacia el otro lado.

—No vamos a virar —explicó—. Dirígenos hacia las rocas donde está sujeta la barrera.

—Pero nos haremos pedazos.

Francis le dirigió una sonrisa maníaca. Había suprimido la incertidumbre que se apoderaba de él. Sabía que esa era la única oportunidad.

—Vamos a tierra.

Navegaron por la boca de la bahía. En ese momento, estaban con los baos frente a la flota que se aproximaba. Eran blanco grande e imperdible. Los disparos le daban en el costado, haciendo astillas la borda. Los piratas en los *gallivats*, al ver que los habían encerrado contra la barrera, aceleraron el ritmo de sus remos. Angria pagaría una recompensa extra a la tripulación que llegara primero a bordo.

—¿Qué pasa si encallamos antes de llegar al embarcadero? —preguntó Merridew—. La marea se está retirando. Seríamos el blanco más fácil que uno podría desear.

—Entonces tendremos que nadar para llegar.

Merridew se golpeó la frente con los dedos y corrió hacia el aparejo. Dirigió a los hombres y los hizo bracear la verga para orientarla en su nuevo rumbo. Aunque las velas estaban rotas y agujereadas, el barco avanzó. Francis hizo que los hombres cortaran los restos rotos que arrastraban sobre el agua. Quería cada gramo de velocidad para conducir la nave tan cerca de las rocas como pudiera.

En ese momento, estaban bajo ataque desde un ángulo diferente. Los piratas en el embarcadero habían visto su maniobra y se dieron cuenta de lo que quería hacer Francis. A la luz de una fogata, los vio apalancando frenéticamente uno de los cañones con espeques, tratando de ponerlo en posición. Otros estaban de rodillas, salpicándolos con fuego de sus llaves de mecha.

Francis corrió hacia los cañones de proa. Al amparo del alto castillo de proa, estaban bien protegidos del fuego de los mosquetes. Apuró a los tripulantes para que volvieran a cargar.

Agachado junto al cañón grande, miró por la tronera. Los hombres en el embarcadero habían colocado sus cañones en posición y ya estaban tratando desesperadamente de cargarlo. Era como una carrera contra el tiempo, en el que cada lado trataba de disparar antes que el otro.

El *grab* disparó primero. Los cañones arrojaban fuego y saltaban retrocediendo sobre sus aparejos. Pero el ruido se perdió en medio de un rugido mayor cuando el *grab* golpeó con todo la orilla. Su poco calado le había permitido acercarse tanto que la proa se partió con el golpe y siguió avanzando, más y más sobre las rocas. Los hombres fueron arrojados sobre la cubierta. A Francis poco le faltó para que un cañón le aplastara la pierna mientras se deslizaba suelto por la cubierta inclinada.

—¡Arriba! —gritó—. ¡Arriba y a ellos!

La proa abierta y plana del *grab* había sido diseñada para abordar otros barcos. Y en ese momento, se convirtió en una clara rampa que iba sobre las rocas hasta el embarcadero. Con Francis a la cabeza, los *marathas* corrieron por ella. Saltaron por el extremo, lanzando su grito de guerra y yendo hacia los defensores.

La última salva de los cañones de proa había hecho su trabajo. El cañón de los piratas estaba volcado, y sus artilleros desparramados sobre su propia sangre. Los atacantes terminaron con el resto. Francis apuñaló a uno de ellos en el corazón, miró a su alrededor y se dio cuenta de que ya no había enemigos con vida.

El embarcadero era de ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Merridew, limpiando la sangre de su hacha de abordaje. Señaló

el anillo de hierro colocado en las rocas, donde el extremo de la barrera estaba sujeta—. ¿La cortamos?

—No nos servirá de mucho. No nos queda ningún barco para escapar.

Una bala de mosquete golpeó la pared. Sobre el agua, vio que la flotilla de *gallivats* seguía acercándose. El primer bote ya se había amarrado a los restos del naufragio. Sus hombres corrían sobre la cubierta, usándola como un puente para llegar al embarcadero.

No había dónde esconderse en ese muelle, pero un pequeño portón conducía al acantilado.

—Entremos al castillo —gritó Francis. Esperó hasta que el último de sus hombres hubiera pasado, luego los siguió. Cerró el portón y lo trabó. Tres balas de mosquete dieron en la estructura de madera detrás de él.

Una lámpara ardía en un candelero en la pared. Contó a sus hombres. Una docena redonda, de los cuales más de la mitad estaban heridos, más él y Merridew. Una fuerza muy pequeña para asaltar una guarnición de mil hombres.

La puerta comenzó a temblar bajo el impacto de fuertes golpes.

—Eso no durará mucho —advirtió Merridew.

Francis recargó su pistola.

—Encontrarán una cálida bienvenida esperándolos si la abren.

—Tal vez haya otra manera. —Merridew inclinó una oreja—. ¿Escuchas ese trueno arriba? Calculo que el señor Tom lanzó un ataque para sacarnos de encima a los piratas. Debe estar recibiendo una terrible paliza bajo esas murallas. Si pudiéramos subir por el castillo y abrir las puertas, eso podría cambiar las cosas.

Francis miró atrás por encima del hombro. Una empinada escalera conducía a través de las rocas hacia el castillo. Estaba desierta. Supuso que toda la guarnición había sido llevada a la batalla.

La puerta volvió a temblar. La punta de una hoja de hacha apareció entre las maderas, se retiró y volvió a aparecer. El agujero se ensanchó.

—Entonces, no perdamos tiempo.

Francis condujo a sus hombres escaleras arriba, pistola en mano. No habían ido muy lejos cuando escucharon el fuerte golpe de la puerta que cedía, y los gritos de muchos hombres que entraban. Aceleró el paso, subiendo los desgastados escalones de tres en tres, lanzándose en cada esquina sin pensar en lo que podría esperarle.

Llegaron a una cámara donde el pasaje se bifurcaba. Unos escalones bajaban a la derecha, mientras que los otros subían.

Francis señaló hacia arriba.

—Por acá. Debería...

Un estridente grito llegó desde los escalones inferiores. Francis hizo una pausa.

—No hay tiempo que perder —exclamó Merridew con urgencia. Desde atrás, podían escuchar a sus perseguidores que se acercaban rápidamente.

El grito llegó de nuevo. Era el terrible llamado de una mujer atormentada.

—Ve por la puerta —le dijo Francis a Merridew—. Yo te sigo después.

Sin detenerse a dar explicaciones, se separó y bajó corriendo los escalones de la derecha. Apenas si podía encontrar una excusa por dejar a sus hombres en ese momento. Pero Sarah y Agnes estaban en algún lugar de estas mazmorras, y él no podía dejarlas libradas a su suerte.

Al pie de las escaleras, encontró una puerta de hierro. Se detuvo tenso. Pero la puerta no estaba vigilada, y la llave estaba en la cerradura, en el interior. Cuando tiró, la puerta se abrió sin quejarse.

Los gritos no se habían detenido. Se producían a intervalos regulares, como si alguien estuviera retorciendo un cuchillo caliente en las entrañas de la víctima.

Con su espada en una mano y la pistola en la otra, Francis bajó con lentitud por el pasillo. Siguió el sonido, a través de una cadena de cámaras en las rocas, hasta que llegó a una curva. Los gritos eran tan fuertes ahí que debían venir de la siguiente cueva. Se apretó contra la pared, se armó de valor y salió de su escondite blandiendo la pistola. Se detuvo asombrado.

Sarah estaba tendida de espaldas, con las piernas abiertas, presentándole todo su cuerpo extendido. Estaba completamente desnuda. Agnes estaba arrodillada a su lado, acunando la cabeza de su hermana en el regazo y murmurando palabras de aliento. Los ojos de Sarah estaban abiertos, pero no registró la llegada de Francis. Agnes vio la sombra que caía sobre ella y levantó la vista.

—¿Francis? —susurró sin salir de su asombro.

Él corrió hacia ellas y se agachó a su lado. Otro paroxismo de dolor destrozó el cuerpo de Sarah, más largo que el anterior. Agnes le enjugó la frente.

—¿Está ella...? —Francis palideció y apartó la mirada al ver la desnudez de Sarah—. ¿Qué está pasando? ¿La han torturado?

Incluso en su desesperada situación, Agnes tuvo que sonreír.

—Está teniendo un bebé, tonto. Y no falta mucho para que llegue.

—¿Un bebé? —repitió Francis—. Pero cómo...

—No temas. Los piratas no nos han maltratado de *esa* manera. Será el hijo de Tom, tu primo, si sobrevive esta noche.

Los gritos de Sarah habían dado paso a respiraciones más bajas y sollozos. Agnes levantó sus hombros y la ayudó a incorporarse.

—Ayúdame a darla vuelta —le pidió—. Será un pasaje más fácil para el niño.

Francis había presenciado pariciones de potrillos y de ovejas en los establos de High Weald. No era del todo ignorante de la mecánica del nacimiento. Pero no había esperado convertirse en partero en medio de una batalla. Bajó las armas y ayudó a Agnes a acomodar a Sarah para que se pusiera en cuatro patas, jadeando con fuerza.

Los cañones retumbaban arriba. Agnes levantó la vista. Con retraso, como si acabara de darse cuenta de la improbabilidad de la llegada de Francis, dijo:

—¿Esos ruidos tienen que ver contigo? ¿Cómo es que llegaste hasta aquí? ¿Se han apoderado del fuerte? ¿Dónde está Tom?

—En verdad, no sé qué ha pasado —admitió Francis—. Yo dirigía una expedición de rescate al puerto de Angria, pero nos descubrieron. Pudimos escapar porque nos metimos en el castillo por la puerta del mar. Creo que Tom debe haber lanzado un asalto a las murallas de arriba para atraer el fuego de los piratas, pero no puedo decir cómo le ha ido.

Sarah gimió. Un sonido diferente, más bajo y más concreto que sus gritos anteriores, como si intentara mover un gran peso. Agnes la rodeó con un brazo.

—El bebé está llegando.

Christopher no había podido descansar tranquilo esa noche. Sabía que la trampa estaba lista, a la espera de que sus dientes se cerraran. La incertidumbre se apoderó de su alma. Le había informado a Angria sobre el ataque que se proponían lanzar contra el puerto, dejando que el pirata creyera que siempre había sido su intención engañar al enemigo. No mencionó la bolsa de diamantes que había obtenido, a salvo en su habitación, cosida en el forro de un cinturón. Tampoco reveló nada de Tom Courtney. Su venganza sería un asunto privado.

Christopher había querido dirigir la emboscada en el fondeadero, pero Angria lo había prohibido. El astuto pirata temía una traición, porque Christopher, después de haber traicionado a los marathas, podría hacer causa común con ellos. Le había ordenado a Christopher que se quedara en el castillo. Allí, se paseaba por las murallas que dominaban la ensenada, a solas con sus miedos. ¿Y si Tom lo había reconocido? ¿Y si había adivinado su traición? ¿Y si no atacaban? Se apoyó en el parapeto, mirando hacia la noche, haciendo girar la espada de Neptuno en sus manos. La *urumi* estaba bien envuelta alrededor de su cintura. Pensó en Lydia, que lo esperaba en sus habitaciones. Ella le iba a proporcionar una bienvenida distracción. Pero ya habría tiempo para eso más tarde. Sus encantos serían mucho más dulces cuando él pudiera regocijarse con su victoria.

Cuando se encendió la primera fogata, supo que el plan había funcionado perfectamente. Desde las murallas, vio a los barcos enemigos atrapados en el fondeadero, y la flota de Angria se cerraba alrededor de ellos. No iban a escapar de allí.

Pero ellos no sabían que habían sido derrotados. Observó con asombro cómo un barco se acercaba a uno de los *grabs* y luego lo abordaba. De alguna manera, los atacantes lo pusieron en movimiento, siguiendo un curso a través de la abarrotada bahía. A pesar de los esfuerzos de los artilleros piratas, no pudieron hundir la nave ni romper sus mástiles. Es más, de alguna manera lograron prender fuego a algunas de las otras naves cuando pasaban junto a ellas. Y ya se estaban escapando.

Pero no iba a poder escapar. Después de que los botes entraron en la bahía, los hombres de Christopher cerraron la barrera. Incluso si el *grab* llegaba a ella, quedaría incrustado contra la barrera como una mariposa en un papel.

Pero mientras esperaba su destrucción, se dio cuenta de un nuevo sonido que se colaba en la noche. Gritos, lamentos y el tintineo de las armas. Era el ruido de un ejército que se moviliza.

—¿Que está pasando?

La voz de Angria susurró en la oscuridad. Christopher no lo había oído acercarse. Se dio vuelta, pero Angria ya estaba junto a él. Sin previo aviso, agarró a Christopher con ambas manos y lo hizo dar vuelta, empujándolo hacia el borde de la muralla. Se tambaleó allí, únicamente la mano de Angria que lo sostenía impedía que cayera.

—¿Esto es cosa tuya? —inquirió Angria—. ¿Fue toda esta estratagema un truco para dividir mis fuerzas y dejarme a merced de mis enemigos?

—No, señor —suplicó Christopher. Los dedos de sus pies buscaban el parapeto para mantener el equilibrio. No se atrevió a mirar para ver la altura de la caída—. Ni siquiera sé...

—Los marathas están llegando. Mientras nuestra fuerza se concentra en el puerto, ellos están llegando a las murallas.

—Nunca imaginé que atacarían. Nuestros espías no vieron ninguna señal de que su ejército estuviera preparando un asalto por tierra.

Angria lo miró a los ojos. Sea lo que fuere que vio, eso lo convenció de la inocencia de Christopher. Lo arrastró y lo dejó caer contra las almenas.

—Ve a la muralla oriental. Te harás cargo personalmente de la defensa de las puertas, y daré una orden para que, si alguien te ve fallar en tu deber, te asesine en ese mismo instante.

Christopher corrió a lo largo de la muralla y subió las escaleras hasta la cima de la torre noreste. Apenas podía creer lo que veía. Todo el promontorio se había convertido en un mar de hombres que avanzaba para un ataque, y en medio de ellos caminaban tres poderosos elefantes. Los cañones del castillo ya habían abierto sangrientos agujeros en las filas de los atacantes, pero estos no se detenían. Algunos de ellos parecían estar completamente desnudos. Christopher se



preguntó si los marathas no habrían puesto prisioneros en la primera línea como carne de cañón.

—Vienen hacia la brecha —advirtió.

Todos los hombres que quedaban en el castillo corrían hacia las murallas orientales. Christopher encontró a uno de los capitanes artilleros.

—Pon dos de tus cañones al pie de la brecha. Cárgalos con balas de mosquete, metralla, con cualquier cosa que encuentres. Si nuestros enemigos llegan a la cima, los vas a derribar como a pájaros de un árbol.

Sabía que Tom Courtney debía estar detrás de esto. Lo buscó en la oscuridad, tratando de distinguir su rostro en los destellos de mosquetes y cañones. ¿Estaría a la cabeza del ataque? ¿O era lo suficientemente astuto como para hacer que otros hombres murieran para lograr sus objetivos?

Los atacantes ya estaban tan cerca que las baterías del castillo no podían tocarlos. Christopher ordenó a los artilleros que abandonaran el cañón y se unieran a los tiradores en las murallas. Una furiosa tormenta de plomo cayó desde aquellos muros. No creía que alguien pudiera sobrevivir después de eso. Y aun así seguían llegando. A través del humo, veía que sus escuálidos cuerpos se arrastraban pendiente arriba, refugiándose detrás de los bloques caídos de mampostería. Por muchos que derribaran los piratas, siempre había otros que tomaban su lugar. Tenía que detenerlos.

—Suspendan el fuego —ordenó—. Que piensen que han ganado.

La orden fue pasada a lo largo de las murallas. Las descargas de fuego de mosquete disminuyeron. Christopher levantó la espada de Neptuno para que los artilleros del patio pudieran verla. Los marathas vieron que era su oportunidad y salieron de sus refugios para correr los últimos metros hasta lo alto de la brecha.

—¡Ahora! —bramó Christopher. Bajó la espada. Los cañones en el patio lanzaron una nube de balas de mosquete y perdigones, que hicieron añicos a los invasores.

La brecha se vació en un instante. Los piratas lanzaron vivas de triunfo. Seguros de la victoria, bajaron de las murallas para acabar con sus derrotados oponentes.

—Esperen —gritó Christopher, pero no lo escucharon ni lo obedecieron. Algunos de ellos soltaron los mosquetes y desenvainaron las espadas para la tarea de matar cuerpo a cuerpo.

Habían supuesto, como lo había hecho Christopher, que los cañones iban a quebrar la voluntad de luchar de los marathas. Pero cuando el humo se disipó, Christopher vio que los hombres que estaban más abajo en la pendiente no estaban en plena retirada. Uno de ellos se había levantado y estaba alentando a sus hombres a avanzar, incluso mientras él trepaba hacia la brecha. Otros hombres lo siguieron. Algunos con picas y hachas, y uno de ellos con una enorme maza que manejaba como si fuera un caballero medieval.

Los piratas no esperaban resistencia. En su ansiedad por el triunfo, habían quedado expuestos. Entonces, los marathas aprovecharon la oportunidad. Cortaban las piernas de los piratas desde abajo y estos caían por las piedras sueltas. Los que habían perdido sus armas recogían pedazos de escombros y golpeaban las cabezas de sus enemigos. Los piratas retrocedieron confundidos.

Por segunda vez, los invasores llegaron a la parte de arriba de la brecha. Una vez más, Christopher esperó que fueran destrozados por los cañones. Pero esta vez, los cañones estaban vacíos. Los artilleros habían sido arrastrados a la refriega y no habían vuelto a cargar.

Christopher lanzó maldiciones. En medio de la brecha, con la espada levantada en triunfo, vio una figura que sabía que debía ser Tom Courtney. Tomó un mosquete de la muralla y lo apuntó al pecho de Tom. El humo flotó a través de la brecha, ocultando su objetivo. Cuando se aclaró, Tom ya no estaba.

Arrojó el arma con furia. Todos sus planes se habían desbaratado. Sabía cómo luchaban los piratas. Cuando la ventaja estaba a su favor, eran invencibles, pero cuando la suerte cambiaba, perdían toda disciplina. No habría una última trinchera de defensa. Ya podía ver a los defensores huyendo por el patio, perseguidos por los marathas, que entraban a raudales y sin obstáculos por la brecha. El castillo estaba perdido.

Una oleada de pérdida y furia lo abatió. Tom Courtney había hecho esto. Ahí, y en Brinjoan, y en cada recodo de su vida desde el momento en que fue concebido, Tom Courtney le había arrebatado todo lo que Christopher podría desear. ¡Era su peor enemigo! ¡Su propio padre natural!

Pero incluso en la derrota, podría hacer que la victoria de Tom se convirtiera en cenizas. Corrió a lo largo de las murallas y entró por la puerta que llevaba al castillo.

La rapiña había empezado, incluso antes de que llegaran los invasores. En la derrota, los piratas se enfrentaban unos con otros, cada uno en lo suyo, tomando lo que pudieran con la esperanza de poder escapar. Recorrían los depósitos y saqueaban todo lo que pudieran llevar.

Christopher se deslizó entre el caos con un propósito implacable. Algunos de los piratas vieron la espada en su mano y se sintieron tentados de tomarla, pero lo pensaron mejor cuando vieron la expresión de su rostro. Los otros estaban demasiado ocupados saqueando como para notar su presencia.

El caos se desvaneció detrás de él cuando descendió a las entrañas del castillo. Aceleró el paso y luego se detuvo. Podía oír pasos que se acercaban, no desde arriba sino desde abajo. Se metió en un hueco oscuro del muro y esperó.

Una docena de hombres pasó corriendo. Marathas, a juzgar por su atuendo, encabezados por un marinero inglés. Por un segundo, Christopher se preguntó si sería Tom. Tal vez después de todo, no había estado en las murallas. La mano de Christopher se apretó en la empuñadura de la espada. Podría haberle cortado la cabeza al marinero con solo haber estirado el brazo.

—Por aquí —indicó el hombre, y Christopher se relajó. No era Tom. Los dejó ir. Escuchó mientras sus pasos se alejaban hacia la batalla.

Siguió bajando, hasta una pequeña cámara donde el camino se bifurcaba. Y entonces escuchó más pasos, y allí no había dónde esconderse. Se puso en guardia.

Pero estos eran hombres que él conocía. Cuando llegaron a la luz de la lámpara, vio que eran hombres de Angria, piratas que había enviado a la emboscada en el puerto. No esperaban encontrarlo allí.

—¿Dónde están los hombres de sombrero? —preguntaron—. Los seguimos cuando trataban de escapar por el portón del mar.

—El castillo cayó —les dijo Christopher bruscamente—. Nuestros enemigos están dentro de los muros. —Señaló a dos hombres—. Tú y tú, espérenme aquí. Los demás, regresen a la entrada por agua y preparen un bote para mi escape. En un momento me reuniré con ustedes.

Bajó corriendo por la escalera de la izquierda hacia las mazmorras. Vio la puerta abierta abajo y se detuvo. Podía escuchar los gritos, el grito de una mujer en medio de grandes dolores. ¿Habían acaso bajado ya algunos de los piratas a hacer de las suyas? Pero no. Los gritos eran demasiado regulares. Entre ellos, escuchó el murmullo de voces suaves y tranquilizadoras, de un hombre y de una mujer.

Desenrolló la *urumi* de la cintura. La enroscó en una mano y avanzó sigilosamente por el pasaje hasta que llegó a la parte de la cueva de donde salían los ruidos. Miró desde un recodo.

Un hombre y una mujer estaban arrodillados junto a una segunda mujer, que estaba agachada, desnuda, en cuatro patas, jadeando y gimiendo. Ninguno de ellos vio llegar a Christopher. Este sonrió. Sería su disparo de despedida, su regalo para Tom Courtney.

—¿La perra va a parir su cachorro? —gritó.

El hombre se volvió, vio a Christopher y se levantó de un salto. Exactamente como Christopher había anticipado. La hoja de la *urumi* siseó por el aire y le cortó la pierna. Cayó con un grito, rodando dolorido y agarrándose la herida. Intentó ponerse de pie, pero la pierna se le aflojó.

—Francis —gritó Agnes.

—¿Francis? —repitió Christopher. Había estado a punto de atravesar al muchacho con la espada de Neptuno. Pero se detuvo, apenas creyendo en su suerte—. ¿Francis Courtney?

Francis escupió un poco de sangre por la boca y asintió con un movimiento de cabeza.

—Disfrutaré haciéndote ver lo que le hago a tu familia.

\* \* \*

Tom saltó hacia abajo por el otro lado de la brecha, por encima de los escombros de lo que alguna vez había sido la muralla del castillo. Llevaba la espada levantada, pero apenas si necesitó usarla. Los defensores se esfumaban cuando aparecía él, mientras que detrás de él, el ejército maratha entraba a raudales por la brecha. Los guerreros *ghosia* habían entrado en un éxtasis de masacre. Luchaban con la ferocidad de los demonios, desnudos y salvajes. Los que tenían armas hicieron pedazos a sus enemigos; otros simplemente los destrozaron con sus propias manos.

Y en algún lugar de aquella carnicería, estaban Agnes y Sarah. Tom se abrió paso por el patio, con Mohite a su lado. Algunos piratas todavía seguían luchando. Eran focos de resistencia sin la menor posibilidad de escapar. Él los evitó y se dirigió al castillo.

—¿Dónde crees que tienen a los prisioneros? —le gritó a Mohite.

Este se encogió de hombros. Y con una súbita aceleración, corrió y agarró por los hombros a uno de los piratas que huían. Con un hábil movimiento del pie hizo caer al hombre al suelo, lo inmovilizó y le puso el cuchillo en la garganta. Gritó algo en un dialecto indio.

El pirata lo miró, desconcertado, y luego farfulló una respuesta. Mohite lo soltó y se puso de pie.

—La mazmorra está en las cuevas debajo del castillo. Hay una escalera en la esquina noreste de la fortaleza.

No tuvieron que luchar para abrirse paso. La masa de defensores que huían los empujó allí sin esfuerzo. Nadie les prestó atención. Los piratas habían abandonado toda idea de lucha; se habían entregado al saqueo, y Tom no tenía nada que a ellos les interesara. Al pie de la torre, una escalera se metía en la roca de los cimientos del castillo. Tom se apresuró a bajar.

Sus esperanzas aumentaban a medida que descendían. La escalera parecía interminable, pero ninguno de los piratas, ni los invasores parecían haber llegado a esas profundidades del castillo.

—Aún podríamos llegar a tiempo —le dijo a Mohite.

Pero había hablado demasiado pronto. Habían llegado al final de un tramo de escaleras, a una pequeña cámara de guardia donde el pasaje se dividía. Al mirar adelante, preguntándose qué escalera tomar, no vio a los dos hombres en las sombras. Habían oído acercarse a Tom y Mohite y se escondieron a ambos lados de la puerta. Tan pronto como Tom y Mohite estuvieron en la cámara, se abalanzaron sobre ellos con sus pesadas espadas curvas.

Si fue por un ruido que hicieron, o por una perturbación en el aire, o por puro instinto, lo cierto fue que Tom sintió la llegada del ataque un momento antes de que se produjera. No tuvo tiempo de defenderse. Simplemente se dejó caer al suelo, arrastrando a Mohite consigo. Las

afiladas hojas volaron sobre sus cabezas. Los piratas, al no encontrar resistencia, tropezaron y chocaron con los hombres en el suelo. Tom y Mohite los rechazaron y los despacharon con dos golpes muy precisos.

Tom miró a una y otra de las dos puertas, en busca de alguna señal. «¿Qué camino seguir?», se preguntó.

—Sigue la escalera de la derecha. Yo buscaré por la izquierda —decidió Tom.

Se separaron. Tom corrió escaleras abajo, sintiendo el peso de cada segundo que pasaba. ¿De dónde habían salido aquellos dos hombres en la sala de guardia? ¿Había otros? En el amargo frenesí de la derrota, ¿qué podrían haberles hecho a Sarah y Agnes?

Una puerta de hierro bloqueaba la parte inferior de la escalera. Esta debía ser la mazmorra. Tom se preguntó si debería llamar a Mohite para que regresara, pero eso tomaría un tiempo precioso, y la puerta ya estaba abierta. Desde lo más profundo de las cuevas, escuchó el grito de una mujer y luego el grito de un hombre. Todos sus temores volvieron a cobrar vida en él. Abandonó toda precaución y corrió por el pasaje hasta que este se abrió a una cámara más amplia.

Con una sola mirada lo vio todo. Sus esperanzas más salvajes y sus temores más profundos se habían hecho realidad al mismo tiempo. Sarah, desnuda, gritando y cubierta de sangre; Agnes, encogida de miedo; Francis, recostado contra la pared con una profunda herida en la pierna. Y de pie sobre todos ellos, con la espada de Neptuno en una mano y el largo látigo de metal en la otra, el hombre que los había traicionado.

Estaba de espaldas a Tom, pero Agnes no, y ella no pudo ocultar la esperanza que se encendió en sus ojos cuando vislumbró su llegada. Antes de que Tom pudiera moverse, Christopher vio la reacción de ella y se volvió, con una sonrisa terrible en el rostro.

—Tom Courtney —dijo en inglés—. Tenía muchas esperanzas de que vinieras a ver esto.

La furia se apoderó de Tom. Arrojó la espada como una jabalina, como le había arrojado la espada de Neptuno a Black Billy y le había atravesado el corazón. Pero la hoja maratha era más pesada y no tenía equilibrio. La punta no alcanzó su objetivo; Christopher la apartó con la empuñadura de la *urumi* y se estrelló contra el suelo.

Tom quedó indefenso. Christopher avanzó. La hoja de la *urumi* se arrastraba detrás de él, raspando las piedras. El único otro ruido era el de Sarah que gemía.

—Puedo usar esta arma como un artista usa un pincel —se jactó Christopher—. Voy a cortarte las extremidades una por una, y cuando estés indefenso, te haré ver cómo destrozo a tu esposa y le arranco los sesos a tu hijo. Tom lo miró sin comprender.

—¿Por qué? ¿Qué te hice?

—¿No lo sabes? ¿No puedes adivinar? —Christopher dio otro paso adelante. Señaló a Sarah, de rodillas, con las manos apretadas contra la pared. La cabeza del bebé comenzaba a aparecer entre sus piernas. Christopher vio la afligida expresión en la cara de Tom y se echó a reír.

—No hay nada que no harías por ese niño, ¿verdad? Llegaste a este castillo inexpugnable y derribaste sus muros simplemente para rescatarlo. Tan noble. Tan *heroico*.

Tom todavía seguía sin entender.

—Pero no siempre fuiste tan leal. ¿O sí lo fuiste? —Escupió las palabras—. Cuando corrompiste a mi madre y engendraste a tu bastardo, no perdiste nada de tiempo en alejarte con rapidez. Me abandonaste y dejaste que tu hermano cubriera la vergüenza de mi madre.

Christopher vio que el entendimiento crecía en el rostro de Tom, el horror, la vergüenza y el miedo por lo que había hecho. En ese momento, Christopher supo que todo lo que Lydia le había dicho era verdad. Tensó su brazo para balancear la *urumi*, calculando dónde iba a dar el golpe. Primero haría que se enroscara en el muslo de Tom y le cortaría el tendón. De ese modo él podría

actuar con libertad.

—¿Quién eres? —preguntó Tom. Se le había secado la boca. Las palabras salieron en un susurro.

Los ojos de Christopher se encontraron con los de Tom. Eran los mismos ojos. Era como mirarse en un espejo.

—Soy tu hijo.

Hizo girar la *urumi*.

Pero algo lo retuvo. La *urumi* no se movió. Francis se había arrastrado para agarrar la punta, sujetándola con todas sus fuerzas. Su rostro se puso blanco. La sangre le corría por entre los dedos al agarrar la cinta afilada. Pero no la soltó.

Con un grito de ira, Christopher soltó la *urumi* y sacó la espada de Neptuno. Tal vez eso era lo mejor. Mataría a Tom con la espada de los Courtney y aseguraría su herencia legítima para siempre.

Pero en el momento en que Francis lo distrajo, Agnes se había puesto de pie de un salto. Corrió hacia donde había caído la espada de Tom y se la arrojó. Christopher la vio y la atacó con la espada de Neptuno, pero ella rodó hacia el borde de la cueva. Antes de que pudiera atacar de nuevo, Tom se lanzó hacia adelante. Un golpe fuerte, pesado con rabia contenida; Christopher apenas si logró pararlo.

Si pudiera llegar hasta Sarah y ponerle la espada en la garganta, Tom se vería obligado a rendirse. Pero Francis había previsto ese peligro. Se levantó del suelo y se lanzó hacia adelante, colocándose entre Christopher y Sarah.

Christopher podría haberlo destripado con un golpe de espada. Pero eso habría significado darle la espalda a Tom, y Tom iba hacia él de nuevo. Sus espadas sonaron cuando bloqueó el intento de Tom de meterse dentro de su guardia.

Christopher estaba superado en número. Lanzó un rápido contraataque, una ráfaga de golpes bien practicados que hicieron retroceder a Tom, quien giró sobre sí mismo. Christopher aún ansiaba vengarse, pero otros peligros habían comenzado a entrometerse. El castillo había caído y pronto otros hombres encontrarían el camino hacia abajo. Tenía que escapar.

Había obligado a Tom a quedar cerca de Sarah. Ya nada se interponía entre Christopher y la puerta. Atacó de nuevo a Tom. Una serie de movimientos precisos y bien practicados, tomados directamente del manual de esgrima. Como había esperado que ocurriera, Tom los bloqueó automáticamente, pero mientras él se preparaba para la última embestida, Christopher saltó súbitamente hacia atrás. Antes de que Tom pudiera reaccionar, Christopher giró sobre sus talones y huyó. Tom escuchó que sus pasos desaparecían por las escaleras.

Sarah gritó, un gemido profundo que se elevó hasta ser un poderoso grito. Tom corrió hacia ella. Con una erupción de sangre y líquido, el bebé salió de ella para quedar en las manos de Agnes.

—Tienes un hijo varón.

Tenía la cara arrugada como la de un anciano, los ojos bien cerrados y el cordón umbilical todavía lo conectaba con su madre. Su piel estaba alarmantemente azul.

—¿Está... vivo?

Un huracán de emociones sacudió a Tom con tanta fuerza que se sintió mareado. Hacía un minuto, había estado luchando por su vida contra un demonio que él había creado; luego se había reunido con Sarah nuevamente, y también era padre. Sus pensamientos tironeaban en tantas direcciones que pensó que iban a destrozarlo.

Agnes le dio al niño una fuerte palmada en la espalda. El bebé tosió y escupió. Abrió a

medias los ojos y miró a Tom con una mirada adormecida y confundida.

—Tómalo —alentó Agnes a Tom—. Es tuyo.

Puso al bebé en los brazos de Tom, aunque él apenas se atrevió a sostenerlo. El niño era tan pequeño que apenas podía sentir su peso. Y en el momento en que Tom tocó a su hijo, sintió una oleada de amor y responsabilidad como nunca antes había sentido. Las lágrimas le llenaron los ojos. La tormenta de emociones que lo había perturbado se disipó, silenciada en un instante por la paz serena en esos ojos inocentes.

Pero su obra no estaba terminada. Rápidamente, puso al bebé en los brazos expectantes de Sarah.

—Ve —dijo ella. El dolor la había abandonado por completo en un instante. Se incorporó, apoyada contra la pared, acunando al bebé contra su pecho. Tenía el cabello suelto y lacio, la cara cubierta de sudor y las piernas manchadas de sangre. Estaba completamente desnuda, con el cordón umbilical todavía saliendo de ella. Pero brillaba con una luz que Tom no había visto antes, una certeza interior, como si alguna parte nueva de ella hubiera aparecido. Tom no creía haberla visto nunca más bella.

—Mi lugar está contigo y el bebé —protestó Tom.

—Estamos a salvo —dijo Sarah—. Pero ese monstruo todavía tiene la espada y nos hubiera matado a todos con ella. A ti, a mí y a *él*. —Abrazó al bebé con más fuerza. Este frotó la nariz contra el pecho de ella. Sus pequeños labios buscaban el pezón.

Alguien bajaba por el pasaje. Tom se dio vuelta. No creía que Christopher se iba atrever a regresar, pero había muchos otros en el castillo. En el frenesí del saqueo y la destrucción, cada hombre era un posible enemigo. Se relajó al ver a Mohite que doblaba por el recodo, a la cabeza de cuatro hombres.

—Perseguimos a los piratas hasta el agua —informó el *hubladar*—. Cuando regresábamos, nos encontramos con otro en las escaleras, pero se escapó. —Frunció el ceño—. Creo que era el hombre que nos traicionó. Llevaba la gran espada de oro.

—Gracias. —Tom le tocó el hombro—. Espera aquí y cuida que no le pase nada a mi... —Se quedó sin palabras cuando miró otra vez al bebé, que en ese momento estaba mamando calmo del pecho de Sarah—. A mi familia.

—¿Quieres que uno de mis hombres vaya contigo?

Tom sacudió la cabeza.

—Esto lo haré yo solo.

Corrió de nuevo hasta la torre del castillo. Automáticamente prestó atención a posibles hombres más adelante, con la espada lista, pero la mayor parte de su mente estaba ocupada con un solo pensamiento: el bebé, tan pequeño e indefenso, como una pluma en sus brazos.

«Soy padre», pensó.

«Ya antes eras padre», le recordó la voz cruel en su cabeza. Le costaba creer que el monstruo en la cueva era su hijo. Cuando pensó en lo que Christopher había intentado hacerle a Sarah, a Agnes y al bebé, su alma se rebeló.

«Mi padre no me dio otra opción», se justificó. Cuando Hal Courtney descubrió la relación de Tom con Caroline, y el odio que había generado entre Tom y Guy, de inmediato sacó a Guy y a Caroline de su barco. Dispuso que viajaran a Bombay y aseguró para Guy un puesto como secretario del padre de Caroline. Ninguno de ellos se había dado cuenta entonces de que Caroline estaba embarazada; a Tom ni siquiera se le había permitido despedirse.

Tom no lo sabía, pero su padre se lo había ocultado deliberadamente. Cuando el padre de Caroline le escribió a Hal para informarle sobre el niño, Hal rompió la carta y la arrojó por la ventana de su camarote. No fue hasta mucho después que se lo dijo a Tom. Esto fue cuando Dorian se había perdido y estaban navegando de regreso a Inglaterra.

«Yo debí haberme casado con Caroline». Pero aun cuando lo pensaba, en realidad no lo creía. Si lo hubiera hecho, nunca habría tenido la oportunidad de casarse con Sarah. Probablemente, nunca habría encontrado a Dorian. Y en ese momento no tendría al hijo que Sarah le había dado.

«Mira a Francis», se dijo a sí mismo. Nacido de la semilla de Black Billy y criado por un padrastro derrochador, había sufrido todas las desventajas, pero era un verdadero Courtney, dispuesto a morir por su familia. No era el nacimiento lo que hacía a un hombre, sino lo que él hacía de sí mismo.

—¿Señor Courtney?

Tom había alcanzado los niveles superiores. Se volvió hacia la voz conocida y vio a Merridew en la puerta de la torre.

—Gracias a Dios que estás vivo —exclamó—. Pero cómo...

—El capitán Francis nos envió para abrir las puertas. Cuando llegamos allí, usted ya había hecho el trabajo por nosotros. Lo buscamos y no pudimos encontrarlo, por eso regresábamos a buscar al capitán Francis.

—Ve con él. —Mohite estaba con Sarah y los demás, pero Tom se sentiría más seguro con más hombres allí para protegerlos. Entonces un pensamiento lo asaltó—. ¿Has visto a un hombre con una espada dorada que andaba por aquí?

Merridew negó moviendo la cabeza. Tom miró hacia los escalones que subían en espiral hacia la torre noreste del castillo.

—Debe haber subido.

Siguió las escaleras, girando en un empinado ascenso. Estrechas aspilleras perforaban las paredes y, a través de ellas, pudo ver el patio abajo. Se acercaba el amanecer, y la batalla había terminado. Las fuerzas de Shahuji abrieron las puertas y comenzaron a restablecer el orden. Vio al rajá montado en uno de los elefantes, gritando órdenes mientras sus hombres reunían a los prisioneros. Después del estruendo de la batalla, todo estaba inquietantemente sereno con la luz azul previa al amanecer.

Llegó a una puerta en la pared de la escalera y se detuvo para escuchar. Oyó voces en el otro lado. Un hombre y una mujer hablaban con gran nerviosismo.

Pateó la puerta para abrirla y entró. La mujer gritó y apretó su vestido contra el pecho. Estaba desnuda, aparentemente en el momento de vestirse. A pesar de las extrañas circunstancias, a Tom le pareció cara conocida. Si hubiera tenido más tiempo, podría haber recordado el nombre de Lydia Foy. Pero la olvidó en un instante, porque de pie junto a la ventana, poniéndose un pesado cinturón, estaba Christopher.

Tom se abalanzó sobre él. Lydia gritó. Pero Christopher, con sus reflejos educados en el *kalari*, fue más rápido. Agarró la espada de Neptuno y saltó a un lado, bajó su espada sobre la de Tom y casi lo desarmó. Tom saltó hacia atrás y se puso en guardia.

Christopher hizo un amago hacia delante, pero luego se dio vuelta y corrió hacia las escaleras. No podía bajar; si Tom lo alcanzaba, una sola patada podría hacerlo caer y romperle el cuello. Subió. Al llegar a los últimos escalones, abrió la puerta trampa que conducía al techo y subió. Antes de que pudiera cerrarla, Tom lo alcanzó.

Se enfrentaron en el techo de la torre. Christopher se preparó para la lucha, mostrando los dientes. Tom bloqueaba la escalera, y no había otro camino para bajar. Aquella sería una lucha

hasta el final.

—Si querías matarme, deberías haberte asegurado de que nunca naciera —le espetó. Una tormenta de furia se desató en su interior: pensamientos conflictivos acerca de las crueldades de Guy, la distancia de su madre, los hombres que había matado y, sobre todo, el hombre que lo enfrentaba en ese momento. No sabía si quería abrazarlo o atravesarlo con la espada.

«¿Cuál es el tercer precepto?», preguntó una voz de su pasado.

«El autocontrol», respondió.

Se obligó a dejar de lado sus emociones para no sentir nada más que la espada en su mano.

—No quiero matarte —dijo Tom. Lo decía en serio. En este lugar alto, con el sol tocando el horizonte y la brisa del amanecer cantando en sus oídos, podía sentir que el mundo se renovaba para un nuevo día—. Lo que sea que hayas hecho, si eres realmente mi hijo, puedo perdonarte.

—¿Perdonarme? —repitió Christopher sin poder creerlo—. Tú deberías estar de rodillas, pidiéndome perdón a mí. Esto es culpa tuya. Si no hubieras abandonado a mi madre...

La emoción lo amenazó de nuevo; se obligó a hacerla retroceder.

—Yo ni siquiera sabía que Caroline estaba embarazada —protestó Tom.

—Porque no te importó. —Christopher avanzó hacia él con una ráfaga de afilados golpes, empujando a Tom hacia atrás, hacia el borde de la torre—. La usaste y luego la dejaste a un lado, como a una puta ordinaria del muelle. *¡Mi madre!*

—No tenía otra opción. —Tom paró las estocadas de Christopher, cada movimiento entorpecido por el arma desequilibrada que se veía obligado a usar. Contra ella, la espada de Neptuno danzaba en el aire.

—Lo siento —se disculpó Tom, y lo dijo desde el fondo de su alma. Desde esa ubicación en lo alto, podía mirar hacia el océano y ver cómo los hilos de sus vidas se habían desplegado durante décadas, las innumerables opciones, las oportunidades y las mentiras que los habían llevado a este lugar. Seguramente, si el destino los había reunido en ese momento, era con un propósito.

—¿Por qué me seguiste aquí? —inquirió Christopher—. ¿Por qué no me dejaste escapar?

—Por la espada —respondió Tom, honestamente.

Christopher apretó la mano en la espada. Su rostro se endureció con el deseo.

—Es mía.

Tom le clavó la mirada. Se quedó mirando la hoja dorada y el gran zafiro en el pomo que brillaba con la salida del sol. Un arma perfecta. Un legado de su padre, el honor de los Courtney. ¿Pero qué era una espada, contra el amor de su hijo?

—Quédatela. Si podemos reconciliarnos, bienvenido sea que la tengas.

Christopher sonrió. Tom sintió que una oleada de alivio y afecto lo inundaba. Lo que sea que hubiera hecho Christopher, los males que lo hayan llevado a este punto, Tom encontraría la manera de perdonarlo.

Abrió los brazos.

—Hijo mío.

—Padre.

Christopher dejó que Tom diera dos pasos hacia él. Entonces alzó la espada y saltó hacia adelante.

Cerca del borde del techo, Tom no tenía espacio para retroceder. Pero no estaba del todo desprevenido. Podría haber perdonado a Christopher, pero no confiaba en él. Había visto la luz malévolamente en los ojos de Christopher, el movimiento de la espada un segundo antes de que desenvainara. Esquivó el golpe, levantó la guardia y paró la espada a la derecha. Las dos armas



sonaron al chocar, muy fuerte en el silencio en lo alto de la torre. Christopher volvió a poner su espada en posición y atacó de nuevo. Las hojas chocaron y se trabaron. Tom y Christopher empujaron uno contra el otro, una prueba de fuerza pura, ninguno de los dos capaz de retirarse por temor a dejar que el otro le desarmara la guardia.

De repente, Christopher dio un salto hacia atrás, esperando desequilibrar a Tom. Este trastabilló hacia adelante y casi mete el pie en la puerta trampa. Esquivó la abertura, se tambaleó y casi cayó por el borde de la torre. Christopher le apuntó una patada, pero el impulso de Tom lo puso fuera de su alcance. Cayó al suelo, rodó hacia un lado y se puso de pie de un salto, justo a tiempo para defenderse del siguiente ataque de Christopher, una estocada baja que casi le alcanza el muslo.

Los dos hombres dieron vueltas alrededor de la puerta trampa abierta. Christopher atacó, Tom lo bloqueó, pero no había calor en los intercambios. Eran golpes de práctica, cada uno a la espera de la siguiente oportunidad real.

O quizá Christopher tenía otro plan. Tenía veinte años y apenas había luchado en toda esa noche; Tom estaba cerca de los cuarenta y había estado en medio de la batalla durante horas. Mientras más desacelerara Christopher el encuentro, dejando que se relajara, más se enfriaría en sus venas el fuego que lo sostenía. Tom podía sentir que su fuerza se desvanecía.

Darse cuenta de ello hizo que se enojara. Lanzó otro ataque con renovada urgencia, agarrando la espada con las dos manos, obligando a la energía a regresar a sus extremidades mientras lanzaba estocadas y tajos a Christopher.

Pero aunque su voluntad era fuerte, su cuerpo era lento para obedecer. Cuanto más lo intentaba, más torpemente llegaban sus golpes. Se estaba cansando. Cada vez le costaba más respirar. Christopher esquivó una estocada, se la devolvió y le dirigió una sonrisa de triunfo. Estaba dejando que Tom se cansara. Luego, como una cobra, daría su golpe.

Pero el tiempo estaba contra Christopher. A través de la puerta trampa, Tom oyó gritos en las escaleras de la torre. Voces en inglés. Francis, o Merridew, subían a buscarlo.

—Basta ya de esta locura —gritó Tom—. No puedes ganar.

Christopher le dirigió una mirada de pura maldad.

—Quizá. Pero todavía puedo tener mi venganza.

—¿Qué vas a ganar con eso?

Christopher lo miró sin comprender. Luego, con un rugido de rabia, se lanzó hacia el corazón de Tom. Tom bajó su espada, tratando de desviar la estocada, pero Christopher se había movido tan rápido que ya estaba dentro de la guardia de Tom.

La espada de Neptuno perforó el hombro izquierdo de Tom. Al mismo tiempo, el golpe de Tom dio en el blanco. No en la hoja de Christopher, donde había apuntado, sino en la muñeca de la mano que la sostenía. La espada pesada, con toda la fuerza de los hombros de Tom empujándola, le cortó los tendones y la carne, atravesó la articulación de los huesos y salió limpiamente por el otro lado.

Christopher gritó. La espada de Neptuno cayó ruidosamente al suelo, con la mano de Christopher aún apretándola. La sangre brotó del muñón cortado de su antebrazo. Christopher dio un paso atrás, presionando el brazo contra el vientre en un intento por detener la hemorragia.

Tom también sangraba, del hombro, pero sabía que la herida no era profunda. Puso un pie sobre la espada de Neptuno, en caso de que Christopher intentara recuperarla.

—Se acabó.

Christopher se paró en el borde de la torre. La altura hizo que se mareara; la pérdida de sangre hizo que se desmayara. Allá lejos, muy abajo, vio el mar verde que envolvía las rocas.

—Adiós, padre.

En el último momento, Tom vio lo que el otro intentaba hacer. Extendió la mano para agarrarlo, sin preocuparse por su propia seguridad. Pero llegó demasiado tarde. Christopher saltó fuera de su alcance, hacia el vacío, y cayó. Mirando hacia abajo, Tom lo vio caer por lo que pareció ser una eternidad, hasta que desapareció en el agua con una mera salpicadura de color blanco.

Tom se quedó mirando el mar, esperando a ver si Christopher salía. ¿Podría haber sobrevivido a una caída desde aquella altura? ¿O había rocas debajo de la superficie que le habrían destrozado el cuerpo hasta hacerlo pulpa?

Se estremeció ante la sola idea. El calor de la batalla se había congelado en sus venas. No sintió ninguna victoria, únicamente una enorme sensación de pérdida.

«Mi propio hijo», pensó, «y no pude salvarte. Así como no pude salvar a Billy».

Por el rabillo del ojo, vio el brillo de la espada de Neptuno en el suelo, con los dedos sin vida de Christopher todavía alrededor de la empuñadura. Tom los quitó uno por uno, sorprendido de que incluso en la muerte los tendones lucharan contra él. La carne muerta lo hizo querer vomitar, una reacción física por lo que había hecho. Con una punzada de repugnancia, arrojó la mano desde el borde de la torre.

Miró la espada, que brillaba en la mañana, y casi la arrojó al mar detrás de Christopher. El reluciente zafiro parecía burlarse de él. ¿Valió la pena la vida de un hombre? ¿La vida de su *hijo*?

Pero un nuevo día había amanecido, y una nueva vida había comenzado. Mirando hacia el horizonte, Tom recordó las palabras que alguna vez había dicho hablando con Sarah.

—¿Qué es lo que hace a un hombre? —se había preguntado, y Sarah había respondido: «De lo que sea que esté hecho, y sea lo que fuere que haya aprendido, será el hombre que deba ser. Y lo único que puedes hacer, Tom Courtney, es ayudarlo a encontrar el camino correcto».

Christopher había elegido su camino, tal como lo había hecho Billy hacía muchos años. Una familia era una cosa viva, indomable, y como todos los seres vivos, podía volverse contra sí misma con salvaje ferocidad. Lo único que Tom había hecho era protegerse a sí mismo.

Tomó la espada y bajó hacia su familia.

Sarah y Agnes todavía estaban en la mazmorra. Eran libres, después de tantos meses de cautiverio, pero a Agnes no le pareció seguro mover a Sarah por temor a provocar una mayor hemorragia. Tom estaba ansioso por brindarles aire fresco y alojamientos limpios, pero entendió la prudencia de quedarse allí. Hasta que los últimos piratas fueran llevados fuera del castillo, la mazmorra era un lugar tan seguro como cualquier otro.

Ana se había unido a ellos, incapaz de permanecer en el campamento de Shahuji un momento más después de ganar la batalla. Les llevó comida, curó las heridas de Francis y le dio a Sarah un ungüento para ayudarla en su recuperación. En ese momento, ella y Francis estaban sentados juntos, abrazados, mirando con asombro al niño. Por la expresión de sus rostros y la fuerza de su abrazo, Tom adivinó que no pasaría mucho tiempo antes de que se convirtiera en tío abuelo.

Ajeno a la vida y la muerte que lo rodeaban, el bebé dormía, todavía conectado por su cordón umbilical a la masa sanguinolenta de la placenta que yacía en el suelo junto a Agnes.

—¿Deberíamos cortarlo? —preguntó Tom, inseguro.

—Te estábamos esperando —dijo Agnes.

La mano de Tom fue hacia la espada de Neptuno en su cinturón. Era casi un sacrilegio usar esa noble espada en este asunto del parto, y llevar un arma letal tan cerca de un bebé inocente.

Pero el niño era el heredero de Tom. La espada era el legado de los Courtney y, un día, el diminuto infante iba a crecer para portarla él mismo. Tom limpió la hoja de Neptuno hasta que el acero dorado brilló impecable. Agnes tomó el cordón viscoso con ambas manos e indicó dónde debía cortar. El borde afilado lo rebanó. Tom ató el extremo y besó al bebé en la frente. ¿Qué le deparaba su futuro? ¿Qué clase de hombre sería al crecer?

«Y lo único que puedes hacer es ayudarlo a encontrar el camino correcto», recordó.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó él.

Sarah miró a Agnes, la hermana que la había cuidado con tanta ternura durante su largo y terrible embarazo, inquebrantable y sin quejarse a pesar de todos los dolores que ella misma había sufrido.

—Se llamará James —respondió ella—. En memoria del capitán Hicks.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Agnes. Sarah se inclinó hacia delante para dejarle a su hermana un momento de privacidad. Miró al bebé, con el trozo de cordón umbilical que todavía sobresalía de su pequeño abdomen.

—Tom Courtney —indagó ella medio dormida—. ¿Ataste el cordón de tu hijo con un nudo marinero?

El centinela en el castillo de Bombay no reconoció al hombre que se acercó a la puerta. Con su cabeza calva y su piel bronceada de color marrón oscuro, podría haber sido un parsi de alta casta, uno de los agentes que participaban del comercio de la Compañía. Pero estaba vestido como un europeo, con una casaca rojo rubí de tela fina y pantalones blancos que brillaban con el sol del mediodía. Una mano parecía estar escondida dentro de la manga de la camisa; la otra se apretaba en un puño.

—Su excelencia el gobernador no recibe visitas —le advirtió el centinela.

—No he venido a ver al gobernador. Estoy aquí para visitar a mi padre.

El centinela se quedó boquiabierto. Su rostro palideció.

—¿Señorito Christopher?

—Señor Courtney.

El centinela hizo funcionar torpemente la cerradura.

—Por supuesto, señor. Sólo habíamos pensado que...

—Se equivocaron.

Christopher estaba casi irreconocible en comparación con el joven inexperto que había abandonado la fortaleza hacía casi dos años, sin hablar del hombre maltrecho y destrozado que se había arrastrado con una sola mano por la bahía de Tiracola. Cruzó el patio y subió los escalones de la casa del gobernador con tal confianza que el guardia de la puerta solo pensó tardíamente en detenerlo. Sin prestarle atención ni a él, ni a los gritos que siguieron, Christopher subió las escaleras hasta el piso superior.

—Christopher Courtney —le gritó al guardia uniformado fuera de la oficina de Guy—. Déjame entrar para ver a mi padre, maldito seas, o te haré amarrar al triángulo para azotarte en el patio de armas.

La puerta se abrió. Christopher entró al amplio espacio de la oficina de Guy. La pintura brillaba en los marcos de las ventanas recién instaladas; el retrato de *sir* Hal Courtney colgaba ligeramente torcido, y parecía haber una marca de pólvora en el revestimiento de madera, donde se había disparado una pistola demasiado cerca.

Guy, al oír los ruidos que venían del pasillo, había empezado a levantarse de su sillón. Miró a Christopher con la boca abierta. Sin que nadie se diera cuenta, la tinta goteó de la pluma para manchar el libro de correspondencia que estaba abierto delante de él.

—¿Puede ser...? —murmuró para sí mismo.

Se recompuso. Apretó la mandíbula y sus ojos se endurecieron. Le dirigió una fría sonrisa.

—El hijo pródigo regresa. Ja. Supongo que al menos tu madre estará contenta.

Christopher asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y bien? —espetó Guy—. ¿Por qué volviste? ¿Acaso esperas que mate al ternero cebado?

—No lo necesito. Ahora soy un hombre rico.

Christopher abrió su puño, mostrando un puñado de diamantes que brillaban deslumbrantes. Guy los miró y resopló.

—¿Quieres impresionarme con esas baratijas? ¿Crees que eres rico? Tú ignoras el significado de la riqueza.

—Soy lo suficientemente rico como para casarme con Ruth.

—¿Quién?

—Ruth. La hija del cabo Reedy.

Incluso en ese momento, Guy tardó un momento en comprender. Luego echó la cabeza hacia atrás y se rio con tanta vehemencia que los cristales de las ventanas temblaron en sus marcos.

—¿Ruth Reedy? Todo este tiempo, ¿y aún recuerdas a esa pequeña ramera?

—Voy a casarme con ella.

—Lo dudo mucho.

Christopher sacudió los diamantes en su mano como si fueran dados.

—Soy un hombre rico ahora. No puedes detenerme.

—Ni soñarías con detenerme —aseguró Guy con entusiasmo—. Tienes mi bendición. Salvo que... —Se interrumpió de nuevo con unas carcajadas—. Tu novia ya está casada.

Christopher sintió que el suelo desaparecía debajo de sus pies.

—¿Qué?

—Se casó poco después de que te fuiste. Un estibador de los muelles. Y ahora también tiene un hijo. Creo que son muy felices. Aunque... —Señaló los diamantes en la palma de la mano de

Christopher—. Puede que se arrepienta de su prisa cuando se entere de lo que se ha perdido.

Christopher lo miraba sin poder creerlo. Debía estar equivocado. Eso era una mentira, una broma cruel hecha puramente por rencor. Ruth nunca lo habría traicionado.

Pero la risa de Guy era demasiado real. Christopher miró a los ojos de su padre y lo único que vio fue la verdad fría y clara. Guy había ganado de nuevo.

Con un gesto de furia, arrojó los diamantes por la habitación. Rebotaron en las paredes y se desparramaron por el piso pulido hasta los rincones más alejados del cuarto. Incluso antes de que se detuvieran, Christopher ya estaba yendo hacia la puerta. No podía respirar. No podía pensar. Ese momento de triunfo que había esperado desde hacía tanto tiempo se le escapó, una vez más por culpa de su padre.

—*Espera.*

A pesar de que Christopher ya había crecido, la orden de Guy atravesó los años y lo detuvo con la misma inevitabilidad que cuando era niño. Se dio vuelta. Guy se había apartado del escritorio y cruzaba la habitación hacia él. Se mantuvieron a un brazo de distancia, respirando con dificultad, uno frente al otro como un par de boxeadores.

—Sé que te gustaba la chica —dijo Guy. Por una vez, pareció estar tratando de ser agradable—. Pero no dejes que se interponga entre nosotros otra vez. Seguro que has tenido tus andanzas con mujeres y, sin duda, recibiste algunas heridas en el camino. Ahora vuelve con tu familia, a la que perteneces.

—No volví para ser un mandadero, para llevar y traer cosas. Soy mejor que eso.

Guy lo estudió y vio algo que no había estado allí antes, algo inflexible y feroz.

—Tal vez lo seas —reflexionó—. Y te daré la oportunidad de demostrarlo. He recibido noticias inquietantes acerca de que el gobernador de Madrás puede no ser del todo confiable, de que pudo haber ayudado a uno de mis peores enemigos. Tú podrías ser el hombre que ocupe su lugar.

Christopher tragó saliva. El gobierno de una de las tres grandes jurisdicciones de la Compañía sería un honor sin precedentes para un hombre de su edad, un tremendo acto de fe por parte de Guy. Sin embargo, sabía que eso lo dejaría irrevocablemente en deuda con Guy. Que era lo que siempre había intentado evitar.

—¿Puedo confiar en ti? —inquirió Guy.

La pregunta quedó en suspenso entre ellos. Christopher lo miró a los ojos y pensó en todas las cosas que podía decir: «Sé por qué me trataste como lo hiciste. Sé por qué no puedes amarme. Intenté vengar el dolor que tu hermano te provocó». Bajo el puño de la camisa, el muñón de su brazo derecho palpitaba con el recuerdo.

Guy seguía esperando su respuesta. Sus dedos jugaban con el botón de su chaqueta; infló las mejillas y sopló el aire. Estaba ansioso, se daba cuenta Christopher. En realidad le importaba lo que Christopher hiciera.

Asomaron lágrimas a sus ojos. Desvió el rostro para que Guy no lo viera. Guy pensó que quería irse. Extendió la mano y agarró la manga de Christopher, haciéndole perder el equilibrio. Christopher trastabilló. Los dos hombres chocaron.

Christopher se enderezó. Padre e hijo estaban allí de pie, cara a cara, ojos marrones y ojos azules a pocos centímetros unos de otros.

—¿Puedo confiar en ti? —repitió Guy.

Había tantas cosas que Christopher podía decir, tantas respuestas que podría dar, pero ¿qué significaban?

—Sí, padre —respondió.

Dejó la oficina de Guy tan aturdido que no registró a la mujer que esperaba en el salón ni notó la forma en que se sobresaltó al verlo. Se levantó de su sillón tapizado y corrió hacia él, ajustando con disimulo el escote del vestido.

—Señor Courtney —lo llamó.

Él la miró sorprendido. Una mujer joven, de rostro afilado y pechos generosos que sobresalían de su sostén. Por un momento, no la vio claramente. Con el pelo recogido discretamente debajo de la capota y las largas mangas de su vestido que ocultaban las marcas de los grilletos en las muñecas, no podía reconocerla como la amante descarada que había conocido en Tiracola.

Hasta que, en una oleada de horror, él supo quién era ella. Por segunda vez en la tarde, el suelo pareció desaparecer de su mundo. Lydia conocía su secreto. Ella se lo diría a su padre, y todas las perspectivas que se habían abierto en la oficina de Guy le serían arrebatadas. Lo más probable es que la Compañía lo colgara por haberse asociado con Angria.

—¿Nos conocemos? —preguntó él con frialdad.

Ella le sonrió.

—No creo que nos hayamos conocido, y si es así, debió ser hace mucho tiempo, por eso no lo recuerda. Mi nombre es Lydia Foy.

Christopher esperó. Tal vez ella estaba dispuesta a dejar que él comprara su silencio.

—Escuché un rumor de que usted había regresado con su padre —señaló ella—. Estoy segura de que toda la colonia se regocija por su reconciliación.

Él la miró con cautela. «¿Que quiere?», pensó. Se tocó la chaqueta para sentir el cuchillo que llevaba dentro.

—Quizás debamos continuar esta conversación en algún lugar más privado.

—Estoy segura de que no será necesario —afirmó ella—. Ninguno de los dos tiene nada que ocultar. Somos dos ingleses respetables, ¿no es así?

Él se maravilló de que ella pudiera hablar con una serenidad tan inocente, sin mostrar el menor indicio de su historia juntos. «¿Cuál es su juego?», se preguntó.

—Me dijeron que usted fue secuestrada por piratas —intentó él con cautela.

—Fui liberada.

—Debe haber sido una terrible experiencia.

El rostro de ella se oscureció.

—Espantosa. Aunque... —Ella mostró una sonrisa de complicidad—. No sin sus *buenos momentos*. Pero estoy segura de que usted coincidirá en que no debemos quedarnos en lo pasado, no cuando el futuro es tan prometedor.

Sus ojos se encontraron, y una chispa de comprensión se produjo entre ellos. Lydia estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Espero que pronto nos conozcamos mejor.

Unos ciento sesenta kilómetros al sur, Tom estaba en el alcázar de su nueva nave, observando sus líneas todavía por conocer. Era un barco de la flota de Angria, un *grab* que había sobrevivido al ataque nocturno de Francis. Shahuji se la había entregado a Tom, junto con una tripulación de pescadores y voluntarios marathas, mezclada con los últimos sobrevivientes de la tripulación del *Kestrel*. Merridew, ascendido a maestre, se había declarado satisfecho.

—Nos llevará a Ciudad del Cabo. Y a donde sea que usted elija ir después de eso.

Sobre la bahía, el estandarte de Shahuji ondeaba en la fortaleza, anunciando su victoria a

todos los barcos que pasaban. A sus hombres les había llevado una semana sacar todos los tesoros que se guardaban en el castillo, y parte de ellos todavía se estaba cargando en las carretas con bueyes para ser llevada al palacio en Satara. Una buena parte estaba en la bodega de la nave de Tom, porque Shahuji había sido extravagante en su gratitud.

—Parece que hemos hecho que este viaje nos dé ganancias después de todo, tío —comentó Francis, con Ana tomada del brazo.

—Más que una ganancia —respondió Tom. Miró al niño en los brazos de Sarah, lleno de tanto orgullo y amor como nunca había sentido—. Lo que hemos encontrado... no tiene precio.

—¿Está seguro de que no podemos persuadirlo para que se quede? —insistió Francis.

Él y Ana habían elegido permanecer en la India para reconstruir el negocio de la familia de Ana como comerciantes. Tenían la intención de establecer su hogar en Cochín, un asentamiento holandés donde la Compañía Inglesa de las Indias Orientales tenía pocos negocios. Mohite iría con ellos.

—Reúne una buena carga para nosotros —lo alentó Tom—. Volveremos después del próximo monzón.

—Siempre que te alejes de los piratas.

Era un riesgo real. De alguna manera, Angria había logrado escapar de la devastación de Tiracola. Tenía otras fortalezas y otros barcos; algún día, sin duda, se aventuraría nuevamente a aterrorizar la costa de Malabar. Pero por ahora, eso esperaba Tom, permanecería en tierra para lamer sus heridas.

—¿Irás hacia las islas Laquedivas? —preguntó Ana. Ella se veía bien, las mejillas regordetas y los ojos brillantes.

—Ella ha estado ampliando las cinturas de sus vestidos —le había confiado Sarah a Tom dos noches antes—. Creo que cuando regresemos, el pequeño James podría tener un primo con quien jugar.

Tom pensó que ya podía ver que el vientre de Ana estaba creciendo.

—Es demasiado tarde para ese plan —explicó Tom a Ana—. Se suponía que nos reuniríamos hace un año. Dorian no nos habrá esperado. Navegaremos hacia Ciudad del Cabo y esperamos encontrarlo allí.

—Buena suerte, tío —le deseó Francis—. Y gracias por todo lo que ha hecho.

Tom le despeinó el cabello.

—Un Courtney hace su propio destino.

Todos se abrazaron y se despidieron, y luego volvieron a abrazarse. Un bote llevó a Francis y a Ana a tierra, mientras el *grab* levaba anclas y se dirigía mar adentro. Tom miró con aprobación a los nuevos marineros que subían veloces para soltar las velas. Tenían lo que se necesitaba para formar parte de una buena tripulación. Sarah se acercó a él y lo tomó del brazo.

—Sé lo que estás pensando, Tom Courtney.

—¿Qué sería eso?

—Te estás preguntando a dónde puedes llevar esta nave y a su tripulación, y qué beneficios podrías obtener, una vez que nos hayamos recuperado de este viaje.

Tom negó con la cabeza.

—Cuando hayamos vendido nuestra carga y liquidado nuestras deudas, aún debería quedarnos una suma considerable. Pensé que podríamos comprar un terreno en Ciudad del Cabo y construir una casa para nuestra familia.

—No estás destinado a quedarte en tierra —señaló Sarah—. Después de unos meses, volverías a sentir el llamado del mar.

Tom pensó en el bebé, en ese momento dormido en el catre en su cabina, junto al gancho donde colgaba la espada de Neptuno.

—Creo que las cosas serán diferentes ahora.

Sarah sonrió y apoyó la cabeza en el pecho de él. Permanecieron juntos sobre la barandilla, tomados del brazo, perfectamente contentos. Una puesta de sol rosada se extendió por el horizonte occidental. El barco navegaba en esa dirección, mientras detrás de ellos la costa de Malabar y el gran subcontinente de la India retrocedían en la creciente oscuridad. Tom pensó en todo lo que les había sucedido desde que fueron arrojados a esas orillas hacía ya tantos meses.

—Me pregunto si Dorian habrá tenido tantas aventuras como nosotros —reflexionó.

Sarah lo besó en la mejilla.

—Estoy segura de que tendrá mucho para contar.



Grupo  Planeta

¡Seguinos!

